

JULIO GARCÍA ROBLES

UMA SOONA

EL ORO DE LOS FARAONES



UMA SOONA
EL ORO DE LOS FARAONES

Primera edición 2012

Segunda edición 2026

Fotografía: Mara Hernández

Ilustración: Marisa López - Sarima

Modelo: Beatriz Trapote



© Julio García Robles

© Bebuki Rock

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

UMA SOONA
El oro de los faraones

UMA SOONA, EL ORO DE LOS FARAONES no hubiera sido posible sin la ayuda de las musas que lo inspiraron. A ellas, con todo mi amor, les dedico esta historia sorprendente, fantástica y auténtica...

JULIO GARCÍA ROBLES, *autor*

«La naturaleza nos ha hecho a las mujeres absolutamente incapaces de practicar el bien y las más hábiles urdidoras del mal».

Eurípides (480-406 aC)

PRÓLOGO

Artemisa amaba a Armonía, la ninfa divina de los bosques, con la que vivía sus alegrías y penas envuelta por un amor intenso a la vida y sus criaturas, añorando la paz perdida con la llegada de los dioses de hombres. Pero Armonía se enamoró de Ares, azote de mortales, la furia más sangrienta y destructiva que habitó la Tierra. El guerrero divino quedó prendado de ella y ambos fueron uno, como polos opuestos de paz y guerra, de luna y sol, de mujer y hombre del yin yang de la vida.

Fruto de esa relación fue la disconcordia entre dioses y diosas, hembras y varones. Sus hijas fueron llamadas amazonas, hijas de la luna: mujeres indómitas, amantes de la vida... Malditas por la sangre guerrera de Ares.

Desde el Olimpo, los dioses desearon vencer la insolencia de estas guerreras libres y a sus profanas deidades: Cibele, Artemisa, Selene... Sin embargo, sus propios encuentros y celos propiciaron alianzas y traiciones entre dioses y diosas en un juego despiadado ante mortales, impío entre inmortales.

En contraposición a las poderosas diosas de Anatolia, Zeus engendró a la divina Atenea, la de ojos de lechuza, y, con ella, llegó el horror... Solo la sangre divina puede devolver un dios al Olimpo, a las profundidades de los mares o de la tierra, al abismal Hades o a los infiernos de Ereskigal, o allá de donde procedan, pues entre divinos no hay muerte.

Las almas de todos los hombres y mujeres son inmortales. Pero las almas de aquellos que son justos y de honor se cubren, también son divinas... y tú lo eres, mi querida Hipólita.

Capítulo 1

IMPERIA, LA JOVEN GUERRERA

Escupiendo maldiciones y haciendo resonar sus armas de bronce, el rey Deucalión, hijo de Prometeo, avanzaba con paso firme por los pasillos de su fortaleza en el reino aqueo de Ftia.

—¿Qué hemos de cazar con esta lluvia? —se preguntaba, con el rostro enjuto.

Ante la respetuosa y temerosa mirada de su guardia, abrió con un golpe de mano el portón de sus aposentos e irguió su rostro, sorprendido.

—¿Quién eres, capaz de llegar hasta mí tan solo con tu belleza? —preguntó.

Una joven mujer de aspecto delgado se hallaba ante él. Su piel era pálida, como la de un muerto; el iris de sus ojos, cobrizo como el metal; sus cabellos rubios y largos, sedosos, recogidos sobre su cabeza con una víbora de oro por diadema. Una capa gris la cubría en parte, ocultando la transparencia de su delicado chitón y mostrando sus pies desnudos. El rey la contemplaba, esperando respuesta.

—Eso ahora no importa —aseguró la enigmática mujer, ahondando en su mirada y dando dos pasos hacia él—. Escucha mi mensaje, mi señor. Siempre has ofrecido grandes hecatombes y plegarias a Poseidón, fiel has sido a sus demandas y le has brindado lo mejor de tu rebaño, pero el pueblo aqueo ya de él se olvidó y ahora solo tiene glorias para la sin par Atenea, la divina de ojos de lechuza. Y a ella le han proclamado su amor, humillando al señor de los mares. Su cólera es fuerte y desatará una gran tormenta que todo lo devastará. Desde Occidente a Oriente caerán las aguas en las costas del Mar entre Tierras, sembrando muerte, recogiendo almas dejadas en pena. Él quería que supieras, pues no se olvida de aquellos que por siempre le veneran. Ahora ya sabes.

—Pero... —susurró Deucalión viendo alejarse a la escuálida mujer.

El rey la siguió con la mirada, sin salir de su asombro. Ella se cubrió con la capucha y pasó ante la guardia sin que éstos repararan en su presencia.

—Es una mensajera de los dioses, quizás incluso divina —susurró, percatándose de aquel hecho. Alzó su rostro y tragó saliva.

Apenas había pasado una semana, Deucalión, nervioso, observaba desde sus aposentos el cielo, gris hasta donde alcanzaba la vista. Las nubes y la lluvia no desaparecían, por el contrario abundaban cada vez más y el sol hacía días que no se veía. El rey ftio, que había mantenido en secreto aquella revelación, marchó esa misma tarde hacia las altas montañas del norte con su familia y pueblo. Angustiado por la pena que pudieran sufrir los reinos hermanos, finalmente, mandó una misiva a Cécrope, rey de Atenas, para que pudiera salvar la vida y avisara a Argos, Micenas, Delfos, Olimpia y a las gentes de Lacedemonia de la catástrofe que se cernía sobre ellos. La dinastía de los Cécropidas dominaba Atenas y extendía su influencia por toda Ática, incluso Micenas. Adoradores de Zeus, nacidos de la Tierra, se proclamaban como hijos de Atenea, la divina y sabia guerrera.

—Nuestro hermano, el rey Deucalión, nos advierte de un terrible peligro, mas no creo que sea tal pues Zeus nos protege y Atenea, divina de nuestra polis, en guardia está. Aun así, consultado el oráculo, he rogado a Delfos que nos presente a Pitia, pues es dueña de la profecía y, sin duda, ella nos dirá —comentó el rey Cécrope en la Corte de Atenas, reunido con los demás reyes aqueos y sus sabios consejeros, convocados ante tan excepcional misiva.

Aquella escualida mujer de piel blanca y cabellos rubios, entró en la sala envuelta en su capa, descalza y seguida por una estela de aire frío, agachando la cabeza en muestra de respeto hacia el rey de reyes aqueo.

—Dime, Pitia, tú que nos honras con tu visita, tú que eres sabia sacerdotisa de la profecía, amante de Apolo, divina de Delfos, ¿es cierto que una gran tormenta arrasará nuestra tierra?

Pitia le observó en silencio, levantó su rostro y una lágrima recorrió su tersa piel.

—Mi señor, el cielo se oscurece, como si la negra noche fuese a reinar por siempre. El agua caerá, como si de mares infinitos se tratara. El trueno bramará retumbando en los corazones de todas las criaturas de nuestra tierra, como terribles ecos de guerra. El rayo, preso de la ira de Poseidón, caerá inmisericorde, arrasando la vida. Serán siete días de terrible agonía. Muchos morirán, el destino está sellado. Así lo he visto, así será.

—¿Cómo es posible? ¿Los dioses nos dan la espalda? —preguntó exaltado Cécrope.

—Poseidón se alza en cólera. Arrasada Atlas por los gloriosos soldados aqueos, castigada la soberbia atlante, deseaba fervientemente

ser señor de Atenas. Pero el olivo de Atenea se lo impidió. Vuestra fue la decisión, suya es la venganza —aseguró Pitia.

El rey puso la mano en su barbilla, miró a los demás reyes y a sus sabios consejeros. En sus ojos solo se leía la incertidumbre provocada por Pitia. Ella no mentía nunca y sus visiones eran siempre futuro cierto; todos lo sabían, nadie puso en duda sus amargas palabras.

—Dime, divina Pitia, ¿hablamos de un futuro cercano o por llegar?

—Poseidón ya hundió su tridente en las aguas, los cielos se hallan cargados, la furia se desata, el futuro es presente.

En ese momento, un trueno sin igual rompió la armonía de aquel día. El cielo, oscurecido, se cerró todavía más y pareció bajar hasta la tierra, cubriéndola con una espesa niebla. Un poderoso rayo crujió, destellando en su recorrido hasta la Corte de Cécrope, haciendo temblar las columnas de piedra y los corazones aqueos...

* * *

En las lejanas tierras de Occidente, las cristalinas aguas del Gran Tajo avanzaban rápidamente buscando la desembocadura en las fértiles llanuras del oeste de la Península. Tierras exuberantes, apenas pobladas y desconocidas para la mayoría de hombres civilizados; habitadas por el hombre salvaje y bañadas por el bravo Atlántico.

El río bajaba caudaloso recorriendo prados de abundante pasto y bosques de melojos y encinas. Con la caída del sol, extensas manadas de ciervos corrían dispersas por el inmenso pastizal. Los grandes machos bramaban su berrea con la caída de las hojas y la intensidad de las primeras lluvias estacionales. Los choques de las enormes cuernas resonaban por doquier. Los lobos, encaramados en sus atalayas y relamiéndose el hocico, observaban con interés a los más viejos, a los desposeídos.

Jaleando su caballo, una joven de larga melena negra, ojos almendrados y mofletes rosados apareció surcando la pradera, portando una espada cruzada en la espalda. Cubría su cuerpo con lino trenzado, un peto de malla, altas botas de cuero y una corta falda adornada con pieles de leopardo. Asido a la grupa se hallaba un carcaj y un escudo que portaba como estandarte un águila imperial. Procedía de las tierras del sur, hogar del hombre civilizado que habitaba la Península: los atlantes de Gadeira, aquellos que sobrevivieron al fatal advenimiento de Atlas.

Galopaba como alma llevada por mil demonios, alejando a las manadas de ciervas que, asustadas, se perdían en los bosques seguidas de los varetones. Los lobos erizaron el lomo al observarla y se irguieron olfateando el aire antes de lanzar un penetrante aullido. La joven

se lanzó con su montura al cauce del Gran Tajo, en una zona de ancho paso, aguas tranquilas y bajo calado. Asida al cuello y las crines del animal, cruzó el río que parecía querer engullirla por momentos.

La llanura se fundía ante un robledal inmenso; el cual se extendía hacia las montañas, junto a una alameda que recorría la linde del río. Desde allí vio una estrecha columna de humo blanco que se elevaba desde el tupido bosque y sonrió al verla.

Un humilde poblado se alzaba circunvalando una pequeña plaza, en su centro un árbol monumental, una higuera tan antigua como la vida misma. Algunos hombres salvajes recorrían las sendas, con pescados y haces de leña sobre sus hombros; las mujeres les acompañaban, hablando y riendo con ellos, con el arco y el venablo en la mano. A escasos pies, junto a una peña que sobresalía por encima del río, se mostraban varias casas de maderas nobles y adobe cocido. Una de ellas destacaba por su construcción de piedra y los adornos floreados de sus ventanales.

En su puerta, una hermosa mujer de labios sensuales y ojos azul turquesa como el claro amanecer, avanzaba distraída con una cesta de mimbre cargada de moras, frambuesas y otros frutos del bosque. Sobre la túnica blanca que vestía, resaltaban dos bandas de púrpura imperial en su estrecha cintura, que acompañaban un cintado de adornado oricalco y cuentas de argénteas. Detalles seguros de realeza divina.

Alertada por el golpeo de los cascos del caballo, miró intrigada hacia el bosque que se extendía más allá de las cabañas.

—¡Mi reina, al fin! —exclamó la joven guerrera, surgiendo por una senda, y galopó veloz hacia ella.

La mente de aquella mujer chocó contra el cielo al escucharla. Los más terribles recuerdos del horror de la batalla de Atlas la golpearon: gritos de rabia, de terror y de agonía; cuerpos malditos entregados a la macabra danza de la guerra, sudorosos, sangrientos y enfrentados entre sí; devorados por el bronce de lanzas punzantes, hachas y espadas de ancho corte. Instintivamente, se llevó la mano al costado donde fue herida en la batalla. Hacía una década que, en su lucha contra la reina Mirina y los aqueos de Atenas, se había erigido victoriosa.

Sacudiéndose de sus pensamientos las trágicas escenas de muerte, fijó la vista en la joven desconocida que, apresurada, llegaba hasta su vera. Su angelical cara, de rosados mofletes y pequeñas marcas de garras en la frente, le resultó familiar.

—Dime, ¿qué quieres? ¿Cómo has llegado hasta mí? —le preguntó Hipólita, sobrepuesta de la sorpresa y tomando las bridas del caballo de la guerrera.

—Mi reina, el noble Tarss, dueño de tu secreto, me dio el sabio consejo de visitar al rey Azaes —contestó la joven, saltando de su cabalgadura y clavando la rodilla en tierra.

—Por todas los diosas, álzate y dime, ¿quién eres que tan osada te muestras hablando con reyes y generales? ¿Quién te manda hasta mí? —preguntó Hipólita.

—Mi reina, soy Esperanza, aunque se me conoce como Imperia, hija de Evenor, el último rey de reyes de Atlanta. Nadie me envía, fui yo quién decidió que debías estar al corriente de cuanto acontece. No sería justo que un día, cuando nada pudierais hacer, llegara hasta vuestra razón la triste tragedia que porto como nueva.

—Evenor no tuvo hija alguna, murió joven y valiente en la defensa de Atlas.

—Evenor fue mi padre como Argan lo fue de mi reina Menalipa, tu amada hermana. Él cuidó de mí cuando huérfana quedé. En mi cuello porto la medalla de las hijas de la luna y en mi frente y la espalda, las marcas de mi destino.

La joven desnudó su torso, marcadas cicatrices de las garras de un águila confirmaban su verdad. Hipólita la miró, reconociendo en sus rasgos aquella cara de niña que en el pasado marchaba junto a Menalipa y a su fiel amiga, Andrea, hacia las tierras de Tribada. Miró al cielo recordando con ternura a su hermana, adoptada por el rey Argan, y el sufrimiento de los tiempos de intrigas y guerra; y una marcada sonrisa, amparada en la nostalgia, iluminó su cara. Puso la mano en el hombro de la muchacha, que se mantenía tan firme como inquieta ante su presencia. Para aquella joven, Hipólita era toda una leyenda viva: la divina reina, victoriosa de la legendaria batalla de Atlas, aquella que acabó con la tiranía de Mirina y trajo la bondad de Menalipa a los reinos de las hijas de la luna.

—Veo que me muestras verdad, la juventud te hace osada. Yo también lo fui, te escucharé. Por favor, pasa a mi humilde morada.

Hipólita tomó suavemente a la joven del brazo y la acompañó hasta una estancia superior de su hogar. Allí se hallaba su esposo Gadir, un hombre fuerte, de pelo corto y barba rasa. Estaba sentado en un cómodo lecho, relleno de plumas de oca, tomando un jugo de moras mientras tallaba artes de los dioses en una fina lámina de plomo. Había madurado como la buena fruta, su cuerpo ya no era el de un joven general, sino el de un hombre en verdad, un guerrero sin igual.

Le acompañaba su hija Armonía, una preciosa niña de cara traviesa, un terremoto para aquel hogar; y el pequeño Gadir, que había crecido fuerte, culto y sano, al igual que su hermana. Eran la vida de Hipólita y el orgullo de Gadir. En las tierras del rey Azaes, junto a su familia, Hipólita había encontrado descanso para su atormentada alma y aprendió a amar la paz, que era vida y esperanza.

Dos sirvientes trajeron un cuenco de hierbas aromáticas y unas frutas tiernas, que fueron ofrecidas a la joven una vez acomodada en mullidos cojines.

—Habla pues, mi joven Imperia. Te escuchamos.

—Mi señora, aunque somos pocas las que os hemos visto, todas las hijas de la luna te veneran como divina reina y te piden gracias ofreciendo hecatombes en el altar de la divina Artemisa. Tu pueblo te ama —dijo Imperia. Luego, titubeó y agachó la cabeza continuando con voz tenue—. Tu pueblo te necesita.

Gadir la miró alarmado. Pronto cambió su sonrisa por un gesto serio, pues sospechó lo que aquella joven buscaba.

—No soy divina reina, solo agraciada esposa; como bien puedes ver. En las tierras de Oriente, Menalipa, mi amada hermana, se alza con la corona de las hijas de la luna: ella es en verdad tu reina —respondió Hipólita.

Imperia agachó la cabeza de nuevo, sin mediar palabra, evitando la mirada de aquellos ojos azules, tan hermosos como penetrantes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Hipólita con preocupación.

La joven cruzó su mirada con la de ella. Y la divina reina comprendió que la muchacha no era portadora de deseadas nuevas.

—Mi querida hermana... ¿Se encuentra bien?

—Hay muerte, caos y destrucción entre las hijas de la luna. La angustia de la guerra se ha cebado en nuestra tierra.

Hipólita se levantó ante aquellas palabras, alarmada, y se acercó a sus hijos.

—Id abajo a saltar con los amigos, hijos míos, vamos.

Enseguida prepararemos la cena y luego tarde será para jugar —les ordenó. Después, con el semblante de la preocupación, se dirigió de nuevo a Imperia—. Ahora dime, ¿qué está ocurriendo?

—Mi reina Menalipa se encuentra en lucha fratricida, una rebelión contra su poder enfrenta a las más valientes de las mujeres.

Los Tres Reinos: Lesbos, Tribada y Temiscira, no solo rechazan su potestad, sino que exigen el regreso de la dinastía de Mirina, pues en nada comparten su gobierno de comercio y tolerancia.

—¿Cómo es posible tras una década de bondad? —preguntó Gadir.

—Ha sido un golpe duro e inesperado. Mantis, Iris y Empusa, tres de las hijas de Mirina, se han unido para acabar con Menalipa.

—Mi hermana, ¿está bien? —repitió de nuevo Hipólita.

Un incómodo silencio recorrió la estancia.

—¡Dime! —insistió, elevando el tono de su voz.

—Nadie sabe cierto su suerte. Tras la traición de Lesbos quedo presa en manos de Iris. Acudió a una cita para sellar una paz injusta,

donde fue capturada en vil traición y mucho se dice, pero nada se sabe y de eso hace ya un largo año.

—¿Por qué no se me hizo llegar antes tales nuevas? —preguntó Hipólita, con el semblante triste y la melancolía abrumando la belleza de sus ojos.

—Mi reina Menalipa no quería involucraros en esta desgracia. Luchó sola pues sabía de tu felicidad y no quería turbar vuestra dicha.

El rostro de Hipólita fue transformándose, con un suspiro de pena.

—¿Cómo has llegado hasta nosotros? —preguntó Gadir.

—Pasé por Gadeira, pues no sabía dónde encontraros. El general Tarss en persona me recibió y me reveló, al reconocermé, donde podría hallaros —le contestó Imperia. Luego, se dirigió a Hipólita—. Temerosa de sus criaturas, en mi camino recorrí el Bosque Maldito, hogar de Antíope y de la bestia, con la intención de ponerla sobre aviso.

—Veo que eres muy valiente. ¿Sabe algo de esto mi hermana Antíope? —dijo Hipólita, intentando serenarse.

—Marchó hacia Oriente hace unos días, creo, pues Tarss envió un emisario reconocible ante ella para darle la noticia: él mismo. Yo traté de localizarla, pero fui incapaz de hallarla y pensé si quizás estaba buscando un mito. Tarss, a su regreso, me comentó que, apenas le relató lo que acontecía, Antíope tomó su larga lanza, un caballo brioso y marchó veloz. Entonces salí en tu búsqueda, cruzando el Gran Tajo, llegando hasta el rey Azaes y hasta vuestra humilde morada.

En ese momento subió la pequeña Armonía, que corrió con una ancha sonrisa, ajena a lo acontecido; y tras ella su hermano con una espada de madera.

—Madre, los demás niños ya se fueron, ¿qué tenemos para cenar? —preguntó hambrienta.

Hipólita se arrodilló frente a la pequeña y la rodeó con los brazos apretándola contra su pecho. Llamó a su hijo Gadir, el cual se acercó intuyendo que algo no andaba bien. Permaneció por unos instantes en silencio, unida a sus hijos, besando sus cabezas, y miró a Gadir, que se abrazó a ellos. Se trataba de una despedida y él lo sabía.

Imperia tragó saliva, se le había formado un nudo en la garganta. Recordó su trágica infancia, a su madre y a su padre asesinados en Artos por las guerreras de Mirina. Ella, antes, también tenía una familia de verdad. La escena la conmovió.

La luz del sol rayaba el horizonte y una numerosa bandada de ánaes cruzó sobre sus cabezas. Gadir se dirigió a unas pequeñas teas y las prendió con el fuego de una pequeña linterna de aceite, una a una, recorriendo la sala hasta llegar junto a la joven.

—Dime, Imperia, ¿en esa guerra hay alguien que defienda a Menalipa? —le preguntó en voz baja.

—Sí, mi señor. Pero no es suficiente.

—Pentesilea, Ónfale y Lyssipe, ellas son grandes reinas, nunca traicionarían los designios de Armonía, nuestra madre y reina —intervino Hipólita.

—Pentesilea se asentó en Tracia, nada ambiciona de las tierras de Anatolia y permanece lejos de la batalla. La reina Ónfale murió años antes de la guerra, en su reino de Abasa rige la voluntad de Esmirna; son tierras del emperador Huzzia, rey hitita y se mantiene neutral. En Temiscira, Lysippe perdió la razón al hallar el cadáver de su hijo Tanaís, vencido y ahogado en el río. Hoy vive presa, llorando su pena, recluida en el templo de Artemisa bajo el poder de Mantis. Lesbos cayó en manos de la malvada Iris y Tríbada está en poder de la horrorosa Empusa; asesina de jóvenes varones, que devora su sangre y sus almas.

—Pero, entonces... ¿quién continúa la lucha? —preguntó Gadir.

—La reina Ainia y sus lobas, venidas de las lejanas estepas de Oriente, son las únicas capaces de enfrentarse a las tropas mercenarias de las hijas de Mirina.

—¡Ainia! —exclamó Hipólita.

—Sí, y Andrea. Las demás, vencidas o temerosas, no quieren esta guerra entre hermanas. No hay unión, solo desidia. Me temo que Menalipa será sacrificada en nombre de una paz impuesta por esas malvadas mujeres. Solo la divina reina podría unificar de nuevo a las hijas de la luna, arengar su lucha y acabar con la estirpe de Mirina y la feroz guerra que asola nuestras vidas —aseguró Imperia.

Gadir, disgustado y con evidentes muestras de preocupación, se sentó junto a Hipólita y sus hijos y les acarició.

—Conocí a Ainia... —comentó.

—Es temida como la loba que es y perseguida sin tregua ni suerte. No sabe de derrota, ni dispone piedad alguna ante el enemigo —apuntó Imperia con un tono claro de respeto y admiración.

—Ella puso en tu cabeza la corona caída en la batalla de Atlas, cuando luchabas herida contra la Parca. Con su presencia se acabó el horror. Cruzó el mundo con la divina Artemisa y te dio vida, para traernos paz —continuó Gadir, dirigiendo sus palabras hacia Hipólita, que escuchaba en silencio.

—Sé quién es Ainia —dijo Hipólita, de forma escueta.

—Iré a Oriente a luchar en tu nombre y en el mío propio, pues bien sé que Menalipa nunca nos dejaría solos ante tragedia alguna y también que en deuda quedamos con esa valiente y noble mujer de las estepas sin fin —aseguró Gadir.

Hipólita besó a sus hijos y les abrazó de nuevo con fuerza. Después posó la mano derecha en el rostro de su esposo, le acarició el pecho con la izquierda y besó sus labios, lenta, dulcemente.

—No, mi querido Gadir... Soy yo quien debe ir y bien lo tienes por cierto —sentenció ella.

La noche envolvió aquel tranquilo lugar, cercano a la orilla del Gran Tajo. Cenaron juntos en silencio, en una pequeña terraza que recogía el rocío de la noche, al lado de una hoguera de vivas llamas.

Hipólita acostó a sus hijos y se mantuvo junto a ellos hasta muy tarde, velando su sueño entre cálidas miradas. Gadir se quedó sentado en la terraza, sobre el pequeño muro, observando el horizonte bajo la blanca luz de la luna, con una cara tensa, disconforme; su mundo se derrumbaba bajo sus pies.

Imperia se alojó en una cómoda estancia y pronto, cansada del viaje como se hallaba, quedó dormida escuchando el tenaz bramido del ciervo y el melódico aullido del lobo.

A la mañana siguiente, el sol todavía no había salido cuando Hipólita besaba la frente de sus hijos y los arropaba. Después pasó junto a la habitación donde dormía su esposo y se sentó a su lado, le abrazó inclinando el cuerpo sobre su espalda, con un suspiro y una caricia por respuesta, por despedida.

Gadir abrió los ojos y la observó alejarse. Después salió a la terraza y se sentó sobre el muro. No hizo más, pues sabía que nada debía hacer, por mucho que le pesara. Ella no se lo perdonaría jamás.

Hipólita bajó en silencio las empinadas escaleras de piedra y se dirigió al establo donde se encontraba un hermoso caballo, al que llamaba Zaino; un pura sangre de raza obsequio de su amado esposo. Una mirada cruzada de Hipólita hacia la terraza, una sonrisa de Gadir, un suave relincho, una caricia en la quijada y los cascos resonaron en el silencio de la mañana.

Imperia despertó inquieta, su fino oído le delató aquel trote. Saltó apresurada del lecho, se asomó al ventanal y vio a Hipólita cabalgando. Ya no vestía de lino púrpura imperial como noble esposa, sino de cuero, seda verde y peto de malla bronceada, como temible guerrera. La joven se vistió rápido. Tropezando con la cama, recogió sus armas, tomó una manzana y, mordiéndola, corrió en busca de su caballo y salió tras los pasos de su divina reina.

Gadir quedó allí sin palabras ni resuello, lanzando un triste suspiro al aire, viendo partir también a Imperia. El sol se alzaba bañando su rostro desencajado mientras el eco de los berridos y el choque de la cuernas resonaban de nuevo en todo el valle. De pronto, se alzó furioso, agarró un macetero y lo lanzó con fuerza contra la pared, reventándolo en mil pedazos...

El choque de dos enormes cuencos colmados de celia resonó en la barra del Oso Tuerto. Se trataba de una cálida posada de buen beber, situada en la pequeña aldea de Catta, entre los pasos de las montañas sagradas de Pyrene, aquéllos que abrían los caminos a Oriente. Sus paredes se hallaban cubiertas de trofeos de caza y la pequeña barra mantenía en pie a los últimos en despedirse de sus agradables licores. Una sala con gruesas mesas y largos taburetes hacía de comedor. Al fondo, una mujer rubia dormitaba bajo una cálida piel de vaca mientras, al lado de la chimenea, dos hombres enormes, de gran parecido entre ellos y toscas expresiones bebían con ganas.

—Servidnos la penúltima, que esta tarde no tenemos que ir al bosque.

Sarri e Irras, los hermanos gemelos de ojos pequeños y papada bondadosa, eran yernos de aquel viejo de aspecto huraño, que cojeaba y que se mostraba como el amo de la posada.

—No hay más. Si no tenéis trabajo, yo os daré ardua tarea con la leña del cobertizo. Vamos, ayudadme a cargar el grano de la despensa, tenéis que ganaros vuestra celia —les contestó de forma ruda.

—Pero..., ¡es la hora de la siesta!

—¡Vagos! —les increpó avanzando, cojeando, hacia la parte trasera de la posada. Los gemelos le siguieron tras un sonado eructo, remugando entre dientes.

El amo era veterano de las guerras contra los hijos de Atenea, superviviente de mil batallas y, según él mismo aseguraba con plácida lengua, amigo de la divina Hipólita. Le gustaba relatar épicas fabulosas a todo el que pasaba por su apacible posada; historias que escuchaban al calor de la chimenea y que nadie creía, pero que a todos agradaban y les hacían soñar.

Tras cuatro días de rápido cabalgar por la Península, Hipólita llegaba hasta la puerta del Oso Tuerto. Golpeó varias veces y le abrió Eliana, la mayor de las hijas del viejo posadero, una mujer de espléndida sonrisa, grandes senos y redonda cara.

—Busco lecho y descanso; un techo, alfalfa y grano para mi caballo. ¿Es posible? —preguntó Hipólita sujetando de las bridas a Zaino, ocultando las armas bajo su capa.

—Pasad, noble dama... ¡Delia! ¡Hevia! —exclamó, llamando a sus hermanas.

Hipólita entró en la posada y, siguiendo los pasos de Eliana, se dirigió escaleras arriba hasta una agradable habitación de ancha cama y paredes cubiertas de pieles. Delia la seguía con dos sábanas de lino y una manta de lana en sus brazos, mientras Hevia, la menor de ellas, atendía a Zaino.

—Es la única libre, pero es la mejor de nuestras habitaciones, dispuesta queda —dijo la posadera.

—¿Es posible algo de cena? —preguntó Hipólita. Luego, se fijó en una tina de maderas nobles, que permanecía al fondo de la habitación y sonrió—. ¿Y agua caliente?

—Sí, claro —asintió Eliana.

Atendida por las hijas de aquel hombre de relato fácil y cojera marcada, la llegada de Hipólita fue discreta y nadie se percató de su presencia. Un pequeño ventanal filtraba los últimos rayos de sol y le mostraba un paisaje encantador, una ladera de bosques se alzaba esplendorosa entre los escarpados picos nevados de Pyrene.

—¡Señora! —golpearon en la puerta—. La carne está preparada y el agua, caliente...

—Sí, un momento, por favor —contestó Hipólita mientras miraba su cara reflejada en la brillante hoja de la espada de Ares, aquella que trunció la vida y las ambiciones de Mirina. En su recuerdo la terrible batalla de tres largos días, donde aprendió a odiar la guerra, que solo le dio muerte y tragedia. Ahora se hallaba dispuesta a matar de nuevo, a liberar la fiera que llevaba dentro tantos años encerrada.

—Ainia, mi querida amiga, marchaste con el cuerpo de Evenor y nada hablaste conmigo. ¿Por qué? —se preguntó con un susurro.

Luego, guardó la espada bajo el lecho, sacó una fina túnica de lino y se la puso encima, anudada con un detallado cinto púrpura imperial—. ¿Cómo te atreviste a arrebatar me tal honor? —murmuró de nuevo, mientras recordaba el amor que un día sintió por Evenor.

De nuevo, unos golpes en la puerta desviaron sus pensamientos. Eliana esperaba, acompañada por sus dos hermanas.

—¡Adelante!

—La montura está a buen recaudo y la cena servida: pechuga de ave de caza acompañada de ricas legumbres —aseguró la posadera, mostrándole la pitanza.

Mientras cenaba, el agua caliente para el baño era depositada en la tina de madera. Las mujeres le sonreían observando cada detalle de sus pertenencias, ropajes y aderezos. Bien oculta la espada y demás artes de guerra, daba la sensación de ser una noble dama, tal vez adinerada, de camino a algún lugar desconocido.

—¿Adónde se dirige la señora? ¿Espera a alguien? ¿Más agua? —preguntó Eliana.

—Sí, por favor, un poco más de agua —apuntó Hipólita como única respuesta.

Tras acabar la cena, desnudó su cuerpo mientras Delia llenaba la tina de agua caliente. Luego, se introdujo en ella y se sentó dejándose cubrir hasta el cuello.

Eliana comenzó a enjabonarla y aclarar su cabello, mientras Hevia recogía los cubiertos y dejaba cerca de su alcance varias toallas de gruesa tela.

—Veo que no eres muy habladora —insistió la posadera.

—Discúlpame, el viaje ha sido largo —comentó Hipólita.

—No te preocupes, lo entiendo... Pero no deberías andar sola por estas tierras.

Hipólita acomodó su cuerpo, relajó su mente y se dejó hacer. Cerró los ojos y quedó dormida presa del cansancio y los sabidos masajes que Eliana le proporcionaba en el cuello.

—¿Habéis visto la cicatriz de su hombro? ¿Y la del costado? Pobre mujer, ¡cuánto habrá sufrido! —comentó Delia, en voz baja.

—Es muy bella —aseguró Eliana, entre susurros para no despertarla, fijándose en su rostro mientras se secaba las manos.

Después, sin rubor alguno, las tres hermanas comenzaron a mirar entre la ropa. Devia pronto vio el bulto que había bajo la cama y se agachó curiosa, estirando la mano.

—¿Qué hacéis que no bajáis? —preguntó el amo de la posada abriendo la puerta de pronto, interrumpiendo bruscamente el registro. Allí vio a Hipólita, durmiendo en la tina, entre los vapores del agua caliente que caldeaban la habitación, y a sus hijas revisando prendas.

—Estábamos atendiéndola, padre; ya bajamos. Llegó esta misma tarde, se la ve agotada, viene cabalgando desde lejos —contestó Eliana, en voz baja.

—Venga, bajad a ayudarme con la salvajina de la cena y dejadla descansar. Os tengo dicho que no curioseéis entre las pertenencias de los viajeros. ¡No aprendéis! ¡Un día tendremos un disgusto! —las reprendió el posadero.

La puerta de la habitación se cerró e Hipólita quedó sola, dormida en la tina de viejas maderas. La luz que bañaba su rostro filtrándose por la ventana desapareció lentamente.

Un fuerte viento comenzó a soplar con fuerza, silbando entre los recovecos de la cálida posada. El cielo se cubrió de nubes grises y las estrellas se perdieron. Un poderoso rayo hizo temblar el firmamento y despertó de golpe a Hipólita, que yacía desnuda dentro de la tina. El agua había perdido su calor y de pronto sintió frío. Se levantó, se cubrió con las gruesas toallas que le habían preparado las curiosas posaderas y se acercó hasta la ventana. La lluvia caía con fuerza creando pequeños torrentes de barro entre las casas de la aldea y frunció el ceño, contrariada. El diluvio del gran Deucalión había comenzado.

Capítulo 2

LA POSADA DEL OSO TUERTO

El cielo gris parecía fundirse en un torrente sin fin, acompañado de fuertes ráfagas de viento y gruesas gotas de hielo que dañaban todo aquello que alcanzaban. El agua caía formando ríos y mares imprevisibles, tragándose todo. Aldeas enteras sucumbían arrastradas por las crecidas o sepultadas por el lodo. Eran miles las personas que sufrían la virulencia tempestiva desde el bravo Atlántico hasta más allá de las tierras de Ática.

En los pasos elevados de las montañas sagradas de Pyrene, a salvo de las crecidas, la posada del Oso Tuerto estaba atestada de gente. La lluvia incesante había congregado a muchos en la barra, a otros en las mesas y, entre tragos y blasfemias, todos hablaban del mal tiempo que se había desatado y que les impedía realizar su labores cotidianas.

La puerta se abrió de golpe y la figura de una guerrera se recorrió al contraluz mientras un rayo partía el cielo. Su entrada sorprendió a todos y provocó el silencio, no solo por sus armas, sino por su juventud y belleza. Sus ropas de pieles pardas y remendadas con cuentas de bronce se ceñían caladas al cuerpo. La espada cruzada en su espalda y la daga que brillaba en sus caderas adornadas de leopardo, atraían en verdad la atención.

—¡Eh! ¿No te has perdido? —preguntó Sarri, alzando un cuenco de celia.

—¡No! —respondió tras escudriñar el local. Luego, se dirigió hasta la barra arrastrando la mirada de todos y depositó unos quilates de puro oro—. ¿Es posible un plato caliente y algo de beber? Mi caballo está fuera, con esta lluvia necesita un techo.

—No se preocupe, enseguida le preparo algo; y tranquila por su cabalgadura, nos ocuparemos de inmediato —le contestó Eliana.

Imperia buscó a su alrededor, pero ninguna cara le resultaba conocida. Casi todo eran varones, excepto las hijas del viejo posadero y una mujer al fondo que, envuelta en una piel de vaca, dormitaba entre

un leve ronroneo. Su rubio cabello le confirmaba que no se trataba de Hipólita.

—¡Estás helada y chorreando! ¡Si solo eres una niña! Acompáñame a la cocina, allí podrás secar el cuerpo y calentar tu alma —dijo Eliana, cubriéndola con una manta.

Imperia se dejó llevar, pues además de no hallar lo que andaba buscando, se sentía incómoda al verse observada por todos.

En la habitación de arriba, Hipólita se cubrió con su vestido verde y se ciñó el cinturón de placas de oro con el símbolo de Ares. Luego se sentó junto al ventanal, alisándose el pelo, observando la lluvia. Pensó que su camino se vería dificultado por aquel tiempo tan hostil y frunció el ceño. La furia de la tormenta había decaído, pero el agua no dejaba de caer con intensidad.

La posada se llenó más que de costumbre aquella noche, no paraba de llegar gente. Prepararon unas brasas y carne en abundancia. El olor a asado envolvió el lugar dándole un cálido sentido familiar. La amarga celia y el dulce vino empezaron a correr por las mesas alegrando voces, calmando temores. Un clima cordial invadió la posada del Oso Tuerto entre los dichos y chácharas de sus gentes.

Imperia salió de la cocina, con ropa seca y compuesta.

—¡Aquí tienes sitio, joven guerrera! —exclamó Sarri, con un airado brote de voz.

—¡Ven y comparte nuestro vino! —le siguió su hermano Irras.

—Con ellos estarás segura y, por su propio bien, en nada te molestarán —le aseguró Eliana, dándole confianza—. El más feo es mi esposo, el otro es mi cuñado.

Imperia asintió alzando las cejas y observó a aquellos hombres de manos grandes como mazas, sin distinguir al uno del otro. Se sentó con una sonrisa indecisa en un pequeño hueco que dejaron entre los dos, y se puso a escuchar al viejo posadero que, alegre por el vino, relataba sus batallas en voz alta, para que todos le escucharan.

—Coronada reina de Gadeira, la divina Hipólita defendió Atlas de las garras de la poderosa Mirina y de los impíos aqueos, que por miles invadieron ésta, nuestra tierra. Ninguno sobrevivió a su furia —aseguró orgulloso el posadero—. ¡Ah, amigos míos! Os he narrado tantas veces aquella gloria que temo aburrirlos. ¡Eliana, hija, sírveme un cuenco de dulce vino que aclare mi voz!

En la posada, la algarabía cesó y todos prestaron atención al viejo dueño de la posada.

—Muy pronto, la fortuna le sonrió con un hermoso varón: el pequeño Gadir, más tarde llegaría la traviesa Armonía —continuó el viejo posadero—. Pero mi reina no vivía feliz. Su deseo era marchar, deseaba gozar en paz con sus hijos alejada de la tierra donde tanto había

sufrido con la guerra y sus tragedias. Decidió dejar en regencia la Corona y el destino de las gentes que su espada salvó en manos de sus fieles generales: Tarss y Mimi. Su esposo, el bravo Gadir, la apoyó. Hipólita solo tenía ojos para sus hijos y para su amado. Y un día marcharon sin despedirse. Sus armas están enfundadas y un idílico futuro, junto a sus hijos, engrandeció sus sueños y esperanzas de paz.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó uno de los clientes de la posada.

—¡Desaparecieron! Y nació la leyenda. Querida por su pueblo y respetada por todos, pues nos dio libertad, ella es reina divina por siempre —contestó el posadero.

—¡Por la divina reina! —exclamaron Sarri e Irras, levantando sus cuencos de celia.

La gente que llenaba la posada empezó a golpear con júbilo sus jarras sobre las mesas, pidiendo más celia, más vino y más historias. Eliana se sentó frente a Imperia y le sirvió celia de su cuenco, derramándola, en parte, por la mesa.

—Dinos con quién tenemos el honor de compartir esta mesa. Es buena costumbre que los peregrinos compartan relatos de sus viajes, para delirio y entretenimiento de todos —le dijo la amable posadera.

Imperia sintió vergüenza ante la mirada de la gente y no supo qué decir.

—Eliana, mi buena amiga, ¿no ves que se halla agotada? Espera que recobre el resuello. La noche es joven y la carne se está asando. Mío será el relato antes de que tu padre nos cuente de nuevo cómo derrotó a las tropas aqueas él solo, con una larga lanza astillada y su ágil cojera —apuntó un joven que se hallaba en la mesa contigua.

La risa se extendió en toda la posada. Al único que no le hicieron gracia aquellas palabras fue al posadero que, cojeando, meneaba la cabeza dirigiéndose hacia la barra, gruñendo dichos indescifrables bajo su poblado bigote.

Imperia se fijó de inmediato en el muchacho de melena negra y ojos castaños, que vestía de leñador y portaba un hacha en su cinto.

—¿Puedo, hermosa guerrera? —preguntó, mirándole a los ojos con una sonrisa.

Ella se sintió ruborizada ante la encantadora mirada del joven. En ese momento pensó que toda la posada la miraba. No se equivocaba.

—Sí, sí... Por favor, cuenta tu historia —contestó.

—Como bien sabéis, amigos, en mi última salida tardé más de lo previsto en regresar de la cacería del jabato, pues hallé un rastro perfumado que me atrapó sin opción —expuso el joven leñador, izándose sobre un taburete—. Y lo anduve siguiendo largo tiempo. Crucé las montañas y el bosque con tan solo mi hacha de leñador y una manzana, la

más hermosa que había logrado recolectar. Me alcanzó la noche y, valiente, aullé en alto para demostrar mi temple a los lobos. Pero, al amparo de la oscuridad, las criaturas del bosque comenzaron a rondarme, oía rechinar sus molares y gruñir su hambre. Confuso, me sentí perdido..., ¡había cientos de ellas!

Por un momento el joven calló mientras todos le miraban intriguados. Tomó un cuenco con vino y bebió. Y lo posó lentamente, vacío, sobre la mesa, dejándose querer.

—¡Vamos! Continúa, ¿qué pasó? —espetó Sarri.

—Ante mí, apareció esa hermosa mujer a la que llaman Europa —añadió el joven, bajando el tono, dotando de intriga su relato—. ¡La divina Europa! Las criaturas de la noche, sabias ellas, huyeron ante su altiva presencia. Se acercó a mí sin tener claro si devorarme o acariciarme. La reté y, sorprendida, decidió que un joven tan valiente debía vivir. Yo la regalé mi manzana y ella me confesó que jamás había probado fruta igual. Tan satisfecha se sintió que me ofreció el calor de su hoguera. Era tan nutritiva que la divina, con ella, permanecería por siempre sana y hermosa.

Dos hombres fuertes, de largos cabellos y porte guerrero, entraron en la posada cubiertos por una ancha capa mojada. No eran de la zona, más bien parecían hombres del este que huían de la tormenta. No despertaron interés alguno, era común el paso de desconocidos en aquel lugar de descanso para el viajero.

—Se os ve fatigados. Bebed esta sopa caliente, os sentará bien. ¡Revive a los muertos! —aseguró con gentileza el viejo posadero, haciéndoles un hueco en la repleta barra.

—¡Gracias, buen hombre! ¡Llueve a cántaros! —exclamó uno de ellos.

Cuando el desconocido alargó su brazo para tomar el tazón, el posadero se fijó en las armas que portaba bajo la capa: símbolos de dioses aqueos les acompañaban. Levantando el mentón, pensó que eran desertores de alguna contienda olvidada, algo que no le agradó; o peor todavía, soldados en busca de glorias, lo cual le preocupó.

—¡Su dicha fue tal que nos amamos una y otra vez! —continuó el leñador—. Y me dijo aquella noche: «yo haré de ti mi rey y serás inmortal, joven y robusto por siempre como esta deidad que en sus brazos te acoge». Estaba bellísima bajo la luz de la luna. Permanecimos abrazados durante días, saciándonos de amor y dicha.

—¿Y por qué has vuelto? —preguntó Sarri de forma irónica.

—¡Podrías haberte quedado con ella! —exclamó Irras.

—Para contaros mi relato y ser por todos envidiado, pues rey inmortal seré. Así que... ¡Cuidado ya sabéis a quien tendréis que rendir pleitesía en los venideros tiempos y por muchos más! —contestó el joven, de forma sobreactuada.

Todos aplaudieron y, de inmediato, hicieron bromas del rey leñador que se avecinaba y que amenazaba con dominarlos a todos.

Hipólita escuchó su voz desde lo alto de las escaleras, sentada en el borde y fuera del alcance de la vista de los demás. Había oído a Armonía, su añorada madre, hablarle de la vieja Europa, la divinidad de las tierras del norte. Pero resultaba improbable que el leñador hubiera sido atendido por ella. Sin embargo sintió cierta simpatía por el joven, desenfadado y decidido: quería impresionar a Imperia, lo sabía. Una sonrisa apareció en su rostro, mientras acicalaba su cabello hacia atrás, recordando otros tiempos en que un joven general trataba de ganarse su corazón.

—¡Es tu turno! —exclamó el leñador a la joven guerrera.

El asado de res estaba siendo repartido entre las mesas, con salsa de setas, romero y tomillo. Los cuencos vacíos se colmaban, de nuevo, de vino y celia en abundancia. Servida la pitanza, las posaderas se sentaron para escuchar. Eliana lanzó una mirada cómplice a los gemelos que rodeaban a Imperia. Ante la sorpresa de la joven, la tomaron cada uno de ellos de un brazo y la alzaron en pie sobre el taburete.

Hipólita estiró el cuello para verla. La alegría de la posada y sus humildes gentes se contagiaba con sumo agrado, y se mostró impaciente por oírla.

Abajo, los dos hombres de armas aqueas clavaron con sumo interés la mirada sobre Imperia, nada más verla, y avanzaron unos pasos. Solo el viejo posadero se dio cuenta del recelo que había despertado la joven en aquellos personajes que ninguna confianza le inspiraban.

Ajena a ello, Imperia dirigió su vista de lado a lado y se sintió ruborizada de nuevo. Más aún contemplando como todos la miraban, jaleándola para que contara su historia o cualquier otra. Vio al joven leñador riendo y se sintió irritada. Pero no se echó atrás y dio por buena la acción de los dos hermanos.

—¡Tú nunca serás rey inmortal! —exclamó, dirigiéndose al joven.

—Ah, noooo... ¿Y por qué? —le contestó.

—Yo sí conocí en verdad a la vieja Europa. Con ella compartí la carne de mi caballo en cierta ocasión, en su estrecha gruta, al calor de una hoguera. Bien sabido es que la vieja Europa, pues eso, que es vieja. No pudiste gozar de sus favores tal y como comentas, pues el poder de la luna le arrebató su belleza. Así que nunca pudiste verla joven y hermosa en la noche. Me temo que nada cierto nos has relatado y que vuestra tardanza quizá se deba a otros menesteres más mundanos, que en secreto quizás prefieras guardar. Deberás conformarte con seguir siendo leñador y mortal.

El joven la miró sorprendido. Mientras, la gente de las mesas reía a carcajadas, sin soltar el asado.

—¡Leñador, que te ha calado! —exclamó Eliana.

—Si no he de ser rey inmortal, ¿podría pues ser vasallo mortal de tu belleza? —le preguntó el joven, sin rubor alguno.

Un murmullo expectante recorrió la posada y una gran vergüenza tintó de rojo los mofletes de la joven, sin saber qué decir le miró la deando un poco la cabeza.

Entonces, una voz áspera rompió el encanto de la noche.

—¡Ten cuidado, te arrancará el corazón y lo devorará! ¿Acaso no ves que es una cachorra de las hijas de la luna? —preguntó uno de los hombres de trazos aqueos, sacando la hoja del cinto—. ¡Debería morir ya, pues no es más que loba traidora!

—¡Es una asesina de hombres! —exclamó el otro.

El silencio reinó de golpe en la cálida posada.

—¡Son aqueos! —exclamó el viejo posadero y salió de la barra, cojeando, con una tranca en la mano—. ¡Marchad! ¡En ésta, mi morada, no sois bien recibidos si vuestra actitud no deponéis!

—Hijos de Atenea, interesante —susurró Hipólita, curiosa ante lo que ocurría.

El leñador sacó su hacha de la cintura y avanzó, junto a los dos hermanos gemelos; y, desafiantes, miraron a los hombres de guerra que rompían la armonía en la posada. La joven guerrera tomó su espada en una mano y se armó con la daga en la otra, sin ceder un palmo y mirando fijamente a los aqueos.

—No es nuestro deseo ver derramarse la sangre de nadie. Pero si así hubiera de ser, no dudéis que sería la vuestra la que mancharía el suelo, no la de esta valiente mujer —aseguró el joven leñador, acercándose a Imperia.

—¡Son cazadores de hombres! Asesinos que por unos quilates parten de Ática en busca de glorias para sus amos —exclamó Imperia.

Luego, volvió su vista, sorprendida ante la actitud de aquel joven al que en verdad desconocía. Con un destello en sus ojos, le vio acercarse decidido a defenderla a costa de su propia vida.

—¿Quién será ese joven valiente? —se preguntó Hipólita mientras observaba en silencio cuanto acontecía. Recordó la primera vez que Gadir intervino por ella, la dejó en verdad tan sorprendida y enamorada, como ahora parecía estar Imperia.

—Las hijas de la luna son presas codiciadas en la acrópolis de Atenas, más si es tan joven y bella. Estos hombres obtendrían mucho oro y placeres de los nobles por ella. Sin duda andan tras las huellas de la guerrera —aseguró el viejo posadero.

—Dejaros ya de cháchara, dadnos a la asesina de hombres y en paz estemos. No es más que una joven hembra que en nada os viene

ni conviene —apuntó uno de los aqueos estirando su brazo con la mano abierta.

—¡Antes la muerte que dejarla en vuestras sucias manos! —exclamó el joven leñador y avanzó un paso por delante de Imperia, con el hacha presta en su mano.

Imperia le miró, con los ojos abiertos exageradamente y las cejas arqueadas: se sintió de nuevo sorprendida, defendida por aquel muchacho y le gustó. Y vio cómo toda la gente que había en la posada se puso en pie contra aquellos hombres de guerra, mostrando sus tranças, hachas y dagas.

—Hum... Veo que no pensáis darnos a la loba. No sabéis lo que hacéis, os arrepentiréis —dijo uno de los aqueos, guardando la espada y retrocediendo.

El otro lanzó unas cuentas de oro sobre la barra y se volvió, recogió sus cosas sin dejar de mirar a Imperia, con una sonrisa malvada que no quedó perdida ante la vista de Hipólita.

—Los perros han hundido sus fauces y no piensan soltar —murmuró desde el altillo, sin dejarse ver.

—¡Ya se fueron con sus malas pulgas! ¡Malditos sean! —exclamó el viejo posadero tras comprobar que los aqueos se alejaban.

Imperia, conmovida por la reacción de aquella gente que apenas conocía, suspiró y guardó sus armas. Y fijó la vista en el joven leñador, había hecho latir su corazón con fuerza. Ahora necesitaba saber más de él.

—Veo que no solo eres un charlatán, sino también un hombre valiente. Pero no eran rivales para mí, hubiera podido acabar con ellos fácilmente —le dijo ella, acercándosele.

—Nunca lo dudé —aseguró él.

—Así pues deseas ser mi vasallo mortal.

—Pues la verdad, ya no estoy tan seguro. ¿Eres una asesina de hombres?

—¡No! ¡Solo me como sus corazones! —exclamó ella, sentándose junto a él.

—¡Eeeehhh! ¡Ya nos abandonas! ¡Ahora te vas con Íbero! ¡No es justo! —exclamaron los gemelos, con tono desenfadado.

—Íbero —murmuró Imperia. Y miró intrigada al muchacho de atractivo porte, valor templado y sonrisa encantadora.

Hipólita se dirigió hacia su habitación. Delia le había subido un buen trozo de asado, parecía ser el mejor bocado que iba a probar en su vida. Cuando la posadera salió, ella entró pensando en lo ocurrido: ese instante mágico entre Imperia e Íbero. Luego, se asomó a la ventana, observando el camino embarrado por el que habían desaparecido los aqueos.

—¿Cuánto tardarán en regresar? —se preguntó y se volvió a la mesa, donde el apetitoso asado esperaba.

El viejo posadero avivó las llamas de la hoguera y mandó hervir hierbabuena y menta con miel para combatir el frío que se adentraba en la noche y dar tregua al vino peleón. La lluvia seguía incesante. Pasaron largas horas y muchos partieron a sus hogares. Finalmente quedaron en la posada el viejo, cojeando en la barra; sus hijas, limpiando las mesas; los gemelos, asidos cada uno de ellos a un cuenco de celia; la mujer rubia, envuelta en su piel de vaca; Imperia e Íbero que, prendado de las palabras, belleza y temple de la joven guerrera, se resistía a marcharse.

—Bien cierto es que he luchado en mil batallas y guardo en mis sienes recuerdos imborrables, pero algunos son especiales y nunca he hablado de ellos —apuntó con orgullo el viejo posadero. Salió de la barra y se acercó a la chimenea—. Disponeros frente al fuego pues, antes de ir a descansar nuestros cuerpos del asado y del buen vino y aprovechando que se halla entre nosotros una hija de la luna, en su honor, es mi deseo relatar una historia que nunca antes conté y que sin duda gustará.

La joven se hallaba cansada. Pero se encontraba muy bien allí, junto a Íbero, escuchando las bravatas de Sarri e Irras. No estaba acostumbrada a la cordialidad mostrada por aquella gente, ni al calor que ello le reconfortaba. Los gemelos arrimaron una mesa cerca de la chimenea y a sus faldas se sentaron las hijas del viejo posadero. Todos se reunieron alrededor del fuego, excepto la mujer rubia, que seguía durmiendo en su rincón.

—Fue en los últimos compases de la batalla de Atlas, entre sus ruinas anegadas. Luchaba defendiendo mi vida contra los saqueadores de Oriente, aliados de los aqueos... Contra la fuerza del mar y el fuego que todo lo devoraba...

En ese momento, unos golpes sonaron en la puerta de la posada cortando el relato. Eliana abrió y cuatro hombres envueltos en anchas capas entraron.

—¿Es posible un tinto caliente que anime nuestras almas heladas? —preguntó uno de ellos.

—Por supuesto, pasad. Aunque es tarde, en mi humilde posada siempre hay favor para el fatigado viajero y más con la que cae —contestó el viejo posadero.

Eliana les atendió, sirviéndoles un cuenco de asado y abundante vino.

—Y allí estaba la bondadosa Menalipa —continuó el posadero—. Aquella que hoy es reina de las hijas de la luna en el lejano Oriente. En sus brazos portaba una pequeña de sonrojados mofletes que largas lágrimas a floraba, mientras señalaba cómo un salvaje atentaba contra

sus vidas. Indefensa se hallaba mi reina, con la muchachita a cuestras y sin defensa alguna. Aquel hombre malvado alzó sus armas contra ellas. Mi lanza salvó sus vidas, pues con él acabe de un certero lance.

Una lágrima resbaló por el rostro de Imperia que escuchaba atenta, emocionada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Íbero, preocupado.

—Sí, es que esta historia me ha traído recuerdos olvidados de mi infancia.

—Tú eres aquella pequeña. No me cabe la menor duda —aseguró el posadero.

—Tu cojera, el «Oso Tuerto»... Eres Sarko, ¿verdad? —le preguntó ella, con un nudo en la garganta.

No hubo respuesta, pues con un fuerte golpe, la puerta de la posada se abrió de nuevo: los aqueos habían regresado. Esta vez venían preparados, con petos y largas lanzas. Anduvieron en silencio hasta la mesa donde se hallaban los cuatro hombres que acababan de llegar.

—¿Es ella? —preguntó uno de los que estaban sentados, el más alto y templado. Y dio un último sorbo de vino, dando por acabado el asado. Luego, se levantó.

—Sí. Acabad con ellos y encadenadla —contestó el aqueo.

Los seis hombres formaban un solo grupo y querían a Imperia.

—Bonita historia esa, lástima que no te sirva de nada ser héroe de una guerra perdida. ¡Viejo fantasioso! ¡Dadnos a la cachorra y quízás respetemos vuestras vidas! —aseguró el jefe del grupo, limpiando su boca con la mano.

Hipólita, que se hallaba sentada en el último escalón de la escalera, escuchando las palabras del viejo posadero, observó atenta.

—¡Marchad de mi hogar antes de que la ira de Ares se abata sobre vosotros! —espetó Sarko; y se armó con un gran tronco de la hoguera y se dirigió hacia ellos cojeando.

—¿La ira de Ares? —preguntó uno de los aqueos, entre risas—. No digas más sandeces y entréganos a la joven loba o morirás como el viejo loco que eres.

Imperia e Íbero templaron sus armas y los gemelos les siguieron.

—Estúpidos, vais a morir todos por defender a una asesina de hombres. ¿Acaso creéis que podéis enfrentaros a gloriosos soldados de Atenas? —preguntó el cabecilla aqueo.

—Veo que no habéis tardado mucho en encontrar valor y número, como buenos hijos de Atenea que sois —aseguró Hipólita, mientras irrumpía en el salón, bajando lentamente por las escaleras, envuelta en aquel suave vestido verde, sin arma alguna.

—La ira de Ares —susurró el viejo posadero ante la mirada atónita de todos.

—Bien es verdad que las historias que cuenta este hombre son ciertas al igual que el amanecer, pues allí luché y allí di muerte atroz a muchos de los vuestros; cobardes como vosotros. Buscáis a una joven loba que no os acompañará. Aún tiene mucho por aprender... Pero, ¿por qué conformarse con ella teniendo al alcance a la madre loba? —les preguntó Hipólita.

Los aqueos la miraron, tan impresionados por sus palabras como por su belleza.

—¿Quién eres que vestida sin armas demuestras tanta estupidez ante una lanza aquea? —preguntó el cabecilla aqueo.

—¡Hipólita! —exclamó Imperia, avanzando dos pasos.

—¿La divina Hipólita? No, eso no puede ser. Es un mito —surró Sarri, y miró al viejo posadero buscando respuesta.

—Sí, Sarri, sí... Es ella —le contestó, mientras agachaba la cabeza en muestra de respeto y bajaba aquel grueso tronco, sabiendo que no iba a necesitar arma alguna.

Hipólita avanzó hacia los aqueos y les invitó a la lucha extendiendo su brazo, levantando una ceja. El cabecilla saltó templando su espada. La divina reina se meció hacia un lado, sin apenas menear las caderas, esquivando la estocada a la vez que le hacía presa en la muñeca. Con un gesto rápido, se la dobló hacia el suelo, robándole la espada con la otra mano. El aqueo fue desarmado con la dulzura que solo trae la muerte súbita, cayó con un ronco gemido atravesado por su propia espada.

—¡Con tu cabeza de gloria nos alzaremos! ¡Disponte a morir! —exclamó el más joven de los aqueos, y tres de ellos avanzaron rápido a por ella.

Hipólita miró al infinito mientras notaba cómo aquella agradable sensación olvidada renacía en ella: el calor de la sangre de Ares recorrer sus venas. Esquivó el golpe del primero, robó la lanza del segundo y segó de un fuerte golpe con la punta bronceada el cuello del tercero.

—Tu arma —le dijo al que había desarmado, hundiendo la lanza en su pecho.

Sacó la espada del vientre abierto del cabecilla aqueo y la lanzó, atravesando el cuello del primero de los tres aqueos que habían osado atacarla.

—¿Dónde están los altivos hijos de Atenea a los que he de temer? —preguntó.

—¡Te mataré! —exclamó con furia uno de los aqueos, haciendo silbar su lanza.

Con un paso rápido Hipólita esquivó el golpe de muerte y le agarró el pecho, izándolo al aire contra la pared. Sacó la daga del propio

cinto aqueo y se la hundió en el costado, por dos veces, desgarrándole los pulmones.

Hipólita vio el destello de la muerte surcar el aire y se agachó para notar la brisa cortada que había dejado una espada al pasar sobre ella. Se volvió y golpeó el brazo que la mantenía. La hoja de bronce cayó al suelo. Con un rápido movimiento, agarró del cuello a su oponente y alzó la daga sobre él

—¡No, piedad! —gimió el aqueo, sabiéndose muerto.

La divina reina vio en aquel hombre acabado el horror de la guerra vivida. Se vio a ella misma, sentada y herida en el campo de batalla, asida a la espada de Ares que, clavada en el ensangrentado lodo, la mantenía erguida. Y notó, de nuevo, el poder del beso de Artemisa invadir cada espacio de su ser, aquel que le dio vida, fuerza y divinidad. Se sintió confusa ante su propia brutalidad, bajó la daga y le soltó. Luego, le dio la espalda y se dirigió hacia el viejo posadero, que cojeaba acercándose a ella, con una sonrisa emocionada. El guerrero quedó apoyado en la pared, suspirando, mirándola atónito y observando cómo yacían sus compañeros muertos en el suelo.

—¡Mi querido Sarko! —exclamó Hipólita.

Entonces vio cómo la mujer de cabello oro castaño y ojos de esmeralda, que había permanecido en el fondo de la posada ajena a todo bajo una piel de vaca, alzaba una lanza al aire y la enviaba con fuerza hacia ella. No se inmutó.

El venablo pasó apenas a unos dedos de su cara, rozando sus hermosos cabellos y hundiéndose en el pecho del guerrero aqueo que, en vez de aprovechar la oportunidad de vida que le dio Hipólita, trató de acabar con ella traidoramente.

—¡Antíope! ¿Cómo estás hermana? —preguntó Hipólita, sin volver la vista atrás.

—No mejor que tú, veo que sigues en forma tras tanto tiempo.

Ambas se dieron un gran abrazo ante el asombro de Imperia y de los demás.

—Creí que cabalgarías ya por los montes de Tirrena —apuntó Hipólita.

—Sabía que pasarías por la posada del Oso Tuerto. Dónde iba a encontrar mejor descanso una reina, sino en la posada del viejo Sarko.

—Sí. ¿Dónde, si no?

—¿Te has vuelto piadosa? No te reconozco, hermana —aseguró Antíope, invitándole a volver la vista atrás.

Hipólita giró la cara para ver al aqueo que se retorció en el suelo, agonizando, con las manos en la herida abierta en el pecho, y se le acercó.

—Elegiste morir —le dijo. Acto seguido agarró con firmeza el asta, giró la muñeca y alzó su brazo, arrancándole la lanza y la vida.

Dirigió su vista hacia el viejo posadero y vio como todos la miraban extasiados, como si fuera una divinidad. Le devolvió la lanza a su hermana, al aire; se acercó y abrazó al viejo Sarko, que temblaba de la emoción.

—¡Es verdad que el viejo conoce a la divina Hipólita! —exclamó Sarri, que aún permanecían inmóvil, viendo a su odiado suegro abrazado a una leyenda viva.

—Eliana, hija, trae vino para celebrar esta nueva... Sarri, Irras, por todos los dioses, sacad fuera esos muertos, arrojadlos por el barranco del Quebrantahuesos. Los buitres y las bestias se harán cargo de sus despiadadas intenciones.

—Mi buen amigo, no te preocupes; es tarde y mañana es mi deseo partir hacia Oriente —señaló Hipólita.

—¿Con esta tempestad que nos azota? —apuntó Sarko.

—Me temo que sí —aseguró la divina reina. Luego, saludó a Imperia y se plantó ante Íbero, le observó con sus profundos ojos, examinándole como si analizara su alma y le posó la mano sobre el hombro—. Eres un valiente, serás un buen hombre, digno de una gran mujer.

La intensidad de la lluvia hizo que Hipólita, Antíope e Imperia permanecieran en la posada hasta el mediodía, tiempo en el cual recibieron numerosas ofrendas por parte de la gente de la zona.

Hipólita quedó asombrada ante tal evidencia de respeto y cariño; así como de que fuera considerada una divinidad tal cual el mismísimo Zeus.

—¿Seré en verdad una diosa? —le preguntó a Antíope, mientras observaba caer el agua a través de la ventana de su habitación.

—Quizás... Pero no debes creértelo mucho. Para mí eres mi amada hermana, cuando no mi odiada hermana, no más. ¿Y esa temeridad de acometer una lucha a muerte sin arma alguna? —preguntó Antíope mientras recogían sus pertenencias.

—Eran simples mortales —contestó altiva Hipólita, alzando su brazo de forma armoniosa y girando de lado la cara lentamente.

Las dos hermanas se miraron por unos segundos, enfrentando la seriedad de Hipólita con la incredulidad de Antíope ante tales palabras y, de pronto, estallaron las dos entre risas.

—Después de tanto tiempo sin entrar en batalla, he notado de nuevo la sangre de Ares recorrer mis venas, me he sentido tan llena de vida —aseguró Hipólita—. Es una sensación solo comparable al amor que siento por Gadir y mis hijos. ¿Es eso ser una diosa?

—Quizás lo sea, hermana. Pero reflexiona sobre los que te veneran: ¿te adoran por ser divina de corazón o por tu destreza en combate? Más bien parece ser por lo segundo y eso, créeme, ni es amor ni te convierte en una diosa.

Esa sobremesa comieron las tres hijas de la luna con Sarko, en la habitación de Hipólita, a salvo de curiosos inquietos y adoradores devotos. Hablaron de sus antiguas vivencias y de nuevas por vivir, pero especialmente del camino que debían tomar para llegar hasta los pasos de Oriente, esquivando a los hijos de Atenea.

—Podríais quedaros un día más, sabéis de sobra que éste es vuestro hogar, no es necesario que os lo diga. Estamos en alta montaña, pero las noticias que nos llegan del valle y las costas son horribles: esta lluvia sin fin lo está arrasando todo, el camino no será fácil —apuntó Sarko.

—Lo sabemos, viejo amigo. Pero tenemos que partir sin más demora, Menalipa sufre y nada sabemos de su suerte —contestó Hipólita.

Sarko dio un respingo hacia atrás y sus cejas se curvaron.

—Decidme que ocurre con Menalipa —exigió con voz respetuosa.

—Tememos por su vida, nada sabemos de ella pues fue hecha presa. Una guerra asola nuestras tierras de Oriente —le explicó Imperia.

En ese momento dos golpes sonaron en la puerta de la habitación y se entreabrió.

—Soy Íbero, perdonad, mi señora; estaba abajo, quería saludaros antes de marchar.

—Pasa, pasa, ¿a dónde vas a ir con lo que llueve? —dijo Hipólita, percatándose de la mirada furtiva de Imperia y del rubor que inundaba a la joven.

—Se ha hecho tarde, mi cabaña está lejos; en el bosque...

—Ven, siéntate. Sarko te prestará acomodo, no quisiera que te encontraras con la vieja Europa con el agua que arrecia y sin manzana que ofrecer —dijo Antíope provocando las risas de todos.

Poco más tarde Hipólita, Antíope e Imperia se preparaban para marchar. Ya no había más tiempo que perder, aunque parecía que nunca dejaría de llover.

—La sobremesa ha sido muy grata, divertida, gracias al joven leñador y sus historias increíbles, pero debemos partir —dijo Hipólita, montando en Zaino.

—El camino es largo y ansiamos recorrerlo, Menalipa nos espera —apuntó Antíope.

—Yo os acompañaré —aseguró el viejo Sarko—. Menalipa salvó mi vida ante aquel horrible oso tuerto, a ella le debo todo cuanto soy,

la posada y vuestra gracia... Le hice una promesa que debo cumplir: por ella lucharé hasta la muerte.

Hipólita asintió, pues sabía la verdad de tales palabras y el respeto que sentía por Sarko le impedía evitar que cumpliera su voto, hubiera sido un desprecio humillante. Tras él salieron sus hijas y los hermanos gemelos.

—No vayas, no tienes edad de guerrear y esa cojera en nada ayudará —le rogó Hevia entre sollozos.

—Hija mía, ya viví mi tiempo y doy por buena mi muerte si con ello alivio una sola lágrima de Menalipa, pues a ella todo le debemos. Y no lo he olvidado.

—¡Viejo testarudo, huérfanas nos dejarás! —exclamó Eliana, abrazando a Delia y Hevia, la cual apenas podía hablar.

—Sarri, Irras... ¡Cuidad de ellas y de mis nietos! —exclamó Sarko.

—No te preocupes, mi señor. Nosotros cuidaremos de ellas y de la posada —le contestó Sarri, con un respeto marcado con el que nunca le había hablado antes, con orgullo.

—Yo también marchó con mi reina —aseguró Íbero, mostrando un viejo caballo, un saquillo de víveres y su hacha.

—No tienes por qué acompañarnos. Eres humilde leñador, joven e inexperto en la guerra. Ni tan siquiera cabalgas, sería un error permitir tu compañía —dijo Hipólita.

—Bien soy un humilde leñador, mi señora, pero es mi intención acompañaros. Creo que el error sería no servir a mi reina ahora que tengo opción. Liberaste a nuestro pueblo de las armas de los hijos de Atenea —contestó, tragando saliva.

—Ya veo. No quieres separarte de Imperia, ¿verdad? —le preguntó Hipólita, buscando la verdad oculta en sus ojos.

Imperia se hizo la desinteresada, aunque en verdad prestó toda su atención para escuchar a Íbero, el cual miró a Hipólita sin poder articular palabra alguna.

—Bien, que sea ella pues quien decida si desea tu presencia. Pero te advierto que los aqueos tenían razón: mi cachorra es una loba y, como tal, devorará tu corazón —asintió Hipólita.

Imperia se sintió especialmente violentada: allí tenía a Hipólita, a Antíope, a Sarko y sus tres hijas, a los gemelos y al propio Íbero mirándola en espera de una velada declaración de amor... Y eso no podía ser.

—Mi reina tiene razón, la guerra no es para ti, leñador. No quisiera sentirme culpable de lo que pudiera acontecer —afirmó rotunda, ante la desesperación del joven.

Antíope tomó el saquillo que el muchacho había preparado sobre el viejo caballo y lo dejó en el suelo, delante de él, a sus pies. Des-

pués tomó las bridas, le hizo una mueca de resignación al joven y se alejó llevándose su montura.

Íbero quedó desconsolado, viendo como marchaban. Y cayó sentado conforme se alejaban, bajo la lluvia, pensativo, sin resignarse.

Las tres valientes mujeres trotaron montaña abajo acompañadas por Sarko, la neblina y la incesante lluvia. En tres días alcanzaron un enorme valle cubierto por tres palmos de agua, la Camarga; atrás dejaban la Península y la posada del Oso Tuerto.

Capítulo 3

EL CORAZÓN DE IMPERIA

Se adentraron en las tierras de la vieja Europa, pues la Camarga estaba transformada en puro mar. Llegados a los montañosos Alps y pasadas las costas de Tirrena, cabalgaron sobre tierras aqueas, donde la incesante lluvia se volvió más fuerte, en ocasiones torrencial como nunca habían conocido.

No había parado de llover ni un solo día, la tierra se confundía con el agua barrosa. Los caballos hundían a menudo las patas delanteras hasta el cuello y las caídas eran continuas; cuando no, resultaban arrastrados en alguna pendiente por la fuerza de un torrente y la inestabilidad del terreno. La caza y la recolección resultaban difíciles o imposibles de llevar a cabo con éxito; y las aldeas, desoladas e inundadas, estaban deshabitadas. La población huía hacia las tierras del norte, donde la tormenta resultaba más tenue y el nivel del firme más elevado les ponía a salvo de inundaciones.

—¡Maldita lluvia! ¿Cuándo cesará? —preguntó en voz alta Hipólita, mirando al cielo, a resguardo en la boca de una caverna.

Antíope se le acercó y puso la mano sobre su hombro, todo el horizonte se veía nublado.

—Menalipa... —susurró Hipólita.

—No te preocupes, llegaremos a tiempo. Nuestra hermana siempre ha sabido entenderse por medio de la palabra antes que por la espada, es noble y bondadosa —aseguró Antíope.

Aquellas palabras la tranquilizaron en cierta forma.

—¡Vamos a ver si hay algún corzo que se deje cazar! Nos vendrá bien algo de carne —exclamó Antíope, tomando su carcaj y el arco.

—¿Con esta lluvia? —preguntó Hipólita.

—¡Vamos! No será fácil, pero nos distraerá —insistió Antíope.

Las dos hermanas se alejaron, internándose en el bosque bajo la lluvia. Mientras, Sarko e Imperia luchaban por mantener la hoguera con la leña húmeda. La habían prendido con restos secos que hallaron

dentro de la cueva, ahora debían situar la madera mojada junto al fuego, para que se secara antes de echarla a las llamas. La lluvia no había dejado un recodo del bosque seco, se tenía que mantener el calor del cuerpo y mantener el fuego vivo era toda una proeza.

—¿Qué habéis cazado? —preguntó Sarko al oír las llegar entre risas y burlas.

—¿Estás de broma? ¿Con esta lluvia? —le contestó Antíope.

—Ya veo, habéis ido de paseo... —susurró Sarko.

Imperia se agachó ante la hoguera, asumiendo que ese día tampoco comerían carne fresca, solo hierbas, raíces y algunas carnes de salazón humedecidas.

—No hay nada que cazar en esta tierra inundada. Las bestias deben haber huido al norte y no quedan muchas provisiones.

Debemos avanzar deprisa hacia Gomalova antes de quedarnos sin nada —comentó la joven, con el rostro ido sobre las llamas rojas.

—Debemos partir hacia el norte, buscar un refugio seguro. De seguir por esta tierra hacia Oriente moriremos de hambre, pues no hallaremos con qué alimentar el cuerpo. Este terreno anegado no guarda más que avenidas, trampas ocultas, penas y cadáveres. Si no el hambre, la pestilencia nos azotará —advirtió Sarko.

—Pero ello nos retrasará mucho en nuestro camino, debemos encontrar alguna aldea de montaña y proveernos —argumentó Antíope.

Hipólita, apoyada en un lado de la entrada de la caverna, no dijo nada. Preocupada, hizo un gesto marcado con sus labios y volvió a mirar el cielo. Entonces vio, al norte, un pequeño hueco lejano, formado entre las densas nubes. Un débil haz de luz de la luna se filtraba a través de él, resaltando en la oscuridad un halo de esperanza que la animó: una extensa columna de humo.

—Gomalova queda todavía muy lejos, no llegaremos.

Descansemos, mañana veremos cómo despierta el día —dijo Hipólita, ante la mirada resignada de todos.

Imperia se levantó de la hoguera, se acercó a ella y se apoyó al otro lado de la boca de la cueva. Estaba triste y su mirada se perdía en la nada.

—¿Piensas en él? —preguntó Hipólita, tras observar su pena.

—Sí. Quizás debí permitir que nos acompañara.

Hipólita se acercó junto a ella y acarició su negro cabello con delicadeza.

—Sí, quizás debiste hacerlo o quizás obraras bien. Es bueno que tu corazón recuerde la nobleza de ese muchacho, demuestra que albergas la esperanza del amor. Si a él le ocurre lo mismo, tarde o temprano os encontraréis de nuevo.

—¿Crees que volveré a verle?

—Sí. Pero eso ahora no debe preocuparte.

—¿Y si no fuera así?

—Un corazón que alberga la dicha, siempre encontrará con quien compartirla. Eres joven, no será el único hombre que hará latir tu corazón con fuerza.

Imperia la miró sin estar segura de haberla entendido, pero se sintió mucho mejor. Hipólita besó su frente, tomó su mano y ambas se sentaron, mirando como llovía.

—Háblame de Ainia —le pidió Hipólita.

Al día siguiente, una ráfaga de viento sacudió el rostro dormido de Sarko, arrastrando varias hojas en el interior de la cueva. El fuego de la hoguera se debilitaba, quedando apenas unas brasas entre cenizas. Los caballos habían salido fuera, donde se hallaban Hipólita y Antiópe observando las negras nubes que colmaban el cielo y bañaban sus rostros.

—Ya debe de haber amanecido —apuntó Sarko, despertando a Imperia.

La joven salió de la caverna y miró alrededor. El bosque permanecía gris y sin un alma que lo habitara, envuelto en una bruma ciega, bañado constantemente e inundado en su mayor parte. Entró de nuevo y se sentó junto a la hoguera, avivándola con rapidez.

—Sin víveres ni opción de caza o recolecta, es una locura intentar cruzar estas tierras —apuntó Sarko a la vez que preparaba algunas raíces tiernas y los últimos restos de las provisiones cargadas en la posada.

—No os preocupéis y seguid mis pasos, a buen seguro hallaremos resuello —dijo Hipólita con una seguridad rotunda, acercándose a ellos.

Preparadas las cabalgaduras, atravesaron las montañas dirigiéndose hacia el norte, envueltas en gruesas capas de pieles y aguantando la tempestad. La lluvia no había dejado de caer y, por momentos, lo hacía con más fuerza. Hipólita marchaba con determinación hacia las tierras sobre las que el halo de luz había despertado su esperanza en hallar gentes y, con ello, víveres.

Evitaban en su penosa marcha los valles, donde el peligro de ser arrastrados era mayor. Donde resultaba más fácil encontrar los cuerpos, flotando o enfangados, de los que no tuvieron suerte; los que murieron de hambre, enfermedad o arrastrados por algún inesperado torrente. Aquellas trágicas visiones se hicieron comunes aquel día oscuro y no desaparecieron hasta alcanzar la cordillera que dividía las tierras del sur de las del norte, donde la mayoría de las nubes quedaban encajadas por la altura de los picos y la fuerza de los vientos helados del norte. La intensidad de la lluvia decaía más allá de las montañas.

Hipólita bordeó los últimos salientes, tras ella Antíoque, Imperia y Sarko. Entonces, vieron un valle con pasto, reses y una enorme aldea rodeando una pequeña fortaleza.

—Ya veo tu camino, hermana —dijo Antíoque.

—La divina luna me reveló la ruta a seguir entre estas tierras penosas. Descansaremos un poco. Cargaremos pan, carne y fruta fresca y seguiremos nuestra marcha.

Avanzaron con el ánimo en sus almas. La fina lluvia les acompañaba, pero el terreno que pisaban era firme en todo aquel valle donde se habían reunido miles de personas. La gran tormenta no había descargado allí su fuerza, apenas se dejaba notar.

Llegaron ante varias piras de gran tamaño, que ardían desafiantes a la neblina y al agua, sus llamas se alzaban varios pies al aire y los cuerpos de decenas de personas se amontonaban sobre ellas, consumiéndose, purificando sus almas perdidas. Un fuerte hedor a carne quemada llenaba el ambiente, obligando a cubrirse la boca y la nariz para respirar. Unos hombres, vestidos de largas túnicas y con el rostro cubierto por una tela húmeda, descargaban los cadáveres de los que habían sucumbido, lanzándolos al fuego desde grandes carros tirados por bueyes.

—Dime, buen hombre, ¿dónde podemos hallar provisiones para saciar nuestro cuerpo y proseguir nuestro largo camino? —le preguntó Hipólita a uno de ellos.

—Noble mujer, en la muralla de la fortaleza podréis hallar cuanto deseéis. Mas no os acerquéis a las piras ni a los soldados que halléis, pues unas queman y los otros son tan peligrosos como las vivas llamas.

—Gracias, haré mío vuestro consejo.

Antíoque se quedó mirando los cuerpos de tantos hombres y mujeres en llamas.

—Los muertos, ¿existe alguna pestilencia? —le preguntó al hombre de sabio consejo.

—No, no... Son muchas las gentes que llegan huyendo de la ira de los dioses y traen a sus muertos. Los acarrean consigo buscando un lugar donde despedirse y honrar su muerte. Luego, son lanzados al fuego purificador. En la aldea no hay más mal que aquel que producen las hachas de los soldados.

—Es grande esta aldea, aquí vive mucha gente, ¿no? ¿Tiene nombre? —insistió Antíoque.

—Unos hace solo unos días que la albergan, pero ya disponen del calor de un hogar, incluso han prosperado. Otros acaban de llegar, son los que no paran de ir de un lado a otro con sus bienes y reses, buscando donde instalarse. No sé de nombre alguno. Pero no es una

aldea, sino un miserable campamento de refugiados al amparo de las muralla de la fortaleza del rey Mío... No todos están colmados, aquí también hay hambre y miedo.

—Gracias, buen hombre —contestó Hipólita y le dio unos quilates de oro, recompensando su amable atención.

—Gracias por tan inmerecida recompensa. Escuchadme estas palabras, que bien os harán: ocultad las espadas de los ojos impíos, no entréis con lanzas ni artes o vuestros cuerpos arderán en una de estas piras. Los soldados no dudan en cortar la cabeza de aquel que pudieran considerar un peligro —le comentó, señalando las visibles armas de Antiope y de Imperia.

Hipólita asintió y azuzó a Zaino. En el camino ocultaron las espadas entre sus ropas y las largas lanzas quedaron escondidas bajo un matorral. Después, marcharon hacia aquella aldea improvisada que se había erguido, en apenas una semana, alrededor de la antigua fortaleza. Sus gentes deambulaban alrededor de numerosas hogueras formando un pueblo organizado de miles de desplazados por la tragedia.

Muchas personas habían huido hasta la zona con las pertenencias que habían podido acarrear. La mayoría eran aqueos, pues la tormenta estaba arrasando con crueldad las tierras de los hijos de Atenea. Los demás pertenecían a otros pueblos, sabios o salvajes, de diferentes condiciones y reinos anegados.

—Vosotras nos esperaréis aquí con los caballos, entraré acompañada de Sarko —ordenó Hipólita mientras observaba todo el movimiento y el elevado número de soldados.

Hipólita y Sarko se internaron entre las casas de maderas y cueros, cruzando estrechos corredores de heces y de olor nauseabundo. Se dirigieron con paso discreto hacia la fortaleza, donde la algarabía les indicaba la situación de un jocosos mercado. Se hicieron con pan y fruta fresca, esquivando las miradas curiosas de los soldados de enorme envergadura, largos cabellos rubios, bigotes sin fin y grandes hachas.

—La tragedia de unos es la bonanza de otros —apuntó Sarko observando a los cobradores de impuestos y las gentes que rodeaban cada tenderete, donde se vendía, cambiaba y compraba de todo lo habido en un emergente comercio que no daba tregua a tenderos y prestamistas, llegados de las aldeas de más allá del norte conocido.

Antiope e Imperia esperaban sobre una loma cercana.

—¿Por qué tenemos que quedarnos aquí? —preguntó Imperia.

—Un viejo cojo y una mujer no despertarán la curiosidad —contestó Antiope.

—Creo que tenemos visita —apuntó la joven guerrera observando a un pequeño hombre, rechoncho y de pelo corto, rizado, acompañado de dos soldados y una joven de largo chitón que cargaba cuentas.

—Disculpad, debéis decirnos quienes sois, de donde procedéis y debéis pagar —dijo de pronto y airadamente aquel recaudador.

Tras mirarse la una a la otra, las dos mujeres le ignoraron.

—Disculpad, debéis pagar tributo al gran rey... —insistió vehementemente al sentirse ninguneado, mirando de lado a Antíope con una enorme sonrisa.

Ella le volvió a ignorar. Imperia le lanzó una mirada inquisitiva. Aquel hombre pequeño continuó su discurso, sin amedrentarse, moviendo los párpados repetidamente a la vez que posaba la mano sobre los caballos allí amarrados.

—Excelentes bestias, serán una buena ofrenda para nuestro rey: ¡soldados nos las llevaremos como tributo! —exclamó el hombrecillo.

Imperia saltó sacando su espada oculta bajo la capa y cernió la punta sobre su cuello.

—¡Aparta la mano de nuestros caballos! —le espetó.

Los soldados voltearon sus hachas y se dirigieron hacia ella. Antíope observó a Imperia, se levantó con una expresión de resignación y se acercó al hombrecillo.

—¿Por qué hemos de pagar si la tierra salvaje es libre? —preguntó.

—Todos han de pagar, todos los que huyen han de pagar un tributo. Si queréis guareceros en esta tierra, se tiene que pagar. Si no es así, tenéis que regresar al sur —aseguró mientras se alejaba de Imperia, mirándola con temor y escondiéndose tras las hachas de los soldados.

—¡No pagaremos tributo alguno! —exclamó Imperia.

—No huimos de ninguna tierra, ni deseamos guarecernos de nada, vamos de paso hacia Oriente —afirmó Antíope, con voz suave pero firme.

Aquel hombre la miró sin argumentos.

—Bueno, que sean dos, entonces solo dos. Pues se ha de pagar también por cruzar nuestras tierras y gozar de nuestros bienes —le dijo, tirando de las bridas de los caballos.

De un duro revés rodó por el suelo, con un ojo desfigurado y la nariz partida. Antíope se miró la mano y limpió la sangre que manchaba sus nudillos con un pequeño trapo que sacó del saquillo de su caballo.

—¿Para qué hablar si podemos pelear? ¿Verdad? —le aseguró Antíope a Imperia. La cual aún mantenía su espada templada.

Los dos guerreros se lanzaron rápido con sus hachas en alto sobre ellas. Antíope sacó una daga oculta en su ropaje y avanzó ante Imperia. Parando el primer golpe, sujetó la muñeca del guerrero y, girándosela al aire, le desencajó el hombro sin soltarle. Con la otra mano, con un destello mortal, cortó el cuello del segundo soldado: su hacha cayó de

golpe en el suelo, quedando clavada; segundos después, el cuerpo del enorme hombre caía al lado. La guerrera miró fijamente a los ojos de aquel que mantenía preso por la muñeca, con fuerza, y lo soltó. El soldado de larga melena retrocedió echándose la mano al hombro y quedó sentado, confuso por el dolor, la habilidad y arte de aquella mujer.

El pequeño hombre empezó a correr acompañado por la joven y sus cuentas; pidiendo ayuda y sangrando abundantemente por la nariz. En el camino se cruzaron con Hipólita y Sarko que regresaban cargados de pan y fruta.

—Vamos Sarko, aceleremos el paso, algo ha pasado... —apuntó la divina reina.

Cuando llegó ante Antíope e Imperia, Hipólita frunció el ceño al ver el soldado muerto y al otro que permanecía sentado en el suelo, conmocionado. Y se fijó en su hermana, pidiendo explicaciones en silencio.

—Imperia es algo impetuosa —aseguró Antíope mientras limpiaba la sangre de su daga.

—Falta la carne —apuntó Sarko, mientras Hipólita giraba su vista sobre Imperia; la cual mantenía, con las manos abiertas, una cierta expresión de «yo no he hecho nada».

—Sigamos nuestro camino. Ya encontraremos salvajina, en estos bosques será fácil —apuntó Antíope, apremiando a Hipólita con la vista al ver salir de la fortaleza un numeroso grupo de soldados.

Hipólita volvió su vista sobre Imperia.

—¡Querían nuestros caballos! —exclamó ésta, justificándose.

Sin perder tiempo, montaron y cabalaron hasta el matorral que ocultaba sus artes de guerra y, una vez recuperadas, galoparon veloces alejándose de aquella población donde unos trataban de reorganizar sus vidas y otros de enriquecerse. Pero la acción de Antíope no había gustado nada al dueño de aquel lugar: el rey Mío, un hombre joven, fuerte y sin escrúpulos alguno.

—Traedme los cuerpos de esas mujeres salvajes, despedazados y, al menos, uno con vida, para ofrecer un buen escarmiento al pueblo. Que todos vean a lo que se expone el que no paga su debido tributo —ordenó, dando un fuerte puñetazo en su mesa colmada de riquezas robadas.

Un nutrido grupo de guerreros salió de inmediato tras las huellas de Hipólita y sus compañeras, armados con jabalinas, mazas y hachas.

En la lejanía, Hipólita observaba los pasos de sus perseguidores.

—Corren hacia Oriente, tal y como pensábamos. Tendremos que dar un pequeño rodeo, no quiero más contratiempos —dijo y dirigió su trote hacia el norte.

Avanzaron durante todo el día con el azote de los mosquitos como único y tenaz enemigo, atravesando el espeso bosque hecho selva y que, a menudo, tapaba por completo la luz del día. Con la caída del sol, buscaron un discreto lugar para descansar, junto a dos tilos centenarios y un pino de grueso tronco.

Antíope salió de caza. Hipólita se alejó un poco y subió a la cima de un gran roble, desde donde divisaba parte de la extensa meseta que se abría hacia Oriente, cubierta de bosque y claros de abundante hierba. Imperia prendió fuego a una pequeña hoguera, mientras Sarko extendía las pieles con las que cubrirse del frío de la noche.

Hipólita presenció aquel primer anochecer tras las lluvias sufridas, con sumo placer: la caída del sol, la luna amarillenta y la vista del estrellado cielo tranquilizó su espíritu. Pensó con nostalgia en Gadir, en sus hijos y en Menalipa.

LOS SOLDADOS DEL REY MÍO

La noche avanzaba cuando Hipólita, desde la cima del viejo roble, vio la figura de su hermana regresar al campamento. La nostalgia que embargaba sus sentimientos dio paso a un pequeño suspiro. Bajó rápido del árbol, saltando ágilmente entre las gruesas ramas.

—¡Una rata! ¿Esto es todo? —preguntó, alzando de una pata, entre sus dedos índice y pulgar, al pequeño y delgado roedor.

—Es un bosque muerto, aquí no hay de nada que se mueva, esos desgraciados deben habérselo comido todo. Debéis dar gracias que encontré este bicho en una madriguera perdida —se justificó Antíope, resentida por su exigua presa.

—Bueno, la acompañaremos con algo de pan y fruta. Mañana tendremos mejor suerte —apuntó Sarko, tratando de quitar importancia al asunto.

Un leve ruido de ramas al paso puso en guardia sus sentidos, alguien se acercaba. Alertadas, templaron sus armas temiendo haber sido sorprendidas por los soldados del rey Mío. Pero, para su asombro, apareció el joven leñador ante ellas. Dejó caer un corzo, que acarrea a sus espaldas, junto a la hoguera, y sonrió esperando ser bienvenido ante su grata ofrenda.

—¡Es Íbero! —exclamó Imperia.

Las dos hermanas se miraron atónitas. Imperia se levantó de la hoguera, nerviosa, sin apenas poder ocultar su alegría. Pero se contuvo al ver cómo Antíope se rascaba el mentón seria y cómo Hipólita se sentaba, sin prestarle más atención, mirando la rata y pinchándola con una rama ante los ojos irritados de su hermana.

Íbero avanzó hasta situarse frente a Hipólita.

—Hace tiempo que ando tras vuestro rastro. Huyendo de la tormenta llegué hasta la fortaleza, donde dejaste malformado al escribano del rey Mío. Fue fácil suponer de quién se trataba «esa bruta mujer» y

también que no seguiríais hacia Oriente, pues ellos conocían vuestro camino —dijo el joven.

—No es mi reina Hipólita la bruta mujer, sino la esbelta Antíope —afirmó Sarko, invitando al muchacho a la hoguera.

Íbero fijó su mirada en Imperia, visiblemente emocionada.

—Soy leñador, sí. Por ello conozco el bosque y a sus criaturas y puedo seguir fácilmente cualquier rastro. En verdad, me alegro mucho de poder servir a mi divina reina, a la esbelta Antíope, a la bella Imperia y a mi amigo, el viejo posadero —insistió el joven.

Hipólita seguía mirando aquel famélico roedor.

—Un bosque muerto... ¡Te haces vieja, mi querida hermana! —exclamó.

Antíope prefirió no decir nada, se alzó y tomó de las patas el corzo y se dispuso a desollarlo. Sarko no paraba de reír. Hipólita sonrió e hizo un gesto con la mano para que Íbero les acompañara. Imperia vio en ello la aprobación que necesitaba para correr junto al joven leñador, lo miró a los ojos, acariciando su nariz con la de él, y sus labios se fundieron con los de Íbero.

—¿No es demasiado joven para eso? —preguntó Sarko en voz baja, dirigiéndose hacia las dos hermanas y señalando a la pareja con una rama. Ambas se giraron hacia el viejo posadero y le miraron con cara de sorpresa, ladeando la cabeza hacia un lado y frunciendo el ceño.

—No, ya veo que no —apuntó Sarko—. Necesitaré un poco de agua para hervir, voy a preparar un estofado que caliente nuestros estómagos. A saber cuando dispondremos de un ejemplar como éste.

—Sí, me muero por su tuétano —apuntó Antíope, desollando al animal.

—Tras aquel cortado corre un arroyo de aguas cristalinas —saltó Íbero, ofreciéndose.

—¡Voy contigo! —replicó Imperia, siguiendo sus pasos.

—No hace falta que vayáis tan lejos, tras aquel matorral corre el mismo arroyo y no es conveniente que os alejéis tanto —comentó Antíope.

—¡Eh...! Os dejáis los cuencos. ¿Cómo vais a traer el agua? ¿Entre los brazos? —les dijo Sarko, irónicamente. Luego puso la rata desollada en las brasas.

—¿No quieres carne de corzo? —le preguntó Hipólita.

—¿Acaso crees que van a volver enseguida, aunque estén ahí al lado? Mejor preparamos algo que vaya calmando el hambre —contestó Sarko, con una sonrisa.

Hipólita hizo una mueca de resignación y asintió alzando las cejas, observando cómo los jóvenes se alejaban haciendo caso omiso a Antíope.

La joven pareja se adentró en la oscuridad hasta llegar al arroyo, habían llegado más lejos de lo previsto. Mientras ella llenaba un cuenco, meciéndolo bajo la corriente, él comenzó a narrarle su aventura por alcanzarles entre la lluvia que lo asolaba todo. Imperia apoyó los otros cuencos entre dos piedras, bajo el agua, y se sentó junto a él posando la cabeza sobre su pecho y le abrazó mientras escuchaba atenta.

El joven leñador le acariciaba el cabello y la espalda mientras hablaba y, de pronto, calló. Sus labios se fundieron en un dulce beso de amor. Los cuencos se llenaron mientras los dos jóvenes, enamorados, dejaban escapar el tiempo entre caricias, sonrisas y suspiros.

—Debemos volver, estarán preocupados por nosotros —dijo Íbero acariciando el cuello de Imperia.

—Sí, deberíamos volver —susurró ella, conforme lanzaba un pequeño gemido al notar cómo la cálida mano del joven acariciaba su vientre...

El tosco crujido de una rama rompió el momento, les puso en alerta y apagó el calor de sus cuerpos. Tras los matorrales aparecieron varios soldados de largos cabellos rubios y bigotes sin fin, armados con grandes hachas, mazas y jabalinas. Los hombres del rey Mío se mostraron y en su rostro no había piedad, solo una fría mirada y una sonrisa mortal.

Imperia les lanzó con fuerza el cuenco con agua que había llenado y comenzó a correr, agarrada de la mano de Íbero, en dirección hacia el pequeño campamento donde Hipólita, Antíope y Sarko esperaban su regreso.

—¿Habéis oído? —preguntó Hipólita al escuchar la algarabía de los soldados.

—No... ¿Ocurre algo? —preguntó Antíope, y se levantó mascando lentamente un trozo de rata asada.

—Alcanza tu lanza y sígueme. ¡Algo ocurre en el arroyo!

En el bosque, los dos jóvenes corrían veloces entre los árboles, esquivando ramas y troncos caídos. Tras ellos, los soldados les seguían, lanzándoles sus venablos. Imperia avanzaba tan veloz en la oscuridad que pronto desconcertó a Íbero, que se esforzaba en seguirla. Paró un momento para tomar resuello, respirando aceleradamente, posando la mano en un árbol. Su corazón parecía querer salir de su cuerpo.

Vio a Imperia unos pies por delante de él, apremiándole a continuar, haciendo un gesto con la mano mientras vigilaba. Tras ella y surgido de la sombra de un grueso tilo, apareció uno de aquellos hombres. El joven leñador abrió los ojos al verle e Imperia, alertada por su gesto, se volvió. El guerrero la golpeó brutalmente en la frente con su maza. La joven cayó al suelo, desgarbada, con la frente abierta y la cara cubierta de sangre.

—¡Nooooo! —gritó Íbero corriendo hacia el hombre que se alzaba armado contra la joven. Saltó con furia sobre él y le hundió en el cuello su hacha de leñador.

Rápidamente se volvió hacia Imperia, guardó el hacha ensangrentada en su cintura, arrancó una de las mangas de su camisa y la anudó en la frente de la joven, cubriendo con fuerza la herida. Miró hacia todos lados, sudando la tensión del momento, nervioso ante la angustiosa situación. Los soldados se acercaban y no veía salida alguna. La alzó entre los brazos, mientras escuchaba con pena sus lamentos agónicos. Lanzó una mirada atrás y emprendió la huida corriendo sofocadamente entre los árboles, lastimándose con las ramas que golpeaban su rostro y los cantos que herían sus piernas cada vez que caía de rodillas.

—¡No te dejaré en manos de esos miserables! —exclamó.

Con la oscuridad, apenas podía ver. La ansiedad le mantenía en vilo, mientras buscaba el camino de regreso hacia el campamento. De pronto, frenó su huida, había llegado hasta un acantilado. Delante, las aguas rápidas del arroyo se deslizaban entre aristados salientes de pura roca; detrás, se oían las voces que avanzaban rápidamente. No había salida.

Íbero se dio la vuelta, con Imperia en sus brazos, y vio llegar ante él a los guerreros del rey Mío. Los cuales, ladearon con arte sus armas y frenaron al verle acorralado. Se desplegaron y se le acercaron en silencio, lentamente. El joven dejó con suavidad a Imperia en el suelo, la recogió el cabello y besó sus labios.

—Siempre te amaré... —le dijo con dulzura, ignorando a los soldados.

Ella le miró sin poder apenas articular palabra, levantó el brazo y posó la mano en su mejilla, con los ojos entreabiertos.

—No te preocupes, nosotros la cuidaremos —dijo jocoso uno de los soldados.

Íbero besó la mano de Imperia y se levantó. Templó su hacha y se mantuvo firme ante aquellos grandes hombres, que les rodeaban. El capitán de la tropa caminó de frente, se quitó el yelmo de pieles curtidas, observando la agonía de Imperia y el ímpetu del joven leñador.

—Eres valiente muchacho, morirás con honor —le dijo dando un chasquido de lengua y, sin esperar reacción, lanzó con fuerza su jabalina, atravesando a Íbero, quebrándole la clavícula.

La sangre empezó a cubrir su cuerpo lentamente, recorriendo el pecho y su vientre. El joven se tambaleó hacia atrás, agarró el asta de la jabalina que se hundía en su cuerpo y cayó de rodillas, desconcertado ante la muerte. Volvió su vista nublada hacia Imperia, que trata de ir junto a él, sin poder apenas moverse ni hablar.

El capitán de los guerreros se acercó, le tomó del cuello y, alzándole al aire, arrancó de su cuerpo la jabalina. Los ojos de Íbero se cerraron

entre lágrimas y un leve suspiro salió de su boca, acompañado de un golpe de espesa sangre. Y le lanzó por el precipicio; cayendo desde la altura en el arroyo, sin más sonido que el que hizo al impactar contra el agua. Su cuerpo, arrastrado lentamente por la corriente, tintaba de rojo las aguas cristalinas, golpeándose entre los salientes de piedra.

Imperia, desde el suelo, le vio caer. Apretó sus puños en la tierra húmeda y cerró los ojos. Notó un vacío enorme en su corazón y una lágrima afloró recorriendo su mejilla. Se sintió morir y lanzó un desgarrador grito conforme se levantaba de lado. Un fuerte golpe en el estómago la hizo caer de nuevo. El capitán, viendo cómo trataba de alzarse, comenzó a golpearle la espalda con el asta de su venablo; y, dándole un tremendo puntapié en el costado, la voló dos pies del suelo. La dejó traspuesta contra un pino gigante, gimiendo de rodillas su dolor, su ira y su impotencia; con los brazos cruzados sobre el vientre y la cara hundida entre el barro y la hojarasca del bosque. La cabeza le parecía estallar del dolor y su corazón lo hallaba muerto, como si sus latidos hubieran seguido la estela del joven leñador al caer por el cortado.

Fue levantada al aire entre cuatro guerreros y comenzó a chillar, con la furia del sufrimiento de su pena herida. Sujetada con fuerza, de brazos y pies, fue desnudada brutalmente, desgarrando y haciendo de sus ropajes jirones; manoseada sin recato, entre risas, babas y jadeos de lujuria.

—¿No querías calor, zorra? ¡Nosotros te daremos calor! —exclamó uno de los soldados.

Después se inclinó deslizando su cuerpo sobre ella y, lamiéndole la cara ensangrentada, le mordió el cuello y los senos. Se bajó los pantalones y se dispuso a poseerla mientras los demás la sujetaban con fuerza.

Surgida de la oscuridad, una lanza atravesó el pecho de aquel hombre que se erguía cobardemente sobre Imperia; destrozándole el peto, el corazón y el esternón en su camino. La punta enrojecida del mortal bronce asomó por su pecho. El guerrero cayó de lado, con un gemido amargo y las pupilas escondidas hacia arriba.

Los soldados del rey Mío soltaron a Imperia de inmediato para armarse. La joven guerrera levantó la vista, entre sollozos, para ver a Hipólita y Antíope abrirse camino con una furia salvaje. La agilidad y velocidad con que la divina reina daba muerte no tenía rival. Cortaba el aire con la espada, sin dar opción alguna a la vida; su dominio era increíble y su voluntad implacable. Con paso firme, avanzó rápido hasta Imperia, salpicando de muerte el claroscuro del bosque en su camino. Los grandes guerreros apenas podían alzar sus hachas, antes de sentir el frío destello de la espada de Ares mutilando sus cuerpos.

Tras unos momentos de fulgurante muerte, solo quedó en pie el capitán de aquellos guerreros de largos cabellos rubios, con la jabalina todavía manchada con la sangre de íbero.

—¿Quién eres? —preguntó con ojos asombrados, retrocediendo.

Hipólita ignoró sus palabras y miró a Imperia, que sollozando en el suelo, desnuda y ensangrentada, trataba de levantarse sin lograrlo. Después, fijó su vista en el hacha de leñador que, tintada de rojo oscuro, permanecía sin dueño entre las hojas caídas. Sintió una profunda pena y dirigió su penetrante mirada, fría y mortal, hacia aquel hombre. Templó su afilada hoja y se acercó rápida hacia él.

El guerrero alzó su arma para detener el golpe, pero la espada de Ares partió en dos aquella jabalina y su clavícula, hundiéndose entre las costillas. Allí quedó, de rodillas, con el brazo y parte del costado de su cuerpo desmembrado, colgando. Envuelto en su propia agonía, vio cómo Imperia se acercaba hacia él, entre harapos recogidos del suelo, tambaleándose sin apenas equilibrio.

La joven tomó el hacha de Íbero y limpió con la mano su rostro de la sangre que le impedía ver. Lanzó un lastimero gemido de dolor en su lento caminar y se puso frente al hombre que había acabado con la vida del joven de relato fácil y sonrisa encantadora. Alzó el hacha, apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y le golpeó con fuerza en la cabeza; una y otra vez, hasta ocho fueron los golpes que le destrozaaron el cráneo.

Hipólita no intervino. Recogió entre sus brazos a Imperia cuando, volviéndose hacia ella, soltó el hacha y la abrazó con fuerza. No vio en ella a una joven guerrera, sino a una joven enamorada llorando su amor perdido. No se sintió divina ni reina, sino madre y compañera. En su corazón sintió una profunda pena que la quemaba con fuerza. Nada podía hacer, solo abrazarla con fuerza, besar su cabello y recoger las lágrimas que sobre ella vertía. Imperia se abandonó al dolor que la consumía el cuerpo y el alma, quedando inconsciente en brazos de Hipólita. Las dos hermanas se miraron, sin palabras.

Antíope se acercó hasta el precipicio, se asomó y observó con tristeza, desde la cima del cortado, el rastro de sangre dejado por Íbero entre los aristados peñascos. Luego, recogió del suelo el hacha del joven leñador, dio un leve suspiro y comenzó el regreso hacia el campamento tras los pasos de su hermana que, con los ojos nublados, cargaba con el cuerpo lastimado de Imperia.

La noche se había cerrado, solo se oía el paso del viento entre los altos árboles y, a lo lejos, el ulular de una solitaria lechuza. Junto al crepitar de la hoguera, Hipólita limpiaba la herida abierta en la frente de Imperia, pensativa, sin apartar la vista de ella. Una suave brisa acariciaba el rostro serio de Antíope, fijo en el horizonte, mientras se entretenía con una pequeña rama.

—¿Cómo nos han localizado tan rápido? —preguntó, lanzando la ramita a la hoguera.

—Salieron en nuestra búsqueda, pero no todos debieron marchar hacia Oriente. Ese grupo debió seguir el rastro de Íbero.

—No se dio cuenta, no era un guerrero —aseguró Sarko, con una triste mueca de resignación—. Debemos marchar de aquí cuanto antes. Quizás no sean los únicos que anden tras su rastro, hallarán el nuestro.

—¿Por qué tuvieron que alejarse tanto? Les dije que no lo hicieran —expuso Antíope, molesta consigo mismo por haberlo permitido.

Hipólita fue a decir unas palabras, pero de su boca solo salió una bocanada muda de aire. Acercó su rostro a Imperia, se mordió el labio inferior y le besó la frente. Luego, siguió limpiando las heridas.

Antíope y Sarko la miraron con tristeza.

—No ha sido culpa de nadie, mi reina —se apresuró a decir Sarko, posándole la mano en el hombro y ofreciéndole una manta de lino para que cubriera el cuerpo de la joven guerrera.

A la mañana siguiente, Imperia se levantó confusa, anduvo unos metros y posó la mano en la herida de su cabeza. Entonces, cayó de rodillas al suelo, llorando como nunca había hecho. Se fijó en Sarko que limaba el filo de una lanza con una piedra lisa; en Antíope, que envolvía los paquetes con la carne del corzo; y en Hipólita, que permanecía alerta, en la cima de un peñasco, iluminada por la cálida luz del amanecer.

Al verla despierta, Hipólita se dirigió hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Imperia, escuetamente, consciente de lo ocurrido.

—Pues vamos, el camino es largo.

—Mi reina... yo... —balbuceó la joven entre temblores de su mentón y la pena de su corazón.

—No. No eres causa de nada, sino pena hallada. Limpia tus lágrimas y cabalga de nuevo, él así lo hubiera querido —afirmó Hipólita.

Puso las manos sobre los hombros de la joven y la abrazó fuertemente, dándole su calor y ánimo. Después se alejó y, tomando las riendas de Zaino, montó y comenzó a trotar.

Cabalaron rápido hacia Oriente, dirigiéndose por las sendas del sur hasta los pasos de río Evros. El sol iluminaba con fuerza su camino, no había rastro de nubes, la lluvia había cesado. Amplios valles rodeados de bosques inmensos se abrían ante ellos con caza y fruta en abundancia, el diluvio del gran Deucalión pasaba a ser historia. Pero Imperia había perdido la sonrisa y su rostro delataba la expresión amarga del dolor en su corazón destrozado.

Capítulo 5

LA VIEJA EUROPA

Hipólita, Antíope, Imperia y el viejo Sarko avanzaban hacia Oriente tras cruzar el ancho valle atravesado por el río Evros. Galoparon veloces hacia las costas del Mar entre Tierras siguiendo el curso del río. Pasado el gran Deucalión, la vida volvía.

Acamparon junto a un monte rocoso, en un pequeño refugio, elevado, al abrigo de enormes cedros y desde el que se divisaban los pasos de la península de Anatolia. Más allá se encontraba Ilión.

Antíope se había rehecho y, al fin, había cazado un enorme venado para cenar. Sarko solía hablar mucho de Menalipa, del oso que quiso devorarlo, parecía hablar solo; y se encargaba de que las armas estuvieran siempre destellantes, con filo, preparadas para el combate. La noche se abatió trayéndoles la cálida brisa marina y, tras la cena, cansadas, quedaron dormidas al pie de la pequeña hoguera, cubiertas por pieles y lino.

Nadie habló de Íbero, pues el dolor de su pérdida era grande para todos, especialmente para la joven guerrera, que no lograba alejarlo de su mente; ni podía ni quería. En sus sueños se dejaba llevar entre caricias y risas, soñando que estaba vivo, a su lado, y lo sentía tan real que no deseaba despertar. Imperia había perdido la alegría que siempre la había acompañado, en cuatro días de camino no pronunció palabra alguna y sollozaba en silencio su pena delatada por amargas lágrimas.

Mientras las demás dormían, Hipólita vigilaba desde un árbol que se alzaba por encima de los demás, sentada en una rama gruesa y recostada contra el tronco. No se veía un alma, ni se oía ruido alguno, solo los agudos chasquidos de los murciélagos.

Bien entrada la noche, unas voces lejanas despertaron a Antíope. Acostumbrada a los sonidos del bosque, cualquier ruido extraño a éste la ponía en guardia, más una algarabía nocturna en medio de la nada. Se acercó a una gran roca y miró con cautela: al fondo del valle, cercana de la playa, una enorme hoguera delataba la presencia de humanos.

Una mano silenciosa se posó en su hombro y la sobresaltó.

—Llegaron hace un tiempo. Acamparon y parece que estén celebrando un ritual, cada vez son más y gritan más alto —le informó Hipólita.

—Están muy lejos para saber más. ¿Queremos saber más? —preguntó Antíope.

—No, mejor no. Mañana debemos continuar nuestro camino, no debemos retrasar más la marcha. Menalipa nos espera —contestó Hipólita—. Ve a descansar, yo vigilaré nuestra suerte.

Antíope volvió junto al calor de la pequeña hoguera, tomó sus pieles y se alejó de Sarko, ya que sus ronquidos de oso la molestaban en demasía.

—¡Por todas las diosas, espero que estén lo suficientemente lejos para no oírte! —exclamó mientras se acomodaba en su lecho de pieles.

Entonces se fijó en Imperia: dormía inquieta, sudorosa, presa de las pesadillas. Se tumbó junto a ella y la acarició el rostro calmando su sueño. Una mirada cómplice, un fuerte abrazo, un cálido beso y una sonrisa sincera bastaron para ello. Ambas quedaron dormidas de nuevo, bajo la atenta mirada de Hipólita que se mantenía pendiente de cada sonido de la noche.

Un desgarrador alarido de mujer despertó a Antíope e Imperia de golpe, encogiendo sus almas. Alertados sus instintos, se armaron rápidamente. Sarko saltó como un gamo sobre su lanza. Un nuevo grito, de hombre, más aterrador si cabe, estremeció sus cuerpos.

Corrieron hacia la piedra, donde se ocultaba Hipólita observando a las gentes lejanas del valle. Se hallaban congregadas por cientos junto a la impresionante hoguera. Su tamaño había aumentado considerablemente y aquel alarido estremecedor comenzó a repetirse una y otra vez.

—¿Qué están haciendo allí abajo? —exclamó Imperia.

—Sacrificios —apuntó Hipólita.

—Quizás deberíamos acercarnos —dijo Antíope.

—¡No! —exclamó Hipólita—. Se ve un gran tumulto de gente, son cientos o miles y no sabemos de quienes se tratan. Son demasiados para emprender cualquier acción y no cabe duda de que les gusta la violencia. Nada podemos hacer. Id pues a descansar, yo seguiré alerta. Aquí estamos a salvo, en nada nos conciernen esas gentes y sus demonios.

Sarko la miró a los ojos y asintió, temeroso. Las dos guerreras dudaron por un momento, dirigiendo su vista hacia aquella hoguera que se elevaba al aire al menos veinte pies, viendo la masa de gentes vocear y saltar poseídos. Luego, obedecieron.

Los gritos de horror les acompañaron hasta el alba, sucediéndose unos tras otros, de hombres y mujeres, manteniéndoles en vela, colmando sus nervios hasta que, de pronto, cesaron y el silencio volvió a reinar en el lugar. Solo entonces pudieron dormir, por unas horas.

—¡En pie, debemos continuar! —exclamó Hipólita, despertándoles a todos.

—¿Se fueron? —preguntó Antíope, con un bostezo, estirando sus brazos.

—Sarko, prepara algo caliente que temple nuestros cuerpos. Hermana, nosotras iremos a ver que horrores nos acompañaron en tan larga noche —ordenó la divina reina.

Aún no se había incorporado Imperia cuando las dos hermanas cabalgaban rápido por la ladera. El frenético tumulto había desaparecido, pero una columna de humo delataba su antigua situación. El cielo estaba cubierto de buitres y cuervos que les sobrevolaban seguros de hallar buena carnaza. En el lugar solo quedaban los despojos de la carnicería acontecida.

Hipólita miraba seria, asombrada, los restos del macabro campamento: numerosos huesos humanos se vislumbraban junto a las brasas de la gran pira y las vísceras se amontonaban en el llano, donde chacales, lobos y hienas se cebaban entre disputas y dentelladas al aire, alzando cenizas y huesos astillados; correteando de un lado a otro, espantando a las aves carroñeras.

Las dos hermanas cruzaron sus miradas, con cara de preocupación. Antíope bajó de su caballo y tomó entre sus manos un fémur hábilmente descarnado.

—Este horror debe de ser obra de aquellos a los que llaman inhumanos —aseguró, lanzando el hueso contra los chacales—. Los que se alimentan de la carne de hombres y mujeres. Los huesos están descarnados como si jabalíes o venados de caza se trataran, sin más. Muchos han sido muertos, quizás una aldea entera de la zona o un grupo de esclavos.

—Están muy al sur —apuntó Hipólita, pasando la mano por la frente, cubriendo con ella su rostro y bajándola hasta el mentón con un suspiro de rabia.

—Sí, creo que han estado cazando a los descarriados de las lluvias sin fin; almacenando alimento para el duro invierno. Acabada la tormenta han realizado la matanza. Ahora regresarán a las tierras heladas del norte con abundante carne. Desaparecerán por mucho tiempo —aseguró Antíope, volviendo su vista hacia ambos lados, vigilante ante cualquier movimiento.

—Alejémonos, pueden estar todavía cerca. No es buena idea permanecer aquí por mucho tiempo más —añadió Hipólita, montando en su caballo de un ágil salto.

Espolearon sus cabalgaduras y, trotando, comenzaron a salir de aquel campamento de muerte sin apartar la vista de todo el horror que las salpicaba. Una gran aspa de madera, clavada en el suelo, rodeada de buitres y con dos chacales disputándose entre gruñidos unos restos humanos, llamó la atención de Hipólita.

—¡Allí! ¡Allí hay una persona crucificada! —exclamó.

Avanzaron veloces por las cenizas del campamento, animadas ante la posibilidad de hallar alguien con vida. Llegaron hasta la base del aspa que, en sus maderas, mantenía a una joven de largos cabellos rubios. Estaba desnuda, presa de pies y manos y con la cabeza vencida sobre su pecho. La miraron fijamente desde las cabalgaduras.

Su cuerpo estaba marcado por el horror del sufrimiento: notables cortes abrían las prietas carnes, de la cabeza inclinada goteaban finos hilarachos de sangre y una profunda herida, en el costado derecho, parecía haber sellado su cruel destino. En el suelo, a sus pies, un zurrón de pieles, una quebrada rama en forma de bastón y una preciosa túnica verde manchada de rojo oscuro.

Hipólita sintió un profundo sentimiento de culpa y se entristeció sobremanera al observar a la joven, al ser consciente de toda la tragedia y pensó si quizás podría haberlo impedido.

—No podríamos haber hecho nada, eran muchos... ¡Un ejército! —exclamó Antíope al notar la tristeza que se había apoderado de su hermana.

La divina reina descabalgó y se acercó a la desdichada mujer. Le alzó la cara con una mano y fijó la mirada en su rostro. De pronto, la joven abrió sus enormes ojos verdes y aspiró con fuerza una bocanada de aire que parecía interminable; que le impedía gritar pero mantenía su rostro en tensión, con la mirada desorbitada y la boca abierta.

Hipólita dio un paso atrás, sobresaltada.

—¡Está viva! —exclamó, una y otra vez. Y sintió la urgente necesidad de ayudarla como fuera. Sacó su daga y se lanzó sobre ella para desatarla.

Antíope descabalgó y la ayudó a cortar las cuerdas que amarraban a la desconocida al aspa de su tortura. Con cuidado, la cubrieron y la alzaron sobre el caballo de Antíope; que, de un salto, subió tras ella y tomó las bridas galopando hacia el campamento.

Hipólita miró a su alrededor, se agachó y recogió el zurrón, el bastón y la túnica antes de montar en Zaino y salir veloz de aquel lugar de sacrificio y muerte.

Nada más llegar al pequeño campamento, ante la inquietud de Imperia y Sarko, acomodaron a la joven al lado de la hoguera.

Hipólita se desvivió limpiándole las heridas y tratando de reanimar sus fuerzas vencidas.

—Deberíamos ir a una zona más resguardada, montaña arriba —dijo Sarko.

—Sí, esos inhumanos pueden permanecer en la zona. No me hace gracia estar aquí sabiendo que un ejército de devoradores de hombres se desplazaba por algún lugar de estas tierras —apuntó Antíope.

—Necesita reposo, aquí estamos bien. No nos han descubierto cuando les tuvimos cerca, más difícil será que nos vean ahora que deben marchar lejos.

Antíope emitió un leve gruñido, sabía que su hermana no permitiría que a la desconocida le pasara nada aunque ello significara parar la marcha.

—Lo mejor será permanecer ocultos, sin realizar movimiento alguno —aseguró Sarko.

—Esto nos retrasará mucho —afirmó Antíope, un tanto disconforme, aligerando su cabalgadura y extendiendo su lecho de pieles, de nuevo, al lado de la pequeña hoguera.

Al atardecer, la joven malherida alzó lentamente su vista, mirando dulcemente el rostro de Hipólita que trataba desesperadamente de mantener las heridas limpias y sin infección alguna; y le acarició el cabello, levantándose levemente e inclinando la cabeza hacia delante. La divina reina se volvió hacia ella con una sonrisa, su alegría fue tan intensa al ver sus preciosos ojos abiertos de nuevo, como desesperada fue la pena que la invadió al escuchar su vocecilla, tan débil y delicada.

—Me muero...

Hipólita miró sus ojos grandes, verdes como esmeraldas. Eran increíblemente hermosos y ejercían una fuerte atracción sobre su mente: le hablaban en silencio, con una fuerza oculta, sobrenatural. Se clavaban en ella como si quisieran abrazarla, devorarla. Dentro de aquella joven de aspecto frágil y humilde habitaba la vida mortal y el poder divino.

—Ayúdame... Bien cierto es que tú puedes —dijo la extraña, con voz marchita.

Hipólita posó su mano en la herida que manaba de nuevo, comprimiéndola fuerte con una tela mojada en agua caliente y hierbas desinfectantes.

—No me dejes morir. Así no... Con cada latido, siento la fuerza de tu corazón y la grandeza de tu alma divina. Ayúdame, no quiero morir así —insistió con un delicado susurro, apoyando la cabeza contra el pecho de Hipólita.

Ambas cruzaron la mirada y sus ojos ahondaron en el interior de cada una. La divina reina sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y vio en el interior de la joven desconocida como todo el poder que emanaba de ella se reducía a la nada con cada segundo que pasaba.

Decidida, Hipólita la acarició el rostro con la mano derecha y besó intensamente los labios de aquella joven. La cual emitió un dulce gemido de placer al sentir revivir su alma herida y rodeó con sus brazos a la divina reina, besándola con ímpetu, abrazando la vida que de nuevo invadía su cuerpo conforme abandonaba el de Hipólita con aquel beso de vida, el hálito vital de Artemisa. Hasta que, de pronto, se separaron con una exhalación profunda. Ambas se quedaron con la mirada cruzada entre ellas, en silencio.

Una debilidad extrema recorrió el cuerpo de Hipólita, la fuerza que la divina Artemisa le confiriera con aquel beso en Atlas, manaba ahora en el interior de la desconocida. La cual, con una leve sonrisa, acarició el rostro de su salvadora y recostó su cuerpo para quedar dormida. La herida del costado dejó de sangrar.

Antíope se acercó hasta ellas y vio a su hermana sentada de lado, con la espalda apoyada en el tronco de un cedro. Abundantes ojeras marcaban sus ojos y, con la boca entreabierta, mantenía la cabeza la-deada con la vista ida hacia ninguna parte.

—¡Hipólita! ¿Qué te ocurre? —preguntó y corrió de inmediato a asistirle.

—Nada, nada... —respondió con tenues palabras, sin apenas poder pronunciarlas, mirando a la joven que dormía plácidamente, con la cara iluminada por el hálito de vida.

La divina reina se levantó con esfuerzo y, dejando caer la cabeza sobre el pecho de su hermana, la abrazó sin decir palabra. Antíope miró de forma inquieta a la desconocida. Vio cómo recuperaba el color y comprendió: la fuerza vital de Artemisa, la gran cazadora, deidad de las hijas de la luna, recorría su cuerpo sanando sus heridas.

Las dos hermanas se dirigieron hacia la pequeña hoguera, junto a Imperia.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la joven guerrera, inquietándose por el estado de su reina.

—Le ha dado su fuerza a esa extraña —contestó Antíope, confusa y de mala gana.

Sarko se acercó hasta la joven desconocida, le retiró las vendas y observó como las profundas heridas apenas eran ya cicatrices abiertas. Las lavó con abundante agua y puso sobre ellas una pasta de regaliz y hierbas, cubriéndolas de nuevo. Y, posándole la mano en la frente, noto un calor que le reconfortaba el alma. La joven abrió los ojos y le miró con una sonrisa cautivadora. El viejo guerrero sintió una atracción olvidada en su corazón y le devolvió la mirada. Pasó el resto del día junto a ella, haciendo brotar de sus imaginación historias y gracias para aquella joven que había vencido a la muerte con un beso de vida de la divina Hipólita.

Cayendo el sol, la joven se había repuesto de forma increíble. Sonrió a Sarko y le puso los dedos de la mano derecha en la boca, haciéndole callar. Luego, retiró las cálidas pieles que la cubrían, alzó su cuerpo desnudo y se vistió con la túnica verde, manteniendo las vendas sobre las heridas. Tomó el zurrón y el bastón y, sin mediar palabra, se acercó hasta Hipólita, que permanecía apoyada contra un grueso tronco, todavía débil. La extraña se agachó junto a ella y la acarició el rostro con dulzura.

—Este sacrificio te honra más allá de lo que nunca pensé, no lo olvidaré —le dijo.

—¿Quién eres? —preguntó Imperia.

—¡Cuánto creciste, pequeña de sonrojados mofletes! ¡Estás tan hermosa y bella! —exclamó por respuesta, clavando los ojos en ella—. ¡Pero aleja de ti esa pena que te embarga, pues sin duda el calor del sol brillará en ti con una nueva dicha!

Luego se giró con un gesto de despedida, saltó sobre uno de los caballos y, sin más, comenzó a alejarse del campamento al galope para no volver.

—¿Quién era? Parece que te conociera —le preguntó Sarko a Imperia, mientras observaba como desaparecía en el horizonte.

—No lo sé, creo que no la había visto nunca, aunque su voz sí me resulta conocida... Se ha llevado tu caballo —le indicó la joven guerrera.

—Lo sé, no he podido hacer nada por evitarlo —contestó Sarko.

—¿No has podido hacer nada? —preguntó retóricamente Antíope.

—Vamos, Hipólita se ha recuperado —apuntó Sarko y se dio media vuelta.

—¿Marchamos? —le preguntó Antíope a su hermana, dudando de sus fuerzas.

—Sí, aquí ya nada nos retiene —contestó.

Recogido el pequeño campamento, iniciaron de nuevo el camino al amparo de la luna llena, acercándose a las playas. Sarko montaba en el viejo caballo de carga con la vista atrás, esperando en vano que apareciera la extraña joven.

Antíope miró furtivamente hacia su hermana, con preocupación.

—¿Te encuentras bien, hermana? —le preguntó, insistiendo.

—Sí. ¿Por qué iba a encontrarme mal? ¿Acaso no vistes la vida renacer en esa joven? No te preocupes más por mi suerte, me encuentro muy bien, dichosa. Sigamos nuestro camino, pronto llegaremos a los pasos de Ilión, esperemos que las aguas estén calmadas y que la lluvia que tanto retrasó nuestra marcha sea allí también pasado.

LA MUCHACHA DE OJOS VERDES

Un rápido arroyo recorría con fuerza el bosque primigenio, el estrecho cauce descendía de las montañas del norte llenando de vida cada rincón. Sus aguas resplandecían con la luz de la luna llena. Dos enormes hienas olfateaban al aire, el olor de la sangre las atraía irremediablemente hacia su presa. No eran las únicas, un clan lobuno avanzaba con los belfos alzados y sus lomos erizados. Entre dos troncos vencidos sobre el lecho de rocas, en una pequeña bifurcación del arroyo, el cuerpo inerte de Íbero avivaba el hambre de las bestias. Y, ante él, aparecieron las hienas, hundiendo sus afilados colmillos en las piernas al mismo tiempo que los lobos se abalanzaban sobre un costado. Las hambrientas hienas soltaron la presa, gruñendo con téticas y agudas risotadas, defendiéndose de los lobos que las hostigaban con fuertes dentelladas para robarles la carnaza.

Un fuerte estallido resonó con fuerza en el bosque y la tierra tembló bajo sus patas. Las bestias corrieron perdiéndose entre la densidad del follaje, buscando el amparo de la oscuridad, la seguridad de la indiferencia ante el peligro de la curiosidad.

Los cascos del caballo de Sarko cruzaron el arroyo hasta llegar junto a Íbero. Sobre él cabalgaba una anciana mujer de aspecto frágil, vestida con una larga túnica verde manchada de espesa sangre; de largo cabello blanco, ojos velados, perdidos en la oscuridad de sus profundas ojeras y largas uñas astilladas. En la grupa, una cierva abatida dejaba inerte su cuello caído. Descabalgó y se acercó al joven, ayudada por su bastón de madera; y, posándole la mano en el cuello, notó el débil pulso de la vida que huye. La anciana le sacó del arroyo con grandes esfuerzos, cayendo sentada al agua por dos veces. Injuriando la vida, le ató los pies al cuello del caballo con las bridas, le protegió el cuerpo con tres gruesas ramas anudadas y lo arrastró hasta un abrigo, una caverna aún caliente por la última hoguera que le dio vida. Le acomodó entre hojarasca y desnudó su cuerpo.

—Hummm... ¿Te resistes a morir? —murmuró, pasándole la mano por el pecho, observando sus heridas—. ¡Cuán grande ha de ser lo que te ata a esta vida!

La inquieta anciana salió al bosque de nuevo. Regresó muy pronto con hierbas, moho y hongos. No paraba de hablar sin sentido alguno, de lanzar sus brazos al aire escupiendo maldiciones y decires de venganza; y, a su vez, amasaba un unguento en un cuenco improvisado, el cráneo vacío de uno de los desgraciados devorados por los inhumanos. Lavó el cuerpo del joven Íbero y le limpió la boca de sangre y barro. Luego, abrió cada una de las heridas para sanarlas, vertiendo parte del amasijo, y las cerró cosiéndolas con una aguja e hilo preparados con fino hueso astillado y tendones de la cierva; y las cubrió con barro, moho y abundante grasa. Cuando hubo acabado, embadurnó el cuerpo vencido de Íbero, de arriba abajo, con unas pócimas y las hierbas medicinales que anduvo preparando.

Encendió una hoguera, sin dejar de lanzar maldiciones y conjuras de venganza mientras calentaba el corazón de la cierva, hecho láminas y atravesadas por una rama. Después, machacó su roja carne hasta hacer de ella una pasta. Lanzó, sobre ésta, hierbas trituradas y abundante sangre de sus propias venas, ahondándose en el brazo con un hueso descarnado y astillado. Y removió aquel mejunje hasta hacer una papilla verdosa que dejó reposar junto al fuego. Avivó las llamas y miró el rostro del joven. No había reparado en tiempo ni artes en sus cuidados.

—La gran Cibele te ha puesto en mi camino, me serás útil sin duda... Si no te mueres —susurró la anciana con una sonrisa maliciosa.

Una vez terminó con las curas, el cuerpo desnudo de Íbero había quedado totalmente cubierto con la piel ensangrentada de la cierva, excepto la cabeza. Sin parar de exclamar conjuras y maldiciones sin fin, se sentó a su lado. Comenzó a darle de beber aquella papilla, con paciencia y procurando que no se ahogara.

Satisfecha, con el cuenco vacío, se dispuso a asar varias tiras de la carne cruda de la cierva, sazonadas de orégano y tomillo. El leve crujir de una rama alertó a la anciana. Se levantó precavida y se asomó, hundiendo sus pequeños ojos en la oscuridad del bosque. Un pequeño corzo saltó corriendo. Suspiró un confuso gruñido y fijó la vista sobre el firmamento. Una estrella fugaz cruzó su retina alegrando su rostro y pidió un deseo hecho súplica desde el fondo de su corazón. Luego, con un gesto triste de resignación tomó la carne asada y se sentó en la entrada.

Pasó gran tiempo observando la increíble bóveda celestial, el lento transcurrir de los astros y degustando la pitanza. En su mente se hallaba Hipólita, la divina reina había puesto en peligro su propia vida por salvarla a ella.

—¿Haría yo tal cosa? —se preguntó, con un susurro melancólico.

Un lamento la hizo volverse hacia el interior de la caverna. El joven que había hallado moribundo permanecía inquieto en su capullo de piel de cierva, gimiendo. Se acercó a él con un gruñido y se inclinó frente a su rostro.

—He hecho lo que he podido, pero perdiste demasiada sangre. ¿Morirás? ¿Te vas a rendir ahora? —susurró.

La anciana, por un momento dudó sobre qué hacer: ayudarle o dejarle morir. Observó las facciones del muchacho, hermoso y fuerte... Y pensó en Hipólita. Con un gruñido, estiró el cuello e inclinó la cabeza sobre el rostro del joven, besó sus labios con delicadeza hasta fundirse en un profundo y largo beso de vida.

Se separó de golpe cuando notó que su ser se vaciaba por completo. Alzó la vista levantándose lentamente y, tambaleándose, buscó dónde asirse con la boca abierta, intentando respirar. Había quedado confusa y débil. Caminó sobre sus pies y manos, y se apoyó contra la pared de aquel abrigo pétreo con la mirada fijada en la cara del joven leñador.

—Espero que haya valido la pena —gruñó, tras lanzar una sonora maldición.

El resto de la noche pasó tranquila. La anciana quedó adormecida, sentada en la entrada de la caverna, apoyada contra la fría pared, al susurro del viento entre la densa vegetación.

En la madrugada, antes de que el sol apareciera, cuando ya clareaba el día, Íbero irguió la cabeza pegando una bocanada de aire y un agónico grito resonó en la caverna. Las heridas de su cuerpo parecían arder y sus huesos desencajados le hacían estremecerse de dolor. La anciana se levantó y corrió junto a él, le hizo beber un preparado de valeriana y semillas de amapola, acarició su frente y calmó su dolor con suaves caricias y dulces palabras.

—No sufras joven del bosque, entre mis brazos estás seguro. Nada tienes que temer, las bestias de la Parca huyeron a sus tenebrosas madrigueras.

El joven leñador intentó hablar, confuso. Pero no pudo, solo logró susurrar una palabra.

—Imperia.

—¿Imperia? —se preguntó la anciana, dejándole para tomar entre sus manos un cuenco colmado de una pasta rosácea, con tintes azules y amarillos, de perfumado aroma. Introdujo un dedo en el cuenco y probó su sabor, chupándolo por dos veces. Después se lo acercó al joven.

—Toma, te traigo un delicioso preparado de ambrosía y abundante néctar de flores, alimento digno de dioses. Te ayudará a recuperarte... Pero antes...

Le abrió la boca y le hizo ingerir abundante agua y varios preparados de especias, con paciencia. Después le ofreció la ambrosía, como delicioso postre.

Íbero se relajó tras aquel esponjoso y dulce almuerzo y quedó, de nuevo, traspuesto. Volvía a la vida quedando dormido. La anciana cuidaba de su suerte mientras el sueño profundo reparaba las heridas de su cuerpo.

El bosque comenzó a bañarse con la cálida luz del amanecer. Una algarabía tremenda de trinos y graznidos resonaba entre los pinos, cedros y robles. En la boca de la cueva se encontraba la anciana levantando sus huesudos brazos al aire, cara al sol, inundándose con su calor.

—¡Temblad malditos, pues la venganza es mía! —gritó con fuerza.

Íbero abrió los ojos, buscó la luz de la entrada de la caverna y vio cómo la anciana extendía los brazos, llenando los pulmones con abundante aire; cómo exhalaba bajando los brazos hasta el pecho, juntando las palmas de sus manos. Ella se percató de la mirada inquieta del joven y le sonrió mientras pasaba los brazos por encima de la cabeza, hacia atrás, apretando los glúteos y arqueando la espalda. Ante la atónita mirada de Íbero la vieja anciana se transformaba, bañada por la luz del sol y bajo una brillante aura violeta, en una hermosa joven, de largos cabellos rubios y hermosos ojos verdes.

Confuso, levantó su cuerpo del lecho de hojas, sin saber si agonizaba o si se hallaba muerto, si lo que veía era cierto o incierto, si se alzaba sobre la tierra mundana o en el paraíso de los dioses sagrados. Entonces notó un fuerte dolor en su interior y lanzó un quejido entre dientes, dándose por vivo.

La esbelta mujer, dotada de juventud y belleza, giró su cabeza clavando los ojos en él.

—¿Ya despiertas? ¡Bien! ¡Mucho me debes y trabajo tengo para ti! —exclamó.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó Íbero, observando la caverna, tratando de incorporarse.

—Haces muchas preguntas. Ahora descansa, pues necesito de tu vigor y todavía no te hallas repuesto —respondió la joven.

Íbero cayó hacia atrás, lamentándose de su dolor y pena. Una tristeza agónica envolvió su alma al recordar.

—¿Qué ha sido de Imperia? —preguntó.

La joven, sorprendida por la insípida reacción del joven hacia ella, a pesar de su belleza y de haberle salvado la vida, y tras escuchar aquel nombre de nuevo, se acercó hasta él sentándose a su vera con cierto recelo.

—¿Acaso no te sientes preso de la curiosidad de tu suerte? —preguntó, acercando su rostro. No halló respuesta. —¡Ni de la belleza de mis curvas! —insistió, mirándole fijamente.

Íbero, caído en un estado de vigilia inconsciente, oía pero no escuchaba.

—Imperia... —susurró de nuevo.

Sintiéndose ignorada, aquel susurro exasperó a la joven.

—¿Quién es esa Imperia a la que invocas con tanto ardor? —le preguntó y, frunciendo el rostro, le golpeó en el pecho y la cara, violentamente, con dos golpes de mano.

Íbero la miró fijamente, reaccionando.

—Bien es verdad que eres una joven hermosa, como pocas, y que mi vida es tuya pues la arrancaste de la muerte. Pero, dime: ¿qué fue de mi amada Imperia? Te ruego me cuentes qué fue de ella en esa trágica noche en que los demonios del rey Mío nos asaltaron. Y de la divina Hipólita, ¿sabes algo?

La joven calló ante tales palabras, con ojos asombrados retrocedió unos pasos. Le observó en silencio por un largo tiempo, siguiendo su mirada conforme recorría la caverna. Paró, tomó una manzana de su zurrón y se la lanzó a las manos.

—Mi nombre es Europa, bajo mi poder estás a salvo del rey Mío y sus soldados; no tienes pues qué temer. Por lo demás poco o nada puedes hacer, así que olvida tu suerte. La vida te tenderá camino en su momento. Ahora descansa, pronto hemos de marchar y no quiero un burro famélico del que tirar, sino un buey fuerte que bien me sirva.

Dolido por aquellas palabras, Íbero agachó su rostro y se tumbó. La manzana rodó por su pecho hasta caer al suelo. El joven se postró de espaldas a Europa e intentó conciliar el sueño, recuperar sus fuerzas. Pero no podía dejar de pensar en su amor y aquella manzana le recordó su fantástico relato en la taberna del Oso Tuerto.

—Si en verdad eres la divina Europa, quizás bien sepas de mi amada, pues de ti me habló con dulzura. Con ella compartiste la carne de su caballo cierta vez en una estrecha gruta, al calor de una hoguera —dijo Íbero, sin volver la cabeza.

Europa se acercó hasta él, confusa, con el recuerdo de aquella joven de mofletes rosados y largo cabello negro. Había comprendido quién era Imperia.

—Está muerta —le contestó con firmeza, posando la mano en su cabeza. Y se alzó, retirando la mano del joven, alejándose seria de su lado, huyendo mordazmente de su propia mentira.

Íbero se sintió morir de nuevo y cerró los ojos derramando una amarga lágrima...

Capítulo 7

LA MARCHA DE GADIR

Bajo la luz inquieta de una antorcha, el brazo de un poderoso guerrero, firme como pocos, tensaba con fuerza las cuerdas del peto de bronce que cubría su ancho pecho. Ajustó las mallas y correas de protección sobre su cintura y muñecas, y las bronceíneas grebas de sus pies. Observó con detenimiento el filo de su afilada espada y la introdujo en una funda de piel de jabato, bordeada de preciada argétea, con la tranquilidad y firmeza que da saber el destino de muerte que se emprende.

Hacia mucho tiempo que no se vestía para matar, una década, desde la gran batalla de Atlas. Serio, Gadir observaba con templanza el tibio sol del amanecer, todavía escondido entre las densas nubes de las últimas tormentas del gran Deucalión. Y volvió su vista hacia la habitación contigua, donde, en sus lechos de suave y caliente lana, la pequeña Armonía y el joven Gadir, sus hijos, dormían plácidamente envueltos en el sueño de la inocente infancia.

—Marcha con la fe y confianza en tu corazón, los hijos de mi buen comandante serán los míos y en ello andará mi vida —aseguró el anciano rey Azaes, el último rey de la sagrada estirpe de Poseidón.

Le acompañaba su nieta Jeorina que, con alegre sonrisa, corrió a despertar a sus amigos de juegos saltando sobre ellos. Una guardia de hombres salvajes, armados con hachas, de ancho corte y largos mangos de puro fresno; esperaba abajo, junto a varios carros de guerra, para llevar a los infantes al hogar del magno Azaes.

—Mi confianza es tuya, mi rey... Mi buen amigo. No será por más tiempo del necesario, mas si la desgracia se cebara en nuestra suerte que mis hijos sepan siempre quienes fueron sus padres y que con orgullo nos lleven en su corazón —le contestó Gadir.

Dando un paso al frente, altivo guerrero atlante, comandante y rey de Gadeira; tomó su yelmo de larga crines blancas entre las manos y lo mantuvo bajo su brazo. Entró en la habitación de sus hijos, los besó y abrazó.

—Padre, andas vestido de glorioso guerrero, ¿estamos en guerra? —preguntó el pequeño.

—El viejo Azaes y la revoltosa Jeorina necesitarán mucho de vosotros en mi ausencia, espero que sepáis cuidar de ellos hasta mi regreso... —dijo Gadir.

—¿A dónde vas padre? —preguntó curiosa Armonía.

—A por tu madre, mi pequeña —le contestó, con una sonrisa, posando el dedo índice en la nariz de la niña y agitándola un poco, con cariño.

Su hijo le observó con íntima sorpresa, nunca había visto a su padre vestido de guerrero, ni siquiera cuando les daba lecciones del arte de la guerra. Con aquella resplandeciente coraza de bronce, tallada con figuras argéneas de divinidades atlantes y adornada en su pecho, hacía ambos lados, con dos ánades reales impresos, parecía un dios. A pesar de su temprana edad, el muchacho sabía lo que significaba en verdad el brillo del metal y temió por el destino de su padre.

—Padre, ve... Pero volved los dos, pues aquí os esperan vuestros hijos con impaciencia.

—¡Vuelve con mamá! ¡Y traednos muchos regalos! —exclamó Armonía, sonriente.

Gadir se vio conmovido y abrazó a sus hijos con fuerza, miró a su buen amigo el rey Azaes y asintió. Después, colocó el yelmo sobre su cabeza y salió decidido de la estancia. Bajó las empinadas escaleras y, tomando una gran lanza de asta de roble y aguzada pica de bronce, se despidió de la guardia levantando su rostro. Montó en un hermoso caballo blanco que, cargado de provisiones y una cierva abatida, se irguió sobre sus cuartos traseros relinchando con furia. Y cabalgó veloz, hacia el sur, sin mirar atrás.

En el balcón, junto a la pequeña Jeorina y al rey Azaes, sus hijos le observaban partir.

—¿Tardarán mucho en volver? —preguntó la pequeña Armonía.

—Sí, hija... Sí... —contestó Azaes, acariciándole su arremolinado cabello.

—Haremos grandes sacrificios: una hecatombe. Un gran guerrero solo luce sus mejores armas cuando marcha a la batalla —apuntó el pequeño Gadir, con un gesto de preocupación.

—Sí, cien toros brindaremos a los dioses para que intercedan por él y por tu amada madre. Un gran hombre solo marcha a la batalla para defender aquello que ama en verdad —asintió Azaes con orgullo—. Pero ahora ayuda a tu hermana a preparar las cosas, pues hoy mismo viajaremos a mi palacete. No es tan grande como el vuestro, pero lo pasaréis bien con Jeorina.

Gadir avanzó rápido por las tierras del Gran Tajo. Cruzó el río y los valles de bravos ciervos. Atravesó los montes del Lobo y llegó hasta los inmensos alcornoques del Bosque Maldito: reino de Gadeira, destino de recuerdos olvidados, hogar de devoradores de hombres, del mortal escurzón y de la temida bestia. Había tomado una decisión, ansiaba luchar junto a su amada Hipólita aunque en ello le fuera la vida. Desde que marchara de su lado, no pudo conciliar el sueño ni una sola noche, temiendo por la suerte de su amada. Ahora, solo deseaba estar a su lado, abrazarla, amarla, traerla de nuevo a su hogar a salvo con sus hijos.

El aguerrido comandante llevaba en su montura una pequeña cierva cazada el día anterior como precaución. Bien sabía que conllevaba gran riesgo atravesar el Bosque Maldito sin pagar tributo alguno a las bestias que lo habitaban, más si la noche y el infortunio acompañaban al viajero en su camino. Cruzó los prados de altas hierbas y viejas encinas, llegando al frondoso alcornocal sin apenas parar, solo para refrescar el calor de su montura y calmar la sed.

La oscuridad le alcanzó bajando los montes de pinsapos, donde abundaban los curiosos macacos de afilados colmillos y párpados azules, los cuales seguían el paso de su trote encaramados a los altos árboles. Seis monos pasaron corriendo a cuatro patas ante su caballo, entre una algarabía de gritos pronunciados y saltando rápido hacia las altas copas. Refugio seguro para quien bien conocían los peligros del bosque, señal inequívoca de que la muerte merodeaba cerca. Los inquietantes sonidos de la noche empezaron a resonar entre la vegetación y el penetrante aullido del lobo le recordó donde se hallaba.

Gadir continuó su camino, sin parar, por aquel lugar que de respeto le llenaba y que, en otros tiempos, fuera hogar de su amada Hipólita. El silencio lo envolvió mientras acariciaba la quijada de su caballo que, inquieto, avanzaba entre las sendas del clarooscuro. Se sabía observado desde la oscuridad, pues unos ojos color miel, almendrados, seguían atentamente cada uno de sus movimientos desde que los macacos les delataran: los devoradores de hombres le acompañaban en su camino, sin apenas dejarse ver, pero haciéndose notar.

Tres lobos de gran tamaño surgieron tras él, con la cola tiesa sobre el corvejón y los belfos alzados; mostrando sus largos y mortales colmillos, gruñendo amenazantes en su trote lobuno. El caballo resopló con fuerza, trotando de lado. Gadir sacó su daga y cortó las ataduras que mantenían sobre la montura a la cierva que portaba en la grupa; y, apenas tocó el suelo, fue presa del hambre canina. Aparecieron otros entre el follaje y, entre ellos, se produjeron violentos enfrentamientos: el lobo alfa come primero.

Gadir aprovechó para seguir su camino, rápido, dejando lejos la muerte cebándose con su tributo pagado. Pero al saltar un pequeño

tronco, su caballo se alzó de pronto relinchando con fuerza. Frente a él, dos lobos se mostraban hambrientos. Su tributo había sido presa de los más fuertes; para ellos, los más jóvenes, solo quedaba seguir con la cacería, buscar otra presa o ayunar.

Cayó en un inesperado movimiento en que su montura alzó los cuartos traseros, esquivando la dentellada canina; y rodó por el suelo hasta golpearse con el tronco de un grueso alcornoque que le sirvió de freno. Mientras su montura huía veloz, los temibles animales se acercaban castañeando sus molares, con el pelo erizado y la muerte en sus ojos. Gadir echó mano a su espada, se irguió valiente para recibirlos y vio entre ellos a la Parca acechándole.

Un fuerte rugido estremeció el momento. Salido de la nada, un enorme tigre dientes de sable saltó sobre uno de los lobos, partiéndole el cuello con sus poderosos colmillos, abriéndole el vientre con sus afiladas garras en apenas unos segundos. El otro cánido huyó rápido, con el rabo entre las patas y sin emitir gemido alguno. Con un alargado ronquido retumbó el bosque y el gran felino se acercó lentamente hacia su presa, que lo miraba tan asombrado como temeroso.

—¡No puede ser, es la bestia! —exclamó Gadir.

Dio un paso atrás mientras el animal descargaba un zarpazo al aire y giraba la tez de lado, lanzando un poderoso rugido, abriendo sus fauces y mostrando sus terribles armas.

En su lento retroceso, templando la espada en espera de la embestida del enorme depredador, Gadir tropezó con una roca saliente cubierta de verde musgo, perdió el equilibrio y cayó sentado. El tigre avanzó rápido hasta posarle la zarpa con sus retráctiles y afiladas garras en el pecho, rasgando la bronceína coraza y aplastándole contra la hojarasca. Abrió las fauces sobre su rostro y el fétido aliento de la muerte estremeció al bravo comandante.

De pronto, el poderoso felino cesó en su ataque y, estirando su gruesa tez hacia atrás, emitió un ligero gruñido. Fijó sus grandes ojos en aquel hombre, su presa, y en la medalla anudada en cuero que portaba sujeta al cuello. Un destello de luz recorrió la luna de oro grabada en aquella alhaja, reflejándose en la dilatada pupila del tigre a la vez que colocaba el hocico sobre la frente de Gadir. El cual permaneció quieto notando la humedad de la trufa del asombroso animal, abstraído por la situación. La bestia le olfateó, una y otra vez.

Gadir soltó la espada, tragó saliva y posó lentamente su mano en la cabeza del animal. Lo acarició, no sin temor, sudando la tensión del momento. Después puso la otra mano en la garganta de la bestia y rasgó su poderoso cuello, con fuerza pero despacio. Y bajó hasta el pecho, notando el calor del cuerpo de aquel extraordinario animal y los potentes latidos de su corazón.

—Sin duda eres Therio, la bestia... Reconoces la medalla de Hipólita, sabes quién soy.

El tigre estiró el cuello hacia arriba, dejándose hacer con un meloso ronroneo. Después, volvió a fijar su mirada en los ojos de Gadir y observó por un tiempo la medalla de oro. Separó su zarpa del pecho del comandante, liberando su presa; lanzó un poderoso rugido al viento y desapareció en la oscuridad del bosque.

Gadir se levantó, envainó la espada resoplando, sin apartar la vista de la oscuridad que se había tragado a la fabulosa criatura y vio cómo la Parca se esfumaba como suave niebla en el viento. Tomó con la mano aquella medalla y la besó; y comenzó de nuevo su camino, alejándose lentamente de los dominios de la bestia.

Tras recorrer un largo trecho, encontró su caballo en el valle que dejaba atrás el Bosque Maldito y volvió a montar, siempre sin dejar de mirar atrás, temiendo que aquel animal hubiera cambiado de opinión, surgiera de la nada y se lanzara sobre él para devorarlo. Recordó las palabras de su amada, cuando le hablaba con cariño de Therio: la terrible bestia que las acompañaba a menudo en sus correrías y que había sido criada por Armonía.

El claroscuro del bosque quedaba atrás, pero una sombra felina le siguió en la oscuridad de la noche sin que se percatara de ello. Mimetizado entre las altas hierbas, a pesar de su gran tamaño, el gran carnicero lo acompañó hasta los campos de grano de Gadeira.

La ciudad se alzaba sobre una isla unida a la Península por un estrecho corredor de pura roca, rodeada de marismas interiores y del azul Atlántico. Un edificio de paredes de mármol destacaba en el centro de la población, junto al templo de Poseidón. El ágora de piedra alcanzaba el mar bordeada de multitud de blancas casas, en las que bullía la vida, el desayuno estaba servido. El sol salía y las sombras que envolvían aquel que en su día fue palacio y hogar de Hipólita, como reina y señora de Gadeira, desaparecían.

Había pasado más de una década desde las guerras que arrasaron Atlanta, tiempo en el que florecieron viejas aldeas y antiguas ilusiones perdidas. Un periodo de paz que permitió cicatrizar heridas y acunar esperanzas. Atlas había desaparecido por completo, apenas quedaba rastro de la gran polis orgullo de atlantes. Sus ruinas sirvieron para alzar, con su piedra y metales preciosos, humildes poblaciones salpicadas por la costa y el interior de la Península.

Por los pasillos de palacio, un joven sirviente, agitando una ardiente tea al aire, se apresuraba en busca de su señor: el general Mimi, regente de Gadeira; y, entrando en sus aposentos con cierto temor, se acercó al lecho donde dormía.

—Mi señor, despertad. El rey Gadir se halla en palacio.

—¿Gadir? ¡No es posible! —exclamó, sorprendido.

—Sí, mi señor, se halla en la sala de armas.

El general saltó resoplando y meneando la cabeza de lado a lado, buscando despejarse. En el lecho dos hermosas mujeres se cubrían tratando de conciliar el sueño, de ocultar sus rostros y cuerpos de la luz de las teas y la vista del curioso sirviente.

—Avisa a Tarss, está en las habitaciones de invitados. Si no fuera así, búscale en las dependencias de la cocina... ¡O en el establo! ¡A saber! —exclamó Mimi.

Gadir esperaba intranquilo, frente al cálido fuego que calentaba la ancha sala. Observaba las espadas y lanzas, colgaban decorando los muros de piedra del palacio en que un día reinó junto a su amada Hipólita. Pensó en ella, en los momentos tensos y de dicha vividos en Gadeira y sintió nostalgia de sus besos y caricias, y sonrió en aquella que fuera su fortaleza real.

No tardó mucho en aparecer Mimi con una sonrisa sincera.

—¿Gadir! Mi buen amigo... ¡Qué sorpresa más grata!

Se dieron un fuerte abrazo, seguido de una mirada cómplice y de un apretón de manos.

—¿Y Tarss? He oído que se halla en palacio... —preguntó Gadir.

La puerta de la sala se abrió y Tarss apareció cubriendo su cuerpo con una vieja piel de oso. Su pelo alborotado y lleno de paja indicaba una plácida noche en buena compañía, en el establo.

—¡Oh! ¡Aloados sean los dioses! ¡Es verdad! ¡Estás aquí! —gritó, restregándose los ojos.

Gadir corrió a estrechar su brazo y se abrazaron con fuerza, una y por dos veces más.

—Mimi, por Poseidón: ordena a tus sirvientes que traigan buen vino... —añadió Tarss, visiblemente emocionado—. Han pasado más de siete años...

—Sí, desde que nació la pequeña Armonía —comentó Gadir.

—Vamos a la mesa, esto hay que celebrarlo con un bravo almuerzo, digno de gula.

Los tres hombres, antiguos comandantes de los ejércitos de Hipólita, se sentaron satisfechos del encuentro y pronto llegó el buen vino.

—Supongo que ya sabréis por qué estoy aquí —dijo Gadir.

—No, pero nos lo imaginamos: Hipólita, ¿verdad? —respondió Mimi.

—Desde que Esperanza nos visitara, sabía que este día se daría. Hipólita ya se dirige presta a la batalla, ¿es bien cierto? —apuntó Tarss, tras dar un gran sorbo.

—Sí. Así es mi buen amigo y, desde que marchó, tanto sufro por ella que cada día me siento morir. Debí acompañarla, pero ella mismo se cuidó de que no fuera así. Nuestros hijos no hubieran entendido que desaparecieran sus padres, así, de repente —contestó Gadir.

—No sé qué empresa pretendes llevar adelante, noble Gadir, pero cuenta con este viejo soldado. Yo no sé hacer de escribano, ni de rey y presto correré a tu lado, pues en artes de guerra, ya sabes, bien ducho soy. Además, Mimi se basta para hacer su cometido y el mío en la ciudad... ¡En todo el reino! —expuso Tarss.

—Cuenta conmigo también y con nuestro ejército, mucho le debemos a la divina Hipólita y por ella todo merece la pena y se ha de dar —apuntó Mimi, sin recato alguno.

—Gracias amigos, sabía que podía contar con vuestra ayuda. Pero no es mi intención desproteger Gadeira, ni mandar a vuestros hombres al confín del mundo a luchar en una guerra que no es suya, a morir lejos de su tierra y de sus familias.

—¿En qué te podemos servir, pues? —preguntó Mimi, arqueando sus grandes cejas y posando la mano en el mentón, aplastando su rizada barba.

—Pretendo que me ayudéis a cruzar el Mar entre Tierras, acercarme en lo posible a Oriente por las costas de Lybia. Resulta imposible avanzar con la rapidez debida por el norte con las lluvias que nos azotan, si bien hoy sale el sol, mañana nadie sabe. También es mi deseo que me proporcionéis armas, buenos caballos y alimento para realizar la travesía.

—¿Nada más? —preguntó Tarss, sorprendido ante las premisas de su noble comandante, que en nada le parecían excesivas para dirigirse a una batalla.

—Sí, otra cosa... ¡Por todos los dioses, que cuidéis de mis hijos! Los dos generales guardaron silencio por un momento.

—No te dejaremos ir solo, con los peligros que sin duda te acecharán no te será fácil llegar a las tierras de Oriente. El mar está bravo y sus aguas revueltas con estas lluvias sin fin. ¡Se tragó las ruinas de Atlas que aún se alzaban y las murallas de Gadeira, todas ellas! —apuntó Tarss.

—No puedes pedirnos solo eso, te daremos más. Debes recorrer mucho camino por las costas de Lybia. Te ayudaremos. Morirías antes de llegar ni tan siquiera a la tierra de los faraones si pretendes otra cosa —aseguró Mimi.

Luego, hizo traer carne asada y más vino. Los tres comandantes se sentaron a una gran mesa cercana al fuego, comieron y bebieron hasta quedar saciados.

—Os agradezco vuestra ayuda, pero solo necesito llegar a Lybia —insistió Gadir.

—Cuéntanos: ¿qué locura pretendes pues? —preguntó Mimi.

—Luchar, devolverles a mis hijos el amor de su madre. No puedo permanecer sentado por más tiempo esperando. La fatal angustia se ceba en mi corazón y me hace perder la razón, más sabiendo que se dirige hacia la despiadada batalla. ¡Cómo podría decirles que su madre faltó y yo fui incapaz de templar mi espada para protegerla! ¡Cómo podría vivir sin ella!

—Pues no has de ir solo a tal empresa, te acompañaré —insistió Tarss—. Mimi es necesario en Gadeira, él se encargará de regir nuestro pueblo y cuidar de la seguridad de tus pequeños. Yo armaré la embarcación que nos llevará hasta Lybia y reuniré un aguerrido grupo de mis valientes hombres... ¡Y no vamos a discutir nada, pues así será! Esta misma noche haré grandes sacrificios a Poseidón, dos o, mejor, tres de mis mejores bueyes para que se apiade de nosotros y nos sea favorable.

—Así sea, pero llevaros al viejo Senil —apuntó Mimi—. Es sabio y en su día visitó la tierra de los faraones, alcanzó Men-nefer y regresó con gentes de Canaán. Yo asumiré el trabajo de Tarss en Gadeira. ¡Como si no lo hiciera ya! El pequeño Gadir y su hermana Armonía estarán a salvo, hoy mismo partirá mi guardia hacia el hogar del digno Azaes, hombres de toda confianza que se encargarán de velar por su seguridad. Puedes estar tranquilo. Pero tendrás que esperar a partir en un día que Poseidón calme su ira y los vientos os acompañen, lo contrario sería una estupidez. Y como bien dice mi buen hermano Tarss, ¡no vamos a discutir nada!

—¡Así sea pues! —exclamó Gadir.

Los tres comandantes brindaron chocando fuertemente sus copas colmadas de dulce vino, por dos veces; bebieron de un trago y las volvieron a llenar.

Al día siguiente, tras siete días y ocho noches lloviendo sin cesar, el gran Deucalión daba sus últimos coletazos en los dominios de Gadeira. La tierra, hecha barro, recibía de nuevo el calor del sol. Grandes torrentes de agua llegaban hasta el mar que, con su crecida y el devastador temporal, se había engullido por completo parte del litoral y las castigadas murallas. Gadeira quedaba más aislada todavía de la Península, rodeada de pequeñas islas y unida a tierra firme por aquel angosto pasillo de piedra cubierto por un palmo de agua.

—¡Despierta! Parece que los dioses nos favorecerán en esta empresa. Poseidón se alzó contento con mis bueyes. ¡El sol está fuera! —gritó Tarss, entrando en los aposentos de Gadir. El cual, con un fuerte dolor de cabeza, apenas podía mantenerse en pie. La noche había sido larga en compañía de Tarss, experto en vinos y los placeres de la gula.

—¿Y los vientos? —preguntó Gadir, empotrado en su lecho.

—¡Arriba! La fortuna nos guía, los vientos nos son propicios. ¡Es el momento de partir! ¡Poseidón así lo ha dispuesto! —insistió Tarss, gallardo, vestido de feroz guerrero.

Gadir tomó sus armas y se asomó al ventanal. El cielo azul resplandecía sobre el ancho mar, el sol parecía brillar como nunca y una suave brisa del oeste refrescaba su cara.

—¡Marchemos pues! ¡Poseidón ha calmado las aguas y avivado los vientos!

Cargadas las armas en un carro de guerra, tirado por tres potentes caballos, se dispusieron a marchar. Mimi se acercó hasta ellos y, dándole la mano, se despidió de Tarss. Luego, se abrazó a Gadir y, con severas palmadas en la espalda, se despidió de él también.

—Suerte amigo. Una gran fiesta, de grandes banquetes y alegrías, celebrará vuestro regreso —dijo Mimi.

Gadir cabalgó en su hermoso caballo blanco y cruzó al trote la ciudad, ante la atenta mirada de sus gentes. Tarss le seguía, altivo en su carro de guerra, acompañado de su auriga y un séquito de caballería de diez lanceros de la guardia real.

—¡Mirad es el rey Gadir! —clamaba el pueblo.

Llegaron a la entrada del muelle de embarque. Allí les esperaba un hombre mayor, de larga melena lacia y canas abundantes, de aspecto débil y ojos cansados.

—Mi nombre es Senil, señor; siempre a vuestros pies —se presentó.

—Dicen que visitaste Men-nefer no ha de hacer muchos años y que los comerciantes que llegaron de Canaán en busca de argénteo, cobre y estaño son tus amigos —le dijo Gadir.

—Sí, mi señor. Ellos de regreso a mi hogar me trajeron. Y no ha de pasar mucho para que este puerto se llene de ricos comerciantes venidos de lejos. Nuestro metal es de una pureza desconocida en las tierras de hombres sabios de más allá del Mar entre Tierras, como el vino. Nuestros secretos buscan, pues no tienen igual —aseguró Senil.

—Entonces, ¿sabes bien cual es nuestro destino? —preguntó Tarss.

—Navegaremos por las costas de Lybia y evitaremos las aguas turbias de los hijos de Atenea. Os llevaré hasta el sagrado Nilo, donde se erige Men-nefer. En la polis de faraones nos provereemos de abundantes víveres, pues nada nos ha de faltar. Descansados y repuestos, alcanzaremos la isla de Lezpas, hogar de Menalipa. Allí podremos saber y alcanzar las tierras de Arzawa y Hatti, donde sin duda se hallará la divina Hipólita —contestó el viejo guía.

—Veo que eres gran conocedor de nuestro destino, me gusta. Serás gratamente recompensado —aseguró Gadir, confiado ante las palabras de aquel hombre.

—Vamos, en el muelle espera la nao que nos ha de llevar a la tierra de los faraones —afirmó Tarss.

Una multitud llegaba presta a ver al héroe de la batalla de Atlas. Muchos, tras una década, solo sabían de él y de su reina por los dichos y leyendas. Tras vitorear al héroe Gadir, una pregunta recorrió el alma del pueblo, ávido por saber: ¿dónde está la divina Hipólita?

En el muelle, ante el asombro del bravo comandante, treinta embarcaciones de diferente calado y remo esperaban partir. No serían solo Tarss y su guardia personal los que le acompañarían, sino trescientos de los hombres más leales y bravos de Gadeira. La mayoría soldados veteranos, auténticos supervivientes de la batalla de Atlas.

—Son todos voluntarios. Deseaban marchar en tu ayuda, luchar por la causa y morir por Hipólita, si así ha de ser. No han olvidado a su reina, ni el fragor de la contienda que les liberó de la amenaza aquea —expuso Tarss, con enorme satisfacción.

Gadir permaneció en silencio, asombrado.

—Eran muchos más —apuntó Tarss—. Pero he pensado que sería más oportuno, rápido y efectivo un pequeño ejército que dejar venir a todo aquel que se ofrecía. Puedes estar satisfecho de tu pueblo y de la lealtad que profesa a su reina. Aunque los dioses no lo quieran, ya sabes: Hipólita por siempre será nuestra divina reina.

Gadir miró a todos aquellos hombres de armas, fieles guerreros; y al pueblo que le rodeaba entre vítores; y apretó los dientes, satisfecho, emocionado.

—Nos dirigimos de nuevo a la batalla tras tantos años, juntos de nuevo nos vemos. Pero esta vez no seguiremos a una reina que pretende salvar nuestra tierra, ¡sino que cruzaremos la tierra para salvar a nuestra reina! —les arengó

—¡Hipólita! ¡Hipólita! —gritaron todos los guerreros al unísono, mientras alzaban sus largas lanzas en tierra y en las naos armadas.

Entre el clamor de la gente, las arengas de combate y el choque del bronceado metal; nadie se percató, en aquel bravo amanecer, de la presencia de una felina sombra que recorrió el muelle sigilosa. Se deslizó oculta entre los barriles y las sacas de víveres sin alzar un ruido, hasta llegar al fondo olvidado de la bodega de una de las naves, fundiéndose en la oscuridad con un pronunciado bostezo.

Capítulo 8

LA ALIANZA DE ILIÓN

Bajo una vieja encina de frondosas ramas, una pequeña hoguera alumbraba el rostro templado de Hipólita. Junto a ella, Antíope, Imperia y Sarko se alimentaban con lubinas frescas, recién arponeadas y acabadas de asar sobre las ascuas. El silencio rondaba la noche, mientras un pequeño rumor se hacía escuchar al sur. La luz de las antorchas, en las almenas de la amurallada Ilión, se reflejaba en las pupilas de la divina reina.

—Es grandiosa, sin duda —aseguró.

—Cualquier ejército se estrellaría contra sus muros, una y otra vez —murmuró Sarko.

—Es la más altiva de las polis que he conocido, aunque no tiene la majestuosidad que tenía Atlas. La rigen los teucros, domadores de caballos les llaman; herencia de un tiempo en que gobernaban las féminas de Mirina y sus diosas —aseguró Hipólita.

—¿Mirina? —preguntó Sarko.

—Sí. Imperios de hombres cayeron a sus pies y aseguran que fue la primogénita de la Madre Tierra, la gran Cibeles. La reina Mirina, hermana de mi madre Armonía, fue llamada así en su honor.

—Ilión es una gran polis y controla los pasos hacia Oriente, tanto por mar como por tierra; por ello resulta agraciada en riquezas. Pero no son gentes de fiar, siguen los pasos aqueos, con sus dioses de machos y sus glorias de sangre. Olvidaron sus raíces, su pasado —continuó Imperia.

—Mañana la visitaremos —afirmó Hipólita.

—¿Entrar en Ilión? Sus hombres están al servicio de Iris, es muy peligroso —dijo sorprendida la joven guerrera.

Antíope y Sarko dirigieron su mirada sobre Hipólita, mascando lentamente el pescado.

—No nos esperan y, como bien me confirmaste, nadie sabe dónde se halla mi amada hermana, solo él.

—¡Ilio! ¡Pretendes llegar hasta el rey! —exclamó Imperia.

—Sí —aseguró la divina reina con rotundidad.

—Esas murallas podrán detener ejércitos enteros, pero no podrán con la terquedad de una sola mujer —dijo Antíope, apurando las espinas de la lubina.

Hipólita se levantó y anduvo en dirección a Ilión. Se paró y, cruzando los brazos, observó detenidamente la gran fortaleza y las gentes que entraban y salían a la luz de las antorchas: mercaderes, labriegos, soldados, mujeres faenadas y niños...

Al día siguiente, con el sol en alto y la ciudad en plena ebullición, un carro cargado con ánforas llenas de grano atravesaba las puertas de Ilión. No levantó ninguna sospecha, únicamente la sonrisa esporádica de un joven guardia dirigida hacia Imperia que, sentada junto a las dos hermanas, cubiertas con largas túnicas, conducía los pasos de los caballos. Sarko, a pie, tiraba de las bridas, arrastrando su cojera con un grueso bastón. Les acompañaba un hombre fuerte, de larga melena y barba rizada, mercader habitual. El cual, con su carro y la bolsa llena de oro, se ofreció a colaborar con gusto tal que no paraba de hablar.

Recorrieron Ilión mientras observaban las casas de bloques de piedra y gruesa arcilla. La ciudad se dividía en anchas calles que se abrían entre edificios de grandes columnas, alrededor del ágora y sus templos. Las esculturas y grabados de adorados dioses y grandes guerreros eran notables en toda plaza. La más impresionante de ellas era una bronceada estatua del poderoso Zeus, erigida entre unos grandes pilares de pura roca, apertura de la acrópolis y del amurallado jardín del palacio real.

—¡Dioses de machos! —murmuró Imperia.

—Nosotras bajaremos aquí —dijo Hipólita, dando un pequeño golpe a Antíope.

Imperia y Sarko la miraron sin saber qué decir.

—Os puedo acercar más a la acrópolis, ¿no es vuestro deseo adorar al gran Zeus? —preguntó el mercader.

—Sí, pero andamos cansadas del carro —contestó Hipólita—. Andaremos un poco y veremos de hacernos con provisiones para nuestro largo peregrinar. Gracias buen hombre.

—¡Tenemos las posaderas como panes! —exclamó Antíope, estirando el cuerpo y golpeándose las nalgas.

—Andaremos con cuidado, marchad pues y con la caída de la noche nos veremos en la salida. El viejo Sarko y su hija le ayudarán a descargar el grano —apuntó la divina reina.

Un tanto disconforme, Imperia fijó su vista en las dos hermanas que, con sus armas ocultas bajo el grueso lino, se dirigían sin prisa

hacia los muros del jardín. Mientras, el carro prosiguió su camino, internándose cada vez más en las ajetreadas callejuelas de la ciudad.

—Buena es la ayuda, pero debéis mostraros humildes pues el grano que llevo es para el palacio del rey —expuso el mercader.

—¿El palacio real? —preguntó la joven guerrera, alzando sus cejas con una sonrisa.

—Sí. Lo descargaremos en el almacén de las cocinas, conozco a la panadera. ¡Buenos bollos de rico pan prepara! —aseguró el mercader, con soltura.

Sarko e Imperia se miraron con una mueca de satisfacción conforme el carro cruzaba la concurrida plaza, junto al palacio.

Entre tanto, las dos hermanas paseaban al lado del jardín real, buscando el lugar y el momento ideal para saltar al otro lado del muro que lo rodeaba. Pasada una guardia de seis lanceros, en una esquina mermada por el tiempo y el descuido, Hipólita se agachó juntando las manos sobre la rodilla y Antíope saltó sobre la muralla, apoyando el pie en su hermana. Después colgó su brazo e Hipólita, agarrándose fuertemente, saltó también. En apenas un abrir y cerrar de ojos las dos habían saltado y se ocultaban entre los setos. Esquivando la guardia, recorrieron el lugar hacia un pequeño palacete, hogar de los monarcas.

Tras un largo trecho, la suerte les sonrió; el rey Ilio apareció ante ellas, no muy lejos. Hipólita hizo un gesto a su hermana y avanzaron al amparo de las sombras, entre los arbustos. El rey paseaba confiado, sin guardia, acompañado por su esposa Eurídice y su hijo Laomedonte.

—Me preocupa el cariz que está tomando la guerra entre las hijas de la luna —comentaba Eurídice, altiva dama de refinado vestir y ensortijados cabellos.

—Lo sé, mi quería esposa —apuntó Ilio, con desgana, desviando la mirada sobre las figuras del jardín, acercándose a una pequeña y sombreada pérgola.

—Cuando Iris domine los Tres Reinos de las hijas de la luna, volverán las antiguas alianzas con los aqueos. Aquellas que tanta tragedia trajo a su pueblo y que en nada nos beneficia... —aseguró Eurídice, con cierta preocupación.

—Sí, padre, ¿por qué involucrarnos en esta guerra? Las intenciones de Iris son crueles. ¿Es cierto que devoran a los desdichados que caen en sus manos? —preguntó el joven Laomedonte.

—Son leyendas, hijo... Aunque, de una forma u otra, todos nos devoramos si queremos seguir siendo —dijo Ilio, acercándose a los bancos de la pérgola.

—¿No deberíamos permanecer en todo caso olvidados de la tragedia? De poco nos ha de valer nuestra postura, pues los aqueos no

muestran respeto por alianza alguna: han arrasado cientos de pueblos, no dudes que ya fijaron sus ojos en Ilión —insistió la reina.

—Con las lluvias sin fin que azotaron sus tierras, se hallan mercados. Nada hay que temer, tardarán en ser lo que eran —aseguró Ilio.

—Las lluvias no han hecho más que agitar la colmena. Muchos han muerto, pero ahora parecen más y lo están asolando todo en busca de oro y glorias que renueven su temido poder. Zeus, conmovido, les ha devuelto a la vida. Llegará el día de la tragedia y entonces necesitaremos a esos jóvenes que ahora mueren olvidados en las tierras pónicas —apuntilló la reina.

—Quizás tengas más razón de lo que quisiera, pero las fieles a la reina Menalipa no tienen opción. La mella y el cansancio las apartará del campo de batalla más pronto que tarde. Además no olvidéis que esas mujeres varoniles, en especial aquella a la que llaman la Loba, siempre hostigaron nuestras caravanas sin piedad.

—¿Ainia? No será más peligrosa que los aqueos. El reinado de Menalipa se caracterizó por la tolerancia y la paz que trajo a esta tierra, con ella desapareció el pillaje que regresó ahora con la guerra. Observad Lesbos, cuna de amor y placeres y hoy fuente de conspiraciones y maldad.

—Los tratos con Iris son más ventajosos, de oro llenarán nuestras arcas y nos darán poder para resistir la ofensa aquea. No es una cuestión de gusto, sino de estrategia —insistió el rey.

—¿Y si cambiaran los vientos y favorecieran a Menalipa? —preguntó la reina, de forma aguda e interesada.

—Eso es imposible —aseguró Ilio—. Menalipa supo tejer noble y justa, pero nunca tuvo opción ante el poder de la fuerza bruta. De no haber sido su propio pueblo, al final hubieran sido los hititas o incluso los aqueos quienes hubieran devorado sus tierras. La ambición de los imperios no se frena con buenas palabras, sino con bravos soldados.

—El rey Huzzia y el pueblo hitita no representa peligro alguno. Son buenos comerciantes, además de gente de armas, y nuestra alianza se mantiene firme con ellos. Los aqueos, en cambio, no presagian nada bueno —apuntó Eurídice.

—Nuestro cometido es permanecer a bien con todos, vivir del comercio en esta frontera entre Oriente y Occidente. Además, Menalipa es esclava en el imperio de los faraones, no hay nada que hacer y nosotros debemos permanecer al lado del vencedor.

—¿Esclava? —preguntó asombrado el joven príncipe.

—Sí, hijo... —asintió el rey—. No es de nuestro interés estar al lado de perdedores y menos si estos son enemigos de Ática. Mi decisión fue la correcta.

—Quisiera creerte, pero no creo que los aqueos depongan sus intenciones ante nuestras premisas. Como bien has dicho, quien hace

imperio solo se detiene ante la humillante derrota del que bravo defiende su tierra —replicó Eurídice.

—¡Pero eso no es justo! —exclamó Laomedonte.

—La vida no es justa, ni injusta, hijo. Lo que no es justo para Menalipa, quizás sí lo sea para Iris. La meta solo es muerte que hay que alejar, vida que hay que gozar. El destino no está en nuestras manos, es regido por los dioses, ellos decidirán. ¿Qué podemos hacer nosotros, pobres mortales, contra tal designio? ¿Enfrentarnos a aqueos y faraones por defender a Menalipa? Nada le debemos —sentenció el rey Ilio, acomodándose en un banco cubierto por detrás con un seto.

—¿Es por ello que habéis olvidado la gracia de mi amada hermana? —preguntó Hipólita, suavemente, saliendo tras del seto y posando una afilada daga en el cuello del rey.

Sobresaltados, los monarcas quedaron en silencio, expectantes y temerosos. Hipólita arrojó la gruesa túnica que la ocultaba al suelo y templó la espada de Ares sin soltar la daga que amenazaba la vida del rey teucro.

—¿Quién eres? —preguntó sobresaltado el joven príncipe, ante el asombro de sus padres, que permanecían todavía con los ojos abiertos y la cara descompuesta por la tenaz sorpresa.

—¿Qué quieres de nosotros? ¿Oro? —preguntó Eurídice, temiendo por sus vidas.

—Verdad o muerte —sentenció Hipólita.

La reina descompuso su cara y se volvió para pedir ayuda, pero una afilada hoja de bronce la acarició el cuello, alzándole el mentón. Frente a ella se hallaba Antiope, que negaba con la cabeza mientras exhibía en la mano izquierda su mortal daga.

El joven príncipe, incapaz de asimilar aquella terrible realidad, avanzó hacia Antiope.

—Tomadme a mí en prenda, pero dejad a mis amados padres. ¿Qué queréis? ¿Quiénes sois que osáis amenazar la vida de mi reina y de mi rey? —preguntó ante el silencio de Ilio.

—Rey Ilio, de la bien amurallada Ilión, tú que permaneces en silencio: mi nombre es Hipólita, así pues bien sabes qué busco —dijo la divina reina.

—¡Hipólita, hija de Ares y Armonía! —exclamó Laomedonte.

—Ese es mi nombre. Pero dime, ya que tu cobarde padre no contesta, ¿por qué los hijos de Zeus luchan contra mis hermanas? ¿Es Menalipa esclava de faraones? —le instó.

El joven príncipe quedó mudo, sin querer contestar la penosa verdad de la que eran partícipes. Antiope apretó el bronce contra el cuello de la reina.

—Deja a mi amada esposa y a mi valiente hijo, pues si algo tiene valor en Ilión son ellos y nada tienen que ver en mis decisiones. Hablemos en paz. Te diré aquello que deseas saber y asumiré las consecuencias de mis actos, pero no les hagas mal alguno —rogó el rey.

Hipólita lo miró deponiendo ligeramente su actitud amenazante.

—Debéis comprender que no somos hombres de guerra, sino de comercio y que solo actuamos por el bien de nuestro pueblo, pues vivimos en continuo asedio —continuó.

—Aún no hemos decidido perdonar, ni tan siquiera nos hemos planteado tal acción. Y tus ejércitos bien dotados están para que afirméis tales palabras. Pero habla ya aquello que en verdad deseamos saber —le espetó Antíope.

—Deja pues que mi amada reina marche y mi hijo también —habló con firmeza el rey.

Tras unos momentos dubitativos, Hipólita asintió.

—Marcha reina de Ilión, pero tu valiente hijo mejor que permanezca a mi lado, cerca de mi espada por si decides volver en compañía —le contestó.

—No, me quedó aquí... Mi hijo, no —susurró angustiada la reina.

—¡Marchad! —exclamó Ilio.

Eurídice se alejó del lugar, apresurada, sin saber cierto qué hacer.

—No traerá a la guardia consigo, conozco a mi madre y si tiene una deidad esa eres tú —apuntó el príncipe—. Hasta nosotros llegaron las proezas realizadas contra los aguerridos aqueos, que de gloria os cubrieron en los confines del mundo.

—Tú madre no ha olvidado sus raíces —contestó Hipólita.

—¿Sus raíces? —se preguntó Laomedonte.

—¿Dónde está Menalipa? —insistió Antíope.

—En Egipto, más allá del Mar entre Tierras, hogar de faraones —aseguró Ilio.

Hipólita le observó seria, sin mover un músculo de la cara, sin parpadeo alguno. El príncipe, ajeno al peligro que corría, miraba encantado el rostro de aquella diosa de carne y hueso que mantenía en una mano la afamada espada de Ares. Ella le observó, profundizó en su mirada inocente y la nobleza que demostraba, y por un momento le recordó a Íbero.

—Entonces, si está en la tierra de los faraones, ¡se halla a salvo de esta guerra! —exclamó Antíope, complacida en cierta forma.

—Sí, el enviado del mismísimo Ahmose, dios del Imperio Egipcio, selló su trato con Iris de Lesbos. Vuestra hermana no sufre daño alguno. Menalipa fue vendida por cien cofres de puro oro al gran faraón, que preso de su belleza, nobleza y sabiduría quiso hacer de ella su esposa —aseguró Ilio.

—¿Vendida? —preguntó Hipólita.

—Las presiones de los hijos de Atenea son cada vez más fuertes, solo las alianzas que mantenemos con los grandes de Oriente nos permiten mantenernos a salvo de sus ambiciones. Si no fuera así, Ilión estaría condenada ante las fratrias aqueas. No tuve más opción —aseguró el rey, tragando saliva, tratando de justificar sus acciones.

—Sí tenías otra. Pero no el temor ni la preocupación, sino la codicia te vence. Dispones de aguerridos soldados y poderosos aliados, siempre te podrías haber negado a ser parte de un trato tan infame, no dudo que gran botín te provocó. No eres más que un miserable, ávido comerciante de riquezas ensangrentadas... Mereces la muerte —sentenció Hipólita, con rotundidad y templó su espada de muerte alzándola sobre él.

—¡No! —exclamó la reina Eurídice.

Descompuesta y con prisa apareció con una forzada sonrisa y dos vasallos que portaban infusiones de menta y bollos de trigo recién horneados; y, junto a ella, Imperia. Asombrada, Hipólita bajó la espada, alzó su ceja derecha y fijó su mirada en la joven guerrera, exigiendo una respuesta en silencio.

—Sarko está en la cocina, degustando la pitanza. La reina me ha invitado a unos bollos calientes. ¡Están deliciosos! Sabéis, el grano del mercader era para el rey —dijo Imperia, saboreando uno de aquellos panes, ante la mirada atónita del Hipólita y Antíope.

El príncipe se sorprendió al ver a la joven guerrera y quedó encandilado con su porte y belleza. Sin mostrar el más mínimo respeto por los monarcas teucros, Imperia se sentó. De pronto, dejó de comer, les miró y chasqueó la lengua.

—¿Por qué están todavía vivos? —preguntó en voz alta.

—Hemos decidido unirnos a vuestra causa, hace tiempo que lo pensamos —apuntó apresuradamente Eurídice al oír aquellas palabras de muerte, levantando su rostro y fijándolo en el de Hipólita—. Repararemos el daño causado, no se bien cómo... ¿Quizás con oro y hombres?

—Eres hábil en la diplomacia. Pero, ¿hablarás de oro y hombres mañana con Iris? —le preguntó Hipólita.

—Nunca fue de mi agrado este conflicto. Siempre estimé la labor de la reina Menalipa y en ello estaré para resolver lo que en mis manos pueda... ¡Creedme, pues con el corazón hablo y nunca argucia alguna usé en la razón!

Hipólita, en silencio, escuchó a la reina, mientras se acercaba a ella. Sabía que con tales palabras intercedía por salvar la vida de su esposo y la de su hijo: en sus ojos poblados se leía la clemencia, la piedad implorada.

Ilio esperaba de un momento a otro el golpe de la venganza que acabara con su vida, albergando la esperanza de que su sangre calmara la sed de la divina reina. Serio y mudo, asentía de forma leve las palabras de su amada. Por el contrario, el joven príncipe pensaba que la tensión y las diferencias se diluían con las palabras de su madre y el silencio de Hipólita.

—Y tú, ¿quién eres tan gallarda y hermosa? —preguntó Laomedonte, con cierta curiosidad, dirigiendo su mirada sobre Imperia, ajeno al dolor y la ira que la joven arrastraba en su corazón.

Imperia depositó el bollo de pan sobre la mesa y se quedó mirándole. La joven guerrera se levantó rápidamente, alzando al aire su daga contra él.

—¡Alto, Imperia! —exclamó Hipólita, frenando el mortal golpe—. Los reyes de Ilión se han ofrecido para favorecer nuestra causa y ello nos conviene, respetaremos sus vidas mientras así sea —apuntó, mirando fijamente a una complacida Eurídice, que suspiró y bajó sus párpados agradeciendo a los dioses tal decisión.

Imperia quedó inmóvil por un momento, con la daga a un palmo del rostro del joven príncipe. Luego, bajó lentamente el brazo. Con una mirada, le perdonó la vida.

—¡Yo os llevaré hasta Ainia! —exclamó Laomedonte, sin apartar la vista de la joven guerrera—. Sé cómo llegar hasta las montañas donde se esconde. Ella sabrá bien cómo llegar hasta Menalipa. Y sino, yo mismo os acompañaré en su búsqueda hasta la tierra de los faraones.

—¿Te ofeces a acompañarnos? —le preguntó Hipólita, con cierto asombro.

—Mi hijo, no. Es muy joven y no sabe nada de estas cosas —rogó Eurídice—. ¿Cómo va a llevaros hasta Menalipa si no ha estado nunca en Arzawa, ni sabe donde se halla Egipto? ¡Por favor, solo es un niño! Dejadle conmigo, os proporcionaremos los mejores hombres, caballos, pero permitid que mi hijo se quede a mi lado.

—¡Madre! ¡Qué estás diciendo! ¡No soy tan niño como piensas! ¡Dejadme ir y demostrar que Ilión no está al lado de Iris! —exclamó el joven.

—Es posible que tu hijo no me favorezca en mucho para rescatar a Menalipa, pero no le falta valor. Y es bien seguro que su compañía hará que tu rey cumpla la palabra dada. Pues si bien en tu persona confiaría mi vida, en la suya no fiaría ni la del enemigo —apuntó Hipólita.

—No creo que sea hombre de honor para cabalgar al lado de la divina reina, solo es un niño mimado que ansía los cálidos brazos de su madre —dijo Imperia, dirigiendo sus palabras al príncipe y provocando su ego.

—¡No dudes de mi valía, ni hacerme sentir mal pretendas! ¡Yo bien sé quien soy, nadie ha de decidir por mí! ¡Y menos tú, que confundes el honor con la sangre! —saltó el príncipe.

—Tú, cobarde como tu padre, solo merecéis muerte por servir a Iris y lanzar vuestros soldados contra mi reina Menalipa —le espetó Imperia clavando con fuerza desmedida su daga en la madera de la mesa.

El príncipe, indignado, se dirigió a los vasallos que portaban las infusiones, que sin otra orden, allí seguían en pie, mientras se iban acercando algunos guardias alertados por la inusual situación.

—Armad mi carro de guerra y que mi guardia se prepare para marchar con urgencia, pues partiremos de inmediato con la divina Hipólita —ordenó.

—¡Hijo! —rogó Eurídice.

El príncipe se acercó a ella y la abrazó.

—Yo demostraré quien soy. Tú, con tu actitud, ya lo has hecho. Lamento que tan joven y hermosa no albergues más que odio en tu corazón —dijo, posando la vista sobre Imperia.

Ella quedó en silencio y le miró fríamente, confusa y sorprendida por tales palabras. Tomó de nuevo su daga, apretó la empuñadura con fuerza y deseó hundirla en el pecho de aquel joven.

—Marchemos pues, dejad ahora vuestras desavenencias, tiempo habrá de que cada cual demuestre quién es y su valía —exigió Hipólita poniendo fin a la inesperada trifulca.

—Podemos marchar cuando gustéis, mi señora —aseguró Lao-medonte.

—No, no os lo llevéis, por favor... —suplicó Eurídice de nuevo, con temor, en vano, mientras el rey Ilio la tomaba por la cintura evitando que saliera tras su hijo y las tres guerreras.

—Tu hijo está en buenas manos. Yo también soy madre y sé el temor que os conmueve. No temáis por su suerte, pues la suya será la mía... Y la vuestra, tenedlo presente. ¿Algo más que deba saber? —le preguntó Hipólita.

—Mucho se habla del oro de los faraones fuera de estas murallas, pero nada llegó a Ilión. De nosotros no tenéis nada que temer, sino de la codicia de los aqueos que ya tardan en llegar tras el paso de las doradas barras. Pero, os lo suplico de nuevo: ¡devolvedme a mi hijo, pues no es suya esta guerra a la que pretendéis llevároslo! —insistió Eurídice, posándose de rodillas.

—Desde el momento en que Ilión atendió a Iris y vertió una sola gota de sangre de mis hermanas, hicisteis suerte y presa en esta guerra —le contestó Hipólita y se volvió para marchar.

Cayendo la tarde, las valerosas guerreras y Sarko salieron de Ilión atravesando las anchas calles de la polis, acompañadas por el príncipe Laomedonte y con una guardia de honor, que marchaba sobre carros de guerra de dos ruedas tirados por hermosos caballos blancos. Pronto corrió la voz: la divina Hipólita estaba en palacio, la guerra con las hijas de la luna había acabado. Iris no contaría con más teucros como mercenarios, volvían los hijos de Ilión a su hogar. Una explosión de júbilo recorrió el ágora.

Alejados del jolgorio que la presencia de Hipólita y la buena nueva habían provocado, Ilio y Eurídice tomaban aliento y bebían hierbabuena temiendo por la vida de su hijo.

—Nunca debiste ayudar a Iris, por mucho oro que nos prometiera. Ya puedes apoyar en firme a la divina Hipólita, pues si es vencida no sé qué será de nuestro hijo —sollozó la reina.

—La política y los negocios son así y sí, ahora tenemos que cambiar de socios pero sin alterar en demasía nuestras fuerzas, no debemos perder ese oro. ¿Quién podía esperar que la divina Hipólita fuera tan real como su espada y que hasta aquí llegara? —se lamentó el rey.

—No pienses en más negocios, ¿acaso pretendes que Laomedonte no regrese vivo? Hipólita cumplirá su palabra: respetará su vida mientras nosotros mantengamos la nuestra.

—Esto nos traerá más conflictos con los aqueos...

—Ninguno que no tengamos ya, ¿o acaso pretendes ignorar que desean nuestras riquezas? —apuntó la reina, tragando saliva y apenada por la suerte de su hijo.

—Si Laomedonte pudiera escapar...

—¿Escapar? ¡Pero si cree que parte como aliado, ni se la ha ocurrido pensar que solo es rehén de esas bravas mujeres!

* * *

Decenas de cuerpos amputados por el frío metal sembraban aquella vaguada de muerte. Ojos enrojecidos por la furia, lloraban la desesperación del alma herida. Dientes apretados con fuerza, rechinaban el dolor del cuerpo por caer. Entre horribles gritos que estremecían el cielo y el corazón, una brutal batalla teñía de rojo las hermosas playas del Euxino.

Vestidas de muerte, las hijas de la luna luchaban sin tregua contra una columna del ejército mercenario de Iris. El ardor de estos hombres, en busca de gloria y riquezas, se fundía como la cera de una vela ante la espesa sangre que brotaba de sus heridas. Habían sido sorprendidos en un batalla desconocida para ellos, por un ejército sin temor ni piedad. Eran atezados por la mortal saeta en la distancia y

brutalmente diezmados por diferentes cargas de caballería en los flancos de su desorganizada columna.

Álgida la batalla, el despiadado impacto de un poderoso labrys partió el resplandeciente peto del más laureado de los mercenarios, un capitán tracio. Cayó arrodillado, con la mirada perdida y la vida en agonía, rasgando con los dedos la arena y llenando sus uñas de rojo lodo. La cabeza le rodó al paso de una larga espada por su cuello. El bronce que cubría su cuerpo, golpeado por el pie de la guerrera que le dio muerte, resonó con fuerza en el suelo al oído de sus hombres. La batalla cesó por un momento. Los guerreros fijaron sus ojos inquietos en aquella mujer de fría mirada y larga melena, rubia y de mechclas rojas sus puntas.

—¡Es Ainia, la Loba de las estepas! —gritó uno, y todos dieron un paso atrás.

La gallarda guerrera se irguió sobre el cadáver del capitán, posando su pie en el pecho derruido. Sus largos cabellos ondeaban al aire acompañando el viento y sus grandes ojos negros se clavaban en sus enemigos, temerosos de su furia. Alzó su puño mostrando la cabeza del mercenario, que aún mascaba los dientes sin sentido, y la lanzó sobre ellos con desprecio.

—¡Ahí tenéis el oro y la gloria que buscáis! —exclamó con fuerza.

Ainia había sorprendido y aniquilado gran parte de la columna de mercenarios, minando la moral de aquellos hombres que solo las conócían de dichos y leyendas: Ainia la Loba, reina de las estepas sin fin.

—¡A ellos, no dejéis alma alguna escondida en carne prieta! —gritó con fuerza la Loba.

El ejército de Iris, parapetado tras grandes escudos de madera y pieles curtidas, vio rodar hasta sus pies la cabeza de su capitán. Con las lanzas en alto, pisando sobre las entrañas de sus muertos, envueltos en un lodazal de sangre, sin saber qué hacer ante tal avalancha de muerte; esperaban una señal, una orden, mientras el temor se apoderaba de sus cuerpos.

—¡A por ellas, por todos los dioses, no son más que mujeres! —gritó un soldado hicsu y, rompiendo la formación, corrió dando al aire fuertes golpes de lanza.

Los desorientado mercenarios dudaron y se miraron entre ellos. Luego, le siguieron apresuradamente, con las lanzas prestas y gritando con rabia incontrolada. Dirigieron su ira contra una nutrida formación de arqueras, lanzando gritos terribles que no contenían la mortal avalancha de dardos de las hijas de la luna.

De pronto, las guerreras desaparecieron entre los altos árboles y la bruma del bosque y resonó un terrible grito. Sobre el costado del maltrecho ejército cayó, a galope, una nutrida caballería de terribles

hachas y afiladas espadas. Tembló el suelo, saltando la arena y la sangre con el crujir del brutal choque. Las lobas de Ainia deslizaban con arte mortal sus armas sobre un ejército vencido y humillado, amputando la vida de aquellos soldados ávidos de gloria y riquezas.

Ainia se erigió victoriosa, como en tantas otras batallas, desterrando sueños de grandeza y sembrado pesadillas de horror entre sus enemigos. Con la cara manchada de sangre y su cuerpo empapado en sudor, observaba en silencio como huían los que no deseaban morir en sus manos. Sus guerreras la observaban con orgullo, todas la respetaban y muchas la temían. Se trataba de la salvaje loba que dominaba las estepas sin fin del Euxino, donde ningún ejército ni rey se había atrevido a domar la tierra y a sus gentes. Hija de la divina Cibeles y discipula de Armonía, había segado cientos de vidas; su destreza en combate era única entre los más grandes de los guerreros.

Paseó abriéndose camino sobre los muertos, a pie, guardando la espada en la vaina argétea de su espalda, meciendo su labrys. La batalla había terminado.

—Que sean atendidas nuestras hermanas heridas —ordenó Ainia a sus capitanas: Equidna y Antianira, ambas fuertes mujeres de aspecto cobrizo, ojos rasgados y largos cabellos negros, vestidas de pardos cueros y adornos felinos.

Una mujer envuelta en suaves telas de lino se le acercó. No vestía de guerrera, no portaba arma alguna. Su nombre era Andrea, una atlante de noble cuna, sobreviviente de la caída de Atlas, tímida y atractiva, no muy alta, tenía el cabello ondulado, castaño como sus grandes ojos. Gozaba del respeto de todas, como autoridad magna al servicio de la reina Menalipa.

—¿Qué haremos con los mercenarios heridos, no podremos atenderlos sin poner en riesgo nuestra situación? —preguntó.

Ainia la miró con cierta cara de asombro ante sus palabras. Luego, de forma indiferente, giró su rostro al horizonte.

—Equidna, Antianira, que el aliento de esos machos agónicos no siga envenenado el aire que respiramos, la brisa de nuestra tierra —ordenó.

Andrea, estirando su rostro, calló. Nunca se atrevería a contravenir una orden de Ainia, una mujer a la que apreciaba tanto como a su vida. Menos ante sus indómitas lobas. Pero no le apartó la mirada de los ojos, expresándole su disconformidad por tal acción.

—Son mercenarios, asesinos despiadados. Solo el oro y la ambición les obligó a venir a esta tierra a verter nuestra sangre. No solicites piedad, ni llores por sus vidas; degollaron a muchas de las nuestras tras cazarlas como perras y humillarlas. No me pidas clemencia para esos miserables que ni a sus madres respetan —se justificó Ainia.

Luego, se alejó buscando un puesto elevado y se sentó sobre una roca, entre los muertos, escuchando en el susurro del viento los golpes de muerte sacudidos por Equidna y Antianira, los agónicos gritos de los mercenarios heridos, uno tras otro, ejecutados sin prisa ni piedad.

Andrea se sentó a su lado, encogiéndose y bajando los párpados con cada lamento apagado. Ainia pasó su brazo sobre ella consolando su pena y la acarició con ternura. La atlante irguió el rostro, pero permaneció sin decir palabra hasta que la última guerrera caída fue enterrada y el último enemigo vivo fue muerto.

—Es terrible... No hay tragedia mayor que la horrible guerra —susurró Andrea.

—Solo hay algo más trágico que contemplar el horror tras la batalla: haberla perdido. Da gracias a Artemisa, pues esta terrible tragedia es nuestra victoria —apuntó Ainia.

—Volvamos, pronto correrá la voz de esta nueva gesta. Los capitanes exclamarán venganza e Iris mandará a por nosotras, debemos movernos con rapidez —aseguró Andrea.

—Regresemos a las montañas, allí estamos a salvo de sus ejércitos de oro y paja —respondió la Loba de las estepas.

EL PODER DE LESBOS

Rodeada por las aguas del mar Egeo, la isla de Lesbos se alzaba entre dos golfos: el pequeño Gera, atraque de bulliciosos mercantes y pesqueros; y el gran Kalloni, en cuya costa se encontraba un pequeño templo de culto a Artemisa. Lesbos se erigía en la costa este, se trataba de una hermosa ciudadela de estrechas callejuelas empedradas y casas blanquecinas. Carecía de amuralladas defensas pues no había gloria, ni oro que defender; ni gentes que someter. Nada llamaba la atención de ojos conquistadores, que veían en ésta una tierra de cabras y un seguro refugio ante las tempestades. La mayoría de sus habitantes eran mujeres ociosas del trabajo y sus hijos. Entre los hombres destacaban, en su mayoría, pacientes pescadores.

Cercano a Lesbos, en el norte de la baja y escarpada costa, frente a unos islotes de pura roca habitados por escandalosas gaviotas y rodeados de temibles tiburones, se erguía un pequeño palacete de anchos salones, decorados de grabados épicos; donde el silencio solo era roto por el constante azote de las olas. Por los pasillos de fina talla paseaban mujeres de noble condición, aderezadas con hermosas alhajas de Occidente y telas preciosas de Oriente; guardadas por bravas guerreras, vestidas de cuero, lanza y malla de bronce. Desde la terraza principal se podía distinguir con facilidad la costa de Anatolia, incluso cuando el mal tiempo pretendía ocultarla a los ojos más diestros.

Aquella mañana, el sol parecía negarse a recibir el nuevo día, densas nubes cubrían el cielo y la aldea de Lesbos permanecía tranquila entre la bruma. Sus estrechas calles estaban desiertas, solo la magna presencia de una imponente estatua, alzada en devoción a la cazadora Artemisa y situada en una pequeña plaza, cruce de caminos, llenaba aquella soledad.

El humo de las chimeneas, la llama inquieta de las teas en los ventanales y las risas del despertar delataban una agitada vida. El olor a pescado volteado en espelta y frito en aceite de oliva envolvía cada

hogar: era la hora del almuerzo. En aquellas pequeñas casas de adobe y madera, pintadas de blanca cal y de floreadas balconeras; entre pescadoras y cabreros, artesanas y broncistas, vivían las temibles mujeres de la Guardia Real de Lesbos, que vigilaban la suerte de su reina Iris. Y su centro de reunión era aquella taberna de oyo abundante situada frente al mármol blanco de Artemisa: Sympnio.

—¡Ermis, más oyo! Mis valientes necesitan un buen trago. ¡Y trae más pulpo! ¡El frío arrecia y el día se presenta gris! —exclamó Deyarina, sentada en un taburete y acompañada a la mesa por sus guerreras.

Era la comandante de la Guardia Real de Lesbos, respetada capitana que batalló en Atlas junto a la reina Mirina. Una mujer fuerte, inteligente y de mucho carácter. Su mirada azul celeste resultaba tan penetrante como afilada su espada. Una larga melena negra cubría sus hombros y ocultaba la marcada cicatriz que cortaba, de arriba abajo, su ceja izquierda y parte del pómulo. Bajo sus órdenes, el ejército de Iris había derrotado a las tropas de Menalipa en Lesbos y Arzawa. Sus batallas no conocían derrota... Solo Atlas, donde la espada de Ares marcó su cara.

—¡Ya va! ¡Ya va! —contestó Ermis, agitando su corta melena roja, con una sonrisa apurada mientras llenaba numerosos cuencos de licor, mascando un tallo de regaliz que llevaba de lado a lado de la boca. Kivell, su compañera, andaba entre las mesas sirviendo sabroso pulpo asado y pescado rebozado a una hambrienta clientela que no hacía más que exigir. Se acercó a Deyarina, le sirvió un trago de oyo y recogió el largo cabello de la comandante hacia atrás, limpiando su cara.

—¡Que manía de ocultarte el rostro! ¡Con lo hermosa que eres! —le exclamó—. Te veo inquieta, ¿aguarda un día duro?

En ese momento, el silencio roto por numerosos cascos de caballo, resonando en las calles de piedra, atrajo la atención de las mujeres. De los cálidos hogares salieron, expectantes, algunas mujeres y hombres, que mostraban su respeto inclinando la cabeza y quedaban inquietos a su paso, observando con temor. Se trataba de la majestuosa Mantis y de la temida Empusa, seguidas por cuarenta guerreras de la Guardia Real de Temiscira.

—Sí, mi querida Kivell, ¡me espera un día muy duro! —respondió Deyarina, saliendo de la taberna—. ¡Vamos! ¡Rápido! ¡La visita llegó!

Mantis, tras la caída de Menalipa, se erigía en Temiscira como reina madre, suprema de las hijas de la luna. Era de gran porte y generosas carnes, mecía largos cabellos casi blancos, rubio platino, y poseía unos ojos verdes inquietantes, grandes. Le gustaba lucir largas sedas de tonos verdes, traídas de Oriente, que acariciaban su cuerpo de mujer acompañadas de valiosas joyas. Disfrutaba cada momento que vivía y raramente se alzaba en batalla alguna, para ello tenía a la

Guardia Real: las mejores guerreras de los Tres Reinos guardaban sus pasos.

Empusa, reina de Tribada, era la menor de las hermanas y la más temida por las historias de sangre que la rodeaban. Su estilizada figura y su singular belleza la hacían especial; le gustaba llevar el pelo corto, de punta y tintado su rubio de tonos verdes con destellos azules. Vestía ajustados ropajes de guerra; armada con una poderosa espada oriental, tallada en su empuñadura con una calavera, siempre se hallaba dispuesta para presentar batalla. Despertaba horror entre los hombres, pues los dichos aseguraban que se alimentaba de la sangre de sus amantes; y no hacía más que despertar los miedos su silencio, pues, nacida sin voz, apenas podía lanzar inquietantes silbidos por sus sinuosos labios.

Desde la terraza del palacete, una mujer de esbelta figura y porte magno las observaba acercarse, golpeando suavemente con los dedos la baranda de piedra. Su largo cabello, negro como el ébano, con destellos turquesa, invitaba a ser acariciado, a ser amado. Se trataba de la reina Iris de Lesbos. Se puso encima una larga túnica púrpura imperial y se calzó con unas sandalias adornadas de correas doradas. Luego avanzó decidida hacia la sala de armas, se sentó al lado de la chimenea que caldeada la estancia y resopló extendiendo la mano.

—Mi señora, han llegado antes de lo previsto —apuntó Deyarina, entrando con respeto y premura en la sala.

—¡Hazlas pasar!

Sin apenas terminar sus palabras, Mantis y Empusa irrumpieron en la estancia.

—Veo que os encontráis muy bien, mis queridas hermanas. Sentaos y descansad de vuestra fatiga. El viaje debe haber sido penoso. Bebed cuanto os plazca —dijo Iris, recibíendolas con una extensa sonrisa.

En una mesa redonda, los sirvientes habían dejado jugos de fruta, caldo caliente y vino.

—Largo es el camino, espero merezca la pena escuchar tus palabras. Pero también que no traigan más esfuerzos a mis arcas, pues de ello quiero hablar —le espetó Mantis, un tanto disgustada—. ¿Y qué prisas son esas que mañana mismo hemos de zarpar?

Empusa quedó en pie, una mirada profunda bastó como saludo.

—Sentaos —insistió Iris—. Probad este aperitivo que mandé traer, el almuerzo estará pronto servido: una sabrosa dorada bañada en salsa de ajo y perejil.

—Suena bien, hermana. Sabes cómo tratar a una reina y ganar simpatía —apuntó Mantis. Luego, besó las mejillas de Iris y se sentó, colmando un cuenco de caldo caliente.

—Por el arte del amor y de la cocina se conquistan mil reinos, más que en batalla alguna —afirmó Iris riendo.

Empusa, fría como un tímpano, se sentó sin más; y, estirando su espalda hacia atrás, extendió sus brazos y abrió las manos mirando a Iris, pidiendo una explicación.

—Éramos solo unas niñas cuando nuestra amada madre cayó bajo la espada de Ares, en manos de la traidora Hipólita —dijo Iris, sin poder ocultar su despecho—. Con la llegada de Menalipa al trono, apoyada por la Loba, pasamos de ser altivas princesas a repudiadas desheredadas. Fuimos maltratadas, injuriadas y despreciadas por nuestras propias hermanas, las hijas de la luna.

—Sí, nuestros sueños cayeron en el campo de batalla sin alzar espada alguna —afirmó Mantis—. Con la muerte de nuestra madre el todo se convirtió en la nada, polvo en aire que arrastró el viento ante nuestra desesperación. Pero todo pasó...

Empusa hizo un gesto claro de impaciencia, con la palma de la mano hacia arriba y un pequeño silbido que salió de su boca.

—¡Mi pequeña víbora! ¿Aún sigues disfrutando de tus juegos prohibidos? ¡Hasta aquí llegan las noticias de tus orgías de sangre! —exclamó Iris, cambiando el tono de su voz, conforme los sirvientes disponían la comida en la mesa—. Tranquiliza el ánimo, disfruta del almuerzo...

—¿Qué sabes de Esmirna? —preguntó Mantis.

Empusa alzó los ojos, mostrando gran interés en la respuesta.

—¡Tu hermana sigue indiferente a nuestros designios! —exclamó Iris, perdiendo el humor.

—¡Vamos, Iris! ¡También es tu hermana! —contestó Mantis.

—¡Rechazó nuestra alianza y nos llamó perversas! ¡No merece mi tiempo!

—Sin su silencio no podríamos haber recuperado el poder. Recuerda bien que es dueña de Abasa. En verdad no le interesa mezclarse en nuestras argucias, no teníamos nada que ofrecerle —comentó Mantis, tratando de justificar la posición de Esmirna.

—¡Es nuestra hermana! ¡Debió unirse solo por vengar a nuestra madre! —gritó Iris.

—¡Vamos! Nunca fue la preferida de Mirina y, quizás, por ser nuestra hermana, en nada ayudó a Menalipa ¿Acaso no lo has pensado? Con su poder podría movilizar el ejército hitita y aplastarnos cuando quisiera.

—Eso debía haber hecho con la Loba... ¡Pero ya, de una vez!

Empusa tomó la muñeca de Mantis, apretándola, y, con un gesto, pasando la mano de lado a lado en paralelo, como si diera un gran corte, detuvo la conversación de sus dos hermanas. Miró a Iris y volvió a extender sus manos abiertas, abriendo los ojos exageradamente y encogiéndose de hombros, pidiendo explicaciones por su llamada urgente a Lesbos.

—Sí, dejemos a Esmirna con sus malditos léleges —dijo Iris. Luego, se sirvió un cuenco con jugo de arándanos y dio un sorbo—. Tras una década en la sombra, la estirpe de Mirina se alza de nuevo entre las hijas de la luna. Quiero agradeceros vuestro apoyo en la recuperación de aquello que nos correspondía por derecho: Lesbos, Tribada y Temiscira son gobernadas al fin por sus reinas legítimas, como siempre debió de ser. No ha sido fácil, pero el oro de los faraones nos lo puso al alcance. Ese oro es nuestro poder.

—Sí, fue todo un detalle que el faraón se fijara en Menalipa y que te ganaras la voluntad del rey Ilio, seguro que no fue con una dorada —apuntó Mantis sonriendo maliciosamente.

Empusa lanzó una ronca carcajada, seguida de un pronunciado silbido.

—Fue muy fácil convencerle, no es buen amante. ¡Desconoce tantas cosas! —apuntó Iris—. Ese oro nos ha hecho reinas respetadas, pero también puede llamar la atención de ojos ambiciosos.

—¿Y...? —insistió Mantis.

—Por eso os hice llamar a las dos. He decidido que el oro ha de marchar a Tribada, donde estará a salvo, y una parte a Temiscira. Si se corre la voz, aquí es botín fácil en aguas revueltas.

Mantis abrió los ojos como nunca y sonrió como siempre. Empusa, por el contrario, no prestó mucha atención, sino que fijó su vista en Deyarina que se acercaba rápido hacia ellas. La comandante cruzó marcial la terraza, acercándose al oído de Iris. La reina cambió su rostro al escuchar, cerró los ojos, apretó los puños y se alzó con rabia.

—¿Cómo es posible que no podamos acabar con esa agónica mujer? ¿De qué nos vale gastar oro con mercenarios que se muestran incapaces de abatirla? —gritó furiosa, lanzando con fuerza su cuenco de dulce jugo de frutas silvestres contra la pared de la sala.

—¿Ainia, de nuevo? —preguntó Mantis.

—Ha vuelto a escapar, es increíble... —dijo Iris, relajando la voz, con una muestra clara de decepción e impotencia.

—Deberías olvidar a esa brava.

—No puedo, esa mujer me consume.

Empusa observaba en silencio, prestando atención. Terminada la dorada, se sirvió un cuenco de aromática menta y regaliz y se apoyó junto a la chimenea.

—Tus mercenarios abusan y humillan a amigos y enemigos, se están haciendo con nuestra tierra ante tu desidia por destruir a Ainia. Más nos vale dejadla galopar por las extensas praderas de Oriente, en nada nos atañen sus acciones, ni su vida más allá de Euxino. Es reina de las estepas sin fin, donde ni hay oro, ni riquezas que merezcan nuestra atención —expuso Mantis.

—No seas inocente, mi querida hermana, mientras la Loba cabalga, existirá la posibilidad de que las hijas de la luna se rebelen contra nuestra voluntad. No debemos permitir que nadie dude de nuestro legítimo derecho al trono —espetó Iris.

—Comandantes y capitanes dirigen ejércitos en nuestras tierras que reclaman cada día más riquezas para sus dioses y reyes. Reflexiona en este punto: un día nada lejano serán nuestros enemigos. Des hazte de los mercenarios y olvídate de Ainia. Afianza tu reino, el tiempo y el olvido la debilitará y nos hará fuertes —apuntó Mantis, como consejo sabio.

Iris se acercó a ella, meditando aquellas palabras. Luego, se dirigió hasta el ventanal, desde el que se veía la costa de Anatolia, suspiró con fuerza y se volvió.

—Hermana, ¿de qué nos vale ser reinas si no disponemos de autoridad magna? —le preguntó—. ¿De qué nos vale ser valedoras divinas de un reino de quimeras que tiembla ante una mujer? ¿Cómo vamos a conseguir respeto y gloria si permitimos que la Loba viva?

—¿Respeto y gloria? ¿Qué quieres decir? —preguntó Mantis.

—Alcemos nuestras ciudades como grandes reinos, favorezcamos a aqueos, teucros e hititas. Que vean en nosotras grandes aliadas, que nuestras fortalezas sean hogar de descanso para sus ejércitos y comercios, que nos reporten grandes tributos para nuestras arcas. Lesbos, Tríbada y Temiscira serán pasos marcados en las rutas de comerciantes, guerreros y gentes. Nuestro pueblo crecerá fuerte y rico. ¿Qué ejército se alzaría contra nuestras ciudades cuando contamos con la simpatía del gran faraón? ¿Siendo aliados de Ilión? ¿Quién osará a enfrentarse a aquellas que tienen por amigos a los bravos hijos de Ate-nea? —arengó Iris, levantando su puño con palabras contundentes, llenas de ambición.

—¡Aqueos! —exclamó Mantis, a la vez que Empusa fruncía sus cejas con ojos sorprendidos y un claro gesto de desprecio.

—Sí, ya sé. Ahora son nuestros enemigos, pero eso puede cambiar. Pronto serán imperio y nos vendrá bien permanecer a su lado, son grandes guerreros y hombres sabios que sabrán reconocer nuestro dones —añadió Iris, justificando sus palabras.

—Hablas de los hijos de Atenea con demasiada alegría, témelos pues nos persiguen sin tregua —apuntó Mantis.

—Recuerda que nuestra amada madre buscó aliados, oro y gloria para hacer de Tríbada una gran polis comparable a la más altiva de todas y pensó en ellos —expuso Iris, contrariada por las palabras de su hermana.

—¡Y murió! ¡Pagó con la vida sus ambiciones! Los hijos de Ate-nea no serán nunca nuestros aliados, cazan y persiguen a las nuestras

allá donde pueden, pues nos temen como mujeres libres. ¿Cómo puedes esperar de ellos alianza alguna? —le preguntó Mantis.

—No todos son así, lo sé. Además, el oro lo puede todo, mis queridas hermanas —contestó Iris, de forma contundente.

—De los aqueos ninguno regresó con vida de aquella expedición a los confines de las tierras conocidas, donde Mirina aseguraba se hallaba el reino de oro y argénteo de los hijos de Poseidón. Temo por ti, mi amada hermana, pues veo en tus actos la desmedida ambición que llevó a nuestra madre a la perdición —apuntó Mantis.

Iris se acercó a una pequeña mesita, en ella una jarra de vino dulce rebosaba. Llenó una copa de fina talla; y dos más, ofreciéndoselas a sus hermanas.

—Abre los ojos, nuestros enemigos son nuestros aliados y nuestros aliados serán nuestros enemigos. Solo queda sobrevivir a las guerras que acontecerán. Los reinos de hombres chocarán, sobrevivirán los más fuertes, los más bravos y esos son los hijos de Atenea —apuntó Iris.

—¿El exilio en Micenas te ha hecho amiga de los aqueos? Si hubieran descubierto quien eres, estarías muerta. O peor aún, serías vulgar parturienta en el lecho de un creído macho.

—Viví en Micenas por cierto tiempo y descubrí el poder del pueblo aqueo, la grandeza de sus leyes y el poder de sus ejércitos. Y ten por bien cierto que teucros e hititas no son menos orgullosos que ellos; y que también tienen por siervas a las mujeres de su pueblo —contestó Iris.

—No. Con ellos podemos convivir como reinas, con los aqueos seremos lacayas.

—¡Solo es lacaya aquella que teme la libertad! ¡Entre nosotras y entre los aqueos! —exclamó Iris—. Nobles y valientes mujeres viven en Ática, como señoras, y todas morirían por su tierra, por sus hombres y sus hijos. Quizás sea razón de que no les vaya tan mal la servidumbre en que, te obstinas, viven, mientras los machos se matan lejos de su hogar.

Iris se acercó a Empusa y le puso la mano en su hombro.

—Y tú, ¿qué opinas? —preguntó.

Empusa negó con la cabeza, la miró a los ojos y se dio la vuelta. Su esbelta figura recorrió la sala hasta la puerta.

—Necesito vuestros ejércitos. Las lobas de Ainia combaten con valor y destreza, al contrario que las jóvenes que recluto en Arzawa —continuó Iris.

—Las guerreras de Temiscira y Tribada no volverán a los campos de batalla. Es mi voluntad que así sea —aseguró Mantis.

—¡Ordénales luchar, eso deberías hacer! —exclamó Iris.

—¿Enfrentar de nuevo a las hijas de la luna? No es designio favorable para mantener el poder. Sigue usando mercenarios para acabar con las que duro resisten o manda a la batalla a tus siervas... ¡Olvídate de Ainia! ¿O acaso pretendes sembrar nuestra tierra de mercenarios aqueos? —le recriminó Mantis.

—Si no deseas mercenarios en nuestra tierra, necesitaría del apoyo de Marpesia. Permite que salga con su ejército de Temiscira; y tú, Empusa, dame a Evainia —contestó Iris.

—Sigue batallando con Deyarina, grandes glorias te ha dado. Marpesia está a mis órdenes y tengo por cierto que no luchará contra hermanas. Ni Empusa te dará a sus guerreras. No romperé el frágil equilibrio que nos da paz y nos mantiene en el poder. ¿Para eso nos has hecho llamar?

—Dudas de mis acciones, pero ahora bien altiva te ves como reina madre, mientras Lysippe se consume encerrada en sus aposentos. ¿Acaso le has comentado ya tu designio en el infortunio de su amado hijo? No, claro que no. A ella la mantienes oculta en su penosa desidia mientras órdenes das en Temiscira. Y tú, Empusa, que ahí permaneces dándome la espalda de forma ingrata, siempre en silencio, ¿acaso quieres volver a ser lacaya en vez de reina poderosa?

Un tenso silencio envolvió la sala. Iris tomó la copa y bebió un sorbo. Después, se acercó por detrás a Empusa.

—Mañana partirás a Tribada con el oro de los faraones —le dijo—. Ya está todo dispuesto en tierra firme. No me fío de nadie, ya sean teucros o aqueos. Una caravana de cuarenta carros y doscientos hombres te esperan a primera hora, guarda bien nuestro tesoro, pues sin él nada somos. Ya tienes tu respuesta: los destellos del oro brillan demasiado en esta indefensa isla, he ahí mi urgencia en haceros venir. Nadie que desconozca el camino podrá atravesar las ardientes tierras de Tribada, el atroz Desolado.

Empusa se volvió, observó a sus dos hermanas, un tanto confusa por la confianza tan enorme que delegaban en ella. Luego, asintió y salió de la terraza con cierto aire de enfado. Iris la observó de forma inquisitiva.

—¡Marcha con tu orgullo y silencio, pero guarda bien nuestro oro! —le gritó.

—Es joven, no sabe nada de política ni de nuestro sufrimiento, se siente confusa con esta guerra —comentó Mantis, disculpándola; y siguió su marcha con la mirada, relajada tras el giro que había tomado la discusión, pensando en el oro, sirviéndose una nueva copa de dulce vino.

—Lo sé, cuando todo acabe será una gran reina —aseguró Iris, sonriendo.

—¿Por qué confías a Empusa el oro de los faraones?

—Empusa no tiene ambición alguna por ese oro. No es como tú, ni como yo. Solo disfruta de su amada y de su sed de sangre, no le importan riquezas. Y ahora, escucha mi consejo: debes partir también, aprovecha el viaje de Empusa, acompáñala por tu seguridad. Llévate a Temiscira el oro que en falta te haga, pues tuyo es también —le contestó Iris.

Luego, le sonrió para desaparecer entre las telas del pasillo que daban a sus aposentos, dando por terminada la comida y la reunión entre hermanas.

Mantis quedó pensativa, bebiendo aquel dulce vino que calentaba su cuerpo. No le gustaba el tono de su hermana Iris, ni ignorar sus tramas, ni que Empusa se hiciera cargo del oro. Pero prefería dejarle las responsabilidades de la guerra y disfrutar ella de los placeres de la paz.

—Me llevaré un tercio, es lo que me corresponde —susurró dando un último sorbo.

Empusa, la joven reina de Tribada, entró airada en sus aposentos y se acercó hasta un gran ventanal, desde donde se apreciaban las olas romper en los acantilados. Aquella hermosa vista refrescó su mente conforme se desprendía de sus armas, mientras la brisa marina empapaba su cuerpo.

—Mi amada, déjate llevar entre mis brazos y deja tu ira para la batalla —le dijo una mujer, de pelo negro recogido en una larga coleta; que portaba un destellante y adornado peto de bronce. Se acercó a ella, acariciándole los hombros y le besó la espalda. Se trataba de Lamia, su compañera de juegos de amor, su fiel amiga en combate y maestra de artes prohibidas.

—Mira que presente te traigo: obsérvale, pues bien dotado está —dijo Lamia, sinuosa.

Empusa emitió un leve silbido conforme volvió la vista a la entrada de sus aposentos, donde se encontraba preso un joven de hermoso cuerpo, ataviado con una sencilla tela sobre sus caderas y con los ojos vendados.

La reina de Tribada se acercó rápidamente hacia el joven, con una mirada penetrante; le puso la mano en el mentón y, mordiéndole los labios con fuerza, le hizo sangrar. El joven apartó de inmediato la cara, exclamando su dolor. Ella tiró de la cuerda que unía las manos del joven y lo acercó hasta el borde de su lecho, le quitó de un tirón la tela que cubría su hombría y abrió los ojos con asombro; volvió la vista sobre Lamia y sonrió. Recorrió con la mano el cuerpo del joven, apretando sus músculos, y le empujó, cayendo con él. Se sentó sobre sus caderas y giró la vista, sin dejar de acariciar lujuriosamente a aquel

hombre preso, observando a su amada compañera, que tan apetitoso regalo le había otorgado. Y lanzó un silbido suave, casi melódico.

Lamia se acercó a ella, desnudándose. Agarró con firmeza las manos del joven y las estiró hacia atrás, atándole fuertemente las muñecas al cabezal del lecho bajo la atenta mirada de Empusa. Cruzó por delante de ella, pasando su mano abierta por el pecho del joven y, luego, por la espalda de su amada. Y, tomando los pies del joven, le ató cada uno de los tobillos a un extremo posterior del lecho.

—Mi pequeña Empusa... ¿Te agrada mi regalo? —preguntó Lamia, mientras se hacía con una afilada daga y una crátera que dejó sobre un pequeño taburete.

Empusa se contorneaba sobre los muslos desnudos del joven, suspirando cada roce de su cuerpo. Lamia se irguió sobre el lecho y deslizó las manos por el cuello de la joven reina, acariciando suavemente sus erguidos senos; notando su excitación, delatada por entrecortados silbidos y la mirada perdida. El cálido placer se hacía presa en ella y posó los ojos en los de su amada compañera, abriendo la boca y gimiendo.

Lamia se levantó, tomó entre sus manos la daga y se la ofreció con ambas manos a su joven reina, pasándola por delante de su mirada.

Empusa golpeó con la palma abierta de una mano, con fuerza, el pecho del joven; el cual gemía fuerte, preso de placer. Le quitó la venda de los ojos de un tirón, sin parar de agitar sus caderas. Lanzó un largo suspiro cerrando los dedos, arañándole a la vez que tomaba la daga con la otra mano. El joven, preso de la lujuria, sintió cómo su ser se vaciaba en el calor del frenesí y vio la hermosa expresión del rostro de Empusa alcanzar el clímax. De pronto, notó cómo la despiadada hoja de bronce partía su corazón de un solo golpe.

Extenuada y sudorosa, la joven reina bajó la cabeza y la posó sobre el pecho del joven, jadeando, descansando su placer. La sangre brotaba caliente y comenzó a beber de ella, libando cada surco. Lamia tomó la daga alojada en el pecho, sacándola al aire. Cogió la crátera y la puso bajo una de las muñecas del joven. Le cortó las venas y dejó que se llenara. La joven reina se levantó. En su cara manchada se reflejaba la expresión de la felicidad consumada. Se limpió con una fina tela la sangre de su rostro, mientras miraba cómo la crátera se colmaba, cómo Lamia avivaba la mirra y, luego, deshacía, sin prisa, los nudos que habían apresado al joven hasta la muerte. Se acercó a ella, le pasó la mano por la cintura y la abrazó.

—Mi pequeña Empusa... —susurró Lamia.

Por respuesta obtuvo un suave silbido y una mirada tan tierna como la de una recién nacida, que se tornaba cómplice y pícara hasta ir acompañada de una amplia sonrisa. Juntas, alzaron el cuerpo del desdichado

y lo lanzaron al mar desde su ventana. El cuerpo fue rodeado pronto por numerosos tiburones que lo devoraban entre terribles dentelladas, bajo la atenta mirada de las dos mujeres y de decenas de gaviotas que revoloteaban robando pequeños jirones de carne humana al mar. Lamia volvió al interior de la estancia, sinuosa, y se posó sobre el lecho con dos copas de oro colmadas del rojo líquido de la cratera.

—Ven... —susurró.

Alzada la mañana, las puertas del palacio se abrieron de golpe, dos emisarias y Deyarina entraron. Recorrieron los alojamientos donde descansaba Iris y se postraron a sus pies.

—¡Mi reina, favor, os traemos nuevas urgentes de Ilión! —exclamó la comandante.

—Decidme, ¿qué nueva es esa que os da poder para entrar así en mis aposentos? —le preguntó, recostándose en un mullido lecho del cojines y tomando un cuenco de hierbabuena.

—¡La divina Hipólita ha estado en Ilión! —exclamó Deyarina, sin apenas escuchar.

—¡Hipólita! —exclamó Iris, abriendo los ojos con sorpresa, dejando caer el cuenco que sostenía en sus manos. Y miró fijamente a su comandante, incrédula.

—Es ella, mi reina. Así me lo han certificado nuestras fieles de palacio.

—No, no puede ser. Hipólita desapareció para siempre tras la batalla... —dijo Iris, ladeando la cara con una mueca que delataba su contrariedad.

—Será pues, pero ha regresado y su poder divino es tan fuerte como su brazo en la batalla. Los hijos de Zeus han dejado la lucha, regresan a Ilión abandonando nuestro ejército. Hay una gran confusión y muchas de nuestras fieles, mi señora, no saben qué hacer.

Iris recorrió la sala en silencio, muy seria, observando el techo de su estancia.

—Deyarina, ¿me traes alguna buena nueva? —susurró.

—Se dirigen hacia los rocosos Pontos y el príncipe Laomedonte de Ilión les acompaña.

—Ya veo que no. De bien poco sirvió la palabra del rey Ilio. ¡Malditos teucros! Lo pagarán sin duda, yo misma me ocupare de ellos muy pronto.

Deyarina la miró con cierta intriga, hizo un gesto afirmativo y se giró hacia la salida.

—¡Espera! ¿Mis hermanas se marcharon ya? —preguntó Iris.

—Su nao partió con las primeras luces del alba, tal y como ordenó mi reina.

—Deyarina, también es mi deseo que tú acompañes a mis hermanas. Me serás más útil en las tierras de Anatolia protegiendo mi oro que aquí, debes pues alcanzarlas.

—¡Pero, mi señora! ¡El palacio quedará desprotegido ante cualquier amenaza!

—No te preocupes por ello. Me gustaría que te ocuparas de que Hipólita caiga en verdad, tengo entendido que tienes una deuda pendiente con ella —aseguró Iris.

Deyarina pasó la mano por la herida de su mejilla, recordando la batalla de Atlas, donde la muerte pasó silbando ante sus ojos dejando aquella cicatriz que cruzaba su cara.

—¡Así sea! —exclamó Deyarina. Saludó a su reina inclinando la cabeza y salió de la habitación con un gesto contrariado.

Iris se quedó pensativa, no había encontrado el apoyo que buscaba de sus hermanas, pero era algo que ya esperaba. Se giró hacia el balcón de la terraza y observó el ágora, viendo marchar a su comandante.

—¡Hipólita! —exclamó. Luego, sonrió confiada.

LA FORTALEZA DEL REY MÍO

En las sombras del anochecer, la vieja Europa y el joven Íbero llegaban hasta los dominios del rey Mío. Erguida sobre una roca, la anciana miraba con ira denotada la fortaleza que se hallaba rodeada por centenares de precarias casas.

—Me robaste el poder e hiciste de mí carne de pago para inhumanos. ¡Tu maldita alma morirá mil veces antes de calmar mi ira! —exclamó con furia, alzando sus huesudos brazos.

Íbero se estremeció al oír aquellas palabras.

—Dime, ¿acaso conoces al rey Mío? Debemos andar con cuidado, sus soldados son crueles y sus armas mortales. Ellos asesinaron a mi amada —le dijo posándose a su lado.

Europa le miró y, tras una sonrisa intrigante, se dirigió hacia la fortaleza sin temor alguno, desafiante. El joven leñador la siguió, alerta ante cada crujido de la noche. Llegaron en silencio. Nadie salió a su paso. Cerradas hallaron las casas, parecían deshabitadas, derruidas y saqueadas.

—¡No hay nadie a la vista! ¿Qué ha podido pasar? —se preguntó el muchacho.

—La furia de Poseidón cesó, pues grandes sacrificios se han hecho —apuntó la anciana, observando el cielo despejado—. Ya nada retiene a las gentes aquí, volvieron a sus tierras. El rey Mío ya hizo su negocio, mas no sabe cuán alto será su precio.

Solo algunos hombres les observaron pasar, de forma discreta, ocultos tras los ventanales de madera y adobe decaído, mientras cruzaban la población fantasma. En pie, varios guardias de gran envergadura avanzaron con sus enormes hachas. Para sorpresa del joven, los guerreros bajaron su vista ante la presencia de la anciana, que pasó entre ellos sin argumentar palabra alguna y sin ser molestada. El portón de la fortaleza se abrió y los dos comenzaron a recorrer la pedregosa plaza en dirección a un enorme bastión que se alzaba en el centro, bajo

una alta torre. Pronto aparecieron más guerreros, agachando sus miradas al paso de la vieja Europa y siguiendo sus pasos mientras ella avanzaba sin temor alguno.

Una figura les observaba desde la más alta de las ventanas de la torre, siguiendo el recorrido de la pareja. Entonces, la puerta se abrió y salieron corriendo hacia ellos varios hombres con sus hachas en alto, gritando. Íbero, valiente, se apresuró a ponerse delante de ella y quedó absorto. La vieja Europa extendió su brazo y una bola compactada, como una piña, cubierta de hojas, salió despedida de su mano, con fuerza: una tremenda explosión resonó dentro de las murallas y los soldados quedaron desmembrados, cubiertos de heridas y emitiendo agudos gritos de dolor, envueltos en una bruma negra y un fuerte olor a azufre.

Desde lo alto de la torre, silbaron las saetas. Los guerreros que seguían a la anciana, se colocaron rápidamente ante ella, alzando sus anchos escudos. Otros corrieron, con sus hachas firmes en las manos, hacia el interior del bastión, encolerizados, destrozando con inusitada violencia a todo el que se cruzaba en su camino.

Dos de los guerreros trajeron una silla de grandes maderos y le ofrecieron asiento a la noble anciana. Otros fueron a buscar uva y jugos de frutas mientras todos buscaban agradar y atenderla. Íbero no salía de su asombro.

—Descansa; no hay peligro alguno, ésta es mi gente —aseguró la vieja Europa conforme tomaba asiento y se refrescaba con aquel jugo.

Permaneció sentada plácidamente a unos veinte pies de la puerta de la torre, degustando la fruta, observando y escuchando los lamentos de muerte que surgían de su interior. Con un largo grito de horror y produciendo un seco ruido al impactar en el pedregoso suelo, a sus pies cayeron los cuerpos de los arqueros que habían osado lanzar saetas sobre ella.

Finalmente, el silencio envolvió el lugar y todos quedaron pendientes de la puerta de la torre, que se abría de nuevo. Salieron los guerreros con sus ensangrentadas hachas en una mano y sujetando con la otra los brazos del rey Mío, magullado. Lanzaron al rey a los pies de la vieja Europa. Ella, sin alzarse, continuó comiendo uvas, pausadamente, sin prisa, disfrutando de la dulzura de cada una de ellas.

—Tengo algo de frío... —aseguró, alzando uno de sus huesudos brazos.

Rápidamente corrieron varios hombres y no tardaron en traer abrigo, leña y teas. El calor de una gran hoguera pronto alumbró el lugar.

El rey Mío permanecía tumbado en el suelo, las marcas de los golpes recibidos desfiguraban su rostro y la sangre manchaba sus reales vestimentas, hechas jirones. Un gran círculo de guerreros les rodeaban.

—¡Toma! —le dijo la anciana a Íbero, ofreciéndole el ramillete de uvas que tenía en la mano. Se levantó, avanzó y quedó parada a un pie ante el rey Mío.

—¡Álzate, desgraciado! —espetó.

El rey se levantó, tambaleándose, y fijó su inquieta mirada en ella. Una mezcla de extrañeza, odio y temor rebosó en sus empañados ojos, sabiéndose perdido.

—Ya ves, no estoy muerta. ¡Mis viejas carnes no son del agrado de inhumanos! Sobrados de manjares, se conformaron con torturarme hasta darme por domada. Me dejaron como sobras de su macabro festín. La divina providencia se fijó en mí, mala suerte la tuya.

—Debí venderte al calor del día, no al amparo de la noche... cuando solo pellejo eres —espetó el rey Mío.

La vieja Europa le puso la mano en la barbilla, giró su mentón hasta clavar sus ojos en los de él y sonrió.

—Sí, Debiste. ¡Que decepción! ¿Verdad? Tú que pretendías ser rey de grandeza, regir una fabulosa fortaleza y vivir una larga vida de gozo y autoridad, fornicando y tragando. Rey Mío, lo olvidaste: todo tuyo, todo mío. Una ya no se puede fiar de los amigos —le dijo suavemente, dándole dos palmadas en la cara. Y se alejó de nuevo hasta su asiento.

—Yo... —susurró el rey.

—¡Silencio! —exclamó la anciana, cortando sus palabras—. ¡En vil láudano envolviste mi vida para entregarme a unos devoradores de hombres! La ambición te cegó... Me deprimes.

Y volvió su cabeza a la derecha, donde permanecía en pie un gran guerrero, musculado y de facciones profundas, de larga melena rubia y un casco de astas de bisonte.

—Mi venerada Europa, tus deseos son órdenes —dijo el guerrero.

—Astar... Tú serás dueño y regente de nuestras tierras y hombres, conducirás nuestro pueblo y devolverás la cordura a nuestra gente. Serás ahora mi fiel guardián, dueño y señor de todo lo mío: serás rey Mío. Ahora, al traidor, dale tormento —ordenó la anciana.

—¡Clemencia! —exclamó el rey.

Astar le golpeó con fuerza en el estómago y el derrocado rey dobló las rodillas susurrando piedad entre lloros.

—Astar, rey Mío, cumple mi voluntad —ordenó la anciana, retrayéndose satisfecha sobre sí misma.

El guerrero hecho regente, hinchó su pecho con tremenda satisfacción y se acercó acompañado por cuatro guerreros más hasta el malogrado rey. Le alzaron por los brazos y las piernas y se alejaron hasta desaparecer en la oscuridad.

La vieja Europa se levantó del asiento, golpeó con fuerza su bastón en el suelo y una gran sacudida hizo temblar a los guerreros, a la

plaza y aquella fortaleza por entero mientras alzaba sus brazos hacia la luna y lanzaba un poderoso grito al aire.

Aquel hombre, que había sido rey poderoso e inmisericorde, reflejó el rostro del terror mientras era arrastrado a un estrecho pozo ciego. La tierra comenzó a cubrirlo, quedando enterrado vivo, con la cabeza al aire y notando en la cara los cortes que le proporcionaban los guerreros de Asthar con sus afiladas dagas.

—Vamos, cenemos un poco antes de empezar la noche... —añadió la vieja Europa y se dirigió hacia una pequeña casa, al otro extremo de la plaza de la fortaleza.

Íbero la siguió, confuso y asombrado ante el poder de la anciana.

—Tú que eres poderosa, con tierras y hombres de armas, ¿qué puedes querer de mí, si de nada dispongo y nada puedo ofreceros?

Ella le sonrió por respuesta y siguió su camino. Entraron en una acogedora sala, sin lujo alguno. Una gran mesa de piedra adornaba su centro, rodeado de largos bancos. Al fondo se hallaba un lecho con un mullido colchón de lana de oveja, cubierto de piel de oso y acomodado de cojines de plumas.

—Acomódate, pronto nos traerán la cena —dijo ella.

El joven leñador entró, mirando cada detalle de la casa: la mesa, la chimenea, el lecho, el cuenco de flores marchitas...

—¿Dónde dormiré yo? —preguntó al no hallar.

—En mi compañía —contestó sin titubear la vieja Europa.

Íbero se quedó atónito. Sin palabra alguna.

Unos golpes en la puerta anunciaron la cena. Dos enormes guerreros, con una fuente repleta de carne de bisonte entraron y la dejaron sobre la mesa. El olor a asado envolvió la sala y removió el hambre de Íbero que, todavía pensando en las palabras de la anciana, se dejó llevar.

Cenaron en silencio. Al terminar, la anciana soltó un pequeño eructo y miró al joven leñador, escudriñando sus hechos en cada gesto.

—Veo que te encuentras mucho mejor, en verdad temí por tu vida —le confesó.

—Debo darte las gracias por tus cuidados, sin ellos hubiera muerto —agradeció Íbero.

—No busco tu agradecimiento —dijo la anciana, extendiendo las manos sobre las del joven, acariciando sus dedos mientras gesticulaba con su boca de lado a lado.

—¿Es este tu hogar? —preguntó el joven, retirando lentamente sus manos.

—Sí, bueno... Lo es esta tierra, de la que emana mi poder.

—Eres en verdad divina y te estoy agradecido. Dime, ¿eres dueña de esta tierra?

—La tierra no tiene dueño, o no debiera, como siempre fue.

—Pero, podrías dominar el mundo. Eres fuerte y poderosa, podrías tener cuanto quisieras.

—Yo solo quiero paz y una descendencia, ser feliz. Todo lo demás está de más en mis ambiciones. ¿Es acaso tu sueño dominar el mundo?

—Yo... No, desde luego que no. También quisiera vivir en paz y formar una familia. Pero ahora, sin mi querida Imperia, no puede ser. Mi corazón no halla razón para latir y siento que he de marchar a su lado.

Por un momento se hizo el silencio. Íbero bebió un largo trago de vino bajo la atenta mirada de la vieja Europa.

—Quisiera pedirte un favor, pero no sé si debiera —dijo el joven leñador.

—Dime pues, aunque no soy muy dada a realizar favores... Ni a pedirlos.

—Podrías ayudar a la divina Hipólita, avanza para liberar a la reina de las hijas de la luna, Menalipa. Yo anduve con ella, no se qué será de su suerte. ¿Podrías dejarme ir con sus guerreras? Aquí en poco podré ser útil y quisiera luchar junto a ella, morir con gloria y cruzar las tinieblas del lago sagrado sin temor alguno a la Parca, para reunirme con mi amada Imperia.

—¡Morir por ella! ¡Qué tontería! ¿Acaso le debes algo? Ella camina hacia su fin, su empresa no tiene sentido. Hace tiempo que se avino el hundimiento de las diosas y los dioses ocupan su lugar. Hoy impera el sol abrasador, la luna divina quedó en tinieblas.

—Perdonar mi torpeza, pero ¿qué quieres decir?

—Los cultos de gracia a la diosa de la vida han quedado relegados, hoy se honran dioses de guerra. El uso de la fuerza se impone, solo allí donde no alcance la ambición del macho, brillará la luna y la mujer decidirá su destino. Y me temo que las hijas de la luna no entran en plan alguno, ni para los dioses, ni para los hombres.

—¡Pero Hipólita es divina! —exclamó Íbero.

La vieja Europa esbozó una gran sonrisa, levantando sus pobladas y largas cejas.

—Los dioses también mueren, no son más que quimeras de la voluntad humana. No hace mucho a toda mujer se la trataba como a una diosa, pues es la grandeza de la naturaleza. Era la fertilidad y la sabiduría encarnada en la belleza de la noche, el calor del lecho, el placer del amor, la fuerza de la vida...

La divina anciana calló al ver una lágrima deslizarse por el rostro de Íbero. Hinchó el pecho y exhaló profundamente.

—¿Y esa lágrima? —preguntó, temiéndose la respuesta.

—Imperia, mi amada Imperia. Tus palabras me recuerdan la gracia de su sonrisa, la belleza de su mirada. En verdad la amaba y no tuve tiempo de decirle lo que mi corazón sentía por ella.

La anciana emitió un leve gruñido, se rascó la nuca y miró entre sus huesudos dedos; y dirigió la mirada hacia el fuego, esquivando los ojos del joven leñador.

—Hoy el hombre impone dioses —continuó Europa—. Su grandeza es el frío metal y la sangre ajena que mancha la tierra. No reconoce madre ni hermana, solo sierva y esclava. El calor y el amor del lecho son una conquista sometida...

Europa volvió su mirada y calló de nuevo, viendo al muchacho con la cabeza baja y la mirada perdida, con el semblante tan triste como serio.

—No me escuchas ¿verdad? —le preguntó, con un tono sentido.

—Sí... No. Pero en verdad creo entender lo que pretendes decirme. Pero ahora añoro a mi amor y tus palabras no pueden confundir lo que sentí por ella. ¡Lo que siento por ella! No puedo concebir que esté muerta. Cuéntame qué ocurrió cuando desfallecí en aquel horrible día, tú debes saber algo si hasta mí llegaste.

—¡Ahmmmm! —exclamó la anciana echándose las manos a la cabeza, tirándose de los pelos como si anduviera loca—. ¡Olvídala, se fue! Si has terminado la cena, reposa en el lecho. Todavía no estás recuperado. Mañana deberás cumplir y satisfacer mis exigencias, para algo te di vida cuando solo eras carnaza de alimañas —le ordenó con un tono molesto.

Íbero agachó la cabeza lentamente.

—Perdona, no quise molestarte. Solo quería saber, para calmar mi desdicha —aseguró mientras se acostaba dándole la espalda a la vieja Europa, con un profundo lamento.

—Descansa, ya tendremos tiempo de hablar, ahora deja que sañen las heridas. ¡Y olvídate de dar la vida por nada, ni por nadie! Piensa que la muerte también puede ser fin de la vida, tierra y gusanos, nada más —asintió la anciana.

Luego, se tumbó junto a Íbero y miró hacia el techo. Pensó en Hipólita y en el beso de vida que la mantuvo entre los vivos, en Imperia y la gran pena que arrastraba aquel joven que ella deseaba. Y cerró los ojos con un reflexivo gesto de contrariedad.

A la mañana siguiente, la luz solar ahondó entre las cuatro paredes de la vieja casa, iluminando su interior. Íbero se despertó con el trinar melodioso de un ruiseñor y se percató de que las ventanas estaban orientadas de tal forma que los primeros rayos de sol alumbraran el lecho. Confuso, notó el cálido cuerpo de una hermosa joven a su costado,

dormida. Retiró delicadamente el suave cabello rubio que la cubría el rostro, arremolinándose en su cuello, y la observó con curiosidad.

—¿Cómo lo hará? —se preguntó.

La vieja Europa había desaparecido y en su lugar una bellísima joven se hallaba junto a él. De ella emanaba un cálido aroma embriagador, que hizo despertar sus sentidos con el dulce roce de su cuerpo desnudo. Acarició suavemente su espalda viendo cómo ella se giraba, fijando sus ojos verdes en él y posándole la mano en el pecho.

La joven Europa se recostó sobre el joven leñador y le mordió en el cuello con delicadeza; y saboreó su piel, llegando hasta el mentón y los labios.

—Te noto muy recuperado —le susurró apretando su vientre contra las caderas del joven, notando su cálida hombría.

Íbero, desconcertado, ocultó su virilidad con las manos.

—Hum... No seas tímido —dijo Europa con un arrullo melódico, mordéndole el lóbulo y deslizando la mano por su pecho.

—Eres tan hermosa —afirmó Íbero notando el calor del vientre de la joven y la firmeza de sus senos sobre él.

Europa le sonrió, le tomó la mano y la arrastró sobre sus redondos pechos, a la vez que se sentaba sobre él y lo hacía suyo, lentamente, en silencio. Arqueándose hacia atrás, empezó a gemir, acelerándose con cada suspiro. Pero, de pronto, se sintió vacía. El ímpetu viril del joven había desaparecido por completo; y, sorprendida, miró al rostro de Íbero. El calor lujurioso de la excitación se habían transformado en nada.

Europa estalló de furia y le golpeó con sus puños en el pecho, lanzando un desesperado grito. Después, lanzó sus manos contra el rostro del joven leñador descargando su ira, volviendo la cabeza hacia los lados y saltando sobre él, que inmóvil permanecía en silencio, con los ojos cerrados, aguantando los golpes. Desconcertada, le miró y levantó los brazos al aire lanzando un grito de rabia. Finalmente, lanzó una bocanada al aire y salió del lecho. Anduvo rápida, cubriéndose con un fino chitón. Lanzando maldiciones, abrió la puerta y salió de la estancia. Íbero quedó tumbado, con la mirada perdida y su rostro cubierto de golpes.

Pasado un breve tiempo, la puerta se entreabrió y Europa se apoyó en el marco de la entrada, calmada. Alzando una ceja, observó el rostro del joven impotente. Entró de nuevo y se sentó junto a él, en la tosca madera del lecho.

—¿Acaso mi belleza no es de tu agrado? ¿Mis ojos no despiertan tu pasión? —preguntó.

Íbero se cubrió la cara con el brazo, avergonzado. Europa, acarició los arañazos que le había producido.

—Cualquier hombre moriría por estar a tu lado y sentir tus caricias divinas. Yo en modo alguno puedo evitar mis sentimientos por mi amada Imperia. Creí estar amándola y desperté. No supe defender su vida y ahora no puedo evitar mi pena —aseguró Íbero.

Europa se pasó la mano por la frente y la hundió en el cabello, lanzando su rubia melena hacia atrás; ladeando la cara, le miró con un sentimiento desconocido para ella, sintió una gran pena. Puso la mano en el rostro maltrecho de Íbero y le acarició.

—Túmbate, limpiare las heridas... Me sorprendes, no sabía que los hombres también podíais amar de verdad, no debes ser muy sabio. Mañana mismo marcharemos, nada nos retiene aquí y tú necesitas de mí mucho más que yo de ti —le dijo, con una sonrisa sincera.

Íbero la observó sin entender, reclinándose sobre el lecho. Europa empezó a cuidar los arañazos de su pecho, con agua y hierbas preparadas.

—Nunca tendré descendencia —dijo ella de pronto, con gran pesar—. La semilla que en mi vientre germina con el calor del sol, se marchita con la caída de la noche. Soy una estúpida al no aceptar mi destino, pues por joven y lustrosa que ando en el día, mi cuerpo envejece sin dar oportunidad a la vida con cada noche. No te haré esclavo de mi tormento, te libero de mi voluntad. Te llevaré ante la divina Hipólita como es tu deseo, pues salvó mi vida para que yo pudiera devolverte a ella, así lo dispusieron las diosas y así debe ser.

EMBOSCADA EN EL EUXINO

Ainia se encaramó para ver llegar la noche en las altas atalayas, desde donde se divisaba su campamento y los valles del Euxino. Se relajó solo para maravillarse con la belleza de la puesta del sol: el cielo se teñía de vistosos tonos rosados y la luna aparecía esplendorosa, de un amarillo intenso. La suave brisa mecía sus largos cabellos, mientras una cálida sensación inquietaba su alma: Esperanza, esperaba noticias de Imperia.

—Temo por la vida de nuestra amada Menalipa —le dijo Andrea con nostalgia y pena, sentándose a su lado.

Ainia se volvió y posó la vista sobre sus lobas, mujeres de honor, con esperanzas y sueños. Andrea las miró también, observándolas reír alrededor de las hogueras y sonrió con tristeza viendo cómo hablaban y adornaban la noche con sus cantos.

—Estoy preocupada por ellas. Hemos ganado una batalla, pero la dicha de las que han caído hoy no volverán a alegrar las llamas del mañana —comentó Ainia, de forma melancólica—. No tiene sentido nuestra resistencia, es posible que esté todo perdido. Quizás deberíamos partir a las grandes llanuras, donde somos libres, y alejarnos de esta locura de muerte.

—Si nos rendimos, Menalipa no tendrá esperanza y los mercenarios de Iris arrasarán todas las aldeas de mujeres libres en Anatolia y después ¡a saber! —apuntó Andrea.

—¿Vendrá? —preguntó Ainia.

—Sí, no abandonará a su hermana. Lo sé. Escuchará a Imperia. Hipólita es noble y fiel a su sangre... ¡Divina! Vendrá sin duda alguna.

—Las hijas de la luna la adoran. Pero su recuerdo se pierde en la memoria, sobre todo de las que nunca supieron de sus gestas más que en dichos y leyendas. Alejada de su pueblo, no conoce a sus fieles, a sus hermanas... Su ausencia la hace distante y muchas nos preguntamos: ¿qué ha hecho por nosotras en verdad?

—No olvides que dio muerte a la despiadada Mirina y acabó con su ejército, con su maldad y tiranía. Gracias a ella conocimos una década de paz y prosperidad sin igual.

—Antaño dos grandes reinas regían nuestros designios, ahora las dos se hallan bajo tierra y, aquí, sus desquiciadas hijas se matan por un trono que no busca más que recrear las ambiciones de los reinos de machos —afirmó Ainia.

—El futuro está en armonizar grandes ciudades en paz y crear lazos de amistad. Fíjate en Esmirna: ¡está alzando un templo para la divina Artemisa en la misma Abasa!

—Andrea, mi buena amiga, no tenemos futuro ante el avance de imperios. Hablas de paz, pero nosotras no queremos esa paz impuesta.

—No, pero debemos convivir con otras culturas y costumbres; si no desaparecemos, poco a poco, como los hombres salvajes que insisten en vivir en grutas y cabañas de pieles. Pero ahora lo importante es que Imperia nos traiga a Hipólita, devolver la cordura a esta tierra. No nos interesa un mundo en guerra, nos convertirá en esclavas o muertas.

—Hipólita desapareció, ¿quién nos dice que Imperia la hallará? ¡O que sigue con vida!

—Dentro de mi corazón sé que vive, siento su latir —contestó Andrea, con una expresión de nostalgia contenida.

—Las noticias que nos llegan no son alentadoras, la lluvia sin fin ha azotado sin piedad las costas del Mar entre Tierras. Muchos han muerto y las luchas entre pueblos no cesan. Espero que eligieran bien su camino. ¿Aún la amas, verdad?

—Siempre la amaré y siempre sabré que lejos de mi corazón cabalgará —contestó.

Ainia besó la frente de Andrea, sin parar de acariciar su rizado pelo; y ambas quedaron en silencio, apoyada la una en la otra, contemplando la hermosa puesta de sol.

—Debimos enviar más emisarios, confiar solo en que Imperia lograra su objetivo pudo ser un error. Armaré un grupo con mis mejores jinetes y las mandaré a Occidente —dijo Ainia.

—No, necesitamos a nuestras fieles aquí. Ten fe, seguro que lo ha conseguido. Imperia es joven e impulsiva, pero está marcada por el destino.

—¿Qué observas en la distancia? —preguntó Ainia, alertada por la inquietud de Andrea.

—Aquella nubecilla debe de ser provocada por alguna patrulla de mercenarios, ¿no?

La Loba de las estepas fijó de inmediato sus ojos de guerrera en la columna de polvo que se alzaba al aire del anochecer, en la distancia, turbando la frágil tranquilidad del momento.

—Son teucros, sin duda. Solo ellos dominan a las bestias en esta tierra. Es posible que carguen un buen botín, intentando pasar desapercibidos al amparo de la noche —aseguró Ainia.

—Déjalos, quizás no sea éste su paso y nuestras guerreras andan cansadas. ¿Acaso no hemos tenido bastante sangre? —le rogó Andrea, acariciando sus hombros, buscando paz e intimidad en aquella noche.

—Desde que Menalipa fue asaltada no hay bastante sangre en este mundo para calmar mi sed. Ilión ayuda a Iris, son pues nuestros enemigos. Debemos golpear siempre que podamos, desprenderles de sus riquezas, mutilar sus vidas. Solo así comprenderán su error. Galoparé al amparo de la noche y atacaré al alba, descansadas mis lobas. Tú marcharás con las fieles heridas y el botín de guerra al campamento del Ponto. Allí estaréis a salvo hasta mi regreso —contestó, apretando sus manos con las de Andrea.

Luego se alejó, avanzando hacia su caballo.

—¡Arriba, mis valientes! —exclamó—. Los teucros se acercan, preparad vuestras armas, la luna se alza y exige su tributo: ¡la honraremos con sangre de Ilión!

La noche llegó con su manto oscuro sobre los territorios póntricos, donde una pequeña columna de soldados teucros avanzaba bajo las estrellas de un cielo infinito. Al frente, el príncipe Laomedonte avanzaba activo en su carro de guerra, junto al auriga y su guardia real.

—Deberíamos acampar, la noche cayó y necesitaremos recuperar el resuello para seguir la marcha mañana. Las tripas me crujen y mis ojos se cierran —dijo Sarko.

—Sí. Ainia no ha de andar lejos. En estas tierras se dio la última batalla. Andará oculta en las quebradas, esperando sanar sus heridas. Pronto daremos con ella, quizás mañana —apuntó el príncipe, saltando del carro.

—No la encontraremos. Será ella quien nos halle —afirmó Imperia, desafiante.

—Acampamos, pero busquemos un lugar desde donde podamos vigilar nuestro descanso —ordenó Hipólita, observando a los dos jóvenes que no habían dejado de molestarse.

—Sí, vigilemos nuestra suerte. En esta tierra de nadie todos son dueños —asintió el príncipe.

—Eso se lo debemos a Iris y sus mercenarios de Ilión —espetó Imperia.

—Estos dos acabarán mal —aseguró Antiope con una sonrisa.

—Antiope, Sarko: adelantaros y buscad un lugar apropiado para pasar la noche. Es muy tarde y ya avancemos más de lo esperado. Lle-

varos al joven príncipe con vosotros pues aquí, al lado de Imperia, anda en peligro —ordenó Hipólita, sonriendo.

Laomedonte miró a Imperia y, ésta, le devolvió la mirada con un gesto desafiante.

—Vamos, príncipe teucro, acompáñanos o esa loba te devorará el corazón —le ordenó Antíope, con una mueca alegre incomprendida por Imperia.

—Eso, lleváoslo... Pero guardad vuestras espaldas —espetó la joven guerrera.

Acamparon al amparo de una garganta rocosa, que se adentraba cientos de metros en las montañas hasta el mismo Euxino. La guardia teucra erigió una pequeña tienda para su príncipe y se ocuparon de las cabalgaduras, acercando abundante pasto y agua. Después, encendieron una pequeña hoguera y se dispusieron a pasar la noche tras una escueta cena. Hipólita, Imperia, Sarko y el príncipe terminaban con la carne roja de un jabato que Antíope había abatido. Ávido de agradar, Laomedonte, intervenía en cada tema de conversación, si bien no fue hasta que la divina reina le dirigió la palabra, que se sintió escuchado.

—Dime, tú que eres teucro y de esta guerra más sabrás que nosotras, que de lejos llegamos: ¿qué sabes de esas mujeres que se rebelaron contra mi hermana? —le preguntó.

El príncipe se sintió orgulloso al verse solicitado por la mismísima Hipólita, que hasta el momento había guardado silencio. Y notó como se convertía en el centro de atención.

—Son cuatro las hijas de Mirina: Esmirna, Mantis, Iris y Empusa. Todas ellas eran pretenciosas jóvenes de grandes ambiciones. Con la llegada de la reina Menalipa todo acabó, su consentida soberbia se convirtió en olvidada amargura que alimentó el odio. Desaparecieron. Solo Esmirna sirvió a Menalipa, pues compartían ideas en común. Pero marchó pronto a las tierras de Abasa, en Arzawa, pues fue amada por el gran Huzzia, rey de reyes del Imperio Hitita. Ahora es poderosa y no entró en los planes de Iris... O no quiso entrar.

—¿Qué pasó con Esmirna que no secundó a sus hermanas? —preguntó Antíope.

—Hubo una reunión en Lesbos, donde se fraguó la traición, y la primera en salir para no volver nunca fue Esmirna, dicen que confundida y con alto enfado. Desde entonces no he vuelto a saber nada cierto de ella, solo que se halla en Abasa. Creo que por ser hermana de sangre de Iris, en nada ayudó a la reina Menalipa... Aunque yo pienso que también fue por no poner en peligro la vida de su amante.

—¿Amor secreto? —preguntó Sarko.

—Dicen las lenguas largas que mientras calentaba el lecho del rey Huzzia, Esmirna tenía un gran amor en Lesbos, pero no sé más —respondió el príncipe.

—Háblame de Iris y las demás hermanas —le solicitó Hipólita.

—La bondadosa Menalipa fue derrocada por esas tres mujeres, malvadas y traidoras —habló Imperia, efusiva por participar de la reunión—. La guerra estalló, pues muchas de nosotras no quisimos someterlos a sus designios, amamos a nuestra reina.

Hipólita se volvió hacia Laomedonte, esperando respuesta, ante la contrariada mirada de Imperia.

—Iris es una mujer muy inteligente, ha sabido tejer alianzas que le den oro y fuerza. Se apoyó en sus hermanas: Mantis, en Temiscira, y Empusa, en Tribada. Solo le falló Esmirna, si la hubiera apoyado desde Abasa con el ejército de Huzzia, Ainia no tendría opción alguna.

—¿Cuán fuerte es el ejército de Iris?

—Habéis de saber que las guerreras de Temiscira y de Tribada ya no luchan en esta guerra. Solo batallan la fieles de Lesbos y las desdichadas que reclutan en Arzawa.

—¿Y eso? —preguntó Antíope sorprendida.

—Mantis y Empusa se niegan a que sus guerreras sigan luchando contra otras hijas de la luna tras las sangrientas batallas habidas. Prefieren pagar el coste de un ejército de mercenarios que persiga a las disidentes que establecer batalla entre hermanas. Así consiguieron afianzar su poder y la guerra se ve de lejos para las que quieren paz.

—Entonces... ¡La cabeza del mal es Iris! —exclamó Antíope.

—¿Y el ejército de Ainia? —preguntó Hipólita.

—Yo no lo llamaría ejército, pues si bien golpean duro se debe a sus acciones temerarias. No son muchas las mujeres que la acompañan y está al límite del fin —puntualizó el príncipe.

—Somos más y más fuertes de lo que crees, teucro. Nos reunimos en cada luna llena con la Loba para asestar un duro golpe y, después, regresar a los montes Pontos —aseguró Imperia.

—¡La Loba, la más brava de las guerreras! No conoce la clemencia, ni sabe de piedad —apuntó el príncipe, quedando en silencio ante la mirada de todas. Y, sintiéndose teucro, ajeno a aquella familia, se sintió rodeado de lobas—. Iris no ha tenido nunca en muy buena estima la lealtad de Ilión, sabe que solo el oro la avala; por ello también armó un ejército de mercenarios de otras tierras —aseguró el joven.

—Veo que Iris conoce bien a tu padre —dijo Imperia.

Laomedonte calló e inclinó su cabeza al fuego.

—Ya veo, Iris solo tiene como verdadero aliado al oro que le proporciona mercenarios —apuntó Sarko.

—A pesar del oro, Iris no ha podido vencer —asintió Imperia—. Muchas son las que se han mostrado leales a su reina Menalipa. Iris nos trae la tiranía de Mirina en su afán de crear un imperio, solo ofrece muerte... Ahora, será derrotada.

—No subestimes su poder. Iris cuenta con grandes aliados que le da el oro de los faraones —le aconsejó el príncipe teucro.

—Dime, príncipe, si atacamos Lesbos o cabalgamos hacia Tribada, ¿qué opinas que hará Esmirna? —expuso Hipólita, cambiando de tema.

—Esmirna queda fuera de la autoridad de Iris, es dueña de Abasa: una gran polis protegida por el Imperio. Está erigiendo una nueva ciudad, donde viven en armonía las hijas de la luna y los léleges, hijos de la Madre Tierra, la gran Cibeles. No creo que intervenga ahora en esta guerra cuando no lo hizo antes. Si lo hace, estaría todo perdido, Huzzia es muy poderoso.

—Comprendo —asintió Hipólita.

—Menalipa es tan dulce como bella, tan sabia como noble... Por ello atrajo la atención de numerosos pretendientes: reyes, príncipes y nobles le brindaron regalos extraordinarios, pretendían su amor —añadió el príncipe.

—Menalipa quedó destrozada tras la muerte del rey Cronos en Atlas, pues solo tenía ojos para él. ¡Le amaba tanto! —apuntó Sarko, con melancolía.

Aquellas palabras trajeron con amargura a la mente de Imperia su amor perdido. Hipólita la miró preocupada, notando la pena que embargaba a la joven guerrera. Se posó delante de ella y acarició su rostro.

—Lloras por él pues tu corazón todavía siente su calor perdido —le dijo—. Pero debes sobreponerte mi querida Imperia. Déjale marchar o permanecerás maldita. Toda mujer ha sufrido el mal de amor, incluso yo, y seguiremos sufriendolo. Pero debemos seguir adelante. Eres noble y humilde, valiente y bondadosa... La diosa Fortuna no te olvidará.

Imperia se abrazó a ella y empezó a llorar mientras la divina reina la estrechaba en sus brazos. Laomedonte se quedó sin palabras. No sabía lo que pasaba, pero sí lo que veía: aquella joven, hermosa y brava guerrera, despiadada y cruel, como él había conocido, estaba llorando como una niña desconsolada en los brazos de Hipólita. No salía de su asombro. Solo su gran interés despertado por Imperia, a pesar del acoso al que lo sometía, le hizo situarse frente a ella.

—¿Te encuentras bien? ¿Te sirvo un cuenco de agua fresca? —preguntó.

Imperia le miró y, por primera vez, le sonrió. Laomedonte se sintió bien y fue a por agua rápido, ante la mirada de los demás.

Hipólita, tras limpiar con sus dedos las lágrimas de la joven, regresó a su sitio. El príncipe no tardó en llegar con un cuenco colmado y se lo ofreció a Imperia.

—Háblame de ese faraón. ¿Fue uno de sus pretendientes? —preguntó Hipólita.

—Sí... —continuó el príncipe, sin apartar la vista de Imperia—. El propio Ahmose, faraón de Egipto, fue rechazado. Entró en cólera cuando le fueron devueltas las ofrendas que le había enviado como presente a vuestra hermana, pues deseaba hacerla su esposa. El hecho recorrió todos los reinos. Y se sintió, de nuevo humillado, por segunda vez, cuando, un mes después, Menalipa declinó su invitación para visitar el palacio en Men-nefer, la acrópolis de un poderoso imperio que ha expulsado de sus tierras a los invasores hicsos a sangre y fuego.

—Resulta curioso que un hombre se sienta humillado ante el rechazo de una mujer y, sin embargo, no muestre ningún respeto por ella tratándola como esclava —apuntó Antíope.

Laomedonte volvió su vista de nuevo sobre Imperia, que sentada secaba sus ojos y le escuchaba; y prosiguió tras dedicarle un tímida sonrisa.

—En Ilión se pactó el trato: cien carros de oro y piedras preciosas fue el precio de Menalipa. Tesoro que se guarda en las arcas de Lesbos y su parte se llevó tu padre, el rey Ilio, en su condición de anfitrión y valedor... Es un hecho por todas conocido —dijo Imperia en un tono menos agresivo del que había sido portadora durante la velada.

—¡Por mí no! Yo no sé nada de ese oro. Pero he de reconocer que Iris pronto encontró amigos en Ilión. Si su fortuna es tal y como dicen, también podría comprar alianzas con los aqueos. Mi amada madre siempre pensó que, para nuestra pena, así sería —apuntó el príncipe.

—¿Aqueos? —preguntó sorprendida Antíope.

—No creo que Iris haga tratos con aqueos. Ella, después de todo, es una hija de la luna. Lo extraño es que no asalten Lesbos, posiblemente no sepan del oro —apuntó Imperia.

Hipólita asintió y fijó su mirada en el fuego, con un gesto reflexivo, de preocupación.

—Iris ya ha pactado con ellos, no veo otra razón —aseguró, y se levantó volviendo la vista sobre Occidente, como esperando ver con su penetrante mirada las columnas aqueas listas para el combate—. Tu madre es sabia, sabe que la alianza con Iris es un error que pondrá a sus puertas a los aqueos. Tras escucharte, me temo que el verdadero enemigo no son esos mercenarios, ni las fieles de Lesbos, sino los aqueos. Iris sigue los pasos de su madre.

Caída la medianoche, cuatro soldados teucros vigilaban apostados en un grueso tronco. Sarko dormitaba entre ronquidos de oso, lejano a los demás, pues todos le increpaban y a nadie dejaba descansar. Antíope e Imperia dormían juntas, abrazadas, bajo una gruesa piel, al calor y consuelo de sus cuerpos. Laomedonte no podía conciliar el sueño, miraba a las estrellas, se sentía bien en su primera salida armada al exterior. Se había preparado tanto para ello que se veía capaz de cualquier empresa, pensaba en su suerte y volvía la cara a menudo para observar a Imperia.

—Es tan valiente —murmuró, observando sus pucheros dormidos y su cálida belleza, reflejada en la oscuridad por la tenue luz de la hoguera.

Alejada, en un pequeño montículo rocoso se hallaba sentada Hipólita, con su larga espada cruzada sobre los muslos. Observaba cada movimiento de la noche, sus sonidos: el vuelo del chotacabras, el chasquido del murciélago, el canto de la tetigonia... La luz de la luna brillaba sobre su piel, destellaba en sus pupilas. Inmóvil, su silueta parecía parte de la quebrada roca sobre la que se erguía. Miraba a Occidente, en su mente se recreaba la brutal batalla de tres días y tres noches en la que luchó en Atlas. Recordó el horror aqueo y temió volver a enfrentarse a él. Después bajó sus párpados lentamente y dio por cierto que así sería.

En las lejanas aguas del Egeo, como si los ojos de la divina reina pudieran ver en la profundidad de la distancia, el fuego iluminaba una noche sangrienta en la isla de Creta, hogar de los más sabios de los hombres. La gran polis de Knossos ardía devorada por cegadoras llamas a manos de los aqueos, los nacidos de la Tierra, hijos de Atenea. El humo y las cenizas se elevaban al aire envueltas en gritos de horror. Tomada y saqueada, sus gentes vencidas quedaban a merced de los conquistadores, los cuales se hacían de gloria en la batalla y de riquezas robadas.

—¡Cargad las naos! ¡Deprisa! —resonó la voz ronca y contundente de un gallardo general, entre las llamas, destacando sobre los exaltados guerreros.

Su hermoso rostro mostraba uniformes cejas, ojos castaños, labios carnosos y un mentón tomado por una ligera barba ondulada. Su nombre era Clearco, temido en todo el Egeo como el León de Micenas. Cubría sus largos cabellos negros con un yelmo de piel de uro, de tensas correas, rodeado de blancos colmillos de jabalí apiñados entre sí. Fuerte como el más grueso de los robles, portaba una ancha coraza broncea que cubría su poderoso torso, donde la esfinge de Zeus adornaba su pecho y dos leones, a los lados, rugían poderosos.

—¡Marchamos a Lesbos! —gritó al aire.

* * *

Al alba, tras el suave ulular del gran búho, en las cerradas gargantas de los montes póntricos, una guerrera avanzaba en silencio. Pegada a tierra cual serpiente cauta: Ainia, la Loba estudiaba el pequeño campamento teucro. Había llegado hasta ellos sin ser descubierta. Ahora acechaba y observó la silueta que permanecía de espaldas en la cima de una roca como si fuera parte de ella.

Equidna y Antianira, sus capitanas, se acercaron en silencio. Ainia les señaló, con el dedo índice, que rodearan el campamento, desplegándose en círculo, sin producir un ruido. De nuevo, el ulular simulado por la Loba fue la señal convenida: las guerreras se hallaban en posición.

Hipólita abrió los ojos al escuchar al no búho y se levantó alertada. Ainia tensó su arco apuntando a la divina reina, que se hallaba con la cabeza baja y los ojos alzados, buscando el proceder del canto con la espada de Ares templada en su mano.

El leve sonido de la cuerda del arco, al vibrar en su disparo, llegó al oído de Hipólita. La saeta surcó veloz el cielo azul, bajo la atenta mirada de la Loba. La divina reina se giró rápidamente: su larga melena se meció radiante al aire, a la par que su brazo y la espada de Ares que partió el dardo en dos, en un instante. Los ojos de Hipólita se cruzaron desafiantes, con un frío destello, con los de Ainia. En sus mentes ambas recordaron una infancia olvidada, cuando juntas aprendían el arte de la guerra de manos de Armonía, cuando jugaban en las murallas de Tribada soñando con ser valerosas guerreras, grandes compañeras. Separadas en su niñez por el infortunio, la última vez que se vieron fue en el campo de batalla de Atlas y no tuvieron oportunidad alguna de hablar.

Hipólita avanzó un paso. Ainia, desconcertada, bajó su brazo con la palma de la mano abierta, frenando a sus lobas. Las cuales aligeraron las cuerdas de los arcos y observaron aquella guerrera imponente sobre la atalaya que la alzaba. Y se acercaron hacia el campamento teucro, con precaución, sin saber cierto qué ocurría, ni quién era la mujer que había frenado el ímpetu de la Loba con una sola mano, deteniendo la saeta viva y el ataque preparado.

—¡Ainia! —exclamó Imperia.

—¡Imperia! ¡Al fin! —respondió Ainia, rompiendo su silencio con una sonrisa.

Equidna y Antianira levantaron sus puños con los arcos y gritaron su alegría al ver a la joven de regreso, a salvo. El resto de las guerreras les siguieron olvidando su prudencia. Los gritos despertaron a los soldados teucros que, sorprendidos, se sintieron rodeados. Por un momento templaron sus armas, temerosos pues la temible Loba estaba allí, ante ellos.

—Tranquilos, la guerra con las hijas de la luna terminó. No hemos de temer nada de ellas, ni ellas de nosotros, pues somos aliados —dijo Laomedonte a sus hombres. Luego, cruzó su mirada orgullosa con Imperia.

El zumbido mortal de una saeta surcó el aire, atrayendo la atención de las lobas. El dardo atravesó la clavícula del príncipe y cayó de rodillas. El cielo se oscureció con cientos de flechas.

—¡Es una emboscada! —gritó Antianira.

—¿Qué? —exclamó Ainia, antes de saltar entre dos rocas, poniendo a salvo su vida.

Hipólita se resguardó tras la piedra que le hacía de atalaya y miró furtiva a su hermana que corría a refugiarse bajo los escudos teucros, tras el carro de guerra. Sarko saltó tras el mismo tronco que le sirvió de asiento aquella noche. Imperia corrió hacia el príncipe y, sorteando las flechas con la ayuda de la guardia teucra, le arrastró tras dos grandes árboles.

La lluvia de muerte cayó con fuerza, con un pronunciado silbido y fuertes impactos, atravesando a varios soldados y a una decena de guerreras que no pudieron evitar ni correr a tiempo por sus vidas.

—¡Son mercenarios de Iris! —afirmó Laomedonte reponiéndose y observando a los cientos de hombres que se cernían sobre ellos tras la lluvia de dardos.

—Tenemos que salir de aquí antes de que nos rodeen por completo —dijo Hipólita. Luego, corrió veloz hacia los caballos, que se hallaban entre los altos árboles y saltó sobre Zaino.

—¡Al fondo de la garganta, allí nos haremos fuertes! —exclamó Ainia.

Como disparados por un resorte, salieron las guerreras y los teucros corriendo, con el griterío salvaje de los mercenarios resonando tras ellos. Los soldados de Iris llegaron rápidamente al pequeño campamento, lanceando sin piedad a los heridos. Luego, entrechocaron sus escudos con las lanzas y alzaron un clamoroso grito al cielo antes de adentrarse en la garganta.

En su huida, la Loba y sus guerreras se volvían a intervalos presentando batalla, tratando de evitar la lanzada sobre sus espaldas. Hipólita retrocedió al verlas en peligro y, cabalgando sobre Zaino, arrolló a los guerreros con una brutal embestida, salpicando las paredes mientras todos sus demonios olvidados se desataban sobre aquellos hombres. Sentía de nuevo la sangre de Ares hervir en sus venas, el crujir del bronce y los huesos bajo el golpe de su espada y el calor de la espesa sangre bañar su piel. Y se sintió poderosa, viva.

Laomedonte giró la vista, viendo a las mujeres luchar como leonas enfurecidas. Apretó los dientes sobreponiéndose al dolor y corrió con la saeta hundida en su hombro, presto a la lucha. Su guardia le

siguió, con valor y decisión, tumbando sus largas lanzas hacia delante. Antiope e Imperia dejaron a Sarko con los heridos y corrieron preparadas para la batalla.

En aquel lugar, el enemigo no podía rodearlas ni usar las saetas, solo podían atacar de frente y con una estrecha formación. Los mercenarios quedaron estancados en una curva de la garganta, no podían desplegar sus fuerzas y les resultaba imposible avanzar ante la furia de aquellas mujeres. Se estrellaban una y otra vez contra una resistencia desconocida, pisando sobre los caídos, ocupando su lugar, resbalando entre sus propias entrañas y muriendo.

El joven príncipe descargaba sus golpes con destreza, siempre al lado de Imperia, dejándose ver, arriesgando su vida sin temor, demostrando su temple. El arte marcial de las lobas, protegidos los flancos por las altas paredes de la garganta, era muerte despiadada para los mercenarios de Iris. Encaramadas a los riscos, varias de ellas comenzaron a flechar los cuerpos de los soldados que quedaban embutidos en aquel estrecho paso que les impedía maniobrar.

—¡Se repliegan! —gritó Imperia.

Docenas de mercenarios habían caído en el estrecho siseo de la garganta. Una derrota aplastante, vergonzosa. El comandante de las tropas mercenarias no daba crédito. Debía exterminarlas, su misión consistía en acabar con Ainia, llevaba meses siguiendo su rastro.

—¡Malditos incompetentes! ¿Cómo habéis permitido que entren en esa garganta? ¡Ya las teníamos! —gritó con furia.

Se trataba de un hombre mayor, de marcadas cicatrices y tremendos brazos tatuados hasta el cuello. Imponía tanto respeto su ronca voz como la larga lanza que amarraba en sus manos, de doble punta y claveteada asta. Su nombre era Urko y su mala fama, le había hecho merecedor del sobrenombre de «el Miserable». Pero en verdad era también un sabio estratega, veterano de cien batallas y sabía que no podrían ahondar insistiendo por la estrecha garganta.

—Tenemos que rodearlas —comentó a sus capitanes—. Buscad los pasos que lleguen hasta sus espaldas o a la cima. Cazar a esas lobas cuando podamos avanzar por ambos flancos.

—Al norte está el Euxino, no andarán lejos las sendas que nos lleven hasta ellas, mi señor. Mis hombres son rápidos y podremos alcanzarlas antes de que puedan huir. Si no quieren abandonar a sus heridos, marcharán despacio —apuntó uno de sus capitanes.

—Vamos pues, no les des opción... Podrían abandonarlos. Salid marchando con un destacamento de cien hombres. La Loba no puede escapar, a mí no —ordenó Urko.

—¡Señor, una de ellas está ahí! —exclamó un capitán, volviéndose hacia la boca de la garganta.

Zaino se irguió sobre sus cuartos traseros y relinchó con potencia. Hipólita, montada sobre él, con la espada de Ares ensangrentada en su mano, recorrió unos pies, al trote en la distancia. Vio alejarse el destacamento de mercenarios, bordeando rápido la garganta. Comprendió las intenciones del comandante de trazas egipcias, que se hallaba observando su posición. Permaneció por unos momentos sobre su noble caballo, acariciando las largas crines, estudiando a su enemigo. Luego, cabalgó veloz hacia el interior de la garganta.

—¿Es Ainia esa loba? —preguntó Urko a su guía, un hurrita de baja estatura.

—No, mi señor... la Loba es rubia. Nunca había visto a esa guerrera. Pero importante ha de ser, pues con destellante peto, tan larga espada y tal semental nunca había visto a ninguna.

—Pero... ¿Ainia se encuentra ahí, verdad? —preguntó el comandante.

—Sí, mi señor. Varios hombres han muerto bajo su hacha de doble filo... Y bajo la espada de esa guerrera, es diestra y feroz como la Loba.

—La llamaron Hipólita, señor. Yo así lo oí —interrumpió otro de los capitanes.

—¿Hipólita? No, no puede ser. Es solo un mito —aseguró Urko viendo cómo desaparecía el polvo alzado por Zaino en la entrada de la garganta.

—¡Vamos! ¡Tenemos que subir! ¡Ainia, que tus guerreras trepen a lo más alto! —ordenó Hipólita, llegando veloz hasta la estrecha curva de la garganta y señalando unas rocas caídas que permitían subir hasta la cima de la garganta, no sin extrema dificultad.

—¡Arriba! ¡Vamos mis lobas! —exclamó Ainia.

—¡Antíope, ayuda a Sarko! —ordenó Hipólita a su hermana, descabalgando de un salto, y corrió hasta el príncipe teucro—. ¡Que tus hombres recojan a los caídos y los apoyen entre las rocas como si anduvieran con vida! ¡Rápido!

La guardia de Laomedonte levantó a los teucros y a las lobas caídas, colocándolos en posición, con las armas en guardia, apoyados en la pared rocosa y tras grandes rocas, mirando a la entrada de la garganta. Luego, comenzaron a trepar por las empinadas paredes, con precaución de no caer, siguiendo los pasos de las guerreras.

Hipólita se acercó a Zaino, acarició su quijada y la frente.

—Marcha lejos, regresa cuando todo acabe... —le susurró. Y le golpeó con la palma de la mano en los cuartos traseros.

El caballo salió trotando, recorriendo las sendas de la garganta, alejándose de la batalla. Hipólita observó el esfuerzo de mujeres y

hombres por llegar arriba y, de un salto, se encaramó por la pared, agarrándose firmemente a los salientes y trepando sobre la vertical.

De pronto, un grito desgarrado. La divina reina levantó la vista y vio caer a una de las fieles de Ainia. En la prisa del ascenso, había resbalado perdiendo el equilibrio. Rápidamente estiró el brazo y lo cruzó con el de ella, sujetándola al aire por la muñeca. Vio su cara descompuesta y su juventud, no era mayor que Imperia.

—Es una niña —pensó.

Apretó los dientes y tiró de la joven hasta abrazarla; pero el peso hizo que la roca en que se sujetaba comenzara a ceder.

—¡Arriba! —exclamó Antiope, agarrando a su hermana del brazo.

Luego, se ladeó y afianzó a la muchacha. La cual se rehizo, sujetándose por ella misma en el acantilado. A salvo, las tres guerreras subieron la escarpada garganta, buscando la cima.

—¿Estás bien? —le preguntó Hipólita a la muchacha.

—Sí, sí —respondió, avergonzada por la caída.

—Vamos, lo estás haciendo muy bien... Sigue a Antiope, yo marcharé tras tus pasos.

Mientras tanto, los mercenarios de Iris corrían por los pasos de la garganta, buscando el camino. Se trataba de un carrera contra el tiempo: las lobas de Ainia debían de llegar a la cima antes de que los soldados de Iris llegaran hasta su retaguardia.

—Por aquí, la garganta se abre... ¡Son nuestras! —gritó uno de ellos, al encontrar un paso.

Entraron con un fuerte estruendo de muerte, gritando con sus lanzas en alto. Esa fue la señal para que el comandante Urko lanzara de nuevo su ejército contra el paso central. Entraron por ambos lados de la garganta, golpeando con fuerza los cuerpos allí apostados, gritando y amputando con la histeria mortal como compañera. Hasta que llegaron unos frente a otros y, de pronto, pararon en sus voces y golpes.

—¡Son muertos! —apuntó uno de ellos, observando el cadáver de una guerrera con la espada en la mano y apoyada contra la roca, resbalando lentamente hasta el suelo.

Un gran bramido se hizo sentir en la montaña y miraron al cielo oscurecido. Sobre los mercenarios cayó una masa brutal de rocas y dardos que aplastó sin posibilidad alguna de sobrevivir a muchos de ellos y a toda la columna que había bordeado la garganta.

Hipólita se irguió sobre un saliente y observó como huían los que tarde llegaron a la batalla. Ainia y las demás guerreras la observaban, con cierto deleite, con cierto asombro. Todas eran ya conscientes de que la divina reina de las hijas de la luna estaba con ellas.

—Mi fiel amiga, deja en mis manos tu arco y una saeta recta —le dijo a la joven que había salvado de morir en la caída.

La muchacha se acercó a ella: tan brava y sus pasos temblaron, como la niña que era, ante la presencia de la divina reina. Y le entregó su arco de astas y una flecha.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Hipólita, tomando el arco con sus manos y pasando la yema de su dedo pulgar por la punta de la saeta.

—¡Airiél, mi reina! —exclamó.

—Gracias, Airiel —asintió Hipólita y se volvió.

Anduvo ágil saltando entre los riscos, seguida por varias guerreras; hasta que llegó a la entrada de la garganta, en su cima. Observó cómo el comandante enemigo se alzaba sobre la misma roca desde la que lo divisó en su salida sobre Zaino. Aullaba sorprendido por tamaña derrota, golpeando a sus capitanes supervivientes. Y la vio. Se acercó varios pies, desafiante, dolorido, fijándose en la mujer que le había infringido semejante humillación.

—Hipólita, te arrancaré la cabeza... —susurró entre dientes.

Alzándose al aire, el negro cabello de Hipólita acariciaba suavemente sus mejillas hacia delante, empujado por el viento.

—Es Urko, el Miserable. Un mercenario asesino que ha arrasado muchas de nuestra aldeas... Vende a las nuestras en Ilión, como esclavas —dijo Ainia, acercándose a la divina y situándose a su derecha—. Maldito sea, espero que pronto llegue su final.

Hipólita volvió su rostro ante la Loba, recorriendo sus ojos con un destello de nostalgia, de deseo. Sus guerreras esperaban en silencio, junto a Imperia y al príncipe teucro, que permanecía unido a la joven en todo momento.

Antiope avanzó unos pasos, situándose al lado de su hermana, a su izquierda, y observó expectante.

—Larga es la distancia... ¿Es tuyo? —preguntó pasando la mano por el mentón y ladeando la cara, en un claro gesto de desafío.

—Es mío —afirmó suavemente Hipólita.

Luego, armó el arco con su brazo izquierdo y tensó la cuerda con el derecho, lentamente pero con fuerza. Cerró los ojos por un momento, sintiendo la brisa recorrer su cabello de atrás hacia delante. Levantó el arco y se mojó los labios con la punta de la lengua. Sus ojos se abrieron, fijó las pupilas en Urko y la saeta en su pecho; y la dejó escapar, abriendo las yemas de sus dedos en una décima de segundo. Por un momento, aquel comandante egipcio y la divina reina se cruzaron la mirada, el tiempo que tardó la flecha en atravesarle el corazón.

—No.... es... posible... —susurró cayendo, dejando escapar la vida entre palabras de asombro.

—Tal puntería, fuerza y destreza solo está al alcance de la más grande de las hijas de la luna —susurró Ainia, dejándose oír y fijando

sus hermosos ojos en la mirada de ella. Luego se arrodilló sobre un pie y le brindó respeto bajando la cabeza; y todas las lobas le siguieron.

—Hace mucho que no nos vemos, Ainia; y no he venido buscando pleitesía —le dijo, poniéndose de cuclillas ante ella, y la levantó de las manos para darle un abrazo. Ainia sintió su cuerpo estremecerse, notando su calor, su fragancia y recordó otros tiempos, cuando eran niñas y la abrazó con fuerza.

—Se marchan, derrotados y humillados —afirmó Antíope, viendo alejarse a las diezmadas tropas mercenarias, sin comandante ni gloria.

En ese momento, Laomedonte cayó al suelo, sin fuerzas, con un agónico lamento y la mano cubriendo su herida de guerra.

—¡Lao! —exclamó Imperia.

* * *

Doscientas naos de guerra, con más de diez mil aqueos, avanzaban surcando las aguas egeas comandados por un glorioso guerrero: el general Clearco, el León de Micenas.

—¡Mi general, las costas de Lezpas! —exclamó Acamante, un hermoso joven, que corrió por la cubierta con el torso desnudo hasta posarse a sus pies. Sin padres conocidos, aunque entre los suyos aseguraban que era hijo de Apolo y Afrodita por su belleza y agilidad, era fuerte, de ojos castaños, pelo corto rizado y labios gruesos. Fiel compañero del general en el combate y en la intimidad.

—¡Sí, ya veo! —aseguró Clearco e, inquieto, paseó de babor a estribor de la nave.

Cazador implacable de glorias y fortunas, no arengó a sus hombres ante una nueva presa; por el contrario, mostró un entusiasmo inusual para un desconfiado Acamante. Las naos bordearon la costa norte de Lezpas en dirección hacia el puerto de Lesbos. Una muchedumbre les esperaban, pero no dispuesta para la lucha, sino provista de víveres en abundancia.

En el palacete de Lesbos, la reina Iris asomó su rostro a través del alto ventanal. Extasiada ante la algarabía que ocasionaba la llegada de la flota aquea, salió apresurada a la terraza. Y vio, más allá, destacando en el azul, las blancas velas deslizándose sobre el mar. Su rostro se sobrecogió y una sonrisa alumbró su cara.

Clearco fue el primero en desembarcar, tenía preparado un majestuoso carro de guerra, propio de un rey. Iris había llegado mucho más allá de lo que nadie hubiera pensado en su larga estancia en Ática, exiliada del reinado de Menalipa llegó hasta el corazón de un hombre poderoso: el León de Micenas. El cual, galopando veloz en aquel carro, se acercaba hacia el palacio, esperando impaciente el momento de abrazarla.

Las naos fueron llegando al atraque, una a una, sin prisa. Solo quedaron fuera del puerto unas embarcaciones que destacaban por portar velas negras, como la madera de su casco, y un gran ojo pintado en la quilla. Serían los últimos en cargar y los primeros en partir, estaban gobernadas por soldados con un ardor sin igual; hombres fuertes de curtidos cuerpos, largas lanzas y capas rojas. Formaban la semilla de un naciente pueblo que se alzaba al sur de Ática, en Lacedemonia: Esparta, los más diestros y fuertes de los hijos de Atenea.

No tardó Iris en ver llegar a Clearco, desde la terraza. Golpeó por dos veces la baranda de piedra con su puño y corrió emocionada, escaleras abajo, hasta llegar a él y fundirse en un intenso abrazo. El general la estrechó con fuerza y, tomando entre las manos sus mejillas, la besó con ardor guerrero, una y otra vez.

Tardaron una semana en cargar los víveres en las naves, que permanecieron a buen resguardo en el golfo del gran Kalloni. Un tiempo de disfrute para los destinos de Clearco e Iris, donde las risas y las promesas de amor no faltaron.

Llegado el día, junto a las amarras del puerto, la pareja observaba cómo partían las primeras naos en busca del mar abierto. Tras ellos estaba Acamante. El rostro serio de su faz delataba sus marcados celos. Pero, fiel a su amado general, mantenía la postura marcial y sonreía a la mujer que lo alejaba de él.

—Te noto tenso. ¿Te encuentras bien, mi fiel Acamante? —le preguntó Clearco.

—Bien estoy, mi general —respondió, tragando saliva y ocultando su pesar.

—Descansa, Acamante. No es precisa tu presencia. Ve y descansa —le dijo Iris, fijando los ojos en el joven aqueo, viéndolo efebo, deseando alejarlo de su lado.

Una guerrera de imponente porte, desconocida para Iris, pasó junto a ellos. El general inclinó su cabeza en señal de respeto y una gran curiosidad invadió a la reina, que se olvidó de inmediato del joven Acamante y fijó la vista rápido en la hermosa mujer: era alta, esbelta, de largos cabellos morenos, piel muy pálida y ojos negros como tizones.

—Una guerrera entre los aqueos, increíble... —susurró.

El pálido rostro de aquella mujer la hacía parecer frágil y su sonrisa noble, bondadosa. Pero el peto de reluciente bronce, de grandes garras de rapaz talladas, dando forma a sus senos bajo la gorgona Medusa y las numerosas cabezas de serpientes que adornaban su ancha capa, delataban su verdad. Cruzó la vista con ella y sus ojos oscuros, sin pupila ni expresión, se clavaron en los suyos como dagas. No pudo

aguantar la mirada: Iris bajó la cabeza a la vez que apretó con fuerza la mano de Clearco.

—No temas. Tú que eres de noble sangre de reinas, has de demostrar tu casta y temple ante ella. Esa poderosa mujer no te hará daño alguno, pero podría. Es temida entre los hombres, guerrera despiadada entre soldados, divina entre los dioses. Su ira y destreza solo es comparable a la de Ares, azote de mortales... Pero está con nosotros —le dijo Clearco, notando su temor.

—Nunca me había sentido así, su mirada me produce escalofríos y siento un halo de muerte que solivianta mi piel. ¿Quién es? —preguntó Iris, intrigada.

—Es Atenea, la de ojos de lechuza. Su nombre no se ha de mencionar en vano, pues es divina y mis labios podrían quedar sellados. Respétala y evita su furia, es mi sabio consejo.

Iris volvió a mirarla con denotado temor, la mujer que la había hecho estremecer hasta la médula se erguía en la proa de la nao espartana, desafiante. Nadie, nunca, le había causado tal sensación. Notó el terrible poder que manaba de ella y temió por su vida.

—Vamos pues, vayamos a nuestra nao. Es la más grande y de estancias más lujosas, con aromas y sabores apropiados para una reina —exclamó Clearco, llevándola consigo de la cintura.

La flota partió surcando las calmadas aguas de la costa de Anatolia, con miles de aqueos bramando su ira. Solo permanecía en silencio aquella a la que llamaban Atenea, una diosa despiadada y sabia que conducía la suerte de su pueblo.

Tras el paso del gran Deucalión, las fratrías aqueas se alzaban orgullosas de nuevo de la mano de la divina hija de Zeus y, con ansia feroz, lo devoraban todo a su paso, extendiéndose por el Egeo. En pie, sobre el mástil de popa de la negra nao espartana, la divina guerrera observaba con serenidad el horizonte donde despuntaba el sol. Las orillas de Lezpas quedaban atrás y las de Anatolia se dejaban ver en el horizonte. Sus ojos brillaban como perlas negras y una sonrisa iluminaba su rostro.

Capítulo 12

IMHOTEP-PTAHI, EL SABIO ANCIANO DE MEN-NEFER

Un sonido atronador levantó el rostro sudado de Gadir hacia las alturas. En ese mismo instante, un rayo partió el mástil de la nao. Las llamas saltaron de inmediato conforme las bravas aguas del mar se tragaban la proa. Una tormenta desatada desde el mismísimo infierno de Hades empezó a caer, meciendo las naos atlantes entre olas gigantes y vientos huracanados como simples cáscaras de nueces que chocaban entre sí, zozobrando engullidas por remolinos gigantes.

—¡El tridente de Poseidón golpea con fuerza! ¡Por todos los dioses, no bastaron nuestros sacrificios! —exclamó Tarss, aterrorizado.

En un instante, Gadir le vio desaparecer tragado por una tremenda boca de agua, oscura y violenta. Saltó para intentar rescatarle, estirando el brazo, pero su mano quedó vacía. Recorrió la nave dejándose azotar por el agitado mar mientras la nao crujía partiéndose en dos.

—¡Poseidón! ¡No abandones ahora a tus hijos! ¿Por qué envías de nuevo tu ira sobre nosotros? ¡Yo te ruego en nombre de tu fiel pueblo que por nosotros te muestres piadoso!

Un rayo cruzó el ennegrecido cielo sacudiendo todo su ser y salió despedido al aire, cayendo en las embravecidas aguas. Su cuerpo se hundió, perdiéndose en la oscuridad azul. Sus pulmones parecían estallar y sus ojos, hendididos ante la atroz muerte, relataban el horror que estaba viviendo. Una tremenda garra marina lo envolvió acercándole a una faz de aguas aceleradas por boca y remolinos por ojos.

—¡Tú, que de mí reino renegaste por vivir con esa mujer! ¿Cómo osas pedir clemencia o hablar en nombre del pueblo que abandonaste?

—¡Esa mujer expulsó a los hijos de Atenea y salvó nuestro orgullo como Atlantes! ¡Es mi reina y por ella moriré! —exclamó Gadir preso de aquel puño, tragando agua, notando el sabor de la sal quemar sus entrañas.

La masa deforme de agua entrecerró los ojos y sonrió, mientras observaba la agonía de Gadir muriendo en su poderosa mano.

—No es mi tridente, sino el rayo de Zeus, implorado por Atenea, quién barre tus naves... —aseguró—. Yo cuidaré de mis hijos, pero gran sacrificio tendrás que pagar, pues un dios del Olimpo no es digno de reses. ¿Serás capaz?

—¿Mi sangre valdrá para calmar tu sed? —respondió Gadir.

Poseidón le soltó y lanzó su tridente con fuerza hacia la superficie, rompiendo el mar y alcanzando el rayo de Zeus. El cielo resplandeció con una gran furia mientras las aguas parecían fundirse con las nubes.

—¡Acaba con ellos, hijo mío! ¡Pero no olvides mi sacrificio! —escuchó Gadir mientras sus pulmones estallaban con violencia y lanzaba al aire vómitos de sangre.

En ese momento despertó.

—¡Señor! ¿Qué ocurre? ¡Tus gritos de tormento me han traído hasta el lecho, solo con abundante agua pude rescatarte de tus miedos! —exclamó Tarss, alzándole la cabeza mientras sostenía con la otra mano una jofaina vacía.

Gadir aspiró profundamente y trago saliva, miró a ambos lados y se fijó en el rostro preocupado de su general. El sudor y el agua mojaban su cuerpo, pero los temblores no habían desaparecido. Estiró sus brazos, agarrando con fuerza las tensas muñecas de Tarss mientras recobraba el sentido, buscando dónde se hallaba.

—¿Y los hombres? ¿Se salvó alguno? ¿Pasó la tormenta? —preguntó Gadir.

—Los hombres están bien... Pero, ¿qué tormenta? Me estás asustando, mi noble amigo.

Un suspiro final le devolvió a la realidad.

Aquella mañana, una suave y calurosa brisa empujaba las anchas velas de las naos atlantes a través del Mar entre Tierras. Tras tres semanas de navegación con el viento a favor, observaban la lejana costa, apenas visible por la bruma matutina. Numerosas gaviotas revoloteaban alrededor de cada nave, elevándose sobre las cálidas corrientes que traía el Desolado de Aethiopes.

—¡Entramos en tierras egipcias, mi señor! —exclamó el viejo Senil—. Atrás queda Lybia.

—¡Por fin! Estas naves no están preparadas para un viaje tan largo, necesitan descanso y reparos... ¡Y nosotros! —asintió Tarss.

En ese momento, el crepitar de una enorme y voraz llama inundó el aire atrayendo la atención de todos. Una de las naos, prendida su vela y timón, navegaba a la deriva.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué está ocurriendo? —preguntó el comandante atlante.

—Los hombres abandonan la nave, están saltando al mar —apuntó Senil.

Ardiendo, la nao tomó rumbo hacia la costa, ante la atónita mirada de los atlantes. Nada pudieron hacer por impedir que se consumiera en su camino hacia los acantilados. Gadir observó en silencio; luego, volvió su atención hacia dos supervivientes que eran izados a cubierta.

—¡Hablad! —espetó Tarss, con enorme disgusto, intimidando a aquellos hombres.

—Cada vez éramos menos, mi señor. Hoy caímos en cuenta que desaparecían cuando bajaban a la bodega y decidimos saber. ¡Y fue horroroso! —aseguró uno de ellos.

—Portábamos teas para vencer la oscuridad y en la profundidad encontremos los cuerpos desmembrados. Observé con horror la cabeza de uno de los nuestros, no pude reconocerle. Se hallaba rodando a merced del balanceo de la nave; estaba quebrada, sus mientes vaciadas...

—¡Un demonio del mar nos estaba devorando! —apuntó el otro marinero entre temblores.

—Explícate... —solicitó Gadir, alzando el entrecejo.

—La sangre hacía deslizar nuestros pies, avanzamos con las lanzas prestas y las teas dando luz en la oscuridad... Ese demonio se echó sobre nosotros. Nuestros guerreros cayeron con la espalda descarnada. ¡Y nada vemos! ¡Solo unos terribles colmillos! Luego, llegaron los gritos desgarradores, las teas rodaron hasta las cajas de saetas y prendieron. Todo ocurrió muy rápido, la llamas devoraron la escala, alcanzaron la vela y saltamos por la escotilla. Nada se pudo hacer...

—¿Han desaparecido más hombres en otras naos? —preguntó Gadir.

—No tenemos constancia de ello, mi señor; lo comprobaremos —dijo Senil.

—Marchad y reponer vuestro resuello, estáis a salvo —ordenó Tarss, intercambiando su mirada intrigante con Gadir.

—Daremos un vistazo a la nave, si antes no se hunde. Tratemos de salvar lo que podamos. Y si ese demonio todavía sigue ahí... —apuntó Gadir, templando su afilada espada.

Navegaron cuatro botes con numerosos guerreros, atentos a cualquier detalle de la humeante nao. En uno de ellos marchaban Gadir y Tarss, en silencio observaban las maderas hechas carbón. Bañado por el agua marina, el casco permanecía encallado entre aristadas rocas y el fuego todavía consumía parte de la cubierta. No había rastro de nadie, ni huella delatora alguna.

—No hay nada que rescatar —apuntó Tarss, observando la cubierta arrasada.

—¡Abajo! —exclamó Gadir, tratando de saber.

Saltó a la orilla desde la barca, acompañado de varios hombres, y miró la nave desde tierra, viendo la escotilla de la bodega destrozada, con las astillas hacia fuera.

—Alguien, demonio o no, ha salido con urgencia. No un hombre sino una poderosa criatura capaz de quebrar la madera —apuntó Gadir.

—Deberíamos marchar, mi señor. Si ese demonio ha bajado a tierra o vuelto a la mar, tendríamos que alejarnos para perdernos de su furia antes de que pueda darnos guerra —le aconsejó uno de sus hombres, inquieto y sin dejar de mirar a todos lados.

Gadir se volvió hacia unas tupidas matas que se ahondaban en un alto bosque de tarays. Las maderas quemadas crujieron y la nao comenzó a hundirse, y volvió su vista al mar.

—Sí, regresemos, aquí nada podemos hacer ya. Una empresa mayor nos espera, aunque me gustaría haber visto a ese demonio que ha sido capaz de domar a mis bravos guerreros y hundir una de nuestras naos.

Conforme los dos botes regresaban, unos ojos felinos observaban entre el matorral. Con un pequeño rugido, desaparecieron interándose en el bosque.

En el resto de las naos no faltaba hombre alguno, la fatalidad solo se había cernido sobre una de ellas. La nueva reconfortó a los comandantes que, sin tener claro lo sucedido y con la mente ida sobre el demonio del mar, siguieron su rumbo sin más demora.

—¡El Gran Nilo! —exclamó Senil de pronto.

Toda la tripulación corrió, en aquella tarde soleada, por la cubierta de la nave. Gadir y Tarss sonreían, la tragedia quedaba atrás, habían llegado.

—Entremos en este cauce, mi señor. Lo recuerdo bien, es uno de los brazos que a Men-nefer nos ha de llevar, es estrecho pero hábil para navegar.

Podremos descansar y hacernos con alimentos —dijo el viejo guía, señalando una manga que se adentraba en tierra, conteniendo su alegría tras el largo viaje.

Recorrieron el río hacia su interior, pero no hallaron nada. Gadir pronto se percató de que no había población alguna donde fondear y que los apacibles pescadores que encontraban en su remontar huían de las orillas conforme se acercaban las naves atlantes.

—Senil, ¿estás seguro de que vamos bien? —preguntó Gadir—. El río se estrecha y la navegación es cada vez más difícil.

—No recuerdo bien, mi señor. Quizás fuera otro brazo venidero, más grande...

Navegaron sin rumbo buscando alguna aldea hasta encontrarse con una pequeña barca en la que había un hombre alto, vestido de telas blancas, y un niño pescando. En la orilla, un carro y varias mujeres de tocados finos y telas de corte egipcio les observaban con asombro. El niño se quedó boquiabierto, acercándose a la proa para observar mejor a los extranjeros. Gadir levantó su brazo, saludó con una sonrisa sincera y el muchacho le sonrió alzando sus cejas y la mano.

Como un destello salido de la nada, una enorme masa armada de agudos dientes saltó del agua sobre la barca, sobresaltando a todos. Su cabeza era tan grande como un carro y sus fauces, poderosas y alargadas, capaces de tragarse a un hombre de un bocado, se hallaban repletas de largos colmillos. El horror se hizo dueño de los pescadores, un enorme cocodrilo de al menos veinte pies permanecía atenazando la proa y quebrando las maderas como si astillas fueran. El pie del niño quedó preso entre varios tablones dentro de las fauces del enorme reptil.

—Por todos los dioses, ¿qué bestia es esa? —preguntó Gadir, sacudiendo su cabeza.

—¡Es el demonio del mar! —exclamó Tarss.

La tripulación atlante permanecía con la boca abierta, jamás habían visto tan poderoso animal. En la orilla gritaban y el hombre de la canoa empezó a golpear la cabeza del enorme cocodrilo. El cual, giró sobre su cuerpo, partió las astilladas maderas y se hundió en el agua llevando consigo la proa de la barca y al muchacho. El cual asomó su cara en la superficie, por dos veces, pidiendo auxilio, antes de ser arrastrado a las profundidades. Gadir se deshizo del peto de bronce, apretó los dientes y saltó sin pensarlo al agua con una afilada daga en la mano.

Buceando, logró asirse al lomo del cocodrilo y le golpeó con fuerza intentando hundir la hoja de bronce en su cuerpo. No pudo. La piel del poderoso animal era compacta y dura como la roca. Sintió que comenzaba a faltarle el aire mientras observaba, bajo el agua, el rostro aterrorizado de la criatura de apenas diez años y vio en él la inocencia de su amado hijo.

—No puedo dejarle morir —pensó. Y golpeó con furia al reptil.

El enorme cocodrilo se posó en el lecho de río y rodó sobre sí mismo, enturbiando el agua y quebrando raíces sin soltar la pierna del niño. La cual, se mantenía firme gracias a las maderas de la barca que, cruzadas sobre su carne, le salvaban de los terribles colmillos; pero no de la presión que le mantenía preso en las mortales fauces.

Gadir vio cómo los pequeños párpados del muchacho se cerraban mientras de su boca emergían exiguas burbujas. Con valor, trepó sobre el lomo del animal alcanzando la enorme cabeza. Su pecho parecía que

le iba explotar, necesitaba respirar y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, hundió la daga en un ojo de la bestia, una y otra vez. Un fuerte espasmo sacudió al cocodrilo y Gadir salió expulsado hacia arriba con un violento golpe. Su cabeza rompió la superficie con apuradas arcadas, viendo a su nave y a Tarss sobre en el mástil de la proa, junto a sus hombres, templando largas lanzas.

—Allí, Gadir, allí... ¡El muchacho! —exclamaron.

Se volvió y vio flotar al niño boca abajo, guardó la daga y se dirigió hacia él. Le dio la vuelta, le sacó la cabeza por fuera del agua y nadó con el niño hacia la nao, con rapidez. Tarss le lanzó dos gruesas maromas y se hizo con una, sin parar de mirar a los lados por si aparecía la bestia. Se la pasó bajo los brazos al joven, se la anudó en el pecho y se asió a la otra cuerda con una mano.

—¡Rápido! ¡Sacadnos de aquí! —exclamó, escupiendo agua.

El cocodrilo apareció sobre la superficie, apenas a unos pies, visible solo los orificios respiratorios, los ojos, el lomo y la punta de la cola. Y se sumergió.

—¡Tirad! ¡Tirad! ¡Sacadlos de ahí! —insistió Tarss, nervioso.

Los hombres tiraron fuerte y les sacaron del río, al aire, asidos a la maroma. Una explosión de agua se alzó tras ellos; el cocodrilo surgía de nuevo con sus enormes fauces abiertas para cerrarlas con fuerza, con un sonido que sobrecogió a todos. Gadir, suspendido de la cuerda, levantó las piernas por encima de su cadera para esquivar la mordida. Los guerreros atlantes lancearon con fuerza al animal, que desapareció de nuevo bajo las turbias aguas, tuerto y sin presa.

En la cubierta, Gadir atendió al joven; le tumbó de lado y le golpeó la espalda con la palma de la mano abierta. El muchacho lanzó una arcada de abundante agua y abrió los ojos, entre tosidos y convulsiones. Confundido y viéndose sobre la nave, sonrió tembloroso, sintiéndose a salvo. Mostraba algunas magulladuras por el cuerpo, su pie estaba hinchado y sangraban sus cortes, pero no tenía herida alguna de consideración. Aquellas maderas le habían salvado la pierna y Gadir la vida.

—Muchacho, hoy Poseidón te envió al mejor de sus hombres para salvarte de ese demonio —apuntó Tarss, de forma satisfecha.

Gadir miró a su general y se sintió pletórico, sonrió y abrazó al muchacho, que todavía no salía de su sorpresa y emoción.

Tarss observó la orilla y vio que no había nadie. Los pescadores y las mujeres de tocados finos se habían marchado corriendo, tras ser testigos de la gesta.

—Salgamos de estas aguas turbias, ¡no me gustan nada! ¡Busquemos la boca principal del Gran Nilo, pues aquí nada hemos de encontrar! —exclamó Senil.

—Será lo mejor. Dejaremos a este joven valiente en lugar seguro, procura ahora que se encuentre bien. Y más te vale disponer de mejor memoria en otra ocasión —le dijo Gadir.

—Sí mi señor, pero reflexionad: mi mala memoria fue vida para este joven infante. Es posible que fuera designio de los dioses que así fuera.

—Razón tienes, no lo voy a negar —asintió Gadir—. Hemos salvado la vida de este muchacho y además hemos visto el rostro del demonio marino... ¡Y vencido fue!

—Quizás tu mala memoria no sea tan mala —apuntó Tarss.

Los hombres de Gadir le miraron con orgullo conforme se erguía, de nuevo, con su coraza brillante y levantaron sus lanzas al aire con un gran estruendo que impresionó al joven egipcio. Las naos cambiaron su rumbo y pronto alcanzaron de nuevo las aguas del Mar entre Tierras.

Para júbilo de todos, un enorme bando de delfines alcanzó la flotilla. Jugando en sus proas, saltaban avanzando entre cabriolas, cruzándose de lado a lado bajo ellos, haciendo las delicias de aquel joven que miraba extasiado a los juguetones cetáceos.

—Poseidón nos envía a sus criaturas, nada hemos de temer pues. Es buen augurio ser escoltados por alegres delfines; gracias le debemos a Poseidón —afirmó Tarss, complacido.

Gadir posó su brazo en los hombros del muchacho y pensó en su pesadilla, su promesa de sacrificio y en lo cerca que había estado de la muerte. Luego, con una sonrisa, le animó a disfrutar de aquella visión. Los delfines acompañaron a la expedición por largo tiempo, hasta que llegaron a la desembocadura del Gran Nilo.

Pronto vieron gentes menudas en sus orillas, que atentas les observaban. Muchos de ellos eran jóvenes de túnicas blancas y pelos rapados. Numerosos niños salían corriendo hacia el interior gritando, otros les seguían por ambas orillas, alzando sus manos.

Empezaron a aparecer soldados, armados con lanzas y grandes arcos, que marchaban sobre carros ligeros.

—Son guerreros egipcios señor, nunca deben haber visto antes naves atlantes. Si pensaran que somos aliados, nos recibirían con alegría; si nos creyeran aqueos u hostiles pueblos del mar, habrían llenado nuestros barcos de saetas —le indicó Senil a un interesado Gadir.

Tarss anduvo por la cubierta y se irguió sobre el mástil, levantando la mano y saludando. Quería dejar bien claro que no eran enemigos antes de que los soldados así lo entendieran. Gadir, acompañado del muchacho y de Senil, le siguió, sonriendo. Los egipcios les respondieron al ver al joven a salvo y alzando las manos eufórico. La flotilla siguió remontando las turbias aguas en dirección a la milena-

ria polis de Men-nefer; acompañada desde la orilla por los guerreros egipcios.

—No nos atacan, pero tampoco muestran excesivo entusiasmo ante nuestra presencia —apuntó Tarss.

—¿Crees que nos ayudarán? —preguntó Gadir.

—¿Por qué no? ¡Son buenos comerciantes además de guerreros! Y este joven nos ayudará. Nuestras naves avanzan poderosas, les será más fácil comerciar que guerrear con unos desconocidos bien armados —argumentó Senil.

—¡Naves de guerra! ¡Delante! —gritó el vigía, alterando la paz y creando la duda.

Quedaron traspuestos al ver frente a ellos una poderosa flota cerrándoles el paso. Grandes naves se mantenían firmes, guarecidas sus cubiertas y armados sus hombres.

—Esto no me gusta, nos impiden avanzar... —dijo Tarss.

—Mi señor, por estribor se acerca una pequeña barca con dos hombres y un joven guerrero —advirtió uno de los vigías.

—Haced señas de que se dirijan a esta nave —ordenó Gadir.

En la barca, los dos egipcios miraban con detenimiento aquella nao de símbolos desconocidos, a los extraños que les invitaban a subir, las largas lanzas y sus petos de bronce tallado, señal inequívoca de que eran grandes guerreros.

Tarss les habló unas palabras, pero nada entendieron. Y les ayudaron a subir. Saludaron al niño egipcio, que se apresuró a sus pasos y les contó su aventura. Si bien los atlantes no pudieron entender nada, sí comprendieron los gestos que realizaba: cómo imitaba la boca del gran cocodrilo y lanzaba puñaladas al aire. El joven se acercó a Gadir, le abrazó por un momento y se fue con los egipcios, dejando tras él una ancha sonrisa.

Gadir y Tarss estuvieron tratando de hacerles comprender quienes eran por largo tiempo. Pero todo esfuerzo resultó en vano, pues no se entendían en manera alguna. El comandante atlante hizo traer vino dulce en un barrilete y abundante argéntea, les ofreció beber el delicioso licor y en sus manos dejó el valioso metal. Los egipcios bebieron unos cuencos y guardaron los generosos regalos. Luego, se despidieron y se dirigieron hacia su barca, acompañados del niño, el cual les saludaba la mano, agradecido.

—¡Espera, valiente! —le dijo Gadir al muchacho y, tomando la daga con que había herido a aquel demonio, se la regaló.

El niño la tomó, visiblemente emocionado, y le miró como si fuera un dios. Entonces, hizo un gesto altivo y los egipcios le tendieron la mano para ayudarle a bajar de la nao.

—¿Crees que nos habrán entendido? —preguntó Gadir, viendo cómo se alejaba la barca.

—Espero, pues en nada nos conviene entablar aquí una batalla indeseada. Preparemos la marcha, quizás sea más conveniente aprovisionarnos en una aldea en la orilla del mar, donde no encontremos soldados que puedan amenazar nuestra empresa —contestó Tarss.

—No encontremos poblaciones que puedan satisfacer nuestras demandas en las costas, se hallan en este río. Más allá no recuerdo que nada hubiera en largo recorrido —apuntó Senil.

—Esperaremos pues, nuestros hombres necesitan descanso y víveres. Y las naves reparo. ¡Alguna respuesta ha de darnos esta gente! —exclamó Gadir.

—Sí, pero quizás no nos guste —murmuró Tarss, desconfiado.

—No creo que entablen batalla ante quien cuida de sus hijos, les ofrece dulce vino y valiosa argéntea. Estarán deliberando —apuntó Gadir, tranquilizando los ánimos de su viejo amigo.

Gadir pasó la noche tumbado sobre las maderas de la cubierta de proa, rascando con sus dedos las astillas que sobresalían en un vértice, observando los destellos del agua, viendo pasar las estrellas fugaces, descifrando designios estelares, pensando en Hipólita y en sus hijos. Tarss vigilaba las orillas y los movimientos en los barcos egipcios, paseando de estribor a babor, acompañando a la guardia. Finalmente quedó dormido, apoyado entre unas gruesas maromas de la cubierta.

Rompiendo el sol por el horizonte, una embarcación egipcia se acercó hasta la nave. Esta vez no se trataba de un pequeño bote, sino una larga barca, de ancha cubierta, guiada por dos remeros y guardada por dos guerreros de larga lanzas. Y con un techado de estrechas hojas de palmera en la popa. A su sombra viajaban un anciano de lustrosa vestimenta y dos bellas mujeres rodeadas de buchonas palomas. Se saludaron levantando las manos, pues no se dieron palabra alguna al no entenderse, y Gadir les invitó a subir.

Los egipcios se negaron, por el contrario les invitaron a bajar a su embarcación con un amable gesto.

—¡Bajemos pues! —dijo Gadir.

—Sí, no creo que exista treta alguna. Sus naves se mantienen alejadas y ésta no supone amenaza alguna. Seamos corteses y veamos qué nos ofrecen —apuntó Tarss.

Abordada la barca, se acercaron hacia la sombra del techado. Sentado junto a una mesa ovalada, el anciano les miraba sonriendo. Era delgado, de cara afable y ojos limpios como su rostro blanquecino. Ataviado con un fino casquete azulado en la cabeza, portaba una égida pectoral, labrada en cuero y oro y en forma de collar, sobre una blanca túnica. En su frente, el anj de la vida; en la barbilla, una larga barba,

estrecha y cuidada; en la mano derecha, asido con firmeza, el cetro uas, símbolo de poder y fuerza.

El anciano extendió los brazos como un gesto de bienvenida, invitándoles a la mesa. Las dos mujeres les miraban con denotado interés, con sus enormes ojos pintados hasta las sienes y su pelo liso, adornado con diademas de oro y piedras preciosas. Gadir y Tarss entendieron que se hallaban ante una gran personalidad, pero más fue su sorpresa cuando habló.

—Sois de Atlanta... ¿Verdad? —preguntó el anciano.

—¡Por todos los dioses! ¡Nos entendemos! —exclamó Tarss.

—Sí, de las nobles tierras de Gadeira, tierra de atlantes —contestó Gadir, casi al unísono.

—Lo sabía, ese vino y la pureza de vuestra argétea solo la hallaron nuestros mercaderes en Tiro y, aseguraron, la habían comerciado en las tierras salvajes de Occidente: en Atlanta, el único reino de hombres civilizados que dicen los dichos que las habita. Mucho hablamos de vuestra mítica tierra, sabios y sacerdotes; mas ahora tengo por bien cierto que no es mito, sino historia verdadera. Sentaos, vengo de Men-nefer y mi nombre es Imhotep-Ptah. Soy el sumo sacerdote del templo de Hat Ka Ptah, la casa del espíritu de dios —se explicó el anciano.

—Tarss es mi nombre, general de las bravas columnas de Gadeira; y ante vos... ¡Gadir, mi rey, noble señor! —apuntó Tarss.

—¡Cuánto honor! —exclamó el viejo sacerdote.

—¡Nuestro es el honor! No son muchos los navíos de comercio que llegan a puerto desde tan lejos, pero me alegro que nuestro vino y argétea sea tan afamado —dijo Gadir con voz cordial.

—Dicen que vuestro reino es ejemplo de regencia y prosperidad, donde se encuentra la gran Atlas de Poseidón. Un hombre de aventuras, explorador sabio, llegó hace mucho tiempo y me habló de sus virtudes, me enseñó vuestro idioma, muy común al aqueo. Pero un buen día desapareció y nunca más supe de él, ni de vuestra tierra. Marchó dicen a las lejanas tierras de las hijas de la luna. Thesitas le llamaban, un gran hombre —añadió el anciano Imhotep-Ptah.

—Tras el infortunio y las guerras que han sacudido nuestro reino, todo ha cambiado en demasía. Para mi gran pena, Atlas no existe, fue destruida y el mar la engulló, muchas de nuestras aldeas desaparecieron consumidas por la ambición aquea, hoy solo Gadeira mantiene el espíritu de Atlanta —apuntó Gadir, con un lamento.

—No sé nada de todo eso, cuánto lo siento... Y de Thesitas ¿qué sabéis?

—No le conocí bien, pero grande era su fama. Supe que fue muerto en tierras de inhumanos. Fue un gran hombre, guía y amigo de reyes nobles —contestó Gadir.

—Poco más preguntaré, pues no hallo más que desconsuelo. Pero por favor, sentaos a mi mesa y bebed de nuestro vino. No es tan bueno como el vuestro, pero sirve bien para calentar el ánimo, acelerar las palabras y calmar la sed.

Las dos mujeres empezaron a servir la mesa, mostrándose atentas y simpáticas, entre disimuladas risas y destellos de rubor. Colocaron cuencos de valor, platos de lujo y manteles de tela suave; fruta tierna, pastas de harina y roscos de anís. Llenaron los cuencos de vino en abundancia y sonrieron a los dos atlantes, que no apartaban su vista de ellas.

—¡Son hermosas! ¿Verdad? —apuntó el anciano, dando un sorbo de vino.

—Sí, son realmente preciosas —confirmó Tarss.

—Son mis protegidas, Maat e Isis, celebro que os gusten —aseguró el anciano sacerdote. Luego, bajó la voz y se acercó al oído de Tarss—. Y andan sin consuelo, os las llevaréis, ¿verdad?

Tarss se quedó perplejo y, sin saber qué decir, miró a su comandante.

Imhotep-Ptah empezó a reír. Mientras, las bellas mujeres comenzaron a servir la carne estofada. El olor que despedía el guisado despertó de inmediato el hambre de los dos hombres.

—¡Uf..., pensé que hablabais en serio! —dijo Tarss.

—¡Y hablo en serio! —le respondió cortando en seco su risa.

Por un momento Gadir y Tarss quedaron confusos, pero Imhotep-Ptah enseguida sonrió y comenzó a reír entre dichos improvisados. Estuvieron hablando durante aquel copioso almuerzo que se prolongó toda la mañana, el sol cenital delataba el mediodía y el vino seguía corriendo.

—Sea pues como queréis, nos proveeremos en la polis de Sau, mis hombres bajarán desarmados de las naves, de una en una, y cargarán agua y víveres. El precio acordado me parece razonable. Ahora, disculpadme, marchó a descansar este copioso almuerzo... Vuestro vino es muy peligroso, mi buen amigo —dijo Tarss.

Gadir se quedó acompañando al anciano sacerdote durante un tiempo más, observando las naves de guerra que seguían bloqueándoles el paso río arriba.

—Dime sabio Imhotep-Ptah, ¿porqué permanecen en guardia? —preguntó.

—Tú me has hablado hoy, con cierta pena, de vuestra tierra Atlanta, de sus guerras con aqueos, de lo hermosa que fue y de su trágico final. Nosotros hemos expulsado al invasor hicsu tras cien años de lucha; cualquier nave armada es un peligro. Los hititas se alzan desafiantes en la frontera de Kadesh y los aqueos han arrasado Knossos. Y el faraón batalla aún contra los hurritas. Vivimos en guerra, debemos

ser cautos. Nuestro legado milenario estuvo a punto de desaparecer a manos de extranjeros como, en infortunio, ha ocurrido con vuestra amada Atlanta.

—Hacéis bien desconfiando de aquel que os visita armado en vuestro hogar. Pero nuestro camino es otro, estamos de paso. Sé de la tragedia de la guerra y no veo gloria ni honor en ella, solo muerte y desesperación. No tienes nada que temer, pues no somos conquistadores ni saqueadores, una vez realizada la empresa emprendida, volveremos a nuestro hogar.

—Sabias palabras las tuyas, eres hombre de honor; sin duda un gran rey. Me has hablado de tu fértil tierra, de la nueva Gadeira, enormemente sorprendido quedé y quisiera visitarla. Pero no me hablaste de vuestro destino... ¿Quizás no deba saber?

—No es secreto alguno, si bien tampoco nueva que propagar. Avanzamos por las costas de Lybia para evitar las naos aqueas. Más tarde llegaremos a nuestro destino, pero navegamos seguros. Marchamos en busca de Menalipa, la reina de las hijas de la luna que fue derrocada por traidoras a sus armas. Allí marchó mi amada Hipólita, solo deseo tenerla de nuevo entre mis brazos y partir de nuevo hacia la Península: nunca más permitiré que se aleje de mi lado.

El sabio anciano abrió los ojos y contrajo la respiración al escuchar aquellas palabras. Gadir notó su alarmado gesto.

—¿Os contrarié en algo? —preguntó.

—¡No! ¡Es el vino! En verdad es peligroso como afirmó tu general, en nuestra tierra no disponemos de tan dulce uva.

—¡Haré que te dejen un barril de dulce vino para ti y otro para delicia de vuestros valientes faraones! Y no descuides, pues haré escala de nuevo en este ancho río en mi regreso, para rebosar de agua y víveres y llevaros conmigo hasta nuestra hermosa tierra.

—Veo que eres hombre de honor como pocos quedan. ¡Escucha pues mis palabras! Abandona las costas, acortará en tu camino si tomas rumbo al norte hasta las tierras de Lukka, evitarás de igual forma a los aqueos y la lucha indeseada. Son tierras de hombres salvajes, sin reyes ni vasallajes, y podréis resguardar vuestras naos en Arinna —le aconsejó el sacerdote, esbozando un mapa con fino carboncillo, sobre un grueso papiro que dispuso sobre la mesa.

—Pero, ¿y luego? —preguntó Gadir, observando el mapa.

—No pierdas nunca el norte, ni te desvíes siquiera tomada tierra firme, seguid en vuestro camino —continuó sin dejar de dibujar sus palabras—. Llegaréis hasta la pequeña aldea de Beycesultán, en un recodo del río que llaman Büyük, entonces os hallaréis en tierra hitita. Pero sus ejércitos andan lejos de esa zona, en lucha con asirios y hurritas, y reforzando sus fronteras en Kadesh ante la llegada de los faraones. Pasada la

aldea entraréis en las tierras pónicas de las hijas de la luna, vuestro ejército no pasará desapercibido para nadie y pronto os hallarán.

Gadir asintió, tomó el mapa y estrechó su mano, con un marcado gesto de agradecimiento.

—Una cosa más, ¿por qué arriesgaste tu vida y misión por salvar a un muchacho desconocido? No creáis que no fui informado de vuestra noble gesta.

—Observé los ojos de aquel demonio del mar y los del indefenso muchacho; y no vi la imagen de un niño egipcio, sino la de mi propio hijo. No podía permitir que la bestia se lo llevara por siempre, hacia la muerte atroz, sin hacer nada por impedirlo.

—¡Gracias mil os tengo que dar! —exclamó el anciano—. Esa bestia a la que llamáis demonio del mar no es más que un cocodrilo, habitan este río desde siempre y los hay de mayor tamaño. Pero estad tranquilo, pues no habitan las aguas marinas.

—Nosotros sufrimos el ataque de una de esas bestias, cocodrilos los llamáis, pero nunca supe de ellos y fue en plena mar. Si bien nadie pudo verlo, devoró a muchos de mis hombres.

—Créeme, sería un demonio del mar pero no un cocodrilo, pues no van más allá del río. Y ahora, disculpad, pues tengo que marchar, es tarde. Pasamos la mañana de palabra, bien ilustrada quedó mi mente, me siento satisfecho. Lo primero que haré al llegar a mis aposentos es apuntar tales detalles de tu tierra para que no queden en el olvido y poder informar a los faraones con certeza. Por cierto, ¿y mis hijas?

Gadir miró a ambos lados de la ancha barca, no estaban ni ellas ni las buchonas palomas. Uno de los guerreros egipcios, dándose cuenta de que buscaban a las jóvenes, le hizo un gesto al anciano sabio con la cabeza, indicándole que habían subido a bordo de la nave atlante.

—Parece que Tarss bien tomó en serio mi palabra, pues diría que no las veo desde que tu general subió a la nao —susurró el sabio anciano.

—Enseguida estarán de nuevo en tu compañía —contestó Gadir, con notable apuro.

—¡Nooooooooo! ¡Déjalas, en buenas manos quedan! ¡Yo no hablo nunca en broma! —exclamó el anciano sonriendo.

Gadir asintió con cierta sorpresa y le tendió la mano, de nuevo, estrechándola con fuerza.

—No creo que nos veamos hasta vuestro regreso, pues marchó a palacio. Pero si habéis de tener algún problema, escúchame pues estas palabras: una de mis protegidas, Isis, la menor, habla un poco tu idioma y, ahora, toma este sello que te entrego. Nadie osará molestaros en tierra de faraones, pues pertenece a la mismísima Nefertary, la Esposa de Dios.

Gadir lo tomó y lo puso entre sus dedos, agradeciéndole el gesto.

—Imhotep-Ptah, como mi buen amigo quedas. Ten por bien seguro que nos veremos, pues a por ti he de pasar en mi regreso.

Y saltó a su nao pensando en las dos mujeres egipcias y en el sabio anciano que las había dejado con ellos en verdad. Paseando por la cubierta, asaltado a preguntas por Senil, vio como la barcaza se alejaba.

Imhotep-Ptah ordenó regresar a puerto a sus hombres, en su rostro se marcaba una denotada preocupación.

—Bien podéis agradecer que fuera yo el único en esta nave que entendiera tus palabras, noble rey, amigo atlante —susurró al viento.

Al anochecer, mientras la expedición surcaba el mar con rumbo fijo y el ánimo en alto, en Men-nefer, el anciano sacerdote paseaba por los ajardinados palacios del templo de los faraones. Subió unos estrechos escalones, saludó a la guardia tebetana que custodiaba sus puertas y entró en una acomodada habitación de grandes ventanales. Un agradable aroma de mirra e incienso colmaba el ambiente; al fondo, una cama de lujosos adornos y blandos cojines permanecía deshecha. Miró a su derecha y, allí, leyendo papiros de sabia cultura, junto a una ventana que daba al Gran Nilo, la dulce Menalipa alzaba la cabeza fijando sus hermosos ojos en las pequeñas barcas que surcaban frente a ella. Unos barrotes de dura caña atravesaban cada ventanal de la cómoda estancia hecha misera prisión.

—Menalipa, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó el anciano.

—Presa, igual que ayer, igual que mañana.

El viejo sacerdote, bajó su cabeza y la miró de reojo, avergonzado por aquella situación.

—Bien sabes que no es mi deseo tu pena, pero nada puedo hacer contra la voluntad del faraón. Solo intentar que tan bella y noble persona sufra lo menos posible y anime su ancha alma encerrada tras estas horribles paredes.

—Disculpa, mi buen amigo. No quería descargar mi desdicha contra tu amable presencia. Tengo tanto que agradeceros.

—Quizás no haga bien en decíroslo, pero hoy conocí a un gran hombre: Gadir.

—¡Gadir! ¿Dónde está? ¡Contadme! ¡Por todas las diosas! —exclamó Menalipa, corriendo hacia él, tomándole de las manos y haciéndole sentar junto a ella en unos mullidos bancos.

—No puedo deciros mucho más: mi vida correría peligro, pero más la vuestra. No te preocupes, está bien. Pronto me encargaré de que se gane el respeto de la Madre de Dios y entonces...

—¿Y entonces?

—¡Quizás! —exclamó sonriente.

Capítulo 13

CARAVANA A TRÍBADA

Treinta pesados carruajes, tirados por fuertes caballos rechonchos y bajos, avanzaban, sin aflojar la marcha por el angosto camino que recorría el macizo del Ponto. Sus continuas voces espantaban al corzo temeroso y atraían al astuto zorro, dispuesto a alimentarse de las sobras de la marcha. El viento azotaba las telas que envolvían las mercancías, descubriendo tinajas de aceite, barriles de vino y cuencos de grano. Las caballerizas tiraban sin descanso de los carros, dejando tras ellos las profundas huellas de sus ruedas en el suelo y delatando el notable peso de su carga.

Escortada por un ejército de doscientos mercenarios y cuarenta guerreras de la Guardia Real de Temiscira, la caravana avanzaba cada vez más cerca del mar Euxino. Al frente de la misma iban las reinas Mantis y Empusa y, tras ellas, Deyarina y Lamia.

—¿No te parece extraño? —preguntó Deyarina.

Apenas habían hablado desde que abandonaran Lesbos. La altiva Mantis y el silencio de Empusa no contribuían al diálogo.

—Ya lo he notado, los hombres andan cada vez más inquietos. Seguro que traman algo —contestó Lamia.

Empusa se giró rápido, pues la conversación no pasó desapercibida para ella, y las miró lanzando un prolongado silbido.

—¿De qué habláis? —preguntó Mantis, con soberbia—. Compartid tales palabras con vuestra reina si razón hay para ello.

—Mi reina, es una temeridad conducir el oro de los faraones por estas montañas. Podemos ser fácilmente víctimas en cualquier paso y estamos dando un enorme rodeo para llegar a Tríbada —apuntó Deyarina.

Mantis miró a su alrededor y vio el frondoso bosque, las altas montañas y, al norte, el valle pónico que daba al Euxino. Empusa fijó los ojos en la guerrera veterana, sabía que tenía bien ganada su fama, por lo que sus palabras no debían ser ignoradas.

—No es la primera vez que avanza una caravana de víveres y prendas por estos lares. Esta ruta es buena, servirá para acercarme a Temiscira sin cruzar el agotador Desolado. Nadie sabe de nuestra carga y llevamos buena escolta —aseguró Mantis, señalando a los soldados.

—Mi reina, no temo que nos asalten sucios saqueadores ni hostiles lobas, sino nuestros propios guerreros. Esos mercenarios no inspiran mi confianza —contestó Deyarina.

—¿Cómo osáis dudar de la guardia que mi amada hermana me ha ofrecido? Iris no nos dejaría en malas manos —le advirtió Mantis, recriminando sus palabras.

Mantis retiró su mirada, irguió el rostro y prosiguió la marcha. Cabalgaron cerca de dos estadios, pensativas, sin decir palabra, hasta que Empusa paró. Miró a aquellos hombres y fijó su vista en la valerosa comandante de faz marcada, esperando una explicación a sus sospechas.

—No son ejército, sino plebe de largas lanzas —contestó Deyarina—. No merecen mi confianza, sea quien fuere quien les pague. Más bien parecen salteadores de caminos que guerreros leales. Son chusma de todos lados, indeseables. Así lo veo yo.

Empusa miró de nuevo las filas de mercenarios y los observó con detenimiento conforme avanzaba la caravana, fijándose en sus trazas vulgares y movimientos descompasados.

—Son fieles de Iris, no debemos desconfiar de ellos. Su hermana no dejaría el oro en manos desconocidas. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Aunque llevas mucha razón, no merecen confianza y no me acercaré a ellos. Quizás sea parte del plan, así pasaremos desapercibidos a los ojos de Ainia —declaró Lamia, pendiente de las palabras de Deyarina.

—¿Pasar desapercibidos con Mantis y Empusa al frente? No creo. No me siento segura. Esto no tiene sentido —insistió Deyarina.

—Ellos piensan que llevamos aceite y vino, grano y legumbres hacia Tríbada y Temiscira como en tantas otras ocasiones. ¡Vamos, no alces temores infundados! ¡Y menos contra tu reina, te pueden acusar de traición! ¡Confía en ella! —aconsejó Lamia, volviendo a iniciar el camino.

—Me resulta ya muy difícil confiar en Iris —susurró Deyarina.

Tales palabras alertaron el oído de Empusa, que siguió su trote mirándola de reojo.

—Esos hombres saben que transportamos oro y lo quieren. Podéis daros por enteradas o ignorarlo, vuestras vidas dependerán de ello —insistió la valerosa comandante, alzando la voz lo suficiente como para rebelarse ante Empusa, pero con la discreción necesaria para no ser oída por los mercenarios que las seguían. Y aceleró su trote, dejándolas atrás.

Esa noche, Empusa, un tanto desconfiada, decidió acampar un estadio por delante de la caravana, entre los altos cedros de una loma desde donde controlaba el campamento. Permanecía bajo un frondoso árbol, al lado de una hoguera, observando el filo de su espada de Oriente al trasluz de las llamas, la empuñadura de marfil hecha hueso y la calavera que la adornaba. Las palabras de Deyarina, gloriosa veterana de mil batallas, le habían calado fondo.

Un ruido la alertó. Sus ojos buscaron y se encontraron con los de Lamia a la entrada de la tienda. Le acompañaba un joven mercenario de ancho torso. Con gesto lascivo, la invitó a entrar y siguió dando brillo a su arma. Luego, miró hacia el campamento. Sumido en la neblina, la calma invadía cada rincón. Se levantó y hundió la punta de su espada, con ambas manos, sobre el tronco en que estaba sentada. Volvió su rostro de nuevo hacia los carros y, después, miró la tenue luz que salía de su tienda y que dejaba al trasluz la esbelta figura de Lamia, mostrando la lujuria que se aceleraba entre las sombras. Agachó el rostro y sonrió con una expresión de deseo. Sus pasos se aceleraron y, libidinosa, entró en busca de su amada y de su presa.

Con los primeros sollozos de placer, en el campamento, un nutrido grupo de hombres se dirigió sin hacer el más mínimo ruido hacia la acampada de la Guardia Real de Temiscira. En unos segundos cayeron las vigías, sorprendidas por sonrisas amigas, víctimas de la daga asesina y la pica traidora. Los guerreros comenzaron a recorrer las tiendas en mortal silencio, asesinando vilmente a las mujeres en sus lechos.

Mientras la daga partía el corazón del esbelto mercenario, bajo el golpe mortal de Empusa, una lanza atravesaba el peto de la confiada guardia que custodiaba la tienda de la reina Mantis. Tambaleándose con el pulmón inundado, aquella mujer entró escupiendo sangre ante la sorprendida reina. Varios hombres desgarraron con sus dagas las telas de la tienda, entrando en ella, y un desgarrador grito extendió la alarma en el campamento.

Empusa irguió su cara ensangrentada. Lamia dejó de beber de la muñeca abierta del joven guerrero muerto. Se miraron entre sí, saltaron del lecho y, cubriendo sus cuerpos desnudos con túnicas blancas, salieron a ver qué ocurría.

Deyarina se levantó de su lecho de pieles, alertada por el desgarrador grito. Apenas tomó su espada y peto y se calzó, se encontró con las afiladas lanzas de dos mercenarios que entraban a por ella. Paró un golpe que buscaba su vida, mientras sentía rasgada su espalda y tocada la frente. Se volvió rápidamente y, apretando los dientes con furia, hundió la daga en el pecho del hombre que la había herido. Luego, con su espada, partió en dos el cráneo al otro y rasgó la tela de la tienda para huir de la multitud de guerreros que se abalanzaban sobre ella.

Apoyando la espalda en un grueso cedro, con una exhalación, la comandante limpió la sangre que manaba de su frente nublándole la vista y observó la terrible escena. Sus temores se hacían realidad: doscientos mercenarios destrozaban los cuerpos de las mujeres que luchaban desesperadamente por salvar sus vidas. Solo seis lograron llegar hasta los caballos y huir, perdiéndose en la oscuridad.

Deyarina corrió también hasta su montura y, saltando sobre ella, galopó hacia la tienda de Empusa y Lamia que observaban en la distancia, anonadadas ante la anunciada sublevación que se llevaba la vida de sus fieles y amenazaba con robarles la suya.

La joven reina no pudo apartar los ojos de la soldadesca rebelada ni del que parecía ser su cerebro: un hombre de mirada rasgada, larga coleta en su rapada cabeza, con grandes brazaletes en sus voluminosos brazos y una enorme espada de hoja ancha en la mano. La mirada de aquel guerrero se fijó en ella mientras aparecían, junto a él, tres mercenarios más que tiraban de los largos cabellos de Mantis, arrastrándola por el suelo. Entre gritos y súplicas, la reina madre soportaba las patadas, las punzadas y golpes de la chusma enervada. Aquel hombre se agachó, asiendo de su melena platino a la maltrecha Mantis, y le alzó la cara.

—¡Ya no eres noble reina, solo sucia hembra! —exclamó con una sonrisa pérfida.

La levantó de un golpe, tirando hacia arriba con fuerza, y la mostró sin soltarla. En ese momento, la fría y ancha hoja de la espada la atravesó. El bronce surgió súbitamente de su pecho ante los atónitos ojos de Empusa. La reina cayó al suelo sin vida mientras los mercenarios cruzaban sus miradas de desprecio con las de ellas, que permanecían en la cima, estupefactas, con sus chitones y rostros ensangrentados. Sin esperar, los traidores corrieron bramando su ira y atropellando el cuerpo de Mantis, el cual quedó destrozado y hundido en el barro, junto a la caravana del oro de los faraones que nunca llegaría a Temiscira.

Las dos jóvenes se volvieron y corrieron en busca de sus armas, pero una veintena de mercenarios surgidos del bosque se les echó encima impidiéndoselo. Solo la llegada de Deyarina y de las seis guerreiras que habían conseguido huir salvó sus vidas, arrollando con los caballos y sus certeros golpes a los hombres que se alzaban allí. Sin embargo, no pudieron impedir que varios de ellos entraran en la tienda y descubrieran el cadáver del joven, que se desangraba sobre el lecho, con una daga en su pecho y las muñecas abiertas.

—¡Muerte a las arpías! ¡Le estaban devorando, bebiendo su sangre! —salieron gritando.

Al oír aquellas palabras, Deyarina se volvió indignada y las observó con desprecio. Ante el silbido de los venablos y los gritos de los

hombres que corrían hacia ellas, asintió, alzando su caballo sobre los cuartos traseros, dispuesta a abandonarlas a su suerte.

—¡Deyarina! ¡No te atrevas a dejarnos aquí en manos de esos traidores! —exclamó Lamia delante de ella, tomando la brida del caballo y volviendo la vista sobre los mercenarios que, gritando armas al aire, estaban cada vez más cerca.

—Tú, egipcia maldita, que amas matando: corre por tu vida y la de tu reina, pues a cientos deberéis matar para volver a amar —le espetó Deyarina, recriminándole su lujuria sangrienta, y comenzó a galopar apartando a Lamia con un golpe de pecho de su caballo.

El resto de guerreras siguió a Deyanira sin dudar, dejando atrás y desconcertadas a la joven reina de Tribada y a su amante. Lamia se volvió y vio cómo una lanza se clavaba, con sonoro crujido, en el tronco de un árbol, a un pie de distancia y justo a la altura de su pecho. Sin pensarlo, salió corriendo hacia la oscuridad del bosque y recogió, en su precipitada huida, la espada de Empusa, que permanecía clavada en el tronco donde la hundió, junto a la hoguera.

La joven reina se quedó momentáneamente estática, sin reaccionar, sola y desarmada, sin saber qué hacer. Limpió su boca con un gesto de rabia y buscó la mirada de aquel hombre de larga coleta y ancha hoja que corría hacia ella. Y se lanzó veloz hacia el interior del bosque sin detenerse ni siquiera a mirar atrás, notando los impactos de las astas que, crepitantes, descendían por entre las ramas. Saltó a un barranco agarrándose al tronco de un fino álamo que cedió ante su peso, amortiguando la caída. Rodó tres pies y, al incorporarse, vio aparecer a los mercenarios, que rápidamente lanzaron sus venablos. Se ocultó tras los árboles para esquivar el mortal metal y lanzó un ronco grito de rabia antes de emprender nuevamente la huida.

Sin poder dejar atrás a sus perseguidores, llegó a un arroyo de aguas rápidas y profundos recodos. Corrió por la ribera sin descanso hasta que una pica rozó su cabeza. Palpó con su mano derecha la herida y saltó al agua, y nadó con fuerza para alcanzar la otra orilla. La corriente la arrastró en su camino, golpeándola contra los salientes de roca y haciéndole tragar agua entre ansiadas bocanadas de aire. Con una mano logró asirse a una rama que sobresalía y, alcanzando un recodo, salió del torrente a rastras y se tumbó con la cara hundida en el barro. La túnica había quedado reducida a jirones de lino embarrado, manchados de sangre y sudor. Las tintas coloridas de sus cabellos, disueltas, mezclaban la tierra con su pelo rubio natural. Su cuerpo castigado acusaba, entre temblores, el dolor de sus amoratadas heridas.

—¡Allá! ¡Ha cruzado el río! ¡A por ella! —gritaban los mercenarios que seguían sus pasos.

Ante el insistente silbido de los venablos, desesperada, se vio nuevamente corriendo sin tregua, en la oscuridad de la noche y arañándose con el denso follaje. Al enganchar su tobillo en una rama, cayó y se deslizó por una pequeña vertiente hasta quedar empotrada bajo el tronco de un árbol tumbado. Estaba hueco y vio una oportunidad. Sin pensarlo, apartó la madera podrida, se introdujo en su interior y aguantó en silencio el dolor de sus heridas y la rabia contenida.

No tardaron en aparecer los mercenarios, alumbrando la zona con grandes antorchas, dispersándose por todo el bosque y buscando con avidez a su presa herida. El guerrero de larga coleta, paró y apoyó su pie y la afilada espada justo en la corteza del tronco donde se ocultaba la joven reina. Se mordía el labio inferior con actitud pensativa al tiempo que, con la vista, escudriñaba el lugar.

Su aguda vista le llevó hasta un rastro de sangre al lado del mismo tronco sobre el que estaba su pie posado. Y comenzó a deslizarse la ancha hoja sobre éste.

—No se le ve, mi señor... ¡Regresemos a por el oro! —exclamó uno de ellos, acercándose.

La ancha espada le segó la cabeza. Empusa, cuando la vio rodar por el suelo, cerró los ojos, reprimiendo un suspiro, y pegó su cuerpo, en un último intento de ser parte inerte, imperceptible, del tronco muerto.

—¡Traed su cabeza a mis pies o me haré con las vuestras! —gritó aquel hombre, posando su espada manchada de espesa sangre sobre el tronco, sobre la joven reina.

Apenas un dedo de madera podrida les separaba. Ella se sobresaltó al notar un leve y frío roce deslizándose sobre su piel y emitió un pequeño silbido que no pasó desapercibido para el guerrero, quien fijó su mirada en el árbol caído. Intrigado, el mercenario estiró la mano hacia uno de sus hombres, tomó una larga lanza y sonrió. La angustia de Empusa crecía ante el súbito silencio, interrumpido por unos pasos cercanos sobre la hojarasca, lo que la llevó a apretarse con más fuerza contra la madera, sin emitir ruido alguno.

Una gruesa víbora asomó la cabeza por una hendidura del árbol caído, mostró su bifida lengua y se deslizó siseante por el musgo. El guerrero dio un paso atrás, observando cómo el ponzoñoso ofidio se perdía bajo el tronco y siguió su rastro con la lanza al aire. Empusa notó de nuevo aquel roce frío: el cuerpo de la víbora reptaba por su vientre. Aterrada, vio los pies de aquel hombre seguir el rastro de la serpiente, siguiendo la cola que quedaba fuera.

De pronto, la estrecha pupila del reptil se irguió sobre el rostro de la guerrera, que sudaba inmóvil, sin emitir sonido alguno, paralizada ante la cercanía de la sibilante lengua. En ese momento, la lanza

del comandante entró perforando la madera y atravesó la clavícula de Empusa, que abrió la boca sin emitir sonido alguno. La víbora se encogió hacia atrás y una lágrima de dolor brotó de los empañados ojos de la joven reina. El bronce salió tan pronto como entró, con su punta manchada de rojo, y la sangre manchó el suelo bajo el tronco.

El mercenario sonrió con satisfacción y agarró con la mano la cola de la víbora; con el convencimiento de que la había atravesado con su lanza, la sacó de un tirón del interior del árbol caído. Cuando se percató de que la letal serpiente no estaba herida, fue tarde. En una fracción de segundo, la víbora abrió su boca, lanzó sus ponzoñosos colmillos hacia delante y los hundió en el cuello del comandante, quien, soltando la cola de la serpiente y echándose la mano a la picadura, percibió la letal herida. Aterrado, sabiéndose muerto y con el corazón acelerado, comenzó a correr gritando, cayéndose y levantándose sin sentido alguno. Sus hombres, sin apenas percatarse de lo ocurrido, salieron tras él alejándose del lugar.

La ponzoñosa serpiente cayó al suelo y rápidamente se ocultó bajo el tronco, desliziéndose sobre el pecho de la joven hasta quedar enroscada e inmóvil en su vientre. Empusa, tratando de contener su pulso, veía con temor cómo la gruesa víbora subía y bajaba al compás de su propia respiración, con cada bocanada de aire.

Los gritos de aquel hombre condenado a morir y los de sus secuaces se alejaron hasta hacerse imperceptibles. El bosque quedó en silencio. La cálida y peligrosa luz de las antorchas daba paso a la frialdad blanca y segura de la luna que se abría paso entre las altas copas.

La mortal víbora se deslizó lentamente por su pecho, recolocando la mandíbula con un pronunciado bostezo, y se dejó caer sobre la hojarasca. La joven relajó sus brazos y pies, un pequeño gemido salió de su boca y comenzó a llorar. Vio perderse en la oscuridad del bosque al temible ofidio y una sonrisa incrédula, acompañada de una pequeña arcada, iluminó su rostro antes de suspirar rendida en el suelo, limpiándose las lágrimas. Se arrastró hacia fuera y salió del tronco con sigilo para comprobar que estaba sola. Lanzó una última mirada al lugar por donde había desaparecido la víbora, tragando saliva, y comenzó a correr.

Descansó en un pequeño arroyo, donde se refrescó y pudo ver cómo sangraba su clavícula, rasgó un trozo de tela de su chitón, lo apretó en la punzada y siguió su huida. Apenas había recorrido unos pies, unos terribles gritos de mujer recorrieron el bosque y se volvió como girada por un resorte. Miró hacia todos lados y se agachó entre los arbustos, afianzándose en el suelo sobre sus manos y pies, con los ojos abiertos e inquietos. De nuevo resonó la atormentada voz, seguida de un grito truncado, silenciado por el seco golpe del bronce.

Empusa se introdujo en la densidad del bosque, hacia el norte, al trasluz de la luna. Anduvo corriendo sin parar, tratando de alejarse lo más rápido y lejos posible de aquel lugar. Atravesó bosques de espinosas ramas, montes de altos picos y prados herbáceos hasta llegar junto a un ancho río, donde luchaba por calmar su acelerado corazón apoyada contra el tronco de un álamo.

Unas voces cercanas la obligaron a avanzar de nuevo. Pero, dando una arcada, cayó a tierra rendida. Arrastró su cuerpo hasta el agua, ocultándose entre los altos juncos y la maleza crecida, donde quedó inconsciente, vencida por la extenuación y el dolor. En ese instante, una alargada sombra se cernió sobre ella...

* * *

Al otro lado del valle, Hipólita y las valientes de Ainia descansaban a la vera de un ancho arroyo que mojaba sus pies. En silencio, entre los altos árboles, limpiaban sus heridas y colmaban los saquillos de pieles observando los pequeños pececillos que se deslizaban por las cristalinas aguas.

Hipólita notó la presencia de Ainia tras ella. Se acercaba lentamente, dubitativa. Ambas deseaban ver renacer su amistad olvidada por la distancia y el tiempo; sin embargo, la divina reina notaba en la Loba cierto distanciamiento que luchaba por vencer en su interior.

—Dime, mi buena amiga... ¿Qué pasó tras la batalla? ¿Por qué desapareciste con el cuerpo de Evenor? —preguntó Hipólita—. Me hubiera gustado disponer de ese privilegio, yo lo amé y quizás aún le sigo queriendo, pues aunque mi corazón pertenezcan a mi amado Gadir, no le olvido...

—Sus restos yacen junto a la gran piedra donde tanto te amó, me habló de vuestro amor. Tras la batalla, las bestias carroñeras del bosque y los cuervos todo lo devoraban en aquel valle de muerte, miles de cuerpos desmembrados alimentaban su hambre. Hice lo que tú hubieras hecho, darle digna sepultura de un rey de reyes antes de que sus huesos quedaran esparcidos en la nada. ¿Sabes qué fue de Artemisa? Nunca regresó a las tierras de Anatolia —aseguró Ainia, cambiando de tema hábilmente.

—No, nunca supe de ella... Dicen que era mujer divina y que se perdió en el bosque con el corazón destrozado por la pena. Pero siempre la sentí cercana, quizás a causa del beso de vida que sanó mis heridas o tal vez habite en mi interior. No lo sé, pero es una sensación extraña que me llena el alma, que me trae paz y fuerza.

—Las hijas de la luna la echamos de menos. Ya no nos complace con su visita, ni se muestra dispuesta a interceder ante nuestros enemigos. Si la divina cazadora nos acompañara, no habría guerras entre

hermanas ni imperio de machos que se atreviera acosarnos. Temo que fallciera y quedara maldita entre los dioses, pues fue causa del final atroz de Ares, azote de mortales, y entre divinos no puede haber muerte.

—¿Crees que mi padre era un dios? ¿Por ser tenaz guerrero? Por atlantes, aqueos y medos es venerado como un dios impío que a todos da muerte sin importar bando ni causa; mas yo no lo conocí nunca así.

—La divina Armonía hizo de Ares un hombre y él hizo de ella una mujer. Artemisa le odió por ello y urdió su muerte, solo cuando perdió el amor y respeto de tu amada madre se dio cuenta de su error. Pero era tarde, por ello trató de resarcir lo que pudo del mal que sembró, dándote vida tras la batalla y gran parte de su poder, quizás por ello la sientes tan cerca de tu alma.

—Dudo que mis padres fueran dioses, pero sin duda fueron grandes personas y se ganaron el fervor de sus gentes. Tú también eres una gran reina, hija de la gran Cibeles, por todos respetada, temida por el enemigo..., pronto serás adorada. Eres una maestra en las artes de guerra, una diosa.

—Lo somos, eres la más diestra de las lobas. Pues a pesar de que vengas de Occidente, no lo olvides: loba eres. Aunque dicen que vives feliz con un hombre... ¡el gran Gadir!

—Sí, vivo mi dicha con mi general y mis hijos: el pequeño Gadir y la traviesa Armonía. Pienso mucho en ellos, están tan lejos de mí y, a la vez, tan cerca... Pero dime, Ainia... ¿Por qué? ¿Por qué no quisiste saber de mí tras la batalla de Atlas? Todavía no andaba repuesta de mis heridas de guerra y marchaste sin darme un abrazo, un beso..., un adiós.

—Resultaba necesario. Muertas Armonía y Mirina, la confusión podía hacerse entre las hijas de la luna. No cabía la espera, solo la premura. Gadir me transmitió tu deseo de ser mujer y esposa en vez de guerrera y reina, y pensé que tenía que marchar. Menalipa debía reinar para llevar paz y dicha a nuestras hermanas.

—¿Por eso te alejaste de mí? No te creo, huiste... Quizás te decepcionó que pudiera amar a un hombre, que pudiera compartir mi vida con un esposo.

Ainia observó las estrellas, quería sincerarse con Hipólita, hablarle de su amor, de que ella también hubiera querido compartir su vida con un esposo: Evenor. Pero no pudo, un nudo le atenazó el estómago y subió hasta formársele en la garganta, para acabar latiendo en su cabeza. Observó a Hipólita y asintió.

—Nunca te he olvidado, siempre te he amado, como cuando éramos niñas y competíamos por ser las más bravas y luego dormíamos apretadas, al calor de la hoguera, sin perder de vista las sombras, ¿recuerdas? Pero te equivocas, yo también he conocido el amor de un hombre de verdad.

Hipólita, sorprendida, le acarició la mejilla y la besó suavemente, rizando su melena rubia entre las manos, ensortijando sus rizos rojizos entre los dedos, dejándose invadir por la nostalgia y aquel reencontro entre dos grandes amigas.

—Háblame de él... —susurró la divina reina.

—Murió, el bronce me lo arrebató. No conocí otro hombre igual, ni lo busco, pues en mi corazón no cabe espacio para más dicha que la que él me dio.

Hipólita vio cómo una lágrima descendía por la mejilla de la brava guerrera mientras tomaba con la mano un mechón de pelo que llevaba como colgante, cerca del corazón. Notó su pena y dolor y quiso consolarla, pero no pudo... ¿Cómo hacerlo? Y pensó en Gadir, ¿qué sería de ella si a él le pasara algo? ¿Cómo podría soportar la pena de perderle? Por un momento sintió en su corazón como una pequeña punzada, que le anunciaba que así sería y tuvo miedo y, de inmediato, se negó ha aceptar tal posibilidad.

—Pero no hablemos de cosas tristes. Hoy es un día de alegría, tras tanto tiempo te veo gloriosa, hermosa, mi divina reina... —dijo Ainia, sacándola de sus pensamientos.

De pronto observaron cómo dos jinetes se acercaban a ellas, veloces. El fragor del sangriento anochecer, la lucha y los gritos no habían pasado desapercibidos en el bosque para las siempre atentas vigías de la Loba de las estepas.

—Mi señora, una caravana... ¡Ha sido asaltada por sus propios guerreros! —exclamó una de ellas, apenas frenado su caballo.

—Deberíamos adelantar el paso, buena carga debería llevar para que su propia gente cayera sobre ella —dijo Ainia.

—¡Oro, mi señora! ¡Dicen las aldeas de paso que cargaba sus carros con el oro de los faraones! Seguíamos su camino desde hacía dos lunas —apuntó la vigía.

—Háblame de esa caravana, valerosa guerrera —le pidió Hipólita, con denotada sorpresa.

—Mi divina reina, hace días que partió de las costas de Arzawa. Iris cargó en secreto los carros con el oro y los mandó a los reinos de Mantis y Empusa escoltados por un ejército de mercenarios con la idea de proteger su tesoro ante posibles ambiciones.

—La ambición ha consumido a su propia guardia —apuntó Ainia.

—Me resulta extraño que un cargamento tan importante se realice de tal forma, parece que mercenarios devotos de lo ajeno y nobles aldeanos estuvieran muy bien informados para ser un secreto. Hasta nosotras ha llegado la noticia y ello solo tiene una explicación —apuntó Hipólita.

—¿Cuál? —preguntó Ainia.

—No hay oro en esa caravana —respondió la divina reina.

Ainia se quedó por un momento pensativa.

—Decidme, ¿a cuánto distamos de esa caravana? —preguntó a sus vigías.

—La luna está alta, mi señora. Forzando el paso unas pocas de nosotras, pasada la medianoche, veríamos las llamas de los carros sin delatarnos; en silencio, con toda la tropa, poco antes del amanecer —respondió una de ellas.

—Bien, llegaremos pues al amanecer y una patrulla saldrá ahora. Una de vosotras guiará sus pasos sin alzar liebre alguna, la otra nos acompañará a nosotras. Veamos que acontece sin que descubran nuestra presencia, puede que esa caravana no sea más que carnaza para lobas —dijo Ainia, girando su vista sobre Hipólita, la cual asentía dándole razón a sus palabras.

Al momento, salieron la vigía, la joven Airiel e Imperia a galope como avanzadilla, a pesar de las reticencias del príncipe Laomedonte.

—Antíope, acompáñalas. Cuida de Imperia —le pidió Hipólita, de forma sutil.

—No te preocupes por ella, está en mis manos —respondió Antíope, jaleando su caballo y galopando tras ellas.

Las alcanzó rápido y, reagrupadas, las cuatro siguieron la marcha atravesando el bosque y confundiéndose entre las sombras, rápidas como gamos pero precavidas como zorras.

Galoparon largo tiempo y cruzaron el ancho valle que llegaba hasta las sendas del Euxino, junto al arroyo donde Empusa había caído rendida. Una inmensa arbolada de grandes álamos se alzaba envolviendo toda la zona, restos de sangre y numerosas pisadas en el suelo alertaron a las guerreras. Aceleraron su marcha, cruzando valles y picos, llegando al bosque pónico, pasando junto a un cedro que mantenía en vilo una larga lanza hundida en su tronco. Y avanzaron lentamente, sin hacer ruido alguno, como fantasmas en la niebla.

—Mirad, son muchos árboles astados en una sola dirección —apuntó Imperia.

—Aquí hay rastros de guerreros y venablos perdidos —aseguró Airiel.

—¡Y sangre! —añadió la vigía, saltando del caballo y poniendo la mano sobre la hojarasca por donde se había arrastrado tiempo antes Empusa.

—Han estado tenaces persiguiendo a alguien —afirmó Antíope.

—¡Sigamos, ya no andamos muy lejos! —exclamó la vigía.

Llegaron a un pequeño claro de robles y matojos dispersos, donde había numerosas picas y pisadas. Descabalaron y avanzaron con el paso más lento y precavido, tirando de las bridas de sus cabalgaduras.

Una gota de sangre cayó sobre la nariz de Imperia que, alertada, alzó la vista empuñando su espada; y quedó horrorizada. La valiente vigía quedó sentada en el suelo conforme levantaba la mirada. Airiel dio dos pasos atrás entre arcadas y gemidos y se volvió para vomitar su asco apoyada contra un árbol.

Solo Antiope permaneció en pie, observando la brutal imagen.

—Traed a nuestra reina a este claro de muerte —ordenó sin apartar su mirada de la cima del árbol—. Id veloces pues el camino se halla despejado. Imperia y yo avanzaremos hasta la caravana, las llamas delatan su situación. Escuchad, no es necesario que las demás hermanas observen esta pena.

Airiel y la vigía asintieron y se volvieron sobre sus pasos, galopando veloces.

—Es horrible... ¿Quiénes serán los salvajes que han hecho esto? —preguntó Imperia, calmada su repulsión.

—No lo sé. Quizás inhumanos, pero no hubieran dejado la carne —respondió Antiope, rascando su mentón, sin bajar la vista.

—¿Devoradores de hombres? No, por aquí no hay —negó la joven guerrera.

—¿Y esta espada que reluce en el suelo? —preguntó Antiope, levantado su pie bajo el cual vislumbraba la hoja de una extraña espada de un solo filo, y observó la calavera que adornaba su empuñadura blanca.

Imperia se acercó fijando los ojos sobre la estrecha hoja que permanecía caída, ensangrentada, en tregua.

—Es la espada de Empusa, la reconozco por ser única, forjada en el lejano Oriente. Su metal sagrado es más fuerte que el bronce, su corte afilado es como una esquila de abalisco y su equilibrio, justo como la balanza —afirmó Imperia, recogéndola del suelo.

—De poco le valió tan poderosa arma —apuntó Antiope, levantando de nuevo su vista.

Del árbol colgaba boca abajo una mujer atada por el tobillo de un pie con una larga cuerda a la más gruesa de las ramas. La túnica hecha jirones se le amontonaba entre los brazos. Al menos una veintena de picas se hundían en aquel cuerpo sin vida, lanceado y apedreado. Sus manos permanecían sin dedos. Sus pechos habían sido amputados y su vientre, abierto desde la vagina hasta el esternón. Las entrañas colgaban al aire, liberando las últimas gotas de sangre de aquel horror. Su cabeza había desaparecido.

—Me horroriza decirlo, pero ha tenido el final que se merecía —confesó Imperia, pensando que se hallaba ante el cuerpo descarnado de Empusa.

—Hubiera bastado con una saeta —aseguró Antiope, observando la fabulosa espada.

- Los salvajes que han hecho esto no andarán lejos.
—Allí, estarán allí —afirmó Antiópe, señalando el resplandor lejano que desprendía el fuego del campamento de mercenarios.
—¿Vamos?
—No, esperaremos a Hipólita.

En la caravana, las tiendas desmanteladas de la Guardia Real de Temiscira permanecían en llamas, mientras los mercenarios despojaban a las muertas de sus pertenencias y armas. Una gran algarabía, borracha, resonaba en el silencio de la noche en todo el campamento. Chillaban, sin sentido, corroidos por la rabia y la impotencia mientras destrozaban los carros de mercancías. Se peleaban entre ellos, junto al cadáver del comandante de larga coleta, disputándose alhajas y telas sin apenas valor alguno. Desesperados, algunos buscaban sin hallar; los que más, se sentían frustrados y ahogaban sus penas en el dulce vino.

—¿Y el oro? ¿Dónde está el maldito oro de los faraones?

—¡Aquí no hay nada! ¡Nos han engañado!

Exclamaban y se preguntaban unos a otros, desmontando cada carro, viendo sus tinajas repletas de arena y lodo. Solo algunas pocas, las más expuestas al ojo curioso de lo ajeno, portaban aceites y telas, grano y vino.

No estaban solos. En la distancia, en silencio, se hallaban vigilados por almas llenas de odio y sed de venganza.

—¡No hay oro! ¡Me lo temía! ¡Maldita zorra! —exclamó en voz baja Deyarina que, junto a las seis guerreras de la Guardia Real de Temiscira, había regresado al campamento dando un amplio rodeo por los lindes del bosque.

—¡Pero no es posible! —afirmó una de ellas, incrédula al ver los carros destrozados, sin oro; con los cuencos rotos vertiendo sucia tierra sin valor alguno.

—¡Abrid los ojos de una vez! Iris nos ha vendido, quería deshacerse de sus hermanas. Siempre quiso ser la gran reina madre de las hijas de la luna y ésta era una gran oportunidad para ello —espetó la comandante de Lesbos, indignada.

Las guerreras de la Guardia la miraron en silencio, resistiéndose a creer que Iris las había vendido como a sus propias hermanas. Deyarina fijó su vista sobre algunas de las carretas que comenzaban a arder. La luz del fuego delató a sus ojos a unos guerreros de cabellos cortos, largas capas y grandes escudos; no se dedicaban al saqueo ni a buscar el oro, sino que se hacían con caballos y preparaban algunos carros, hablando serenos entre ellos.

—¿Quiénes son esos hombres? No los había visto antes —preguntó intrigada.

—Son los guardianes de los esclavos, hombres de la confianza de Iris. Cerraban la caravana custodiando las amantes para los mercenarios y los carros de víveres —contestó una de ellas.

—No son carceleros... ¡Son aqueos! Esos pelos, escudos y capas son fieles a las armas de los hijos de Atenea —afirmó con rotundidad Deyarina, tras escucharlas.

Las guerreras observaron con curiosidad a esos hombres que ya no eran guardianes de esclavos y amantes, sino aguerridos soldados. Hermosos y gallardos, serenos y armados, en nada se asemejaban a la chusma mercenaria que devoraba la caravana.

—¡Mira! ¡Es la cabeza de Mantis! —exclamó una de ellas.

Deyarina alzó su ceja derecha viendo como la introducían en un saquillo, que luego anudaron con una fina cuerda y lo tiraron como una saca de legumbres al carro del más gallardo de los soldados. Al momento apareció un guerrero, portaba otro saquillo y lo lanzó junto al primero.

—Han venido a por las cabezas de Mantis y Empusa, seguro un presente para Iris —dijo Deyarina, en voz baja, frunciendo su rostro.

—Si aún mantiene la suya sobre los hombros —apuntó una de las guerreras.

—Créeme, la mantiene —le contestó.

Los guerreros, vestidos de reluciente bronce, doce en total, tomaron sus largas lanzas y varios caballos cargados de provisiones y partieron de allí montados en tres carros, al trote, con los dos saquillos, dejando atrás la caravana en llamas y zozobra. Deyarina se relajó, apoyando la espalda en el tronco de un árbol. Las demás la acompañaron, excepto dos de ellas que quedaron de vigías, observando cuanto acontecía en el campamento.

—Iris ha vendido a Mantis y Empusa, como hizo con Menalipa —aseguró la comandante con cierto tono de pesar, de arrepentimiento.

—Pero, ¿y el oro?

—¡El oro estará a salvo en Lesbos! —exclamó Deyarina—. Sin duda, Iris se encargó de extender rumores y de conseguir mercenarios codiciosos. Sabía que la caravana no llegaría lejos ante la ambición de esos machos. Selló el destino de sus hermanas para hacerse con todo.

—¡Y el nuestro! —aseguró una de ellas, que de pie frente a Deyarina, apretando los dientes, extraía de su brazo la astilla de una pica.

—Iris ha mandado a la Parca sobre sus hermanas, poco le importaba quienes más cayeran en su camino —respondió Deyarina.

—¿Y tú? ¿Para qué deshacerse de la más valiente de sus capitanas? —preguntó la más joven.

—Iris siempre pensó que mi lealtad estaba en otro lugar, mis gloriosas victorias no sirvieron de nada ante su desconfianza. Me temía, pues siempre busqué argumentos que no encontraba en sus desmedi-

das acciones. Tiene sus propias ambiciones y, por lo visto, yo no encajo en ellas —afirmó la comandante, lanzando con fuerza una piedra contra la maleza.

Entonces se acercó una de las vigías hacia ellas.

—Los machos hace tiempo cesaron en sus bravatas y escarceos, duermen borrachos. Unos en las tiendas, otros junto a los muertos, muy confiados ellos pues no hay vigías —aseguró.

—¡Es buen momento para marchar lejos, sin peligro alguno! —aseguró la más joven.

Deyarina la miró alzando el entrecejo y le sonrió con malicia. Luego, tomó el carcaj de su caballo y se dirigió de nuevo a ellas.

—Esos machos... Muchos deben de ser aqueos, nos llaman antianiras o, lo que es lo mismo, asesinas de hombres: démosle sentido a sus palabras, que aquellos que hablen con el nuevo día no tengan victoria alguna que relatar para su gloria, sino amargas palabras de humillante derrota ante las hijas de la luna —les dijo con firmeza en su voz y odio en su corazón.

Las seis guerreras de la Guardia Real la miraron confusas, pero con el ánimo encendido.

—Ahí abajo, en algún lugar entre los muertos, yace el cuerpo sin cabeza de vuestra reina. En la oscuridad del bosque se hallarán los restos de Empusa, decapitada. Junto a las tiendas que avivan el humo negro de la muerte atroz están los cuerpos mutilados de nuestras valerosas hermanas. Yo marcharé con el amanecer, pues antes he de vaciar las saetas de mi carcaj sobre esos despreciables machos y he de pasar mi daga por las sombras del campamento, haciendo de sus sueños ebrios pesadillas parcas. Si en mi empeño he de morir, así sea. Pero nadie podrá decir jamás que Deyarina, hija de la luna, comandante de la Guardia de Lesbos, huyó vencida y humillada ante soldadesca tal —insistió.

Por un momento se hizo el silencio y las miradas de aquellas mujeres heridas en sus carnes y orgullo se cruzaron expectantes.

—Están cansados y durmiendo el ardor del dulce vino, son presa fácil —comentó la primera en hablar, sacando la daga de su cinto.

—Seguros de su valía no apostaron vigías. Son chusma. Podremos acabar con muchos de ellos antes de que nos delate el nuevo día —aseguró la segunda.

—Mi hermana está ahí abajo, muerta. Su cadáver yace mutilado entre esos malditos machos, saciados de sangre y vino, ella no dudaría en vengar tal crimen ¡contad conmigo! —asintió la tercera, con el semblante serio y los ojos nublados.

—Iremos todas pues. ¿Qué hija de la luna puede quedarse atrás en este momento? —dijo la cuarta, la más joven de ellas, alzándose con ímpetu.

—Escapemos de la traidora Parca en esta horrible noche, ahora nosotras seremos muerte aunque con ella andemos al principio del día; no iréis solas —asintió la otra vigía, la quinta, acercándose con la espada y la daga templada.

—¡Matémosles a todos! —exclamó la sexta de ellas.

La noche transcurría en el campamento entre ronquidos y pasos a hurtadillas. Sin piedad alguna y en el más absoluto de los silencios, las guerreras acometieron su terrible venganza. Uno a uno, sin prisa ni pausa, los mercenarios encontraban la afilada daga que se hundía entre sus costillas, destrozándoles el pulmón e impidiendo sonido alguno de muerte. En tres grupos de dos, recorrieron las sombras del campamento acabando con todos a los que podían hundir su daga sin ser descubiertas. La sangre caliente salpicaba sus rostros impenetrables en la sangría y bañaba sus manos, enrojecidas hasta el codo. Primero los que dormitaban a la intemperie, más alejados del fuego. Les siguieron los que se hallaban al calor de las hogueras. Después, los que yacían en las tiendas.

Deyarina las cubría con su arco, eliminando a los que aparecían de pronto, alejándose del campamento a realizar aguas menores y otras necesidades. Unos caían de lado bostezando su muerte, otros sentados sobre sus propias heces. En el transcurrir de la noche, la valiente comandante acabó con las saetas sin errar una. Una vez quedó sin dardos, entró en el campamento con una daga en la mano, uniéndose a la Guardia Real en una sangrienta venganza que duraría toda la noche.

Una delgada línea anaranjada anunciaba el nuevo día en el horizonte, la suave neblina del bosque se despejaba con la brisa entre los altos árboles y el fuego del campamento se consumía sin más madera que lo alimentase. En el centro, las siete valerosas mujeres permanecían sentadas sobre troncos y piedras, en silencio. Sus cuerpos estaban totalmente cubiertos de espesa sangre, sus ojos fatigados delataban el cansancio. Pero una mueca alegre en sus rostros mostraba la satisfacción de la venganza consumida, habían acabado con cerca de doscientos hombres en aquella larga noche.

En el campamento solo quedaban con vida ellas y los que se encontraron a salvo de su ira encerrados en los carros de esclavos o durmiendo en las carretas de víveres y placeres: sirvientes, doncellas, jóvenes efebos y queridas. Gentes ignoradas en la terrible venganza, olvidados en sus alejados carros y que se alzaban con el nuevo día.

Al salir, quedaron atónitos ante tal carnicería. Las rodearon poco a poco, sin saber bien cierto qué hacer. Luego, evaluando el estado en

que se encontraban aquellas siete lobas heridas, tomaron algunas armas del suelo y avanzaron. Unos, temiendo su suerte y otros, buscando gloria que les liberara de su condición de sirvientes.

Las guerreras se pusieron en guardia con las dagas en sus manos. Cansadas, esperaban el último combate, sin miedo ni temor alguno, ante los sirviente armados, aunque les triplicaban en número.

—¡Un último esfuerzo y podremos marchar orgullosas de nuestra victoria! —exclamó Deyarina esperando el mortal envite.

El cocinero de la caravana, un hombre corpulento, calvo y de larga barba se dispuso a lanzar una jabalina sobre Deyarina mientras los demás iniciaban una carrera a gritos contra ellas. Pero entonces, una saeta surgida veloz desde el bosque le atravesó el cráneo desnudo, clavándole la cabeza contra la madera del carro que se hallaba a su lado. Los sirvientes, hechos soldados, frenaron en su acometida, dieron un paso cobarde atrás y dejaron las armas de nuevo en el suelo.

La valiente comandante, sorprendida, levantó su vista hacia los densos árboles de donde había surgido la muerte cierta. Ainia, la Loba de las estepas, apareció con el arco en su mano, seguida de docenas de jinetes.

Los sirvientes salieron corriendo, buscando los valles del oeste. Solo quedaron allí algunas de las esclavas y los que se encontraban presos en los carros, sin poder luchar ni huir, testigos silenciosos de todo cuanto había pasado aquella salvaje noche.

Ainia no dijo nada, se dedicó a recorrer el campamento acompañada por Antíope e Imperia; observando la sangría. El paso de sus caballos, entre tanto cadáver, apenas encontraba tierra por la que cabalgar. Vieron los cuerpos sin vida de las mujeres asesinadas por mercenarios y los cientos de mercenarios asesinados por Deyarina y las seis guerreras.

Y fijó sus ojos en el cadáver de aquel fuerte hombre de larga coleta, asesino de Mantis.

—Ese macho es un capitán de Micenas, luché contra sus soldados hace largo tiempo. Reconocería su fea cara y su larga coleta en cualquier lugar —aseguró Ainia.

—¡Aqueos! —exclamó Antíope.

—Acabó con muchas de las nuestras, aunque un buen golpe asesinamos a sus tropas. Me alegro de verle en esta... carnicería.

—¿Y esas lobas? —preguntó Imperia, señalando a las agotadas mujeres que de muerte habían sembrado el campamento—. Parecen de la Guardia Real de Temiscira.

Ainia avanzó, seguida por las demás; descabalgó y se les acercó observando cada detalle.

—Contadme... —dijo con voz suave.

—Somos de la Guardia Real de Temiscira, protegíamos la vida de la reina Mantis y de su hermana Empusa. Ambas fueron brutalmente asesinadas por estos traidores, la supuesta escolta..., junto a nuestras amadas hermanas. No pudimos cumplir con nuestro deber, pero la venganza fue nuestra —aseguró con orgullo la más joven.

—Busquemos la justa muerte escondida entre las mieles de la dulce venganza, pero el destino no lo quiso así y vimos el nuevo día —contestó Deyarina, con autoridad, erguido su rostro y sin levantarse del tronco en el que se hallaba sentada.

Ainia dirigió la vista hacia ella de forma inmediata.

—Tú no eres de la Guardia Real de Temiscira. Tú eres Deyarina, feroz comandante de los ejércitos de Iris, asesina despiadada de nuestras hermanas —le espetó. Luego, mostrando su labrys, marchó hacia ella decidida a acabar con su vida.

Deyarina se levantó y hundió la punta de su espada en el rojo fango, esperando la muerte sin oposición alguna.

—¡Sí, yo soy esa! —exclamó.

—Y dime, tú, Deyarina, feroz comandante de las valientes de Lesbos ¿Qué ha ocurrido aquí? —sonó la voz de la divina Hipólita, frenando el avance decidido de la Loba.

La comandante, sorprendida, giró la cabeza. Aquella visión la desconcertó; su belleza y porte militar la turbaban. Enseguida la reconoció. Su mente voló hasta la batalla de Atlas y tragó saliva recordando que Hipólita selló su rostro con la espada de Ares.

—¿Eres tú en verdad? —preguntó la valerosa comandante.

Hipólita se acercó, le puso ambas manos en la cara, elevándose-la, y observó la herida de su frente, ignorando la cicatriz con la que ella mismo le marcó. Limpió el sudor y la sangre que cubría el rostro de Deyarina, con un suave pañuelo de lino que sacó de su cinto. Después dirigió su mirada hacia Ainia, que permanecía en silencio con el labrys a media altura.

—Mi querida Ainia, ya corrió bastante sangre entre hermanas —dijo, con voz suave pero firme. Fijó los ojos de nuevo en la comandante y extendió su brazo abriendo la mano, invitándola a hablar.

—Mantis fue muerta y decapitada nada más se consumó la traición con los primeros sueños. Su cuerpo yace ahí, en algún lugar, entre los muertos. Empusa huyó al bosque, donde seguramente fue asesinada, pues un grupo de doce aqueos se llevaron dos cabezas. Iris, al no encontrar el apoyo que buscaba en sus hermanas, nos vendió a los aqueos en su ambición por hacerse con los Tres Reinos.

—Aqueos comentas, ¿estás segura de ello? —preguntó Hipólita.

—Sí, no me cabe duda alguna. Ni de que todo fue planeado en Lesbos por Iris...

—¿Y el oro? —preguntó Ainia.

—No hay oro, solo engaño —contestó Deyarina—. Dime, ¿por qué mi suerte te preocupa sabiendo quien soy? —preguntó fijando sus ojos en los de la divina reina.

Hipólita no respondió, sino que agachó el rostro poniendo sus dedos en la barbilla, pensativa y se alejó andando, buscando a su hermana.

—¡Sarko! Ocupate de que nuestras valientes de Temiscira encuentren descanso, puedan lavar sus cuerpos y alimentarse como bien merecen tras su gesta... Y liberad de una vez a los esclavos que se hallan en los carros.

—¡Así sea! —exclamó Sarko.

—Quisiera que los cuerpos de las hijas de la luna fueran todos honrados y enterrados, sin más dilatación ni excepción alguna —surró la divina reina, dirigiéndose a su hermana.

—Me hubiera gustado acabar con ella —aseguró Ainia, sin perder de vista a Deyarina.

—Doce aqueos cabalgan por esta noble tierra con la cabeza de dos de nuestras hermanas como trofeos... ¡Impide tal ofensa! —le dio por respuesta Hipólita.

—¿Quieres que te traiga las cabezas de Mantis y Empusa? —le preguntó la Loba, sin acabar de comprenderla.

—No, quiero que impidas que lleguen gloriosos a su destino —aseguró Hipólita, acercándose hasta ella. Luego, le puso la mano sobre el hombro y le sonrió—. Acaba con ellos.

La Loba de las estepas comprendió, la abrazó y le devolvió la sonrisa. Después saltó rápido sobre su caballo y, galopando con un grupo numeroso de guerreras, se alejó del lugar en busca de los aqueos.

La divina reina se acercó a las mujeres de la Guardia Real y, mientras con una mano limpiaba un coágulo pegado en la cara de la más joven de ellas, les habló.

—Mi nombre es Hipólita, hija de Armonía y Ares. Ahora que sabéis quién soy, descansad y reponed fuerzas. Formaréis mi guardia, pues valor bien habéis demostrado para ello.

Las seis guerreras se alzaron lentamente, atónitas, y se inclinaron mostrando su lealtad. Deyarina quedó en silencio, esperando una sentencia que no llegaba. Hipólita dio un paso hacia ella, miró hacia ambos lados, observando la carnicería habida con una expresión de satisfacción.

—Ahora que sabes quién es el enemigo en verdad, te quiero a mi lado, al frente de mi guardia —le confesó Hipólita. Acto seguido, tomó la espada de Deyarina, que permanecía plantada en la tierra ensangrentada, la desclavó y se la entregó.

La valerosa comandante la tomó en silencio, dejándose impresionar por la magnánima decisión que Hipólita había tomado. Luego, mientras pasaba la mano por su cicatriz, la vio alejarse, dándole la espalda, en compañía de Antíope e Imperia.

—¡Os quiero en perfecto estado a primera hora de la tarde! ¡Nuestra divina reina nos requiere! —exclamó Deyarina a las seis mujeres de la Guardia de Temiscira y enfundó su espada.

Capítulo 14

PRESA DE INHUMANOS

Gaviotas, charranes y garcillas revoloteaban sobre los islotes y salientes de los pasos del estrecho de Anatolia, apenas unas millas de agua separaban la tierra de Occidente de Oriente. Hombres rechonchos y de vestimentas variopintas sonreían sus decires. Se mostraban amables observando la orilla que les devolvía a los territorios del norte, surcando las aguas sobre dos grandes balsas. Los tiempos habían cambiado, las lluvias del sur y las guerras en Anatolia ya no ofrecían seguridad ni comercio sino muerte y pillaje. Volvían a sus hogares perdidos en lo remoto del bosque, resguardo de venganzas clamadas, con un buen cargamento que ocultar rápido.

Llevaban consigo una docena de hombres salvajes, algún teucro y siete niños que se hallaban amordazados, con los ojos vendados, sentados en el centro de la balsa más grande. Junto a ellos, una joven maltrecha yacía tumbada con la túnica hecha jirones y el cuerpo manchado de barro y sangre. Poco habían tenido que pagar por ellos, pues habían sido capturados y hechos esclavos sin más. Y la joven, un regalo caído del cielo, hallado en la orilla del Euxino: Empusa.

Empujando a los prisioneros, atados entre ellos por el cuello con una gruesa cuerda, desembarcaron con prisas. Se sentían intranquilos y buscaban rápido la seguridad del espeso bosque. Anduvieron toda la tarde internándose hacia los pasos de Occidente, alejándose de la península de Anatolia.

En el bosque, pronto caerían las sombras y con ellas llegaría el horror. Un desgarrador grito despertó a Empusa de su letargo. Abrió los ojos de golpe irguiendo su cuerpo y girando la vista hacia el hombre que gritaba. El cuerpo del desdichado, extendido sobre una gran piedra, al lado de una hoguera, permanecía inmóvil, sujeto por las muñecas y tobillos. Sus ojos se cruzaban con los de ella, que miraba perpleja, tratando de recordar. La joven trató de levantarse, pero cayó de inmediato al suelo. Entonces se percató que tenía las manos anudadas.

Un vendaje cubría la herida de su clavícula y un chitón azul cubría su cuerpo, limpio de barro y sangre. Se recogió sobre ella misma, apoyando la espalda sobre el cedro al que estaba unida por una corta cuerda y volvió su vista buscando saber. Junto a otros árboles de gruesos troncos se hallaban más personas atadas. Miró de nuevo hacia aquel hombre y vio su cara desencajada, estaba siendo desmembrado vivo y, de un seco golpe, le cortaron la cabeza. Sin inmutarse, fue testigo de cómo, poco a poco, eran asados en anchas brasas los brazos y las piernas; de cómo extraían el cerebro y lo cortaban en pequeños tacos para, a continuación, colocarlos sobre la caliente piedra envueltos en laurel y tomillo. Pasó el tiempo observando como aquel desgraciado era fileteado como una res y devorado ávidamente.

Dos de los inhumanos se acercaron a ella, tiraron de su pelo hacia atrás y observaron su rostro. Hablaron entre ellos ante la mirada atónita de Empusa, que nada entendió. El más robusto sacó una daga del cinto y cortó la cuerda, la alzó y le golpeó las nalgas con la palma de su mano, emitiendo un sonido de apetitoso gusto. Acto seguido, estiró los brazos de la joven y la cargó sobre sus espaldas, caminando hacia la gran piedra caliente, aguantando los inútiles contorneos de su presa. La joven reina se vio rodeada de personajes que la miraban sonrientes, mientras otros alejaban las vísceras de aquel altar improvisado, preparándolo para un nuevo sacrificio que calmara su apetito.

El antropófago, confiado, la descargó junto a la hoguera como si fuera una vulgar cierva. Luego, empujó su cuerpo con el pie hacia la piedra. Empusa, viéndose muerta, se lanzó sobre él, arrebatándole el hacha y cortándole, de un seco golpe, el cuello. Y volvió su vista hacia el bosque.

Apenas anduvo cuatro pasos, las piernas le flaquearon y cayó de rodillas, mareada. Había perdido mucha sangre, las fuerzas le abandonaron. Los inhumanos gritaron doloridos por la muerte de uno de los suyos y se lanzaron sobre ella, golpeándola con los puños y pies, desarmándola. Nada pudo hacer. Fue puesta sobre la gran piedra, sujeta de brazos y piernas y desposeída del chitón azul que cubría su hermoso y castigado cuerpo. Desesperada, intentaba gritar su rabia. Pero de su boca apenas salía un penoso ronquido, acompañado de agudos silbidos, mientras veía cómo se izaba sobre su vientre la daga que acabaría con su vida.

De pronto, tembló la tierra con un estremecedor bramido y un fognazo iluminó la noche. Muchos cayeron, quedando desconcertados y temerosos, envueltos en un intenso olor a azufre.

Empusa giró la cara y vio aparecer dos jinetes a través de una negra humareda: una anciana de largo cabello blanco y un apuesto joven con una jabalina al aire. El venablo pasó por encima de ella, veloz, y

atravesó el pecho del hombre voraz que alzaba la daga. Los inhumanos se lanzaron sobre ellos templando sus hachas. La anciana, de aspecto frágil, descabalgó de un salto y extendió su mano mientras golpeaba en el suelo con su bastón, desatando una explosión que lanzó por los aires a sus atacantes, desmembrados. Luego, extendió sus brazos al aire y emitió un poderoso grito de guerra. Un áurea anaranjada de borde rojizo, como fuego, se desató a su alrededor y los inhumanos corrieron hacia el interior del bosque como alma que huye de mil demonios, dejando todas sus pertenencias, los presos y a Empusa sobre la gran piedra.

—¡Europa! ¡Europa! —gritaban entre voces de pánico.

La guerrera vio acercarse al joven extraño y notó cómo la alejaba de la piedra de sacrificios, cómo la depositaba en tierra, con cuidado, sobre un manto de alta hierba, y cubría su cuerpo desnudo con una capa y, luego, sintió una caricia suave en la cara. Ella le miró con desconfianza, aunque sabía que su suerte había cambiado, y cerró sus agotados ojos.

—¡Europa! Ven, esta muchacha se encuentra muy mal, necesita de tu sabiduría —dijo Íbero, haciéndole gestos rápidos con el brazo.

La anciana cruzó el campamento abandonado hasta llegar junto a ellos. Puso la mano sobre la frente de Empusa y la observó detenidamente. De pronto, la joven abrió los ojos y Europa se sobrecogió por un momento.

—¿La conoces? —preguntó el joven leñador.

—No, pero su alma no es pura... En sus ojos habitan los demonios de la noche. Libera a los demás, a ella déjala —contestó la vieja Europa.

—¿Dejarla?

—¡Déjala morir!

Íbero se quedó perplejo ante aquellas palabras tan contundentes. Y miró a los ojos de la joven, donde solo vio una belleza infinita que le recordaba a su amada Imperia. La acarició el rostro hacia atrás, llegando hasta sus cabellos. La muchacha abrió los labios y un pequeño jadeo salió de su interior. Puso la mano sobre el pecho del joven, le agarró su mano y se la apretó.

—Tranquilízate, te pondrás bien... Yo cuidaré de ti —susurró Íbero.

La vieja Europa hizo un gesto de contradicción y se arrodilló junto a ellos.

—Tu noble corazón te impide ver con la debida razón, pero cumpliré tu deseo... Ahora libera a los presos, antes de que esos devoradores de hombres regresen, quién sabe si juntarán el valor necesario para ello.

Íbero sonrió a la vieja Europa, que quedó sentada, mirando a Empusa. Acto seguido, corrió a desatar a los que permanecían presos en los árboles.

—No sé quien eres, pero en mi interior siento tu esencia maldita, oculta bajo tu belleza; el odio te domina —dijo la anciana, dirigiéndose a Empusa, gruñendo en voz baja, mientras comenzaba a limpiar y sanar sus heridas—. Espero que el corazón de Íbero sea lo suficientemente grande como para latir también por el tuyo.

Empusa ladeó la cabeza con un gesto altivo y emitió un ligero silbido, apenas audible, antes de perder de nuevo la razón.

* * *

Ainia observaba con detenimiento a los aqueos que habían huido de la caravana; aquellos que llevaban las cabezas de las reinas en su poder. Había galopado veloz tras sus huellas, aun así había tardado dos jornadas en darles alcance, cerca del río Amarillo. El día se agotaba y los soldados se encontraban luchando por sus vidas.

Habían sido sorprendidos cruzando el caudal bajo del río. En el agua, con los pesados carros y sus corazas de bronce, eran presa fácil para la Loba de las estepas. Sin piedad, las valerosas mujeres descargaron sus dardos matando hombres y caballos, solo tres resistían heridos, entre los carros, con sus largas lanzas azuzando el aire y cubiertos con escudos. Muertas las bestias, quedaban en el cauce sin esperanza alguna.

Equidna y Antianira cabalaron despacio hasta la orilla y vieron flotar en el agua los saquillos del horror, anudados entre ellos por una gruesa cuerda, junto al cadáver de un lancero repleto de saetas. Los aqueos las observaban entre los huecos de las maderas, sin salir de su cubierta de bronce y madera.

—Llevároslas, no las queremos —exclamó uno de ellos, tratando salvar la vida.

Equidna avanzó por el agua con su caballo, descabalgó a unos pies de los temerosos hombres y sus miradas se cruzaron dando paso a una tregua no acordada. Recogió los sacos de muerte y los cargó en su caballo. Acto seguido, se volvió hacia los aqueos.

—No hemos venido a por estas cabezas, sino a por las vuestras —le contestó la capitana, con una sonrisa maternal.

Luego, se irguió sobre su caballo, cabalgó unos pies y se alejó al trote lanzándoles una mirada de muerte. Decidida a acabar con ellos, Ainia observaba a los guerreros que, ocultos tras el carro, esperaban su última batalla, maldiciéndolas. Y comenzó su trote marcial. Pero entonces, la Loba dio un paso atrás.

Un grupo de veinte aqueos con largas lanzas apareció al otro lado de la orilla, bajando por una loma. El característico sonido del bronce en marcha empezó a llegar hasta ellas, resonando con fuerza por doquier. Cientos de soldados avanzaban, surgiendo sobre las colinas y, tras ellos, miles de lanceros.

La Loba de la estepas recorrió la orilla del río, observando el inesperado ejército mientras los tres soldados presos en el agua, tras el carro vencido, enarbolaban sus lanzas y gritaban esperanzados.

—¡Aqueos! ¡No puede ser! —exclamó Ainia, perpleja.

Apretó los dientes y armó su arco, tensó una saeta y la liberó contra uno de los guerreros del carro, que exaltado ante la proximidad de los suyos había relajado sus defensas. Su cuerpo muerto se desplomó y la avanzada aquea corrió hacia ellas con las lanzas prestas, gritando su furia. Ainia retrocedió con sus lobas, alejándose del lugar al galope, llevándose consigo los dos sacos y sus temores.

La oscuridad envolvió la noche pero no aquel lugar, cientos de hogueras alumbraban la orilla del río Amarillo. Un poderoso ejército descansaba de su marcha en el campamento de Clearco, el León de Micenas, y de Iris de Lesbos.

—Mi señor, cumplido nuestro cometido regresamos. Pero una emboscada acabó con los valerosos hombres que nos acompañaron en la empresa —aseguró firme, en la tienda del comandante aqueo, uno de los dos soldados que sobrevivieron al ataque de Ainia—. La caravana fue asaltada y en nuestras manos disponíamos de las cabezas encomendadas. En este río quisieron los dioses que fuéramos alcanzados en una traidora emboscada de varoniles mujeres. Se llevaron las dos cabezas y las vidas de nuestros hombres.

—Dime, valiente... ¿Estás seguro de haber cumplido con tu misión? ¿En verdad se hallan muertas? —se apresuró Iris en preguntar.

—Sí, mi señora. Mantis y Empusa fueron muertas por la chusma mercenaria. Lamento mucho no poder brindar en esta hora su tributo, pues las cabezas se llevaron esas bravas. Pero tened por bien cierto que muertas se hallan y que la caravana fue presa de los mercenarios.

Iris sonrió sin poder ocultar su satisfacción.

—¿Y el oro? —preguntó Clearco, observando sus heridas.

—Mi señor, bien oculto debe estar pues antes de nuestra partida, no lo hallaron.

—¡Es cuestión de tiempo que lo encuentren, debemos apresurarnos! —exclamó Iris.

—No podrán ir muy lejos con semejante carga, en unos días les cazaremos como ratas que son. Soldados, bien veo que os habéis ganado gloria y honor en vuestro cometido, los dioses os han guardado.

Andad pues alegres con vuestros compañeros, pues grande será la recompensa —apuntó Clearco a los dos guerreros, mostrándose satisfecho.

En la orilla contraria, subida en lo alto de un grandioso álamo, Ainia observaba con detenimiento el campamento.

—Es todo un ejército, quizás diez mil almas o más —aseguró Equidna inquieta, la cual permanecía en una rama más abajo.

—Nadie en estas tierras podrá hacerle frente. Pero me resulta extraño, aquí no hay riquezas ni ciudades que conquistar, este camino solo lleva al Desolado —apuntó Antianira, apostada al lado.

—¡A Tribada! —exclamó Ainia.

—Morirían en el Desolado, nadie puede atravesarlo sin un destino cierto; menos una formación militar como esa —contestó Antianira, con firme certeza.

—La sal ardiente se los tragará —apuntó Equidna.

Ainia calló, miró a sus capitanas e hizo una mueca de preocupación.

—No es lógico un ejército tal para alcanzar Tribada, quizás nos busquen a nosotras o pretendan caer sobre algún destino incierto, dando un rodeo —insistió la Loba.

Entonces salieron los dos hombres derrotados de la tienda de Clearco, con gloria en sus rostros. Ainia vio salir también al general aqueo, resplandeciente con su coraza y peto de bronce y argénteo; y a Iris, entonces cerró los ojos con una amarga expresión.

—¡Tribada! Se dirigen a Tribada y, después, a Temiscira. Iris los guiará con suerte —aseguró con pena en sus palabras.

—Debemos regresar y dar cuenta de ello. Hay que poner a salvo a nuestras hermanas —comentó apresurada Antianira.

—¡No son nuestras hermanas, luchamos contra ellas! —apuntó Ainia, girándose bruscamente.

Se hizo un silencio incómodo. Las dos capitanas miraron a la Loba, ninguna la contradujo, pero la expresión de sus caras delataban sus pensamientos: la guerra entre hermanas había terminado. Ainia miró a una, luego a la otra y pensó en Hipólita, en sus palabras y posó de nuevo la vista en el campamento. Momentos después, se deslizaron entre las ramas como astutas jinetas, en silencio, hasta el suelo. Corrieron agazapadas entre la oscuridad y los arbustos, llegando hasta un pequeño claro donde se encontraba el resto de las guerreras, esperándolas con sus monturas.

—¡Marchemos! ¡Rápido!

Capítulo 15

DESEMBARCO EN ANNIRA

La costa sur de Anatolia recibía la flota atlante ante el estupor de los habitantes de la población de Annira, que se agolpaba en el pequeño golfo que hacía de puerto. Las mujeres y los niños, vestido con pieles y harapos, salían huyendo. Los hombres, cubiertos con gruesas pieles y petos curtidos, corrían en busca de sus armas, temerosos ante tan imponentes naves.

El comandante Gadir observaba con preocupación desde su embarcación el movimiento que su inesperada llegada estaba provocando. No quería que los tomaran por crueles invasores.

Isis, la menor de las protegidas del viejo sacerdote Imhotep-Ptah, se situó a su lado, vestida con una larga túnica blanca, portando una paloma blanca entre sus brazos.

—No te preocupes, noble Gadir. Les haré saber que somos gente de paz —dijo la joven, segura de sí misma.

Después, anduvo hasta el extremo de la proa, mostrándose por entera, y soltó la paloma levantando los brazos con una gran sonrisa. Las gentes de Annira observaron con agrado el volar de la hermosa ave y dejaron de correr.

—Aquí, mi noble señor, la paloma blanca es símbolo inequívoco de paz —aseguró Isis, ante la mirada asombrada de Gadir.

Estuvieron todo el día organizándose y desembarcando de las naves los caballos, los víveres y las armas. La gente del lugar les miraba como si fueran dioses, pues las destellantes corazas y los petos de bronce, bañados en argéntea, oricalco y oro de los soldados atlantes, deslumbraban a todos. La noticia de su llegada recorrió el territorio en apenas unos tragos.

Marco, un capitán fiel y leal a Tarss, dueño de su guardia personal, se hizo cargo de la seguridad de las dos jóvenes egipcias; especialmente

de Maat. La cual se dejaba querer, entre sus brazos, siempre que el veterano general se alejaba de la mano de Isis.

Bien entrada la tarde, Gadir recibió un emisario, si bien nada entendió.

—Nos habla del gran Lukka, una especie de rey de estas tierras. Os da la bienvenida si sois portadores de paz y dice que es su deseo que esta noche asistáis al banquete que en vuestro honor preparará —susurró Isis, que, con dificultad y siempre al lado de Tarss, logra hacer llegar el sentido de las palabras a los generales atlantes.

Gadir aceptó la invitación con sumo agrado y levantó un campamento no muy lejos de las naves, donde se preparaban los hombres para descansar. Decidió proseguir su viaje hacia el norte en dos días, para situarse bien en su camino y evitar el mareo de tierra que sufrían muchos de sus soldados tras un mes de navegación.

Caída la noche, Gadir, Tarss, Senil y el capitán Marco, acompañados por Isis y su hermana Maat, cenaron en la casa de aquel rey, que de gala humilde se vistió y organizó una gran cena con cabritos lechales y abundante vino. Se encontraban también valientes guerreros, nobles prohombres y afamados mercaderes; todos hablaban, pero nada entendían los atlantes.

—Dicen que si vuestro camino es el norte, debéis temer la furia de los hijos de Atenea —les tradujo Isis—. Aseguran que muchas caravanas procedentes de todas partes tuvieron que volverse antes de llegar a Ilión, pues temían ser saqueadas.

—¡Aqueos! ¡Ah! —exclamó Tarss, con desprecio.

—Pregúntale si sabe algo de mi amada Hipólita, de la reina Menalipa o de las hijas de la luna —dijo Gadir.

La joven muchacha, sentada sobre una de las rodillas de Tarss, le preguntó al comerciante, el cual hacía dos días que había regresado del norte y sabía más de lo que contaba. Mientras, Maat permanecía en la otra rodilla del general atlante, comiendo la carne exquisita de un lechal.

—Mi señor, comenta que el norte es muy peligroso, pues miles de soldados aqueos están arrasando todo a su paso. De la divina Hipólita solo sabe las leyendas que acompañan los pasos que cruzan de Occidente a Oriente: que brava lucha y a todos mata.

—¿Y de Menalipa? —insistió el comandante atlante.

—Dice que deberíamos visitar la casa de Amohp. Un viejo pescador egipcio, que aunque lo niegue, todos saben que es espía del faraón.

Gadir miró a aquellos hombres que reían, sus cuerpos morenos eran tan esbeltos como duros e impenetrables sus rostros. De largos cabellos y barbas trenzadas vestían de cueros y telas de lino, hombres

salvajes que habían prosperado del comercio y pensó que pronto serían hombres sabios, civilizados. Giró su vista y siguió con cierto interés cómo Senil reía con ellos sus gracias, sin decir nada, bebiendo sin parar. El rey, que se hacía llamar Lukka, profirió unas palabras y todos rieron con fuerza, incluso el viejo guía, mientras las dos muchachas quedaron con la cabeza baja, ruborizadas.

—¿Senil, qué ha dicho ese hombre que tanta gracia hizo?

—Sí, mi señor. Dice que gran ardor ha de poseer el general atlante para poder mantener contentas a tan hermosas mujeres, tan jóvenes, bellas y fogosas.

Las dos jóvenes egipcias miraron a Senil, al igual que Tarss y Gadir, que alzaron las cejas ante tal sorpresa. No por aquellas palabras, sino porque el viejo guía podía comprender. Los demás comensales quedaron en silencio, sin tener claro si habían sido entendidos. Por unos momentos todos se miraron, entonces Senil tomó una pata de lechal y comenzó a tragar entre risas, y los generales atlantes le siguieron.

—¡Bravo, Senil! Haz como si nada de los que escuchas entenderías, pero sigue atento a sus palabras —susurró Gadir—. Y tú, bella dama egipcia, traduce aquello que digan, no sería cortés que dejarás de hacerlo —le dijo a Isis, ofreciéndole vino.

La joven tomó el cuenco, dando un pequeño sorbo. Luego continuó su papel de intérprete y tradujo las palabras de Lukka; y los dos atlantes rieron como si comprendieran por primera vez.

—¡Soy feliz! —contestó Tarss, con una sonora risotada.

Marco no sonrió. Quedó mirando a Maat, preso de su belleza y sensualidad, y bajó la cabeza ante la dicha de su general.

La cena transcurrió entre palabras altas y risas complacidas. Isis traducía las palabras que les dirigían aquellos hombres, mientras Gadir confiaba en que el viejo Senil le comentara en el campamento los demás decires que se hacían escuchar sobre la cebada mesa.

A la mañana siguiente, el campamento se hallaba tomado por numerosos ganaderos, pescadores, lecheros, agricultores, broncistas, alfareteros... Acudían con la intención de abastecer a los semidioses recién llegados, que pagaban sus favores y trabajos con puro oro. Se creó de la nada, alrededor de ellos, un mercado ambulante donde los atlantes se hacían de provisiones y caprichos, donde afilaban las armas y reparaban sus ropas. No faltaba el vino y las mujeres gratas, ni los sacrificios y banquetes dando gracias a los dioses por tal suerte.

Gadir marchó en compañía del viejo Senil y de las jóvenes egipcias en busca del hogar de Amohp, el pescador egipcio del que le habían hablado. Sentado en una vieja barca lo encontraron y una sonrisa sincera alumbró su cara al ver a Isis y Maat, y corrió a abrazarlas.

—Estate atento a cada palabra que este hombre pronuncie... En silencio —ordenó Gadir al viejo guía, mientras observaba confuso la reacción del egipcio ante las dos hermanas.

Se saludaron y se sentaron en unas quebradas sillas, de lienzos rasgados, junto a una mesa de astilladas maderas. Todo allí hacía denotar la miseria en la que vivía aquel hombre. Parecía un desposeído, pues la casa cercana donde moraba, abandonada estaba y nada de valor contenía.

—Os pide perdón, nada tiene que ofrecer. Pero se siente honrado con vuestra presencia —aseguró la joven egipcia, tras escuchar sus primeras palabras.

—Pregúntale lo que deseo saber... Hipólita y Menalipa —le ordenó Gadir.

Gadir sacó de su cinturón un pequeño saquillo repleto de oro y lo posó en la mano temblorosa y curtida del egipcio. El cual, nada dio por respuesta, solo una mirada lánguida y lejana al mar.

El general miró a Isis, se acercó al viejo marinero, lo acompañó en su mirada y permaneció junto a él, esperando con la vista hundida en el horizonte azul.

—Es nuestro padre —confesó la joven, consciente de que Senil entendería sus palabras si hablaba con el viejo.

Gadir ni se inmutó, siguió con la mirada perdida al infinito del mar, junto al egipcio.

—En otros tiempos fue un gran general —continuó la joven—. Hace tiempo fue enviado a esta parte del mundo, olvidada de todos, donde nada hay y nada ocurre; desterrado. El faraón quiso hacernos sus concubinas y nuestro padre fue enviado aquí cuando supo que nos había entregado al oráculo de Men-nefer. Desde entonces no lo habíamos visto, solo vuestra presencia y la compasión del sabio sacerdote, que nos dio protección y nombre divino, ha podido permitir este encuentro. Imhotep-Ptah nos ordenó que os acompañáramos para saber, por ello viajan con nosotras las buchonas palomas que bien alimentamos. Son nuestras mensajeras.

Gadir observó al viejo sabio y comprendió su tristeza, su miseria.

—¿Os quedaréis aquí con él? —preguntó a las dos jóvenes.

—No, Imhotep-Ptah tendría problemas con el faraón, pues si bien se halla a salvo de él, no de Nefertary, la Esposa de Dios. Debemos seguir con vosotros, seguir informando y regresar cuando acabe la empresa.

Tras su triste confesión, Isis se posó junto a su padre sin disimulo alguno y lo abrazó con fuerza. Maat la siguió, consolando la pena de aquel viejo egipcio, acariciando su cabello lacio y besando su rostro quemado por el sol.

—Que nos siga al campamento, cuidaremos de él... Allí podremos hablar.

—Así se lo diré —apuntó Isis, agradecida.

—Y no es necesario que sigáis junto a Tarss, de igual modo nos acompañaréis pues no he de faltar a tu sinceridad. Yo hablaré con él, es un hombre rudo pero noble, comprenderá vuestras acciones —aseguró Gadir, tomándola de una mano de forma cariñosa.

—¡No, mi señor! —exclamó Isis—. Nos gusta estar con el general Tarss, es una bendición de los dioses. Es tan cariñoso y delicado, tan noble. Nos trata muy bien, en nada nos falta y sabe amar. Quisiéramos que siguiera así, en verdad es nuestro deseo permanecer junto a un hombre tan honesto y bueno con nosotras. Somos felices a su lado.

—¿Cariñoso y delicado? —se preguntó en voz baja Gadir, atónito. Acto seguido se echó hacia atrás con un gesto complaciente, sorprendido por aquellas palabras que bien hablaban de su rudo general.

Las dos hermanas se acurrucaron junto a su padre y hablaron con él largo y tendido. Dejándolas a solas con el anciano, para que pudieran estar en familia, Gadir se alejó tomando del hombro a Senil, mirando las gaviotas que rondaban la playa.

—¿Desde cuando entiendes la lengua de estos hombres salvajes? —le preguntó.

—Creo que... No recuerdo bien en que viaje, por mi juventud, quedé en estas tierras por largo tiempo —le respondió, haciendo muecas raras, intentando recordar.

—Dime, anoche mucho hablaron aquellos hombres y poco nos contó nuestra joven amiga.

—Poco serio decían, mi señor. Reían dichosos de la gracia de nuestro oro; de todo pretenden vendernos a buen precio. Pero quisiera haceros saber la poca fe que tienen en nuestro regreso pues, por momentos, creo que se repartían nuestras naves.

—Mi señor —se acercó Isis—. Mi padre te agradece tu generosidad. Pero prefiere quedarse aquí, no quiere poner en peligro nuestras vidas. Me hace saber que son tiempos difíciles, los hombres de las caravanas hablan en las posadas de las terribles batallas que se libran en los montes Pónticos, donde las hijas de la luna luchan sin tregua. Los dichos aseguran su fin, pues miles de aqueos han desembarcado y corren feroces tras ellas. De la divina Hipólita dicen que estuvo en Ilión y lucha con garra junto a la Loba, pero nada más se sabe.

—Debemos partir con premura, no podemos llegar tarde a esa guerra donde mi amada se dispone a darlo todo por salvar a su hermana Menalipa y a su pueblo —apuntó Gadir.

—Y lo más terrible, mi señor: el faraón Ahmose ha muerto, hace tres días, nadie sabe cómo, unos dicen que atravesado por la saeta de Apolo al desafiar a los dioses del Olimpo, otros que fue envenenado.

—Siempre es penosa una pérdida, mas en nada nos atañe y es el hombre que mantiene en pena a tu padre.

—Mi señor, antes de morir, ordenó su entierro en el Valle de los Reyes... Con sus riquezas y esposas.

Gadir quedó absorto por un momento.

—¿Y...?

—Mi señor, la reina Menalipa fue hecha esposa real del faraón apenas hace un mes.

Cerrando los ojos, con un vuelco en su corazón, el general apretó su puño contra la frente.

—¿Ya ha ocurrido? —preguntó Gadir, temiendo la fatal respuesta.

—Cuando mi hermana y yo salimos de Men-nefer con la tarea de acompañaros, la reina Menalipa se encontraba en palacio, presa pero a salvo, bajo el cuidado del oráculo. Ahora, no sé, posiblemente haya sido muerta y purificada para la ceremonia fúnebre o enterrada viva junto al cadáver del faraón.

—¿Nada podemos hacer? —preguntó Gadir, preocupado.

—Me temo que no, lo siento. Lo que tuvo que ser, ya fue o está siendo sin duda.

—¡Por todos los dioses! ¡Algo podremos hacer! —exclamó, alzándose con las manos sobre la nuca, mirándola como buscando una respuesta correcta que no encontró.

—El cuerpo de Ahmose estará ya preparado para su último viaje, no podemos hacer nada ni hay tiempo. Me apena, pues la bondadosa Menalipa despertó en mí aprecio y notable querer —dijo la joven mientras sus ojos se nublaban de abundantes lágrimas.

Gadir notablemente contrariado, se agachó, la abrazó y consoló su llanto acariciando el suave cabello de la joven. Exhaló profundamente el resalado aire del lugar, maldiciendo su suerte con una gran pena en su corazón. Miró hacia el ancho mar, con un nudo en la garganta y los ojos poblados ante la posible muerte de Menalipa, y pensó en Hipólita.

Al otro extremo del Mar entre Tierras, en la opulenta Men-nefer, el sabio Imhotep-Ptah corría por las dependencias del palacio imperial en busca de la Esposa de Dios, la gran Nefertary. Mientras, en los pasillos que llevaban a las dependencias de la reina Menalipa, una guardia de seis lanceros y Onais, un hombre rudo y despiadado, general de la confianza del faraón Ahmose, avanzaba firme con una gran espada en su mano.

—Divina Esposa de Dios, atender éste mi ruego —rogó Imhotep-Ptah.

—Te escucho, mi buen amigo, ¿qué prisas os traen hasta mí rogando por las guardias, tú que eres sabio y prudente? —le preguntó la divina Nefertary. Una mujer de profundos rasgos, largo pelo negro acicalado en oro y altiva presencia. Solo su visión producía un respeto inusitado, propio de los dioses; al hablar, era diosa que adorar y obedecer.

—Ya os hablé de Gadir, el noble rey venido de Occidente y de su gran gesta. En su nombre y en el mío mismo, por favor: liberad a la reina Menalipa, muerto tu hijo Ahmose no tiene sentido su cautiverio ni sacrificio.

—Pero es esposa del faraón, debe viajar con él —sentenció la divina mujer, de modo preciso, asombrada en cierta manera por la insistencia del sumo sacerdote.

—Mi amada Nefertary, sabes tan bien como yo que nunca se consumó la unión y eres consciente de la bondad de su corazón y lo trágica de su llegada a esta tierra.

—Fue expreso deseo del faraón, mi hijo, en el lecho de muerte, dándome la mano, que la bondadosa Menalipa fuera preparada y que le acompañase en su camino... Mucho me pides sabio Imhotep-Ptah.

—¡Madre, te lo suplico como hijo antes que pedírtelo como faraón! —dijo el joven niño que un día fue salvado de las fauces de un cocodrilo gigante por el valeroso Gadir, apareciendo de pronto, con urgencia; vestido de linajes preciosos remachados de oro y abundantes piedras preciosas—. Libera a Menalipa, es mi deseo. Ese hombre me devolvió a la vida, en deuda quedé y un faraón no puede andar con tal carga. Amenofis I quiere que sea esa su primera voluntad como dios del Imperio Nuevo de Egipto.

—En verdad mucho le debo a ese valiente Gadir. Quizás Menalipa deba vivir, debo deliberarlo con los dioses —aseguro la divina egipcia, con un resoplido tranquilo, mirando con felicidad la cara sonriente de su hijo, el nuevo faraón.

—Por favor, la guardia marchó a por su vida... ¡Onais no tendrá piedad! —insistió el viejo sacerdote.

—¡No! —exclamó el joven faraón, temiendo por la vida de Menalipa; esgrimíó el puñal con que le obsequió Gadir y corrió.

Ajenos a aquellas palabras, el general egipcio tumbó la puerta de la estancia de Menalipa que, desconociendo su trágico destino, se irguió sorprendida.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué nueva burla significa ésta? —preguntó exigiendo respuestas.

—¡Llegó tu hora, arrodíllate, breve será y dolor no hallarás! —exclamó Onais por respuesta, alzando su ancha espada.

El pequeño Amenofis corría por los pasillos, tras él quedaba el sabio sacerdote ordenando, desesperado, a la guardia que acompañara a joven faraón. Pero lejos se hallaban para impedir la fatalidad que se cernía sobre la reina hecha presa.

—¡No esperes que te entregue mi cuello, tendrás que venir a por él! —exclamó Menalipa, valiente.

El rudo hombre hizo un gesto con su cabeza y la guardia atacó. Ágil como una gacela, Menalipa saltó al aire golpeando, esquivando el lance; y, girándose, dio fuerte en el cuello de uno de los soldados que cayó vencido con sus armas. Fue rápido a recoger la lanza del suelo, pero Onais le pisó la mano y la golpeó en la cara con el puño. Ella cayó rodando y rápidamente fue sometida por los brazos de la guardia.

El joven faraón giró veloz el recodo del largo pasillo que le acercaba a las estancias de Menalipa, tras él seis lanceros le seguían. Vio la puerta vencida y corrió.

—¡Alto, deteneos! —gritó con fuerza al ver las sombras de la guardia alzar el cuerpo de Menalipa al aire y arrodillarla.

Onais le miró desafiante. Sin hacer caso a las palabras del pequeño faraón, el rudo general estiró su cuello al aire tragando saliva, tomó fuertemente el cabello de Menalipa y alzó su espada.

—¡Viajarás con el faraón, pues tu vida le prometí y me aseguraré de ello! —exclamó.

—¡Noooooo! —gritó el muchacho.

—Muere... —susurró Onais.

Un gran rugido, poderoso como ninguno, hizo retumbar las paredes de la estancia hecha cárcel, paralizando el momento. Los barrotes del ventanal se quebraron como espigas con un fuerte zarpazo que los destrozó por completo. Onais y sus guerreros quedaron sobrecojidos, sin saber qué ocurría. Se miraron entre ellos y giraron la vista hacia el ventanal. Un enorme tigre dientes de sable entró de un salto, volviendo a rugir con furia, mostrando sus poderosos colmillos, y todos quedaron horrorizados, excepto Menalipa.

—¿Therio? —preguntó exhalando un susurro bendito.

La bestia saltó sobre Onais partiéndole el cuello de un zarpazo, después lo levantó al aire haciendo presa en su vientre. Cerrando la boca, crujió aquel cuerpo y los intestinos brotaron cayendo de las fauces del tigre entre golpes de sangre, mientras fijaba sus almendrados ojos sobre la guardia. Dando un tremendo rugido, cayó sobre ellos despedazándolos con sus poderosas garras.

El joven faraón quedó mudo escuchando el horror que acontecía en la habitación. A tres pies de la puerta solo podía ver sombras reflejadas en el suelo y la abundante sangre salpicar las paredes. Retrocedió un

paso para quedar paralizado, sin atreverse a mover un músculo, y el puñal le cayó de la mano. De pronto se hizo el silencio, nada se oía, y avanzó lentamente, tragando saliva y con los pies pesados. Con temor entró en la estancia; por detrás de él aparecían su guardia y el viejo sabio, corriendo.

—Eres libre, el faraón Amenofis I y Nefertary, la Esposa de Dios, te bendicen en este día que te devuelven la libertad —dijo entre temblores, con los ojos abiertos sobremanera ante los cuerpos desmembrados de la guardia de Onais, mirando fijamente a Menalipa y al formidable animal que volvía, con un escueto gruñido, su vista sobre él.

El enorme felino se acercó al joven faraón hasta posar el hocico en su frente. El muchacho apretó los dientes y las manos, permaneciendo en pie, valiente ante el aliento de la bestia.

—Gracias mi querido Amenofis —contestó la bondadosa Menalipa y, acercándose a él, le puso la mano en el hombro—. Serás un gran faraón.

Y le besó en la frente. Luego, se volvió y corrió hacia la libertad saliendo por la ventana astillada. La bestia dio un poderoso rugido y la siguió, con un ágil salto.

La guardia entró rápidamente, junto al sumo sacerdote que, sobresaltados ante la matanza, cubrieron con sus armas enseguida al joven faraón. Imhotep-Ptah se asomó al ventanal quebrado, nada vio y, volviendo la mirada hacia la carnicería comprobó que Menalipa no se hallaba allí.

—Mi señor, ¿te encuentras bien? —preguntó el anciano.

—Sí... sí... —tartamudeó el joven Amenofis.

—¿Qué fue de la reina Menalipa?

—Es libre —acertó a decir.

Los guardias se asomaron por el ventanal y la divina Nefertary apareció en esos momentos. Conmovida y sin saber cierto lo ocurrido, tomó a su hijo de la mano, lo abrazó y comprobó que se hallaba bien. Luego, observó la matanza y se asomó a la ventana.

—Mi señora, pronto la capturaremos, no irá muy lejos —aseguró el capitán de la guardia.

—Dejadla ir, pues libre es. Madre, que se cumpla mi voluntad y nadie ose hacerle mal alguno —ordenó el joven faraón.

—Ya habéis oído, Menalipa es una mujer libre —aseguró Nefertary a su capitán.

El pequeño y su madre salieron de la habitación, acompañados por el sumo sacerdote.

—¿Has visto lo ocurrido? —preguntó Nefertary, preocupada y llevándolo hacia su regazo.

—Madre, Onais me desobedeció, quiso acabar con ella contra mi voluntad. Entonces, un dios poderoso, pavoroso, apareció de la nada imponiendo mi voluntad, salvando la vida de la bondadosa Menalipa y sembrando atroz muerte. Se acercó hasta posar su rostro frente a mi cara y noté su cálido aliento, el olor a sangre de sus fauces, su terrible poder. Pudo matarme, pero no lo hizo. Marchó con ella... ¡Madre, ese dios me respetó como faraón e hizo imperar mi voluntad!

Capítulo 16

EL CAMPAMENTO DEL PONTO

En los altos cerros de los montes Pónticos, entre los densos bosques de alta montaña, al amparo de un enorme cortado, hogar de buitres y águilas, se encontraba el campamento de las hijas de la luna. Entre el cálido crepitar de las hogueras y los sabios decires de la cena, Andrea y numerosas mujeres descansaban y se alimentaban de abundante salvajina: cierva y jabalí.

—Mi señora, mi señora... ¡Ya están aquí! —exclamó la guardia, corriendo hacia Andrea.

La cual, volvió su vista deseosa de saber de Ainia y del choque con los teucros. Su sorpresa fue enorme, quedó de piedra, extasiada, cuando frente a ella apareció Hipólita montada sobre Zaino. A su lado cabalgaba el príncipe Laomedonte, con su brazo y pecho vendado pero firme en su carro de guerra, junto a la guardia teucra. Antíope, Sarko, Imperia y parte de las lobas de Ainia les seguían sobre sus monturas. Les acompañaban varias mujeres, hombres y algunos niños, esclavos y siervos hechos libres en la desafortunada caravana. Y la temida Deyarina, que extendió el recelo de inmediato entre todas las lobas.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó Imperia, saltando del caballo.

Hipólita descabalgó y pasó ante Andrea, ignorándola, dejándola atrás ante su desconsuelo. Observó el campamento y el pequeño ejército que lo habitaba como si fuera una aldea. Paró en su camino y volvió su rostro.

—¿Andrea? ¿Eres tú?

Ella sintió volcarse su corazón, asintió, ruborizándose con una elocuente sonrisa y una lágrima. Hipólita se le acercó y la abrazó ante su sorpresa, acariciándole el cabello y besando sus mejillas. Andrea se sintió desfallecer y se abrazó con fuerza, notando el calor de su cuerpo, la ternura de su tacto y el suave perfume que la envolvía, y una sensación indescriptible de felicidad le recorrió el alma y de su boca

salió su nombre suavemente —Hipólita— como un leve susurro de amor nacido de lo más profundo del alma.

Las mujeres del campamento comenzaron a rodearla y quedaron en silencio, observando aquella leyenda viva que era divina.

—Hipólita, hija de Armonía y Ares se halla entre nosotras, pronto cabalgaremos sobre los Tres Reinos: Lesbos, Tribada y Temiscira. Acabaré la guerra entre hermanas, venceremos a nuestros enemigos y reinará la paz de nuevo entre las hijas de la luna —espetó con fuerza Imperia, arengando a las que no paraban de acercarse para contemplar de cerca a la divina reina, protagonista de mil cantares, dichos y leyendas.

Andrea seguía abrazada, con los ojos nublados por la emoción. Hipólita le invitó a separarse acariciando su cabello, limpiando las lágrimas que recorrían sus sonrojadas mejillas.

—Mi fiel amiga, he cruzado el mundo ante las tristes palabras de Imperia, espero llegar a tiempo y que mi presencia pueda servir —dijo Hipólita.

—Mi señora, merece la pena esperar una vida por sentirnos como yo os he sentido —le contestó, separándose con notable júbilo.

Hipólita la miró sin querer entender, pero agradeciendo sus palabras con una sincera sonrisa. Andrea volvió la vista y vio a Sarko y, emocionada, se abrazó también a él. Acto seguido, miró a su alrededor con una terrible angustia.

—¿Y Ainia? —preguntó al aire.

—No te preocupes por ella. Quedó atrás con una labor encomendada que ha de cumplir —le contestó Imperia, entre beso y beso.

La noche continuó con una gran expectación y se preparó abundante cena para las recién llegadas; y quisieron todas las guerreras saludar a Hipólita por lo que se mantuvo firme dando la mano a cada una de aquellas mujeres. Bailaron para ella a la luz de una gran hoguera, en parejas, con pasos cerrados, sinuosos; y libres, con saltos acompasados y giros melódicos al ritmo de una vieja arpa, una doble flauta y el sonido de dos troncos huecos con piel tensa de cierva. Todas se hallaban con ganas y fuerza, incluso las heridas parecían sanar con premura, renacer de sus lamentos, pues el destino les sonreía con la presencia de la divina Hipólita.

Gozaban de una noche de esperanza, fiesta y alegría en una tierra de desazón, tragedia y penas. Solo Imperia se hallaba triste, apartada de todos. Bajando la cabeza, se alejó hasta un saliente desde el que se dominaba el lejano valle.

—¿A dónde vas? ¿No quieres gozar de la noche? —le preguntó Sarko, viendo su pena.

—Mi querido amigo, en verdad no encuentro consuelo y solo deseo descansar.

—¿Recuerdas la noche en que se hundió Atlas? Eras muy niña, pero sé que tus mientes no la olvidan: Menalipa y yo corrimos cargando contigo y con Andrea sobre nuestros hombros, la ciudad ardía y la tierra se estremecía arrastrada por el mar... Esa noche perdí a mi amada Mariska. Nunca la olvidaré.

—Recuerdo y sé que vivo gracias al valor de Andrea y la certeza de tu lanza, y siento que Mariska muriera. Fui consciente de ello, pero no pude comprender tu dolor hasta el día en que yo supe lo que es el amor y lo perdí. Dime, mi buen amigo, ¿cómo hallaste consuelo para la pena?

—No lo hallé, ni busco hallarlo. Cada día me alzo con su aroma en mi cuerpo y cada noche mis sueños traen a Mariska hasta mi corazón. Aprendí a vivir con el ayer y la felicidad de su sonrisa entre mis brazos, pero sabiendo que hay un mañana. No es necesario olvidar, pero no puedes dejar que los recuerdos consuman tu porvenir. Eres joven y sin duda la vida te volverá a sonreír con un gran amor —le aseguró Sarko, visiblemente emocionado por el recuerdo.

Imperia le miró piadosa, con ternura. Se acercó a él tragando el nudo que en su garganta se había formado y besó tiernamente su mejilla.

—A ti también te sonreirá —aseguró.

El viejo exhaló una pequeña risa y le acarició su larga melena.

—Sí, por supuesto... ¡Todavía soy joven! —exclamó Sarko.

—Gracias por tus palabras, mi noble amigo. Ahora marcharé a descansar con consuelo. Mañana, cuando regrese Ainia, partiremos hacia Tribada. Sin duda será un gran día —le agradeció la joven guerrera.

—¡Imperia! Espera... —la llamó Laomedonte, apareciendo con un cuenco de dulce vino.

—No, deseo estar sola... Perdóname, pero es mi deseo —le dijo suavemente, y le acarició su cara, con una pena sentida—. Ya nos veremos mañana.

Imperia se alejó y se introdujo en su pequeña tienda. Olvidando la alegría que fuera se daba. Se desvistió de forma pausada, con una lejana sensación de ánimo. Dejó las armas al alcance de su brazo y se cubrió con unas gruesas telas de lino y una piel de oso. Pasó sus manos bajo la cabeza y miró al techo de lona, pensó en Íbero y lanzó un pequeño suspiro.

—¿Cómo he de olvidar el ayer si te llevo siempre en mi corazón?

* * *

A la luz de la luna, una esquiva cierva se apresuraba saltando entre dos rocas, alejándose del arroyo al que había ido a saciar su sed. Regresaba a la seguridad del claroscuro, monte arriba, tratando de alcanzar la espesura del bosque. De pronto, al esquivar un frondoso arbusto,

sintió su cuerpo estremecer ante el desgarrar de la carne. Íbero surgió a contraviento entre las ramas, hundiendo una jabalina en el costado del animal.

—¡Traigo carne fresca! —exclamó, llegando ante la vieja Europa y la joven Empusa.

Se hallaban al calor de una hoguera, en un resguardo rocoso; cerca de una pequeña aldea de nombre incierto, habitada por hombres salvajes. Apenas había labranza ni ganado, ni se veía soldado alguno.

—¿Cómo se encuentra nuestra bella invitada? —preguntó el joven leñador.

—Hace poco abrió de nuevo los ojos, mas nada dice, muda parece —aseguró Europa—. Ha mejorado de sus heridas, mañana podremos seguir nuestro camino. La dejaremos al cuidado de esa gente, no creo que mal se halle en ese poblado.

Empusa permanecía en silencio, mirándoles con desconfianza. Había estado inconsciente unos días, vencida al cuidado de ellos. La hoja de la Parca anduvo cerca de su alma, llegó a creer que se hallaba muerta. Pero estaba con vida, aquella anciana y el atractivo joven que la acompañaba la habían salvado. Sin embargo, más que pensar en agradecer su suerte, veía en el joven leñador momentos de lujuria y en la vieja una carga que eliminar. Trató de levantarse, pero todavía se encontraba débil y quedó sentada.

Íbero, atento a sus movimientos, corrió a ayudarla. Se posó a su lado y le reclinó la cabeza junto a su hombro, acariciando su corta melena rubia. Europa bostezó hambrienta, como desinteresada aunque pendiente de todo. Luego, agarró la cierva de una pata y se dispuso a preparar una succulenta cena.

—¡Te arrepentirás de no haber dejado que muriera! —exclamó la anciana.

—No le hagas caso, siempre se está quejando de todo, maldiciendo. Mas es una buena persona, divina ella que os arrancó de las garras de la Parca —aseguró Íbero.

—¿Buena persona? ¿Yo? —susurró Europa con la mirada desquiciada.

—Pero dime, ¿quién eres? —preguntó el joven, posando los ojos en la desconocida.

Empusa volvió la mirada hacia él, envuelta en un halo de misterio guardado y de curiosidad por saber. Entendía sus palabras; no todas, pero sí el contexto. Parecía aqueo, pero no lo era. Y cernió la mirada sobre la hoguera, ignorándole.

—No quieres decir nada, debiste pasarlo muy mal con esos inhumanos. Perdona, ahora descansa. Hablaremos cuando te encuentres mejor. ¡Pretendían devorarte y aquí estoy yo, molestándote con mis

preguntas! ¡Quién sabe qué penas habrás tenido que pasar tú que de todo eres inocente! Pero no temas, nosotros guardaremos de tu suerte —aseguró Íbero, acariciando su flequillo caído, hacia atrás, con un gesto de cariño desconocido para ella.

La guerrera levantó la vista sobre él, alzando el entrecejo, con cara seria ante aquellas palabras y el extraño pensar del joven. No le miró con apetito voraz, sino con un interés que le hizo sentirse mujer.

Esa noche, la joven volvió a comer carne por su propia mano, bajo la atenta mirada de Europa y las alegres palabras de Íbero, el cual se desvivía por cuidarla.

—Toma, prueba esta pieza, está sabrosísima. La he preparado para ti —le dijo ofreciéndole una tira de carne adobada con aceite, setas, tomillo y laurel.

Ella volvió a ignorarle y tomó por sí sola un trozo del costillar asado, sin condimento alguno, comiendo con cierta ansia mal disimulada.

—¡Desagradecida! Si no hubiera sido por él, que de ti se apiadó, pasto de gusanos serías —espetó Europa, liberando al aire sus huesudos brazos y clavando sus diminutos ojos velados en ella.

Empusa se dio por aludida y lanzó una mirada inquisitiva sobre la vieja Europa.

—¡Te ha entendido! ¡Seguro! —dijo Íbero al ver la reacción de la muchacha.

La joven miró a la anciana, como si quisiera arrancarle el alma. Luego, se mostró tierna con Íbero, con una mueca sencilla, y tomó de su mano la pieza que le había ofrecido. El olor de aquella jugosa carne era tentador y la mirada humilde de Íbero le turbaba ciertamente la razón. Y la probó, degustando su delicioso sabor.

El muchacho se mostró satisfecho y preparó otra tira de carne, adobándola de nuevo en la deliciosa salsa de setas. Sonrió a Europa que, desconfiada, no apartaba la mirada de la extraña joven, con una de sus pobladas cejas levantada.

Los graznidos de los cuervos anunciaron la llegada del nuevo día. Empusa se sintió de nuevo fuerte y salió del resguardo con los primeros rayos del sol. Íbero preparaba los caballos; a su lado, sentada en una roca estaba la joven Europa.

Sorprendida, ambas se miraron fijamente. Empusa no la reconocía, pues solo sabía de la vieja que bien la había tratado y mal murmuraba de ella. Pero sí distinguió sus prendas verdes, el bastón de madera y esa mirada divina, ciertamente perversa. Y quedó perpleja, pensando que la razón le había fallado en su delirio.

Íbero se percató de la sorpresa de la desconocida al ver a Europa. Pero calló, actuando como si nada extraño aconteciera.

—¿Estás preparada? Marchemos pues, ya hablé con la gente de la aldea. Es humilde y de corazón, con agrado se prestan a cuidar de nuestra amiga —aseguró Europa.

—Allí estarás a salvo y podrás recuperarte bien —aseguró Íbero, dirigiéndose a Empusa.

Por un momento la joven vaciló, no quería quedarse allí.

—¡Vamos, aún nos queda mucho camino hasta dar con Hipólita y las hijas de la luna! —exclamó Europa, izándose sobre su caballo.

Esas palabras entraron en la mente de Empusa como fuego vivo; y, ocultando su rostro al agacharse para recoger un zurrón con viandas, abrió los ojos estremeciendo su cuerpo.

—¿Hipólita? —se preguntó en silencio.

Salieron del bosque en dirección a la aldea donde habían concertado la estancia de Empusa. Apenas una treintena de personas la habitaba, la mayoría personas mayores, algunos jóvenes y pocos niños; todos desarrapados y de aspecto sucio, cansado. La joven, recelosa, observó el interior de una casa de espeso barro y gruesas ramas. Vio dos camastros corroídos por el tiempo y las ratas, algunas pieles colgando de las paredes y una mesa curvada.

Íbero le ofreció un saquillo de oro a una mujer de carnes generosas y nariz chata, que miraba a la joven con cierta sorna. Junto a ella se encontraba un hombre de aspecto fuerte, mayor y de estirada faz barbuda, sin apenas dientes y que le guiñó un ojo de forma pícaro.

—Aquí estarás a salvo —le dijo el joven leñador, acariciando su cabeza—. Si los dioses no me acogen en su seno, volveré a por ti.

Empusa volvió su mirada hacia todas partes. Había algunas gallinas y una sola cabra. Tres niños correteaban gritando en unas callejuelas embarradas, junto a las casas que parecía que no podrían resistir las próximas lluvias. Una joven llegaba sudando, cargada a lomos, hasta más allá de su cabeza, con un enorme fajo de leña. Dos hombres de aspecto salvaje y sucio arrastraban un jabalí, portando un venablo astillado y un hacha de piedra.

La gente vivía feliz a su manera en aquella aldea, cazando y recolectando frutos del bosque, comerciando salvajina y pesca con aldeas lejanas. Eran humildes en su condición de hombres salvajes, no era hogar para una guerrera. La joven pensó en huir de allí de inmediato. Desesperada, agarró la mano de Íbero y negó con su cabeza una y otra vez. Trató de hablar, pero de su boca solo salían pequeños silbidos y roncós sonidos.

—¡Quiere hablarnos! —expuso Íbero, notando la fuerza con que atenazaba su mano—. Pero es muda en verdad.

—No quiere que la dejemos aquí, es su deseo acompañarnos. No es tan difícil entender a una mujer, muda o no —apuntó Europa, con certeza.

Empusa asintió varias veces, de forma rápida con la cabeza y las manos.

—No puede ser mi querida amiga. A guerrear marchó al campo de batalla y ese no es lugar para una joven inocente y bella como tú. Es algo horrible que no puede más que traerte pena.

La joven frunció el ceño, rechinó los dientes y se decidió a arrancarle el venablo de las manos y demostrarle quien era. Pero su ira se vio frenada, pues Íbero se acercó a su rostro y besó con delicadeza su mejilla, rozando sus húmedos labios. Luego, le acarició la nuca y la cara, y la abrazó. Ella quedó totalmente desconcertada, en su estómago notó una sensación desconocida y su corazón latió con fuerza.

Europa e Íbero se alejaron al trote, dejando atrás a Empusa. La cual, quedó inquieta y perpleja ante el calor de ese beso de amor, de esa caricia noble, de ese abrazo sincero. El golpe de una palmada en su hombro la hizo reaccionar.

—Toma este pozal y corre con las demás, hay que recolectar mucha miel, antes de que el oso pardo nos deje sin nada para la llegada de las nieves —le ordenó la mujer chata.

—Apresura la marcha, pues aquí se ha de ganar el pan de cada día y aún tienes que limpiar el establo y lechar la cabra —le espetó el hombre sin dientes, pasando a su lado con tono burlesco, sin desviar la mirada de ella y rascándose la entrepierna.

Empusa apretó los dientes conforme la ira comenzaba a consumirla y, de un golpe con su puño, lo dejó tendido, inconsciente. Y, con un gruñido, salió corriendo.

A lo lejos, perdida de vista la aldea, rozando el mediodía, dos figuras a caballo se confundían con las sombras de la arboleda entre los cedros gigantes.

—Si sobrevives a tu guerra, ¿piensas regresar a por ella para llevarla a Occidente o fue quizás una mentira piadosa? —preguntó Europa.

—Sí, si los dioses me protegen volveré a mi lejano hogar, a las montañas sagradas de Pyrene, con ella. Pobre desdichada, tanto sufrimiento ha pasado que... ¡muda quedó! Sus ojos parecen tan limpios como su alma. Me recuerda a mi amada Imperia, merece una nueva vida.

—¿Pues no querías morir bravo en la batalla para reunirte con ella?

—Si ha de ser, así será. Pero si mi alma no colma el deseo de los dioses, volveré a mi tierra y la haré mi compañera. Si no he de estar con Imperia, presa de la Parca, amaré a esa joven y a su tierna inocencia. Me necesita, lo he visto en su mirada.

—¿Inocencia? Hum, su mirada es turbia como el barro ensangrentado, no entiendo qué puedes ver en ella. ¿Ni su nombre sabes y piensas será buena compañera? Me sorprendes, rechazaste mi amor divino y ahora te fijas en esa joven mortal... ¡Te gusta en verdad!

—Me recuerda a Imperia...

—Pues si te gusta y piensas regresar con ella, ¿para qué ir a batallar? No entiendo a los dioses, pero menos a los hombres —insistió Europa.

Un agotado silbido les alertó. Tras ellos, en la lejanía, corriendo entre bocanadas de aire y roncós silbidos, cruzando el ancho valle que la llevaba hasta el bosque, Empusa se acercaba veloz, resoplando su cansancio.

—Parece que no ha podido aguantar mucho tu bella doncella entre hombres salvajes —apuntó Europa.

—Parece dispuesta a seguirnos, a pesar de saber que marchamos a la batalla —dijo Íbero, sin poder ocultar su alegría.

—Regresa a tu tierra con ella... —comentó Europa.

—No, Imperia me espera al otro lado de la vida, los dioses decidirán —respondió escuetamente, sin apartar la vista de Empusa.

—Íbero, al otro lado de la vida solo hay muerte...

Cruzaron el estrecho que separaba dos mundos, llegaban a los bosques de Anatolia, la tierra de las hijas de la luna. La marcha siguió durante todo el día y, mientras se acercaban cada vez más a su destino, entre Empusa e Íbero crecía una atracción sincera que les mantenía siempre juntos. Un sentimiento de amor frenado por el recuerdo de su amada Imperia, se apoderaba de Íbero con la mirada inocente de aquella muchacha muda.

—Este es un buen sitio para descansar, pronto llegará la noche —expuso Europa, mientras señalaba un pequeño claro cerca de un arroyo.

—Estoy agotado. Me voy al agua antes de que caiga la helada noche —apuntó Íbero.

Europa sonrió y descargó el morral, y se sentó en el suelo. Empusa, mientras recogía algunas ramas para encender una hoguera, observó cómo se alejaba el joven leñador.

—Ve con él, no te necesito... Ya me apaño con la cena y la llama —dijo Europa con una sonrisa pícaro.

Empusa siguió los pasos de Íbero, llegando hasta una pequeña balsa que ensanchaba el arroyo y dejaba sus aguas sin fuerza. Le vio desvestirse, observó el hermoso cuerpo del joven, su ancha espalda y las numerosas cicatrices que lo cubrían. Y le siguió con la mirada, con las cejas alzadas y una expresión atónita de deseo mientras éste

se introducía en la poza, dejándose cubrir por el agua cristalina. Rápidamente se desnudó y se lanzó al agua, sumergiéndose.

Íbero se volvió hacia ambos lados, alertado; pero nada vio. Ante él surgió de pronto la joven, rompiendo la superficie y lanzándole un golpe de agua a la cara, riendo entre silbidos. Y respondió salpicándola con las manos. Ella saltó sobre su espalda y él se dejó caer hacia atrás, el agua les cubrió por completo durante unos momentos, hasta que la superficie rompió de nuevo, con sus cuerpos emergiendo, entre juegos que levantaban el deseo.

Al final acabaron abrazados en un recodo bajo de la poza, dejándose mecer por la suave corriente, entre caricias encendidas que acabaron con un dulce beso.

—Flor de Invierno te llamaré, pues eres tan hermosa como la más colorida de las flores y nunca marchita tu belleza. ¿Te gusta? —le preguntó Íbero, retirándole el pelo mojado de la cara y acariciando sus mejillas.

Empusa asintió, por varias veces, olvidando quién era en verdad y dejándose querer, pasando la mano por el pecho del joven y apoyando la cara contra él.

—Se hace tarde; vámonos, Europa nos estará esperando... —dijo Íbero, mirando cómo se abatía la oscuridad de la noche.

Empusa irguió la cara hacia él y, deseosa, negó con la cabeza, con una sonrisa cómplice y un melódico silbido. Pero Íbero tenía en su mente a Imperia, recordaba amargamente cuando ambos estaban en el arroyo y fueron brutalmente asaltados. Y temió que alguien les acechara.

—Vamos, estas tierras no son seguras —le insistió.

Acto seguido, salió de la tranquila poza y se vistió bajo la asombrada mirada de Empusa, que no comprendía a aquel joven que le brindaba cariño pero rechazaba sus caricias. Y le siguió con cierta rabia y orgullo.

—¡Me tenéis preocupada! —exclamó la vieja Europa, alzando al aire sus temblorosos brazos y agitando el bastón de cedro al verles llegar abrazados—. La cena está servida si todavía tenéis hambre y no os halláis saciados.

Empusa quedó de piedra por un instante al ver a la vieja Europa y sus prendas, pero esta vez fue ella quien actuó como si nada aconteciera. Si bien, al poco, no pudo evitar mirarla por repetidas veces y lanzar un mirada furtiva alrededor en busca de la joven Europa.

Esa noche se acostaron muy pronto, apenas hablaron, la fatiga del largo viaje reclamaba su descanso. Europa observó cómo la extraña joven se levantaba en la oscuridad y se acercaba a Íbero, acostán-

dose junto a él, cubriéndose con una gruesa manta, y les vio rozar sus labios por momentos hasta quedar dormidos.

—Mi joven leñador, buenas sorpresas que no he de perderme te aguardan —susurró con una sonrisa casi malvada, antes de darse media vuelta y abandonarse en los brazos de Morfeo.

Capítulo 17

EL HORROR AQUEO

Entre nubes escarlatas, las confiadas chovas que merodeaban el campamento de las hijas de la luna levantaban el vuelo en desbandada, espantadas por un grupo de guerreras que rompía la frágil tranquilidad del amanecer. Les acompañaban, descompuestos y maltrechos, dos soldados teucros, gallardos de la guardia del rey Ilio.

Cruzaron con brío, sin hacer alto alguno ante las demás mujeres que, inquietas, observaban el paso acelerado de las caballerizas entre las tiendas de cueros. Trotaban hacia el grueso roble junto al que se hallaba erguida la tienda de Ainia, donde Hipólita y Andrea esperaban bajo las gruesas ramas, al calor del fuego, la llegada de la reina de las estepas.

—¿Y Ainia? —preguntó de inmediato Andrea, preocupada.

—Mi señora, nada sabemos de Ainia, pues no se le ve regresar. Apresamos a estos machos cruzando los valles del Ponto, teucros son. No ofrecieron resistencia alguna, insisten en hablar con la divina Hipólita, dicen ser portadores de nuevas urgentes —apuntó con premura una de ellas, dirigiendo la vista sobre la divina reina.

—Que el príncipe Laomedonte sea llamado ante mi presencia. Si teucros son, seguro es nueva de su incumbencia —dijo Hipólita.

Los dos apresados, temerosos de la divina reina, se postraron a sus pies de inmediato.

—Alzaos y refrescad vuestra sed, fatigados se os ve —les dijo a la par que Sarko les ofrecía un cuenco de jugos silvestres a cada uno.

—¡Ilión! —exclamó uno de ellos.

—Recuperad vuestro resuello —ordenó Hipólita, haciéndole callar, y bajó su mirada hacia el fuego, agachándose y quedando en silencio frente a la hoguera, esperando la llegada de Laomedonte.

Los hombres bebieron, por dos veces colmados los cuencos; mirando a las valientes mujeres que fijaban sus ojos en ellos. Poco tardó en llegar el príncipe, apresurado, junto a Imperia que andaba cuidando de su herida.

—¡Alteza, las tierras de Ilión han sido saqueadas! —exclamó uno de ellos, dirigiéndose al príncipe —tus gloriosos padres te ruegan que regreses con premura a la bien amurallada Ilión.

—¡Por Zeus! ¿De qué tragedia sois portadores? ¿Están bien mis amados padres? —preguntó el príncipe, asustado.

—Y para la divina reina de las hijas de la luna, este es mi mensaje expresado por boca de mi reina Eurídice: «Tú que también eres madre, deja marchar en libertad a mi amado hijo, ese es mi ruego» —continuó el soldado teucro.

Hipólita dio dos pasos alrededor de los soldados, bajo la atenta mirada de Andrea; y se posó frente al que permanecía callado, que con temblores y sudor en su frente la miraba.

—Dime, teucro, ¿qué temes?

El hombre no articuló palabra, solo cruzó sus ojos con los de ella sin poder aguantar su firme mirada.

—Mi señora, bien sabemos de tu gracia pero también de tu poder, divina entre mortales eres. El rey Ilió nos ordenó regresar con el príncipe Laomedonte a salvo o perdernos lejos de su ira. Es nuestro temor que no permitas su regreso, que perdamos la cabeza y que el príncipe quede preso —contestó su compañero.

—¡Yo no estoy preso! Aquí estoy por mi voluntad, orgulloso de servir a la divina Hipólita y a su causa justa —exclamó el joven príncipe—. Decidme, ¿qué ha pasado?

—Cientos de naves llegaron de Lesbos, miles de soldados aqueos se abalanzaron sobre las tierras de la Troade. De los nuestros, no todos llegaron a refugiarse a la bien amurallada Ilión y fueron masacrados —le respondió.

—¡Aqueos! ¿De Lesbos? —preguntó Imperia, sorprendida.

—Los campos han sido incendiados y las aldeas saqueadas, reducidas a cenizas. Las bestias, la lana, la carne, el queso, el vino, el grano... Todo se llevaron y a todos mataron —continuó el soldado teucro.

Laomedonte dio un paso atrás, indignado y furioso, sentido tanto por lo ocurrido como por no haber estado allí para defender a su pueblo.

—Marcha a tu tierra con premura, con tu guardia —le dijo Hipólita, posándole la mano en el hombro—. Tu cometido acabó aquí, de gloria te has cubierto y de tu valor en la batalla nadie puede discutir, sino hablar de él con orgullo. Marcha, te debes a tus padres, a Ilión, no a mi causa.

Imperia se acercó hasta él y tomando una medalla de las hijas de la luna, la posó en su mano y le cerró el puño. Le miró a los ojos, besó sus labios suavemente y le abrazó por un instante.

—Eres un valiente, me enorgullece haber luchado a tu lado —aseguró la joven.

—Nada soy a vuestro lado, tú sí eres valiente y en mi corazón siempre te he de llevar —le contestó, acercándose a ella, emocionado y acariciándole el rostro.

Y volvió su mirada hacia Hipólita.

—Marcha, tu amada madre te espera, tu pueblo te espera —le dijo ella.

Laomedonte miró de nuevo a Imperia rogándole amor en silencio, con sus inquietos ojos, y se alejó con los dos teucros, al no hallar respuesta.

—Mi querida Imperia, mis temores se hacen realidad. Una gran batalla se avecina y no estamos preparadas. Necesito tres emisarias de total confianza y han de ser rápidas, pues en ellas pondremos nuestras esperanzas —le expuso Hipólita.

—Cualquiera de nuestras lobas por ti todo daría —contestó la joven, triste, observando cómo se alejaba el príncipe Laomedonte.

Tras despedirse de las valientes mujeres con las que había compartido batalla y gloria, el príncipe organizó rápido la marcha hacia Ilión, con sus soldados provistos de víveres y caballos.

—Marcharemos hasta bien entrada la noche, no tenemos tiempo que perder ante la tragedia de nuestro pueblo, debemos regresar cuanto antes —ordenó Laomedonte desde el carro de guerra a sus hombres, que repuestos y armados esperaban para iniciar la marcha.

—Debe saber, Alteza, que los aqueos son miles, no menos de diez mil. Se dirigen rápido hacia Tríbada, creemos que su objetivo final es Temiscira —le confesó uno de los dos guardias que habían llegado de Ilión.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó bajando rápido del carro y posándose frente a él.

—Alteza, en nuestro camino les vimos y uno de nosotros cayó preso de sus lanzas, es un ejército colosal. Los hijos de Atenea buscan el oro de los faraones y derruir a las hijas de la luna. No han de andar lejos de Tríbada, pues al frente marcha la reina Iris de Lesbos junto a Clearco, el León de Micenas. Solo cesaron en su asedio ante nuestra murallas cuando de regalos y bienes los colmamos; disponen de víveres y armas para meses de asedio y contienda, se hicieron con caballos y carros que rápido les llevan, con broncistas que templan sus armas y bellas mujeres y jóvenes efebos que el rey Ilio dispuso para gracia de la soldadesca.

—¡No! ¿Por qué no has dicho nada antes?

—El rey Ilio nos encomendó que nada de ello dijéramos temiendo por vuestra vida. Confuso me hallo pues la reina Euridice,

en las puertas de Ilión, me dio a entender que si libre quedabas, la divina debía saber. ¿Hice mal en daros la nueva?

—Bien has hecho valeroso soldado, no lo dudes. Ahora vuelve a tu carro de guerra, con el bravo auriga que te ha de llevar, sin temor alguno, pues bajo mi protección quedas y nadie ha de saber jamás de tus palabras. Es el fin de las hijas de la luna, nada podrán hacer ante semejante amenaza. Solo son unos cientos, ni la divina Hipólita podrá parar tal ejército, acabarán con ellas.

—Quizás sea ese el deseo de nuestro rey, Alteza.

—Mi padre a vuelto a venderlas a pesar de sus nobles palabras, se empeña en que desaparezca tan valerosa estirpe. Siempre les tuvo odio o temor por ser dueñas de sus vidas. Pero yo no puedo partir sin avisarles de su oscuro destino.

El príncipe anduvo tras sus pasos y halló a Imperia que, sobre un risco, lo observaba; se había acercado, con tristeza, para verle marchar.

—¿Acaso no encuentras el camino para volver, que regresas de nuevo hasta mí? —apuntó la joven, con una sincera sonrisa que embellecía su rostro.

—Sin ti, ese camino es muy largo. Imperia, acompáñame en mi regreso a Ilión. Sabes lo que siento por ti y daría mi vida por hacerte feliz —contestó posando la mano en sus sonrojadas mejillas, acariciando sus largos cabellos.

—Mi sitio está aquí, con mis hermanas. Regresa a Ilión con los tuyos y que los dioses te cubran de gloria, pues merecedora de ella eres... Quizás algún día, cuando todo acabe... —contestó Imperia.

Laomedonte la acarició con ternura y con una última mirada se volvió y comenzó su camino. De repente paró e Imperia quedó expectante.

—Habla con la divina Hipólita, un poderoso ejército de más de diez mil hombres avanza rápido hacia Temiscira, posiblemente sea tarde para Tribada pues la malvada reina Iris lo acompaña —aseguró con voz pausada, sin girar el rostro.

La joven quedó tan impresionada y alertada, que no pudo articular palabra.

—Son aqueos, no tendrán piedad de las hijas de la luna —añadió el príncipe, antes de alejarse bajo la atenta mirada de Imperia.

* * *

El tórrido sol caía sin tregua sobre las altas cárcavas de Anatolia, sin ánima alguna que se moviera. Moldeadas formaciones de tierra y roca, caprichos de exiguos torrentes que separaban el denso matorral de las ardientes arenas del Desolado, frontera entre la vida y la muerte.

Ainia, la Loba de las estepas avanzaba de regreso dirigiendo su trote hacia los caminos del Euxino, con los macabros saquillos colgando de la grupa de su capitana Equidna. Húmedos de la sangre y el agua del río Amarillo, avivados por la cálida mañana, su hedor a muerto se hacia insoportable.

—¿Cuándo podremos desprendernos de tan ingrata carga? —preguntó la capitana, de forma airada.

Ainia se acercó a ella, el fétido olor que emanaba de los saquillos le produjo náuseas.

—La divina Hipólita no pidió que a sus pies las llevara, solo que impidiera tal ofensa. Éste es buen sitio para que descansen de su fatal ambición... ¡Enterrad las cabezas aquí, en un hoyo bien profundo!

Tres de ellas cavaron con fuerza, hundiendo sus espadas y sacando con las manos la tierra movida. La Loba alzó la vista: a su izquierda, quedaba Occidente y los suaves bosques mediterráneos; a la derecha, Oriente y su terrible desierto; a sus espaldas, las tierras de Arzawa y al frente, su campamento del Ponto. Con el rostro contraído, apretó sus puños, alertada por la tierra que veía; pues andaba revuelta por miles de huellas que se dirigían hacia la cárcavas del Desolado, entrada tenaz a Tribada.

—Daos prisa, hemos de regresar rápido. Numerosos soldados aqueos ya han pasado por aquí, deben ser muchos más de los que vimos atrás, hemos de prevenir a la divina Hipólita —ordenó, sin alejar su mirada de las pisadas que llenaban el terreno que a la vista quedaba.

—Bien profundo es, ninguna bestia podrá alcanzarlas —aseguró una de las lobas, limpiándose el sudor de la frente con el brazo ante un profundo hoyo.

Antianira abrió uno de los saquillos que contenían las cabezas decapitadas. Un fuerte hedor envolvió el lugar al quedar al descubierto el rostro descompuesto y abultado, amoratado y sangrante de Mantis. Ainia hizo un delicado gesto de asco y desprecio, y asintió con la mano conforme giraba su montura. La mujer cerró el saquillo y, tomando el otro, lanzó ambos al profundo hoyo. Después, volcaron grandes piedras, hasta llenar casi por completo la estrecha tumba para, a continuación, compactarla con tierra y sellarla con una gran roca.

Cuando la reina de las estepas volvió a posar su vista, nada hacia notar que allí habían sido enterradas dos cabezas.

—¡En marcha! —exclamó.

Galoparon hacia el norte, buscando los montes Pónticos, donde permanecía Hipólita. En su camino se dirigieron hacia una humilde aldea, donde vivía un nutrido grupo de hijas de la luna, con la intención de aprovisionarse con algunos víveres y alertarlas de la presencia enemiga.

—¡Mi reina, hay fuego en la aldea! —exclamó Equidna.

Ainia fijó sus ojos en el humo que se izaba entre las copas de los árboles.

—¡Rápido! —exclamó.

El humo, hecho pestilencia de carne humana abrasada y madera carbonizada, brotaba de las derruidas cabañas envolviendo el lugar. El horror se hizo patente cuando hallaron a numerosas mujeres anudadas en gruesos árboles: unas muertas, otras agonizando con el torso desnudo y los pechos amputados; y vieron los cuerpos sin vida de algunos hombres y de niños y niñas de la aldea, encogidos como fetos negros de cera entre las brasas.

Las guerreras descabalgaron rápido, corriendo a socorrer a las que entre lamentos aún respiraban. Muchas murieron en sus brazos, pocas albergaban esperanza de vida alguna. Ainia desmontó y avanzó entre las ruinas de lo que antaño fuera una humilde aldea. La congoja se apoderó de ella y exclamó su pena limpiando las lágrimas de los ojos con sus brazos. Equidna observaba sin dar crédito a lo que veía, pasando su mano por la boca. Antianira emitió un ronco sollozo y, las guerreras que les seguían, lanzaron al aire susurros de horror, motivos clamados de venganza mientras ayudaban a las que, penosas, gemían.

La mirada forzada de una de las víctimas llamó la atención de Ainia, quería hablarle en su agonía y se acercó a ella. La Loba se postró de rodillas en el suelo y la mantuvo sobre sus brazos; mientras trataba de frenar la sangre que de aquel pecho amputado manaba.

—Tú, tú eres la Loba de las estepas... Mi brava reina —sollozó aquella mujer entre palabras agonizantes, sufriendo cada exhalación, temblando su delicado mentón.

Ainia no pudo más que afirmar con un gesto de su cabeza, intentando mantenerse firme sin derramar lágrima alguna, tragando saliva.

—Fueron los aqueos, cayeron sobre nosotras de la nada —continuó hablando la mujer.

La Loba quiso sonreírle al sentir la presión de su mano en el brazo, pero solo pudo esbozar una lamentoso puchero.

—Resiste... Juntas hemos de cabalgar para vengar esta salvaje afrenta —dijo Ainia.

—¡No! ¡Has de huir! —le espetó, apretando los dientes presa del dolor—. La divina Atenea les acompaña, teme su furia. Rápido, vete, has de salvar tu vida y las de aquellas hermanas que puedas alertar.

Nada más dijo, su cabeza se balanceó hacia la izquierda. La reina de las estepas cerró los ojos sin vida de la mujer, con un amargo sentimiento, pasando la mano sobre ellos.

—Equidna, que te acompañen dos de nuestras jinetes más veloces; salid de inmediato hacia Tríbada, no permitas que esas bestias

lleguen antes que vosotras, impedid que la carnicería se repita —le ordenó airadamente.

Mirando con pena a aquellas mujeres sin vida y a las que agonizaban, desangradas sus carnes, amputados sus pechos; dirigió sus palabras hacia Antianira, sin dejar de contemplar el horror.

—Recorre con premura las aldeas que se hallen desde aquí hasta a Temiscira, sean de hombres salvajes o bravas mujeres, que huyan sus gentes o se preparen para la muerte cierta —le ordenó—. Alertad a la reina Lysippe, que Marpesia prepare su ejército en verdad, pues el hombre civilizado ha llegado a nuestra tierra... Yo frenaré su marcha todo cuanto pueda.

—Pero, ¡sola no podrás paralles! —exclamó la capitana.

—Ni en tu valerosa compañía, pero retrasaré la marcha de esos machos de muerte en lo posible. Tras ellos he de ir y lejos no han de estar pues la sangre de nuestras hermanas aún caliente se halla en sus cuerpos humillados. Pero cabalga ya con premura, que te acompañes de las nuestras. Avisa a la divina Hipólita que un gran ejército marcha sobre nuestra tierra, dile que sus rastros les llevan a Tribada, que su destino es Temiscira... ¡Marchad!

Las valientes capitanas partieron rápido. Ainia quedó acompañada por una treintena de guerreras, para acometer al poderoso ejército que se adentraba por las cárcavas del Desolado.

Pensativa, tomándose su tiempo, con aquella mujer muerta en sus brazos, acariciándole los cabellos mientras observaba la matanza habida, veía cómo sus fieles cavaban.

Un crujido cierto, entre la arboleda que rodeaba la humilde aldea, delató una presencia furtiva al fino oído de la Loba que, rápido, volvió su vista hacia el claroscuro del bosque. Dejó con suavidad en el suelo ensangrentado el cuerpo de la mujer y deslizó su espada de la vaina.

—¡Artemisa, dame fuerzas para afrontar con gloria este horrible día! —exclamó piadosa, preparándose para la batalla.

El cielo bramó, las nubes cubrieron lentamente el sol radiante, el día se hizo noche y una furia desatada de agua y relámpagos empezó a caer sobre la tierra reseca, bañando el rostro de Ainia, que en guardia esperaba sin apartar la mirada del bosque.

LA TORMENTA DE POSEIDÓN

Una tormenta, hecha tempestad, se desataba sobre el bosque que abría los pasos a las cárcavas del Desolado, abatiéndose sobre la gran formación aquea. La tierra reseca se hizo arena movediza donde los pies de los soldados se hundían hasta los tobillos. Los carros no podían avanzar con las ruedas cubiertas de lodo y las patas de los caballos se clavaban en demasía sin poder trotar.

—¡Alto! —exclamó Clearco, observando el cielo crujir en la oscuridad de la tormenta.

—¡Está lloviendo! No recuerdo nunca que la lluvia alcanzara esta árida tierra —apuntó Iris sin poder ocultar su asombro.

—¿A cuanto dista Tribada, mi amada Iris?

—Con buen paso, quizás cuatro o cinco días. Tras las cárcavas se abre el desolado y, más allá del mar de sal, se halla nuestro destino.

—¡Descansemos pues del camino, así no podemos avanzar sin fatiga! Acampemos, continuaremos mañana, si la tormenta amaina. Cosa cierta de dioses parece tal hecho y no debemos contrariarlos.

Los hombres de Clearco levantaron el campamento, bien cubiertos sus lados con zanjas que desviaban el agua de lluvia, alejándose de los torrentes que nacían entre las cárcavas.

Caída la noche, el general permanecía en su tienda, de lujosas estampas y acomodados dignos de reyes, gozando del amor de Iris hasta quedar extenuado.

—Alcanzada Temiscira te haré rey. Juntos erigiremos una nación, nuestros hijos serán dueños de reinos temidos y respetados, con una fabulosa polis que conectará Ática con Oriente a través del Euxino. Nos cubriremos de gloria y riquezas, las tierras de las hijas de la luna son nuestras —dijo Iris, acomodándose junto a él, pasándole la mano por el pecho.

—Sí, dominaremos esta parte del mundo y más allá, de enorme gloria y honor debido nos cubriremos. Sea en Ática o Asia, nuestra

estirpe será divina. Pitia así lo vio, así será —afirmó Clearco mientras suspiraba su gozo.

De pronto, entró el hermoso Acamante, apenas cubierto por un corto chitón, portando una bandeja de plata con dos copas llenas de dulce vino sobre sus manos. Iris le miró con desidia.

—Mi general, me he atrevido prepararos abundante cena que saque vuestro apetito, que grande ha de ser ante tanto trecho recorrido. Tomad ahora este vino y bebed de él, ahogad la sed y decidme si gustáis de un grato baño de agua caliente que desate vuestras musculadas carnes junto con mis masajes —dijo con un suave tono, insinuándose ante Clearco.

—No te preocupes, atento Acamante. Veo que eres fiel sirviente y eso me agrada —contestó Iris, alzándose y cubriendo su cuerpo con una aterciopela tela para tomar las copas de la bandeja—. Puedes marchar, mi general no necesitará de ti esta noche. Ya desaté su musculado cuerpo y vacié su ardor de hombre para que el descanso le sea gozoso y profundo.

—Ya has oído a tu reina. Quizás mañana tome ese baño o en Tríbada, cuando en abundante oro podamos nadar —apuntó Clearco, sonriendo.

El joven, visiblemente contrariado, tomó una de las copas y se la entregó al comandante aqueo, antes de que Iris pudiera reaccionar, y le ofreció la otra a ella.

—Como desee mi general. Haré que os sirvan la cena y procuraré que nadie os moleste —aseguró mirando con orgullo hacia Iris, que tomando la copa no le quitaba ojo de encima. Luego salió de la amplia tienda contoneándose como sinuosa propuesta.

Iris caminó tras él dejando caer sus suaves telas sobre el suelo alfombrado de la tienda, desnudando su cuerpo, asomándose al exterior con la copa en su mano. Acamante se volvió al notar su presencia. La reina, mostrando la belleza de sus curvas de mujer, volcó lentamente la copa, vertiendo el vino en la tierra mojada, y se la lanzó a los pies.

—Por mucho que lo desees, no eres mujer que conmigo pueda competir... Tan solo un sarasa domado. Si te veo rondar de nuevo mi lecho, te mataré. ¡Búscate a otro que te encule! —le espetó; y, con un gesto altivo, entró de nuevo al calor de la tienda.

El joven amante de Clearco quedó serio, ofendido y con ira contenida. Iris no había bebido de su copa, viviría con el nuevo día. Y quedó el resto del tormentoso anochecer junto a la tienda, sentado en el barro, con la espalda apoyada sobre las gruesas lonas y mascando su orgullo herido; soportando la lluvia incesante, escuchando susurros de amor y palabras hirientes.

—Ese impertinente no sabe cual es su sitio, deberías castigarle —aseguró Iris.

—No hagas caso, es joven y tiene mucho que aprender. Ya calmará sus celos y te adorará como a su reina; no te preocupes, yo me ocuparé de ello —apuntó Clearco entre caricias.

—Ámame —susurró Iris, con suaves gemidos de placer que se convirtieron en lujuria desenfrenada.

Acamante bajó los párpados y apretó con fuerza sus dientes mientras los celos y la rabia consumían su dolido corazón. Abrió los ojos al notar unos pasos junto a él, levantó la vista con los ojos nublados por las lágrimas y vio la pálida faz de Atenea.

—No bebió de tu vino, ¿verdad? —preguntó la divina.

El joven negó con la cabeza, mientras ella permanecía frente a él sin temor alguno a la tormenta que la bañaba; observándole con aquellos profundos ojos, oscuros y mordaces.

—Clearco ha abandonado nuestro amor por las caricias de esa mujer, pero quizás no sea ella la que deba morir... todavía —aseguró la divina, dejando caer una afilada daga junto a sus pies.

* * *

No muy lejos de allí, Ainia templaba firme la espada. Sus lobas, prestas para la batalla, escudriñaban desde el centro de la aldea el frondoso bosque que las rodeaba. Nada acontecía. El agua caía con fuerza sobre sus rostros serios y el viento ladeaba al aire sus cabellos salvajes. La tensa inquietud del momento se acrecentó con el trotar de cientos de caballos, el hueco sonido de sus cascos, apenas ahogado por el caer de la lluvia, empezó a resonar en el claroscuro del bosque con fuerza.

—¿Quién anda ahí? ¡Mostraos y luchad! —gritó Ainia, sabiéndose rodeada.

Nadie contestó. Numerosos relinchos se hacían oír cada vez más cerca, acompañados por un marcado trote. La Loba de las estepas fijó su penetrante vista en el bosque, dispuesta a morir luchando con las suyas. Ante su vista, una multitud de lanceros, cabalgando sobre esbeltos caballos, comenzó a surgir entre los árboles. Pero no portaban desafiantes sus armas, sino enfundadas. Sus corazas relucían ante los destellos del agua que rebotaban en ellas, sus largas lanzas permanecían con el bronce mortal mirando al cielo y sus yelmos agitaban al aire las crines que los adornaban. Desconcertadas ante tal ejército, las hijas de la luna se miraron entre ellas con las armas en guardia.

Dos jóvenes mujeres, de largos chitones, cubiertas con una larga capa remachada con pieles de guepardo, se acercaron a ellas. Descabal-

garon y anduvieron portando de las bridas los caballos, deslizando las capuchas que cubrían sus rostros hacia atrás: se trataba de Isis y Maat.

—¡Buscamos a las hijas de la luna! Guerreras sois, quizás podáis indicarnos el camino cierto para llegar hasta la divina Hipólita —exclamó Isis.

Ainia, sin apartar la vista de la aguerrida caballería, meneó su mano de lado a lado y, con ella, la espada, dudando por un momento. Luego, colocándose firme, hundió la punta en el húmedo suelo, mirando con atención a los soldados de corazas y petos brillantes, que sobre sus monturas se acercaban.

—Atlantes, sois atlantes —dijo en voz baja, pero clara como el agua que caía.

Un altivo guerrero con coraza, peto y capa de general llegó junto a ella, descabalgando y quitándose el yelmo reluciente de su cabeza.

—Ainia, la bella Ainia... Nunca olvidaría tu profunda mirada ni tus hermosos cabellos.

—¡Gadir! —exclamó ella.

Por un momento callaron, ambos se observaron con interés y de notada alegría.

—¿Tarde llegamos o aún dejaste enemigo bravo con el que batallar? —preguntó el comandante atlante, con una mueca de satisfacción.

—Gadir, te veo fuerte y gallardo... No te preocupes, mil batallas os aguardan y ninguna fácil, pues los aqueos marchan poderosos al amparo de Atenea.

Ante la sorpresa de sus guerreras, que nada entendían, la Loba de las estepas, a la que nunca habían visto rozar la piel de un hombre, estrechó con fuerza sus manos con las de Gadir, acto que fue seguido de un abrazo sincero.

—¡Los hijos de Poseidón aquí se hallan, juntos batallaremos contra la furia asesina de los aqueos! —exclamó Ainia, dirigiéndose a sus lobas.

Con un gesto de desbordada alegría, alzaron sus armas y gritaron la nueva buena al aire.

* * *

Pasados dos días de lluvia, el campamento aqueo permanecía en el mismo lugar, la noche cubría de nuevo el cielo entre nubes dispersas.

—Parece que amaina, mañana partiremos al alba —aseguró Clearco a sus capitanes—. Que los hombres se vayan preparando, no podemos perder más tiempo. Sería un grave error retrasarnos más en nuestra empresa.

—¡Así será! —exclamaron firmes los oficiales, abandonando la tienda de armas.

Clearco salió y se dirigió hacia la suya, apenas a unos diez pies. Iris le esperaba con una gran cena preparada: faisán con frutos secos y vino en abundancia. Y no vio al sufrido Acamante, que bajo la lluvia, apoyado junto a la tienda, rumiaba en su cabeza la dulce venganza que calmara sus celos y desvaríos.

Surgidas de la nada, las lobas de Ainia preparaban sus armas apenas a una treintena de pies del campamento aqueo, cerca de la retaguardia, arrastrándose en la cima de las cárcavas. La Loba lanzó la primera saeta, ahondando en el corazón del capitán aqueo de la guardia. Un grupo de sus guerreras comenzaron a disparar mortales saetas sobre los soldados que guardaban los caballos de tiro. Otras corrieron a liberar las bestias, chillando con teas prendidas, golpeando el suelo con gruesas ramas hasta conseguir que salieran en estampida, recorriendo el campamento, sembrando el caos mientras se perdían en la oscuridad del noche.

Clearco salió apresurado de su tienda, apenas cubierto con unas finas telas de lino blanco manchadas de vino y placer. Sus capitanes corrían apresurados con sus soldados tras los caballos, sin saber el origen del caos. Entre la confusión creada, las lobas de Ainia, encaramadas en lo alto de las cárcavas, empezaron a descargar sus flechas contra aquellos que portaban distinguidas capas, yelmos de apiñados colmillos de jabalí y distintivos que les hicieran parecer mando alguno. Pero no quedaron fuera de la aguda vista de la divina Atenea, que rápido tomó su larga lanza y corrió hacia ellas trepando ágil por las cárcavas que rodeaban el campamento.

Una luz perversa brilló en los ojos de Acamante. Había llegado el momento. Deslizándose como zorra herida, vio su oportunidad.

—¿Cómo es posible? —gritó el comandante a sus hombres, pidiendo explicaciones.

El general descubrió sobre una loma cercana otro grupo de mujeres disparando sus mortales dardos contra los caballos que quedaban trotando en el campamento y mandó a sus soldados tras ellas, en cuanto las vio correr hacia el valle.

Al otro extremo del campamento, Atenea, dando un saltó, cayó en medio de las valerosas mujeres que habían iniciado el ataque. Sorprendidas, solo acertaron a murmurar unas palabras antes de ver como la aguerrida aquea, de pálida cara y ojos negros, atravesaba con su lanza a una de ellas.

—Tú, que eres guerrera, ¿por qué nos traes muerte junto a machos asesinos? —preguntó una de las lobas, sorprendida al verla mujer.

—¡Son mis hijos, gloriosos ellos! —exclamó Atenea, hundiéndole el afilado bronce en su vientre y girando con fuerza la muñeca.

Un destello lejano en la oscuridad de la noche y recorriendo el valle que se abría hacia el Desolado, llamó la atención de la divina aquea. Un momento decisivo que aprovecharon las lobas de Ainia para huir rápido de aquella furia asesina, saltando cada una de ellas en una dirección entre las hendiduras de las cárcavas.

—¿Poseidón? —susurró Atenea, intrigada, alzando su mano, con la palma abierta, recibiendo las gotas de la fina lluvia y fijando la vista en aquellos destellos a la luz de la luna que avanzaban rápido: tres columnas seguidas de una única, larga, como fulguroso tridente.

Se giró al ver correr a las hijas de la luna, con un lamento sentido y volvió su mirada de nuevo hacia el valle. Observó la columna de guerreros aqueos que salía, sin orden ni concierto, tras las guerreras que habían sacudido su tranquilidad y comprendió que solo eran cebo para aquellos destellos, veloces corazas de largas lanzas y espadas afiladas.

—¡Corred tras ellas! ¡Que no escapen! —gritaba Clearco, ajeno a la caballería atlante.

Tras él, sigilosa, una sombra temblorosa empuñaba una afilada daga acercándose a su espalda.

—¡No! ¡Es una trampa! —gritó Atenea a los soldados aqueos.

Pero era tarde. Nada más salir del abrigo de las cárcavas, cientos de soldados fueron arrasados por el brutal paso de la caballería de Gadir que, formando un tridente de muerte, pasó sobre ellos destrozando sus cuerpos. Allí quedaron atrapados entre el barro y las lanzas atlantes, amputados ante la violencia de las espadas y picas que se abalanzaban sobre ellos, en rápidos destellos, desde veloces caballos, se-gando piernas, brazos y cabezas.

Con un gesto de rabia, la divina aquea saltó hacia las cárcavas cercanas a la tienda de Clearco y vio cómo aquella sombra asesina alzaba el brazo. El general, confuso con el desorden creado, miraba hacia delante mascullando maldiciones sin saber cierto qué acontecía. La daga buscó la carne rasgando el aire.

—¡Traidor! —la mano de Iris evitó el crimen; firme, sujetó la muñeca del asesino.

Clearco se volvió, viendo cómo Iris sujetaba con fuerza el brazo armado de Acamante. Le había salvado la vida, al impedir que su joven amante le hundiera aquella daga traidora en la espalda.

Atenea, irritada, hizo un gesto contrariado, saltó de las cárcavas y anduvo con prisa hacia la tienda del bravo general; agitando su larga lanza, bajó de la loma, dejando allí los cuerpos sin vida de las hijas de la luna.

—¡Maldita perra, tu tienes la culpa de todo! —exclamó Acamante, enfurecido.

—¡Traidor, no sabes ser ni mujer, ni hombre! —respondió Iris.

El joven golpeó fuerte a Iris en el vientre con el puño, haciéndola caer en el barro, doblada sobre sí misma. Fue a hundir su daga en el pecho de la reina, pero sintió su costado reventar con una tremenda patada que lo levantó al aire tres pies, cayendo sobre su propia espalda y encogiéndose su cuerpo como si fuera una oruga aplastada.

—¿Cómo osas tal acción? ¡A mí que tanto te dí! —gritó Clearco, indignado, con rabia.

Y comenzó a golpearle fuerte, en el suelo, con duras patadas.

Acamante empezó a llorar y a gemir como una vaca herida, implorando piedad cobardemente. Hundido y destrozado en cuerpo y alma, escupiendo sangre y lágrimas, quedó rodeado por la guardia de Clearco.

—¿Estás bien, mi reina? ¿Te ha hecho algún mal este traidor? —preguntó el general a su amada, con preocupación y cariño.

—¡Quería matarte! ¡Bien te dije que mal andaba! ¡Maldito sarsa! ¡Envíale como carne de gozo a la soldadesca, a él que tanto le gusta amar hombres fuertes, que llegue a odiarlos! —exclamó Iris por respuesta.

La guardia abrió paso de inmediato ante los pasos acelerados de Atenea que, en silencio, se posó frente a ellos y posó su terrible mirada en Acamante y la volvió sobre la reina.

—Ha querido matar a nuestro amado general y yo he salvado su vida —dijo Iris, justificando sus dichos, tratando de mostrarse valiente y de agradar a la divina mujer a la que todos respetaban y temían.

—¡Tú, divina entre divinas, que bien sabes lo justas de mis acciones, intercederás por mí! —exclamó el joven Acamante, arrastrándose entre el fango hasta a los pies de Atenea y, posándose de rodillas, la abrazó sus caderas y lloró su fracaso entre las piernas de la divina.

Sin bajar la vista, con la mirada fija en los ojos de Clearco, Atenea alzó su lanza y la hundió con fuerza sobre la clavícula del joven, desgarrando sus pulmones, entrañas y huesos. El asta atravesó el cuerpo de Acamante y la punta de bronce se hundió dos palmos en el suelo.

—Clearco, deja tus ardientes pasiones para cuando se deba y atiende a la guerra, a tus hombres. Muchos cayeron esta noche en una burda estratagema —espetó Atenea, sin mirar tan siquiera a Iris, ignorándola como si allí no se hallara.

El comandante aqueo se sintió humillado y agachó la cabeza sin decir palabra; y vio, levantando la mirada cómo la divina, la de ojos de lechuza, daba media vuelta y se alejaba de allí.

—¡Mis generales, que aquí vengan todos de inmediato! —gritó a la guardia que le rodeaba, tras mascullar mil maldiciones.

Y, tomando entre sus brazos a su amada Iris, la acompañó al interior de la tienda. En el suelo embarrado de fango y sangre quedó Acamante, solo, olvidado, arrodillado frente a la entrada de la tienda de quién fue su amante, atravesado y clavado en tierra por la larga lanza de aquella que le animó, al lado de la daga asesina que no supo cumplir su cometido.

LA OFRENDA DE EUROPA

Levantado el campamento de las hijas de la luna, la divina Hipólita cabalgaba sobre Zaino. Deyarina formaba a su lado con su Guardia Real, formada por las seis sobrevivientes y verdugas de la caravana de Iris.

—¿No esperamos a Ainia? Quizás sufriera algún percance —comentó, Andrea preocupada.

—Marchemos, sabrá seguir sin duda nuestro rastro y no tenemos tiempo que perder —ordenó Hipólita—. ¿Han salido ya las emisarias?

—Sí, tal y como ordenaste —respondió Andrea, sin poder ocultar la fascinación que sentía por ella.

Comenzaron su camino hacia el sur, dejando atrás la seguridad de los montes Pónticos, adentrándose en los bosques y valles que se dirigían hacia el desierto árido donde se hallaba Tribada. Mantuvieron la marcha parando al mediodía, se alimentaron y descansaron por unos momentos para, luego, continuar.

Con las luces tibias del crepúsculo, alzaron un campamento junto a un arroyo de claras aguas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Hipólita, acercándose a Imperia.

—Mejor, debo agradecerte tu apoyo y aunque he de arrastrar mi pena, se que podré con tan amarga carga... Ahora, Laomedonte también cabalga lejos de mí —le respondió.

—Nada sabemos de Ainia, algo debe haberle sucedido, hace varios días que partió —insistió Andrea, dirigiéndose a Hipólita.

—No te preocupes, mi querida amiga. Impaciente espero también su llegada, pero no podemos aminorar la marcha si queremos llegar a Tribada antes que las huestes aqueas. Si con el alba no ha regresado, manda una patrulla en su busca —le contestó, tratando de serenar su notable intranquilidad.

—Así lo haré —afirmó Andrea.

Hipólita le sonrió y Andrea respondió con un rubor encendido.

—Imperia, dime, ¿el príncipe Laomedonte te dijo algo más que deba saber? —preguntó Hipólita, volviendo sus palabras de nuevo sobre la joven.

—No, solo me previno de la invasión de los hijos de Atenea.

—¿Le amas? —le preguntó, mirándola a los ojos.

Imperia sintió vergüenza, sus mejillas sonrosada se ruborizaron. Pero no hubo sonrisa, sino una amarga expresión en su cara.

—Si lo deseas, puedes marchar a Ilión; quizás Laomedonte pueda consolar tu pena —comentó la divina reina, volviendo su vista al frente, de forma tranquila.

—No, no es mi deseo. Quizás le ame, no lo sé. Me pidió que marchara con él...

—Quizás debiste marchar...

—Soy guerrera, ¿qué he de hacer yo en el jardín de su palacio?

—Yo vivía feliz con mis hijos y mi hombre en el jardín de mi humilde morada, allá en el Gran Tajo, sin guerras que librar ni enemigo que temer o matar —aseguró Hipólita, susurrando—. Pero si no le amas en verdad, no has de ir.

Imperia la miró al escuchar tan sincera confesión, con interés, y quedó en silencio, reflexionando aquellas palabras.

Caída la noche, el silencio dominaba aquel lugar salpicado de extensos bosques, donde solo el canto de los grillos encontraban acomodo en el lugar. Andrea se hallaba sentada sobre un risco, con la mirada perdida en la profundidad del valle, esperando ver bajo la blanca luz de la luna.

—¿Se le ve venir? —le preguntó Hipólita sentándose a su lado. Llevaba un pequeño cuenco con carne asada y una taza con jugo de moras.

—No —contestó Andrea.

—Toma, aliméntate, nada has cenado y mañana, de nuevo, el día será largo.

Andrea se sintió muy afortunada de que Hipólita se preocupara por ella, tomó de su mano el cuenco de carne y le sonrió.

—Éramos grandes amigas, hoy apenas la conozco. Háblame de ella, pues veo que en notable estima la tienes.

—En gran estima la tengo, mi reina; y ella a ti, aunque no lo parezca. No desearía que nada malo le ocurriera, pues me siento dichosa a su lado.

—Me dijo que aprendió el arte de la guerra a tu lado, hasta que un día desapareciste con Armonía, su maestra. Nunca te olvidó, prueba de ello es que llamó a su hija Hipólita.

La divina guerrera estiró sus labios con los ojos sorprendidos. Andrea bebió del tazón el jugo de moras y volvió a fijar su vista en el

horizonte. Entonces apareció la sombra esquiva de un animal, no muy lejano, trotando, parando para revisar cada hueco y seguir su camino.

—¡Un zorro! —exclamó Andrea.

—Calla, lo asustaras... —susurró Hipólita.

Ambas mujeres quedaron en silencio observando el paso del pequeño cánido. De pronto el animal paró, irguió su olfato al aire y, después, lo arrastró por el suelo hasta hallar una madriguera. Pero nada hizo por hacerse con rata alguna, solo marcó el lugar con orina, por varias veces, y continuó con su trote hasta desaparecer en la lejanía.

—¿En verdad tiene una hija? —preguntó Hipólita, de pronto.

—Sí, es muy hermosa y brava, me recuerda mucho a su padre.

—¿Su padre?

Andrea cambió la expresión feliz de su cara y miró a Hipólita, que expectante esperaba respuesta.

—No sé si debo...

Hipólita le acarició el cabello, posando un largo mechón que ocultaba parte de su cara tras la oreja. Y mirando a sus ojos, le sonrió. Andrea se sintió desfallecer, dejándose querer.

—Es hija de Evenor, una muchachita preciosa, tiene sus mismos ojos —le confesó.

Hipólita retiró su mano de pronto, dejando de acariciarla. Y se sintió engañada, confusa y celosa. Se alzó y avanzó unos pies.

—¿Se amaban? —preguntó.

—Sí, Ainia, tan noble y valerosa, no ha vuelto a encontrar consuelo para su corazón y me apena tanto.

Hipólita bajó la cabeza hacia el suelo, con una mano en la frente y la otra en un costado. Y comprendió por qué Ainia no le habló de su amor, del por qué se ocupó de honrar el cuerpo de Evenor tras la batalla.

—¿Estás bien? —preguntó Andrea.

—Sí, pero ahora quisiera estar sola —le contestó.

Andrea, consciente de lo que un día sintió Hipólita por Evenor, se sintió mal.

—No debí decirte... Recordarte aquella tragedia.

—No, has hecho bien. En verdad agradezco tu sinceridad, ahora déjame —le insistió.

Andrea se alejó, cabizbaja, triste ante la pena revivida que notó en la voz quebrada de Hipólita. La divina reina se sentó y exhaló profundamente, reviviendo momentos olvidados, colmados de felicidad en su juventud. Recordó a Evenor, en el bosque, pescando con ella. Sus sustos y bromas, sus amores escondidos entre alcornoques y los cálidos besos que, a la luz de la luna, en aquella gran roca, desde donde se divisaba la altiva Atlas, sellaron su amor e infortunio. Fueron se-

parados por la desdicha, la traición y la ambición, nunca más se vieron hasta la batalla final, en los campos de Atlas, donde Evenor encontró la muerte.

—Nunca pudimos cumplir nuestras promesas de amor, nuestros sueños. En verdad te amé tanto y ni una palabra de despedida pudimos tener... —susurró al viento, levantando la cabeza al cielo.

Una lágrima cayó de sus poblados ojos, los cerró por un momento y, al abrirlos, sobresaltada, dio tres pasos hacia atrás.

Frente a ella se presentó una persona, apenas a un pie. Rápidamente echó mano a su espalda en busca de su poderosa arma.

—Mi querida amiga, ¿acaso no me reconoces?

Con la espada de Ares templada, limpiándose los ojos con el brazo y una mano, se fijó en la mujer que le hablaba y que había sido capaz de sorprenderla de forma tan increíble como elocuente.

—Me diste vida, por ello te traigo una ofrenda que a la Parca robé con tu beso de vida.

Hipólita, dando un paso al frente pudo ver por fin a aquella anciana de blanco cabello, de largos y huesudos brazos, vestida de verde y apoyada en una rama que le hacía de bastón. La vieja Europa, curvada y abriendo la mano, indicaba hacia el fondo del valle, invitándola a acompañarla en su mirada. Sus ojos se abrieron como nunca ante tamaña sorpresa: una doncella, hermosa y de cabello rubio, y un hermoso joven, en la lejanía, llegaban al recodo del arroyo.

—¡Íbero! —exclamó con un golpe salido del corazón, con fuerza.

—¿Íbero? —preguntó Imperia, que buscando la compañía de Hipólita se acercaba a ella. Y, emocionada, corrió bajo la atenta mirada de la anciana.

La joven descendió al valle sin dilación, abandonando el bosque y tropezando con todo lo que no podía llevarse por delante.

—¡Mi joven leñador! ¡Estás vivo! —exclamó con alegría.

Saltó sobre la vegetación palustre y llegó tras él, de golpe, quedando a unos pies, agachada sobre una rodilla entre la penumbra de la noche y una espesa enredadera de madreSelva, con el corazón en la boca y deseosa de abrazar a su amado.

Pero un beso de amor unía a Íbero con una joven desconocida, la cual se dejaba llevar por la llama de la pasión, con los ojos cerrados, saboreando las mieles de los carnosos labios del joven leñador. Imperia quedó muda y se alzó lentamente, con la boca abierta, tan feliz y asombrada de verle con vida, como triste y deseosa de arrancarlo de aquellos brazos de mujer.

—Íbero —susurró. Y permaneció unos momentos observando, sin menear un músculo.

Empusa abrió los ojos y, sobresaltada, cruzó la mirada con Imperia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Íbero, volviendo su mirada hacia atrás. Nada vio.

Si había tardado poco tiempo en llegar hasta él, monte abajo hasta el arroyo; menos tardó Imperia en subir de nuevo, dejándolo atrás monte arriba. Pasó con prisa, llorando su alegría, su pena y su decepción ante Hipólita y la vieja Europa.

—Imperia, ¿qué ocurre?

—Sus brazos ya tienen a quien abrazar, a quien amar...

Hipólita quedó en silencio. Europa se encogió de brazos como si nada supiera. Y ambas bajaron hasta el arroyo, envueltas en un silencio solo roto por el viejo bastón de la anciana al llegar junto a ellos, que distraídos estaban, sentados, frente a una hoguera sin prender aún, acurrucados entre mimos.

—¡Hipólita! —exclamó Íbero, corriendo para postrarse a sus pies.

—Levántate y dame un abrazo, joven leñador.

Se abrazaron fuertemente. Hipólita le besó la frente y lo echó hacia atrás para mirarle.

Empusa, a su lado, miraba con interés. No era la joven que había visto antes y también la desconocía, estaba claro que estaban cerca de un campamento de las hijas de la luna, quizá de Lesbos o de las estepas sin fin o de tierras lejanas. Pero sin duda, hostiles a ella. Observó a Hipólita: su porte, belleza y distinción. Sus vestimentas y armas le hacían ver que solo podía ser una gran guerrera. Quizá la divina Hipólita, pensó; algo que no sabía si le aterrizzaba o le gustaba, pero sí que la excitaba en demasía.

—Mira, ella... Bueno, no sé cierto su nombre pues muda es, pero yo la llamo Flor, Flor de Invierno, pues así de bella es —dijo el joven, posando a la joven ante la mirada de Hipólita.

—Sí es hermosa, sí... —confirmó la divina reina, acercándose.

Ante su inquieta mirada, acarició el cabello de Empusa, que formaba ya una melena que cubría su cuello. Al sentir la caricia, la joven notó un pequeño escalofrío, acompañado por una cálida sensación de seguridad, muy plácida, ante la presencia de aquella mujer y el roce de su piel. Hipólita cerró su sonrisa de pronto y apretó los labios al cruzar la mirada con los ojos de la joven desconocida. Vio en ellos la oscuridad tenaz de la muerte que en verdad la acompañaba. La penetrante mirada de sus hermosos ojos azules hizo que la joven bajara la vista al momento, sintiéndose desnuda ante aquella, divina sin duda.

—Y esta noble anciana es Europa. Divina ella, me arrancó de los brazos de la Parca en tan horrible día —apuntó Íbero nervioso, desviando la atención que Empusa había despertado en Hipólita, queriendo recomponer la postura ante su reina, que al mirarle, volvió a sonreír.

—Sí, sé quién es. Sabía que debía ayudarla en aquel día y hoy, me ha traído una gran alegría... ¡Pero más será para Imperia!

En ese momento Íbero quedó en silencio, sorprendido. Después, reaccionó, su mentón le tembló.

—¿Imperia está viva? —preguntó entre balbuceos.

—¡Imperia! ¿Quién es Imperia? —pensó Empusa.

—Sí, claro que sí y grande será su júbilo cuando te vea. No hay día que no te lllore con sufrida pena. ¿No la viste? Bajó corriendo a buscarte en cuanto te vio.

—No, no la vi... —dijo Íbero.

Después miró a Europa sintiéndose engañado. Ella hizo un gesto de indiferencia con la cara, encogiendo los hombros.

—Pero corre, ¿a qué esperas? —le animó la anciana.

—¿Y Antiope y Sarko? ¿Están bien? —preguntó.

—Vamos, te llevaré hasta ella. Dichoso este día —le contestó Hipólita.

Empusa, sintiéndose ausente, olvidada, sintió en su interior un sentimiento totalmente desconocido que le desgarraba el corazón y la llenaba de ira al ver cómo Íbero suspiraba en busca de ¿su amor perdido?

—Pero ven, Flor. No te quedes atrás —le dijo él—. Conocerás a Imperia, no es delicada doncella como tú, sino brava guerrera. Pero yo así la quiero, pues así me enamoré de ella.

Empusa deseo matarlos a todos en aquel momento.

Hipólita e Íbero avanzaron deprisa hacia el campamento. Europa tomó del brazo a Empusa que esgrimió un confuso gruñido y caminó junto a ella, subiendo la loma lentamente. No tardó la anciana en notar la desidia de la joven.

—¿No te alegras de que Imperia viva? No, en nada, ¿verdad? —preguntó Europa con sarcasmo.

Empusa la miró fríamente, sin alzar mueca alguna.

—No sé que vio Íbero en ti, solo salvé tu vida por hacerle feliz. Yo veo el demonio que habita en tu ser... No lo olvides.

La joven estiró su brazo separándose bruscamente de ella, entre roncós sonidos y silbidos agudos. Entonces vio a las primeras mujeres del campamento. Eran fieles de Ainia, lobas contra las que en su día luchó y, temiendo ser reconocida, se volvió hacia atrás.

—¿A dónde vas jovencita? —le preguntó Deyarina, pues se topó de frente con ella.

—Traedla junto a mí —exclamó Antiope, que apareció acompañada de Sarko—. Quiero conocer a esa joven doncella y a la vieja Europa a la que tanta dicha les debemos.

—¡Vamos! Saquemos a Imperia de su letargo —apremió Sarko, emocionado.

—No te sientas celosa, quizás sea hombre de muchas mujeres o puede que la joven Imperia sea hembra de varios machos. O quizás no, pues ella en verdad es atlante, no loba —susurró jocosa Europa.

Empusa, confusa por las palabras de Europa y temerosa de ser reconocida, bajó la cabeza y se arrimó a la anciana, ocultando su cara con una tela, sin abandonar los pensamientos oscuros que la asaltaban. Pronto se vio en el centro del campamento, junto a las lobas y seis guerreras de la Guardia Real de Temiscira; y descubrió que algo había cambiado, pues ambas, antes enemigas, andaban y reían juntas.

Nadie la reconoció a pesar de ser, tanto ella como Europa, presa de numerosos abrazos y besos. Ni siquiera se percató Deyarina, junto a la cual estuvo hacía poco más de un mes en el palacio de Lesbos, al lado de sus hermanas.

Desconcertada, se acercó a una fuente que se mantenía viva entre las rocas, formando un pequeño estanque al lado del arroyo; y se dio cuenta de que ya no era Empusa al verse reflejada en el agua. El cabello le había crecido y carecía de tintes de color, su cara andaba limpia de marcas de guerra, el chitón de aldeana que la cubría en nada se parecía a sus vestimentas de armas. Ahora era Flor de Invierno, una doncella humilde, no una feroz guerrera. Sonrió sintiéndose a salvo. Levantó su cabeza y la giró, y allí estaba Íbero, que impaciente aguardaba el momento de encontrarse con su amor, acompañado por Hipólita, y aquel odioso sentimiento volvió a apoderarse de ella.

—¿Qué demonios ocurre con tanta algarabía? —preguntó Imperia, saliendo con mal genio de su tienda, aún con lágrimas en los ojos.

—¡Imperia! —exclamó el joven leñador.

Aquella voz llegó hasta el corazón de la joven como empujada por un resorte, el recuerdo estaba muy vivo; y volvió su rostro para ver ante ella a Íbero, su joven leñador. La pena vivida hacía apenas unos minutos, al verle en brazos de otra mujer, desapareció y una exhalación de deseo salió desde su corazón.

—¡Imperia, mi amor! —volvió a exclamar Íbero, acercándose apresuradamente.

La joven bajó la cabeza y puso una mano sobre el pecho presa del dolor de su sufrimiento. Íbero le alzó el rostro y la miró con ternura. Imperia descargó toda su furia contenida con un duro golpe de su puño que le tumbó ante la sorpresa de todos. Íbero, sangrando por la boca y la nariz, fijó su mirada atónita en ella.

—¿Eres tú en verdad? —susurró Imperia.

—Sí, la vieja Europa salvó mi vida.

—¿Y esa muchacha? ¿También es tu amor?

Íbero se acercó a ella e Imperia soltó de nuevo su puño, pero esta vez el joven leñador hizo presa de su muñeca y tiró hacia él. La abrazó con fuerza y besó sus labios con pasión mientras ella le mordía hasta acabar fundidos el uno con el otro. Un abrazo que emocionó a todos, pero que también hizo que Empusa e Imperia cruzaran sus miradas, llenas de recelo y rabia, como dagas, notando sus heridas, acelerando sus celos; eran dos lobas que ansiaban una misma presa.

—¡Traed el vino que reste, pues buen motivo tenemos para celebrar esta noche! ¡Mañana, los dioses dirán! —gritó Sarko.

Empusa bajó la cabeza y quiso alejar los besos de Íbero de su mente. Observó el campamento, las armas y las mujeres que lo formaban; eran de varias estirpes de las hijas de la luna. No había duda, la guerra entre ellas había terminado. La presencia de Deyarina entre las lobas de las estepas lo demostraba. Pensó en Hipólita, sin hallar respuestas.

Aquella noche las valerosas guerreras bailaron al son del vino y la alegría; incluso la vieja Europa que, en manos de jóvenes mujeres, vio su cuerpo cubierto de nobles telas, su cabello limpio, su tez maquillada y sus largas uñas cortadas. Sus formas de vieja bruja habían cambiado, ahora era mujer madura, sabia y atractiva.

La fiesta no terminó hasta bien entrada la madrugada, el retorno de Íbero animó el corazón de Hipólita que, despacio, caminaba de nuevo hacia la roca desde donde se divisaba la llanura. Observó a Antíope que, vencida por el dulce vino, dormitaba sobre un tronco con una postura un tanto inusual y con la boca entreabierta. Un largo quejido, acompañado de un lamento que no acababa, le sorprendió en su paseo. Se trataba del viejo Sarko, entre silenciosos gruñidos gemía como un toro herido, lamentosamente. Tumbado en el suelo, cubierto por una enorme piel de oso, apenas se le veía la cabeza.

—Sarko, ¿te encuentras bien? —preguntó alzando la gruesa piel. Él la miró en silencio y ella dio un paso atrás, perpleja.

—Lo siento, creía que... Lo siento.

El viejo guerrero volvió a cubrirse con la piel y unas risas brotaron bajo ella.

—¡La vieja Europa! ¡Sarko! ¡Desnudos! —pensó Hipólita siguiendo su camino, confusa.

Sonrió dirigiendo la vista hacia la luna. Se sentó sobre la roca, apoyando la espalda contra el tronco de un grueso roble y, con la nostalgia como compañera en ese día feliz, pensó en Gadir y en sus adorados hijos.

—¡Os echo tanto de menos!

REINAS AMAZONAS, GENERALES AQUEOS

Las hojas desprendían las últimas gotas caídas de la lluvia. Hipólita, apoyada en un grueso roble, abría los ojos con el destello de las primeras luces en el claroscuro del bosque. Posando la mano en la frente, respiró hondo y estiró su cuerpo.

Fue a levantarse cuando vio aparecer al esquivo zorro. El animal recorría el camino andado tras sus propias huellas, llegando a la madriguera. Con sus patas delanteras comenzó a cavar en la tierra con fuerza y brío. De pronto surgieron dos enormes ratas y saltó tras una que corría hacia las espinosas aliagas en busca de refugio. No llegó. Las fauces del zorro hicieron presa y la sacudió al aire. El astuto cánido vio a Hipólita, bajó el lomo y olisqueó el aire irguiendo su húmeda trufa. Lanzó un ladrido, tomó la rata de un bocado y saltó entre el matorral.

—¿Estás aquí? —preguntó una joven de gran belleza rubia, adornada de azuladas escamas en la mejilla, vestida con telas verdes, portando un zurrón y una rama por bastón.

—Europa, mi amada madre me habló de ti, de tu poder. Sabes bien dónde nos dirigimos ¿Nos acompañarás? —contestó Hipólita.

La joven quedó mirando el valle, sin decir palabra.

—Lo comprendo —asintió la divina reina—. Quería darte las gracias por traer a Íbero hasta nosotras, nos has hecho muy felices.

—No debes darme las gracias, en deuda estaba.

—Nada me debías, nada me debes, pues nada te pedí...

Europa permaneció en silencio, sin apartar la vista de Hipólita. Sabía que aquella digna mujer la había salvado de una muerte segura e Íbero no era moneda de cambio, aunque por un momento así lo había pensado.

—La atroz batalla pronto sacudirá estas tierras. El ejército de machos es temible, los dioses les son favorables, muchas moriremos. Pero pienso vencerles, recuperar a mi hermana y regresar con mis hijos y

necesitaré de toda la ayuda posible, divina o no... —aseguró Hipólita con doble intención.

—No soy guerrera y lejos está mi hogar, no es mi designio interceder en guerras de mortales que en nada me convienen.

—¿Acaso no eres mujer mortal? Yo vi la Parca rondar tu alma temerosa.

—Sí, soy mortal, pero el Olimpo me espera; divina soy.

—Mujer divina... Dicen que yo lo soy, mas no lo creo ni dichas me trae.

—No sé si eres o no divina, pero sí que tu vida está maldita por la sangre de tu padre.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Hipólita, sorprendida.

—Ares, azote de mortales, siempre lucha odioso contra todo, sin importarle bando o causa alguna, solo ver la sangre correr calma su ira. Es maldito, pues lucha y mata hasta a los dioses más nobles. Eres la primogénita de un amor divino que acabó en tragedia, digno de un dios de la guerra; la muerte te acompaña, deberás alimentarla como hace tu padre, estás maldita.

—Ares era mi padre y nunca le vi empuñar una espada, Armonía me enseñó el arte de la guerra, pero también la felicidad que trae la paz... Él decidió ser hombre antes que divino, al lado de mi amada madre.

—Tú también deberás decidir un día, ese día sabrás si eres divina o solo mujer. Creía que ya habías decidido, pero aquí te veo, con la espada templada y el orgullo de ser quien eres, lejos de tu hogar. Siempre te perseguirá la guerra, la lucha, la muerte... La sangre de Ares te arrastra al infortunio, no puedes evitarlo. Y has de saber que él nunca decidió ser hombre y que no era tu padre sino que lo es, pues en el Olimpo no habita. Su cuerpo cayó domado en Tribada, pero su espíritu maldito reside en este mundo como la brutal bestia que es.

—Pero, ¿mi padre vive?

—Tenemos visita —apuntó Europa.

Un grupo de cuatro jinetes galopaba a través del pequeño valle que bordeaba el bosque donde se habían instalado.

—¡Es Antianira! ¡Algo les ha ocurrido! —exclamó con preocupación Andrea, que llegaba hasta el grueso roble en busca de Hipólita.

—¡Mi señora, los aqueos! —exclamó Antianira, descabalgando de un salto, sin apenas frenar en su galopar.

—Dime mujer, ¿qué nuevas traes? —preguntó Hipólita.

—Un ejército de miles de aqueos avanza terrible, asesinando, quemando... Ainia quedó, valerosa, tratando de frenarles —contestó Antianira, recuperando resuello.

—Tranquilízate, ya fuimos informados por los teucros de tal afrenta y en camino a Tribada nos hallamos —respondió Hipólita.

—Mi divina reina, son miles y el horror que traen es pavoroso hasta para los dioses. Nuestras hermanas, con sus pechos amputados, morían en nuestros brazos, tras la atroz agonía... Escucha las palabras que Ainia me trasladó con amargura para mi divina reina: ¡Que huyan o se preparen para la muerte cierta!

En ese momento, el trote de cientos de caballos comenzó a resonar desde los bosques del este. Eran guerreras de cortas capas hechas con pieles de fieras, vestidas de cueros y protegidas por petos de bronce, con pantalones de lino estampado y borceguines anudados hasta las rodillas. De las montañas del oeste comenzó a descender otro ejército de mujeres. Sus capas eran de lino rojo y vestían blancos chitones de falda corta, relucían brillantes corazas y sandalias de punta acompañadas de altas grebas. Y un bravo resonar de cascos surgió del norte, mujeres de trazos escitas con armas de bronce y arcos tensos aparecieron trotando gallardas su porte.

Andrea y Antianira miraban perplejas como tres ejércitos inesperados llegaban hasta ellas formando un único ente. Las emisarias que Imperia había mandado con el mensaje de Hipólita habían cumplido su misión.

—Es la valerosa Guardia de Temiscira, bajo el mando de Marpesia —apuntó Hipólita, volviendo su brazo hacia el este—. Son las guerreras de Abasa, con Esmirna al frente —dijo, señalando al oeste—. Y las valientes de Tracia, tras los pasos de su reina Pentesilea —aseguró volviendo la mirada hacia el norte.

—Pero... —alcanzó a susurrar Antianira.

—Preparadas nos hallamos para recibir la muerte cierta —afirmó rotundamente Hipólita.

* * *

La lluvia había cesado tan súbitamente como había llegado. Numerosos arroyos se abrían paso entre las cárcavas, desapareciendo hechos bruma en el sediento Desolado. Aquella mañana, en el campamento aqueo no cesaba el movimiento. Miles de soldados se ajustaban sus petos, preparándose para iniciar la marcha.

En la tienda de armas del campamento aqueo, Clearco, el León de Micenas, comandante de aquel ejército, calmaba sus nervios con las caricias de Iris.

—Relájate, mi glorioso general, de esta pequeña afrenta nos hemos de vengar. No os dejéis turbar por unos cientos de muertos, pues miles pagarán y un reino hemos de alzar. Sin duda es causa brindada por Ainia el flagelo que azotó la noche. Solo busca sembrar la discordia entre los nuestros. Me sé de sus tretas, no permitas que lo consiga.

—¿Ainia, la Loba de las estepas? Esa brava mujer es conocida en toda Ática por su valor y destreza —apuntó Clearco.

—Pronto hallará la derrota. Ahora anima a tus bravos generales, pues impacientes esperan la hora de partir y, aunque la loba sea astuta, más lo es el lazo del cazador, tu poderoso lazo —apuntó Iris con tono animoso, dejando de acariciarle al ver entrar en la tienda a los generales que ante él se presentaban.

—Cuatro días, al menos, nos restan de camino. No podemos ser sorprendidos de nuevo como si huestes salvajes fuéramos. ¿Cuántos hombres perdimos? —preguntó Clearco, apretando con los puños el aire que le rodeaba.

—Más de trescientos —contestó Leónidas, un rudo general de Micenas, de grandes hombreras y coraza reluciente, tallada en su relieve con dos hermosos leones enfrentados.

—¿Cuántos? —insistió, como si nada hubiera escuchado.

—Son trescientos treinta los que murieron y, al menos, cien andan heridos —apuntó Ajax, general de Lacedemonia. Un joven de ancho torso desnudo cruzado por el cinto de su espada y cubierto por una capa púrpura imperial.

—Trescientos treinta soldados fueron masacrados. Cien andan heridos. Dos de mis generales y siete capitanes hallaron la muerte por dardos traidores, junto a sus tiendas. ¿Quién es el responsable?

¡Tú! O, ¿acaso tú? —espetó con dureza Clearco, dirigiéndose a ellos con su dedo acusador—. ¿Y los caballos?

—Mi comandante, hemos recuperado gran parte de las bestias, pero algunos carros quedaron sin tiro cierto —apuntó Frixo de Argos. Era un hombre hermoso, bastardo del rey Atamant, aunque algunos aseguraban que era hijo del mismo Apolo; adornaba su porte guerrero con apretadas cintas argénteas en los brazos y un peto remachado con el enojado rostro de Zeus—. Mas no tenéis que preocuparos, repartiremos la fuerza...

—¡No! —interrumpió Clearco—. Eso pondría en peligro a las caballerizas y el paso sería lento. ¡Que tiren de los carros los hombres que respondían de las bestias! ¡Y más si es necesario! ¡Que sirva de escarmiento! Y no habrá más, pues cualquier desliz se pagará con la cabeza. ¡Somos gloriosos generales de Zeus! ¡Hijos de Atenea! ¡Comportémonos como tales!

En ese momento entró Atenea. Con su mirada fría y penetrante observó a cada uno de los hombres que permanecían a su alrededor. Después, posó la vista en Iris.

—Tus fieles de Lesbos marcharon tras la batalla, cobardes al amparo de la noche. Traidoras ellas, ni una queda entre los nuestros —le espetó.

Por un momento Iris quedó callada, miró hacia Clearco viendo cómo agachaba la vista.

—Yo misma hubiera huido —aseguró dando un paso al frente—. Desde que salimos de Lesbos, muchas de mis valerosas guerreras fueron hechas concubinas y otras andan entre cocinas. Tú eres divina guerrera, pero también mujer; así pues, debes comprender.

Atenea pasó los dedos sobre la mesilla reflexionando aquella respuesta, que dio por válida con un ligero chasquido, y avanzó hacia Iris con paso firme.

—Poseidón nos ha visitado. Sus hijos, gloriosos sobre bestias, descargaron su furia entre las sombras de la noche. ¿Nos esperan más sorpresas en esta empresa?

—¿Los hijos de Poseidón? —preguntó Clearco, con ojos asombrados.

—¡Atlantes, solo ellos cabalgan como las hijas de la luna! —exclamó la divina.

—Nunca conocí tal raza de hombres, ni en esta tierra moraron... —aseguró Iris—. Dicen que viven en los confines del mundo, en las tierras salvajes de Occidente.

—¡Mientes! ¡Tu propia madre trató de domarlos y fue domada! —gritó Atenea.

—Yo no miento, muchos dichos recorren por doquier y yo solo sé cierto que Mirina fue muerta por Hipólita ¡Y aquí se halla! —contestó Iris, fuerte, sacando a relucir su casta guerrera.

Atenea avanzó un paso más, situándose frente a ella. La tensión cortaba el ambiente, el silencio se alargó en demasía. Clearco y sus generales permanecían mudos, observando enfrentadas aquella mujer divina, aquella reina brava.

—¿Hipólita se halla aquí? —susurró Atenea, dando un paso atrás.

—Sí —afirmó Iris—. El preso teucro que sometimos así lo confirmó, un mensaje llevaba para ella, en aviso la ponía de nuestro avance a cambio de la vida del príncipe Laomedonte.

—Esa brava acabó en Atlas con un ejército de 20.000 hombres, manteneos alerta general —apuntó Atenea y, dando media vuelta, se dirigió hacia la salida de la tienda.

—¿Cómo te has atrevido? ¡Podría haberte matado! —le dijo Clearco con preocupación.

—No lo ha hecho, sabe que mía es la razón.

* * *

En el campamento de las hijas de la luna un frenesí continuo lo desbordaba todo. Miles de guerreras izaban sus tiendas y hablaban alegres,

la guerra entre hermanas parecía quedar atrás. Aquellos tres ejércitos recién llegados eran comandados por sus reinas que, junto a Hipólita, se hallaban reunidas en una tienda traída desde Abasa y erigida como comandancia. Unas tumbadas sobre mullidos sacos de plumas, otras sentadas sobre escabeles de duro roble. Tras ellas se hallaban las capitanas y consejeras, envueltas en una cálida neblina de mirra e incienso.

—No puedo más que agradecer vuestra rápida respuesta a mi ruego, ya sabéis al poder terrible que nos enfrentamos —expuso Hipólita, en pie—. El príncipe Laomedonte de Ilión nos aseguró que al menos diez mil soldados aqueos pretenden saquear Tribada y dirigirse hacia Temiscira para hacerla suya. Antianira lo ha confirmado. Valiente, lucha la reina Ainia por retrasar su marcha. Pero de nosotras dependerá poner fin a tan terrible afrenta que sufren los reinos de las hijas de la luna.

Y extendió su mano, dando voz a las regentes que allí se hallaban. Acto seguido, se sentó sobre un escabel de nobles maderas, rodeada por Europa, Antíope y Sarko. Hacia la derecha, entre un pequeño grupo de capitanas de la guardia, se encontraban Imperia e Íbero, que cerca se mantenía a su amada. Empusa, sentada a su lado, no les quitaba el ojo: deseaba matar a aquella joven de mofletes rosados que nublabla la razón del joven leñador. Pronto, ante el descuido de una capitana tracia que a su lado se apoyaba, se hizo sigilosamente con una afilada daga.

—Hija de Armonía y Ares, mi nombre es Marpesia y Temiscira está a tus pies. Así lo desea mi reina, aquí presente, y yo misma —aseguró una esbelta capitana de larga melena, estrechos tatuajes y signos de guerra marcados en su piel. Junto a ella se encontraba Lysippe, sin expresión alguna, con la mirada fija en Hipólita. Sus ropajes distaban de ser los de una reina, sus ojos sin brillo destacaban en la estrechez de su rostro y su melena blanca mostraba escalados trasquilones que recordaban el delirio de su pena.

—Divina tú, que hasta nosotras llegas con la corona de Armonía y la espada de Ares: no debes dudar de mi determinación por combatir hasta derramar la última gota de mi sangre —apuntó la rubia Pentesilea, adornada de bronceína malla, con una larga lanza de afilada pica en su mano y un yelmo con crines de león bajo el brazo.

—Mi nombre es Esmirna, reina de Abasa y mi corazón junto al vuestro triunfará o morirá —apuntó una hermosa mujer de largo cabello pelirrojo con mechaz negras y reluciente coraza, dirigiendo sus palabras hacia Hipólita.

—Divina reina en Occidente y Oriente, bien me conoces. Pero permite presentarme ante las que desconocen mi persona: soy Andrea, suprema de Lesbos. Hablo en nombre de la bondadosa Menalipa y de

la reina Ainia, ninguna de las nuestras ha de dar un paso atrás hasta que los aqueos desistan en su empeño.

Con cautela para no molestar, Deyarina entró en la tienda y se acercó hasta el oído de Hipólita. La penetrante mirada de Esmirna se clavó en ella de inmediato, sus ojos brillaron y sus labios se entreabrieron con una sentida exhalación que no pasó desapercibida para la divina reina.

—Bien conocéis a Deyarina, ayer al servicio de Iris, hoy dueña de mi guardia —afirmó Hipólita, observando la cara de odio que la mayoría de aquella mujeres reflejaban—. Antianira, capitana fiel a la reina Ainia, está repuesta. Quisiera que la escucharais, ella ha visto con sus ojos el horror aqueo. Así bien sabremos a qué nos enfrentamos y por qué luchamos.

Acto seguido entró Antianira, saludó con el respeto debido y comenzó su relato.

—En mi camino hallé el rastro de numerosas columnas de guerra, la mayoría se unen en una sola dirección: Tribada, sin duda acamparon en la cárcavas para iniciar con suerte la travesía del Desolado. Otras parecen rodear el desierto, posiblemente una compañía de mil lanceros. Una sangrienta estela de muerte dejan a su paso, su gloria es muerte para esta tierra. Solo Beycesultán quedó fuera de su furia, pues vadearon la aldea sin entrar en ella. Yo he visto el horror aqueo. Fueron crueles como en ninguna otra con la pequeña Venus, donde vivían hermanas de nuestra sangre... Fueron mutiladas: las ataron a gruesos troncos y los pechos les cortaron, dejándolas desangrar en vida para que pudieran ver como sus hombres, sus hijas y sus hijos ardían en llamas, atados de pies y manos.

Las mujeres que allí se hallaban quedaron horrorizadas, hablando entre ellas, con la expresión amarga de la pena sentida en sus caras; con una indignación que superaba sus miedos, embargando sentimientos y aflorando odio.

—Descansa a mi lado, tu palabra ha sido escuchada —ordenó Hipólita.

—Mi divina reina, hay algo más que me gustaría exponer ante nuestras hermanas. En brazos de la reina Ainia murió una de las nuestras, agonizando su pena. Pero antes nos rogó que emprendiéramos la huída, pues la divina Atenea marchaba odiosa al frente de los aqueos.

Aquellas palabras hicieron palidecer a Europa, que apretó el hombro de Hipólita, la cual se volvió y entendió la gravedad de la situación al ver su rostro preocupado.

—Descansa, pronto descubriremos si en verdad es divina —aseguró Hipólita—. Y cuando repuesta te veas, puedes partir pues en bus-

ca de tu reina. Cabalga rápido y dile que preparadas nos hallamos las hermanas de Oriente y Occidente para la batalla, hazle saber que cabalgamos firmes hacia Tribada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pentesilea, contrariada ante aquel último comentario. —La divina Atenea es invencible, hija de Zeus adora la guerra.

—¡Reinas de las hijas de la luna! —exclamó Hipólita—. Hemos escuchado las palabras que Antianira nos trajo y lamentado lo que ya pasó. Ahora miremos a quién nos enfrentamos y decidamos nuestra lucha. De lo contrario, mañana será de la sangre de Tribada de la que se hablará y pasado ¡a saber! Nuestra estirpe será devorada por el horror aqueo, pues ellos así lo desean... Lo llaman gloria.

—¿Y qué hacer? El miedo no halla hueco en nuestro corazón, pero avanzamos hacia la muerte cierta, son miles y luchan al amparo de los dioses —expuso Marpesia.

—No podemos permitir el horror que arrasa nuestra tierra. Marchan poderosos, se apropiaran de todo y a todas matarán si no intervenimos. Si ignoramos tal realidad víctimas seremos de nuestro destino —añadió Esmirna.

—Debemos contener su avance, frenar sus ambiciones y horrores de forma inteligente. Tenemos razones para pelear, un ejército con qué batallar y podemos vencer aunque los aqueos de dioses se colmen —contestó Hipólita.

Andrea asintió, volvió la vista y encontró la mirada de Esmirna fija en la divina reina, ahondando en ella. Y sus temores se desataron.

—Pero, ¿podremos confiar en las guerreras de Abasa? No hemos de olvidar que Iris es su hermana y ella es la que guía al enemigo —preguntó con recelo.

—¡Cuida tus palabras, nada sabes de nuestro sufrimiento! —exclamó Esmirna.

—Algo sí sé: son tus hermanas las que nos traen tragedia —apuntó Andrea.

—¿Y Deyarina, que tantas vidas de nuestras hermanas segó? Aquí está, entre nosotras, cuando tanto se jactó ante Iris de sus victorias —apuntó Marpesia.

—Era su obsesión acabar con Ainia y muchas hubieron de pagar con sangre. ¿Qué tiene la reina de las estepas que decir de ello? —apuntó Pentesilea.

—Ainia batalla ahora contra los aqueos, pero ¿quién nos dice que no seguirá su lucha contra hermanas? Y tú, Andrea, hija de Poseidón, no eres de nuestra sangre pero matando estas junto a la desidia de la Loba. ¿Cuándo cesará vuestra locura? Marpesia, tú que hablas de Deyarina, presa tuviste a la magna Lysippe mientras Mantis vivía. Y la ru-

bia Pentesilea, bien reluce sus armas, pero siempre lejos anduvo de esta guerra —apuntó Esmirna, elevando el tono de la voz.

—La ambición y la traición devoró a tus hermanas, yo no entiendo de ello y lejos me mantuve —contestó Pentesilea—. Ahora es diferente: hay un enemigo cierto.

—Ciertas son esas palabras —añadió Andrea—. Pero es más, sí, yo soy atlante, pero ¿y tú? ¿Cómo confiar en quien vive con léleges a la sombra de un imperio de machos? Aquella que nada hizo por su reina Menalipa ni por sus hermanas.

—Deja de hablar así de mis hermanas, pues ellas pretendían alcanzar un trono que les correspondía. No olvidéis que si Armonía era reina, Mirina también. Menalipa es gloriosa por sus actos, pero fuiste tú quién decidió el exilio de mis hermanas en vez de reconocer su condición de hijas de reina: tú eres causa —le espetó Esmirna, alzándose encendida, acusándola.

—¿Cómo pretendes defenderlas con palabras al aire ante hechos ciertos? Iris es una traidora que sembró guerra entre hermanas, que busca hacer suya una tierra que no le pertenece y nos trae muerte a manos aqueas. Mantis mantuvo encerrada a la reina Lysippe, loca ella por la muerte de su hijo, cruel láudano el que tu querida hermana le sirvió. ¡Al río arrojaron su cadáver! Y Empusa, esa criatura maligna, de no estar muerta, yo misma la mataría, una asesina despiadada que se alimentaba de la sangre de hombres inocentes, creando odio. Déspota de Tribada, su atroz muerte bien merecida la tenía, al igual que Mantis, al igual que Mirina —aseguró Andrea.

—Muchas palabras sueltas en gallardía cobarde, pues mis hermanas no están. Resuenan en la nada cuando vacías quedan pues muerte nunca diste. Cobarde baluarte, enamorada de reinas que bien os marcan —respondió Esmirna.

—¿Y tú? ¿Huzzia no te marca? ¿No eres su fiel concubina? —preguntó Andrea, ofendida por las palabras escuchadas, buscando ofender.

Esmirna templó su espada. Le siguió Marpesia. Pentesilea dio un paso atrás. Andrea retrocedió, quedando ante ella Imperia con la mano en la empuñadura de su arma. La frágil tregua entre las hijas de la luna se rompía, el dolor de la guerra y el llanto por las muertas resultaba tan grande que todavía estaba presente.

—¡Una horrorosa guerra separó nuestros caminos, nunca más ha de ocurrir! —gritó Hipólita, con genio controlado—. No estamos aquí para juzgar el pasado, atrás quedó; sino para vivir el presente. De ello dependerá nuestro futuro, que está por ver. Abrid los ojos: vuestra tierra, ahora no lo es. Otros marchan sobre ella, triunfantes ante nuestras disputas. Justicia habrá llegado el momento. Ahora luchemos. Pero no entre nosotras, pues perderemos la batalla antes de iniciarla. El enemigo

no se halla aquí presente, descansa en las cárcavas del Desolado. Es poderoso y está preparado para vencer, pues marcha sobre tierra diez-mada; terreno abonado para la fácil victoria. ¡Y no ha de ser así!

Aquellas palabras calaron hondo en las guerreras, que relajaron sus cuerpos y armas. Se mantuvieron en silencio, en pie, mirándose unas a otras. Luego, abiertos los ojos y alejada le ceguera del rencor que arrastraban, volvieron a sus asientos.

—¡No discutamos por lo que fuimos! ¡Luchemos juntas por lo que somos: hijas de la luna! —exclamó Hipólita.

Empusa la miró conmovida por su discurso y persona, y quiso apoyar la causa. Pero no lo hizo. Aquellas reinas pensaban que ya no estaba entre las vivas y había comprobado no solo que a ninguna le importaba tal hecho, sino que incluso a muchas les complacía su muerte.

—Si supieran quien soy en verdad, ¡me matarían! —pensó, fijándose en ellas. Y comprendió a la miseria que su hermana Iris las había arrastrado en aquella estéril guerra.

* * *

—¿Marcharías contra espartanos como en esta tierra avanzamos? —preguntó Clearco, situado en el centro de la tienda y rodeado de sus generales, fijando la vista en Leónidas. Y volvió rápido la cabeza de un lado a otro buscando respuestas que no llegaban—. ¿Lucharías contra micénicos como aquí pretendemos batallar con estas bravas? —insistió de nuevo, pero esta vez dirigiendo sus palabras hacia Ajax.

Ninguno contestó. Bastó una mirada y un ligero movimiento de cabeza.

—¡No! Esa es la respuesta. No tendríamos noche sin guardia, los exploradores marcharían lejos, estudiaríamos sus movimientos, sus armas y el campo de batalla. Nunca nos hubiéramos dejado sorprender de forma tan vergonzosa. No debemos subestimar a esas bravas. Quiero que los soldados marchen como gloriosos guerreros que son, no como plácidas ovejas, pues sin duda ellas son lobas peligrosas —expuso Clearco.

—Así debe de ser. Bien cierto es que relajados andábamos, pero no esperábamos ataque alguno, la reina Iris de Lesbos así lo prometió —apuntó Leónidas.

—Hipólita llegó sin más, con ello las cosas cambian. Me temo que luchará al lado de las lobas de las estepas y no se cuantas se le unirán —se justificó Iris.

—De la divina Hipólita los cantos relatan gestas como bravas derrotas y humillaciones sin fin para nuestros reinos —apuntó Frixo.

—Cuentan que acabó con un gran ejército en los confines del mundo, muchos fueron de Micenas los que marcharon a por gloria y oro. Es bien cierto, al igual que jamás regresaron —aseguró Leónidas—. Debemos prepararnos pues esa brava es diestra en las artes de guerra, no solo es fuerte y poderosa, quizás divina, sino también inteligente. Debemos plantearnos cómo luchar contra ella y asegurar la victoria.

—¡Es hija del bravo Ares, azote de mortales! ¡Su sangre corre por sus venas! No he de ser yo quien tema a esa mujer, pero tampoco el que no reconozca sus gestas, pues de gloria la cubren como divina reina —exclamó Ajax.

—Divina o no, en nada creo que pueda contener nuestro ejército, demasiada importancia le dais a esa mujer —apuntó Iris.

—Más de la que tu amada madre le dio —le replicó Leónidas.

Iris quedó en silencio, alzando su vista, visiblemente molesta.

—Mi señora —dijo Kivell, entrando en la tienda. —¿Me habéis mandado llamar?

—Sí, mi gozosa tabernera de bravo oyo, fama tienen tus afilados cuchillos. Una misión debes llevar a cabo para bien de tu reina. Traidoras son muchas las que han huido a brazos de quienes asesinaron a sus hermanas y tratan de hacerse con nuestro oro. Es mi deseo te unas a ellas y le cortes el cuello a aquella que llaman Hipólita.

Kivell, la miró un tanto confusa.

—Y podrás regresar a tu taberna de Lesbos, junto a tu amada Ermis con oro y gloria. Estarás agotada de cocinar para estos machos engreídos... ¿No? —apuntó con un sonrisa.

* * *

—Se dirigen confiados hacia Tribada, en su camino no han sufrido contratiempo alguno. Seguro que a estas alturas Ainia les ha abierto los ojos, pero su orgullo les impedirá ver más allá y avanzarán esperando una fácil victoria —habló en alto Andrea, haciéndose escuchar entre las hijas de la luna.

—Clearco es el general que comanda el ejército aqueo, su fama es sobrada, pues la derrota no conoce; y su crueldad también, atemoriza a sus enemigos, inmisericorde, despedaza a los vencidos para alimentar a sus perros. Debemos actuar con prudencia, su ejército es numeroso, apenas podremos hacer mella si no urdimos estrategia cierta —apuntó Esmirna.

—Han saqueado las tierras de Ilión y numerosas aldeas a su paso hasta las cárcavas, pero en Tribada no hay riquezas que poseer. ¿Por qué no marchan directos sobre Temiscira? —preguntó Marpesia.

—Quizás buscan el oro de los faraones, aquel que sirvió para vender a la bondadosa Menalipa —respondió Andrea.

El silencio se hizo dentro de la tienda. Esmirna bajó la vista con triste pesar.

—Mi divina reina, ¿sabes qué fue de tu hermana Menalipa? —preguntó dirigiendo sus palabras hacia Hipólita.

—No. Dicen que se halla en tierra de faraones. Iris debe saber —respondió Hipólita.

—En Men-nefer se encuentra, viva y segura, bien cierto lo sé. El gran Ahmose la mantiene presa en su palacio, a la orilla del Gran Nilo —aseguró firme Esmirna, ignorando que ya era libre.

Hipólita respiró con tranquilidad. Todas las allí presentes se congratularon entre rumores. Empusa sonrió de forma sentida, al sentirse responsable, y un pequeño silbido salió de su corazón, del cual nadie se percató, excepto Esmirna, su hermana. La cual la reconoció de inmediato al escucharla. La reina de Abasa la observó entre la alegría de verla allí, con vida, y la desesperación por lo que podría acontecer si la descubrían. Sorprendida, sin sus artes de guerra, la vio hermosa como nunca la había visto. Resultaba difícil creer que aquella cara alegre albergaba un oscuro pasajero que solo ella conocía.

—Devolveremos el oro, recuperaremos a la reina Menalipa —aseguró Andrea.

Hipólita asintió, dándolo por cierto. Pero su aguda vista estaba fija en Esmirna, pues sus hermosos ojos azules despertaban en ella un interés desconocido. Ya había captado las miradas precavidas que la reina de Abasa dedicaba a la joven sin voz, y el deseo oculto de su sonrisa cuando cruzaba la mirada con Deyarina. Y sonrió al descubrir el secreto de la doncella muda y de quién fuera el amor secreto de Esmirna en Lesbos.

—Que así sea, nunca dispuse de tan preciado metal, ni lo deseo; manchado de la sangre de nuestras hermanas está —expuso Esmirna.

—Sea pues, mucho se ha hablado de ese oro que alzaría un imperio y que nunca llegó. Tan solo miseria y guerra nos ha traído —añadió Marpesia.

—Pero, ¿dónde está el oro? ¿Por qué lo buscan en Tríbada? —preguntó Penteseila.

—Creen que allí se halla. Así lo dice Iris, así lo cree Clearco. Seguro que por ello marchan gallardos hacia el Desolado —aseguró Hipólita, levantándose—. Deyarina fue guardia de Iris, ella acompañó la caravana del oro que en muerte se convirtió para Mantis y Empusa, ella dirá —afirmó, posando la mano izquierda sobre el hombro de Empusa que, inquieta, alzó la vista.

La mirada de Esmirna quedó fija en la divina reina, que en la empuñadura de su daga ceñía la mano derecha. Temió que hubiera reconocido a su hermana y le hiciera mal alguno.

—La caravana fue asaltada por los propios mercenarios de Iris. Nuestras hermanas fueron asesinadas, la mayoría en sus lechos, al igual que Mantis y Empusa. Pero no encontraron el oro, destruyeron los carros sin hallar —expuso Deyarina.

—Perdona: aquellas que se erigieron como reinas, ¿las vistes morir? —interrumpió Lysippe, rompiendo su silencio y hablando por primera vez.

Empusa temió haber sido descubierta. Fue a levantarse, pero Hipólita apretó su mano manteniéndola firme en su lugar.

—Mantis fue asesinada ante mi vista y su cabeza metieron en un saco, lo vi. En otro metieron la de Empusa. No pude verla, pero su cuerpo mutilado apareció en el bosque, junto a su temida espada de Oriente que hoy guarda nuestra divina reina.

—¡Lamia! —pensó Empusa.

—Continua, por favor —dijo Lysippe, bajando la cabeza y volviendo a su silencio.

—Mantis pagó por la muerte de tu amado hijo —apuntó Esmirna, con palabras sentidas.

—Tanais no volverá, mi pena no halla consuelo —matizó la vieja reina de Temiscira.

Tras un momento de respetuosa amargura, Deyarina continuó.

—Bebidos y cansados de su traición durmieron y, en nuestras manos, la muerte hallaron todos los que quedaron festejando su despiadada afrenta. Más no puedo decir, solo que doy por cierto que el oro nunca viajó. Mantis y Empusa fueron engañadas, ahora yacen muertas. En Lesbos debe de hallarse oculto o quizás en otro lugar, solo Iris lo sabe.

—Iris usó ese oro para dividir a las hijas de la luna, erigirse como reina y hacerse con un ejército de mercenarios. Complació el ego de Mantis y Empusa con reinos que no compartiría, manteniéndolas lejos de sus argucias. Compró la voluntad de Ilión y sedujo al general Clearco, quien le dará Temiscira. Ese oro es la fuente de su poder, sin el preciado metal no es nada. Por eso lo mantiene oculto. Ahora no lo necesita, usando solo su nombre mueve un ejército y elimina a quién le estorba en su camino —aseguró Hipólita, sin quitar la mano del hombro de Empusa.

—Devolveremos ese oro. Pero ahora duro hemos de batallar contra el poderoso Clearco antes de poder rescatar a la bondadosa Menalipa. Es muy posible que seamos domadas si no atendemos la batalla. Y, como bien ha dicho la divina Hipólita, alejada la atroz guerra, ahora todas somos hermanas —dijo Esmirna, fijando sus ojos en ella.

—Razón llevas en tus palabras. Sabiendo que Menalipa se encuentra a salvo, centrémonos en los atroces invasores y, por supuesto, la odiosa guerra pasó: todas somos hermanas, es mi voluntad y, espero, la de todas. Atrás ha de quedar el odio y el rencor —le contestó, acariciando la cabeza de Empusa y retirando la mano de su hombro.

—¡Sea pues! —exclamó Esmirna, dando por perdonada la vida de su hermana.

—Pero tienes por bien cierto que necesitamos lo que solo tú puedes darnos: el ejército imperial de Huzzia —aseguró Hipólita—. Antíope saldrá de inmediato con tu ofrenda y ruego. Mientras, podemos retrasar la marcha de Clearco, castigar duro sus filas... Quizás no podamos vencerle, pero les daremos fuerte y frenaremos su marcha hacia Temiscira.

—Cuenta con ello, Huzzia no me abandonará —replicó Esmirna.

—Valientes sin recato sois y Artemisa sin duda os bendecirá en vuestra suerte; mas no olvidéis a Atenea, la de ojos de lechuza —apuntó Europa, interviniendo por primera vez.

—Tú que bien la conoces, sabia Europa, hablemos de ella —le rogó Hipólita.

—Tal cual lechuza, la ira convierte la esclera blanca de sus ojos por entera en oscura muerte. Su nombre es Palas Atenea, hija de Estigia y del propio Zeus. Vivió con Palas, gigante a quien la piel arrancó y usa como égida humana. Es divina y poderosa, tan despiadada como su hermano lo fue... Ares, azote de mortales.

—Como bien dices, es buena guerrera, atroz —apuntó Penteselea—. Pero también es sabia e inteligente, de ella debemos cuidarnos. Difícil será la empresa de enviarla de nuevo al Olimpo.

—¿Por qué una divina les acompaña en esta causa? Más bien debía apoyar la nuestra, valientes mujeres somos... Como ella —expuso Esmirna.

—Una hecatombe de jóvenes doncellas la trajo a esta tierra, se siente conmovida por las desgracias que Poseidón cernió sobre las hermanas aqueas. Como bien sabéis, gran desdicha cayó sobre ellas cuando la veneraron como su protectora, diosa gloriosa. Pasada la tormenta sin fin que arrasó sus tierras, guía los pasos de sus hijos para darles de nuevo gloria y riquezas.

—¿Cómo podremos luchar contra tal mujer, divina y guerrera? —insistió Marpesia.

—Solo otra divinidad podría acabar con ella —contestó Europa, fijando la vista en Hipólita.

* * *

—Formaremos una gran columna con nuestra fuerza principal y dos pelotones marcharán en retaguardia, cubriendo nuestras espaldas. Dos secciones más formarán avanzadillas, que en guardia nos mantendrán. Solo el tiempo es nuestro enemigo, tenemos que avanzar rápido. Cuando Huzzia sepa de nosotros, debemos estar festejando nuestra victoria en Temiscira a salvo del ejército imperial, alejados de sus dominios —dictó Clearco.

—No son muchas bravas las que nos acechan, esperaron la noche y urdieron un cebo. No es típico de un ejército en verdad, sino de Ainia y sus lobas. Ese debe de ser su objetivo, retrasar al máximo nuestra llegada a Tribada. Es posible que otras se hallen allí escondiendo nuestro oro —comentó Iris, tratando de integrarse en aquella conversación de hombres.

—No te preocupes, mi reina, pues no hemos de dejarla escapar. Con tu sabiduría nos abrirás los pasos hasta Tribada sin desfallecer en ese desierto. Yo mismo coronaré tu cabeza con una hermosa diadema hecha de oro, adornada con piedras preciosas y la sangre de las bravas que no besen el suelo que pises —aseguró Clearco, con orgullo.

—Disponemos de un poderoso ejército, la fuerza y destreza de miles de soldados. Si Hipólita es sabia en artes de guerra, evitará la lucha cuerpo a cuerpo. Atacará en la mañana, cuando el sol se alce tras ella y nos preparará emboscadas cobardes en las que no hemos de caer. Lucharán en la distancia, como salvajes sin honor, con sus arcos y flechas —apuntó Frixo.

—Llevaremos los escudos bien preparados, cubriendo los laterales de la formación, evitaremos sus dardos —apuntó Leónidas.

—¿Y los hijos de Poseidón? Buscarán arrollar nuestros soldados con la fuerza bruta de las bestias. Al igual que las bravas, ellos cabalgan y van armados de largas picas y relucientes corazas; debemos prepararnos para ello —expuso Frixo.

—Los más diestros lanceros deben estar atentos, que no pretendan luchar contra ellos ni retrocedan, mejor planten sus defensas en tierra, todos a la vez, y con las más gruesas de nuestras lanzas les esperen, hundiendo la base y mostrando la afilada pica —ordenó Clearco.

—Mi general, como bien habéis dicho, preparan cebos esperando la mordida, pues será su única forma de mellar nuestras filas, las de un poderoso ejército en formación. Pero no esperarán que seamos nosotros quienes urdamos emboscadas. Debemos aprovechar la situación, con un buen golpe podríamos hundir su resistencia antes de llegar a Tribada —apuntó Ajax.

—Has dicho bien, golpearemos como un ejército pero, como ellas, también urdiremos en su guerra sucia y veo que algo interesante tramas —dijo Clearco.

—No nos esperan como ejército, se siente poderosos vencedores, esa es nuestra baza. Pero hay otra muy interesante: el Desolado —aseguró Hipólita, sentándose de nuevo sobre el escabel.

Las hijas de la luna, observando a su divina reina, escuchaban mientras varios sirvientes colmaban en pequeños cuencos jugos de frutas, aderezados con regaliz.

—El Desolado nos ayudará contra ese ejército de machos que avanza fuerte. No saben bien dónde se meten. Marchan confiados sin mirar al frente, sin mirar atrás. Podríamos esperarles ocultas y asesrarles duros golpes que desconcierten su camino —dijo Marpesia.

—No olvidemos que Iris marcha con ellos, conoce el camino a Tribada. Les llevará directos, no andan perdidos —apuntó Esmirna.

—Sus artes de guerra son pesadas y marchan a pie, nosotras cabalgamos veloces sobre caballos. Su fuerza es el número, el poder de la formación y las largas lanzas. La nuestra ha de ser la velocidad y el dardo, la muerte en la distancia —añadió Hipólita.

—Ainia debe estar entreteniéndoles con emboscadas mortales, pero no podrá retenerlos por mucho tiempo, necesitará ayuda. Debemos avanzar. Presentemos batalla en las cuevas del Desolado, donde podremos vencer —aseguró Andrea.

—No creo que nos convenga presentar batalla, no podremos retenerles y el cuerpo a cuerpo decidirá la suerte a su favor. Mejor hostigarles en campo abierto, donde estemos a salvo de sus lanzas, donde podamos flecharlos en la distancia —insistió Hipólita.

—Avanzan conscientes de las emboscadas de Ainia, mas no esperan la carga de un ejército como el nuestro. Podríamos realizar una carga única, rápida, sobre el punto que más nos pueda convenir: el agua. Golpear y alejarnos tan rápido como el rayo —añadió Marpesia.

—Sea pues, es buena estrategia. Les daremos duro y cada una de nosotras tendrá su misión, el Desolado hará el resto. Tras el golpe, el desconcierto no debe cesar sobre la columna aquea, que no puedan relajar sus mentes ni cuerpos, les mantendremos en tensión. Eso minará su moral —ordenó Hipólita.

—Mi reina, lucharemos hasta el final —dijo Andrea, con orgullo.

—Tu cometido es otro —apuntó la divina reina—. Debes marchar a Tribada en busca de Ainia, viajarás con Antianira. Háblale y sacad de la ciudad a las ancianas, a las niñas, a las madres que amamantan y mantenedlas a salvo en los bosques de Oriente. Que te acompañen Imperia e Íbero... Y la joven sin voz.

—¿Oriente? —preguntó Andrea, mientras Imperia fruncía el ceño viéndose apartada de la batalla.

—Llegados a Tribada, los aqueos marcharán rápido hacia Temis-cira. No os seguirán hacia el reino de Huzzia, donde estaréis seguras. Debes proteger sus vidas...

—Así será —aseguró Andrea.

Después, con una expresión dura que marcaba sus facciones, Hipólita paseó ante todas ellas en círculo. Las regentes allí reunidas se miraron las unas a las otras, apretando los puños y respirando profundo. Sabían lo que tenían que hacer, había llegado el momento.

—Hijas de la luna, démosles una lección que no olviden. Tenemos un gran aliado: el Desolado, que conozcan su horror. Que cada pie que recorran en Anatolia, deje manchada la tierra de espesa sangre aquea. ¡En marcha! —arengó Hipólita.

* * *

Tras un día de dura marcha por el abrasador desierto, los hombres de Clearco suspiraban por un descanso. Atrás quedaba el bosque y las cárcavas, no se veía vida alguna, solo tierra quemada, caliente como el aire que la llenaba.

—¡Agua! —exclamaban, arrastrando sus pies, abrasados bajo sus escudos y corazas de bronce, con sus largas lanzas en los hombros y el destellante yelmo sobre sus cabezas.

Mimetizada en una pequeña loma, como loba astuta y con el cuerpo pegado en tierra, Ainia observaba cada movimiento.

—Se dirigen hacia las palmeras del Desolado, están muy cerca. Hallarán agua y descanso. Iris les guía sin peligro alguno de perderse —se lamentó la joven Airiel.

La Loba observaba atentamente, esperando su oportunidad. Y llegó.

—¡Siguen adelante! —exclamó Ainia, con ojos asombrados.

La gran columna de Clearco pasaba, sin parar, ante las palmeras del Desolado. Se trataba de un pequeño oasis rodeado de denso matorral, con abundante agua fresca que nacía de un manantial de aguas subterráneas colmado por las lluvias norteañas.

—¡No puede ser! Morirán todos si se atreven a cruzar el desierto sin agua.

Como respuesta a sus interrogantes, treinta carros cargados de grandes barriles y tirados por portentosas mulas, con una docena de lanceros como guardia, giraron hacia el pequeño oasis mientras el resto del ejército seguía su avance.

—Tienen prisa por llegar a Tribada. No pararán la marcha, seguirán alejándose mientras los carros se aprovisionan de agua. Se confían, pues tras ellos marcha la columna que llevan de retaguardia —apuntó Equidna.

—Sí, pero tenemos un tiempo precioso hasta que lleguen... No es mucho: ¡el justo! —aseguró Ainia sonriendo.

Las dos guerreras se levantaron rápido y corrieron hacia las suyas.

—¡De prisa! ¡Tenemos poco tiempo! ¡Destruyamos esos carros, sin agua no podrán enfrentarse al Desolado! —exclamó la Loba.

Alejada la gran columna, cabalgaron entre la reseca tierra a galope hacia el oasis, tensando sus arcos, templando sus espadas y levantando una polvorienta estela que las delató pronto. Los aqueos, a pie del manantial, observaban la llegada de aquella nube, muerte sin duda, y corrieron entre las palmeras buscando un resguardo.

Ainia y sus lobas llegaron ante los barriles y, sonriendo, la Loba hundió con fuerza su labrys en uno de ellos.

—¡Destruídllos, rápido! ¡Que se lleven el agua en las manos!

Al crujir de la reseca madera sonó un gemido, seguido de un reguero de sangre. Atónitas se miraron entre ellas. Las tapas de los barriles se alzaron, saliendo dos guerreros de cada uno de ellos. De los matorrales saltaron numerosos soldados rodeando a las hijas de la luna y, sin mediar palabra, lanzaron sobre ellas rápidamente sus picas de bronce.

—¡Salgamos de aquí! ¡De prisa! —gritó Ainia con desesperación.

Las largas lanzas de los espartanos de Lacedemonia ensartaron a las guerreras cuando trataban de atravesar el matorral en busca del desierto. Un golpe de sangre manchó el pecho de Ainia, dos lanzas crujió en el aire, la primera mordió en su hombro, arrancándole el peto y abriendo sus carnes; y la segunda, plantada en tierra y presa de un fornido soldado, se hundió en el pecho del caballo, que dando un relincho estremecedor cayó de costado, crujiendo el asta y aprisionando a la Loba al caer abatido sobre su pierna.

—Ah... Malditos —susurró sabiéndose herida y atrapada, viendo a todas sus lobas muertas.

Con los ojos entreabiertos y jadeando su dolor, vio como un general espartano se le acercaba con la lanza en alto y sonriendo su victoria, se erigía victorioso ante ella. Más allá, pudo ver a la joven Airiel alejándose por el desierto y sonrió; al menos, una de ellas había logrado salvar la vida.

—¡Sacadla de ahí! —exclamó Ajax.

En un instante, ocho soldados levantaron el lomo del caballo mientras dos más sacaban a la reina, tirando de sus brazos.

—Eres Ainia, la Loba de las estepas ¿no es cierto? —le preguntó el general espartano, lanzando sobre ella un grueso trapo de lino.

Luego se agachó y acarició su larga melena rubia, de tintes rojizos; y tiró del cabello con el puño, fuerte, acercando el rostro de la guerrera hacia el suyo. La valiente reina no dijo nada. Le mantuvo su mirada, maldiciéndole en silencio.

—Sí, eres Ainia... Buen presente para Clearco, hará feliz a la reina Iris. ¡Amarradla bien, que es loba peligrosa! —exclamó Ajax y la soltó tras escrutar su mirada.

La reina de las estepas se incorporó ayudada por dos soldados, tapando la herida de su hombro con el trapo; y observó a su alrededor, viendo aquel hombre sonreír, a los guerreros espartanos jactándose de la victoria y a sus guerreras muertas en el suelo terroso del oasis.

—¡Mátame! —suplicó.

—No esperabas ser víctima de tus propias artes, ¿verdad? En la noche llegamos con la avanzadilla y, mientras ellos continuaron, nosotros nos escondimos para prepararos un buen recibimiento.

Sabía que no podrías dejar de lado un cebo tan succulento —le comentó Ajax.

—¡Te mataré! —exclamó ella.

—No creo, de gloria te cubriste con tus victorias, Loba, y por ello te respeto; pero hoy no eres cazadora, eres presa... —le contestó.

Ainia, sin poder aguantar más, desfalleció presa de su dolor, doblando una rodilla.

—Capitán, llevadla ante el médico, que le limpie la herida —dijo observando su hermoso rostro y sus ojos negros, de tonos verdes, que le miraban tímidamente, presos del dolor pero llenos de gloria.

—Si en verdad me respetas como guerrera, dame honor con tu pica. No permitas que Iris se cebe con mis carnes y que alimento de perros sea —insistió Ainia.

Airiél, angustiada por la suerte de su reina, observaba desde la seguridad de la distancia.

—Gadir, solo él puede hacer algo por mi reina, pues nos hallamos vencidas —pensó con tristeza, buscando una posibilidad.

* * *

El poderoso ejército aqueo descansaba junto a una ladera empinada, a resguardo de la helada nocturna. En la más espaciosa de las tiendas, desde donde se observaba la llanura inmensa del Desolado, se instalaron Iris y Clearco.

—¿Qué tal suerte les habrá deparado su cacería? —dijo el comandante mientras los carros repletos de barriles de agua y sus hombres de retaguardia llegaban al campamento.

—Ainia es difícil de engañar, pero la estrategia de Ajax era buena —apuntó Iris.

—¡Mi señor, los espartanos regresan! —gritó un capitán de la guardia—. Cuentan que traen el agua suficiente para atravesar el desierto

por dos veces o más. Pero de lo que más se jactan es de haber derrotado a la Loba: presa llevan a Ainia.

—¡Ainia! ¡Hay que verlo! —gritó Iris.

—¡Vamos pues! ¡Gloria para Esparta! —exclamó Clearco.

Iris corrió excitada, seguida de su amado y varios hombres de la guardia, hasta llegar al límite del campamento; donde recibieron a Ajax, que a la luz de numerosas teas se jactaba de su gesta.

—Mi general, ya no hay loba... ¡Cachorra domada es! —exclamó.

—¡Dadme su cabeza! —saltó Iris.

—Muéstramela, pues quiero verla compuesta antes que mis perros de ella den buena cuenta —ordenó Clearco.

—Clearco, León de Micenas, la Loba es botín de espartanos... Ley de guerra, honor de victoria como en verdad me corresponde —respondió Ajax.

De casta y honor militar, una idea que había ido devorando sus pensamientos durante el recorrido, afloró en el general espartano: pensando en los hermosos ojos de Ainia y en su orgullo de guerrera, no podía entregar a la gloriosa Loba a tan cruento destino y, más, viéndolo tan cierto.

—¿Qué estás diciendo? ¡Dadme su cabeza! —ordenó Iris.

Empuñando su arma, Clearco avanzó hacia Ainia. La cual, postrada en pie, observaba como su triste final se le acercaba acompañado de la sonrisa de Iris.

—¿Qué vas ha hacer, Clearco? —se alzó la contundente voz de Atenea, frenando el ímpetu del comandante—. En verdad, la Loba es trofeo justo de espartanos. ¿Acaso no puedes mantener el respeto debido a tus generales ante los caprichos desmedidos de tu concubina?

—¡Yo no soy concubina! ¡Soy reina! —respondió Iris, herida en su orgullo.

—Pues hazte respetar como tal. La Loba pertenece por derecho de armas al general que la domó: Ajax. Y no es su deseo ofreceros la cabeza de esa brava mujer, nada más que decir —asintió Atenea.

La divina tomó del mentón a Ainia y le levantó suavemente la cara. Observó detenidamente sus rasgos, su rubio cabello, su profunda herida. Luego, miró de soslayo a Clearco, censurándole, y marchó.

—Tuya es, como en ley te corresponde. Mas ten cuidado, loba peligrosa es —le dijo el comandante a Ajax.

Luego se volvió y, junto a su guardia, tomó el camino de regreso a su tienda. Iris se quedó frente a Ainia y sola se encontró, rodeada de espartanos.

—Pronto tu cabeza será mía —susurró maliciosa.

—Marcha de aquí, sin la sombra de Clearco no eres nadie —le espetó Ajax.

Iris abrió sus ojos para entrecerrarlos con rabia y se volvió. Deseaba la cabeza de la Loba, pero también la del espartano que la había humillado.

El general de Lacedemonia observó firme como se alejaba, malhumorada y con el rostro serio. Se giró para ver a su prisionera: las piernas le temblaban, apenas podía mantenerse en pie, el trapo que vendaba su herida estaba enrojecido, la sangre se deslizaba por las costuras recorriendo su vientre y salpicando el suelo que pisaba.

—¿Porqué me has salvado de mi cruel destino? —preguntó Aina, dolida.

—No era tu destino —dijo Ajax, fijando sus ojos en los de ella, preso de su belleza salvaje—. Tenías razón, reina Loba: debí matarte en aquel oasis. ¡Lléváosla y que los médicos sanen de una vez esa herida!

Capítulo 21

EL RESCATE DE AINIA

La fría noche del desierto se abatía sobre el campamento aqueo, sin más sonido que el suave murmullo producido por el viento y la arenilla alzada. Iris rondaba inquieta en el lecho. Puso la mano en el vientre de Clearco, lo acarició y apoyó la cabeza sobre su pecho. Él permanecía tumbado, con las manos en la nuca.

—¿Por qué no han obedecido? —preguntó la reina de Lesbos.

—Atenea tiene razón y además su palabra es única.

—Pero... ¿Acaso no eres comandante de este ejército?

—No desesperes más, mi amor. Ainia está presa, ya no es enemiga temida sino esclava de espartanos. Como trofeo de guerra le corresponde a Ajax decidir su destino, obligarlo a matarla no favorecería su respeto hacia mí como comandante, más bien todo lo contrario. Debo respetar los derechos de guerra de los generales que me acompañan: el botín es de quien lo gana y lo reparte en su justo designio. Nos dio agua, suya es la Loba.

—Divina o no, comienzo a odiar a esa mujer.

—No te preocupes más por ella. Arrasada Tribada marchará con gloria y riquezas a las tierras de Ática. Nuestra será Temiscira, nos alzaremos con nuestros soldados y serás reina respetada. Ahora ven, bésame, descansa tu ira...

Desde las cavernas del Desolado, vestigios de tiempos remotos, Gadir observaba las luces que se dejaban ver en el campamento aqueo, como un suave halo amarillento en el horizonte.

—Es un gran ejército, mi noble amigo. Sudaremos sangre —apuntó Tarss.

—Mi señor, traigo nuevas de Ainia. ¡Ha sido apresada! —exclamó Senil, el viejo guía, acompañado de una guerrera marcada por la fatiga del rápido galopar—. Ésta valiente asegura que su reina ha sido capturada en una emboscada, solo ella ha sobrevivido.

—¡Ainia! ¡Nuestra reina está presa! ¡La matarán! —exclamó Airiel, agotada y apresurando sus palabras.

—Debemos rescatarla —apuntó Sria, una veterana, fiel de Ainia y conocedora de la zona, que hacía de guía a la caballería atlante.

Gadir buscó a su general con la mirada.

—No podemos atacar a ese ejército solo con nuestras tropas. Sería un suicidio —contestó Tarss, lamentando tan trágica noticia.

—¡Debemos hacer algo! ¡Ayudadnos! Habéis cruzado el mundo para ello, ¿no? ¿O la vais a abandonar? —preguntó Airiel.

—No la abandonaremos... —aseguró Gadir.

—¿Sabes en que parte de la columna aquea se halla presa? —preguntó Tarss.

—Está presa de los machos sin corazas, confiados la llevan en un carro al lado de su general —informó Airiel, gesticulando con los brazos de forma rápida.

—¡Preparaos para la batalla! —ordenó Gadir, alejándose en busca de sus armas para satisfacción de las guerreras.

—Señor, temo la suerte de nuestros hombres en una acción suicida que sea en vano. ¡Quizás se halle muerta! —apuntó Tarss.

—Sí, mi noble amigo... Quizás —contestó Gadir—. Lo intentaremos, eso por lo menos le debemos a la rubia Ainia.

La poderosa formación aquea comenzó su marcha al amanecer; compacta, nada temía. Llegó hasta el extenso mar de sal, resplandeciente al viento con los primeros rayos del sol como una alfombra de blanca nieve. Quedaron impresionados: allí nada vivía, todo moría.

—Ahí se halla la muerte cierta para los que se atreven a desafiar al Desolado. Pero no temas: conozco los pasos que nos llevarán por el buen camino. Además, agua no nos falta. Pero ligero ha de ser el paso —expuso Iris, tendiendo la mano ante el desalentador desierto.

—Marchemos pues, el día será largo y penoso en esta reseca tierra —ordenó Clearco.

—Más allá encontraremos acomodo en las viejas cuevas de los hombres salvajes. A una buena marcha, debemos alcanzarlas antes de que anochezca —expuso la reina.

La enorme columna penetró en el desierto como si fuera una gran serpiente de relucientes destellos. Un suave viento acariciaba la cara de los soldados dejando la sal volátil en sus labios, párpados y sienes sudadas. Pronto se dejó notar el abrasador sol y la marcha se tornó un caminar penoso en una tierra sin horizonte. Solo Iris, conocedora de sus pasos, marchaba tranquila, junto a Clearco, en un carro de guerra.

Cada formación avanzaba con sus capitanes al frente, distinguiendo sus estandartes. Los generales acompañaban la cabeza de aquel ejército que no se detenía, al lado de su comandante.

Solo faltaba Ajax, el cual se hallaba con su formación de Lacedemonia: dos mil guerreros de largas lanzas, grandes escudos y valor sin igual. Y el motivo tenía un nombre: Ainia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el general espartano a uno de sus médicos, observando el delirio de la valiente reina y su belleza. Se hallaba tumbada en un carro de provisiones, sobre cueros de cabra y con una gruesa tela proporcionándole sombra.

—Está mal, mi general. No sobrevivirá. Perdió mucha sangre.

—Cuida su vida como si fuera la tuya; si vive recibirás grandes regalos, si no, yo mismo te arrancaré el corazón. ¡Ha de ser mía! —le dijo, sin apartar la vista de ella.

—Es mujer brava, asesina de hombres y Loba... Mal habéis elegido, mi señor —le contestó el médico.

En la cabeza de la formación, Atenea permanecía pendiente de todo cuanto acontecía, desde su carro de brillantes remaches tirado por tres hermosos caballos blancos. El horizonte se difuminaba, perdiéndose de la vista entre las brumas de aire caliente que desfiguraban las formas. Los ojos negros de la diva atravesaban el espacio como rapaz en las alturas y pronto se percató de un destello extraño.

—¡Los hijos de Poseidón! —exclamó—. ¡Preparaos para la batalla! ¡Los hijos de Poseidón, cargados de furia, se abaten sobre nosotros!

—¡Rápido, plantad los escudos! ¡Alzad las largas lanzas! ¡Aquí se hallan los gloriosos hijos de Atenea esperando la batalla! —gritó Clearco.

La columna se paralizó y los soldados se prepararon para el envite, pero nada acontecía. Los hombres miraban al frente, a los lados, detrás. Sus frentes sudaban y el sabor salado acumulado en los labios resecaaba sus gargantas. El calor del abrasador desierto aumentaba con el mediodía, los petos y corazas de bronce les quemaban la piel y el aire cálido atormentaba su respiración. La cabeza les ardía bajo los yelmos adornados de crines. Sus manos sudorosas templaban con fuerza las lanzas mientras largos surcos de sudor descendían por sus brazos.

Atenea permanecía inmóvil, mirando al frente, sobre su carro, con una mano posada en el hombro de su auriga y la otra firme en su lanza. Giró su mirada hacia uno de los lados de la gran columna y, ante sus ojos, apareció como un destello fulgurante, entre la bruma cálida del horizonte, la caballería de Gadir en formación de diez y directa hacia la tropa espartana, pasando veloces a cien pies ante ella, ignoran-

do sus armas y los hombres de cabeza que permanecían firmes tras sus picas y escudos.

—¡No vienen a batallar, tratan de rescatar a la Loba! —exclamó Atenea.

El choque fue brutal, los cuerpos de los espartanos salieron despedidos ante el colosal empuje de la caballería de Gadir. Como un rayo, se incrustó en la columna en un solo punto con toda su fuerza, atravesándola, creando desconcierto y dejando docenas de muertos.

Airiel y las lobas de Sria que guiaban a los atlantes, aprovecharon la brecha y buscaron a Ainia con desesperación.

—¡Vamos! ¡El tiempo apremia, retrasarse es morir! —exclamó Tarss.

Atenea corrió rápido, seguida del grueso de la formación aquea que, repuesta de la sorpresa y descubierto el objetivo de los hijos de Poseidón, comenzó un movimiento envolvente sobre la brecha abierta entre los espartanos, tratando de cerrar la huída a la caballería atlante.

—Airiel se retrasa, quedarán atrapadas —aseguró Tarss en su retirada.

—Tenemos que sacarlas de ahí rápido, morirán si los aqueos las envuelven —apuntó Gadir, temiéndose lo peor.

Y comenzó una nueva carga, arrastrando tras de sí la caballería atlante, cargando sobre los soldados espartanos y apremiando a las hijas de la luna. Pero era tarde, no existía el factor sorpresa: los soldados aqueos plantaron los enormes escudos en tierra, formando un muro de bronce infranqueable y sacudieron sus largas lanzas, atravesando hombres y caballos. Los soldados de Leónidas comenzaron a cerrar el círculo, azuzados por Atenea, mientras los argonautas avanzaron para socorrer a los espartanos. En el centro quedaban los hombres de Gadir y las lobas de las estepas.

Ainia alzó levemente la cabeza, viendo la lucha, sufriendo la suerte de las que morían por tratar de liberarla. Sin poder hacer nada, gritó ante su impotencia. Volvió la vista atrás y un golpe de sangre cubrió su rostro: Ajax luchaba vigoroso dando muerte.

Trató de alzarse, pero el dolor de la herida la consumía y cayó del carro al suelo, rodando, sollozando mientras la sangre volvía a brotar de su herida.

—¡Por Zeus, cubrid la retaguardia! —gritó de pronto Atenea, furiosa y agitando al aire su lanza, conteniendo la euforia aquea.

Desde Oriente, a favor del sol, un ejército de caballería surgía de la nada para arremeter contra la formación aquea. Esta vez en la descuidada retaguardia.

—¡El agua! —exclamó Clearco.

Gadir levantó su vista, tan sorprendido como sus enemigos, pues nadie esperaba aquella violenta irrupción que golpeaba contra los carros de víveres. Eran Esmirna y Pentesilea, que valientes se hallaban al frente de la caballería pesada de Abasa y Tracia arrasando hombres, armas y carros con su violento empuje.

—¡Defended el agua! ¡Rápido! —ordenó Clearco.

La tenaza que mantenía acorralada a Gadir se abrió, era más importante el agua que la loba herida. Una lluvia de saetas cubrió el cielo. Marpesia y las guerreras de Temiscira azotaban con sus dardos a los soldados aqueos de la cabeza de la gran columna, creando el desconcierto en toda la formación. Seguidamente apareció Hipólita, acompañada de Deyarina y su guardia, destellante en su veloz galope frente a los carros de Atenea y de los generales, lanzando sus venablos con rumbo cierto.

Las miradas de ambas divinas se cruzaron momentos antes de que la mano de Atenea frenara la jabalina que buscaba su corazón con un rápido movimiento de brazo, atrapándola con la mano y partiéndola sobre su rodilla de un golpe brusco. Clearco agachó su torso ante la embestida y el venablo que buscaba su vida se hundió en el pecho del auriga. Iris fue herida en el hombro derecho y cayó al suelo, envuelta en gritos de dolor. Leónidas, el general de Micenas, salió arrastrado del carro por el venablo que partió su cráneo. Frixo de Argos quedó con el vientre hendido, sentado en su carro, malherido en brazos del auriga.

Varios de los caballos quedaron muertos, entre ellos los hermosos corceles blancos de Atenea. La cual, resoplando al viento con los ojos entrecerrados, negros como carbones, saltó del carro templando su larga lanza y vio a las guerreras perderse en el horizonte, alejándose tan rápido como habían aparecido.

Ajax se mantenía firme, luchando por los suyos contra los atlantes que iniciaban su retirada aprovechando la oportunidad dada. Y vio cómo una joven guerrera corría hacia Ainia. La ensartó con su lanza, atravesándole el pecho e impidiendo que llegara hasta la loba herida. Airiel cayó rodando, chocando su cuerpo con el de la reina de las estepas, y suspiró su último aliento ante la mirada descompuesta de Ainia.

—Tars, salgamos de aquí o enterrados entre aqueos quedarán nuestros cuerpos, rápido... ¡Ahora es posible, carguemos duro en nuestra salida! —gritó Gadir, con pena profunda en su corazón, observando a Ainia y a Airiel en el suelo, envueltas en sangre, dándolas por muertas.

—¡Huid como cobardes, malditos! —exclamó Ajax, agitando su lanza al aire.

La expresión de alegría del general espartano, al verles abandonar la batalla, dio paso a la mirada piadosa de quien es presa de la muerte

sin comprender. La punta del mortal bronce asomaba a través de su pecho desnudo. Cayó de rodillas y volvió la vista atrás para encontrar la mirada confusa de Ainia, que soltaba el asta de la lanza con la que le había atravesado, dejándola hundida en su vigoroso torso.

—Sí, debí matarte en aquel oasis —susurró cayendo de frente, levantando una pequeña nubecilla de polvo con su último suspiro.

—Debiste hacerlo, te dije que te mataría. No me escuchaste, bien sabías quién era —apuntó Ainia, mientras doblaba la rodilla, posando las manos en el suelo para no caer.

Los hombres de Ajax avanzaron hacia ella con la picas enfilando su cuerpo. Ainia trató de recuperar la lanza del cuerpo sin vida del general espartano, arrastrándose por el suelo y tirando con fuerza de ella. Contraída por el dolor de su herida, se alzó en guardia.

Una punzante agonía se hacía presa en ella con cada nueva herida, con cada nuevo zarpazo: en el vientre, el costado, el pecho... Las afiladas picas de los soldados se hundían en sus carnes clamando venganza por la muerte de su general, desgarrando su vida. La lanza le cayó de la mano y su mente voló entre el sordo sonido que gemía el bronce ahondando en su cuerpo. Evenor, su único amor, la envolvía de nuevo con sus fuertes brazos, en una playa cálida de cristalinas aguas y acariciaba su cuerpo, besaba sus labios. Cerró los ojos y cayó de rodillas. Una gruesa lágrima se deslizó por su mejilla en su último recuerdo: el querer de su amada hija, la sonrisa de la pequeña Hipólita.

En la retaguardia, las tropas de Esmirna y Penteselea abandonaban la batalla cabalgando sobre sus caballos. El ataque había sido tan rápido como eficaz, dejaban atrás hombres y bestias en agonía, desconcierto y decenas de carros destrozados vertiendo el agua entre la sal del sediento Desolado.

Atenea, lanzando horribles gritos de furia, alcanzó los carros de víveres buscando hacer frente en la batalla. Recorrió la columna aquea con furia y vio, a unos cien pies, a una altiva guerrera acercarse de nuevo, al trote marcado, cabalgando sobre un hermoso caballo negro y con una gran espada en la mano. La observó detenidamente, cruzó sus ojos con los de ella y comenzó a caminar acelerando su paso.

Hipólita le sonrió y galopó rápido hacia el desierto al verla acercarse. No permitió hallarse a su alcance y se perdió de nuevo, como un fantasma, en la bruma de aire caliente que difuminaba el horizonte a contraluz.

—Sí..., digna hija de Ares, mi salvaje hermano —susurró Ate-nea, parando en su carrera y calmando el brazo que agitaba su larga lanza.

La caballería atlante, guiada por la valerosa Sria, galopó veloz de regreso hacia las cuevas trogloditas del Desolado. Atrás dejaron el ejército enemigo, donde gemían los heridos y reinaba la confusión. En la mente de Gadir una sola visión marcaba su regreso, Hipólita les había salvado al irrumpir sobre la retaguardia aquea. Y aceleró su galope ante la inquietud por estrechar fuerte, entre los brazos, a su amada.

El sol descendía por Occidente, la blanca sal dejaba paso a una tierra rojiza, de matorral aislado y lomas altas que formaban pequeños barrancos de roca agrietada. Gadir llegaba a las cuevas, pero allí no estaba Hipólita, sino Antianira y el resto de las guerreras de Ainia.

Y se alzaron como lobas al verles en la distancia. Recién llegadas del norte, no conocían a los guerreros de destellantes corazas que cabalgaban con trote marcial hacia ellas.

—¿Quiénes son? No parecen aqueos y... ¡cabalgan!

—Tampoco son teucros ni hititas, seguro... ¡Tensad vuestros arcos! —exclamó Antianira.

Las lobas escalaron la loma y apuntaron sobre la caballería atlante que avanzaba confiada. Antianira tensó su arco de astas, esperando el momento justo con el que flechar la columna, midiendo sus pasos, la distancia mortal de la fuerza de sus dardos.

—¡Una de las nuestras avanza junto a los machos de relucientes corazas! ¡Al frente! ¡Mirad! ¿No es Sria? —gritó una de las lobas.

La capitana fijó la mirada en la guerrera que acompañaba a los extraños.

—Sí, es Sria. Pero no veo a Ainia. ¿Dónde está? ¿Quiénes son esos machos con los que trota? Presa no marcha.

Gadir avistó a las guerreras y quedó sorprendido ante la actitud hostil que mostraban, con las cuerdas de sus arcos tensas, sin dejar de seguirles conforme se adentraban entre los pasos de las cuevas.

Sria avanzó galopando, llegó hasta ellas y, de un salto, descabalgó.

—¡Antianira! ¡Al fin has regresado! ¿Os acompaña la divina Hipólita? —preguntó.

—¡Hermana! ¿Dónde está Ainia? ¿Y las demás?

—¿Dónde se halla mi amada Hipólita? —preguntó Gadir, acercándose hasta Antianira que, esperando respuestas y sorprendida ante los guerreros, no alcanzó a contestar.

—Son hijos de Poseidón, atlantes, y batallan a nuestro lado por su reina Hipólita, por nosotras —aseguró Sria.

La capitana sonrió con una mueca extraña de sorpresa.

—¿Y nuestra reina? —preguntó, volviendo sus palabras sobre Sria.

La veterana guerrera calló, bajó la cabeza y miró con tristeza los ojos de Antianira. La cual alzó su rostro descompuesto al aire, con un sentido dolor que embargó su alma.

—Solo yo vivo de las nuestras —aseguró Sria con denotada tristeza—. Ainia me ordenó acompañar a los atlantes a salvo hasta las cuevas, cayó presa e intentamos rescatarla... Las demás hermanas y muchos atlantes murieron batallando. No pudo ser.

—¿Dónde se halla Hipólita? En batalla la vimos... —insistió Gadir.

—Hipólita no vendrá, debemos marchar hacia Tribada —apuntó Imperia, apareciendo de pronto entre las lobas, pálida ante la escuchada muerte de Ainia.

—¡Imperia! —exclamó Gadir al verla.

Ambos estrecharon sus brazos y un sincero beso captó la atención de Antianira.

—¿No vendrá? ¿Qué quieres decir? —preguntó Gadir, limpiando las lágrimas que brotaban de los hermosos ojos de la joven guerrera.

—Mi cometido es guiar a las guerreras de Lesbos hasta Tribada y salvaguardar la vida de sus gentes antes de que llegue el ejército invasor, con la protección de Ainia y sus lobas. Hipólita guía los ejércitos de Abasa, Tracia y Temiscira, atacará incansable la marcha aquea, en el Desolado, donde son vulnerables.

—Entonces debo partir, mi lugar está junto a ella.

—¡No! ¡Debes acompañarme a Tribada! —exclamó Imperia—. Muerta Ainia, solo un ejército como el tuyo podrá ayudarme a poner a salvo a sus habitantes. Acompáñanos, si quieres ayudarla es la mejor opción.

—La divina Hipólita sabe lo que hace y no la hallarás en el inmenso mar de sal, antes moriréis todos bajo el intenso azote del sol —expuso Antianira, sin saber bien cierto quién era aquel general tan atractivo y gallardo.

—¿Ainia? ¿Ha muerto? —preguntó Andrea, temblando su alma, con el mentón encogido y los ojos nublados a punto de romper ante la respuesta sabida. La acompañaba Europa y la irreconocible Empusa, hecha inocente doncella.

—Sí, la gloriosa Ainia, la Loba de las estepas ha muerto —confirmó Sria, con voz amarga.

Andrea cayó de rodillas y rompió a llorar apoyada en Europa.

—Si en verdad quieres servir a nuestra amada Hipólita, ayúdanos a salvar el pueblo de Tribada —dijo Imperia, tragando su pena.

—Debo ir con mi amada, si cayera en manos enemigas... —apuntó Gadir.

—Moriréis todos —insistió Antianira.

—Hipólita llegará a Tribada tras nuestros pasos, en unos días. Su misión es retrasar en lo posible la marcha aquea haciéndole el mayor daño posible en la distancia, no caer en manos enemigas.

Ahora debemos irnos. Los aqueos, guiados por Iris, conocerán este lugar y alzarán aquí su campamento, no nos conviene un choque frontal —aseguró Andrea, con lágrimas en sus ojos, tratando de reponerse.

—Mi señora, la avanzadilla enemiga se ve a lo lejos. Debemos prepararnos para recibirles —interrumpió una guerrera de la guardia.

Andrea asintió y miró a Gadir.

—Aquí quedarán las lobas de Ainia, luego nos alcanzarán, ellas saben qué han de hacer. Te necesitamos junto a nosotras: las bravas de Tríbada eran fieles a Empusa. Equidna fue enviada allí para avisarlas de lo acontecido, pero sin Ainia, quizás necesitemos de tu fuerza.

Empusa, alzó una ceja con una expresión seria.

—Esa mujer tiene razón, podríamos morir sin hallar a nuestra divina reina en ese desierto de sal. Marchemos a Tríbada con Imperia, pondremos a salvo a esas gentes y, luego, regresaremos para esperar a Hipólita —dijo Tarss.

—Por favor... —le rogó Andrea.

Gadir, sin estar muy conforme con la decisión, viéndose presionado, se dirigió con sus hombres y pesar tras los pasos de Andrea.

Antianira tomó de la muñeca a Sria, antes de que ésta pudiera alejarse.

—¿Quién es ese macho? —le preguntó.

—Es Gadir, rey de Gaderia, el esposo de la divina Hipólita —contestó.

—¿Esposo? —se preguntó Antianira con cierta sorpresa y desaprobarción.

La incursión de Hipólita había supuesto un duro golpe para la moral aquea. La humillación sufrida de nuevo era sentida entre sus hombres. Ajax había muerto, Leónidas también y Frixo se hallaba herido. Habían perdido numerosos carros de avituallamiento y gran parte del agua, pero Iris sonreía a pesar de hallarse herida: Ainia, la Loba de las estepas, estaba, al fin, muerta. Su cadáver era arrastrado por el carro flechado de Atenea, la cual se había hecho con su vencido cuerpo y nuevos caballos.

—No tardaremos en llegar a las cuevas, aguantad mi general. La avanzadilla ha de estar en la cima. Si nos espera Hipólita, no nos ha de sorprender —aseguró Iris.

—Espero que así sea, muchos de los nuestros han muerto y nuestro camino se colmó de pena —dijo Clearco.

—Nada de ello esperábamos. Dime, reina Iris: ¿nos espera más batalla en Tríbada? —preguntó Atenea, desde su carro, aproximándose a ella.

—Si Hipólita ha logrado unir a las bravas de Abasa, Tracia y Temiscira, es posible que en Tribada no seamos bien recibidas. Pero

nuestro ejército es muy superior al que ellas puedan tener jamás, no son enemigo temible.

La divina de ojos de lechuza miró hacia sus hijos, el cansancio les vencía, el paso por el desierto de sal resultaba terrible. El tórrido sol del día había aplastado la resistencia de tan aguerridos soldados y los golpes recibidos les mantenían en tensión.

—Pero este desierto sí es enemigo temible —aseguró Atenea.

—No te preocupes, en las cuevas hallaremos un pequeño manantial. Será suficiente, repondremos resuello y en Tríbada calmaremos la sed, pues es nacimiento de un arroyo de cristalinas aguas. Por ello allí habitan las hijas de la luna.

Clearco se mantuvo firme, sin argumentar palabra alguna. El golpe propiciado había sido demasiado duro para su orgullo guerrero. Él sentía más que nadie la muerte de sus hombres y varios cientos habían caído.

—Siento mucho lo del general espartano, lo de Leónidas y lo de Frixo. Te rogué que acabarás con Ainia: las lobas son imprevisibles y por ello peligrosas. No hay honor en la batalla perdida, solo gloria ante el enemigo muerto —comentó Iris.

—Debí entregarte su cabeza. El glorioso Ajax viviría, pues nadie hubiera tratado de rescatar a una muerta —asintió Clearco.

Atenea miró a Iris con ira contenida y prosiguió junto a ellos, triste por la muerte del general espartano. Molesta con Clearco, cambiaría al instante la vida de Iris por la de Ajax. No cabía en su pensamiento el fervor que aquella reina despertaba en el que hasta entonces había sido su devoto general; sabía que él no buscaba oro y gloria para las hermanas aqueas, sino para colmar las ambiciones de esa mujer. Y eso la enfurecía.

—Debiste guardar bien a tus generales y hombres, a sus armas y víveres; pues su comandante eres. Ajax viviría y Ainia también. Escucha tu orgullo guerrero en vez de gozar de placeres que en campaña solo son muerte. La marcha debía ser un paseo marcial, libertadores éramos y hemos de darnos cuenta de que somos soldados invasores. Ainia ha muerto, era la única amenaza; y sin embargo aquí nos vemos atacados por los hijos de Poseidón, las guerreras de Esmirna, Pentesilea y Marpesia... Y seguramente por las bravas de Tríbada —aseguró Atenea.

—La llegada inesperada de Hipólita alteró nuestros planes —contestó Iris.

—Muy en cuenta debiste tenerlo. Era de suponer que no permanecería en silencio ante la suerte de su hermana.

—¿Acaso alguien creyó que una leyenda se hiciera realidad? Nadie pensó que esa mujer aparecería en nuestro camino, ni tan siquiera que se hallara viva.

—¡Mirad! ¡Allí! ¿Qué es eso? —exclamó Clearco.

A la derecha de la columna apareció una multitud de lucecillas de color amarillento rojizo, que se alzaron al aire, inquietas, subiendo muy alto, para bajar súbitamente como estrellas caídas del cielo.

—¡A cubierto! ¡Son dardos en llamas! —exclamó Atenea.

Un fuerte silbido acompañó la nube de fuego que se abatió sobre ellos, los soldados se protegieron bajo los escudos alzándolos a su derecha. El impacto fue duro, la mayoría de las saetas cayeron sobre los carros de provisiones y los caballos de tiro, otras lograron atravesar las defensas hundiéndose en el cuerpo de los guerreros.

De nuevo se concentraba el ataque sobre la columna de retaguardia, pero esta vez la formación aquea no se deshizo y tomaron posiciones templando sus largas lanzas por encima de los escudos que, plantados en tierra, les protegía de la lluvia de dardos.

Apenas había caído la última saeta en llamas, los guerreros asomaron sus rostros entre los escudos, esperando el ataque. Pero un nuevo zumbido les alertó de una nueva carga, pero esta vez llegó de la izquierda, sin fuego en las puntas que las delatara, atravesando las espaldas de los soldados, que desprevenidos, caían abatidos.

—¡Cubríos, nos acosan desde ambos lados! —gritaban los capitanes aqueos.

Después, el silencio. Apenas había durado nada el ataque, pero sembró de muerte e inquietud toda la columna aquea. Los gemidos de los heridos se oían en el aire, acompañando las llamas prendidas en los carros y enseres.

—¡Maldita sea! ¡Apagad ese fuego! —ordenó Clearco.

Atenea se levantó, bajando su escudo; en él, clavadas, tres saetas ardían.

—Tratan de ralentizar nuestra marcha causando desconcierto, cargándonos de heridos y prendiendo nuestros víveres. Tenemos que seguir, salir de este desierto antes de que el sol abrasador vuelva a caer sobre nosotros —advirtió la divina.

—¡Cobardes! No se muestran cuerpo a cuerpo. Como suponíamos, solo atacan en la distancia. Avanzaremos rápido cubriendo el paso con nuestros escudos. No será ésta la única avalancha de muerte que descarguen —apuntó Clearco.

En su avance por el desolador paraje, en la oscuridad de la noche, el silbido mortal de las saetas sonaba en cualquier momento, cayendo implacable sobre ellos. Unas veces en cortos intervalos, otras parecían no llegar nunca. Por la derecha, a la izquierda, concentrados en un punto, dispersos sin más; incluso veloces a ras de tierra, buscando herir piernas, desgastar la columna, causar estragos y retención.

Los soldados aqueos avanzaban inclinados hacia delante, con los escudos izados sobre sus cabezas en el centro de la columna y, en los lados, a pulso, protegiendo sus costados.

Hipólita les observaba, apenas a unos cien pies de la columna, en plena oscuridad. Junto a ella se situaban con orgullo Esmirna, Pentésilea y Marpesia.

—Mi reina, no disponemos de muchos más dardos, deberíamos reservar para Tribada. No sabemos qué encontraremos allí —dijo Deyarina, acercándose a ellas.

—Sea pues. Ahora cabalgemos hacia Tribada —ordenó Hipólita—. Marpesia, tu caballería es ligera, seguid los pasos aqueos hasta que acampen, buscarán la seguridad de las cuevas pero aún tardarán. Antes de que las alcancen, recuérdales que estamos presentes, pero sin arriesgar. Eso hará que no concilien bien el sueño. Después marcha a nuestro encuentro.

—¡Así se hará! —exclamó la capitana de Temiscira.

Hipólita empezó su galope hacia Tribada, seguida de las guerreras de Abasa y Tracia. Deyarina, conocedora de la zona, las dirigía sin temor alguno a través del desierto, a la vista de la tenue luz que proporcionaba la luna oculta.

Clearco sonrió, hacia tiempo que no se le veía una mueca parecida en su castigado rostro. Unas difusas lomas se alzaban frente a ellos.

—¿Llegamos? —le preguntó a Iris.

—Sí, pero andemos con precaución; las lobas pueden estar esperando.

—Es posible, pero nos hubiera alertado la avanzadilla.

La columna avanzó deprisa, viendo su meta cerca. Los soldados solo deseaban llegar y descansar de la terrible jornada. Sus pasos acelerados relajó la guardia en sus brazos. De nuevo, cuando ya nadie lo esperaba, el silbido de las saetas cayendo con fuerza cruzó sus mentes. La lluvia mortal golpeó la cabeza de la columna, el propio Clearco sintió en su brazo la mordida del bronce y los caballos de su carro cayeron entre agónicos relinchos al suelo. Y gritó con rabia. Luego, el silencio envolvió el lugar.

Los aqueos aguardaban tensos, tras sus escudos, una nueva descarga que no llegaba. Poco a poco fueron asomando los rostros, bajando su protección. Y la descarga llegó, acompañada del sonido de cientos de cascos machacando la tierra quemada. Alzaron sus escudos para evitar ser ensartados por saetas. Pero lo que surcaba el aire eran las jabalinas de las bravas de Temiscira, en paralelo al suelo, ensartando vientres y muslos. Desaparecieron sin apenas haberse dejado ver; abonando la desidia marcada en el rostro de Clearco, la inquietud en la faz de Iris y la admiración en el de Atenea.

—¡Avancemos! Hacia las lomas, allí nos haremos fuertes y podremos combatir cuerpo a cuerpo si se esconden en las cuevas —apuntó Iris, saltando del carro.

—¡Ánimo, mis valientes, hemos llegado! ¡Rápido! —animó Clearco a sus hombres y la siguió, tomando su larga lanza y el escudo.

La gran columna avanzó abandonando a muertos y heridos, pisando tierra, dejando atrás la sal y el aire enrarecido que quemaba sus labios y reseca la garganta.

—¿Qué es eso? —preguntó Clearco al divisar una larga línea de estacas clavadas en lo alto de la loma, que acompañaba la entrada hasta el valle de las cuevas.

El silencio les embargó. Recorriendo el camino, hallaron las cabezas de sus hombres de avanzadilla, clavadas sobre sus propias lanzas, quebradas y hundidas en la tierra. Abajo, junto a la entrada de las cuevas, los cuerpos de todos ellos yacían en un gran charco de sangre.

—Esto es obra de las lobas. Venganza clamada por la muerte de su reina —apuntó Iris.

—Creía que las hijas de la luna eran valerosas guerreras, esto es cosa de salvajes —apuntó Atenea y, posando la mano en el pelo de una de las cabezas, le bajó los párpados de los ojos y se giró hacia ella esperando respuesta.

—¿Qué esperas cuando tu ejército amputa senos y quema vivas a niñas y ancianas? —contestó Iris.

Un tenso silencio recorrió la fría mirada de Atenea.

—No hay guerreras acampadas aquí, no habrá batalla —aseguró Clearco—. Seguirán atacando desde la distancia, amparadas en la oscuridad. Pero ahora podremos impedirlo, desde las lomas podremos avistarlas sin peligro, no podrán acercarse sin lucha cierta.

—Entonces, no volverán, al menos esta noche —afirmó Atenea.

Iris la miró y negó con la cabeza, dando certeza a sus palabras.

—Nos han dejado las cabezas para que nuestros hombres teman a donde van. Cansados, el temor a ser atacados y quedar de tal forma malparados nos les dejará conciliar el sueño —aseguró la divina aquea.

—¡Rápido! Enterrad los cuerpos, las cabezas. No quiero ver ni un cadáver en la zona, detened la columna, que descansen el tiempo necesario antes de acampar en el valle, pero que no vean este horrible escenario —ordenó Clearco, apremiando a sus hombres.

Pero la voz de la matanza recorría, de boca en boca, toda la columna aquea. Los soldados alzaban sus cabezas tratando de ver, inquietos...

SACRIFICIO

—¡Tribada! —exclamó Hipólita con la llegada del nuevo día.

Ante ella se abría una quebrada donde el verde desplazaba al abrumador Desolado. Allí encontró a las lobas de Ainia, junto a las guerreras de Tribada, esperándola. Eran mujeres vestidas de finas telas y tiras de fieras, de pantalones y chitones cortos, con sandalias y borceguines. Sus pelos eran en unas cortos, de puntas tintadas en diferentes colores; en otras largos, caídos sobre las espaldas hasta la cintura.

—Antianira, ¿se halla todo dispuesto? —preguntó, saltando del lomo de Zaino, acompañada por Esmirna y Pentesilea.

—¡Todo se halla dispuesto, divina reina! —exclamó una gallarda mujer, de aspecto delgado y ojos verdes; de grandes tatuajes y pelo corto, de punta, con mechas azuladas.

Hipólita volvió la vista hacia ella, la cual continuó con sus palabras.

—Mi nombre es Evainia, muerta Empusa, estoy al mando de tus valientes de Tribada. Equidna y Antianira nos hablaron de paz entre hermanas y puso en nuestro conocimiento el peligro que mal nos acecha. Mas no comprendo por qué hemos de dejar Tribada a su suerte.

—Para vivir, solo para ello —respondió Hipólita.

—¿Y los machos?

—¿Machos? ¿Los teucros de Laomedonte?

—No, son los hijos de Poseidón. Acompañan a Andrea y luchan por nuestra suerte. Se llevaron y protegen a las niñas y a las ancianas, a las madres y sus bebés, en la seguridad de los bosques, camino hacia Hatussa, tal y como era tu voluntad.

—¿Los hijos de Poseidón? ¿Cómo es posible? —preguntó Hipólita, atónita, sin poder esconder su sorpresa, su interés por saber.

—Un rey atlante los trajo hasta aquí.

—Entonces... ¿No son teucros los que atacaron la columna aquea?

—No, son los hijos de Poseidón. ¿Podemos confiar en ellos?

Hipólita quedó muda. Una sonrisa perpleja iluminó su cara por un momento antes de que asintiera. Acto seguido pasó su mano por un ojo, restregándose lentamente y lanzó un pequeño suspiro negando con la cabeza.

—Sí. Si luchan por nosotras y mueren por nosotras, podemos confiar en ellos; y no son vulgares machos, sino hombres en verdad —contestó Hipólita.

—Mi divina reina, trataron de rescatar a Ainia —dijo Imperia, saliendo ante ella con lágrimas en los ojos, acompañada de Europa y Empusa.

—¿Está presa?

—La han matado.

Hipólita sintió como una puñalada en su corazón y cerró los ojos bajando la cabeza; poco después irguió su rostro y se mostró firme.

—Debíais guardar el paso de las nuestras hacia la seguridad de Hatussa... ¿Qué haces aquí? —se dirigió con ímpetu a Imperia.

—Andrea las guía, con Gadir como escolta. A salvo se hallan lejos de la batalla. No es precisa mi presencia. Así pues, a luchar vengo. Es mi destino ser brava en la defensa de mis hermanas —contestó, sorprendida por el tono represivo de la pregunta.

—¿Y ella? —le preguntó, señalando a Empusa, tras un gesto maternal de enfado.

Imperia no contestó al momento, solo estiró los labios mientras pensaba que no era buena idea dejar a esa muchacha muda cerca de su amado leñador.

—Quiso venir... con Europa —contestó al final.

—Descansa de la batalla, divina reina, el día avanza —dijo Europa, con la belleza de su juventud, y se acercó y acarició la cabeza de Imperia—. Mejor será que vuestras guerreras descansen sus cuerpos cansados, que recobren el resuello, falta les hará.

—¡Europa! Creía que lejos andarías de esta guerra de mortales que en nada te conviene —apuntó Hipólita—. Mas me hallo gratamente sorprendida de verte aquí, entre mujeres valientes que no temen su destino.

—Pronto partiré hacia el norte, sabes bien que no soy mujer valiente, sino divina cauta —le respondió Europa, que se volvió llevándose consigo a Imperia.

Hipólita observó a la joven Europa y dio por sabias sus palabras.

—Descanemos, pronto necesitaremos de todas nuestras fuerzas —expuso a sus guerreras. Luego, se volvió con curiosidad hacia un grupo desconocido de mujeres quemadas por el sol, harapientas y consumidas.

—Son desfavorecidas, huidas de los campamentos aqueos y llegadas desde las aldeas asaltadas. Arrastran hambre, sed y pena; muchas han muerto en el Desolado, abrasadas por el sol —dijo Antianira—. Las trajimos aquí, solo cuentan horrores, vienen a luchar, a morir...

—Mañana será un día duro, debemos estar preparadas y cuidar el descanso de Marpesia, llegará con el anochecer —aseguró Hipólita.

En ese momento, una de aquellas mujeres demacradas clavó los ojos en ella, mientras acariciaba el filo de una daga. Kivell, la buena posadera de Lesbos había hallado a su presa.

—Los hijos de Atenea alcanzarán Tribada en apenas dos lunas, no más. Pero les hemos hecho daño, podemos vencer —expuso Pentesilea.

—Sin apenas agua ni víveres, ahora el Desolado será su mayor desafío —apuntó Esmirna.

—No es suficiente. Evitaremos el cuerpo a cuerpo, mientras podamos, pero tendremos que retenerles lo posible en Tribada. Hay que evitar que lleguen a Temiscira. La suerte de esta guerra está por decidir —añadió Hipólita.

El día pasó entre preparativos y sueños. La caballería de Marpesia llegó al anochecer tal como se esperaba, dando cuentas. Caída la noche, fortalecida la guardia, las valientes mujeres fueron a descansar, inquietas, sabían que a los sumo en dos días las tropas aqueas que superarán el Desolado llegarían hasta ellas.

Pensando en arrancarle el corazón, Empusa acompañó al lecho a Imperia, que triste y conmovida andaba por las palabras de Hipólita. Las dos jóvenes habían permanecido siempre juntas desde que llegaron a Tribada, como hermanas. Imperia, viéndola inocente e indefensa, había abandonado su actitud hostil hacia ella, incluso le abría con frecuencia su confuso corazón, si bien la mantenía siempre lejos de su amado leñador.

—Parece que no me quiera a su lado. Desde que llegó Íbero se empeña en mandarme lejos de la batalla, en protegerme como si fuera una niña. ¡No me gusta que me hable así!

Decidida, dando cortos y suaves silbidos, Empusa parecía acompañarla en su pesar mientras ocultaba la daga que un día robara a la capitana tracia. Sin alcanzar a comprender lo que sentía, deseaba a ese joven que era presa del amor de Imperia.

—Yo soy guerrera, hija de la luna. Mi pueblo está en peligro, debo luchar y lucharé, nadie ha de decir de mí que cobarde huí de la guerra —aseguró Imperia y, por un momento, miró a Empusa, que asentía dándole la razón—. Pero qué sabrás tú de guerras, doncella humilde eres y no comprenderás mi pesar. Son mis hermanas, ¿cómo voy a permanecer alejada de la batalla?

Empusa deseó matarla, deseó abrazarla... Indecisa, quedó vencida, tumbada a su lado, con la daga oculta bajo su mano.

—¿Amas a Íbero? —preguntó de pronto Imperia.

Un delicado silbido, que en nada respondía, salió de la boca de Empusa.

—¿Qué será del valiente Laomedonte? —preguntó Imperia.

¿Laomedonte?, se preguntó Empusa.

—He sido una inconsciente. Lo siento. Mañana mismo, en cuanto salga el sol, regresarás tras los pasos de Gadir, lleva las nuevas de cuanto acontece y ponte a salvo. No eres guerrera, no deberías estar aquí... Muchas moriremos. Si caigo, marcha a Occidente con Íbero, cuida de él, sé que le amas y él te hará feliz.

Empusa la observó y notó cómo buscaba su cintura y la abrazaba; y vio cómo acercó su cara hasta sentir en sus labios un cálido beso. Acto seguido, Imperia se volvió y se dispuso a dormir. La guerrera hecha doncella quedó con los ojos abiertos y la boca desenchajada, meneando de lado a lado la mandíbula, desconcertada.

Y supo por qué Íbero prefería el calor de los besos de aquella joven en vez de los de ella.

—La mataré —pensó soltando la daga bajo el lecho.

En las habitaciones del palacio de Tríbada, donde un día reinara Mirina, Hipólita descansaba fijando su vista en la extensa bóveda de estrellas que cubría el inmenso desierto. Una suave brisa llegó hasta ella, seguida de un fuerte aroma de menta y regaliz, y notó una presencia.

—Dime, Europa, tú que eres sabia y poderosa, ¿podré con Atenea?

—Solo una divinidad podría acabar con ella, ¿lo eres? —le contestó, acercándose y ofreciéndole una infusión tibia.

—Solo soy Hipólita. Bien lo sabes. La esposa de un buen hombre, llamado Gadir. La madre de mis amados hijos, el pequeño Gadir y la traviesa Armonía... No soy divina, solo mujer —dijo con preocupación y levantó la vista hacia la luna.

—Tu belleza es como la de ella —aseguró Europa, señalando al cielo—. La luna tiene un lado oculto en el que habita la pasión y el poder. Como tú. Aunque estés maldita, quizás seas divina.

—¿Nos acompañarás?

—Pronto marcharé...

Las dos mujeres bebieron de sus cuencos en silencio, observando la lejanía. Hipólita agachó la cabeza con denotada pena y emitió un leve suspiro. La vieja Europa dejó de beber y, temblorosa, tomó su bastón apoyando en él sus delgados brazos.

—¿En qué piensas? —preguntó Europa.

—En Ainia —respondió Hipólita.

—Muerta está. ¿Temes acabar igual?

—No. Fuimos grandes amigas en nuestra más tierna infancia, olvidadas por el tiempo y unidas por la tragedia. Me hubiera gustado tanto conocerla mejor. Fue gloriosa guerrera, merece sepultura digna de una reina, no ser carnaza de perros.

—He de marchar, tengo una cita que no puede esperar. Pronto regresaré a las tierras del norte, mi hogar. Es mi deseo que Sarko me acompañe...

—Sí, me alegra. Solo muerte encontrará en esta guerra que no es suya. Es un buen hombre y tú una buena mujer, aunque seas divina.

Europa se alejó dejando a la reina absorta con la luna; con una mirada aceleró su paso, tratando de dejar atrás aquella tentación que la asaltaba cada vez que veía el rostro de Hipólita, cada vez que veía el destino de sangre y muerte que esperaba a aquella valerosa mujer.

Hipólita se tumbó para descansar y pensó en Gadir. Tenía tantas ganas de verle, de estrecharle en sus brazos, de sentir el roce de su piel...

Mientras la vieja Europa se dirigía decidida a la estancia de Imperia, una sombra ligera, de rápidos pasos y lentas miradas, recorría el pasillo con sigilo, esquivando la guardia y apretando firme el mango de un largo cuchillo. Entre recodos y portales, llegó a la habitación de Hipólita. Entreabrió la puerta y penetró en el más puro silencio, alzando la mortal hoja.

Apenas había andado dos pasos, cuando una afilada hoja de bronce le hizo presa en el cuello mientras una mano tiraba de su cabello hacia atrás. Y volvió su mirada sabiéndose descubierta.

—¡Kivell! Pero, ¿qué haces aquí, te has vuelto loca? —susurró Deyarina.

—¡Deyarina! ¿No estabas muerta?

Las dos mujeres salieron de la habitación. Deyarina sin soltar su presa, Kivell aguantando la respiración. Conforme se cerró de nuevo la puerta, Hipólita volvió la cabeza y observó girar la manilla. Fijó su vista a través del ventanal, al infinito, y sonrió satisfecha.

* * *

Atenea, pálida como la blanca luna, avanzaba hacia su tienda erguida en un extremo del campamento, alejada de los soldados. Portaba una pequeña tea que apenas alumbraba el camino, embargados sentimientos de pena cubrían su corazón humano. Dejaba atrás el cadáver de Ajax, limpio y cubierto de telas, con su larga capa púrpura imperial, preparado para las exequias. Había estado velándolo toda la noche. Con la amargura en su rostro y la ira contenida en sus ojos luchaba

por mantenerse firme. No bastaba con ser divina, también debía parecerlo. Entró y dio fuego a la lámpara de aceite en el interior de su tienda y, sorprendida, dio un paso atrás.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves a entrar en mis aposentos? —preguntó tirando hacia delante la tea, buscando ver.

Sentada en su lecho, una curva femenina encorvada, con un bastón y cubierta con una gruesa capa y capucha, la esperaba en silencio. La mujer se descubrió lentamente de la penumbra.

—¡Europa! Vieja loca, ¿acaso buscas a la Parca cierta? —espetó Atenea.

—Vengo a rescatar el cuerpo de Ainia, la Loba de las estepas, en manos impías cayó su cadáver. Déjame que la lleve conmigo y le dé dignidad.

La diva aquea dejó su yelmo a la entrada, entre destellos ocultos por la crines que de él colgaban. Avanzó hasta quedar frente a Europa, observó sus ojos cansados, diminutos, y retrocedió ignorando su presencia. Se quitó el peto de bronce, bañado en argénteo, donde relucía al resplandor de la tea la esfinge de Medusa; y lo dejó sobre un pequeño escabel de fresno.

—¿Por qué he de hacer tal cosa? —preguntó.

—Ajax así lo hubiera querido —contestó la vieja Europa.

—¡Qué sabrás tú de Ajax! Esa loba me lo mató.

—Ajax era un guerrero glorioso, noble y con honor. No hubiera permitido el escarnio en el cuerpo de Ainia.

Atenea alzó su pica y la posó sobre un jergón de lana, se desajustó de su estrecha cintura el corraje remachado, dejándolo junto a su peto, y se descubrió de la horrorosa égida humana que portaba, gruesa y resistente como el metal. Se sentó y se desprendió de las talladas grebas y las sandalias remachadas. Estiró su cuerpo hacia atrás, dejando caer su larga melena por encima de los hombros. Dejó de ser terrible guerrera para ser frágil doncella, deseosa de crecer, deseosa de amar, de ser amada. Y se acercó de nuevo a ella, escuchando sus palabras cansadas.

—No es gloria ni honor para una divinidad humillar el cuerpo sin vida de una reina. Más aún de quien fuera temida y valerosa guerrera. Bien lo sabes —aseguró Europa.

—No has de conmover mis mientes, será pasto de perros —expuso Atenea.

—Me la entregarás pues es lo que deseas. De no ser así ya hubiera sido despedazada por Clearco y esa mujer ambiciosa llena de odio.

—Europa, ¿estás con ellas?

—No, Atenea, no. Pero tampoco con vuestra locura.

—¿Qué has de hablarme de locura? Tú que maldita eres por tus males.

—Ellas son valerosas, son honestas, son libres... Defienden lo que es suyo.

—Las mataré a todas, vengaré a Ajax. Su corazón era puro, no merecía tal muerte.

—Nadie que defiende su tierra y honor merece tal muerte.

—Lo sé. Ainia fue una enemiga digna, quizá no merezca su atroz destino. Pero, ¿acaso lo merecía Ajax?

Europa negó en silencio.

—¿Qué me puedes decir de esa mujer que llaman Hipólita? —preguntó Atenea.

—Hipólita es la hija de tu hermano, deberías temerla.

—¿Temerla? Ares engendró muchos hijos, muchas hijas; vulgares mortales. ¿Por qué ha de ser diferente esa mujer?

—Sí, Ares tuvo muchos hijos, muchas hijas. Pero ella es la única que alberga su poder, la sabiduría de Armonía y el aliento de Artemisa... ¡Es divina!

—Es mortal, hija de Ares y Armonía. El aliento de Artemisa tú se lo robaste en gran medida. Tú que deseas una vida de mortales y huiste de la Parca en cuanto notaste su aliento. Quizá deba ser temida por bravos guerreros, pero no es enemiga digna para mí.

—Quizás lo sea.

Atenea la miró fijamente. Sus ojos, como perlas negras brillando en la oscuridad, escrutaban la cara de la vieja Europa: sus facciones arrugadas y labios cortados estaban acicalados, sus prominentes cejas y su pelo lacio, blanco enmarañado de tierra roja, se hallaba limpio y compuesto.

—Te veo diferente, ¿acaso has hallado quién baile para ti? —preguntó con sorna.

—Atenea, dame a Ainia.

—Marcha de aquí antes de que mi corazón se enoje y no respete tu razón.

—Dame el cuerpo de Ainia, sus exequias os darán la paz suficiente para alzaros en Tribada sin más acoso en el camino, salvarás la vida de muchos de tus hijos.

—Sigues igual de terca, en nada has cambiado. ¡A las profundidades de los océanos enviaré tu alma envejecida por la locura!

—Te traigo un presente que sin duda te gustará.

—¡Sorpréndeme!

La vieja Europa sacudió sus brazos y dio dos palmadas, apenas perceptibles, huecas. Dos doncellas ataviadas en delicados chitones entraron sumisas en la tienda con un pequeño cofre. Ocultando su rostro, se acercaron hasta la divina Atenea y lo depositaron a sus pies.

—Descubríos, quiero ver vuestras caras —ordenó la divina guerrera.

Las dos jóvenes retiraron la tela que las cubría. Eran Imperia y Empusa, que atónitas asistían ante aquellas divinas mujeres. La mirada de Atenea escrutó lentamente el alma de cada una de ellas.

—¿Me traes el bien y el mal? —preguntó la divina aquea, ante la perplejidad de Imperia. Empusa comprendió de inmediato sus palabras y bajó el rostro, temerosa de ser descubierta.

—Son mis sacerdotisas, jóvenes doncellas que hasta tu presencia traen mi ofrenda en el justo equilibrio que da vida, que da muerte. Han de ayudarme a cargar con el cuerpo de Ainia —aseguró la vieja Europa.

—¿Cómo habéis llegado hasta mí?

—Nuestro caballos son veloces y... ¿A quién le importa una vieja tullida y dos muchachas harapientas? No somos amenaza alguna, es fácil moverse entre los sirvientes; todos saben cuál es tu tienda y nadie se acerca.

—¡Abrid el cofre!

Atenea se alzó sorprendida ante un destello sin igual.

—¡Una moneda de oro!

—Servirá para que el barquero lleve a tu amado Ajax al Olimpo, desviando sus zozobras por el Estigia. Zeus me la dio esperando mi arrepentimiento, pero no deseo vivir en la morada de tan orgullosos dioses. Entre mortales andaré y quedaré a merced de quién de mis huesos se apiade para cruzar la laguna sagrada. Y si no fuera así, mis carnes abonarán esta tierra como la de tantos otros.

—Zeus te hizo divina, pero castigó tu rebeldía condenándote a la vejez de la eterna noche... ¿Cómo pudiste rechazar el calor de un dios?

—¿Cómo pudiste rechazar el amor de Ajax? Él te amaba... ¿Y Clearco? Tú le amas.

—Bien lo sabes: no sería divina guerrera, sino hembra domada.

—Sea mi respuesta pues. Ahora quédate con mi moneda y entrégame el cuerpo de Ainia. Es mi deseo honrarla, despedirla como la valiente que fue y que pueda cabalgar con gloria por las estepas sin fin...

Tras unos momentos de tenso silencio, Atenea apretó en su puño la moneda y se volvió hacia la salida, con una mueca cómplice.

—Sea pues, vieja loca. Toma el cuerpo de la Loba y marcha con tus dos jóvenes guerreras, lobas ellas, antes de que me arrepienta y les arranque la cabeza.

Al amanecer, una enorme pira ardía entre grandes llamaradas. Atenea se mostraba orgullosa, observando cómo el ávido fuego devoraba el cuerpo de Ajax, el cual se consumía envuelto en su capa gallarda, con la moneda sagrada depositada en su mano sin vida.

—Pronto vengaré tu afrenta, Tribada me espera —susurró, estirando el mentón.

Hechas las llamas cenizas, la gran columna aquea avanzó rápido sin temor a la saeta. Fueron muchos los que quedaron en el campamento, junto a las cuevas trogloditas; heridos del venablo y la saeta mortal, para no ser lastre en la batalla. Aún así, el paso por el implacable desierto resultaba terrible. El hostil terreno se cobraba su tributo, cientos de soldados quedaban rezagados, exhaustos, sedientos y sin fuerzas en sus cuerpos quemados.

—¡Les basta el Desolado, por eso no nos atacan! —exclamó Iris.

—Peor andaríamos acechados por lobas —le reprochó Clearco.

—Llegaremos exhaustos y ellas se hallarán descansadas, en nada nos benefició que les entregara el cuerpo de Ainia.

—¡Déjalo ya!

* * *

En las escarpadas gargantas que separaban los montes Pónticos del reino de Huzzia, alejados en su camino del Desolado, Gadir avanzaba con su ejército, sombra protectora de la población de Tribada. Se sentían seguros, a salvo del terror aqueo; habían llegado hasta las altas quebradas del río Termodón sin novedad.

—Cruzando el puente están las sendas que alcanzan la milenaria Temiscira y los pasos hacia la polis de Hatussa, hemos llegado —aseguró Sria—. Las mujeres de Tribada ahondarán en territorio hitita, nadie se atreverá a seguirlas. Yo marcharé a Temiscira para organizar las defensas, que quieran las diosas que no necesitamos; os dejaré a dos leales que os llevarán de regreso hasta vuestra amada, nuestra reina, en Tribada...

De pronto, una larga pica atravesó el vientre de Sria, que cayó de bruces salpicando la hojarasca con su vida, que se le escapaba a borbotones.

—¡Una columna aquea! ¡Nos atacan! —exclamó Gadir, alzándose sobre su caballo.

—¡Malditos, ya están aquí! ¿Cómo puede ser? —preguntó Tarss, mientras Isis y Maat atendían la agonía de la valiente Sria.

—Deben haber rodeado el Desolado. Han dividido sus fuerzas, seguro que no esperaban resistencia en Tribada ¿Para qué hacer pasar a todos sus hombres por el terrible desierto? —apuntó Gadir.

—¡Vamos, vamos! ¡Crucemos el puente, rápido! —gritó Tarss.

La avanzadilla aquea inició un despiadado ataque sobre las mujeres de Tribada que, sorprendidas, morían en la retaguardia. Gadir desató su furia y la caballería atlante frenó el ímpetu aqueo, defendiendo el paso por el puente mientras el pueblo huía de las picas de muerte, cruzando las maderas que unían los dos cortados.

El grueso de la formación aquea llegaba bramando su ira y, en aquel espacio reducido, las formaciones de caballería de Tarss y Marco apenas podían maniobrar tras la brutal carga, perdiendo su ventaja ante el número. Los aqueos lancearon los caballos, que caían derrumbando a sus jinetes entre relinchos de muerte. Aqueos y atlantes se enfrentaron en una batalla sangrienta donde el bronce destrozaba cuerpos envueltos en gritos de horror y gloria.

—Las mujeres están a salvo, han cruzado..., vamos —ordenó Tarss, retirando a sus hombres de la batalla a través del puente.

—¡Cortad las cuerdas! —exclamó Gadir, cruzando a galope, el último.

Tarss tomó su hacha y, de un fuerte golpe, liberó la soga del primer asta. El puente se balanceó cuando el bronce hirió su muslo. Tentando a la suerte, Marco le rescató de una muerte segura, poniéndolo a salvo de las poderosas picas que buscaban su vida. Gadir quedó al trote, observando cómo los aqueos comenzaban a cruzar.

Una larga lanza se hundió en el costado de su montura, que cayó de lado con un agónico relincho mientras él rodaba por el suelo. Entonces vio una imagen clara como el día: Zeus gritaba odioso entre las huestes aqueas, bramando su victoria, y Poseidón marchaba penoso entre las desplazadas de Tribada, extendiendo su mano en agonía. Recordó aquel sueño y su promesa de sacrificio. Se levantó y corrió entre la lluvia de picas que llegaban hasta él, viendo acercarse a los aqueos, atravesando el puente. Y alzó su espada contra las gruesas cuerdas que unían las dos orillas.

—¡Vamos, déjalo, ponte a salvo! —gritó Tarss.

Gadir volvió la vista sobre los aqueos. Si no cortaba esa cuerda, lograrían atravesar el puente y caerían sobre aquellas indefensas mujeres, ancianas y niñas. Hipólita no se lo perdonaría, pensó. Debía cortarla, era su deber, suerte y pago.

—¡Poseidón, acepta ésta, la vida de tu fiel hijo, y calma la ira de Zeus, pues en paz estamos! ¡Sea mi sacrificio vida para los míos! —exclamó.

Y golpeó con su espada, por tres veces, las gruesas cuerdas que la asían, notando el calor del enemigo, su cercanía, sus gritos.

Las cuerdas cedieron con el brutal golpe, la espada se quebró y el puente se derrumbó llevándose al abismo parte de la columna aquea. Gadir se volvió para regresar con Tarss que, herido, galopaba veloz hacia él para recogerle en su montura.

Un venablo golpeó su yelmo, haciéndolo saltar al aire y rasgando su cabeza con un profundo corte que le levantó un jirón del cabello. Conmocionado, Gadir cayó hacia el vacío de la profunda quebrada, envuelto en un profundo sopor mientras notaba en su rostro el

calor de la espesa sangre que lo inundaba. El brazo de Tarss se estiró y, por leves segundos, no pudo alcanzarle. Sus dedos se rozaron.

Gadir cayó en la altura, azotado por las anchas ramas de altos abetos que nacían a pie del acantilado y que laceraban su cuerpo, pero amortiguaban la velocidad, llegando a frenarle en instantes precisos, como si la palma de una mano le protegiera. El impacto contra el suelo soltó su coraza ante la inquieta mirada de Tarss y Marco. Mareado, trató de erguirse y quedó de rodillas entre los cuerpos de docenas de aqueos destrozados por la caída al vacío, viendo como muchos otros eran vencidos y arrastrados por la corriente del río.

Desde la cima, los aqueos le lanzaron sus picas. Gadir tomó una lanza aquea del suelo y corrió dando trapiés hacia la apertura de una gruta que vio cerca, a pie de la quebrada, y se introdujo de un salto. Las mujeres de Tribada, a salvo de las ambiciones aqueas, le cubrieron descargando una lluvia de flechas sobre el lado contrario de la quebrada, matando y alejando a sus enemigos de la vertiente.

—¡Gadir! ¡Gadir! —gritó Tarss, con desespero.

Su rostro quedó mudo y temió por la vida de su rey cuando, en la distancia de la altura, vio a un fiero león de enorme melena negra y a una leona aparecer en la boca de la cueva por la que había entrado, con los rostros manchados de espesa sangre y dando portentosos rugidos.

* * *

En el ágora de Tribada, la ciudad perdida de las hijas de la luna, Hipólita contemplaba a sus fieles que, alrededor de una inmensa hoguera, rendían tributo a Ainia, reina de las estepas sin fin. El cadáver de la Loba gloriosa, lavado y perfumado, se hallaba ante ella en un altar de piedra vestida de guerrera. Sacó la daga de su funda y le cortó un mechón de su largo cabello rubio. Ninguna de las fieles sabía qué pretendía, solo Europa; que joven ante la luz del día se posó a su lado.

Hipólita le sonrió agradecida por su gesto, ahora podría darle digna sepultura a su amiga y reina. Retiró del cuello inerte de la Loba el mechón de Evenor, que en vida la acompañó siempre, y unió ambos formando una trenza, rubio sobre moreno, moreno sobre rubio; y la cortó en su mitad. Puso en las manos de Ainia una de las mitades y las cerró; la otra mitad la posó dentro de un pequeño cofrecito de madera que entregó a Europa.

Europa se alejó, dejando a Hipólita con notable pena y la vista posada en la cara de Ainia, mientras guardaba su daga. Las guerreras le abrían camino, observando sus pasos hasta la fragua. Asió el molde

de una flecha y preparó el fuego donde hervía la piedra fundida, oro líquido. Abrió el cofre y sacó la trenza. Tomó una arista de cobre y realizó un pequeño corte sobre su dedo índice: varias gotas de sangre cayeron sobre la trenza. Acto seguido, la introdujo en un cuenco de resina cristalina y la moldeó hasta que quedó totalmente envuelta en ella. Después vertió una pequeña cantidad de oro líquido en el molde y posó sobre él, en su centro, la trenza hecha una pequeña y alargada bola, cerró el molde y lo colmató. Miró a Hipólita en la distancia mientras introducía el metal con una larga pinza en agua fría. Una diminuta neblina se alzó con un sonido sofocado.

—Ya está —susurró, apretándose el dedo índice, herido, con el pulgar.

Sacó el molde del agua y lo abrió, despacio, posando su mano al lado; y la punta de una flecha de oro cayó en ella. La miró al trasluz de la llama y limó sus asperezas, dándole filo hasta hacerla perfecta. La apretó fuerte y sonrió con orgullo, la introdujo en el pequeño cofrecito de madera y regresó junto a Hipólita.

El cadáver de Ainia fue depositado en una profunda tumba cavada en la misma plaza, frente al pequeño palacio de Mirina. La divina reina llamó a su capitana y tomó el cofrecillo de la mano de Europa.

—Toma, mi noble Deyarina...

—¡Mi señora! —respondió sorprendida.

—Has conocido mucho mundo, participado en cientos de batallas y amado en la adversidad, siempre fiel. En tu corazón dejaré la custodia del mayor de mis deseos para las hijas de la luna.

—Así será, de orgullo me llenas —asintió, sin dejar de lado su atónita cara.

—Saldrás al alba hacia Temiscira, con mi guardia. De allí partirás a las estepas sin fin, en busca de la pequeña Hipólita, hija de Ainia. Le entregarás este cofrecillo, con la punta de la flecha que contiene la fuerza y la sabiduría de sus padres y la sangre divina de Europa. Serás su sombra y espada, su madre y maestra. En tu alma de guerrera y mujer confío su cuidado, su amor y aprendizaje, pues ha de ser reina madre, un día —le ordenó Hipólita.

Un silencio colmó todo el ágora. Deyarina tomó el cofrecillo, sabiendo la importancia que aquellas palabras tenían y la confianza que su reina depositaba en ella.

—Mañana nos enfrentaremos de nuevo al horror aqueo, debemos pararles lo suficiente o caerán sobre Temiscira —continuó Hipólita—. Muchas de nosotras acompañaremos a la reina Ainia, muchas moriremos. Solo aquéllas que lo deseen y no teman a la muerte cierta, deben quedarse. Las demás partirán al norte, hacia Temiscira, para reforzar sus defensas y proteger la suerte de nuestras hermanas. Tras

la tormenta, solo la inocencia de una reina joven, valerosa y noble podrá reunificar los cinco reinos de las hijas de la luna.

Hipólita miró a los ojos de Lysippe, Esmirna y Pentesilea; de Marpesia, Evainia y Antianira. Luego, dirigió la vista hacia todas aquellas mujeres que permanecían en silencio, llenando el ágora, observándola emocionadas, escuchando sus palabras.

—La pequeña Hipólita es primogénita de la reina Ainia, hija de la gran Cibele —continuó—. Pero también es hija de Evenor, rey de reyes de Atlanta, hijo de Poseidón. Su sangre es divina, los dioses guiarán sus pasos con nobleza y rectitud, con honor y gloria.

Deyarina abrió el cofrecillo y el destello de la punta de oro inundó sus ojos; en ella, unas marcadas vetas rojas, la sangre de Europa, marcaba sus afilados cantos.

—Lysippe partirá contigo, en ella te apoyarás. Ahora ve con tu amada y despídete, pues marcharás al alba en busca de la pequeña Hipólita y a ella servirás hasta la muerte.

La comandante asintió con cierto rubor, intrigada por la sabiduría de Hipólita sobre su amor secreto, y desvió la vista hacia Esmirna; la cual le sonreía satisfecha por la confianza adquirida, lo que le daba poder absoluto, una responsabilidad cierta y la alejaba de la cruel batalla.

—¡El enemigo está a las puertas, mañana será un gran día! —exclamó Hipólita, dejando caer sobre la tumba el labrys de Ainia y un puñado de tierra.

—Los aqueos sufrirán nuestra ira —añadió Antianira lanzando un arco y numerosas flechas en la tumba, satisfecha por las palabras de Hipólita.

Le siguió Equidna, Lysippe, Esmirna, Pentesilea, Marpesia, Evainia e Imperia dejando presentes y palabras dichas de honor y gloria. De los cientos de mujeres, ninguna decidió marchar a Temiscira y todas pasaron ante el cuerpo sin vida de Ainia lanzando un puñado de tierra. Entre ellas Empusa, que permanecía alterada por los acontecimientos, viéndose apartada como vulgar doncella siendo gran guerrera.

—¡La Madre Tierra te espera! ¡Cibele, he aquí tu hija! —exclamó Europa, aún en la juventud que le otorgaba el día.

Después lanzó una moneda de oro sobre el cuerpo sin vida de Ainia, con una triste sonrisa. Entonces, un enorme crujido resonó en el ágora, la tierra tembló por un instante y la multitud exclamó al cielo su llanto, alzando sus armas, chocando sus petos y escudos; mostrando su pena y su ira mientras la tierra se tragaba el cuerpo de la Loba como si una fuerza superior hubiera tirado de ella hacia abajo.

—Cibele te reclama, marcha pues con tu amada madre —susurró Hipólita.

Caída la tarde, la guerreras de Tríbada se preparaban, cada cual a lo suyo, revisando armas, petos y caballos. Alimentando esperanzas y fuerzas ante el nuevo día.

—¡Deyarina! —exclamó Kivell acercándose a ella con premura.

—Marcha a Lesbos, no eres guerrera; mañana correrá la sangre en demasía y tu amada Ermis te espera. Nada ganaremos quedándote aquí —le dijo Deyarina.

—Volveré a Lesbos o lucharé, no sé... Tras tus ciertas palabras que abrieron mis ojos anoche, sé que debo contarte algo. Yo nada puedo hacer, quizá tú sí.

Las dos mujeres hablaron sin percatarse que la sombra de Empusa se hallaba tras ellas. Y ésta pilló la muñeca de Imperia, rogándole el silencio con un dedo en sus labios.

—Iris capturó a un teucro y le reventó los dedos hasta que contó todo lo que había que contar y mucho más. Aseguró que la reina Eurídice le mandó un ruego a Hipólita: «Tú que también eres madre, dejad marchar en libertad a mi amado hijo, ese es mi ruego»...

—¿Y...? Me estás poniendo nerviosa.

—Iris se sorprendió mucho de que la divina reina fuera madre. Mandó a buscar a Hécate y a Némesis para que ajusticiaran a los hijos de Hipólita, no permitirá que su estirpe sobreviva. Una hecatombe de cien bueyes bastó. Los quiere muertos. Ya sabes cómo son esas dos impías y lo que ello significa, los hallarán y les arrancarán las tripas. Lo harán.

En ese momento, Deyarina volvió la vista sobre la esquina y vio a las dos muchachas. Las cuales, alzaron su vista ante ella. Por un momento se hizo el silencio.

Mientras, Hipólita se dirigía hacia sus dependencias, acompañada por Europa, ya envejecida con la caída de la noche.

—Si haces frente al ejército de Clearco, todas moriréis —dijo la anciana.

—Lo sé. Resistiremos hasta el último momento, luego huiremos. No puedo permitir que lleguen hasta Temiscira en busca de ese maldito oro. Muchas caeremos, pero nuestro fin será el de los aqueos. Espero que Antiope logre llegar hasta el rey Huzzia con el mensaje de Esmirna, le daremos tiempo para que llegue con su ejército imperial.

—Muy segura estás del rey hitita. ¿Crees que desplazará su ejército por Esmirna? Yo lo dudo...

—Lo hará. No sé si lo hará por Esmirna, pero el rey de un imperio no puede permitir que un ejército extranjero deambule por sus reinos robando y matando. Sería semilla abonada para que otros pueblos invadan sus tierras. No tiene más opción. Cuando todo acabe, marcharé en busca de Menalipa a la tierra de los faraones.

—¿Sin el oro? ¿No irás a buscarlo?

—No creo que el oro esté en Lesbos estando aquí Iris. No está en Ilión, ni estaba en esa caravana maldita, ni está en Tríbada y menos en Temiscira. ¿Dónde estará ese oro? Sabes, creo que tengo la respuesta y es tan simple que me horroriza: no hay tal oro, nunca lo hubo.

—¿No hay tal oro? —preguntó Europa.

—Creo que nunca existió, todo fue un engaño orquestado por Iris que le dio gran poder ante la ambición que ella mismo despertó.

—Espero que los dioses sean indulgentes, que Antíope llegue a tiempo y el gran Huzzia la escuche. Solo así, algún día podrás saber.

—Mañana marcharás al alba y te llevarás a Imperia y a su amiga muda. Son tan jóvenes. No quiero que mueran, tienen un futuro lejos de aquí...

Capítulo 23

DE ILIÓN A TROYA

Desde las altas murallas de la bien amurallada Ilión, el príncipe Laomedonte observaba la gran llanura que se extendía hasta el mar. Sus tierras saqueadas, sus mujeres violadas, los hombres muertos. Las naos aqueas permanecían atracadas, con sus guarniciones; como inquietante recuerdo, como veraz burla ante su poder. El cielo azul del amanecer bañaba su cara de angustia, en sus pensamientos no había derrota ni sometimiento ante tamaña ofensa. Las gaviotas revoloteaban sobre los cadáveres de cientos de campesinos asesinados, riendo como sátira constante.

—Sé lo que piensas hijo, pero ello no nos traería más que peores dichas. Los aqueos desembarcaron y todo arrasaron. A salvo quedaron los que pudieron guarecerse tras nuestra murallas, nada podrán contra nosotros —apuntó piadosa Eurídicie.

—Madre, mi alma se revuelve en mi interior. La vergüenza me atormenta. ¡Hasta los dioses lloran ante nuestra cobardía! —aseguró Laomedonte.

—No es nuestra guerra —asintió la reina, con cierta pena—. Tu padre...

—Mi padre agoniza en la cama lo que no supo guardar en la batalla, lamento no haber llegado antes —aseguró el príncipe, sin desviar la vista de aquellas naves—. La divina Hipólita me aseguró que no habías perdido tus raíces, las semilla de Ilión... ¿Qué fue de ella?

—¿Mis raíces? —preguntó extrañada.

—He recorrido el Ponto al lado de la divina reina de las hijas de la luna, apenas unos días; pero vi más honor y gloria que en toda mi vida entre la bien amurallada Ilión. Y en verdad son lobas, pero luchan contra chacales y razones no les faltan. No se esconden ni se humillan, luchan por lo que son, todas juntas como hermanas... ¿Cuándo haremos eso nosotros que de dioses nos colmamos?

La reina Eurídicie bajó la cabeza, sin palabras.

—¡Mi señora, el rey! —gritó un capitán de la guardia.
—¿Qué ocurre? —preguntó.
—Se muere, los médicos reclaman vuestra presencia... No verá el amanecer.

Ese mismo atardecer, miles de guerreros de Ilión formaban en el ágora de la ciudad. Laomedonte, coronado rey les saludaba como esperaban. Los pilares de la polis vibraban con cada palabra de aliento, de honor, de justicia, lanzada contra un enemigo: los hijos de Atenea.

La reina Eurídice velaba el cadáver de su marido Ilio, con lágrimas en los ojos, consciente de lo que significaba aquello. Aunque nunca apoyó las ideas ambiguas de su rey, en especial el apoyo prestado a la reina Iris de Lesbos contra la bondadosa Menalipa, sabía que habían sido sus argucias las que habían mantenido la polis a salvo de grandes guerras y males. Pese a lo que ella y su hijo Laomedonte pensarán, ello había significado la vida para miles de personas. Pero también era consciente de que el día señalado en que parar la osadía de los aqueos llegaba, el tiempo de paz había expirado con la última exhalación de su marido.

—¡Hijos de Zeus! ¡Mi padre, el rey Ilio, ha muerto! —exclamó Laodemonte—. Con él muere Ilión por siempre, nuestra vieja polis. Pero nuestra amada villa, aquella fundada en tiempos de dioses y titanes por la gran Mirina; hermosa y poderosa ciudad, tal y como la concibieron Zeus y Elektra; la bien amurallada, que el mismísimo Poseidón hizo infranqueable..., renacerá en las tierras de la Troade. Con el nuevo día Ilión será Troya, hogar de todos los troyanos. Y lo primero que haremos es decirles a esos invasores que esquilman nuestra tierra, que mancillan a nuestras madres, mujeres e hijas; a los que venden y asesinan a nuestros hijos..., a los que avergüenzan a nuestros padres y antepasados... Les diremos que esta tierra es Troya y morirán, porque ya no seremos, por nunca más, amigos de nuestros enemigos, de aquellos que nos roban, humillan y matan. ¡Somos hombres libres! ¡Por Zeus! ¡Que así sea!

Un gran estallido de voces colmó el ágora, resonando el bronce de petos, escudos y picas por encima de las murallas; alertando a las naos aqueas, que con expectación asistían inquietos a las nuevas que llenaban el aire. Una multitud de gentes llegaba a la ciudad sin parar, en carros, a caballo, a pie, sobre bueyes, a brindar sus respetos al nuevo rey y eso no les resultaba propicio. El grueso del ejército aqueo marchaba lejos, a las órdenes del general Clearco; en el improvisado puerto solo quedaban las guarniciones de las naos y las riquezas robadas.

—Mi querido hijo, has regresado hecho un guerrero de honor — le dijo Eurídice, cuando le vio entrar al velatorio, escuchando desde el ágora las bravatas desatadas por el discurso, arenga de una nueva vida—. Un día lloré tu marcha, a la guerra ibas, decidiste un bando, el más débil, pero era el correcto y luchaste junto a la divina Hipólita. Murió el niño, nació el hombre y hoy eres rey. La saeta de Apolo se llevó la vida de tu padre Ilio y la espada de Ares me ha devuelto a mi hijo. Haz lo que debas como rey. Yo no he de llorar de nuevo tu marcha, sino honrarla y agradecer a los dioses cada día que, tras la batalla, vuelvas a mis brazos.

—Madre, sabes bien mis intenciones... Pero también he de decirte que conocí a mi reina, aquella que quiero me acompañe en el trono. Es una maestra para mí, con ella aprendí mucho de la vida; es sencilla y humilde, guerrera con temperamento, bondadosa, mujer y niña... hermosa.

Eurídice sonrió dentro de la pena que la embargaba y tomó del brazo a su hijo Laomedonte, esperando impaciente que le presentara a la mujer que había llenado su corazón. Fallecido su esposo, no le importaba más que la felicidad de su hijo y salieron de aquella estancia oscura, donde permanecía el cuerpo de Ilio, acompañado por varios monjes a la luz de dos teas.

—Está en lucha y mi alma sufre por ella, ni tan siquiera sé si vive o si el infortunio cayó sobre ella. A su lado conocí el valor, el honor y la gloria... Sin duda ha de ser mi reina, pero ¿he de ir a buscarla?

—¿Lucha al lado de la divina Hipólita? —preguntó Eurídice, para seguir sin esperar respuesta—. Seguro que es aquella joven tan hermosa que nos visitó y alteró tu ego, ¿cómo la llamaban? Imperia, creo...

—Sí, madre... Ese es su nombre de guerra, más desconozco si tuviera nombre de persona.

—Si es tu maestra, Leucide debería llamarla.

—Mi señor —interrumpió el capitán de la guardia—. Los correos han llegado, nuevas traen, que de interés son sin duda.

—Decidme...

—Las tropas de Clearco abundan en el Desolado, pero han sufrido duro el ataque de las lobas en la distancia. Todo indica que en Tribada se dará la gran batalla, pues las reinas de todas las patrias de las hijas de la luna allí se han reunido con la divina Hipólita.

—Pueden vencer, estoy seguro... Marcharé, sin duda necesitarán de mi ejército.

—Pero... ¡Dejarás desprotegida Ilión!

—No madre, Troya está bien protegida..., nuestro ejército es tan valeroso como el suyo. Y para tu agrado, he de decirte que se acabó vivir con miedo, grandes sacrificios he de hacer y, con la ayuda de Apolo

y Poseidón, alzaremos las murallas aún más, hasta hacerlas inexpugnables hasta para los dioses.

—Decidido te veo, hijo... A Cibele y Artemisa mis plegarias como reina madre he de ofrecer, si bien hace tiempo que nadie sabe de ellas.

—Ahora es el momento, no esperan nuestra ofensiva. Esos hombres vinieron en busca de oro, nada se llevarán. En vez de ello, nuestro será el tesoro que albergan sus naos, vilmente saqueado de la siempre altiva Cnosos y en tantas otras polis como villas —expuso Laomedonte.

—Hay más señor, las nuevas de tierras de faraones anuncian la muerte del faraón Ahmose; la reina Menalipa es libre...

* * *

Rompiendo las bravas olas, la quilla de una pequeña embarcación egipcia de dos mástiles, empujada por el fuerte viento del sur, se incrustó en la playa. Más allá de un tercio del astillado casco quedó preso en la uniforme superficie de arena y piedra. En la cubierta y los palos, decenas de saetas y venablos permanecían clavados en la noble madera, testigos mudos de la batalla.

Cientos de gaviotas se levantaron al aire entre graznidos chirriantes, para volver al suelo terroso dispersas alrededor de la nave. El lento crujir de un mástil las alertó de nuevo y se elevaron, alejándose mientras el palo mayor caía de golpe, con la vela rasgada.

El ruido atrajo la mirada de un hombre de notable porte y aspecto rudo que observaba pasar sobre su cabeza los cientos de gaviotas. De pelos largos, negros, que caían sobre su hombro; y de facciones marcadas hasta el hoyuelo de su barbilla, en su rostro se marcaba la expresión de la sorpresa. Con el torso desnudo, vestía con pieles de fiera como faldón y una gruesa capa de lino; bronceínas grebas cubrían sus cómodos cueros fajados como borceguines hasta las rodillas. Una larga lanza de duro fresno y ancha hoja bronceína, de doble filo, se mecía en su mano derecha. Se levantó, dejó atrás el árbol en que se apoyaba a la sombra y prestó atención al suave vaivén de la nave; a lo lejos distinguió un grupo de trece hombres.

—Cazadores o ratas del mar tal vez... ¿Qué buscan? —murmuró.

Corrían apresuradamente hacia la embarcación, bajando cautelosos entre las sendas de árboles, con sus venablos, saetas y hachas preparadas.

Para su sorpresa, una hermosa mujer apareció en la proa de la nave encallada, ladeó su cuerpo meciendo sus largos cabellos negros hacia atrás, rasgó su larga falda de seda y se anudó dos cintas a los muslos y

un paño a modo de falda; se calzó con dos botines de cuero alto, tomó una espada y tras templarla al sol, la envainó en la funda de su espalda. Luego, tomó un arco y un carcaj y dio un salto, cayendo sobre el pie izquierdo y la rodilla derecha en la arena mojada.

Aquellos hombres corrieron hacia ella, gritando su emoción, en busca de recompensa y placer. Desconocían quién era, solo la veían mujer hermosa que gozar y vender; ignoraban que se medían a una reina hija de Armonía, hija de Ares.

Menalipa tensó la cuerda y, uno tras otro, cuatro dardos partieron hallando muerte ante la sorpresa del grupo, antes de que tuviera que lanzar el arco al suelo y desenvainar la espada. Con gran agilidad, acabó con la vida de dos de los atacantes en un momento, evitando la estocada, cortando brazo y cabeza. En silencio retrocedió sobre ella misma, meciendo el afilado bronce de lado a lado, y miró por dos veces a la embarcación, como esperando ayuda; y se vio rodeada por aquellos guerreros de sucios cabellos y largas barbarizadas que la miraban con cierto temor, con odio y sed de sangre.

—¡No! —exclamó uno de ellos—. Muerta no nos vale.

Los lanceros bajaron sus venablos y comenzaron a rodearla desplegando una enorme red de maromas sucias. Otros la azuzaban con largas picas, cada vez más cerca. Gritaron al lanzarse al unísono sobre ella con la red, por ambos lados.

Menalipa, viéndose rodeada y vencida rasgó las maromas. Sin tiempo de evitar las dos mazas de madera que se cernían sobre sus carnes, se lanzó al suelo esquivando el golpe de una de ellas. La otra quedó parada en el aire por el metal: el afilado bronce de una pica inesperada había frenado su destino fatal. Uno de los guerreros cayó al suelo con la cabeza abierta, manando abundante sangre por la cuenca vacía de su ojo derecho.

Menalipa se deshizo de los trazos de red, retrocedió y se mantuvo en guardia. Fijó de inmediato la mirada en aquel que la había salvado. Se trataba de un hombre hermoso, musculado y gallardo, salvaje. El cual, con un terrorífico grito, se lanzó sobre los cazadores de esclavos, amputando miembros y crujiendo vidas con una furia desconocida. Su arte en la batalla le delató como el poderoso guerrero que era; sus estocadas, mortales ellas, mancharon la arena de rojo y de lamentos ahogados el agua de aquella solitaria playa. En un momento, los dos atacantes que se mantenían en pie, corrían huyendo de su fracasado botín.

Sin palabras, el guerrero desconocido y Menalipa quedaron frente a frente y se observaron por momentos, templando sus armas.

—No eres mujer cualquiera; por tu valor y destreza pareces un hombre, pero eres hembra hermosa.

Menalipa levantó un poco el rostro, aquellas palabras le indicaron que solo podría tratarse de un bárbaro o quizás un aqueo; evaluaba si aquel hombre era un peligro o no, sin apartarle la vista.

El desconocido descansó el asta de la ensangrentada pica sobre su ancho pecho y se mostró indiferente ante la mirada de Menalipa. Se agachó sobre uno de los muertos, le arrebató un saquillo de monedas y se dirigió hacia otro cadáver.

—Son tribus del mar, llevan siguiéndome desde el amanecer, en mi zozobra —dijo ella, guardando la espada.

Él la ignoró y giró el brazo de uno de los cadáveres, le arrancó un brazaleté que portaba y volteó el cadáver hacia atrás con el pie. Después saltó sobre la nave, buscó con la vista y se fijó en la hermosa mujer que le seguía desde tierra con la mirada.

—¿A quién esperabas? —preguntó.

—A una fiera salvaje que me salvara.

—Aquí no hay nadie, ¿acaso me esperabas a mí?

Ella asintió resignada ante la mirada intensa de aquel hombre. Luego, se volvió, recuperó sus saetas de los cuerpos sin vida de los esclavistas y comenzó a alejarse.

El guerrero anduvo por la cubierta, observando los rastros de lucha, la sangre que manchaba todo, y penetró en la estrecha bodega. Un fuerte olor colmaba la oscuridad y los restos de dos reses devoradas llenaron sus ojos a través de un débil haz de luz, que se introducía por una pequeña escotilla llena de moscas. Nada más atrajo su atención, volvió la mirada hacia atrás y salió a cubierta.

—Espera, mujer... No te dije que marcharas... —le ordenó.

—No necesito de tu permiso —contestó Menalipa, sin parar en su decidido paso.

Con una sonrisa hecha mueca, el guerrero saltó a la arena y se apresuró tras ella.

—En mi tierra, cuando un héroe salva a una hermosa dama, obtiene su recompensa... Es ley de razón que en agradecimiento me debes. Eres mía —le expuso.

Sorprendida, Menalipa clavó sus ojos en él. Pero no le disgustaron aquellas palabras, pues el tono no era hostil, sino sarcástico. Aquel hombre de ancho torso recogió un zurrón de pieles, guardó su pequeño saqueo, sonrió y le hizo un gesto a Menalipa para que lo siguiera hacia una loma, donde se distinguía levemente el humo de una pequeña hoguera.

—Acompáñame, si tú no has devorado esas vacas, seguro que tendrás hambre. Además, esos hombres volverán y te atraparán si andas a solas. Poco podrás contra ellos, pues andan revueltos en estos tiempos; comamos algo y alejémonos, volverán —le aseguró.

Entonces se volvió dándole la espalda, ignorándola, y se dirigió solo hacia la loma. Ella escudriñó los alrededores y, con cierta curiosidad y atracción, siguió a aquel hermoso y salvaje hombre que la había salvado.

—Esta tierra, ¿es Lukka? —preguntó acercándose a él, buscando saber dónde se hallaba.

—Las tierras de Lukka quedan hacia poniente, pero cerca andamos...

No pudo terminar sus palabras, una gran red hecha de maromas les cayó encima desde la copa de los árboles y numerosos hombres aparecieron de pronto gritando y haciéndose de los extremos para tirar con fuerza, aprisionándoles. Rápidamente, el salvaje guerrero fue golpeado en la cabeza con una maza de grueso roble, por dos veces, y perdió el sentido. Menalipa fue sometida por tres aguerridos hombres, que la sacaron a estirones de la red, la desarmaron y maniataron a una larga estaca, con los brazos a su espalda y una soga al cuello.

Avanzaron el resto del día hacia el norte, adentrándose en las tierras salvajes de Arzawa, con buen ritmo y pocas paradas. La prisa y el temor empujaba aquel grupo de esclavistas, en busca de un mercado donde vender rápido su botín humano. Menalipa, fatigada, resoplaba con la maroma al cuello y atada al madero de un carro tirado por enormes bueyes. El desconocido guerrero permanecía preso de pies y manos, tumbado sobre el carro, boca arriba, sin conocimiento. Tras ellos, una docena de hombres, armados de venablos y toscas hachas, les seguían. Por delante, no eran menos los que abrían camino.

Al caer el sol pararon y levantaron un pequeño campamento, con varias hogueras y tiendas de pieles. Menalipa miraba hacia todos lados, pero nada veía. Lanzó un grito al aire, solo obtuvo como recompensa el empujón de uno de sus captores y las risas de los demás. Uno de ellos la tomó de las muñecas y la ladeó con un rápido tirón, pegándola a su cuerpo y le relamió el cuello mientras posó la mano, de golpe, entre las piernas de la mujer. Menalipa le mordió la oreja con fuerza, arrancándole el lóbulo.

Con un grito de angustia y dolor, aquel hombre la empujó contra el suelo y levantó su hacha con ira, tapando la herida con una mano, maldiciendo con el alma. Un puño de remachadas muñequeras frenó el golpe, asiéndole del brazo y negando con la cabeza. Y le dio un fuerte empujón hacia atrás, acto seguido, aquel hombre, el jefe del grupo la observó con detenimiento.

—Tú, egipcia, para ser faraona eres más brava que cualquier hija de la luna... Buena cuenta he de sacar por ti en Ilión, quizás más me den entre aqueos —dijo.

Menalipa no respondió, escupió un trozo de oreja ensangrentada al suelo y el jefe del grupo dio una tremenda carcajada.

—¡Ah....! ¡Mi cabeza! —exclamó el guerrero salvaje, estirándose hacia atrás.

Se encontraba sentado y atado a un grueso cedro, mascando palabras sin sentido e intentando recuperar la conciencia. Y abrió los ojos de golpe al recordar. Frente a él estaba la hermosa desconocida a la que había salvado aquella misma mañana; presa también, mirándole fijamente con una sonrisa incierta y la boca manchada de sangre.

—Se suponía que me mantendrías a salvo de estos vendedores de esclavos... —susurró Menalipa—. ¿Quién eres? Tan torpe, de estas tierras seguro que no...

El salvaje tiró con fuerza una y otra vez, tratando de romper las cuerdas que le mantenían preso. Sin resultado. Observó a su alrededor y vio la débil hoguera que alumbraba a una veintena de hombres a su alrededor, degustando salvajina y riendo gracias dichas. Dos carros de tiro con cuatro caballos y dos bueyes les acompañaban, cargados de vasijas y riquezas robadas; en uno de ellos, asomaba el asta de su lanza y la espada de aquella mujer. Volvió a tirar fuerte, cerrando los puños y apretando los dientes. Sus venas y músculos se marcaron en todo su cuerpo, ante una asombrada Menalipa, sin el resultado esperado. Las maromas eran muy gruesas, un doble nudo marinero ahogaba sus estoicos pero inútiles esfuerzos.

—Cuando termines, podrías contestarme —dijo Menalipa.

—Mi nombre es Alejandro —respondió realizando un último intento—. No te preocupes, te sacaré de aquí, estas malditas ratas de mar no podrán conmigo.

Menalipa levantó una ceja, sorprendida por su ciego optimismo, interesada en aquel hombre y su obsesiva insistencia por rescatarla de cualquier peligro, a pesar de hallarse inmovilizado.

—No te será tan fácil liberarme. Descansa, cuando se levante la luna y duerman de la pitanza nuestros esclavista, marcharemos —aseguró Menalipa con voz tranquila.

Alejandro la observó con interés, tanto por aquellas palabras como por su serenidad y la confianza mostrada en ellas.

—No me has dicho de dónde eres —insistió Menalipa.

—Soy de las tierras de Micenas, de grandes y gloriosos hombres.

—¿Un aqueo? Me lo había imaginado. Estás muy lejos de tu hogar.

—Llevo mucho tiempo viajando. Hasta estas costas llegué en busca de una embarcación que me lleve a la tierra de los faraones, mi camino es Arinna y después, cruzado el Mar entre Tierras, la gran polis

de Men-nefer. En cuanto me libere, te soltaré y, una vez estés salvo, seguiré dando luz a mi destino.

—Te matarán en Egipto, alerta están ante invasores y saqueadores. ¿Qué pretende un aqueo en tierra de faraones?

—Pitia, amante de Apolo, tuvo un sueño. Ella es dueña de la profecía y su palabra siempre es futuro cierto. Mi amada esposa me espera presa del faraón y he de rescatarla de su infortunio.

—¿Tu amada esposa está presa en poder del faraón?

—Sí, Menalipa se llama y es reina de las hijas de la luna. Pitia vio su rostro junto al mío, en el altar del amor y el sacrificio, cuna de Artemisa; nuestra semilla será imperio en tiempos venideros. Ambos reinaremos llenos de gloria y honor, con justicia y sabiduría. Así lo quieren los dioses, así será.

Menalipa se quedó boquiabierta y sonrió incrédula ante tales palabras.

—Dime, salvaje imprudente, ¿tu esposa te espera? ¿Acaso te conoce?

—Más bien no. Ella no sabe que mía ha de ser. Pero los dioses así lo han dispuesto y el destino cruzará nuestros caminos, por mucho que estas ratas de mar traten de impedirlo —apuntó Alejandro ante el rostro perplejo de Menalipa.

—¿Cómo la rescataras? ¿Y cómo se lo dirás? Quizás a ella no le apetezca ser hembra de un aqueo salvaje y prepotente.

—Por ello no me he de preocupar, el divino Apolo y la cazadora Artemisa, hermanos ellos, así lo acordaron cansados de los juegos de Zeus y Poseidón. En el mismo momento que la libere, se cruzarán nuestros corazones y destinos. Y no ha de ser hembra de aqueo, sino reina amada.

—¡Ah! —salió de borbotón de la boca de una incrédula Menalipa.

—¡Silencio ahí vosotros dos u os arrancaremos la lengua! —exclamaron dos hombres que se acercaban, preparados para montar la guardia cerca de ellos.

—¡Traedle agua a esta hermosa joven! ¿Acaso no veis que tiene resecos y manchados los labios? —exclamó Alejandro.

Los dos hombres se acercaron a él con un pozal de agua y, sin mediar palabra, le lanzaron el agua por encima a Menalipa. Acto seguido comenzaron a propinarle patadas entre risas e insultos ante la desesperación de Alejandro; el cual, sin resultado, trataba de liberarse.

—¡Malditas ratas de mar! ¡Dejadla en paz! ¡Os mataré a todos! —gritó impotente.

—¡Dejad de jugar con la mercancía! En mal estado no nos valen, en Ilión no aprecian moratones ni roturas y, sin duda, buen premio nos darán por este salvaje y la mujer del mar. Revisad bien la carga y el agua, el Desolado está cerca. Beycesultán queda a dos días, pronto lle-

garemos y podremos vender todo el botín a buen precio... y a estas dos mulas —ordenó el jefe de aquellos salteadores.

—Quizás deberíamos vender en Beycesultán o dirigirnos hacia las costas de Levante, dicen que en el norte la guerra todo lo asola y que los ejércitos marchan odiosos matándolo todo —apuntó uno de sus esbirros.

—Mejor, más botín sacaremos de ello... No somos guerreros que busquemos batalla, nos limitamos a limpiar los muertos y vender al mejor postor; solo tenemos que evitar los caminos principales y recoger la cosecha que los ejércitos siembren —expuso el jefe, con autoridad.

Reponiéndose de los golpes, Menalipa escuchó con interés aquellas palabras, algo había sucedido con la llegada de Gadir a las tierras de Anatolia. Lo sabía.

—¡Eh, salvaje! ¡No intentes ayudarme más! —le exclamó a Alejandro.

—Les mataré —respondió, indignado de cómo la habían tratado, sintiéndose responsable.

Abatida la noche, la luna resplandecía en lo más alto, iluminando el bosque y llenando de vida la oscuridad. El viento traía el chasquido de los murciélagos, el canto del chotacabras y el rugido de las bestias que abandonaban sus cubiles en busca de alimento. Menalipa emitía a menudo un pequeño silbido, imitando el ulular del búho, esperando respuesta ante la mirada decepcionada de Alejandro, que no llegaba a comprender ni lograba liberarse.

—Ese maldito pajarraco ha de estar por estos árboles —dijo uno de los dos guardas, acercándose a ella—. Me pone nervioso...

—¿Has oído? Parecía el rugido de un león —aseguró el otro guardia, al escuchar una voz ronca, potente y cercana.

—En estas tierras no hay leones... —aseguró su compañero, ante el silencio.

Como un rayo, una enorme zarpa le destrozó el cráneo salpicando de sangre, cerebro y dientes el vientre de Alejandro, que quedó impresionado. De un salto, la bestia hizo presa en la cabeza del otro guardia, con sus largos colmillos, crujiéndola como si fuera un tierno melón. Aquel enorme felino surgido de la oscuridad se relamió el hocico limpiando la sangre que lo bañaba y observó el pequeño campamento con sus ojos almendrados, color miel. Mordió el cuello de su presa, la arrastró frente a Menalipa, se agazapó y comenzó a devorar al esclavista por los cuartos traseros, lentamente, lamiendo y tragando grandes pedazos de carne ante la vista perpleja de Alejandro. Una vez devorados los glúteos y muslos, limpios los huesos, dejó el cadáver para cebarse con el cráneo abierto del primer guardia abatido.

Alejandro cerró los ojos, tragando saliva, ante la proximidad de la bestia y el sonido que producían los molares al quebrar los huesos de su víctima. Cuando los abrió de nuevo, vio al enorme felino acercarse hacia Menalipa y tiró con fuerza de las cuerdas, tratando de romperlas y lanzando rugidos que atrajeran al animal.

—¿Qué haces? ¡Silencio! ¡Nos descubrirán! —exclamó Menalipa.

El salvaje guerrero frenó en ímpetu. Sin comprender, vio cómo aquel fabuloso animal, el cual acababa de alimentarse de dos hombres, se recostaba junto a la desconocida con un eructo. Y cómo alzaba sus patas hacia el cielo, volteándose a la vez que se dejaba querer ante aquella hermosa mujer.

—Es Therio —apuntó ella.

El tigre se levantó y campeó por unos momentos alrededor de ellos, olisqueando la tierra húmeda. Con sus labios tomó el lóbulo de la oreja que Menalipa había escupido y lo tragó de un golpe; acto seguido volvió al cadáver de una de sus víctimas y continuó devorándolo.

—Supongo que las dos vacas, realmente, no te las comiste tú... —apuntó Alejandro.

—No... Ni a la tripulación tampoco —contestó Menalipa conforme mostraba sus manos atadas al enorme tigre dientes de sable.

El animal dejó de comer, estiró con fuerza sus patas delanteras y, luego, las traseras; dio un tremendo bostezo y trotó hacia ellos. Con un zarpazo saltaron las maromas. Menalipa quedó libre y abrazó a Therio, que ronroneó dulcemente cual inofensivo gatito. Tomó sus armas, con pasos rápidos y cuidadosos, y comenzó a alejarse del campamento, en silencio, ante la mirada atónita de Alejandro, que nada decía.

Menalipa se volvió y vio la cara de resignación de aquel hermoso guerrero, de decepción. Por unos momentos dudó, finalmente cedió a la voluntad de su corazón que le pedía que liberara a aquel hombre. Regresó y con un golpe de espada cortó las cuerdas que le hacían preso.

—Vamos, tomemos un par de caballos, nos vendrán bien —le instó.

—Creí que me abandonabas —susurró Alejandro, sin alejar la vista de la bestia.

—Recuerda que yo te salvé y, en mi tierra, cuando una mujer salva a un hombre vencido, obtiene su recompensa... Es ley de razón que en agradecimiento me debes. Eres mío —le dijo ella, mientras le apremiaba con las manos.

Alejandro la miró turbado en verdad, emitiendo un curioso gruñido que acabó en sincera sonrisa.

Therio les ignoró en su huida y volvió sobre sus presas, continuando con su pitanza, dirigiendo los ojos hacia un hombre que salía de una pequeña tienda de pieles, con los ojos apenas abiertos, bostezando y

revolviéndose el vientre con una mano. Y se relamió el hocico mientras se agazapaba cerca de él.

Menalipa y Alejandro montaron en los caballos en cuanto se alejaron un poco del campamento, un grito de terror les animó. Cabalgaron hasta el amanecer, hacia el norte, sin parar, sin preguntar. Ella marcaba el camino y él la seguía, pletórico en su inesperada aventura.

—Falta poco —aseguro ella, tirando de la bridas y frenando su montura.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alejandro.

Menalipa no respondió, desmontó y estiró de su caballo hasta una gruta marcada entre densos arbustos.

—Descansaremos, estás a salvo si no te metes en más problemas... Algo que dudo. Yo marcharé sola, en nada te necesito y has de ir a por tu esposa, lejos y abandonada la tienes. Pero marcha por las tierras de Lukka, no te aventures de nuevo en tierras salvajes, pues quizás te espere en vano tu amada.

Alejandro la siguió sin palabra alguna, no deseaba dejarla. Sentía una atracción enorme por ella. Un sentimiento profundo, que ensanchaba su alma, lo embargaba con cada mirada de aquella magnífica mujer.

Acomodaron los caballos, ocultos y cebados entre arbustos, y entraron al abrigo de la cueva. Alejandro prendió una pequeña hoguera, con dos troncos, pelo grasiento, paja y arte. Sin mediar palabra, ambos recolectaron unos frutos silvestres, revisaron sus armas entre miradas furtivas, se prepararon un lugar de descanso a cada extremo de la gruta y acabaron juntos, sentados alrededor del fuego.

Preso de su belleza, porte y simpatía, Alejandro pasó la mano por la mejilla de Menalipa y recogió larga melena negra alrededor de su cuello. Y la besó en el hombro. Ella venció su cabeza sobre la de él y acarició su rostro. Lentamente, sus labios se fundieron en un dulce beso de amor y una expresión de deseo. La sangre se aceleró en las venas de Menalipa, colmando su mente y cuerpo de sensaciones olvidadas; con cada caricia, mayor era su deseo. Sus mejillas rozaban calientes las de aquel salvaje guerrero que había hecho latir de nuevo su corazón.

Desconcertada por lo que estaba pasando, Menalipa se levantó de inmediato, ante la sorpresa de Alejandro. Se dirigió a la entrada de la gruta y se apoyó en la piedra. Observó detenidamente la salida del sol. Nada le impedía seguir allí, debía marchar a Tribada. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no cabalga al encuentro de mis hermanas?, se preguntó.

Notó las grandes manos de Alejandro sobre sus brazos, empujándola suavemente hacia atrás, abrazándola por la espalda y se dejó querer, ladeando la cara y besando sus labios. Y encontró respuesta a

sus inquietudes, deseaba a aquel hombre. Le abrazó con fuerza, notando cada músculo de su cuerpo, su calor, su fuerza y hombría. Entre caricias y susurros se desnudaron sobre una losa que permanecía al fondo de la cueva, sus cuerpos brillaban al calor de las llamas de la hoguera, amándose entrelazados como un único ser, gimiendo cada espasmo de placer hasta el éxtasis una y otra vez, hasta quedar agotados, vencidos, dormidos.

El chillido de dos chacales despertaron a Alejandro de sus sueños. Los observó en la entrada de la cueva y vio cómo salieron corriendo al verle, con una piel hecha jirones en sus fauces. Se vio solo y, rápidamente, se levantó y recorrió la gruta con su cuerpo desnudo, buscando a su hermosa compañera. Deseaba verla, estrecharla en sus brazos, pero no la halló. Salió fuera y comprobó que se había marchado. Le había dejado como despedida, al lado del caballo, un zurrón con fruta y una perdiz. Sonrió con una mueca triste y una gran amargura colmó su ser, aquella mujer que había amado como jamás pensó, se había marchado, quizás para siempre.

Entró en la gruta con el zurrón y se dispuso a desplumar la perdiz, de forma metódica, sin sacar de su cabeza la sonrisa de Menalipa, el calor de su cuerpo.

—Nada me espera en tierra de faraones... Pitia, ¿cómo es posible que tú, dueña de la profecía, erraras en tu saber? Amaré siempre a esa guerrera, ¿cómo pensar en otra cuando mis mientes no paran de ordenarme que corra tras ella? Crueles son los dioses, cruzándome con semejante mujer cuando marchó en busca de la que ha de ser mi esposa. ¿Acaso pretenden ahora que la olvide? ¿Cómo? —dijo con voz sentida.

La luz del día inundaba las paredes de la gruta, era más visible toda la galería hacia su interior que en la noche. Alejandro, aún emocionado, miró con nostalgia el lecho de piedra en el que había amado. Un trazo inusual le hizo acercarse. Limpió la pared que se alzaba sobre él y vio la talla maestra de una diosa rodeada de signos divinos, en su mano portaba un arco y a su lado permanecía una cierva.

—¡Artemisa! —exclamó.

Dio dos pasos atrás y se fijó en la gran piedra, eran los restos de un antiquísimo altar. Lanzó la perdiz al fuego, tomó su larga lanza, montó en su caballo y salió al galope, buscando un paso elevado desde donde escudriñar la región, algún rastro que delatara el trote de aquella mujer que le había robado el corazón.

—Me temo que los dioses tendrán que esperar... Te encontraré, aunque ni tan siquiera sé tu nombre —susurró, tratando de divisarla desde la cima de una loma.

EL DESAFIO DE HIPÓLITA

—¡Los aqueos! ¡Están cruzando el río por los valles de Poniente! —exclamó una joven guerrera, saltando de su caballo.

En las orillas del Termodonte, la caballería atlante se recuperaba de la batalla mientras Tarss rondaba en la oscuridad de la gruta por donde entró Gadir.

—Mi general, debemos disponer de nuestro ejército con premura o esos malditos acabarán cruzando, caerán sobre ellas —expuso el capitán Marco.

Sin apenas escuchar, Tarss se ahondó más en la cueva, pisando sobre numerosos restos humanos, calaveras, huesos astillados y carnes descompuestas que ahondaban en su temor.

—¡Gadir! ¡Gadir! —gritó con fuerza.

—Valeroso Tarss deja en mis manos la búsqueda, atiende a la batalla o todo habrá sido en vano; que una patrulla me acompañe, de los más valientes, que no teman al bosque y su oscuridad, ni a sus criaturas... Le encontraremos, vivo o no —dijo Marco.

—No he de marchar sin él... —señaló Tarss con denotada tristeza.

—Si logran cruzar, acabarán con todas ellas —insistió de nuevo su capitán, agachado a su lado, observando a la luz de la tea numerosas huellas de león.

El general asintió y salió de la cueva lanzando mil maldiciones, colmándose de injurias contra los aqueos y sus dioses. Recorrió el cauce del río, por su orilla, observando las decenas de muertos que yacían. Y se maldijo una y otra vez, por muy poco no había logrado salvar de la caída a su amigo y rey Gadir.

Cientos de mujeres de Tribada y sus hijas se dirigieron hacia Hattussa por las sendas del bosque, con cada paso se acercaban más a la salvación. Pero los aqueos, lejos de aceptar la derrota, habían encontrado un paso lejano por el que atravesar el cortado del río, bajando hasta los valles de Poniente, donde apenas unos metros les separaban

de la otra orilla. Su intención, más que la de acabar con aquellas mujeres, era evitar que llegara a oídos del emperador Huzzia la presencia de un ejército extranjero en sus tierras.

—Marcho a la batalla, Marco encuentra a nuestro rey —ordenó Tarss, consciente de que tenía que enfrentarse de nuevo al enemigo.

—Señor, los aqueos están cruzando el río, creen que hemos huido; en el valle podremos desplegar nuestra caballería y despejar sus fuerzas. Es el momento —aseguró su capitán.

Tarss asintió con cierta sonrisa, ansioso de venganza y viendo al enemigo mermado.

—Marco, mi gran capitán, diez valientes y las guerreras de Ainia te cubrirán y guiarán tus pasos hasta mí cuando regreses con Gadir. Marcho a la batalla, frenaré el ímpetu aqueo y volveremos a Tríbada. Allí te espero, si antes no podemos vernos y así lo disponen los dioses. El tiempo apremia y si los aqueos ya están aquí, es muy posible que el grueso del ejército de Clearco se encuentre cerca de nuestra divina reina. Si no encuentras a Gadir... No me lo perdonaré nunca... ¿Qué le diré a Hipólita? Encuéntralo... ¡Está vivo! Muerto, en esta leonera, hubiéramos hallado su cadáver.

—Le encontraré, mi señor...

Tarss anduvo firme hasta Isis y Maat. Las dos hermosas egipcias, de suaves telas y chitones blancos como la nieve, de ojos tintados hasta las sienes, le miraban piadosas.

—Os quedaréis con Marco, lejos de la atroz batalla —ordenó Tarss.

Ellas lo abrazaron con fuerza y se despidieron con amargas lágrimas.

—Isis, mi amada, no temas por mí pues bravo andaré. Maat, mi dulce Maat, ándate cerca de Marco, que yo me sé que bien te cuidará.

—Mi señor, yo... —trató de excusarse Maat.

—No creas que no he visto las sonrisas que le dedicas, mi dulce amada; no será este viejo guerrero quién te impida amar —le dijo, y le besó la frente ante la mirada atenta de su capitán—. Marco, cuida de ellas. Pronto hemos de vernos, calmada la ira, al amparo de la dulce victoria.

Marco, precavido y enamorado de Maat, asintió sin decir palabra. Tarss montó en su caballo, con una mueca de dolor que delataba la herida de su cuerpo y mente. La sangre manchó las vendas que apretaban su muslo y apretó los dientes mientras arengaba a sus tropas hacia la batalla.

En el exterior de la cueva, en la cima del cortado, Andrea encabezaba la marcha de mujeres, ancianas y niñas que habían huido de Tríbada.

Con una mirada piadosa despidió a su general, angustiada por la suerte que corrieran en la batalla, apenada por la muerte de la reina Ainia, temerosa por la vida de Hipólita y preocupada por el incierto porvenir que les esperaba. En el interior, Marco mecía la tea que iluminaba su camino en aquella leonera. Tras él marchaban los valientes lanceros que Tarss había dejado como guardia, siete fieles guerreras y las dos hermosas jóvenes egipcias, temerosas de todo cuando sentían y veían.

Avanzaron hasta una enorme sala cubierta de maleza rala y pequeños arbustos. No había restos humanos, pero las huellas de león se marcaban en la tierra arcillosa. Un enorme cráter dejaba pasar la luz del día, alumbrando aquel lugar, y un constante goteo caía sobre ellos por las vertientes, colmando un pequeño arroyo que inundaba sus pasos, formando una laguna de verdes colores.

De pronto, un ruido de pasos acelerados, de bronce armado, comenzó a resonar entre ecos. Al otro lado de la sala, por una gruta oscura, aparecieron varias antorchas portadas por una treintena de agueridos lanceros.

—¡Aqueos! —exclamó Marco.

—Deben haber estado buscando un paso por las grutas... —aseguró Isis.

—¡Rápido, huyamos! —exclamó Maat.

Los aqueos, al verles quedaron atentos, comprobando el número de sus enemigos y rápidamente desplegaron sus lanceros tras ellos. Al verse acorralados, la formación atlante plantó sus defensas y las guerreras lanzaron sus saetas, frenando la embestida, quebrando vidas con un tremendo crujido. La superioridad numérica de los aqueos se imponía a golpe de pica, salpicando el arroyo de espesa sangre ante el ímpetu atlante.

El bronce rasgó la frente de Maat en un lance mortal, haciéndola caer. La espada de Marco salvó su vida amputando el brazo hostil, el cual rebotó en el suelo sin soltar el asta de madera. Dándole la mano, el capitán atlante levantó a su amada de un tirón y la cubrió de un nuevo golpe, posándola tras él. Marco machacó con fuerza a su enemigo, mientras sus lanceros y las guerreras trataban de mantener la acometida aquea.

Se vieron acorralados, desplazados, y subieron a una pequeña roca que guardaba sus espaldas con la pared vertical del cráter. Sus hombres caían y las valerosas guerreras luchaban por abrirse camino, buscando una salida entre picas. Isis y Maat, abrazadas y agachadas en el centro de círculo que estrechaba a los atlantes, suplicaban ayuda a los dioses, entre lágrimas de temor.

Como si de una respuesta se tratara, vieron un largo venablo, de afilada punta de metal, destellar con un silbido fulgurante. El cual

rasgó el cielo y arrancó el corazón del capitán aqueo, astillando su esternón y coraza laureada de argéntea. En la cima del cráter apareció una figura a trasluz, un guerrero sin igual. Saltó al foso, a la par que dos portentosos leones, macho y hembra, le seguían con pavorosos rugidos que sembraron el alma de los aqueos de terror. Recogió las armas del capitán muerto y, con tremendos golpes, amputó brazos y cabezas haciendo de la sangre un arte, el arte de la guerra.

—¡Por todos los dioses! ¡Gadir! —exclamó Isis.

Marco se volvió perplejo, observando a su rey avanzar hacia ellos matando; tanto como los leones que le seguían, que con grandes zarpazos y dentelladas destrozaban los cuerpos de los aguerridos aqueos. Luego, vio una sombra femenina cruzar el arroyo, lentamente, dejando bañar sus pies desnudos en el agua fría y su cuerpo con los cálidos rayos del sol.

De blanca melena, larga hasta más allá de la cintura, y pálido rostro, vestía con un largo chitón de seda blanco; aquella mujer se agachó y deslizó, de forma tan elegante como sería, la mano por encima de las aguas; y la golpeó, de pronto, con la palma. Una onda expansiva recorrió el arroyo, conforme Gadir llegaba hasta los suyos, y regresó de forma inmediata hecha un torrente bravo que arrastró a las huestes aqueas entre golpes y alaridos hacia una profunda galería que se perdía en la oscuridad, hacia los abismos, sin opción alguna a la vida.

Aquella hermosa mujer, madura y de porte distinguido, hermosa como la vida; avanzó hacia ellos sobre las aguas, calmada la furia del arroyo.

—¡Atalanta, Hipómenes! —exclamó y los poderosos felinos corrieron junto a ella, acompañándola cada uno a un lado.

—¡Gadir, mi rey! ¡Estás vivo! ¡Creíamos que habías muerto! ¡Benditos sean los dioses! —exclamó Marco, mostrándole respeto y obediencia; sin apartar la vista de aquella mujer, divina sin duda.

—Sí, capitán; entre los vivos camino. Mas no es por gracias de los dioses, sino de la gran Cibeles —aseguró Gadir y recuperó la lanza, posando el pie sobre la espalda del capitán aqueo domado, dando un fuerte tirón.

—Cibeles... —murmuraron guerreros y guerreras, extasiados ante ella.

Cuatro lanceros, tres guerreras, las dos jóvenes y el capitán atlante habían sobrevivido en pie a la furia aquea; salvados por su rey Gadir y la divina Cibeles, bendecían su suerte.

—Dime, ¿dónde está Tarss? Hemos de regresar a Tribada con urgencia. Las tropas aqueas se ciernen sobre la ciudad, debemos volar hacia allá o ninguna quedará con vida...

—Mi señor, en batalla anda con los nuestros, dando muerte a los aqueos en la cuenca del Termodonte; frenando las huestes que insisten en perseguir a las refugiadas —contestó Marco.

Gadir se volvió hacia Cibeles y ésta golpeó de nuevo, con la palma de una mano el agua del cristalino torrente y con la otra, la tierra que pisaba...

Tarss gritaba su rabia desventrando un aguerrido lancero, la batalla se encontraba en su punto álgido. La caballería atlante había golpeado duro las fuerzas enemigas, deshaciendo la cabeza de la columna. Pero el resto avanzaba rápido, atravesando el río y mermando, con su número, la ventaja de la caballería atlante.

Una tremenda ola surgió del río, acompañada de una crecida inmediata que arrastró como guijarros a los guerreros que se encontraban en el cauce, ahogándolos. Los que regresaron rápido a la orilla, notaron un temblor que, de pronto, se abrió como terremoto y los engulló con enormes grietas en la tierra, que se abrían para devorarlos entre raíces y piedra.

Tarss observó anonadado tal fatalidad que se llevaba a sus enemigos en la cuenca y en la orilla contraria; y cargó extasiado contra los que aún permanecían luchando en su terreno, desplazándolos hacia el agua brava y acabando con ellos sin piedad.

—¡Esto es cosa de dioses! ¡Poseidón nos brinda un triunfo merecido, acabemos con ellos! —exclamó.

La columna aquea quedó vencida y dispersa en una docena de hombres. La tierra que pisaban y el Termodonte se los había tragado, Tarss los remató. Llegada la calma, solo los cientos de cadáveres amputados y el bronce en tregua delataban la batalla habida.

Ajenas de la suerte de Gadir, la caballería atlante cruzó al trote las aguas bajas del río, dejando atrás a las gentes huidas de Tribada, a salvo. Tres guerreras conducían sus pasos de nuevo hacia el Desolado, donde esperaba la divina Hipólita.

* * *

Caída la noche en las inhóspitas tierras del Desolado, en la ciudad de Tribada, un sentimiento de pena, odio e inquietud por el mañana colmaba cada hogar, cada tienda de lino y cuero dispersas en su ágora. Miles de guerreras esperaban la llegada del invencible ejército de Clearco, dispuestas a pararles como fuera.

Finalizada las exequias y la ceremonia en honor a la reina Ainia, las valerosas guerreras descansaban esperando el nuevo día, llorando su pena y ansiando la venganza. Hipólita había pasado largo tiempo

junto a una gran hoguera que iluminaba el palacio real. Pensaba en Ainia y en Evenor, en la hija de ambos; y deseó conocer a la pequeña Hipólita, abrazarla. Su belleza contrastaba con el pesar de su alma.

Embargada por la preocupación del mañana, observaba el campamento que se había alzado en el ágora de la ciudad. La rubia Penthesilea, de Tracia; la valerosa Esmirna, de Abasa; y la brava Marpesia, de Temiscira; todas habían acudido a su ruego y orden para defender los reinos de las hijas de la luna. Muchas morirían, ella lo sabía y eso le devoraba la razón y el corazón.

Frente a ella llegó Deyarina, montada a caballo.

—Mi reina, ¿seguro que no deseas que permanezca en la batalla? —preguntó, haciendo un alto en su trote.

—No, Deyarina. Tu misión es otra y muy importante para el futuro de nuestras hermanas.

—Pero... Todas las valientes lucharán, muchas morirán... y yo...

—Marcha con mi guardia, que te acompañe Lysippe y cuida de todo mal a la pequeña Hipólita, hija de Ainia y Evenor, de la gran Cibele y Poseidón. Entrégale el cofrecillo, pues si en mis manos no está acabar con la divina Atenea, llegado el momento, deberá usar la punta de esa flecha con sangre divina. Haz de ella una gran reina, loba y señora... El futuro de las hijas de la luna dependerá de ella, a grandes retos habrá de enfrentarse. ¡Galopa pues, antes de que el horror aqueo os alcance!

Deyarina asintió, espoleó su cabalgadura y se alejó galopando bajo la atenta mirada de Hipólita. Que quedó pensativa. El suave aroma de la noche embargaba sus pensamientos. Respiraba una gran calma, aquella que precede a la tormenta; una tormenta de sangre y lo sabía. El ulular fantasmagórico de la lechuza le recordó el día de mañana: Atenea, la de ojos de lechuza, esperaba. Asintió resignada y se retiró hacia sus aposentos pensando en su amado Gadir. Había partido como escolta, sin que pudiera verle, hablarle, amarle. Su misión era poner a salvo en los dominios del rey Huzzia a las madres e hijas de Tribada. Luego volvería junto a ella, a la atroz guerra; y deseó que no fuera así, que muy lejos anduviera de la batalla en ese día de muerte segura. Se alegró, aun deseando tenerle a su lado con toda el alma, de que se encontrara lejos, junto a Tarss y sus valerosos hombres de Gadeira.

En el camino, un llanto inquieto llamó la atención de Hipólita. Sentada en las escaleras del palacio, encontró a una joven rubia, con los puños en la sienes, cabizbaja, llorando desconsolada. Le alzó con dulzura la cara y vio a Europa envuelta en llanto, sonriéndole: extendía sus brazos, carnosos y hermosos, y se estiraba suavemente de su pelo rubio, sano y brillante a la luz de la luna.

—¡Europa, no has cambiado! ¡No te ves anciana! —exclamó Hipólita.

—No, ya ves, aquí me hallo joven y hermosa como si se alzara la más soleada de las mañanas —respondió Europa.

—¡La maldición quedó atrás!

—Hipólita ¿qué voy a hacer? Siempre busqué la semilla de la vida en mi juventud, pero la luna me la arrebató en mi vejez. Germinada en la noche, se afianzó en el día... Era así de fácil y nunca lo pude ver. Mi amor por Sarko, su amor por mí, han roto mis cadenas.

—¿Lo sabe?

—No, ¿cómo he de decirle que será padre?

—Con un beso. Yo así lo hice, por dos veces, feliz.

—Sarko me rehúye en el día, dice que podría ser mi padre; solo se acerca a mí en la noche, cuando vieja soy... Tengo miedo de que ahora me abandone.

—No lo hará. ¿Marcharás?

—He de hacerlo, la vida habita en mí.

—Marchad esta misma noche, mañana será tarde... Clearco atacará y será día de sangre y muerte nada más. Marchad lejos, a tu hogar o a la Península; donde seréis libres y podréis vivir lejos de las guerras de machos que azotan estas tierras.

—Así lo haré, pero ¿y tú? Bien sabes lo que ocurrirá mañana: los hijos de Atenea no tendrán piedad de ti, ni de ninguna de las hijas de la luna.

—Lo sé. Los dioses dirán.

—Apela al desafío, es honor de grandes guerreros: Clearco no podrá negarse sin perder la gloria ni ofender a la divina Atenea. Podrás ganar tiempo y quizás una batalla.

* * *

Arrastrando los pies en la tierra y exhalando bocanadas de aire reseco, el ejército de Clearco llegaba frente a las gargantas de piedra que abrían el camino a Tribada. Atrás quedaba la tierra ardiente de un desierto impío que abrasaba las corazas de aquellos guerreros de anchas capas, grandes escudos y largas lanzas. Solo la promesa de un botín sin igual les había mantenido firmes en su camino, venciendo el sofocante calor y la sed maldita.

Clearco sonreía mientras cubría sus largos cabellos negros con un yelmo de piel de uro, rodeado de blancos colmillos de jabalí. Junto a él, en el carro de guerra, le acompañaba su amada reina Iris de Lesbos. La ambición que habitaba en ella había permitido que aquella legión de hombres llegara hasta la ciudad perdida de la hijas de la luna.

—¡Tribada! —exclamó el comandante aqueo.

—Recuerda el trato, mi amado: Tribada es de Atenea, suyo será el botín de guerra y la gloria, pero nuestra es Temiscira.

—No te preocupes, la palabra de Atenea es ley. Temiscira será mi regalo de compromiso, nos alzaremos en nuestro trono y no habrá quien ose desafiar tus designios sin temor a mi ira.

Ante la sorpresa del general, un numeroso ejército de mujeres surgió frente a ellos; les esperaban preparadas para el combate. Una primera formación, sin mostrar temor alguno dio un paso al frente, manteniéndose firme con los arcos y las saetas en las manos. Tras ellas, montadas a caballo, se mostraban las guerreras de Abasa, Tracia y Temiscira, con sus lanzas en alto. El comandante aqueo las observó con detenimiento y levantó la mano, sus hombres pararon la marcha.

—¡No han huido! —exclamó Iris, atónita y se enfureció.

—Veo que tus palabras vuelven a ser inciertas: no eres bienvenida aunque soberana seas de este reino en tierras de olvido. Ni huyen las rebeldes, que os desafían ante nuestra presencia, ni el pueblo os aclama como libertadora —dijo Atenea, observando el valiente ejército de las hijas de la luna.

—¡Hipólita las ha rebelado a todas contra su reina, maldita ella! —exclamó Iris.

Los soldados aqueos fueron tomando posiciones, fijando sus ojos en las guerreras, especialmente en las temidas arqueras de potentes arcos de asta, capaces de atravesar sus corazas en la distancia; y en las columnas de caballería que trotaban desafiantes ante ellos, exhibiendo largas picas y afilados venablos.

Las hijas de la luna permanecían alerta, esperando la batalla. No querían dar tregua a aquel formidable ejército tras su terrible paso por el Desolado: una flecha surcó el aire clavándose a un pie del carro de Clearco, ante los caballos, que se alzaron sobre los cuartos traseros dando un fuerte relincho.

—¡Acaba con ellas! ¡Son rebeldes de su destino! —espetó Iris.

Una voz se erigió valiente entre las hijas de la luna, haciéndose oír con claridad.

—Altivos aqueos, hijos de la Tierra, aguerridos soldados de bravas conquistas hacedores. Mi nombre es Esmirna, hija de Mirina, reina de Abasa, tributaria del Imperio Hatti, cuyas tierras osáis mancillar, y a vuestras mientes me dirijo: muchas hijas quedaron sin madre, muchos hijos quedaron sin padre. La sangre baña esta tierra desde las orillas del Egeo hasta el Desolado que aquí os trajo en busca de gloria y muerte. Aceptad el desafío de honor entre guerreros que os he de lanzar y que los dioses favorezcan la suerte y destino de este día, sin más muerte que la designada por la atroz Parca.

Al momento, Hipólita y la propia Esmirna cabalgaron hacia ellos con trote altivo. Un susurro de sorpresa recorrió la formación aquea. Capitanes y generales dieron varios pasos al frente ante tal hecho, querían ver mejor a aquellas bravas mujeres que no mostraban temor alguno por sus acorazadas columnas de miles de picas.

—¡Avanza hasta esas mujeres! ¡Escuchemos lo que tenga que decir! —ordenó Clearco a su auriga, sin dejar de observar con curiosidad a las guerreras que trotaban orgullosas hacia él.

—¡No, no vayamos! ¡Es una treta, seguro! —exclamó Iris, desconfiada y ansiosa por acabar con ellas.

—¿Acaso deseas que mi nombre sea tomado como el de un cobarde? No hay treta, solo gallardía que honrar —aseguro Clearco, conforme avanzaba en su carro de guerra, acompañado por cuatro lanceiros que cubrían sus pasos.

Frijo de Argos, aún convaleciente de sus recientes heridas de guerra, azuzó sus caballerizas situándose junto a Clearco, exigiendo premura al auriga.

—Es muy posible que una de las dos o ambas muera hoy —aseguró Esmirna, mientras cruzaban la tierra quemada, acercándose a los generales aqueos—. ¿Quieres saber por qué no me uní a la causa de Iris? ¿Por qué no luché contra Menalipa? ¿Por qué batallo a tu lado?

Hipólita, sorprendida, cruzó la mirada con la de ella, viendo sus mismos ojos azules, de mirada profunda, hermosos; y por un momento no quiso saber.

—Mirina siempre me repudió, pues fui indeseada. Ares prefirió el amor de Armonía, nunca lo perdonó... Nadie más lo sabe, solo mi amada Deyarina.

Hipólita bajó la cabeza y siguió su trote, como si nada hubiera escuchado, comprendiendo la respuesta a las tres preguntas: Esmirna solo era hermana de Iris, sino también de Menalipa y de ella misma. El silencio las acompañó en su camino. Ninguna de las dos volvió a comentar palabra alguna.

Un grupo de guerreras de Tribada, con Evainia al frente, las seguía en la distancia como guardia. Respirando profundamente, quedaron apenas a treinta de pies de sus reinas y de las columnas enemigas.

Frente a frente, separados por apenas seis pies, reinas y generales se observaron con detenimiento. Hipólita se sintió sorprendida, admiró aquel ejército: sus anchos pechos, su altiva vigorosidad. Se mostraban aguerridos en verdad con aquellas capas que parecían agitarse con el viento al unísono, fuertes con sus largas lanzas de picas afiladas e inquebrantables con sus redondos escudos. Pero también vio los ojos enrojecidos, la piel quemada y los labios cortados de aquellos

hombres que delataban el sufrimiento, la penosa marcha y el tributo pagado al árido desierto. Giró levemente la cabeza observando con detenimiento todas las columnas aqueas: argonautas, atenienses, micénicos y los espartanos de Lacedemoinia.

Esmirna fijó su mirada en Clearco, el comandante aqueo. A Iris la ignoró de tal manera, que ni una mirada se dignó en brindar a su propia hermana; llegando a ofenderla más que con cualquier voz que le hubiera propinado.

—¡Matadlas ahora! ¡Solo buscan una argucia que las salve de su amargo destino! ¡Acabad ahora con estas rebeldes salvajes! —exclamó Iris, dirigiendo la mirada sobre Hipólita.

Aun desconociendo su rostro, supo que se hallaba ante ella; tal era su porte, distinción y belleza, solo comparable a la de una diosa. Iris sintió en sus carnes el mismo escalofrío que notó aquel día, en la isla de Lezpas, cuando cruzó su vista por primera vez con la divina Atenea. Y temió ser perdedora.

Esmirna miró detenidamente todo el potencial de aquel ejército, que frente a ellas se desplegaba, y avanzó hacia el comandante. No menos fue la atención que prestaron Clearco, Frixo y su guardia a aquellas inquietantes guerreras, de mirada profunda, ojos azules y largas espadas; que sentadas a lomos de sus caballos, se mantenían firmes, sin apariencia alguna que mostrara temor alguno o angustia por batalla venidera.

—Decidme pues, bravas mujeres, ¿acaso vuestro órdago es la oferta de una rendición acordada? No creo, pues no sería fiel a las historias que hasta mí llegaron de vuestras gloriosas hazañas; ni que esperéis tal beneficio tras vuestras puñaladas en el desierto —dijo Clearco.

—Bien piensas, en nuestras mentes no cabe rendición alguna, ya sea acordada o pasada por las armas —espetó Esmirna.

—Eres valiente, pero hablas con la gallardía del que sabe próximo su fin. No tenéis más salida que la rápida huida o la agónica muerte ante nuestras picas... y lo sabes.

Hipólita avanzó con su caballo, poniéndose prácticamente a la altura del general.

—Escucha pues... —le dijo altivamente, pero con respeto—. Nosotras aquí moriremos si así ha de ser, la Parca no nos asusta. La llevamos como fiel compañera y es bondadosa amiga que de penas nos liberará. Tuya será una ciudad en ruinas que te costará tu ejército, pues serán muchos los hijos de Atenea que nunca verán el nuevo día. Vuestros hombres tienen fama de invencibles y sin duda vencerán, pero solo despojos y guerreros amputados regresarán a su hogar, humillados ante una victoria que en nada les reportara oro ni gloria, sino muerte y llanto. Nosotras miramos a nuestro pueblo y no deseamos la tragedia de la

batalla. ¿Y tú? ¿Acaso no has sufrido ya nuestra furia en el Desolado para saber que puedes salir mal parado? Erais no menos de diez mil, eso nos dijeron, ¿cuántos sois ahora?

—Firmes palabras aseguras, sé bien cierto que en los palacios de Tribada no hay grandes riquezas que saquear, ni existen a sus alrededores tierra fértil que conquistar, mas el oro de los faraones oculto en sus arcas guarda y bien merece la sangre que se ha de verter. Y vuestras tropas no representan mayor peligro que el balido del cordero al colmillo del lobo, así lo ven mis ojos —respondió Clearco.

—No hay oro... —aseguró Hipólita.

—¿No hay oro? —interrumpió bruscamente Frixo.

—No. Y no des por cardada la lana; pues, con piel de cordero, en esta tierra reseca, podéis desangraros con mordida de loba.

El comandante aqueo, confuso, observó su mirada penetrante, dando por ciertas aquellas palabras que en nada le agradaban.

—¿Y por qué deberíamos creerlos? —preguntó Frixo, reticente.

—¿Qué ganaría con mentir? ¿Retrasar la ofensiva unos días? Si ha de haber sangre y muerte, será ahora mismo que vuestro ejército se halla preso de la ira del desierto, tenlo por bien cierto, como supongo esperas.

Por un momento el comandante se mantuvo dubitativo. Mientras, Frixo se acercó a Hipólita observándola fijamente, a ella y a sus armas, y se colocó al lado de Esmirna. Se hallaba tan sorprendido por aquellas mujeres guerreras y su valentía patente, al conocerlas de cerca, que no disimuló su respeto hacia ellas.

—Veo que mi venablo no culminó su misión, repuesto te hallas —apuntó Esmirna.

—La coraza cubre la herida de mi vientre, poco faltó. Eres muy hermosa. Caer bajo el metal de tus armas, debe ser la mejor de las muertes para un valiente guerrero, un honor —afirmó Frixo, sin disimular cierta intención.

—Pronto lo sabrás, no dudes que satisfaré tu deseo —respondió ella.

Frixo asintió atraído por la belleza azul de aquellos ojos que le desafiaban, por aquel cabello rojo que descendía como una cascada salvaje por los hombros desnudos de la reina guerrera.

—¿Aceptarás nuestro desafío como tal guerrero de honor que te prestas ser? —preguntó Hipólita.

—Os escucho —asintió Clearco, observando el semblante embelesado de Frixo.

—Que aquel que sea el más poderoso, fuerte y hábil de los altivos aqueos se enfrente a una de las hijas de la luna; si venciera nuestra guerrera, tu ejército marcharía repuesto de agua y viveres sin más muerte ni tragedia —dijo Esmirna.

—¿Y si se alzara el aqueo con la cabeza de vuestra guerrera? —preguntó el general aqueo.

—Tribada será vuestra sin oposición alguna tras dos días de duelo, en el que mis guerreras partirían hacia Oriente con sus familias y pertenencias, sin más lucha ni muerte.

El comandante sonrió, después miró el rostro impenetrable de Hipólita y se mostró serio; le turbaba la belleza de aquella mujer, le excitaba la idea de domarla. Después fijó su mirada en Frixo, el cual parecía estar flirteando con Esmirna; y en su amada Iris, que, orgullosa, le miraba esperando el «no» por respuesta.

—No necesitamos desafío alguno para hacernos con Tribada y, si no queréis morir, solo tenéis que salir cabalgando antes de que el suelo retumbe con la marcha de mis columnas, no sois ejército que pueda detener imperio —afirmó Clearco.

Hipólita, al escuchar aquellas palabras, descabalgó y se dirigió hacia la formación aquea, ante la sorpresa del comandante y de aquel ejército que templó sus lanzas cuando la sombra de aquella brava mujer les alcanzó.

—Vosotros que os hacéis llamar los más bravos de los soldados de este mundo, vosotros que habláis de gestas y conquistas gloriosas a vuestros hijos, vosotros que gallardos os jactáis de alzaros con honor ante cualquier batalla... ¡Teméis la afilada hoja de esta mujer! —exclamó alzando su espada ante un descomunal silencio—. ¿Cómo tan gloriosos soldados osan rechazar el desafío de honor de una guerrera? ¡En el Olimpo se reirán los dioses mientras vuestras madres e hijos se llenan de vergüenza!

Hipólita les dio la espalda y se deshizo de su peto de malla, lanzó su escudo y clavó la punta de la espada de Ares en la tórrida tierra; y miró a aquel comandante y a Frixo, que lentamente se le acercaba, sorprendido ante su arrojo. Se volvió de nuevo hacia las tropas aqueas, ladeando su cabeza, buscando la mirada de aquellos soldados, meciendo su larga melena negra al viento y tomando de nuevo la espada.

—No hay entre los aguerridos aqueos ni uno solo que se muestre digno de esa capa que tanta gloria dice le honra... ¿Acaso es todo mentira? ¿No sois más que otro puñado de cobardes mercenarios escondidos tras un temeroso general? ¿Vosotros os hacéis llamar hijos de Atenea? ¿Dónde está la gloria divina, el honor del guerrero aqueo o solo es ultraje y saqueo?

—No la escuches, es loba astuta, solo pretende arengaros a un desafío innecesario para nuestros designios... ¡Acaba con ella! —gritó Iris

Clearco volvió la vista, preocupado, viendo los rostros cansados de sus soldados y la humillación en sus almas guerreras. Entonces

cruzó la mirada con los oscuros ojos de Atenea, que, altiva y seria, en la distancia, sentía cada palabra de Hipólita como si de una puñalada se tratara. Y reaccionó rápido tratando de agradarla en los honores y artes de guerra que tan alta estima tenía.

—Hija de la luna, aceptaré el desafío y uno de mis hombres acabará con tu vida; pues no dudes que cualquiera de ellos podría hacerlo sin esfuerzo alguno. Pretendes tu sacrificio para salvar a vuestro pueblo, ello te honra más allá de la batalla y no seré yo quien no respete el valor que demuestras. Pero no serán dos días, ni uno: cuando vuestra sangre colme la caliente tierra, Tribada será nuestra y vuestra gente partirá solo con aquello que pueda acarrear en sus manos y sin arma alguna.

Atenea calmó su rostro ante aquellas palabras y por primera vez en toda la expedición, le dedicó una sentida sonrisa a Clearco, el cual no pudo reprimir su satisfacción asintiendo como señal de debido respeto, recordando placeres olvidados. Iris se sintió impotente, consumida por la rabia, deseosa de un rápido ataque que acabara con la resistencia de Tribada.

—Altivo general, no podemos aceptar vuestras exigencias, pues es nuestro deseo honrar a aquella que muera en la lucha si así ha de ser. Mas añadiré al desafío que serán tres los valientes soldados que vencerá mi guerrera. Solo pido que, si cae, respetes la palabra dada y que, si los dioses nos sonríen en esta empresa, des por terminada la batalla —respondió Esmirna.

El comandante mantuvo su sonrisa, saltó del carro y se acercó hasta ella. La cual descabalgó al verlo acercarse y apenas quedó a un pie de distanciaba de su brazo.

—Mucho me han hablado de vosotras, asesinas de hombres os llaman mis hermanos atenienses. Yo soy de Micenas... Pero no, no sois las salvajes hembras que esperaba hallar. Me sorprende vuestra valentía y el tono de vuestras palabras. Eres mujer orgullosa y hablas con sabiduría: yo respetaré mi palabra y con el sacrificio de tu guerrera la gente de Tribada podrá abandonar en paz la ciudad. Nadie podrá decir que un soldado aqueo tuvo temor a enfrentarse en desafío digno a una hija de la luna —sentenció el comandante.

—Sea pues y recordad cuando marchéis, como consuelo..., que aquí no hay oro y bien cierto es —apuntó Esmirna.

Capítulo 25

EL REGRESO DE EMPUSA

Entre las arqueras de Tribada, que permanecían pendientes de cuanto ocurría en las filas aqueas, apareció Imperia con prisas y con una espada en la mano. La seguía de cerca la divina Europa, que en su confusión íntima había sido incapaz de encontrar el momento oportuno para hablar con Sarko y partir de Tribada. No podía dejar a su suerte a Hipólita, su alma y corazón se lo impedían.

—¡Ha aceptado el desafío de honor! —exclamó Europa, satisfecha.

—Solo falta que cumplan su palabra cuando Hipólita acabe con ellos —dijo Sarko, tomándola del hombro.

Europa se volvió preocupada y vio como llegaba hasta ellos Flor de Invierno, con los ojos abiertos como platos, serena ante aquel día de muerte segura y con una daga tensa en la mano. La vio deseosa, en su mirada destilaba muerte; eran los ojos de una guerrera, no los de una inocente doncella. Recordó las palabras de la mismísima Atenea: «me traes el bien y el mal», entonces supo quién era en verdad la esbelta jovencita de rubia melena. Y le puso la mano en el hombro.

—Hoy demostrarás que no me equivoqué al salvar tu vida y que los tuyos te importan... aunque no te quieran —le dijo.

Empusa, sorprendida ante aquellas palabras, ladeó su melena rubia, cruzó su mirada altiva, desafiante, y le gruñó un extraño siseo.

—Lo sé, no todos te odian. Íbero te quiere... e Imperia... Incluso yo, pequeño demonio —sonrió Europa.

Empusa la observó con cierto consuelo, con desconfianza.

—La lucha va a empezar —aseguró Sarko, desviando la atención de ambas jóvenes, que clavaron su mirada al frente.

—Bien, espero —dijo Hipólita, desafiante.

El silencio recorrió las tropas aqueas, ni un solo hombre dio un paso al frente. Un murmullo recorrió las filas de valientes mujeres.

—¡Cobardes!— gritaron algunas de ellas, seguras del arte de su divina reina.

Un enorme guerrero de gigantes carnes, musculado pecho y pequeña cabeza dejó caer su larga lanza al suelo y se acercó, meciendo una gran porra de afiladas púas, hasta llegar a la altura de Hipólita, que apenas le llegaba al ombligo.

—Mi general, yo lucharé..., a cientos maté —saludó a su comandante.

—Sea pues —respondió Clearco—. No la hagas sufrir, acaba rápido. Nuestra gloria será hacernos con Tribada sin derramar más sangre que la suya —sentenció, apoyando sus brazos en el carro para ver la lucha.

El brutal guerrero fijó su mirada en Hipólita, que le espera templando la espada de Ares por encima de la cabeza y estirando el brazo hacia delante; cual escorpión que alza su aguijón envenenado, sin temor alguno hacia aquella mole bronceada, de grandes piernas y acorazado pecho. Y se lanzó sobre ella lanzando un diestro golpe a la par que gritaba con fuerza y su capa ondulaba en la tórrida brisa. Pero no halló presa donde ahondar, sino el frío metal que rasgó su brazo. Hipólita se giró tan rápido que esquivó el ataque y, dando un golpe al aire con su mano firme, sujeta a la espada, penetró en la coraza, cortó en el pecho e hirió el brazo del aguerrido aqueo. El cual, sorprendido, se echó la mano a las heridas, notando la sangre correr entre sus dedos. Con henchidos ojos golpeó de nuevo una y otra vez a la brava guerrera, que no solo esquivaba sus golpes con destreza ante el asombro del comandante y sus tropas, sino que le respondía con una fuerza increíble.

Aquel gigante miró desconcertado a brava guerrera que, tan diminuta ante él, dando un paso atrás volvió a adoptar una pose de defensa, sin apartar la mirada de sus ojos incrédulos. Se volvió hacia aquel frente de mujeres que jaleaba su derrota. Sintióse humillado, se giró hacia su general y apretó los dientes con un mugido.

Clearco, tan fascinado como preocupado por el sino de la lucha, asintió dando un pequeño golpe hacia delante con la cabeza, instándole a que acabara con ella.

—¡Mata a esa loba! —gritó Iris.

El fornido guerrero se pasó la gran porra de mano a mano, por dos ocasiones, observando a aquella mujer que parecía no haberse inmutado en la lucha, que había herido su pecho, orgullo y brazo sin esfuerzo alguno. La brisa le alzaba los cabellos al aire tímidamente, mientras el sudor le recorría la frente.

—¡Muere! —gritó el aqueo, con furia, saltando al aire y levantando su enorme arma de púas.

Hipólita se ladeó hacia la izquierda y lanzó un golpe cruzado hacia la derecha conforme esquivaba el ataque: la espada de Ares ahondó, de lado a lado, en el vientre del guerrero, que cayó rodando, sujetándose las entrañas con sus manos y apretando con fuerza su rostro contra el suelo, envuelto en horribles gemidos de agonía.

Un enorme griterío resonó entre las hijas de la luna y un silencio atónito recorrió las filas aqueas. Atenea levantó sus cejas, con la boca entre abierta, sorprendida ante tal arte en la batalla, admirada por aquella guerrera de larga melena negra, su desconocida sobrina.

—No eres mujer cualquiera... ¿quién eres? —preguntó Frixo.

—¿Era éste vuestro guerrero más poderoso? —preguntó Hipólita, ignorando al general aqueo y dirigiendo sus palabras hacia el comandante.

Luego fijó la mirada en Frixo y le mostró la hoja ensangrentada de su espada.

—No creo —le dijo con tono suave—. Ahora saldrá en verdad de entre los aqueos el más fuerte, pues ya no confiáis tanto en una fácil victoria y pondréis ante mi espada al mejor de ellos..., cobarde.

Y dio un golpe al aire con la espada: la dejó resplandeciente, limpia de sangre, manchando el rostro de aquel general, hiriendo su orgullo.

—Yo lucharé, hembra aguerrida; domaré tu bravura con mi espada —espetó Frixo.

—¡Frixo! ¡Deja la lucha para el más laureado de los nuestros! ¡No caigas en tamaña provocación! —exclamó Clearco.

—No os preocupéis, general. No lucharé contra un desvalido herido. Que limpie la sangre que mancha su vientre... —aseguró Hipólita ante la desidia de Frixo y emplazó a un nuevo contrincante.

Un capitán micénico avanzó con paso firme, protegido por su yerno adornado con apiñados dientes de jabalí y una reluciente coraza tallada de leones; envuelto en una agitada capa roja, con su larga pica en la mano derecha y un ancho escudo de madera, remachado de reluciente bronce, en su hombro izquierdo. Se dirigió hacia Hipólita con una mirada mortal, agilizando el paso conforme se acercaba a ella. El silencio se hizo entre las filas de las hijas de la luna y una algarabía triunfante resonó en las columnas aqueas que gritaron al unísono su nombre.

—¡Cicerón, el campeón! ¡Cicerón, el campeón!

—Cicerón es el más diestro de nuestro hombres, nada podrás contra él. ¡Prepárate a morir! —exclamó Clearco con orgullo, a la vez que su capitán le saludaba.

Hipólita no esperó a su oponente, sino que por el contrario agilizó su paso hacia él hasta alcanzar la carrera. Los aqueos asistían asombrados ante la valentía de aquella mujer. Atenea observaba incrédula

la lucha al igual que Iris, Clearco y su guardia. Esmirna se mostraba fascinada ante aquel lance y por el coraje de su hermana.

—A por él, mi divina reina... Demuéstrales quién eres, quiénes somos —murmuró.

Hipólita saltó sobre aquel aguerrido capitán, lanzando un grito aterrador y un brutal golpe con su espada que partió la pica micénica, atravesó el escudo y le destrozó la vida. Parte del casco de aquel guerrero, quebrado, la parte superior del cráneo y algunos dientes de jabalí cayeron a los pies del comandante aqueo.

—¡Es Hipólita! ¡Mátala! —exclamó Iris.

—¿Hipólita? —preguntó Clearco, tan fascinado como enojado.

Las filas aqueas se abrieron y surgió la diva de pálido rostro, ojos negros y largos cabellos; con su yelmo adornado con crines de león y una larga lanza de aderezado cedro en sus manos. Cruzó la vista con Hipólita y sus ojos oscuros, sin pupila ni expresión, se clavaron en los de ella como dagas.

—Dios de la guerra, diosa del amor... Acabaste con muchos de los nuestros en las guerras de Poseidón. Los que partieron en busca de gloria y oro por las tierras desconocidas de Occidente jamás regresaron, sin embargo hasta Ática llegó tu nombre.

—Nada se les había perdido en aquellas tierras, buscaron y encontraron... muerte.

—Siempre me intrigó saber de esa reina, hija de Ares y Armonía, que pudo acabar con semejante ejército.

Hipólita blandió su espada ante la lanza amenazante.

—¡Una guerrera entre los altivos aqueos! ¿Tú serás la tercera en caer? Créeme, me es grato ver que una mujer es la más poderosa de los hijos de Atenea, creía que entre estos machos solo vivían hembras domadas —apuntó Hipólita.

—Yo soy Atenea... ¿Me crees hembra domada? —habló la divina, con voz alta y dando un paso al frente.

Hipólita, aunque ya lo había imaginado, constató aquella realidad con cierta inquietud. Pero lejos de amedrentarse, templó la espada de Ares, haciendo un círculo sobre ella misma.

—El sol empieza a caer —contestó.

Por un momento, ambas se miraron en silencio; solo el movimiento de sus cabellos al viento daba vida a aquel atardecer, donde dos grandes guerreras se encontraban cara a cara en una lucha a muerte.

—¿Estarás a la altura de una diosa? —preguntó Atenea.

—¡No podrá con ella! —exclamó preocupada Europa, abrazada a Sarko.

De pronto, se liberó de sus brazos y corrió hacia las columnas aqueas, donde se hallaba la lucha.

—¿Dónde vas? No, Europa, no —gritó Sarko, cojeando rápido tras ella.

No pudo seguirla, cayó al suelo maldiciendo su cojera, viéndola alejarse.

La divina de ojos de lechuza lanzó una y otra vez diversos ataques sobre Hipólita, que se esforzaba en esquivar el arte de la lanza aquea. Pronto sintió el frío metal rasgar su piel, un fino corte en el brazo le hizo ver que no luchaba contra un guerrero más, sino contra una divinidad en verdad y, dando dos pasos atrás, empezó a dejar espacio entre las dos, el suficiente para esquivar los golpes de aquella pica que buscaba sus carnes sin tregua. Atenea acortó distancias con golpes laterales que la acercaban a su presa; hasta que, viéndola a su alcance, le lanzó una estocada a la frente. Con un rápido movimiento, Hipólita giró la cara, agachándose. No pudo evitar que la mortal pica le rozara la cabeza, arrancándole un mechón de su negro cabello y propinándole una pequeña herida.

Sin tregua, Atenea le lanzó otro golpe, directo al corazón, que esquivó apurada, tumbándose hacia atrás con fuerza, viendo como aquella lanza pasaba por encima de su vientre, de su pecho, cómo destellaba el reflejo de la punta de bronce sobre sus pupilas. Mientras caía, alzó rápido el brazo agarrando el asta de la lanza con su mano y estiró hacia ella, haciendo perder el equilibrio a la divina guerrera; la cual dio dos pasos al frente en falso. En ese momento, Hipólita se rehízo y golpeó con su espada el asta, partiendo el duro cedro en dos.

La diosa aquea, sorprendida, dio un paso atrás, tiró el asta de la lanza hecha estaca a un lado y miró a Hipólita. La cual recuperaba su posición de armas, alzando la espada, resoplando su esfuerzo. Por la frente de la valerosa reina, un fino hilo de sangre descendía de la herida de la cabeza, montándole la ceja y manchando sus mejillas, llegando hasta el mentón, goteando al suelo. Atenea desenvainó su espada y el metal resonó alto en el choque, fuertes destellos saltaron como chispas ardientes.

La incerteza del destino de aquel singular combate colmaba de inquietud a las hijas de la luna, los aqueos daban por segura la victoria. La joven Europa corría acercándose a la batalla. Imperia y Empusa se miraron preocupadas, rápidamente montaron en sus caballos y cabalgaron tras Europa, con la intención de rescatarla de su locura o de ayudarla en su ímpetu.

Una exclamación recorrió las formaciones de soldados y de guerreras cuando, en una ágil cinta, Hipólita logró rozar el pecho de Atenea, ahondando en su coraza resplandeciente. La sangre manchó el peto de

la diosa ante la sorpresa de todos los aqueos y el furor de las valerosas guerreras.

—No puedes negar la sangre de Ares que colma tus venas. Eres fuerte, sí. Nunca en batalla alguna tuve que desenvainar mi espada..., ni pude ver mi propia sangre. Sí, eres rival digna; pero, ¿lo suficiente? —preguntó Atenea.

Y, volviéndose rápidamente, golpeó a Hipólita en el rostro con el puño, haciéndola caer. Atenea anduvo hacia ella y le lanzó dos estocadas que, solo girando sobre ella mismo en el suelo, pudo esquivar. Logró alzarse, saltando hacia delante al tiempo que el filo de la espada de la diva rozaba su espalda.

—¡Aaaaahhhhh!

—¿Acaso pensabas que podías vencer a una divinidad en verdad? —preguntó Atenea.

Hipólita la rodeó, sin bajar la guardia, esperando su ataque, llorando en silencio el dolor que la consumía. Notaba el calor de su propia sangre, que parecía hervir en su interior, quemar su acelerado corazón con cada latido.

Un golpe bajo y una rápida respuesta, las afiladas hojas quedaron de nuevo cruzadas. Atenea tomó de su cinto una daga, pero Hipólita se percató del gesto y la agarró por la muñeca cuando la punta rozó su vientre. Entonces, se tiró hacia atrás arrastrándola sobre ella y, posando los pies sobre su pecho, la despidió al aire, cayendo la diva de cabeza, lastimándose el cuello.

Atenea fue a levantarse cuando sintió la punta de la espada de Ares sobre su pecho, atravesando el bronce, penetrando un dedo en sus carnes, cerca de su corazón. Sus manos asieron rápidamente la hoja, sangrando ante el corte, frenando su camino. Dando un fuerte grito, sus ojos se tornaron por completo negros a la vez que las serpientes de su capa parecían adquirir vida. Poco a poco, fue venciendo la fuerza de Hipólita y sacó la espada fuera de su carne y peto. Con un fuerte golpe lanzó a reina guerrera hacia atrás y se irguió violentamente, estiró su cuerpo, altiva, y abrió las manos para observar el profundo corte que aquella hoja le había producido.

—Esa espada... —susurró, mirando a Hipólita con cierta intriga y temor.

—Es la espada de Ares, la de tu amado hermano, mi padre —le espetó saltando sobre ella.

Atenea cruzó su arma al aire, repeliendo el ataque. Y notó cómo su hoja de bronce se quebraba y un profundo corte crujía su coraza y pecho. De inmediato recibió un duro golpe de puño, que impactó en su rostro, lanzándola varios pies atrás. Cayó rodando por la tierra seca y quedó conmocionada, con la vista nublada.

—Voy a acabar contigo y con esta guerra sin sentido —aseguró Hipólita mientras avanzaba decidida hacia ella.

Iris lanzó con fuerza una jabalina sobre Hipólita que se hundió en su espalda, hiriéndola en el hombro y la clavícula. La reina de las hijas de la luna retrocedió y cayó de rodillas.

Atenea lanzó un horroroso grito y, encolerizada, hundió su vista sobre Iris, pues con su intervención había roto el pacto de gloria entre guerreros: habían perdido el desafío.

—¡No! ¿Cómo te has atrevido? —preguntó odiosa.

—¡Te iba a matar, divina o no! —le espetó Iris, justificándose, con rabia.

—¡No hubiera podido conmigo! ¡Les has dado la victoria! —gritó amenazante.

Atenea avanzó hacia el carro de guerra, decidida contra Iris. Pero notó un mareo, por un momento se le nubló de nuevo la vista y sintió el calor húmedo que manaba de su hombro y de su pecho, que bañaba su vientre descendiendo por los muslos. Miró la herida de sus manos, de la cual no paraba de brotar sangre.

—¡Mátala! ¡Aún está viva! —exclamó Iris.

La divina guerrera volvió la vista hacia Hipólita, corrió y templó la quebrada hoja de bronce, buscando su vida.

Una tremenda explosión lo impidió. El suelo tembló y una nube de humo enrareció el ambiente con un fuerte olor a azufre. Atenea cayó al suelo con el impacto en su vientre de un rígido bastón de madera.

—Divina guerrera, hija de Zeus, ¿cómo puedes tú mancillar el honor de un desafío? —preguntó Europa, situándose frente a ella.

Imperia y Empusa cabalgaron rápido, llegaron hasta Hipólita y, tomándola entre sus brazos, la alzaron sobre Zaino. Esmirna tomó las bridas del caballo y galopó hacia Tribada. Evainia y sus bravas descargaron sus saetas contra los guerreros más cercanos que emprendían la carrera hacia ellas, protegiendo la huída de las dos reinas.

Lanzando sus venablos, los guardias de Clearco corrieron a por las dos guerreras, que saltaban sobre sus monturas. Una lanza se hundió en el cuello del caballo de Imperia y la joven rodó por tierra, lastimándose la pierna izquierda contra una roca.

Uno de los guardias saltó sobre ella, golpeando por dos veces fallidas el suelo con el bronce de su pica. Imperia esquivó las punzadas sentada en el suelo y, arrastrándose hacia atrás, desenvainó la espada y la hundió en el vientre de aquel hombre. Entonces vio el destello de una pica abatirse sobre ella y se vio muerta. Una fuerte patada al aire impidió su fin: aquella joven doncella, frágil e inocente, la amiga indefensa

de Íbero, había golpeado duro en la espalda de aquel guerrero con un ágil salto, haciéndole caer y fallar en su estocada mortal.

Empusa, con un rápido movimiento, arrancó del caballo la lanza y la hundió en el vientre del guerrero, giró la muñeca gritando al aire un ronco silbido. Luego irguió su rostro manchado de sangre y cruzó la mirada con Imperia, que la observaba perpleja; más cuando la vio dirigir su pica contra ella y dudar por un momento.

—¡Flor, cuidado! —exclamó Imperia.

Otro guerrero se lanzó sobre ella, pero una ágil cinta bastó para esquivarle y hundirle en el pecho la pica mortal. Sin apenas inmutarse, Empusa desarmó y eventró al último guardia que se echaba sobre ellas. Acto seguido le ofreció su mano a Imperia y la ayudó a incorporarse. Las dos muchachas cruzaron sus miradas, al quedar al descubierto que no era en verdad una inocente joven muda.

Atenea, herida en su orgullo y cuerpo, saltó sobre Europa, atenzándola con sus manos ensangrentadas el cuello y agitándola al aire.

—¿Cómo te atreves a dirigir tus artes contra mí, ninfa maldita?

El silencio las embargó. Atenea la miró de soslayo con ojos asombrados, posando su mano sobre el vientre de Europa, dejando una estela roja con su caricia.

—¡Has roto la maldición! ¡Hay vida en ti! —exclamó.

Y le lanzó una tremenda puñalada en el costado. Europa abrió la boca soltando al aire un angustiado gemido. Atenea apretó su puño, ahondando, y la lanzó hacia atrás. Acto seguido irguió la cabeza buscando a Hipólita y vio volar numerosas saetas, rápidamente se cubrió tras un ancho escudo que arrancó a uno de sus lanceros.

—¡Empusa! —exclamó Iris, al ver a su hermana.

Imperia la miró asombrada, comprendiendo quién era en verdad y su destreza mortal. Empusa, la terrorífica reina de Tribada, amante de sangre, dada por muerta y olvidada por todos, no solo estaba viva, sino ante ella.

Empusa saltó ágilmente sobre la parte superior del armazón de la carrocería, desplazó al auriga con un duro puntapié en el rostro y hundió la lanza en el pecho de Iris, con tal fuerza que la pica le partió las costillas y la atravesó por completo, quedando postrada en el cuero del carro. Y saltó al aire, curvándose hacia atrás, para esquivar el bronce mortal de Clearco, que presto llegaba a defender a su amada.

Imperia negó con la cabeza y, dando sentido a lo que veía, corrió entre sollozos de dolor y rabia, con una mano en su pierna y en la otra esgrimiendo la espada. Se echó sobre Europa, que yacía en tierra, inerte, llorando mientras moría.

Empusa saltó hasta ellas y tomó de la cabeza a Europa, lanzando agudos silbidos, tratando de reanimarla. Con un gesto de rabia, pasó el hombro de la divina por encima de su cuello y apremió a Imperia para que le ayudara. Y ambas salieron corriendo con el cuerpo de Europa.

Las arqueras de Evainia descargaron sus flechas contra el frente aqueo, cubriendo en su huída a las dos jóvenes e impidiendo una rápida persecución. El cielo se nubló de nuevo de saetas, que cayeron rápidas como una alargada sombra mortal tras los pasos de Imperia y Empusa, sobre la columna aquea, atravesando escudos, produciendo graves estragos en sus filas, mientras cuatro guerreras galopaban al rescate.

Clearco saltó de inmediato sobre Iris, escupiéndola su rabia, cubriéndola con su escudo, llorando su angustia bajo la lluvia de dardos.

—Mi reina... Mi amada reina. ¡No! —susurró con tiernas palabras mirándola a la cara, sin saber qué hacer, sufriendo su agonía, resistiendo firme el pacto de los dardos.

Iris, con los ojos entreabiertos, le sonreía con pena en sus hermosos ojos, balbuceando palabras envueltas en golpes de sangre.

—Marcha de este infierno... No hay oro... Lo siento tanto... Pitia se equivocó...

—Mi amada reina, nunca me importó ese oro, ni crear un imperio para ti... Solo pretendí tu amor... Podríamos haber sido tan felices en Micenas...

—Te quiero —respondió Iris, cerrando los ojos.

Murió comprendiendo con tristeza que nunca necesitó de aquel reinado que ansiaba para satisfacer a su hombre, para llenarle de gloria y colmar sus ardores guerreros de hijos herederos de un imperio. Un fuerte grito de rabia resonó en todo el valle. Encolerizado, Clearco gritaba una y otra vez su angustia, abrazando a su amada con fuerza, maldiciendo a los dioses.

Las arqueras descargaron miles de flechas, alternándose las guerreras de Temiscira con las valientes de Tribada. La lluvia de dardos no cesó en largo tiempo. Cubiertos bajo grandes escudos que no impedían heridas, los aqueos resistieron el envite sin apenas poder ver qué acontecía fuera de sus cerradas formaciones.

De pronto todo paró, el comandante aqueo asomó el rostro desplazando su ancho escudo y vio que aquellas mujeres habían desaparecido. Observó con rabia cómo su auriga surgía bajo el lado derecho del carro y le asestó un brutal golpe con el puño en la cabeza, saltándole las sienas.

—¡Cobarde! ¡La vida de tu reina debías proteger! —exclamó antes de golpearle de nuevo hasta matarle, haciéndole responsable de su horrible desgracia.

Clearco se deshizo de la capa y cubrió con ella cuerpo de Iris, saltó del carro y anduvo sobre el barro púrpura. Observó los caballos, flechados y en agonía, y anduvo consternado junto a la divina Atenea, con el pecho manchado de la sangre de su amada y las manos con la del auriga.

—¡Esa mujer ha mancillado nuestro honor con su venablo! ¿Dónde está? —le espetó la divina, ignorando lo acontecido.

Clearco dio un paso atrás, amargado su corazón, callando sus palabras, guardando el secreto de Iris y la miró altivo, como jamás hubiera pensado.

—¡Muerta! —exclamó, recuperando el paso—. Los dioses se han burlado de mí, me prometieron una reina, un imperio... y me han abandonado como a un perro. Cientos de corazones arranqué, hecatombes realicé, de gloria y sangre les colmé... Atenea, ¿por qué?

La divina le observó altiva, pero no encontró palabras.

—Pitia auguró que el heredero reinaría de la mano de una gran reina y que su estirpe erigiría un imperio de honor como nunca nadie conoció... ¿Este es el imperio prometido por los dioses? ¿Este maldito desierto y la sangre que lo baña? ¿Y es ésta mi reina, el cuerpo de mi amada sin vida? —gritó Clearco.

El comandante aqueo se volvió lentamente y atendió a Frixo que, lastimado, maldecía entre suspiros bajo dos grandes escudos y un lancero cubiertos de saetas. Luego, anduvo, pausado, observando cómo sus tropas se recuperaban, escuchando los gemidos de los heridos y el silencio de los muertos. Observó a Atenea y, con un marcado gesto de angustia, le dio la espalda y regresó en busca del cuerpo sin vida de su amada.

La divina le siguió con sus ojos negros y, viendo la pena que arrastraba, frenó la ira. Y sonrió al ver que el Clearco que ella conocía, el León de Micenas, había regresado tras la muerte de Iris. Notando una punzada en su costado, cerró los párpados notando el dolor de sus propias heridas, la sangre caliente sobre su tersa piel, y giró su vista hacia Tríbada.

—Esa espada... ha de ser mía —susurró con malicia.

Capítulo 26

SITIADAS

En Tríbada, en el palacio, templo de Artemisa, se hallaban reunidas las reinas y capitanas de las hijas de la luna; inquietas por el resultado y porvenir en la guerra contra el ejército de Clearco. Hipólita, seria, se encontraba tendida boca abajo sobre una mesa de blanca piedra, altar de sacrificios a los dioses, con el torso desnudo y soportando las curas de su herida.

—Vendrán al alba —aseguró con un lamento.

—¿Estás segura? —preguntó Esmirna.

—Están saciándose de agua y grano, cuidando sus heridas, honrando a sus muertos... organizándose. Después, descansarán y, con el canto del gallo, vendrán. Otra cosa no les permitiría ventaja alguna sobre nosotras. Debemos preparar nuestras fuerzas para asestarles un último golpe antes de partir, es necesario. Hemos de impedir que mañana salgan del Desolado, hay que conseguir más tiempo para Antiope y Huzzia.

—No quedan saetas que lanzar, solo venablos; las usemos todas en el Desolado. Tendremos que luchar cuerpo a cuerpo —apuntó Antianira.

—Podemos cargar por sus costados con nuestra caballería pesada. Pero son miles, acabarán por vencer aunque destrocemos a cientos —aseguró Esmirna.

—No presentaremos batalla en campo abierto, atacaremos en la oscuridad, en cuanto mis heridas estén limpias —asintió Hipólita.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida Evainia.

—Ahora —confirmó la divina reina—. No nos esperan. Hemos de impedir que se alcen descansados y prestos para la batalla.

Hipólita se sentó en la dura piedra, posando sus manos en la cintura y arqueando la espalda hacia atrás con un pequeño gemido. Dio un salto y tomó un delicado chitón blanco que dos jóvenes guerreras le ofrecían y con el que se cubrió.

—Traed a nuestra joven reina ante mi presencia —ordenó.

En el campamento aqueo los preparativos continuaban a manos de unos, mientras otros descansaban la fatiga del día, limpiaban heridas y se recuperaban como podían. La luz de una tenue llama salía de la tienda de armas, donde se hallaban reunidos los mandos aqueos.

—Marcho, lo he decidido —aseguró Clearco, melancólico.

—¿Abandonamos? —preguntó Frixo con incredulidad, con su vientre vendado y apoyado en un efebo de hermosa talla—. Pero, ¿y el oro? ¿Y Tribada? —preguntó Frixo.

—Ya no me interesa —respondió el comandante, de forma parca.

—Muchos han muerto, nuestros gloriosos guerreros no pueden volver con las manos vacías —insistió el general de Argos.

—Volverán con vida. Hemos conseguido riquezas asaltando decenas de pueblos salvajes, además disponen en sus naos del botín de Cnosos.

—¿Hablas en serio?

—Sí, es mi deseo marchar, olvidar esta trágica empresa que se ha llevado la vida de mi amada reina.

—Mi deseo es continuar con la contienda y no soy el único; no entendemos la decisión de nuestro comandante —expuso Frixo—. Las visiones de Pitia son siempre futuro cierto, otra reina hallaréis entre las bravas... Quizás domes a la mismísima Hipólita, herida está.

—Te entiendo, solo buscas oro, gloria y placeres. Eres joven y audaz, no ves más allá de tu orgullo y ego. Has puesto los ojos en Esmirna, esa mujer de rojos cabellos y, sin duda, tuya será. Pero perdimos el desafío, hemos de marchar o seremos presa de la ira de los dioses.

La divina Atenealadeó la estera que colgaba de la entrada. Miró por un momento, antes de entrar: en una mesa hecha de maderos trenzados, sobre lana y cueros, el cuerpo de Iris descansaba envuelta en una capa azulada; y avanzó hacia el interior. Una larga túnica cubría las heridas de su hombro y pecho, un vendaje manchado de rojo oscuro sellaba cada una de sus manos. Era mujer hermosa y deseada sin sus vestimentas y armas de guerra; entonces, de respeto y deseo se colmaban sus generales.

—¿Buscabas su oro? —preguntó dirigiéndose con voz clara a Clearco.

—No. Me conoces, nada me falta en Micenas. Solo perseguí el sueño de una pitonisa, mi más horrible pesadilla.

—¿La amabas en verdad?

—Sí.

La divina se acomodó felina, ignorando a todos los presentes, y observó a los ojos de Clearco. Parecían vacíos de vida, colmados de

llanto. Volvió a fijar la mirada en el cuerpo de Iris y su corazón se revolvió de alegría, mientras mostraba una expresión amarga y de pesar en el rostro.

—Debemos atacar en cuanto andemos repuestos, al alba; hacernos con las riquezas de Tríbada —apuntó Frixo buscando la complicidad de Atenea y los capitanes presentes.

—No creo que mintieran, aquí no está el oro de los faraones —asintió Clearco.

—¿Cómo no? Nos haremos con el oro y vengaremos la muerte de Ajax, Leónidas... la de la reina Iris de Lesbos, vuestra amada —insistió Frixo.

—Muchas guerreras han muerto, nada hay que vengar —contestó el bravo comandante—. Nosotros lloraremos nuestros muertos, ellas llorarán los suyos.

—¡Mañana al alba atacaremos! —aseguró Frixo.

—Anda con ojo de lince, observa: no están en el campo de batalla, solo sus centinelas nos vigilan. No vimos un alma en las haciendas, ni niñas ni ancianas, solo guerreras ¿Y los hijos de Poseidón? ¿Qué fue de ellos? En cuanto os acerquéis se marcharán, nada las retiene, no lucharán cuerpo a cuerpo. Seguro que te esperan más sorpresas. No esperarán al alba, saben lo que se hacen —les previno Clearco.

—No es una guerra formal a la que nos estamos enfrentando, lo he comprendido. Pero ahora las tenemos ahí, idearemos una estrategia, podemos vencerlas en su terreno —expuso el general argonauta.

—No, no creo... —susurró Clearco.

—Marcharás solo, las columnas de Argos se quedan —sentenció Frixo.

—Y las de Lacedemonia, vengaremos a Ajax. Saquemos a esas lobas, sus pieles adornarán las naves en nuestro regreso —se unió el capitán espartano.

—Y las de Atenas, no marcharemos sin gloria ni oro; y si aquí no se halla, iremos a Temiscira —se sumó el capitán ateniense.

—Creo que ya no hay tiempo para Temiscira, es posible que lo perdiéramos en el Desolado y en el día de hoy, batallando. Las lobas retrasaron demasiado nuestra marcha, Huzzia ya sabrá de nosotros... Es hora de regresar —aseguró Clearco.

—¿Dónde puede hallarse el oro? —se preguntó Frixo, dejando clara su intención de quedarse, ignorando por completo las palabras del comandante aqueo; considerándolo ido—. Ellas me dirán dónde está.

—Avisadme cuando las columnas de Micenas estén preparadas y de agua bien cargadas, que no se retrasen en demasía pues es tiempo de partir, antes de que el sol abra nuestros huesos —ordenó Clearco, dirigiéndose a sus capitanes—. Yo soy Clearco, general de Micenas,

comandante aqueo, hombre de honor y gloria en la batalla: respetaré el desafío, el venablo de mi amada Iris les dio la victoria y evitó que la divina Atenea regresara al Olimpo. Cumpliré mi palabra, no deseo ofender a los dioses, en vuestras manos queda Tribada si así lo deseáis. Ahora salid de mi aposento, quiero estar solo, velaré a mi amada hasta que llegue el momento de partir.

—¿Clearco, no te reconozco! —exclamó Atenea, acercándose a él de soslayo, mientras los mandos salían de la tienda.

—Soy el mismo —le contestó, pasando las manos sobre la cabeza, con una exhalación profunda.

—¿Tanto te cambió esa mujer?

—Vivimos una década juntos, teníamos un sueño... Ella ha muerto, yo he despertado. Quizás no me conocías bien, a pesar de ofrecerte una hecatombe y brindarte mi amor.

—Antes solo me amabas a mí... —confesó Atenea al comprobar que se hallaban solos.

—Nunca escuchaste mis cantos, pero te indignaste cuando los dirigí hacia otra mujer. Solo tenías ojos para Ajax, le amabas en silencio; yo amaba a Iris de Lesbos, sabes pues el dolor que me aflige.

Atenea alzó su mirada inquisitiva, sus ojos negros brillaron, nadie se había atrevido a hablarle nunca en ese tono; nadie excepto él.

—Marcha si es tu deseo, entiendo tu pesar. Ella debió armarte mucho en verdad, libró una guerra contra sus hermanas por crear un reino para ti —apuntó, volviendo su mirada sobre aquella mujer que nunca le agradó, pues le había robado el amor de uno de sus gloriosos generales—. Pero no te amó más que yo, bien lo sabes. Por ti regresé del Olimpo, armé un ejército de más de diez mil hombres y lo puse en tus manos... y me abandonaste por esa mujer, profecía o no, tú que gozabas de mi amor —le dijo posándole la mano en el pecho y desplazándolo hacia atrás lentamente.

Clearco se dejó hacer con una reticente mueca. Tan confuso como deseoso de sentirla cerca de él, se acomodó en el lecho de la tienda y observó cómo Atenea se sentaba sobre él, llevándose la túnica por encima de la cabeza y dejando al desnudo su hermoso cuerpo de mujer. Apenas cubierta por los vendajes manchados de sangre, el general acarició con sus grandes manos la blanca y tersa piel de la divina, su vientre liso, sus pequeños senos, su cuello de gacela, sus labios carnosos.

—Atenea... —susurró.

—Siempre me has deseado y en silencio me has amado, lo sé... por mucho que amaras a esa mujer. A mí no puedes engañarme. Tus ojos nunca han brillado tanto, con ninguna otra, reina o no, como cuando los fijas en los míos. Puedes estar con cien mortales, con miles, pero solo con una divina... Eres mío y lo sabes. Mi comandante

arrasará ese maldito cubil de lobas, vengará las vidas de nuestros hombres caídos y les arrancará la gloria de sus entrañas —aseguró Atenea.

Luego, posó sus labios sobre los de Clearco y quedaron fundidos en un largo beso. Con una mano, la divina empujó el torso del general hacia atrás y se dejó caer sobre él, con una exhalación ronca de deseo. Entre gemidos y sudores, ambos se amaron salvajemente, colmándose de gozo y calor ante el cadáver de Iris de Lesbos, que permanecía amortajado a unos pies de ellos, como gloria perdida, como mujer olvidada.

Bien entrada la noche, rendidos, abrazados y jadeando pequeños suspiros de placer, ambos amantes descansaban de la lujuria que les embargaba. Clearco miró perdido a la lona del techo de su tienda. Ahora, bien cierto tenía que no marcharía.

—No hay oro, todo fue un engaño de Iris... —aseguró de pronto.

Atenea no se inmutó, acarició su pecho y lo besó hasta alzarse frente a su boca.

—Nunca lo hubo —confirmó ella.

—Conoceré una nueva reina, quizá en Tríbada la dome.

—Debemos arrasar esa madriguera, somete a sus reinas y haz ciertas las visiones de Pitia.

—Atenea... y si...

—Yo soy divina, no reina... —le cortó Atenea, dejando claro que nunca gozaría de ella como esposa.

—Perdimos el desafío, los dioses nos maldecirán.

—Ya estamos malditos.

—Los mataremos a todos y con sus tripas alimentaré a mis perros... Esa mujer, Hipólita, es gran guerrera. Temí por tu suerte bajo su espada.

El comandante aqueo no dijo nada más, posó sus ojos en Atenea con una mirada sutil y penetrante. La divina guerrera le observó fijamente, satisfecha, y pensó que bien pudiera tener razón: aquella espada la hirió en verdad, podría haber muerto.

—Hipólita quizás no sea divina, pero esa espada... sí lo es —insistió Clearco.

—La espada que hirió mis carnes ha de ser mía.

* * *

En una cálida habitación del palacio de Tríbada, a la luz de dos inquietas antorchas, una hermosa joven cubierta por suave lino, casi transparente, y sentada frente a un reluciente espejo de pulido metal, cortaba con una afilada daga su hermosa melena rubia.

Imperia observaba en silencio; tras ella, cuatro guerreras guardaban la estancia. La tinta azul y verde colmaban dos cuencos sobre una mesa en la que destacaba un hermoso cinturón y varios brazaletes en forma de serpiente, de puro oro.

Cortado su cabello, la muchacha lo tiñó de mechas coloridas y, sobre sus sonrosadas mejillas, marcó dos líneas azules con tinte de humo negro y rosáceas. Se desnudó y se vistió con un chitón corto y una faldilla que apenas cubrían sus tersos muslos, de grueso lino, pardo. Se reforzó con un peto de cuero curtido, sin mangas, ajustándolo sobre sus pechos y espalda. Alzó sus pies sobre un tosco escabel, enfundándose unas sandalias claveteadas, que protegían sus dedos y el tobillo; y las hermosas grebas, altas, bañadas de argéntea. Luego, se colocó los brazaletes y un cinturón que albergaba dos pequeñas dagas con mango de marfil. Flor de Invierno había muerto, Empusa vivía de nuevo.

Imperia la observaba detenidamente, frente a ella, todavía desconcertada. Y pensó: ¿Cómo podía aquella inocente doncella ser la temida reina de Tríbada, aquella mujer sangrienta a la que tanto había odiado y la que ahora le debía la vida?

Empusa anduvo hacia un posado de madera de roble, adornado de tallas y juntas de fresno; sobre él descansaba una diadema de oro, con relieves hermosísimos, adornados de preciosas esmeraldas: la corona de Tríbada. Y la alzó sobre su cabeza, con orgullo.

Europa, joven, hermosa y muerta mantenía en silencio aquella ancha sala del palacio en que se hallaba. Su cuerpo era dejado con cuidado por cuatro guerreras encima del altar de Artemisa. Junto a ella su zurrón y aquel bastón. Hipólita no podía evitar el dolor profundo que la consumía, le pasó la mano por la frente y le acarició la cara. Vio entrar a Sarko, acompañado de Íbero, y su corazón latió con fuerza, un nudo se hizo en su garganta.

Sarko corrió junto a Europa, tomó su mano y lloró desconsoladamente. Miró el rostro embellecido de la muerte y sonrió como pudo, con el corazón en un puño.

—Mi amado, lleva mi cuerpo al mar, solo allí podré descansar y engendrar una nueva vida —resonó en la mente de Sarko.

Asustado, retrocedió un pie ante la sorpresa de Hipólita. Tragando saliva se acercó de nuevo al cuerpo de la ninfa divina, esperando escuchar sus palabras de nuevo, discernir entre la cordura y la locura.

—Poseidón me espera en el azul inmenso, no hay Olimpo para una ninfa maldita. No nos dejes en manos de Zeus, por favor. Hazlo por nuestro hijo... —escuchó de nuevo en su mente y alzó la cara hacia Hipólita, buscando una explicación.

—¿Qué ha dicho? ¿Lo has oído? ¿Qué ha querido decir? —preguntó Sarko con ojos caídos y temblores en el mentón—. Es su deseo que lleve su cuerpo al mar... ¡Me habla de un hijo!

Hipólita con cierta sorpresa ante lo que oía, acarició el rostro de Sarko y miró en torno a ella. Se agachó y besó los labios de Europa.

—Europa te amó como mujer... Debes cumplir su último deseo como divina, solo así será feliz donde quiera que se encuentre —le aseguró ella, tomándole del brazo y acercándose hasta culminar en un sentido abrazo—. Sarko, mi viejo amigo. Yo le hablaré a Menalipa de tu valentía y de honores he de cubrirte. Ahora marcha, dispón de una guardia de lanceros de Atlanta, cumple la voluntad de tu amada, pues a ella mucho le debemos y ha de ser honrada.

Una voz de la guardia llamó su atención.

—Mi señora...

Imperia se acercaba y, tras ella, la inocente doncella muda ataviada de feroz guerrera: la reina Empusa de Tribada había regresado. La mirada de todas las hijas de la luna se clavaron en ella, incluida la de Esmirna que temía por su vida. Muy pocas de ellas la querían; pero todas la temían, pues al lado de Lamia había hecho correr la sangre de muchas bravas, de muchos machos. Su sangrienta fama era tan cierta, como merecida. Sin embargo, aquella noche, ante la divina reina, sus ojos brillaban inquietos como los de una corderilla joven rodeada de lobas.

—Acércate —ordenó Hipólita mientras Sarko se alejaba, confuso y apenado.

Un suave silbido, salido de su garganta, acompañó su paso firme por la sala. Temida y respetada en otro tiempo, Empusa se mostraba confusa y dudaba sobre la certeza de cuanto pudiera acontecer. Imperia la siguió, permaneciendo a dos pasos tras ella.

—¡Europa! Una mujer noble, humilde... y valiente. Luchó por ti, por mí, por nosotras. Lo dio todo, hasta la vida; incluso cuando más deseó vivir, amar... Divina o no, fue mujer —afirmó Hipólita.

Apoyó la mano en el hombro de Empusa y la miró, apretando los labios.

—Ella te salvó la vida, ahora está muerta. Despídela en éste, tu reino.

Empusa se estremeció como nunca viendo la cara pálida de Europa, joven y hermosa, sin vida; y una lágrima resbaló por su mejilla. Puso la mano sobre su pecho y, agachándose, le dio un beso cálido, tierno, en la frente. Dio dos pasos atrás y fijó su mirada hacia Hipólita, que en sus manos mantenía una gruesa manta que envolvía un presente.

—Toma, es tuyo —dijo la divina reina.

Empusa lo tomó con cierta sorpresa, preguntándose qué ocultaban aquellas telas. Desenvolvió el lino y halló, con una exclamación, su afilada espada oriental con la calavera en el mango. Un silbido profundo salió de su boca junto a una sonrisa y una mirada cómplice que no borraba su pena. Tomó la espada y la templó, girándola con rapidez y precisión. La envainó y la afianzó en su espalda, y se volvió fijando la vista en Esmirna, en Imperia y ante todas ellas, hijas de la luna. Acto seguido, se sacó la diadema que la hacía reina de Tribada y la posó con sus dos manos sobre el cuerpo de Europa.

Hipólita posó las manos en las mejillas de Empusa, le besó la frente y asintió dando por buena su acción con la corona. Esmirna sonrió complacida, fue la única. Muchas desearon matarla, pero la paz entre hermanas estaba sellada y todas respetaron la decisión de su divina reina: el ejército aqueo estaba a las puertas, no había pues otro enemigo.

—¡Vayamos a por esos machos! —exclamó Hipólita alzando la espada de Ares.

* * *

Postrado junto a una hoguera, al lado de su tienda y rodeado de sus capitanes, Clearco observaba arder el cuerpo de Iris en una pira. La noche transcurría sin novedad, los hombres descansaban de tan agotadoras jornadas, el agua no faltaba y la calma lo envolvía todo.

—Los espartanos estarán cerca de su objetivo, todo está en calma... —aseguró Clearco.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Frixo.

—Sí, sin duda —contestó Clearco.

—Maldita mujer, faltó poco para que esa loba me arrancara la vida —aseguró el general de Argos pensando en Esmirna y posó la mano en la herida de su vientre.

—Desearán que así hubiera sido —afirmó Clearco, rotundo.

—La quiero viva... —apuntó Frixo.

De pronto, la tierra comenzó a retumbar suavemente bajo sus pies, para ir incrementando poco a poco con el golpeo de miles de cascos.

—¡Ya están aquí! —exclamó Clearco.

En el otro extremo del campamento aqueo, Atenea salió rápido de su tienda, preparada para la batalla. Los momentos íntimos de amor con el León de Micenas habían pasado, sus ojos oscuros brillaron como perlas negras en la noche: tres mil guerreras cabalgaban furiosas con sus venablos templados y las espadas al aire.

—¡Nos atacan! —gritó la guardia.

La caballería pesada de Esmirna fue la primera en irrumpir en el campamento, atravesándolo velozmente, llevándose por delante hombres y tiendas. La fuerza de su carga sin freno atravesaba los escudos aqueos ensartando con sus gruesas lanzas a dos y más hombres, quedando enganchados en el bronce y la madera crujida. Tras ella, sin tiempo para reaccionar, embistió la caballería de Marpesia, ligera, más rápida, lanceando con sus venablos. Finalmente, las guerreras de Pentésilea y de Evainia cortaban y destrozaban vidas con la espada y el labrys, rápidas sin dejar tiempo a la acción.

Atenea saltó armada y pertrecha, descargando certeros golpes con una larga lanza de fresno, buscando la batalla, astillando vidas. Pero las hijas de la luna abandonaron la escena, galopando rápido hacia Tríbada tras la brutal embestida.

—Evitan el cuerpo a cuerpo —murmuró Atenea y limpió de un golpe al aire la sangre que manchaba el bronce de su pica.

—¡Es el momento! ¡Lanzad al aire las llamas! —exclamó Clearco.

Una gran pira iluminó la noche oscura del Desolado desde el campamento, como una gran señal. Al este de la ciudad, las columnas de Lacedemonia, saliendo de su oculto silencio, empezaron a correr hacia Tríbada.

—Clearco tenía razón: no esperarían nuestro ataque, vendrían antes del alba... —dijo satisfecha Atenea—. A pesar de sus caballos, ahora no podrán huir; las tenemos atrapadas entre dos frentes.

—No han usado sus malditas saetas, las agotaron ¡Se acabó su infierno en la distancia! —asintió Frixo.

—¡Es el momento de cerrar la madriguera! —exclamó Clearco, alzando su puño y cerrándolo con fuerza—. ¡Tenemos a las lobas!

Sonó la música de una flauta, con toques marciales, distintivos; y de las tiendas salieron los soldados pertrechos, preparados para el combate y formaron en dos grandes columnas, que se abrieron como un enorme abanico alzando un polvareda blanca bajo la luz de la luna, crujiendo el silencio de la noche con su paso imparable, infranqueable. Por Occidente, avanzaban Clearco y Atenea con las columnas de Micenas. Al norte, les seguían Frixo y sus argonautas, apoyados por los atenienses. Por Oriente llegaban las tropas espartanas, que desplegaron su ejército rodeando cada una de las tres entradas de Tríbada.

La valerosas guerreras entraron veloces en la ciudad, sin ser conscientes aún de que estaban siendo sitiadas.

—¡Rápido! —exclamó Hipólita—. Ya vienen, ¿cómo es posible? ¿No esperan al alba? No pueden haberse recuperado del desierto tan rápido, sufrirán muchas baja...

—Se mueven muy rápido. Tenemos que salir de Tribada o nos aplastarán. Muerta Iris, Clearco no dudará en sacrificar su ejército con tal de aniquilarnos —apuntó Esmirna.

—¡No vi a los espartanos! —dijo Evainia.

—No es lógico tal despliegue, saben que no presentaremos batalla... —dijo Marpesia.

—Nos esperaban. Clearco ha despertado como general —aseguró Hipólita.

—Mi reina, los espartanos, cubren las salidas de Oriente... ¡Estamos atrapadas! —gritó una guerrera de la guardia, corriendo hacia ella.

—No se han preocupado en defenderse ni atacar, sino en rodearnos. ¿Cómo evitaron a nuestra vigías?

—Deben haberse alejado y, luego, desplazado sigilosamente para no alzar polvo ni ser vistos.

—Hemos tardado demasiado en atacar. Creo que ese general empieza a tomarse esta guerra en serio. Me temo que tendremos que presentar batalla —aseguró Hipólita, alzando su vista al este, viendo la estela de polvo que levantaba la columna espartana, que avanzaba con las picas al frente, sobre sus escudos, en formación, cerrándoles la salida de la ciudad.

—Han esperado su momento, nuestro ataque al campamento, para rodearnos sin que huyéramos. Debemos romper ese frente antes de que nos envuelvan totalmente y quedemos sin salida alguna —comentó Pentesilea.

—Los espartanos se han desplegado en tres columnas, cerrando las calles principales de la salida oriental de la ciudad, mi reina. Han alzado sus escudos ante ellos, compactos, y forman una muralla de bronce mortal con sus largas lanzas —les dijo la guerrera—. Han cesado en su avance.

—Si embestimos, muchas quedarán atrás —aseguró Evainia.

—Lo sé, pero si avanzan, debemos intentarlo —dijo Hipólita—. Pero no lo harán, pues muchos de ellos morirían. Creo que ha Clearco sí le importan sus hombres... No pretende atacar, sabe que en esta noche, agotados sus soldados, sería una locura. ¡Solo quería sitiarnos!

Y giró sobre Zaino, volviendo la vista sobre la salida occidental y, acto seguido, hacia el norte. La densa nube de polvo y el sonido metálico que culminaba en cada entrada, le anunciaba que no había salida.

—¿Dónde están Empusa e Imperia? ¿Acaso cayeron? No las veo —apuntó Hipólita, temiendo la suerte de las dos jóvenes.

—¡Huyeron, mi divina reina! —exclamó Marpesia.

—¿Huyeron? No es posible —dijo la divina reina, extrañada, doliéndose de la herida que martirizaba su espalda.

—Mi capitana me ha hecho saber que se internaron a través del desierto durante nuestro ataque, junto a dos lobas, el joven leñador y los lanceros de Atlanta que cubrían la salida del cuerpo de Europa —expuso Pentesilea—. Quizás solo pretendan ayudar a ese anciano en su misión, pues ambas parecían ser muy estimadas por la divina.

—Sí, no creo que huyeran, algo se traman... Ellas son valientes y decididas, no le temen a la muerte y todo por sus hermanas darían, confiemos en ellas —apuntó Esmirna, pretendiendo tranquilizarlas y restando importancia al incidente.

Hipólita la observó alarmada, algo ocurría que ella desconocía y no le gustó. Pensó que Esmirna sabía más de lo que decía. Pero se alegró de ver, hubieran huido o no, a las dos jóvenes y a Íbero fuera de aquella trampa mortal, a salvo de las picas aqueas.

—El tiempo dirá, ahora tenemos preocupaciones mayores —aseguró, dando por concluido el tema, confiando en ellas.

HÉROES

Un grupo de trece jinetes galopaban raudo entre las cárcavas a la luz de la luna, rompiendo el sobrecogedor silencio del desierto; dejaban atrás las atroces tierras del Desolado, dirigiéndose hacia el sur.

Antianira, la que fuera feroz capitana de Ainia la Loba, les orientaba en su camino cierto. Conocedora de la zona, las distancias se hacían más cortas. Empusa e Imperia la seguían con un objetivo en la mente y un paso arrollador que derrumbaría cuanto se pusiera ante ellas. El capitán Mabra, su compañero de armas Gaycar y cinco lanceiros atlantes les seguían fielmente; sin perder la distancia, ni comprender el ímpetu desmesurado de aquellas lobas. Íbero y Sarko galopaban algo más distanciados, con dos caballos de carga y un tercero que portaba el cuerpo de Europa; acompañados por Kivell, la tabernera de rico oyo, ataviada con un largo chitón de lino y pieles.

—Mi reina, debemos parar..., mucho hemos avanzado. ¡Reventaremos los caballos y en nada ganaremos! —exclamó Antianira.

Empusa pasó la mano por el cuello sudado de su montura, notando el calor y la fatiga del animal. Con una mueca de disconformidad asintió y relajó el paso.

—Dice que no es tu reina —aseguró Imperia ante Antianira.

—A cuatro estadios se halla un torrente, alejados estamos ya de las tierras desoladas; es un buen lugar para descansar la fatiga, hay pasto en abundancia y una pequeña gruta —apuntó la guerrera, observando de soslayo a Empusa.

—Sea pues, marchemos al trote. En nada nos conviene forzar las bestias, pues el camino es largo. Descansaremos lo justo... ¡No hay tiempo! —ordenó Imperia.

Íbero y Sarko encendieron una pequeña hoguera y prepararon al fuego largas tiras de salvajina arrancadas a un jabato. Kivell se acomodó

frente a ellos y les ayudó, observando la destreza del joven con su hacha de leñador.

Antianira descargó un fardo de leña y se mantuvo firme, con los brazos cruzados ante ellos. Pero enseguida ladeó su rostro ante el capitán Mabra, que entró en la gruta con su porte marcial, distinguido. Le miró con curiosidad y deseo, recorriendo con la mirada cada centímetro de su esculpido cuerpo. Sabía que era un guerrero respetado entre sus hombres por el valor mostrado en la batalla y la fidelidad a su rey; un hombre en verdad que la trataba como igual, no como los vulgares machos que había conocido y matado. Y le sonrió lasciva, para retomar su actitud seria y discreta.

Mabra, absorto en sus pensamientos, la ignoró de tal forma que provocó el orgullo de la guerrera. Se sentó junto a Íbero y masculló varios dichos sin comprensión. Gaycar tomó entre sus grandes manos una bolsa de pieles y bebió abundante vino; saciado, lo cedió a su capitán y luego, a sus hombres. Cenaron en silencio, si bien las miradas recaían a menudo en Empusa y Mabra, presas del deseo, la curiosidad y el recelo.

—A este paso, por las sendas de Venus, podremos llegar a Beycesultán en un día. Pero mejor serían dos, los caballos necesitan resuello... y nosotras también —aseguró al fin Kivell, propiciando la charla.

—En Beycesultán nos haremos con otros caballos de refresco, más veloces —dijo Imperia.

—No sabemos qué encontraremos en esa aldea. Los aqueos han arrasado todo a su paso, es posible que solo miserias hallemos —apuntó Mabra.

—Capitán, no es preciso que nos acompañes. Tu cometido es guardar el cuerpo de Europa hasta el puerto de Arinna, proteger a Sarko e Íbero —aseguró Imperia.

—Yo sí te acompañaré —expuso Íbero.

—No lo harás, en nada puedes ayudar —se impuso Imperia.

Empusa negó con la cabeza, seria.

—Venus fue asaltada, vosotros, atlantes, fuisteis testigos; a mis hermanas les amputaron los pechos y quemaron a sus hijas vivas, es lo que hallaréis en vuestro camino. Seguro que hay patrullas aqueas controlando su retaguardia. Las sendas hacia Arinna están despejadas, no creo que Sarko necesite tal escolta, algunos de nosotros podríamos acompañaros —expuso Antianira.

—Beycesultán quedó libre del horror aqueo... Allí hallaremos resuello y no tendremos demasiados problemas, aunque seguro que encontramos soldados. Si así lo deseas, posiblemente tengas razón y nos venga bien algo de compañía, pero gente de armas —aseguró Imperia,

alejando al joven leñador de tal posibilidad—. Descansaremos unas horas, hasta que salga el sol. Alejados del abrasador desierto, mejor andar a la luz del día por estos inmensos bosques.

—Sé que quizá no debiera, pero en Tribada luchan mis amadas hermanas... Imperia, ¿por qué nos alejamos de la batalla? ¿No deberíamos enfrentarnos al destino y batallar junto a la divina Hipólita? —preguntó Antianira.

—Deyarina confió en ti para que nos sacaras con premura del Desolado, pues conoces cada camino, cada atajo. Es muy importante para nuestra causa, debemos actuar con rapidez —contestó Imperia.

—¿Qué causa es esa? —preguntó Íbero.

Imperia se levantó, limpió sus manos de la grasa con un harapo húmedo y bebió de un pequeño cuenco de vino, ignorando la pregunta.

—Tengo la impresión de que huimos como ratas, en Tribada necesitarán de todos nosotros. Los dioses no nos lo perdonarán —insistió Íbero.

—¿Lo dioses? —preguntó Sarko, con notable enfado—. Si aquí me hallo no es por la gracia divina, sino por la bondadosa Menalipa que salvó mi vida de aquel oso tuerto y todo le debo. He vivido mucho, quizás el tiempo suficiente para desconfiar de todos los dioses. Tuve tres amores y los tres me arrancaron del alma cuando más amaba, solo desconsuelo me dejan. Son crueles y disfrutan jugando con nuestros destinos...

Íbero quedó en silencio, sin saber qué decir.

—Yo tengo una misión que cumplir, he de cumplir la voluntad de Europa para alejarla de Zeus —prosiguió Sarko—. Créeme, nada me gustaría más que batallar junto a Hipólita. Pero los dioses, esos dioses que alabas, han decidido otra cosa, un destino cruel para mi amada y yo no lo he de permitir.

—Llevo toda mi vida luchando contra esos dioses. Cuenta conmigo, la divina Hipólita me pidió que tus pasos guardara y en ello andaré... Le guste o no a Zeus —aseguró Mabra.

—Ya que no puedo seguir a Imperia, me quedaré contigo, viejo loco... No soy un héroe, pero necesitarás de un joven leñador que te despeje el camino —apuntó Íbero, tocado por las palabras de Sarko.

—Sarko, nosotros dos vamos al arroyo a refrescar cuerpo y mente —dijo Mabra—. La guardia la harán mis hombres, previsto está. Ahora descansa pues de la fatiga, te despertaremos para marchar. Si tienes que enfrentarte a Zeus, más vale que sea con ojos despiertos.

Íbero se apostó sobre un roble de gruesas ramas, observó a los dos guerreros atlantes alejarse hacia el arroyo y a Kivell cómo se enroscaba junto a Antianira, al calor de la hoguera, envuelta en pieles. Sarko limpiaba y acicalaba el cuerpo sin vida de Europa, entre lágrimas

escondidas y palabras inaudibles. Pensó en su amada Imperia y en Empusa. Las vio alejarse juntas, cogidas de la mano, en busca del arroyo. Se habían convertido en grandes amigas, siempre andaban juntas; algo que le desconcertaba tanto como le atraía.

—Flor de Invierno... —susurró el joven leñador, mentando cómo la llamó cuando creyó que era una indefensa doncella, campesina quizás.

Amaba a Imperia, pero pensaba en Empusa más de lo que debía. A pesar de su terrible fama, la joven muda seguía despertando en él una cálida sensación que no olvidaba. No podía ser tal como decían, pensaba, viéndola incapaz de cometer las atrocidades que de ella aseguraban.

Imperia y Empusa pasearon en la oscuridad del bosque, también buscaban relajarse y asearse lejos de curiosos. Los atajos conocidos por la reina de Tribada las llevó hasta una inmensa arboleda, cerca de un arroyo cristalino donde se hallaba una ancha poza.

—¡Alto! —susurró Imperia, agachando un poco su cuerpo.

Empusa permaneció en silencio, alerta con la mano en el mango de su espada oriental. Acarició el pequeño cráneo que lo adornaba y dio un paso cauto hacia el frente. Unas voces llamaron su atención. Con unos gestos y un pequeño silbido que salió de su garganta como voz, le indicó a su compañera que no estaban solas. Se adentraron entre los matorrales, en silencio, con las afiladas armas en sus manos. Y separaron el grueso follaje para ver, acurrucadas tras un arbusto y una enorme roca cubierta de musgo.

Mabra y Gaycar se desnudaban ante ellas, ayudándose el uno al otro; deshaciéndose de sus petos laureados y grebas. Dejaron sus lanzas y vestimentas de guerra en la orilla y se introdujeron desnudos en la poza, de un salto. Eran hermosos, fuertes, varoniles y jugaban como críos dando brincos y sumergiéndose en el agua para aparecer de forma explosiva.

Las dos jóvenes guerreras, ocultas en la oscuridad les miraban con la boca abierta. De pronto Empusa lanzó una pequeña risa y dio varios empujones a Imperia, haciendo varios gestos con las manos y una mueca lujuriosa.

—¿Qué ocurre? ¿Te gustan? ¿Están bien dotados...? —dijo algo confusa Imperia, tratando de comprender.

Empusa asintió rápidamente y le instó con la mirada a ir con ellos mientras se sacaba el peto de cuero de encima.

—¿Qué dices? ¿Qué haces? —preguntó Imperia, ruborizada.

La joven muda abrió los brazos y asintió con un gesto lujurioso de complicidad. Acto seguido, continuó desnudándose mientras Imperia alternaba la mirada entre los jóvenes de la poza y su compañera.

—¿Estás loca? ¿Qué pretendes? —insistió Imperia, desconcertada.

De pronto las dos pararon en sus escarceos, los dos jóvenes del arroyo permanecían en silencio, no se oía nada. Se asomaron curiosas y temerosas de haber sido descubiertas. Sus ojos quedaron tan abiertos como sus bocas, atónitas observaban cómo ambos jóvenes acariciaban sus musculados cuerpos, se abrazaban y devoraban los labios. Por unos instantes las dos jóvenes se miraron incrédulas, luego continuaron observando con denotado interés.

Ajenos al entusiasmo que sus caricias había despertado, Mabra y Gaycar se entregaban a los placeres de amor. Sus susurros y leves gemidos llegaban hasta ellas ahondando en su excitación. Imperia tragó saliva, perpleja, al ver cómo el capitán atlante ladeaba a su compañero de armas y le poseía suavemente, al borde de la orilla. Empusa reía jocosa con los ojos abiertos como platos.

—Me temo que no podrás satisfacer tus deseos, vístete —comentó Imperia.

Empusa miró a Imperia con deseo, cruzando su mirada con una sonrisa pícara y acariciándole la mejilla. Y fue a besarla.

La afilada punta de bronce de una pica se posó en el cuello de Empusa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó un lancero de la guardia atlante, levantando a la joven con la presión de su larga lanza.

—¿Imperia? ¿Flor? —preguntó Íbero, que acompañaba al lancero.

Las dos jóvenes quedaron mudas, petrificadas ante ellos. En sus devaneos por ver a los dos hombres y sus juegos, habían perdido el sentido de vigilia y habían sido sorprendidas como dos vulgares campesinas.

—¿Qué ocurre, soldado? —gritó Mabra, saliendo del arroyo, exhibiendo su cuerpo desnudo y templando su pica.

—Teníais visita, capitán. Nos pareció ver movimiento por la zona, temimos que pudiera ser una patrulla aquea... Aquí se hallan las responsables, observando vuestra pasión.

Mabra y Gaycar se acercaron con curiosidad, vistiéndose, y quedaron sorprendidos al ver a las dos jóvenes, una casi desnuda y la otra con sus mofletes sonrojados como tomates.

—¿Flor? ¿Imperia? —insistió Íbero, sin salir de su sorpresa—. ¿Qué hacéis aquí... escondidas?

—Es una larga historia —afirmó Imperia.

—Vayamos al fuego, tiempo tenemos de oírla... Impaciente estoy —aseguró Mabra con una sonrisa cómplice.

Vestidos y compuestos, se relajaron en la hoguera sin saber muy bien que decir. Imperia no salía de su propia vergüenza cada vez que miraba a su amado Íbero o a cualquiera de los dos amantes que habían sorprendido en el arroyo.

Empusa degustó algo más de salvajina y vino, sin apartar la mirada del joven leñador. Aquella extraña sensación, más allá del deseo, que le rondaba cada vez que le veía, renacía en su interior por más que deseaba evitarla y volvió a mirar a Imperia deseando, por un momento, cortarle el cuello. Luego, se fijó en Mabra, aquel gallardo hombre que sabía de amores prohibidos, le pareció tan atractivo como distinguido y deseó montarlo, partírle el corazón y libar su sangre hasta la última gota. Finalmente resopló mirando al fuego, el deseo la consumía.

—¿Qué piensas Empusa? —preguntó Íbero.

La joven agitó los brazos y la cabeza, como si en nada pensara o importara.

—¿Qué será de la divina Hipólita y nuestras hermanas? Se veía tan altiva y gloriosa. ¡Logró vencer a la mismísima Atenea! —apuntó Imperia, tratando de pensar en algo que la sacara de su sofoco—. Ahora deben estar guardando armas, esperando el nuevo día para la batalla final. Hipólita confía en poder detener a las huestes aqueas lo suficiente hasta que lleguen los soldados de Imperio Hatti... Espero que así sea.

Mabra asintió con cierta preocupación. Luego se levantó de la hoguera y anduvo hasta la apertura de la gruta.

—Descansemos —expuso, observando a Kivell, dormida.

Antianira, acosta junto a Kivell, encogió los brazos con una pregunta muda: ¿Qué ocurre que no vais a dormir?

—¿Regresáis al Gran Tajo? —preguntó Sarko, dirigiéndose a Imperia con intención, acercándose con su cojera.

—Sí. Bueno, realmente espero que no. Buscamos a unas personas. Es posible que se hallen en Lesbos, así nos lo indicó Deyarina o que alcancemos al enlace en Beycesultán —respondió Imperia.

—Quizás el destino quiera que antes lleguemos nosotros a Gadeira, me gustaría saber de vuestra misión —apuntó Sarko—. Si tan importante es, quizás merezca saber para poder ayudar.

Empusa asintió con una expresión de «quién sabe qué pasara».

—La reina Iris envió una mensajera a Lesbos, antes de que Empusa acabara con ella, en busca de Hécate y Némesis —explicó Imperia—. Son arpías asesinas, traidoras a esta tierra que les dio vida y poder, ahora sirven a los aqueos y sus dioses.

—¿Asesinas? ¿Qué podría querer de ellas tu hermana? —preguntó Sarko.

Empusa le miró seria y posó la vista en Imperia.

—Quieren la sangre de los hijos de Hipólita: el pequeño Gadir y la pequeña Armonía —confesó Imperia.

El silencio embargó a todos durante un tiempo, nadie alegó nada.

—En esta tierra todos hemos oído hablar de esas asesinas, divinas en artes oscuras... No será una empresa fácil. Si esas arpías buscan la vida de esos críos, sangre tendréis que sudar para acabar con ellas —aseguró Antianira desde el lecho.

—¡Hay que interceptar al correo! —exclamó Gaycar—. Sin duda pasará por Beycesultán. No puede llevarnos mucha ventaja.

—Seguiré mi camino a Annira solo, un viejo cojo y una muerta no necesitan escolta, no ofrecemos nada, a salvo estamos de pillajes o aqueos —aseguró Sarko.

—Ahora comprendo por qué huimos de la batalla —susurró Íbero.

—No huimos de la batalla, buscamos la que nos corresponde a nosotras librar en verdad; y ten por seguro que será dura. Debemos impedir el sacrificio, debemos pararlas —le recriminó Imperia.

—¿Sabe algo de esto la divina Hipólita? —preguntó Sarko.

—No, nuestra divina reina no sabe nada —aseguró Imperia, sintiéndose culpable de no haberla avisado—. Deyarina pensó que en nada la ayudaría saber, que la desestabilizaría ante la batalla, que sería presa de la confusión... ¡Pero nosotras podremos con esas dos arpías!

—Empusa mató a su hermana Iris, es posible que haya quedado sin efecto la orden de acabar con la descendencia de Hipólita —apuntó Gaycar.

—Deyarina nos ordenó que partiéramos y acabáramos con el correo o con ellas de inmediato, dicen que nada cambia aunque la reina de Lesbos haya sido muerta. Las conoce bien y sabe de su maldad: si han cobrado para desatar la venganza, nada les parará... Y si no han recibido su oro, es posible que tampoco.

Empusa trató de hablar entre roncros silbidos, meneando las manos en forma de círculo y señalando a Imperia y a ella misma, cerrando su exhibición con una sonrisa y cierta resignación. Solo Imperia comprendió.

—Dice que por eso confió Deyarina en nosotras, somos el bien y el mal, suficiente para acabar con ellas.

—No preguntaré quién de vosotras representa el mal —dijo Mabra, desde la entrada de la cueva—. Pero deberíamos descansar, en unas horas amanecerá... Yo también os acompañaré, con algunos de mis hombres. No permitiré que ninguna bruja, arpía divina o no, atente contra los hijos de nuestra amada reina.

—Sí, descansemos, por hoy ya está bien... Empusa reconocerá enseguida a la guerrera que lleve el correo, creemos que debe pertenecer a la Guardia de Lesbos, fieles a Iris; y, si está en Beycesultán, podremos interceptarla antes de que salga hacia Lezpas.

—¿Y si no es así? —preguntó Íbero, preocupado.

—Seguiremos hasta Lesbos, Ática, Gadeira... Hasta dónde haga falta —contestó Imperia.

—No te preocupes, alcanzaremos al correo o acabaremos con esas brujas, en ello dejaremos nuestras vidas —dijo Antianira desde el lecho, comprendiendo el por qué la reina Esmirna le había pedido que las ayudara en su camino y destino—. Ahora deberíamos descansar, es muy tarde, pronto amanecerá...

* * *

El sol bañaba con fuerza las tierras del Desolado en aquel amanecer, que nada bueno auguraba. No se había dormido, la tensión se hallaba al límite entre las hijas de la luna; se veían acorraladas en el interior de la ciudad.

El poderoso ejército de Clearco había cercado Tribada. Por la parte occidental se hallaba el general de Micenas, al amparo de la temible Atenea. Los soldados de Frixo de Argos permanecían apostados en la salida del norte. Por las entradas de oriente, los espartanos de Lacedemonia sellaban cualquier huida posible.

—No se han movido en toda la noche —apuntó Marpesia.

—No se fían, se muestran cautos —murmuró Hipólita, sangrando de su herida—. Clearco está usando la razón, en nada le convenía un ataque frontal tras su paso por el atroz Desolado. No tiene prisa, sin embargo debería temer al ejército imperial de Huzzia... Pero no, no le teme.

—Quieren reponerse del duro trasiego del desierto y curar sus heridas antes de atacar, saben que no tenemos salida. Se prepararán a conciencia para acabar con nosotras —expuso Esmirna—. Puede ser un error que puede costarles caro... o nuestro fin.

—Si el rey Huzzia no acude en nuestro socorro, será buena su estrategia —aseguró Hipólita—. Roguemos a Artemisa que mi amada hermana Antíope consiguiera llegar hasta el emperador y en camino se encuentre con su ejército, dispuesto a expulsar al invasor.

* * *

Antíope descabalgó de un salto al encontrarse con la mujeres que huían de Tribada, ladeó su cabello oro castaño y fijó sus ojos de esmeralda en aquellas mujeres que huían dirección a Hatussa, buscando.

—¡Antíope! ¡Estás herida! —exclamó Andrea, acercándose apresuradamente hacia ella.

—Andrea, estas mujeres... Salid de inmediato de las sendas de Hattusa, tendréis que dar un pequeño rodeo por los bosques del norte, pero dirigid vuestros pasos hacia Temiscira.

El trotar de varias guerreras, procedentes del Desolado llamó la atención de todas las mujeres, que desplazaron rápidamente su mirada hacia atrás. Deyarina, capitana de la guardia real de Hipólita se acercaba seguida de la reina Lysippe y diez guerreras. Su mirada azul celeste se cruzó con Andrea y Antíope, descabalgó meciendo la larga melena negra que cubría sus hombros y ocultaba la marcada cicatriz que cortaba su ceja izquierda y parte del pómulo.

—He visto restos de batalla, el puente cayó, ¿qué ha pasado? ¿Y los lanceros atlantes? —preguntó.

—Una columna aquea trató de alcanzarnos, los hombres de Tarsus los frenaron y acabaron con ellos. Ahora cabalgan hacia Tribada, a luchar por su reina. A ellos les debemos nuestra vida, Gadir cayó y nada sabemos de él —contestó Andrea.

—¿Gadir a muerto? —preguntó Antíope, angustiada.

—No he muerto —dijo Gadir, surgiendo del bosque; seguido por Marco y sus hombres, por Isis y Maat y las cuatro guerreras que habían sobrevivido.

—¡Gadir! —exclamó Andrea, con júbilo.

Con un fuerte abrazo sellaron su reencuentro y la alegría cundió entre todos al ver al rey atlante con vida.

—¿Qué sabes de mi amada Hipólita? —preguntó Gadir.

—Sí, ¿qué sabes de mi amada hermana? —insistió Antíope de inmediato, sin apartar la vista de Gadir, sorprendida de verle.

—Está bien, pero no podrán resistir por mucho; espero que traigas nuevas buenas de Hatussa —respondió Deyarina, preocupada, dando por hecho que no era así al verla magullada y negando con la cabeza.

—El rey ha sido depuesto y desterrado por su cuñado Telepinu. Tuvimos que huir, la propia hermana de Huzzia nos ayudó, sino aún estaríamos encerradas en los calabozos de Hatussa. Los hititas solo están interesados en el oro de los faraones... Andrea, tenéis que huir todas a Temiscira, rodead el bosque y salid de estos caminos. Sin duda, no tardarán las columnas de guerra del nuevo rey de reyes en atravesar sus dominios hasta Tribada.

—Pero allí no hay oro... Hipólita aseguró que ese oro no existió jamás y yo también lo creo así, solo fue una argucia de la malvada Iris —apuntó Deyarina, consternada por lo que oía.

—¿Cómo explicárselo a quién no quiere escuchar? —preguntó Antíope.

—Hipólita ha confiado en mí la custodia de la hija de Ainia, a Temiscira me dirijo. Mi guardia y mi vida defenderán a nuestras hermanas hasta allí. Cabalga rauda hasta Tribada, avisa a Hipólita, que huyan y no esperen que las fuerzas imperiales las rescaten... o todas morirán. Dos de mis valientes guerreras de la Guardia Real te acom-

pañarán, que descansen las lobas que te siguieron, fatigadas y maltrechas las veo —dijo Deyarina.

—Andrea, no estaría de más que Temiscira se preparara... —expuso Antíope y montó en su caballo, de un ágil salto.

—Yo marcharé al encuentro del rey hitita, en su niñez le cuidé y gran amistad cultivé con sus padres. Me escuchará —se prestó Lysippe.

—Resultará muy peligroso, ciego lo vi —aseguró Antíope.

—¿Qué puede hacerme sino escuchar mis palabras? Yo ya estoy muerta, nada soy y a nadie importo; con la muerte de mi hijo Tanais, nada me quedó.

El silencio colmó el momento, un sentimiento de fatalidad llevó a Antíope a maldecir aquel día mientras Deyarina montaba en su caballo.

—Te acompañaremos, no creo que ese rey se niegue a escucharte, pero no podemos dejarte sola —dijo Deyarina.

—¡No! ¡Marchad a Temiscira! Hipólita te encomendó una misión, cúmplela —ordenó de forma tajante.

—Como desees. Esa niña, la pequeña Hipólita, hija de Ainia la Loba, estará a salvo y le entregaré el cofre con la sangre de Europa. La llevaré lejos de Temiscira, de estas tierras de tragedia, y haré de ella una reina. Pero necesitará de tu sabiduría, yo solo sé de guerra... Te esperaré tras los pasos del Euxino, en las fronteras de Tanais, en el altar sagrado de Artemisa. No arriesgues en tu suerte —le contestó Deyarina—. Escucha éstas mis palabras: siempre has sido reina sabia y bondadosa, hoy a muchas importas y ella te necesita, no lo olvides.

—Si marchas a Tribada, nosotras te acompañaremos —dijo Isis, la joven egipcia, acercándose a Antíope, junto a su hermana Maat.

—Y nosotras —dijo un grupo de mujeres, armando sus brazos.

—Rápido, debemos alcanzar a Tarss. Hipólita espera unos refuerzos que no llegarán, tenemos que trazar una estrategia —apuntó Gadir, azuzando a su montura hacia las sendas del Desolado.

Lysippe deambuló por cierto tiempo, pensando en las palabras de Deyarina; atroz guerrera que hasta bien poco luchó contra ella. Con lágrimas en los ojos, recordó la muerte de su hijo Tanais, el vil veneno lo arrancó de sus brazos de madre; al río arrojaron su cadáver marchito. La reina Mantis, bajo la influencia de Iris de Lesbos urdió el plan. Ahora lo sabía, siempre le dijeron, entre medicinas, mentiras y póci-mas relajantes, que Afrodita se lo había llevado, por reírse de ella y de los dioses de machos.

—¿Cómo pude creer tal estupidez? Ciega me hallaba... —murmuró.

Se agachó y tomo una larga vara, que usó de bastón. El delirio que la mantuvo enclaustrada pasaba y pensó si no sería provocado.

Desde la llegada de la divina Hipólita, su mente se aclaraba con cada día que pasaba. Y se dirigió por las sendas de Hatussas al encuentro del rey Telepinu.

Cansada se recostó, con los pies hinchados de tanto andar. No tenía ya edad para tanto caminar, pensó, lamentándose.

—¡Con la guerra que yo di y ahora...! —susurró, cerrando los párpados.

—Añoras a tu hijo, ¿verdad? —le dijo una mujer hermosa, de largo cabello blanco y de porte distinguido, que sentada en el camino, al pie de un inmenso roble, parecía esperarla junto a una pequeña niña que jugaba saltando entre las ramas del árbol.

—¡Cibeles! Hacía tiempo que no me visitabas, creí que nos habías dejado por siempre —respondió Lysippe.

—Desperté de mi sueño, las lágrimas vertidas por miles de almas colmaron mi corazón. Mataron a mi hija Ainia, ella que todo amaba...

—A mi amado hijo también y no fueron los aqueos.

—Atalanta e Hipómenes siguen el rastro de las impías que le envenenaron, venganza tendrás... ¿La quieres?

—Yo solo quiero la vida de mi hijo, era tan joven.

—Sabes que no está en mi mano, ni a mi hija puedo dar vida... La pena me consume, solo la pequeña Selene permanece entre mortales.

—¿Y Artemisa, la divina cazadora?

—En el Olimpo, Ares se la llevó...

—No quiero venganza, sino justicia.

—Que el bien y el mal sean justicia y venganza.

—Ayuda a mis hermanas, hijas de la luna, adoradoras de la Madre Tierra; tú que puedes. Son pocas y bondadosas, ellos muchos y crueles... Atenea, la de ojos de lechuza, les lidera, será horrible, a todas matarán.

—Atenea no debería intervenir en cuestiones de mortales, maldita quedará. Pero dime, crees que podrás parar a Telepinu; avanza decidido.

—Amante fiel de mi hijo Tanais fue, yo lo sé y nadie más. No dudará en arrasar todo lo que encuentre por vengar su muerte, incluida Tribada y Temiscira, pero a mí me escuchará. Ahora es rey. Huzzia vaga expulsado de su trono..., nada hizo por mí a causa de sus devaneos lujuriosos con Esmirna; quizás fue lo mejor, muchas hubieran muerto inocentes de toda culpa. Ahora, he de impedir que ocurra lo que no fue.

—¡Pues despierta, ahí está!

Lysippe despertó de golpe, el resonar de miles de soldados en formación y los golpes de tambor abrieron sus ojos, estremeciéndola. Se irguió,

apoyándose en el roble y observó a su alrededor, estaba sola. El vibrar de la tierra y los pájaros en estampida, le confirmó que había encontrado a su hombre.

El rey Telepinu, un hombre joven de renuente carácter, vestimentas decorosas y marcadas facciones, con numerosos aros reluciendo en los lóbulos de sus orejas y en sus carnosos labios, con una prominente barba ensortijada y una sonrisa misteriosa, llegaba montado sobre un carro enorme tirado por nueve caballos, donde un trono de madera lacada en oro hacía de centro y cuatro lanceros acompañaban su suerte. Se detuvo junto a ella; con la corte de generales, concubinas y sabios consejeros a sus espaldas.

—¡Reina Lysippe! Creía que muerta vagabas en el delirio, buscando el alma de Tanais. ¿Qué haces en este camino, mi camino? ¿Acaso me esperabas?

—Antes no me llamabas reina, sino madre.

—Mucho han cambiado las cosas.

—Sé a dónde marchas, de muerte sembraras los reinados de las hijas de la luna ante una quimera. Ese oro que buscas, no existe.

—Tú bien deberías saber que poco me importa ese oro, esas bravas han de pagar la muerte de Tanais. Ellas le mataron, de todos es sabido. Y es más, a esta tierra han traído a los hijos de Atenea, malditos aqueos que todo lo arrasan; a todos y a todas mataré.

—Mi hijo ha sido vengado y yo soy libre, justicia se hizo. Las bravas mujeres luchan duro contra los aqueos, la reina Esmirna lucha en nombre del Imperio... Si marchas que sea para ayudarlas no para domarlas. Yo te conozco, tú me conoces, sabes que no hay mentira en mis palabras.

—Lysippe, por tu ruego y quién eres, madre de Tanais, Temiscira, tu reino, quedará fuera de mi ira. Pero Tríbada sucumbirá, pues no he de dejar piedra sobre piedra ni cuerpo con cabeza.

—¡No, mi rey! —exclamó Lysippe, situándose frente a él, decidida—. Tanais ha muerto, en mi delirio deje de ser reina, olvidé a mi pueblo y llegó el horror... No sigas ciego mis pasos. Se hará justicia, tenlo por cierto, así lo quieren los dioses y así será.

Sorprendido ante el arrojo y la decisión de la reina de Temiscira, Telepinu la observó cediendo en su ira. Recordó los tiempos vividos en el palacio a orillas del Termodonte, en su juventud más tierna, inocente, con su amado Tanais, al amparo de su gracia, comprensión y protección. Bajó de su carro y anduvo hasta ella, mirando su entorno. Una suave brisa mecía las hojas de los árboles a su paso, su largo cabello hecho tirabuzones. Y se posó frente a ella.

—Cibeles ha mandado a sus leones tras las arpías asesinas —aseguró Lysippe.

Telepinu puso las manos en la cintura, donde los mangos de sendas dagas de decoros refulgentes asomaban.

—Amo a Istapariya, es mi reina —aseguró mirando al frente, tragando saliva con nostalgia.

—Lo sé.

—¿El oro de los faraones? ¿Qué sabes?

—Nunca existió, fue una burda estratagema de Iris que funcionó, gracias a la ambición del que quiso creer.

—¿Y los aqueos?

—Acabaremos con ellos, la divina Hipólita vencerá sin duda... aunque le cueste la vida. No saben donde se han metido, no podrán salir del Desolado tras una gran batalla.

—Regresaré... Pero escúchame, no quiero ver a tus lobas por mis tierras...

LOS LEONES DE CIBELES

—¡Gadir! ¡Por todos los dioses! —gritó Tarss, al verle, y corrió a la luz de la luna, entre las hogueras—. Temí por mi vida, ¿cómo aparecer ante Hipólita sin su amado rey?

Isis corrió hacia Tarss, que la recibió con un efusivo abrazo y un beso de amor. Maat permaneció junto al valiente Marco, presa de su cintura, con cierto temor.

—¡Marco! Has cumplido tu promesa y me has traído a mi rey. Grandes sacrificios y fiestas he de realizar en tu honor y en el de tu hermosa prometida, a la que le auguro una gran felicidad al lado de mi gran capitán —aseguró Tarss ante la satisfacción de ambos jóvenes.

Y se perdió en un gran abrazo con Gadir.

La caballería atlante descansaba del tórrido avance por el Desolado, al abrigo de unas pequeñas crestas que se erguían como atalayas perdidas en la inmensidad de la nada. Gadir y Antiope habían alcanzado el ejército de Tarss al caer la noche, apenas una jornada distaba de Tríbada. Los caballos, agotados, eran abrevados y alimentados por los lanceros mientras les limpiaban de sus sudores. Las hogueras iluminaban el campamento y daban calor a los hombres y mujeres. Los cuales, crecidos ante la llegada de su rey y de la esbelta Antiope, cenaban abundante salvajina y dulce vino, preparándose para el día de mañana.

—Deseé cortarme la mano cuando te vi caer —se justificó de pronto Tarss.

—¡No digas eso, mi noble amigo! Cuando caí en la profundidad del Termodonte, me resguardé de los venablos que buscaban mi vida —expuso Gadir—. Me sentí a salvo en aquella cueva cuando, para mi desespero, noté la presencia de dos enormes leones. Ambos estaban devorando un cuerpo humano cazado. Podía verlos en el claroscuro de la cueva, donde la luz se filtra por las aberturas de la piedra, entre el ramaje rupícola y los pequeños arroyos que nacen del techo. Me miraron

sin parar de saciarse y con un portentoso rugido me creí muerto. Permanecí en silencio, tratando de retroceder lentamente.

—Por todos los dioses, ¿cómo no te devoraron? —preguntó Tarss.

—Una luz iluminó la oscuridad de la gruta y vi al fondo la figura de una altiva mujer. Los leones pasaron por mi lado, ignorando mi presencia, eran enormes; se apostaron en la entrada de la caverna y rugieron con fuerza impidiendo el paso de los aqueos. Entonces escuché la voz de esa mujer, tan suave y triste que me hizo temblar el alma; estaba justo frente a mí, a un pie. Era muy hermosa, de grandes ojos negros...

—Cibeles. La gran Cibeles —apuntó Marco, extasiado, posándose a su lado.

—Sí, así fue —continuó Gadir—. Los leones de Cibeles regresaron y rondaron mi presencia, acercaron sus húmedas trufas y lamieron mis pies mientras acariciaba sus lomos, anchos como los de un salvaje uro. La divina acarició mi mejilla y pude comprobar cómo largas lágrimas bañaban su bello rostro. Se dio media vuelta y estuvimos andando largo tiempo, seguidos por las dos bestias.

—¿A dónde te llevó? —preguntó Tarss con gran interés.

—La seguí hasta lo más profundo de la gruta, adentrándonos en la madre tierra, y comprendí su pena. Rodeada de teas y flores, de mirra e incienso, el cuerpo de su hija Ainia, la Loba de las estepas, se hallaba en una pequeña sala, sin vida sobre un pequeño altar. Por largo tiempo estuvo llorando su pérdida, desconsolada me miró con tristeza y me dio las gracias por mis acciones: un rey venido de Occidente batallaba por ellas y por ellas había ofrecido su sangre a los dioses. Entonces se me acercó y me susurró con melancólicas palabras que los dioses de hombres habían desatado a las arpías contra las hijas de Ares, pero que no temiera... Estaba en deuda con Hipólita, no lo entendí.

—¿No dijo más? —preguntó Tarss, ávido de saber.

—Cibeles puso su mano en mi frente y fui presa de un ardor sin igual, una sensación reconfortante inundó todo mi ser... Me dijo que la luna hallaría a las arpías, que el bien y el mal andaban tras ellas.

—Los dioses envían a las arpías a devorar a nuestra divina reina y a sus hermanas. ¿Qué dioses son esos? ¡Yo escupo en ellos! —espetó Tarss.

—Ofrecí mi sangre para calmar su furia y favorecernos en la batalla, pero no se contenta con la mía... Zeus exige más, ello debe ser... Quiere la de Hipólita —expuso Gadir.

Tarss no supo qué decir, cientos de sacrificios había ofrecido a Poseidón y siempre le había venerado. Se sintió defraudado, abandonado por su dios ante el poder de Zeus.

—Los dioses no ven sacrificio alguno en que des tu vida por salvar a tus seres queridos. Todos te conocemos, noble rey, y sabemos que

por quién lo necesitara en justicia, batallarías hasta el fin —aseguró Tarss—. ¡Poseidón nos ayudará!

—Poseidón quizás no, pero Cibeles... —apuntó Antíope, con una mueca de esperanza—. Esta es su tierra, su hija Ainia fue víctima, sentido han de tener sus palabras.

—Los dioses no luchan entre ellos, se sirven de nosotros, miserables mortales —apuntó Gadir—. Me temo que tendremos que enfrentarnos al ejército de Clearco, a la ira de Atenea y a esas arpías, divinas o no.

El silencio embargó el debate. Con gesto contradictorio, Antíope lanzó una pequeña rama al fuego y se levantó.

—Descansemos, por hoy ya está bien... —susurró.

* * *

El ejército aqueo invadió los campos del sur, donde se encontraba el nacimiento de un cristalino arroyo; el cual mantenía la vida en aquel inhóspito desierto de arena y sales. Saquearon lo poco que encontraron en las haciendas cercanas y estrecharon su cinturón sobre la ciudad. Levantaron varios campamentos sellando las entradas de la población y trasladaron sus lanceros hasta dos estadios de Tribada.

Clearco quería un batalla épica, donde ganar gloria por siempre entre los suyos con su regreso a la polis de Micenas. En su mente, deseaba vengar a Iris de Lesbos, someter a una reina: Hipólita. Para ello necesitaba a sus soldados descansados y dispuestos para matar y morir.

Atenea le observaba con orgullo, muerta Iris volvía a ser el gran general que por ella suspiraba. En silencio pensaba que ninguna de las guerreras de Tribada debía sobrevivir, en especial Hipólita. La espada de Ares debía ser suya, solo así borraría la duda y recuperaría la autoestima tras el impío desafío.

Frijo deseaba el oro de los faraones, incapaz de aceptar que no se hallaba en aquel lugar al que tantas penas les había costado llegar; y soñaba con domar a la hermosa guerrera de larga melena pelirroja, Esmirna; aquella que tanto había llamado su atención y casi acaba con su vida.

—Esas bravas conocerán la desidia... ¡Cortad el arroyo! Que sepan lo que es pasar sed... En dos días, sin agua ni provisiones, las tendremos de rodillas en las esteras de las tiendas, suplicando clemencia. Entonces les daremos muerte —asintió Clearco ante la mirada inquisitiva de Atenea, la sonrisa de Frijo y sus aguerridos capitanes.

—Creí que atacaríamos hoy mismo, de inmediato —dijo Atenea, con cierta disconformidad en las palabras del general, pero sin desautorizarle ante sus capitanes.

—Mi divina Atenea, si es tu deseo partiremos de inmediato a la batalla y de sangre cubriremos Tríbada. Pero ya sabemos a quién nos enfrentamos y seguro que de trampas y argucias preparadas se hallan. Bien tenías razón, esa brava, Hipólita, sabe del arte de la guerra y sus estrategias; mas no está preparada para soportar este abrasador desierto sin agua ni comida...

—Sí, agotadas por el sol, hambrientas y sedientas serán fácil presa de nuestras picas. Pronto empezarán a dudar de sus fuerzas y llegaran las primeras desertoras. Pero, ¿cómo sabes que no disponen de agua ni resuello? —preguntó Frixo.

—Solo pretendían retrasarnos en nuestro paso... —aseguró Clearco—. Su estrategia era el acoso y la huida, el desgaste. Planeaban huir de Tríbada en cuanto avanzáramos, pero les hemos cerrado el paso. Seguro que no tenían previsto dejarnos muchos víveres. Por ello no hay ancianas ni niñas, ya huyeron y todo el alimento se habrán llevado.

—Conforme nosotros recuperamos fuerzas y ganamos confianza, ellas las perderán. Sufrirán la desidia de no saber cuándo atacaremos, siempre alerta las mantendremos, con escaramuzas que no han de ir a más... Les devolveremos sus puñaladas. En este desierto abrasador, en tres días Tríbada será nuestra y ellas, muertas o esclavas de nuestros gloriosos guerreros. Me gusta tu estrategia, pero ¿y Huzzia? ¿Tenemos tiempo? —preguntó Atenea, rondándolo.

—El ejército imperial de Huzzia está lejos. Aunque sepa de nuestra acción, al menos tardará siete lunas en desplazar todos sus efectivos desde las fronteras orientales hasta aquí. Además, no tengo tan seguro que le importe que unos miles de aqueos y unas lobas mueran en este inhóspito desierto —apuntó Clearco.

* * *

Pasaron dos días y dos noches sin fin, sin entender, solo importaba que el tiempo pasara, resistir. Hipólita veía cómo sus guerreras aguantaban estoicas el hambre y la sed, el racionamiento, sometidas a continuos ataques esporádicos que tentaban sus fuerzas, temiendo que en cualquier momento se desplegara la ofensiva total sobre ellas, rogando a Artemisa que el rey Huzzia acudiera pronto en su ayuda.

Frixo se erguía sobre las lomas norteñas, a la entrada de Tríbada, con sus tropas abastecidas y descansadas, esperando la gloria, saboreando el sabor de su victoria.

—¡Esmirna, valerosa reina de Abasa, rinde tus armas y viviréis! ¿Cuánto más podréis aguantar sin agua ni comida? —gritó con fuerza.

—Ya conocemos la palabra aquea, moriremos matando... ¡Aquí os esperamos y de muerte y gloria os cubriremos! —respondió ella desde las puertas de Tribada.

Frijo no dijo nada, solo sonrió dando por sometida a la brava loba que le había herido y que ante él aullaba feroz. No esperaba menos de aquella formidable mujer. La deseaba.

En la entrada a Tribada por Occidente, el general Clearco salió de su tienda, centro de mando y placeres, observó en torno suyo y levantó la vista al abrasador sol. Bebió con tranquilidad y pasó un cuenco de agua a la divina Atenea, que alzaba la estera, presentándose altiva y satisfecha.

—No debemos tentar a la suerte. La tierra tiembla a lo lejos, el ejército imperial se desplaza —le previno Atenea.

—¿Están muy lejos? —preguntó Clearco.

—Lo suficiente —respondió la divina.

Acto seguido, Atenea se armó con una daga, la hundió en el vientre del guardia que custodiaba la entrada de la tienda y rasgó hacia arriba, con fuerza, llevándole la vida y sellando su silencio. Clearco asintió, comprendiendo. No dijo una palabra, se acercó a ella y le mordió suavemente los labios.

—Nos había oído —susurró la divina guerrera, separándose de él.

—Quizás debas ser más discreta en tu gozo, no debes matar a los hombres que me guardan cada vez que me visites en busca de placeres —le sonrió Clearco, acariciándole el mentón.

—Mataré a quién me plazca —contestó ella, mordiéndole el pulgar—. Mañana al alba haremos nuestras a esas bravas.

Luego, la divina se dirigió con paso firme hacia su tienda, la más alejada y oscura de todas, limpiando la daga asesina, bajo la lasciva mirada de Clearco.

* * *

Beycesultán permanecía en calma, como si nada ocurriera en las tierras de Arzawa. Ignoradas por las huestes aqueas, se había convertido en el punto de encuentro y refugio de todas las aldeas asaltadas. Sus estrechas callejuelas albergaban cientos de personas que circulaban en todas direcciones. Las casas de barro y tronco dejaban escapar el humo negro de sus chimeneas, mientras decenas de tiendas de pieles y ramas reunían a sus familias junto a las hoguera que de calor las llenaban. Un fuerte olor a carne ahumada inundaba cada rincón y las tabernas permanecían colmadas de bocas negras, tan secas como hambrientas.

—¡Esa carne! ¡Acaso están matando al buey o han ido al prado a por su lomo! —exclamó Alejandro, golpeando la mesa en que se hallaba con su fuerte puño.

—Tendrá que esperar, pues no queda otra —le espetó el tabernero.

El salvaje guerrero se levantó y alzó la pesada mesa tres palmos al aire, de un golpe; luego anduvo firme hasta la barra, atestada de hombres y cuencos de vino.

—¿No queda carne? —preguntó con enfado.

—Rata o pez te puedo servir si tan grande es el vacío de tu estómago.

—¿Rata o pez? Maldito seas, sabroso buey me ofreciste, devuélveme mi oro, que solo vino aguado me has servido.

—Largo de aquí o la milicia te encerrará en la más lúgubre de las mazmorras, sucio vagabundo —respondió el tabernero.

Alejandro saltó dentro y le asestó un duro golpe con el puño, que le hizo recorrer la barra de viejas maderas de un extremo al otro. Anduvo hasta él y lo tomó del cuello al aire, después le metió la mano en el bolsillo y sacó varias cuentas de oro.

—¡Eh, salvaje! —le recriminaron cuatro guerreros de la milicia de la villa, templando sus lanzas ante él.

Alejandro dio un salto sobre la barra, salpicando el licor que la manchaba. Con un puntapié tumbó a uno de ellos y observó serio a los demás, que se apartaron de su paso. Acto seguido, anduvo hacia la salida gallardo, pausado. La taberna entera se le echó encima, golpeándole con maderos astillados y gruesos palos hasta que cayó. Con un grito de guerra se los quitó de encima, irguiéndose como si fuera un demonio, lanzándolos con fuerza hacia todos lados.

Una gran porra le golpeó por detrás en la cabeza y, apenas caer al suelo, ya tenía diez milicianos dándole puntapiés y varazos por todo el cuerpo. Al momento estaba fuera de la taberna, tirado en el empujado suelo, inconsciente, magullado y sin un quilate en su bolsa.

La tenue lluvia empezó a caer sobre su cara, despertándole lentamente de un sopor que ahondaba en su cabeza. Levantó el cuerpo apoyándose con los brazos, gimiendo entre dientes, y vio cómo dos desconocidas cubiertas por anchas capas grises se agachaban junto a él, con una extraña sonrisa que en nada le tranquilizó. La primera era hermosa y esbelta como una gacela, se trataba de una joven de pelo blanco con tintes violáceos; la otra parecía algo mayor y, aunque de aspecto huraño y pelos enmarañados, se mostraba bella y atenta. Ambas le ayudaron sin comentar palabra alguna. Apoyado en los hombros de aquellas mujeres, una a cada lado de su magullado cuerpo, las acompañó.

—¿Os conozco? —preguntó.

Ellas sonrieron, animando su marcha. Llegaron a una casa de decoros luminosos, floridos y con un fuerte olor a incienso. Dentro, varios escabeles, una mesa ovalada, un pequeño mueble de maderos torcidos y un lecho llenaban aquellas paredes blancas, nada más. Lo tumbaron en el mullido colchón de lana, limpiaron con grueso lino y agua abundante sus heridas, acariciaron su cuerpo entre masajes sabidos, lo cubrieron con aceite de pura oliva y posaron sobre la mesa un cuenco con abundante carne estofada.

—Alejandro de Micenas, hijo de nobles dignos de dioses, hermano del glorioso Clearco; lejos estás de tu tierra en esta guerra que en nada te corresponde, que libra la divina de ojos de lechuza... ¿Qué haces vagando por este poblado que pronto será pasto de las llamas gloriosas de tu hermano? —preguntó la mayor de ellas, a la vez que le ofrecía un cuenco de dulce vino.

—Bien sabéis quién soy... Y de favores me colmáis. ¿Quiénes sois? —preguntó por respuesta, inclinando su cuerpo sobre el lecho y cubriéndose con sus vestiduras de fieras.

—Tu hermano nos hizo llamar, bien nos preguntamos si tú tienes su oro y ruego —dijo la más joven, observando cómo Alejandro tragaba la carne estofada sin apenas mascar.

—No sé nada de mi hermano, nuestros destinos son opuestos. Él es un gran general, de gloria y honor se cubre en Micenas, su futuro es ser rey de un imperio... Yo solo soy un salvaje guerrero en busca de una quimera que los dioses depararon para mí.

—¿Una quimera?

—Me enviaron al extremo del mundo en busca de aquella que tenía que ser mi amada por siempre, pero antes hallé a otra mujer que me robó el corazón. Ya no deseo viajar, solo encontrarla de nuevo...

—Los dioses siempre auguraron un gran porvenir para tu familia, pero uno de vosotros sufrirá el mal de amor, por siempre maldito sería entre los dioses. Es el pago justo en retribución a sus oraciones y sacrificios —aseguró Némesis.

—Pitia, amante de Apolo, me reveló otro destino, pensé si quizás los dioses se habían apiadado de mí, que me brindaban una oportunidad —indicó Alejandro.

—Los dioses no se apiadan de nadie —replicaron las dos mujeres a la vez.

—Decidme, ¿quiénes sois? —pregunto él.

—Mi nombre es Némesis —respondió la más joven.

—Yo soy Hécate —aseguró la mayor.

Alejandro quedó impresionado ante las palabras de aquellas mujeres, había oído hablar mucho y nada bueno de ellas, sabía que de muerte y tragedia cubrían sus pasos.

—¿Te ocurre algo? No vamos a devorar tu alma, no venimos a por ti —aseguró Hécate.

—¿Qué quiere mi hermano de vosotras? En guerras no batalláis; arpías o brujas, vuestras son otras artes.

—No somos arpías ni brujas, justicia y venganza ofrecemos —surró Hécate.

—Él nos dirá, aquí esperamos... Si tú no traes su ruego y oro, puedes pues marchar. ¿O deseas algo más de nosotras? Quizás te podamos ayudar —apuntó Némesis.

Alejandro se calzó y ajustó sus grebas, se armó y las miró con respeto. Acto seguido anduvo hacia la salida mientras le miraban esperando una respuesta.

—Sí... Quizás podríais decirme algo de mi amada. Pero no de aquella que los dioses designaron para mí, sino de la que de mi alma se llenó... Es tan hermosa y bella como noble y bondadosa —les dijo, volviendo la mirada.

—Abre los ojos ante la verdad, ciego estás ante ella —expuso Némesis.

—¿Acaso amaste a esa mujer de la que hablas en el altar de Artemisa? Dinos si es así. Pitia nunca se equivoca, sus palabras son ciertas como la noche y el día —aseguró Hécate.

—¿Cómo sabes que...? —preguntó Alejandro.

—Arpías o brujas, así nos llamaste; nuestras artes son otras —le interrumpió Némesis.

Alejandro asintió y salió de la casa, alejándose entre las callejuelas en dirección a la taberna, en busca de su caballo y su larga lanza.

—¡Malditas brujas! —pensó.

Las dos mujeres observaban los pasos del salvaje guerrero, lejos le llevaban; y se miraron fijamente, cambiando sus rostros de hermosa complicidad por enojados gestos expectantes. Cerraron el portal con un golpe seco y caminaron gruñendo como perras, encorvadas sobre sí mismas, transformadas sus figuras de hermosa mujer en pérfidas sombras de arpías que recorrían la estancia de lado a lado, sin parar, inquietas, rabiosas entre murmullos y maldiciones.

—¡Ha amado a una mujer en el altar de Artemisa! ¿Cómo es posible? —se preguntó Némesis, dando vueltas sobre sí misma.

—¡Eso ha dicho! Debe ser ella, el faraón murió y Menalipa quedó libre, seguro que ha logrado llegar hasta aquí y se encontraron, sus caminos se han cruzado... Poco podemos hacer, solo darle muerte lo antes posible, no debe engendrar ningún heredero —dijo Hécate parando en su divagar sin sentido, para rápidamente continuar sus pasos sin rumbo.

—Cabalgará hacia la batalla, sobrevivirá, protegida se halla por los dioses. Pero él nos llevará hasta ella, no te preocupes, acabaremos con su dicha —asintió Némesis, tomando un gran cuenco repleto de monedas de puro oro.

—Es curiosa la voluntad de los dioses y la miseria humana, acabaremos con Menalipa como desea la madre de Alejandro. ¿Qué más puede desear una madre para su amado hijo, sino su felicidad? —rió jocosa, cruzando la habitación de lado a lado sin parar, nerviosa.

—La haremos feliz, cumpliremos su deseo y haremos justicia con Clearco —aseguró Némesis, riendo como una hiena, pasando las monedas de oro de una mano a otra.

—Pitia le aseguró que hallaría la felicidad, pero no que la disfrutaría... Es un amor maldito, los dioses se sirven de nosotras para corregir sus designios y en ello estaremos —aseguró Hécate con una sonrisa maliciosa, inquieta y deseosa de matar.

—Esa guerrera, la que mandó la reina Iris de Lesbos... —expuso Némesis.

—No te preocupes, su cuerpo se pudre en el valle; a nadie contará la misión que la trajo hasta aquí —aseguró Hécate mientras guardaba el oro, sin parar de rondar sobre sí misma.

—¡Les mataremos a todos!

—Sí, a todos... Clearco será el justo heredero, de gloria cubriremos a Zeus con su oro.

EL LADO OSCURO

El calor del día hacía sudar a Mabra, que apoyado en un enorme roble observaba hacia el interior del bosque desde una cima. Dos largas estelas de humo delataban la presencia de gentes en su interior. Habían acampado buscando reposo para sus caballos y algo de resuello para sus agitadas almas.

—Es Venus, la pequeña aldea donde vivían las hijas de la luna —dijo Antianira.

—Lo sé, entre sus pequeñas casas derruidas conocí el horror aqueo. A muchas mataron, sus pechos amputaron. Fue horrible, indigno de un guerrero... Clearco no es más que un despiadado asesino —apuntó el capitán atlante.

—Las que vivieron, enterraron a sus muertos y huyeron; no creo que hayan regresado tan pronto. Debemos movernos con cuidado —asintió Antianira.

—Beycesultán está cerca, deberíamos ignorar ese humo. Los aqueos saquearon todo, no creo que dejaran víveres..., quizás algunas patrullas que afiancen su regreso —expuso Mabra—. Sarko ya debe de andar lejos, espero que no sufra ningún contratiempo y alcance el Mar entre Tierras.

—No sé si debemos permitirle marchar sin más compañía —murmuró Gaycar, acercándose junto a su amado capitán.

—Si encuentra a alguien en su camino, no harán caso a un viejo loco que cojea tirando de una muerta. Pasará más desapercibido que con nuestra guardia; además, dos de nuestros hombres les acompañan como mendigos enfermos de mugre. Nadie se les acercará —aseguró Mabra.

—¿Dónde está Íbero? —preguntó Antianira al no verle junto a ellos.

Mientras, en las cristalinas aguas del río Büyük, no muy alejadas del grupo, las dos jóvenes guerreras disfrutaban de un baño entre risas.

Empusa saltó sobre Imperia y ambas quedaron sumergidas en las claras aguas, para aparecer rompiendo la superficie, como hermosas sirenas entregadas a sus juegos desinhibidos.

Íbero las observaba en la distancia, extasiado ante sus cabriolas y belleza. Amaba a la joven atlante, sin embargo no podía olvidar la mirada inocente de aquella muchacha muda, ni sus besos de amor, a pesar de verla hecha feroz guerrera y haber hallado a Imperia. Extrañado, se levantó preocupado al ver que no aparecían de nuevo, tras una larga zambullida, y gritó cuando vio a cuatro aqueos penetrar en las aguas en busca de las jóvenes. Corrió entre la espesa maleza tratando de alcanzar la orilla, llamándolas a gritos, tratando de alertarlas.

—¡Es Íbero! —exclamó Gaycar.

—¡Algo ocurre! ¡De prisa! —contestó Mabra.

Los guerreros atlantes y Antianira corrieron veloces montaña abajo, templando sus armas, temiéndose lo peor.

Los aqueos entraron en el río, el agua les cubrió hasta las rodillas. Deseosos, fijaron la vista ante un pequeño remolino oscuro, en busca de aquellas hermosas jóvenes que habían divisado. Imperia rompió la superficie con una exhalación y quedó frente a ellos, cubierta por un fino chitón que en nada ocultaba su belleza de mujer, ocultando sus senos con ambas manos. Los soldados sonrieron al verla, sus mentes se excitaban ante tan suculento botín y avanzaron con la lujuria reflejada en sus ojos.

—¿Y la otra? —preguntó uno de ellos.

Imperia no respondió, sonrió y les miró piadosa.

Sorprendiéndolos a sus espaldas, el corte de una afilada espada segó la cabeza de uno de ellos y, de inmediato, atravesó el cuerpo de otro. El cual cayó con un ronco gemido, observando la punta ensangrentada que surgía de su pecho. Los demás se voltearon y vieron atónitos cómo la joven que buscaban, apenas cubierta, mojada y con coloridos tonos disueltos por el agua, arrancaba el mortal metal del cuerpo de su compañero vencido.

Con un estremecedor silbido, Empusa cortó de nuevo el aire y saltó estirando con fuerza su pierna derecha. Su espada oriental segó la garganta del primero y con el pie desestabilizó al segundo de ellos. De un salto clavó sus rodillas sobre el que había caído y, sin darle tiempo a respirar, hundió la punta de su espada en el pecho y giró la muñeca con fuerza, partiéndole el corazón.

Un golpe púrpura caliente cubrió parte de su rostro, resbalando por la frente y la cara. Con la mano, se limpió y se llevó la sangre a los labios. La saboreó con deleite y, con un acto reflejo, mordió con fuerza los labios de aquel soldado muerto, succionando, recordando placeres olvidados. Imperia la miró anonadada.

Mabra y los demás llegaron ante ellas con las armas prestas para el combate. Quedaron petrificados ante tal visión. Empusa alzó la vista y la fijó en Imperia e Íbero. Luego, la volvió hacia Antianira y los lanceros atlantes. De los labios de la joven se desprendían varios hilachos de sangre y parte de su cara se hallaba manchada de espeso rojo. Nadie dijo nada, no tenían palabras.

Con un silbido, soltó el cuerpo del soldado muerto y se levantó, observando las miradas de repulsión. Extrajo la espada del cuerpo inerte y salió del arroyo, notando el rechazo de que era presa. Cruzó sus ojos con Íbero, buscando unas palabras que no encontró, vio la desazón que embargaba al joven leñador y su mentón tembló.

—Empusa —la llamó Imperia, tratando de sobreponerse.

Ella la ignoró, se cubrió con sus ropas de guerrera y envainó el metal. Había mostrado su lado oscuro, sediento de sangre, ante sus amigos y se sintió rechazada, incomprendida y angustiada. Se alejó con paso rápido, montó en su caballo y cabalgó veloz.

—¡Empusa! —gritó Imperia, saliendo del arroyo.

—Flor... —susurró Íbero.

—¡Dejadla marchar! Nadie a su lado está a salvo, la sed de sangre la pierde... Temida fue en toda tierra que pisó y temida será —empuso Antianira.

—¡No! —exclamó Imperia, saltando ágil sobre su caballo—. Necesita nuestra ayuda. Sí, es un demonio, pero ¿quién no lo es en esta guerra?

—No cabe duda, es un demonio; es una suerte que combata a nuestro lado —murmuró Gaycar, sin dejar de pensar en aquella horrible visión y observando cómo se alejaba también Imperia.

—Galopan hacia el poblado. Empusa ha perdido el juicio y busca batalla, muerte. De allí debió salir esta patrulla aquea —apuntó Mabra, corriendo hacia su caballo.

—Debemos detenerlas, rápido —dijo Íbero.

Galoparon veloces por las sendas del bosque, esquivando ramas y troncos vencidos. Unos gritos de muerte ahondaron en sus oídos conforme se acercaban a las estelas de humo. En la pequeña Venus, hecha una pequeña guarnición aquea, los soldados luchaban por retener a Imperia, que, furiosa, mataba a todo aquel que se le acercaba. Antianira tomó su arco y atravesó con una saeta al soldado que buscaba la vida de la joven a sus espaldas. Mabra y Gaycar penetraron en el poblado seguidos por sus hombres, arrastrando soldados y vidas ante su empuje y lanza. Íbero se unió en la lucha a Imperia y, juntos galoparon hacia el exterior, seguidos por los demás y por los venablos que les lanzaban.

La sorpresa, las saetas de Antianira y la rapidez de la acción les salvó de ser acorralados y huyeron internándose en las sendas del bosque, dejando atrás la pequeña aldea.

—¿Y tu amiga Empusa? —preguntó Antianira, observando hacia todos lados.

—No la vi, cuando quise darme cuenta estaba en el centro del poblado —respondió Imperia, con palabras acaloradas.

—No está, debió seguir otro sendero —apuntó Íbero.

—Alejémonos de aquí, puede haber más patrullas aqueas... Bey-resultán está cerca, a saber dónde marchó ese demonio. Ya se le pasará y regresará, siempre lo hace —expuso Antianira, como lamentando que siguiera viva.

Esa noche encendieron una pequeña hoguera al pie de un abrigo. Conternados por lo ocurrido, Íbero e Imperia buscaron el calor del fuego y cenaron sin dejar de pensar en Empusa.

—Ella no es así en verdad —afirmó Imperia.

—Esa mujer a muchas de las mías mató y de terror llenó los corazones de todos los hombres de la región. Sus orgías de sangre la hicieron temida y odiada entre todos, aliados y enemigos. Parte los corazones de sus amantes y bebe la sangre de sus cuerpos vencidos... Es un monstruo. La divina Hipólita debió darle muerte —aseguró Antianira.

—Ella acabó con la malvada Iris por nosotros, era su propia hermana... Y salvó mi vida. No es un monstruo, nunca supo lo que es amor hasta que conoció a Europa y a Íbero —aseguró Imperia, afligida.

El joven leñador la miró con asombro y, sentado a su lado, la abrazó.

—También te conoció a ti... Una amiga de verdad, nunca la tuvo —apuntó.

Un chillido agónico les sacó de sus pensamientos y dichos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mabra, templando su lanza hacia la oscuridad.

Los chillidos continuaron, agitando con furia la maleza que lo traía. Un enorme jabalí surgió de la oscuridad; enloquecido, corría hacia ellos. Mabra clavó la rodilla en el suelo a la vez que asestaba un duro golpe al animal, atravesándole el cráneo con su lanza, frenando la embestida de golpe. En un costado, una venablo hundido en sus carnes, delataba la huída precipitada y la agonía de la bestia. Y fijaron la vista a su alrededor, buscando al cazador.

—La pieza es mía —se escuchó en la oscuridad.

—Ven a cobrarla —expuso Mabra, mientras sus lanceros se situaban en guardia.

Sin temor alguno, un gallardo guerrero se acercó hasta el animal muerto y recuperó su pica. Por un momento cruzó la mirada con cada uno de los presentes y supo que no eran hombres salvajes cualesquiera, sus vestimentas y armas así lo anunciaban.

—Mi nombre es Alejandro. Veo que tenéis buen fuego, podríamos compartir la presa y calmar nuestro apetito —dijo.

—¿Estás solo? —preguntó Mabra.

—Sí, no tengo muchos amigos por estas tierras —contestó Alejandro—. Veo que andáis con mujeres guerreras.

—Soy Antianira... ¿Eres un sucio aqueo? Tu acento así lo muestra, a muchos perros como tú he matado— aseguró la guerrera, mecendo su lanza .

—Soy de Micenas. Pero no combato en guerra alguna, ni he venido para que me mates. Mi meta es otra y quizás tú me puedas ayudar —aseguró con una tranquilidad inquietante, mientras sacaba una daga de su ancho cinto.

Se agachó junto al jabalí y comenzó a desollarlo ante la mirada de todos.

—Veo que no temes nuestras armas y seguro te ves ante enemigos. Nos mientes, ¿quiénes andan contigo? —insistió Gaycar, en guardia.

—¿Enemigos? No sabía que fuerais mis enemigos... ¿Lo sois? —dijo Alejandro por respuesta mientras se levantaba. Luego, mecido suavemente su larga lanza, sin soltar la daga.

—Si no pretendes batalla, ¿qué buscas en estas tierras que tus hermanos están arruinando? —preguntó Imperia, acercándose a él.

—A mi amada.

La joven guerrera abrió los ojos sorprendida y una mueca relajó su semblante.

—¿A tu amada? —preguntó.

—Sí, es también guerrera como tú. Seguro una valerosa hija de luna. Quizás la conozcas y puedas ayudarme —aseguró.

—¿A quién buscas?

—No sé su nombre —aseguró Alejandro y volvió a la tarea de despellejar al animal—. ¿Me ayudáis a preparar este cochino?

—Te ayudaremos, pero mantén la distancia; no eres hombre de confianza, en guerra estamos —dijo Mabra, observando cada detalle de aquel fabuloso guerrero.

—Comprendo, pero en nada me atañe esta estúpida guerra ni la gloria que buscan mis hermanos, como les llamáis —aseguró Alejandro.

—¿Acaso eres un traidor? —preguntó Antianira.

—No... Yo libro mis batallas, las de nadie más.

—¡Alejandro! —resonó una voz entre la maleza.

—Son dos mujeres, tiran de un viejo carro —le comentó uno de los guardias a Mabra, agachándose junto a él.

—¡No estás solo, nos has mentido! —exclamó Antianira, posando la mano en la empuñadura de su arma.

—No te mentí. Esas mujeres me siguen desde que salí de Beycesultán, mas nada tengo que ver con ellas —aseguró Alejandro.

Imperia recibió a las dos mujeres, que agotadas se mostraban, y les ofreció agua, extrañada del trato hostil que les ofrecía Alejandro.

—Gracias hija, que los dioses te recompensen... Ah, que cansada estoy —dijo la mayor de ellas, con una sonrisa plétórica y posando las manos sobre los riñones—. Alejandro no nos quiere...

El salvaje guerrero de Micenas la observó con cierta ira, luego chasqueó la lengua y ayudó a Íbero a colocar el jabalí desollado y limpio sobre el fuego.

—Yo sigo mi camino, vosotras el vuestro; nada más, es fácil de entender —dijo Alejandro.

—Quizás sea el mismo —sonrió Némesis.

La presencia del guerrero de Micenas y aquellas dos extrañas mujeres provocó la incertidumbre y el silencio de todos mientras degustaban la sabrosa carne del jabalí. Mabra comió sin pretender darle importancia al desconocido, sabiendo que debía tratarse de un hombre ducho en el arte de la guerra, posiblemente peligroso; su temple así lo atestiguaba. Gaycar no conseguía apartar la vista de aquel salvaje sin temor, de cuerpo musculado y facciones hermosas. Íbero e Imperia le observaban fascinados por el hecho de que allí se hallara en busca de su amada. Antianira desconfiaba de sus palabras, solo quería ver un macho aqueo que matar. Kivell pensaba en llegar a Lesbos, donde su amada Ermis la esperaba en su taberna de rico oyo. Hécate y Némesis observaban sin soltar palabra.

—Dime, aqueo... Esa mujer, tu amada... —dijo Imperia.

—Por la gracia de Perseo, rey de Micenas, mi amada madre visitó el templo y los jardines de palacio. Realizó numerosos sacrificios y, en su descanso, fue amada por los dioses —confesó Alejandro—. Pitia la honró con su visita, sabia sacerdotisa de la profecía, amante de Apolo, divina de Delfos, y le auguró larga vida, riquezas y dos hijos de gran valor. La divina vio en la descendencia de uno de nosotros al heredero de un imperio al unir su suerte a la de una gran mujer, una reina. Pero tanta felicidad tenía un precio, mi madre nunca conocería a un hombre que la amara y el otro de sus hijos vagaría sin tierra ni amor, maldito hasta su atroz muerte... Ese soy yo.

—Una vez me dijo una reina que un corazón que alberga la dicha, siempre encontrará con quien compartirla. Pareces un hombre de

honor, seguro que encontrarás a la mujer que hará latir tu corazón con fuerza, quieran o no los dioses —dijo Imperia.

Alejandro la miró con cierto interés, y sonrió.

—¿Y esa amada? —preguntó Antianira, tan desconfiada como interesada.

—Pensé si los dioses habían decidido otro futuro para mí. Pues, honrando en el templo de Delfos a los héroes que partían en busca de oro y gloria para las fratrias aqueas, la divina Pitia me visitó. Había visto a una mujer presa en tierra de faraones, me dijo que era la reina de mi vida y que con ella formaría la semilla de un imperio sin igual. Que partiera antes de que el bronce de la batalla acabara con ella. Así lo quería Poseidón, así lo deseó Cibeles y así lo ordenó Zeus.

—¿A la tierra de los faraones? —preguntó Imperia—. Allí se encuentra nuestra reina Menalipa, presa del faraón.

—Lo sé cierto. A su rescate me disponía, pero en camino hallé a una mujer que me robó el corazón. Llegó en una barcaza, con ella luché contra las ratas del mar y la liberé... o quizás me liberó ella. Es valiente guerrera y hermosa mujer, ama con toda su alma. Sin duda está tocada por la gracia de Afrodita y la bravura de Ares, pues una bestia sin igual la guarda. Los dioses decidieron burlarse de mí en su desca-ro, una vez más, y la pusieron en mi camino para que siga vagando sin tierra ni amor.

—¿Una bestia? —preguntó Imperia.

—Un enorme carnicero de largos colmillos, tanto o más que mi daga.

—¡Menalipa está viva! ¡Ha regresado! —exclamó con júbilo la joven guerrera.

Alejandro la miró serio, intentando comprender y asimilar aquellas palabras.

—Si has visto a una mujer en la costa del Mar entre Tierras, junto a Therio, es ella sin duda. Divinas sean tus palabras, grata alegría nos has traído en esta noche... Pero Menalipa y tú... —dijo Imperia, con cierta intención.

—¿Menalipa? —acertó a preguntar Alejandro, comprendiendo—. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? Entonces ella es Menalipa... Las palabras de Pitia siempre son futuro cierto, he de encontrarla.

Hécate y Némesis escuchaban, oscureciendo su alma, dando certeza a sus sospechas, sonriendo con una simpatía sin par.

—Sí, sin duda la mujer que conociste es la bondadosa Menalipa; y la bestia que la guarda, Therio —insistió Imperia—. ¡Los dioses no te abandonaron, te han llevado hasta ella!

—Me abandonó precipitadamente, seguro por causa de esta maldita guerra... Ni su nombre sabía, ahora sé cierto que es amada

Menalipa. He de encontrarla o morirá atravesada por el bronce de la batalla... Quizás tú, podrías ayudarme.

—Eres un aqueo en tierra quemada, Menalipa intentará reunirse con la divina Hipólita y luchará hasta la muerte contra las huestes del general Clearco. No creo que esté entre sus prioridades colmarte de placeres... Además, ¿cómo sabemos que no eres un esbirro de Iris y buscas su vida? —pregunto Antianira, con recelo.

—Si fuera así no me hallaría aquí sentado, con dos asesinas de hombres y cinco soldados... ¿medos?

—Somos atlantes —apuntó Gaycar.

—¿Atlantes? ¿Los hijos de Poseidón? Creí que ya no existía tal raza, cuentan los dichos que el rey Cécrope os barrió de Ática y Tirreña, y que Atlas fue destruida por el mismo Poseidón en tres días de fatal cólera.

Mabra no contestó, asimiló aquellas palabras como una curiosa versión y procuró evitar pensar que se trataba de una provocación.

—En Atlas destruimos los ejércitos aqueos, llegaron a nuestra tierra en busca de gloria, solo encontraron muerte —aseguró Íbero, sin poder contenerse.

—Sí, eso también es verdad —apuntó Alejandro, y volvió su mirada hacia Imperia—. Dime, joven guerrera. ¿Podrás ayudarme?

—Sin duda cabalgará hacia Tribada, deberás cruzar las tierras del Desolado —expuso ella.

—Me han hablado de ese desierto. Me mandas a la muerte, veo que no me ayudarás —dijo Alejandro, con cierto pesar. Luego volvió su mirada ante Kivell, que había permanecido muda—. ¿Y tú, lo harás?

—Si son verdad tus palabras, maldeciría toda mi vida no haber-te llevado ante mi reina Menalipa. Si son mentiras te arrancaré el corazón. Pero, ¿y tú? Eres aqueo, quizás nos puedas ayudar en nuestra misión —aseguró Kivell, para sorpresa de todos.

—Me parece justo —respondió Alejandro—. Escucho pues tus palabras.

—¿Dónde podemos hallar a Hécate y Némesis? —preguntó Kivell.

—No han de andar lejos de esta tierra, donde la sangre y la maldad todo lo empaña. Quizás estas mujeres lo sepan, tengo entendido que de Ática llegaron y estuvieron en Beycesultán —aseguró Alejandro, volviéndose hacia Hécate y Némesis, las cuales taladraron su mente con la mirada.

—Nosotras nada sabemos... A Kadesh nos dirigimos. Nos espera un gran festín, las bodas sagradas de nuestras hermanas —dijo Hécate, pausadamente, mientras Némesis asentía tranquila, con su permanente sonrisa.

Alejandro asintió extrañado, observando a las dos mujeres. O le habían mentado a él o lo estaban haciendo ahora..., pensó. Y decidió no delatarlas, por si algún mal desatara.

—Yo te llevaré ante Menalipa, espero no arrepentirme —aseguró Kivell.

* * *

Entre varios setos de coloridas flores, dos zorros roían con fuerza su carnaza. Una piedra impactó en la cabeza de uno de ellos haciéndole lanzar un lastimero ladrido a la vez que huía, su pareja alzó la cabeza con el rabo entre las patas y vio a Empusa acercarse. De un salto entre los arbustos desapareció.

La joven observó el cuerpo sin vida de una guerrera y escudriñó en torno a ella. Pronto halló dos cadáveres más. Sus rostros estaban pálidos y los labios amoratados. Les revisó las vestimentas y enseres; pertenecían a la guardia de Iris, ella lo sabía. No había signos de violencia ni de lucha armada. Una pequeña hoguera permanecía en el lugar, sin vida pero con un cazo de aromática menta sobre ella. Extrañada rondó las cenizas, por dos veces. Luego se fijó en el cuenco vacío que permanecía junto a una de ellas, sonrió pérfidamente y corrió hacia su montura.

—¡Alto! —gritaron dos soldados aqueos, surgiendo de la maleza.

Sin parar en su camino, Empusa empuñó rápido su mortal espada y cortó, entre la muñeca y el codo, el brazo del primero de ellos; antes de que cayera la mano, que todavía sujetaba con fuerza la lanza, la cabeza del soldado rebotó entre dos piedras. La voraz guerrera esquivó el golpe del segundo, lanzándose al suelo, con una pierna por delante; y, apoyándose en una mano, le golpeó el pie de apoyo conforme la pica aquea rozaba su pecho, haciéndole caer. Antes de que el lancero pudiera levantarse, la afilada hoja oriental le amputó la vida clavándole a tierra con el pecho abierto.

Empusa escuchó pasos acelerados y voces entre los arbustos, saltó sobre su montura y salió de aquel lugar cabalgando veloz mientras, lanzando sus picas, una patrulla de lanceros trataba de herirla en vano. Y pensó en las guerreras muertas, tenía que avisar a Imperia contra antes; sin duda habían sido envenenadas y eso solo podía significar una cosa: Hécate y Némesis estaban muy cerca.

Aquella mañana amaneció muy pronto para Imperia, arreglada y compuesta montó en su caballo mientras los demás dormían.

—¿A dónde vas? Estoy preparando un caldo caliente, la grasa del jabalí nos fortalecerá en esta húmeda mañana —le dijo la mayor de aquellas extrañas mujeres.

—Salgo con prisa, quiero rastrear la zona antes de que alcemos el campamento —aseguró, pensando en Empusa; deseaba hallarla, ayudarla, decirle lo que sentía.

—¿Tú también te vas tan temprano? —preguntó Hécate, ofreciéndole un pequeño cuero con caldo, humeante, de aroma exquisito—. Llévatelo y bebe antes de que se enfríe, es muy consistente, renace a los muertos, mata a los vivos. Si ahora no te apetece, bébelo más tarde, te gustará —afirmó con una sonrisa encantadora.

—¿Quién marchó? —preguntó la joven guerrera, tomando el cuero con una mano y ajustando su cierre en la cintura.

—Alejandro..., ese hombre salvaje, el aqueo de Micenas, el hermano del general Clearco, con tu amiga guerrera, la tal Kivell —susurró la arpía con cierta malicia.

Imperia se quedó sobrecogida al saber quién era el hermano de Alejandro y temió por la vida de Kivell y Menalipa. Pensó quizás sino era un enviado para acabar con la divina Hipólita. Con un golpe de bridas, salió galopando, con la idea de hallar algún rastro que la llevara hasta Empusa.

Hécate la miró satisfecha y su silueta se tornó oscura, confusa y curvada. Una risa grave de hiena la colmó y continuó trabajando el sabroso caldo de jabalí y amanitas que preparaba, el desayuno estaba servido.

—¡Se ha ido! —exclamó Némesis, que surgió a su lado, inquieta, merodeando con la vista.

—No temas, la Parca le acompaña ansiosa—afirmó Hécate.

Imperia descabalgó de un salto, unas marcas de pezuñas habían llamado su atención. El sol del mediodía se mostraba radiante y una suave brisa se filtraba entre los arbustos, meciendo las hojas y sus largos cabellos. Se había alejado demasiado, el tiempo había pasado rápido sin encontrar rastro de Empusa. Posó la rodilla en la tierra húmeda y observó aquellas huellas. Un jinete acababa de pasar por la senda. Miró en torno suyo y se levantó.

La pequeña bolsa de cuero que le entregó Hécate, todavía permanecía tibia en su cintura; el ayuno reclamaba algo de alimento que calmara su hambre. Siguiendo el rastro, comenzó a recolectar moras de sabroso tamaño y a comerlas, observando el vuelo de zarceros y mirlos entre las espinosas zarzas. Tomó el cuero y desató la cuerda de lino y cobre que cerraba su extremo. Bebió un corto trago, saboreando el exquisito caldo que aquella mujer había preparado. Había perdido calor, pero todavía reconfortaba el cuerpo. Arrancó varias moras de las ramas, escupió un pequeño tropezón rojizo, abrió un poco más la apertura del saquillo y levantó el brazo para beber con ganas.

Un fuerte manotazo se lo llevó de la boca y estalló en su cara. Sorprendida se revolvió rápidamente tirando mano a la empuñadura de la espada. Empusa estaba ante ella.

—¡Estás loca! —exclamó Imperia y la empujó hacia atrás con las dos manos.

Empusa le respondió con otro empujón, más fuerte. Acto seguido, tiró al suelo el cinto y la daga de la guerrera que encontró muerta. En su funda negra, símbolos de la Guardia Real de Lesbos. Lanzó un silbido mientras agitaba sus manos, con un claro gesto de enfado. Anduvo ante la mirada inquisitiva de Imperia y tomó el saquillo del suelo, vertiendo en su mano el caldo que aún retenía, temiéndose lo que iba hallar. Pequeños tropezones rojos quedaron en la palma de su mano. Con un gesto expresivo, le indicó que la guerrera de Iris estaba muerta. Luego, alzó dos dedos y señaló con decisión el suelo.

—¿La encontraste... asesinada? ¿Las dos arpías están aquí? —preguntó Imperia.

Empusa asintió, le mostró de cerca los tropezones y los arrojó sobre el cinto.

—¡Son setas venenosas! ¡No! —exclamó, dirigiendo su mirada hacia atrás, a las sendas que llevaban al campamento—. ¡Rápido, están todos en peligro! ¡Las arpías están entre los nuestros!

Empusa le puso la mano en el hombro, frenando su ímpetu y, con decisión metió dos de sus dedos en la boca de Imperia, forzándola hasta hacerla vomitar.

* * *

Íbero deambulaba contraído, su estómago ardía y la visión se le nublaba entre fuertes dolores y vómitos. Observó los cuerpos de los lanceros atlantes, vencidos alrededor del campamento. En su agónico camino le seguía Hécate, sonriendo y acariciándole la melena, apartándole las greñas de la cara, hablándole sin que apenas entendiera. Una terrible punzada en su costado enderezó su cuerpo y otra, en su espalda, aceleró su horror. Cayó al suelo y trató de reponerse. Se alejó hacia el arroyo, a cuatro patas, deseaba beberlo todo, huir de aquella rabia que le devoraba por dentro. Atrás había dejado el cadáver el Antianira. Vio los cuerpos de Mabra y Gaycar, yacían desnudos en la orilla, muertos. Y quiso llorar.

Némesis golpeó con el pie a Íbero en un costado, haciéndole caer, y se sentó sobre él. Apoyó la punta de una larga daga, en forma de serpiente, sobre el pecho del joven y comenzó a hundirla lentamente. El joven leñador, sin fuerzas, trató de frenar las fatales intenciones de

aquella mujer; atenzó las muñecas de Némesis, la cual volcó su cuerpo hacia delante, presionando con fuerza, cruzando la mirada.

—No más dolor, ya acaba... No es justo que sufras tanto, tú que tienes un corazón tan grande... Ya está, tranquiliza tus mientes, todo pasa —le susurró al oído mientras la daga ahondaba—. Ya estás muerto... No más dolor... Viviste un tiempo que no era tuyo... Pero todo se arregló... No más dolor... No más sufrimiento...

Con una exhalación de sangre, vencido, Íbero cedió. Némesis pasó los labios sobre los del joven y le bajó los parpados con una suave caricia.

—Debemos marchar, ya es tarde... Tenemos que alcanzar a Alejandro, él nos llevará hasta Menalipa —susurró Hécate, mientras les rondaba nerviosa, entre pequeñas risas y palabras sin sentido.

* * *

—¿Estamos muy lejos de Tríbada? —preguntó Clearco.

—Sí, por las sendas de Occidente necesitaremos varios días para llegar —apuntó Kivell.

—¿Varios días?

—Atravesaremos el Desolado por las sendas del sur, será peligroso, no hay donde abastecerse. No te preocupes, llegaremos en un día.

Alejandro asintió.

—Cuando avistemos el ejército de Clearco, te dejaré. He de volver con mis compañeras, tengo que ayudarlas y de poco te valdrá mi presencia. Si Menalipa quiere verte, deberás presentarte a ella.

—Lo haré.

—¿No tendrás problemas con los soldados?

—No, el general Clearco es mi hermano; en todo caso deberán mostrarme respeto.

—¿Ese asesino es tu hermano? —preguntó Kivell, frenando en su galope.

—Sí. Mas no es un asesino, sino glorioso guerrero.

—Es un asesino de mujeres indefensas y niñas desamparadas, amputó y mató a cientos sin batalla. Además, has dicho que la divina Pitia auguró un destino para cada hermano... Clearco acaba de enterrar a su reina Iris y tú vas en busca de una reina... Yo no tendría tan claro que no vayas a tener problemas —apuntó Kivell.

—¿Iris ha muerto? —preguntó Alejandro.

—Dices que las palabras de Pitia son futuro cierto; entonces si Menalipa te acepta, serás tú el hermano dichoso y él será quién vagará hasta hallar su atroz muerte. ¿No lo has pensado?

Alejandro anduvo sopesando aquellas palabras durante la dura marcha a través del Desolado, soportando el estoico sol y la tierra quemada, con Kivell a su lado. Por las sendas del sur adelantaron en su camino rápido. Caída la noche avistaron en la distancia una delgadísima línea amarillenta en el horizonte.

—¡Hemos llegado! El campamento de Clearco, allí debe de estar ese asesino, tu hermano...

—Dime Kivell, ¿por qué me has traído hasta aquí? Sabes que podría mentir.

—Siempre fui devota enamorada de mi reina Menalipa, pero el temor me hizo darle la espalda cuando Iris se alzó contra ella y me resguardé con mi amada Ermis en mi taberna, en Lesbos, a salvo de guerras y ambiciones. Siempre me maldije por ello. Ahora, quizás halle la muerte si me has mentido. Pero si son ciertas tus palabras, ésta es la oportunidad de redimir mi alma. En ti vi a un hombre enamorado, no a un guerrero asesino. ¿Vas a matarme?

—¿Por qué buscan tus amigas a Hécate y Némesis? Tal vez tratan de comprar sus servicios de arpías asesinas...

—¡No! Iris mandó pagar a las arpías para que mataran a dos niños inocentes de todo. Por ello las buscan, para convencerlas de que todo acabó con la muerte de la reina de Lesbos.

—Debes regresar rápido, yo continuaré solo el camino; pues aunque lejos se hallen, las luces me guiarán. ¡Avísales! Hécate y Némesis andan con ellos, son las extrañas mujeres que marchaban a Kadesh... Ahora comprendo por qué mintieron. Debí hablar, pero pensé que buscabais sus favores de muerte. Corre en tu camino, ellas no escuchan a nadie ni a nada, matarán a esos críos y, si quieren, a tus amigos.

Kivell quedó asombrada ante aquellas palabras. Sin más, tiró de las bridas de su yegua y galopó veloz, con el corazón encogido.

* * *

Imperia y Empusa llegaron al campamento. Abstraídas por lo que veían, descabalaron de un salto y recorrieron cada rincón, comprobando si la vida aún fluía en alguno de aquellos cadáveres. Con los ojos llenos de lágrimas y el mentón temblando buscaron y encontraron el cuerpo de cada uno de ellos: Antianira, Mabra, Gaycar y la guardia. Todos muertos por el vil veneno de la amanita.

—¡Ibero! —exclamó Imperia a ver su cuerpo, meciéndose en la orilla del río, con el pecho abierto.

Empusa corrió desesperada y se lanzó sobre él, gritando entre agudos y graves silbidos, abrazándolo contra su pecho, llorando su corazón.

Imperia quedó sobrecogida y fue a agacharse. Empusa se revolvió sobre ella con un grito sordo, despechado, que la hizo retroceder; para luego abrazarla en su llanto desconsolado.

Las dos jóvenes guerreras permanecieron por largo tiempo abrazadas, de rodillas, llorando su pena sobre el lecho del río, junto al cadáver de Íbero.

Durante largo tiempo estuvieron en la poza del río, sentadas en su orilla, desnudas tras enterrar a los muertos, relajando sus cuerpos con la corriente, sin decir una palabra, mirándose la una a la otra sin saber qué decirse. Ninguna expresión de vida reflejaban sus caras, serias e indiferentes ante todo. Imperia salió y se vistió con sus ropas de guerrera, sin apartar la mirada de la tumba de Íbero. Le había perdido por dos veces y pensó, ante las lágrimas de aquel demonio que tenía por amiga, si no por tres.

Empusa se vistió y tomó de la grupa de su caballo una mochila, se sentó frente al fuego y la abrió. Extrajo tres pequeños cuencos, estrechos como dedos, colmados de barra de tinte, uno de rojo amapola, el segundo de ceniza azul y el otro de verde jazmín. Los disolvió un poco con agua y, con el primero, tintó su cara de azul; con el segundo y el tercero, su pelo de verde, al que añadió tonos azulados y rojizos, realzando su pelo, como una cresta deforme. Y se los ofreció a Imperia.

La joven guerrera tomó los cuencos y se pintó la cara, con los dedos, largas líneas azuladas en sus mejillas, sus párpados rojos y sus largos cabellos con mechas verdosas, azuladas y rojizas. Mientras, Empusa afilaba su espada oriental, lentamente, sin prisa ni pausa con el fuego prendido en la hoguera. Ya no tenían nada que decirles a las arpías...

La tenue luz de un nuevo amanecer bañaba las espaldas de Kivell, al frente dos jinetes se acercaban a ella veloces. Alzando su yegua de pintos colores sobre los cuartos traseros, vio con horror sus figuras de arpías, oscuras, inquietas sobre los caballos.

—¿Dónde está Alejandro? —preguntó Hécate.

—Ese caballo es del capitán Mabra... ¿Qué habéis hecho con ellos? —respondió Kivell, observando cómo era rodeada entre sonrisas macabras.

Con un golpe de pie, Némesis tumbó a Kivell sobre la árida sal. Hécate la hostigó con las patas delanteras de su caballo, brincando sobre ella.

—No te preocupes por tus amigos, justicia se hizo —dijo Némesis.

Las dos mujeres descabalaron y, empuñando sus dagas en forma de serpiente, se acercaron veloces a Kivell. La cual, tomó rápido de su cintura dos puñales y los lanzó sobre ellas. Pero como si nada fueran,

entre sombras inquietas y risas desquiciadas, los esquivaron con facilidad, ante la perplejidad de la guerrera que se echó hacia atrás, viéndolo a la Parca riendo entre ellas.

De pronto, alertadas por un galopar veloz, las dos arpías se volvieron y vieron dos enormes leones correr hacia ellas, un macho y una hembra, y tras ellos la figura esculpida de una mujer de gloriosos destellos, que andaba piadosa.. De pronto, la tierra que pisaban bramó, haciéndoles temblar. Los pies de Hécate y Némesis quedaron petrificados y sus almas de arpías se revolvieron dentro de ellas, tratando de huir, sin poder, de los portentosos rugidos y los afilados colmillos de los felinos.

—Solo el bien y el mal se imponen ante la justicia y la venganza, deberíais saberlo antes de pisar ésta, mi tierra —susurró Cibele.

En un instante, los ágiles pies de las arpías quedaron libres y los leones desaparecieron como bruma hecha polvo; un espejismo que se fundía en el aire delatando la terrible realidad. Ante ellas aparecieron, en el lugar de los leones, con las espadas al aire, galopando veloces y con la ira en la mente Imperia y Empusa.

Capítulo 30

LA BATALLA DE TRÍBADA

Un estruendo resonó en todo el valle de Tríbada. El sonido marcial del metal y un grito de guerra desató la alarma entre las hijas de la luna. Las vigías corrían alertando a sus capitanas y las guerreras, tomaban posiciones en torno a armas y cabalgaduras. El aire quedó enrarecido por la gran nube de polvo que se dispersaba al paso del ejército de Clearco, anuncio de la gran tormenta de truenos de bronce que se acercaba.

—Ya vienen, no esperarán más —afirmó Hipólita, desde el ventanal del palacete principal; reunida con sus reinas y capitanas.

—Se mueven por los tres sectores —apuntó Esmirna, con preocupación.

—Evainia, tú que conoces bien la ciudad —aseguró Hipólita—. Que tus guerreras espanten sus caballos contra las columnas espartanas que por Oriente avanzan, antes de que alcancen el ágora y nos envuelvan; que las bestias se estrellen con fuerza contra ese muro. Corred por los tejados, saltad sobre ellos en su retaguardia. Tras vuestros caballos cargará Esmirna, con toda su fuerza. Yo iré con Pentesilea, trataré de frenar el avance de Clearco en Occidente hasta que podáis salir. Marpesia, tus guerreras aún disponen de saetas, que las vacíen sobre las hordas de Frixo; vuestros arcos de astas vencerán sus escudos y les retendrán, espero que lo suficiente para que podamos salir. Corren desafiantes, creídos; hazles temer, frena su ímpetu en todo lo posible, danos tiempo. ¡Rápido!

—Yo guiaré a las bestias, las estrellaré contra el muro de machos —se ofreció Equidna, dolida por la muerte de Ainia, la Loba de las estepas, deseando venganza, desatar su furia contra los espartanos que habían robado la vida de su reina.

—Esperamos tu señal —apuntó Pentesilea.

Evainia organizó rápido el ataque, eligió la calle principal que daba al ágora, por ser limpia de obstáculos, con una suave pendiente y de casas bajas y unidas, lo que facilitaba la carga y a sus guerreras recorrer la

ciudad por los tejados, hasta alcanzar la retaguardia espartana sin ser descubiertas.

Mientras las guerreras de Evaina azuzaban a las bestias con fuego y gritos, provocando la estampida, Equidna tomó de las bridas a varios caballos y gritó al frente, saliendo a galope, guiando la embestida por la calle desierta y gritando entre blasfemias.

Los espartanos notaron temblar sus pies y, al ver la feroz acometida, maldiciendo a las bravas y a sus dioses, unos apostaron con fuerza los grandes escudos, mientras otros acuñaron valientes sus largas picas ante el infierno de cascos que se les venía encima.

El choque de la manada en espantada contra la muralla de bronce fue terrible, la fuerza animal descompuso las filas de soldados. Los caballos saltaban sobre ellos quedando muchos atravesados en las picas, que se partían ante el empuje y la fuerza; otros galopaban sobremanera por encima de ellos, destrozando cráneos y pechos hasta pisar suelo, abriendo camino. Los guerreros de las primeras filas cayeron aplastados bajo los caballos eventrados y sus propios escudos.

Llegadas hasta los lanceros espartanos, las guerreras de Evaina, desde los tejados, atacaron con una lluvia de venablos y bolas de brea, paño y fuego que cayó sobre ellos, matando y abrasando. La columna se descompuso retrasando sus posiciones de forma desorganizada.

Equidna logró atravesar el frente de picas y, todo coraje al no haber sido alcanzada, revolvió su montura y se lanzó de nuevo sobre ellos, segando la bravura de cinco espartanos antes de ser alcanzada por tres picas que le arrancaron la vida y el valor.

—Es el momento. ¡Atacad! —ordenó Hipólita.

Esmirna la miró, sería ante la posible muerte de algunas de ellas en la batalla, o de ambas, y deseó abrazarla.

—Sabemos lo que tenemos que hacer. Huzzia no llegó. Tampoco le necesitamos, ¿verdad? ¡A por ellos, hermana! —le dijo Hipólita, llenándole su corazón.

Esmirna le ofreció la mano y, tras estrecharla fuertemente con ella, se abrazaron.

—Suerte, hermana —respondió Esmirna.

La reina de Abasa lanzó su pesada caballería sobre los pasos de Oriente. Los espartanos corrieron a formar de nuevo la mortal muralla de bronce, pero el choque brutal lo impidió y el segundo frente quedó destrozado. Las astas espartanas crujían al aire, atravesando valerosas guerreras y caballos; las lanzas de las guerreras atravesaban escudos y hombres arrastrándolos hacia atrás con fuerza.

—¡No lo conseguirán! —exclamó Pentésilea, situándose al lado de Hipólita.

—¡Están aquí! —gritó Marpesia, agotando sus saetas, retrocediendo con sus guerreras.

Las columnas de Clearco llegaban al ágora inundando la plaza de soldados que corrían veloces hacia ellas, con las picas en guardia y los escudos en alto. Atenea saltó de su carro de guerra meciendo su larga lanza y lanzando un tremendo grito de guerra.

Hipólita tomó un arco de astas y una saeta embadurnada de brea, le dio fuego y apuntó al aire y disparó. La flecha se clavó en el suelo, con su llama viva. La mano de Penteseilea la tomó y la introdujo en una grieta oculta. De pronto, como un huracán de fuego, una enorme llama de seis pies recorrió el ágora hasta los aqueos, desprendiendo débiles maderos bajo los pies invasores y haciendo caer a numerosos soldados sobre una ancha zanja repleta de afiladas estacas y abundante brea, que herían sus piernas y prendía sus cuerpos. Entre horribles gritos, cientos de aguerridos soldados se convirtieron en antorchas vivas que corrían sin sentido, revolcándose en el suelo.

Atenea observó aquella estratagema con interés y vio cómo sus aguerridos soldados frenaban en su ataque ante la zanja de fuego, temiendo la ira de aquellas lobas enfurecidas.

Hipólita templó la espada de Ares al aire y cabalgó rápido, envolviendo con la ayuda de Penteseilea, cada una por un lado del ágora y seguidas de un nutrido grupo de cientos de guerreras a caballo, a los hombres que habían logrado atravesar la muralla de fuego. Marpesia y la caballería de Temiscira, cargó duro sobre los argonautas parando el avance del general Frixo antes de llegar a la gran plaza, donde el pozo de los sacrificios dividía el ágora y la ciudad.

Clearco reagrupó a sus hombres y, ante la sorpresa de las reinas guerreras, esquivaron la columna de fuego y estacas pasando a través de varias casas, abriéndose camino una gran formación de mazas, cubriendo en su marcha los frentes y lados con grueso bronce y lanceando sin piedad con sus largas picas a aquellas que trataban de frenar su paso. Como una marea humana, pasaron por encima de casas y barrios, derruyéndolo todo.

—Sin dardos, la única posibilidad es la embestida feroz, suicida —apuntó Marpesia, volviendo su mirada hacia la salida de Oriente, donde Esmirna luchaba.

—El cuerpo a cuerpo es una locura, nos despedazarán a todas —añadió Penteseilea, reagrupando a sus guerreras—. Tenemos que salir o moriremos todas.

—Dividámonos en tres formaciones —ordenó Hipólita—. Penteseilea, refuerza la ofensiva de Esmirna, galopa duro contra esos espartanos. ¡Abrid esa puerta! Marpesia, tenemos que resistir hasta que

el grueso del ejército alcance el centro del ágora, impedir que lleguen antes de que tengamos el camino libre. Luego, embestiremos todas de golpe contra el muro de picas, ahora se halla mermado... ¡Lo lograremos!

En la entrada de Oriente, Esmirna y las guerreras de Abasa luchaban duro desde sus monturas por abrirse camino. Mientras, Evainia y las valientes de Tribada lanceaban a los guerreros desde los tejados, hiriendo y matando. En su orquestado ataque, las hijas de la luna habían destrozado por completo un lado de la gruesa columna espartana. La cual trataba de disponer, de nuevo y sin conseguirlo, sus escudos y picas hacia delante para formar una barrera al frente que impidiera huir a las valerosas mujeres.

Un terrible crujido resonó en las anchas calles de la entrada oriental de Tribada, arrancando de la batalla la mirada de Hipólita y todas sus guerreras: la potente caballería atlante embistió por sorpresa, desde la retaguardia. Gadir llegó bramando su valor, seguido de Tarss, Marco, Antíope y los lanceros de Gadeira.

La carga de los hijos de Poseidón arrasó la columna espartana, que no pudo soportar, a pesar de su bravura, tal envite en sus desprotegidas espaldas; más cuando las guerreras de Evainia saltaron sobre ellos desde las terrazas y la caballería de Penteseila abundó en sus filas, uniéndose a las fuerzas de Esmirna, rompiendo definitivamente el muro de escudos y picas.

Gadir llegó hasta el ágora con gran parte de sus hombres y subió los primeros peldaños del palacio de Artemisa, montado en su caballo.

—¡Hipólita! —gritó, sin dejar de observar en ejército de Clearco que se le echaba encima.

—¡Los hijos de Poseidón! —exclamó Marpesia—. El paso de Oriente está libre... ¡Rápido!

Hipólita sintió un vuelco en su corazón y volvió la vista para ver a su amado. Pero no le vio, no se distinguía entre los valerosos atlantes que luchaban.

Los soldados de Clearco alcanzaron el centro del ágora, uniéndose en la batalla a Frixo, avanzando inexorablemente, mientras las hijas de la luna retrocedían y huían por las calles que les conducían a la salida.

—¡Rápido! —ordenó Hipólita, trotando sobre Zaino.

La caballería atlante envolvió a su divina reina y contuvieron a los aqueos, dando tiempo a huir a las heridas, que rápidamente eran recogidas del suelo por sus compañeras de armas. El ágora de la ciudad se había convertido en un campo de batalla, donde los aqueos avanzaban tratando de envolver a las guerreras, que rápido huían hacia Oriente.

—Huyen al Desolado, ¡los espartanos no han resistido! —exclamó Frixo, llegando a la altura de Clearco.

—En campo abierto no podremos alcanzarlas —maldijo Clearco y corrió sembrando muerte, apremiando a sus guerreros.

Marpesia ordenó a sus guerreras abandonar el frente occidental y galopar hacia aquella salida que se abría ante ellas.

—Rápido, rápido... Salgamos de aquí —gritó Hipólita, siguiendo los pasos de Marpesia y tratando que ninguna de las suyas quedara aislada en la batalla.

—Mi reina, el paso está libre... Es ahora o nunca —le dijo Evainia, llegando junto a ella, sofocada y con la cara cubierta de sangre.

—Aquí me hallo con tus fieles siervos, aguerridos soldados que vienen a morir por su divina reina —aseguró Tarss, galopando a su encuentro.

—¡Hermana! —exclamó Antíope, templando su larga lanza.

—¿Y Gadir? —preguntó Hipólita, buscando, inquieta al no ver.

—¡Hipólita! —gritó Atenea, posándose frente a ella con un numeroso grupo de soldados aqueos, que rápidamente corrieron entre gritos a batallar.

Tarss embistió contra ellos, cayendo del caballo sobre su pierna herida ante las picas enemigas. Cojeando, libró batalla ayudado por Antíope y Marco, que acudió en su ayuda junto a sus hombres.

Evainia cargó contra la divina guerrera, alzando su espada, veloz en su montura. Atenea corrió hacia ella y, clavando la rodilla en el suelo, hundió la lanza en el pecho del caballo, con tal fuerza que le atravesó el cuerpo y penetró en el vientre de la guerrera asomando la pica por su espalda. Con el brutal impacto, el animal recorrió veinte pies, llevándose por delante a los soldados aqueos que halló en su camino, hasta quedar con las patas al aire, sobre el cuerpo sin vida de valiente guerrera, unidos por el asta quebrada de aquella lanza.

Hipólita saltó al suelo, dolida, templando su hoja mientras Atenea desenvainaba la suya, desafiante, orgullosa y precavida.

—Nos vemos de nuevo, esta vez no podrás huir —afirmó Atenea.

—No está Iris para que salve tu vida —contestó Hipólita.

—Lo sé, por ello andaré con más temple... Eres digna de una diosa.

—No debiste asesinar a Europa, ¡ella sí era una diosa!

—Ninfa maldita, decidió ser mujer...

Antíope atacó de lado a la divina, tratando de sorprenderla. Atenea le lanzó un duro revés con su mano abierta y cayó a seis pies, rodando en el suelo, con un ojo sangrando y el alma en pena. La diva saltó sobre ella alzando su espada.

¡No! —exclamó Hipólita, parando el golpe en su camino de muerte, firme, con la espada de Ares y salvando la vida de su hermana.

—Esa espada ha de ser mía —aseguró Atenea, dando un paso atrás. Y cargó sobre Hipólita, con una fuerza poderosa, haciéndola retroceder entre sus soldados hasta el pozo de sacrificios.

Los lanceros aqueos continuaban en su avance, tras las últimas de las hijas de la luna en abandonar el ágora. Las cuales corrían en desbandada por la calle que les abría el paso oriental, saliendo al Desolado y hallando libertad.

Gadir embistió con la caballería atlante la columna de Frixo, tratando de dar con su amada y frenando a los aqueos en su avance.

—¡Valerosa guerrera! ¿Dónde está Hipólita? —le preguntó a Esmirna, viéndola surgir al trote, con la espada en alto.

Sin saber que decir, apenas pudo articular una palabra la reina de Abasa antes de verse sometida a la lucha incierta contra un nutrido grupo de argonautas.

—En el ágora, morirá antes de permitir que Clearco nos alcance —gritó.

Gadir bajó la mirada, fijó sus ojos en ella y cabalgó directo hacia el ágora.

Esmirna le siguió, gritando como una posesa y arrastrando a las suyas de nuevo hacia la batalla. Pero un venablo se hundió en el cuello de su caballo, que hincó las rodillas de golpe y dobló la cabeza. La reina de Abasa salió despedida por encima, estrellándose de bruces contra el suelo. Mientras escuchaba los relincho agónicos de su montura, sus mientes la abandonaron.

Marpesia vio galopar hacia el interior de la ciudad a la caballería atlante y; sin dudarle, ordenó una nueva carga que rápidamente siguió Pentésilea. Ambas recorrieron aquella ancha calle que llevaba hasta el corazón de Tribada, con todas sus guerreras. No encontraron una barrera de bronce y afiladas picas, sino cientos de soldados aqueos que corrían de frente sin darse cuenta de su infortunio, hasta que el brutal choque destrozó su larga carrera tras las hijas de la luna al hallarlas de frente, en embestida.

Con un salto hacia atrás, Hipólita impidió que la espada de Atenea destrozara su cintura. Se cubrió rápido, colocando la hoja en alto, parando el duro golpe que le había propinado la divina guerrera, que furiosa avanzaba hacia ella, sin nada que pudiera pararla, golpeándola con fuerza, cubriéndose en su ataque, marcando cada cinta, cada golpe con solemne precisión. Cualquier otro guerrero no hubiera resistido ni el primer envite. Pero no pudo evitar ambos cortes, en su espalda y bra-

zo. Hipólita aguantaba estoica cada uno de ellos, buscando su momento, sangrando sus heridas.

—¡Hipólita! —gritó Gadir al verla de lejos, irrumpiendo entre los guerreros aqueos. Abriendo la tenaza que sometía a Tarss y los suyos.

El destello mortal de una pica le obligó a ladearse y notó la mordida del bronce rasgar sus carnes. Saltó del caballo y se irguió frente a Clearco, que con un fuerte golpe le hizo caer y centrarse en la batalla.

Tarss se volcó sobre el general de Micenas, propinándole fuertes golpes sobre su escudo, descuidándole del ataque sobre Gadir. La lanza de Clearco surgió sobre su hombro y su pica se hundió tan rápido como salió del cuerpo del general atlante. Con los ojos abiertos y un golpe de sangre en su boca cayó de rodillas, sin fuerzas, y quedó sentado.

—¡No! —gritó Gadir, volcando su furia sobre Clearco; desconociendo quién era y su poder, pero consciente de que gran guerrero debía ser.

La embestida de los dos comandantes resonó en el ágora con un tremendo grito de guerra, de cólera. La espada de Gadir rozó el cráneo de Clearco, por encima de la oreja, arrancándole el yermo y un jirón del cuero cabelludo. La pica de Clearco se hundió en la coraza de Gadir, atravesándole el hombro. Heridos, ambos guerreros reflejaban su deseo de victoria; en el filo de sus armas de afilado bronce, goteaba la sangre hallada.

Gadir se mantenía en pie, con un tremendo esfuerzo, preso de la pica que lo atravesaba; intentó herir a Clearco, que rápidamente paró su golpe asiéndole de la muñeca. Quedaron enfrentados, sin soltarse, a un palmo sus caras, escupiéndose el sudor, tratando de cobrar el uno al otro la vida.

Un fuerte pedrazo impactó en el cráneo de Clearco, el cual se derrumbó con la cara descompuesta. Gadir, atónito, se fijó en una niña, sin comprender de donde había salido en aquel infierno de vísceras y sangre. La pequeña le sonrió y corrió entre los cuerpos abatidos y los guerreros en brava lucha, como si nadie la viera. Gadir no pudo prestarle más atención, pues se le echó encima un fornido guerrero al que eventró tan rápido como llegó. Apretó los dientes y arrancó la pica que Clearco había hundido en su cuerpo y avanzó hacia el ágora, ignorando el cuerpo inconsciente del general de Micenas, sin ceder en la batalla.

En su propia lucha, victoriosa, Atenea cargó en demasía con su hombro hacia delante. Hipólita aprovechó para posar la espalda sobre la de ella y girarse rápidamente, hiriéndola en un costado. La coraza de Atenea crujió y su égida humana se llenó de sangre. Los ojos de la divina

se tornaron por completo negros, las serpientes de su capa y tocado parecieron cobrar vida y su pálida piel adquirió color por momentos. Con un grito horroroso, Atenea asió del cabello a Hipólita y le asestó un duro golpe con su cabeza en la frente, haciéndola caer al suelo del ágora con una brecha y maltrecha. La reina de las hijas de la luna, gateando a ciegas, trató de incorporarse y presentar batalla. Una fuerte patada en el vientre la levantó tres pies al aire, haciéndola rodar hasta el pozo de los sacrificios. Hipólita cerró su puño con fuerza, para abrirlo desconsolada: estaba desarmada.

La espada de Ares era alzada del suelo por Atenea con una satisfacción soberbia y, acercándose lentamente a ella, saboreando su victoria, la diva aquea se preparó para asestarle su último golpe.

—Morirás, como todo aquel que osa enfrentarse a mí... ¿Acaso no te avisó Europa que solo una divinidad podría enviarme de regreso al Olimpo? —preguntó Atenea.

—¡Ah! —gimió Hipólita, desconcertada por los golpes y el dolor de sus heridas.

—¡Quisiste ser divina, ahora nada serás! —exclamó la diva aquea, sintiéndose vencedora.

Un ronco rugido sacudió Tribada, fuerte, poderoso, haciéndose oír por encima de los gritos de rabia, muerte y llanto de la batalla. Atenea irguió su vista con asombro. Hipólita, recobrándose del golpe, se giró en el suelo para ver. Por un momento cesó el combate, soldados y guerreras dirigieron sus miradas hacia las empinadas escaleras del palacio, templo de Artemisa: una esbelta figura de mujer se alzaba al trasluz de la luna, sus cabellos ondeaban al viento, como las telas de la suave túnica que la cubría.

Atenea frunció las cejas, observando con su penetrante mirada aquella mujer. Hipólita se levantó, con la mano cubriendo la herida de su frente, aún maltrecha. Y vio a su amada hermana.

—¡Menalipa! —exclamó.

Tras Menalipa apareció la bestia: Therio, el enorme dientes de sable, ladeando su gran cabeza y lanzando un poderoso rugido, mostrando sus terribles fauces. El tigre se dejó acariciar la tez y el lomo por Menalipa, a su paso, rozándola cual gato mimoso, observando a los aqueos como atroz depredador. Cruzó su mirada con la de Atenea y ésta sintió su cuerpo estremecer al reconocer a su hermano en la profundidad de aquellos ojos almendrados de felino, que brillaban como estrellas tornándose rojizos.

—¡Ares! —exclamó Atenea dando un paso atrás.

Lanzando al aire un portentoso rugido, la bestia saltó al suelo del ágora, corriendo hacia Atenea con la rapidez del rayo.

—¡Maldito! —susurró la divina de ojos de lechuza. Y dio tres pasos atrás, ignorando por completo a Hipólita, agitando la espada y situándose en posición de defensa.

Hipólita apenas alcanzó a ver al gran felino saltar, por encima de ella, sobre Atenea. Pero sí pudo oír aquellas últimas palabras.

—¿Ares...? —susurro atónita.

El fuerte impacto hizo caer a la divina aquea, su yelmo trenzado en crines de león rodó por el suelo del ágora junto a la espada de Ares.

La caballería de Abasa, Tracia y Temiscira irrumpían de nuevo en aquella gran plaza. Antíope corrió veloz hacia Hipólita, la cual recogió del suelo la espada de Ares. Y notó la mano de Menalipa sobre su hombro, el aroma de su cuerpo y el calor de su abrazo.

—¡Menalipa, hermana!

—¡Hipólita! ¡Antíope!

Atenea, sin fuerzas para sacarse la bestia de encima, sacó su daga del cinto y la hundió con fuerza en el costado izquierdo del fabuloso animal, una y otra vez conforme éste la desmembraba el brazo izquierdo y quebraba las costillas, atravesando con sus largos dientes la coraza de bronce, como si de manteca fuera. El felino abrió con sus garras las carnes prietas de la diva, arrancando largos jirones de carne de sus muslos y pecho, entre tremendos alaridos, salpicando el suelo del ágora de espesa sangre. Tres picas se incrustaron en el lomo de la bestia que, alzando un terrible rugido retrocedió liberando por un momento a Atenea de su presa.

—¡No! —gritó Hipólita, saltando junto a Antíope y Menalipa hacia los soldados que hostigaban al gran felino.

Atenea se levantó, su cuerpo, sin un brazo, desfigurado y envuelto en sangre, presentaba terribles mutilaciones. Tomó una lanza del suelo, arrancándosela de la mano a un soldado muerto, y corrió con cortos pasos, tropezando en sus andares, hacia la bestia, que la esperó alzando sus dos patas delanteras, exhibiendo sus colmillos. El poderoso felino saltó sobre ella. Atenea se dejó caer hacia atrás sujetando el asta de la lanza en su mano, con fuerza y haciendo tope contra el suelo. La bestia quedó ensartada en su vientre conforme hundía los colmillos en el pecho de la divina, aplastándola. El impacto fue tremendo y, con la fuerza del choque, rodaron, cayendo ambos, divina y bestia, al pozo de los sacrificios.

Hipólita se asomó rápido.

—¡Therio! —exclamaron Menalipa y Antíope.

—¡Padre! —gritó Hipólita.

La bestia, tumbada en el suelo, de costado, con el asta quebrada en su vientre sangraba por las abundantes heridas recibidas. Solo su

ojo, fijo en las tres hermanas, albergaba vida y, nublado por las lágrimas, parpadeó por tres veces; un beso para cada una de sus hijas.

—¡Muere maldito! ¡En el Hades has de pudrirte! —exclamó Atenea, agónica, vomitando espesos golpes de sangre, temblorosa, alzando una daga sobre la cabeza de la bestia.

Hipólita saltó al foso, dando un potente alarido y cayó sobre el pecho de Atenea: la espada de Ares se hundió, partiéndole la coraza donde relucía la talla de la gorgona Medusa, desde la clavícula derecha hasta el corazón.

La divina de ojos de lechuza quedó sin vida, había sido derrotada por una mortal. La esclera de sus ojos negros se tornó blanca y su iris, verde esmeralda; sus carnes pálidas se tornaron rosadas y su mirada muerta fue de bella mujer, no de divina guerrera.

Hipólita se echó hacia atrás, dejando de lado el cadáver de la divina y acarició la tez de la bestia: su último aliento se fue con una gruesa lágrima y un ronco rugido, suave, corto.

—¡Padre! Europa me aseguro que vivías, ahora entiendo tantas cosas... —suspiró Hipólita.

—¡Sube! ¡Los aqueos cargan de nuevo, tenemos que salir de aquí! —exclamó Antíope.

—¡Hipólita, vamos! —le apremió Menalipa y lanzó una cuerda al foso.

La divina reina besó la tez de la bestia con los ojos colmados por las lágrimas, envainó su espada y saltó a la pared del foso, tomando entre sus manos la cuerda. Antíope trataba de proteger a sus hermanas de las acometidas aqueas, con la ayuda de Marco y sus hombres. Menalipa tiró fuerte, pero ella sola apenas podía sujetar la cuerda. Vio caer a dos soldados y un brazo al foso, los tenían encima. Desesperada, trató de ayudar a Hipólita que, herida, escalaba sin fuerza, entre resbalones, asida de la cuerda.

—¡Menalipa! —gritó Antíope.

Menalipa volvió la vista y vio llegar hacia ella el afilado bronce de una lanza. Tembló hacia delante, perdiendo el equilibrio, viendo su fin.

El poderoso golpe de una espada quebró el asta de la lanza y el ímpetu del guerrero que la portaba, antes de que pudiera cumplir su objetivo. De inmediato, tomó del brazo a Menalipa, impidiendo que cayera al foso y sujetó la cuerda, con una sonrisa que ahondó en su corazón.

—¡Alejandro! —exclamó Menalipa.

El guerrero salvaje agarró el extremo de la cuerda, tiró fuerte y la ató al cuello de un caballo muerto. Saltó al foso, observó el cadáver de Atenea y el cuerpo de la bestia. Hipólita templó su espada ante el desconocido guerrero.

—Tú debes de ser Hipólita, te sacaré de aquí —dijo Alejandro.

La divina reina miró hacia arriba y vio el rostro de su hermana.
—¡Vamos! ¡Se nos echan encima! —gritó Menalipa.

Hipólita, con un pequeño lamento, fruto del dolor de sus heridas, envainó de nuevo la espada de Ares y se agarró al cuello de aquel salvaje desconocido. Con ella sujeta a sus espaldas, Alejandro escaló con facilidad el foso. Luego, la tomó por la cintura y la posó junto a su hermana Menalipa. Hipólita le observó curiosa, tratando de reponerse, consciente de su porte guerrero y su acento aqueo. Vio la mirada enamorada de su hermana y comprendió que aquel hombre era alguien importante para ella.

—¿Un aqueo? —susurró a su hermana, como si no hubieran más hombres en el mundo.

Alejandro, con un leve gesto de sorpresa ante su rubor, sonrió a Menalipa, y la abrazó efusivamente, besándola.

—Vamos, vamos... Ya habrá tiempo. Debemos salir de aquí —exclamó Hipólita y montó en Zaino. Luego, se abalanzó sobre los guerreros que hostigaban a Antíope.

Gadir cabalgó hasta el ágora, con gran parte de sus hombres, subiendo los primeros peldaños del palacio montado en su caballo.

—¡Hipólita! —gritó al verla y galopó al encuentro de su amada reina. Sin palabras, cuando llegó a su altura, la abrazó y la alzó de Zaino con sus fuertes brazos, posándola sobre su montura y besándola con ímpetu. Hipólita le miró presa del deseo y la alegría, y le besó de nuevo en el crujir de la batalla.

—¡Vamos, Vamos! —les gritó Antíope—. ¡Ya habrá tiempo para eso, que ni la guerra respetáis!

Rodeada de muerte, en brazos de su amor, Hipólita sintió su cuerpo renacer en la batalla. Saltó sobre Zaino y agitando la espada de Ares, tiró de las bridas y avanzó hacia la salida oriental de Tríbada.

—¡Vamos mis bravas! ¡Lo conseguiremos! ¡Salgamos de aquí! —gritó.

Frijo, aun conmocionado por la pérdida de Atenea y la desaparición de Clearco, estaba decidido a expulsar definitivamente de allí a las hijas de la luna y destruir aquella ciudad donde tantos de los suyos habían muerto.

—¡Los dioses han luchado, ahora lo harán los hombres! ¡Es nuestro momento! Tríbada es nuestra, hagámonos con su gloria y riquezas.

Los soldados aqueos retrocedieron, reorganizándose y se desplegaron de nuevo como una formación compacta, un muro infranqueable de escudos y picas; y avanzaron con el general argonauta al frente. Aunque sus fuerzas se hallaban mermadas y el ejército espar-

tano había sido aniquilado, todavía eran superiores en número.

—Podemos luchar, ya no son temible ejército; podríamos vencer —expuso Marpesia, deseosa de venganza, frenando en su galope.

—¡No! ¡Hemos vencido! No más muerte, no quiero que ninguna valiente más muera por nada. Salgamos de aquí, lejos de la batalla —ordenó Hipólita—. Debemos reagruparnos por si piensan seguir hasta Temiscira; aunque no creo, les dimos duro.

Las hijas de la luna galoparon veloces en sus monturas junto a la caballería atlante, hacia Oriente conforme se ponía el sol, abandonando Tríbada.

Frijo, sin oposición alguna, corrió hacia el palacio de Artemisa, con una numerosa guardia y los demás soldados comenzaron el saqueo de la ciudad.

—¡Cargad todo cuanto podáis! ¡Buscad! ¡El oro tiene que estar aquí! —gritaba.

—Mi señor, apenas hay nada, solo botín de guerra... El de nuestros propios soldados caídos —apuntó uno de sus capitanes, saliendo del templo con la desilusión marcada en el rostro.

La tarde fue pasando con aquellas premisas, en Tríbada solo había tierra quemada, casas vacías o derruidas y muertos, nada que saquear.

—Mi señor, esta loba aún vive... ¿Qué hacemos con las que hallemos con vida? —preguntó su capitán.

Frijo levantó la vista y una exultante sonrisa inundó su rostro amargado. Ante él, sujeta de brazos, sus soldados arrastraban a Esmirna, reina de Abasa. La cual, apenas consciente de lo que ocurría, con la cara ensangrentada lo observó recordando.

—¿Acabamos con ellas? —preguntó el capitán argonauta.

El general de Argos, la miró altivo. Y la rondó pensativo, mientras ella le seguía con la vista. Siete guerreras más, heridas en sus carnes, fueron llevadas hasta él, mientras los soldados registraban la ciudad.

—Mi señor, no hay oro... Ni nada que llevar, cargaremos las armas de los muertos, no hay más... —insistían sus hombres.

—Ya os dije que no había oro... —dijo Esmirna.

—Por no hallar, ni gloria hallaremos —contestó, acercándose hasta un palmo al rostro resignado de la reina —. Veo que tenías razón, ¿qué fue de ese oro?

—Nunca existió, fue una argucia de loba para desplazar un ejército de machos ambiciosos —respondió Esmirna.

Frijo sonrió y, de pronto, se contrajo por el dolor de la herida de su vientre. Tomó del mentón a Esmirna y observó sus hermosos ojos, luego acarició su larga melena roja y asintió.

—Capitán, liberad a estas valerosas guerreras... ¡Que marchen con las suyas! —ordenó ante la sorpresa de todos.

—Pero señor... —dijo el capitán.

Una mirada bastó para que obedeciera de inmediato. Sus hombres liberaron a las guerreras presas y el mismo Frixo cortó las ligaduras de las manos de Esmirna.

—Me alegro de no haberte matado... aún... —aseguró ella, con cierto orgullo, desconfiada, sin desviar la vista de la mirada penetrante del general argonauta.

—Volveré a por ti, cuando sea digno de una reina —aseguró Frixo.

—¡Ven solo o te cortaré la cabeza! —exclamó ella, montando en un caballo y alejándose con las demás guerreras heridas.

Frixo observó cómo se alejaban las mujeres, satisfecho por su proceder.

—No entiendo señor —le dijo su capitán.

—Atenea y Clearco han sido castigado por los dioses, de ahí nuestro desastre sin duda. Perdimos el desafío y en vez de cumplir nuestra promesa de honor, atacemos ciegos de ira. Entonces perdimos el apoyo de Zeus y Ares campó a sus anchas... Recoged todo y aprovisionad las columnas de agua, regresamos a Argos.

—¿Y el oro?

—Me temo que nunca hubo oro.

LAS HUESTES DE TROYA

Un sonido estridente de flautas y tambores llegó hasta los aqueos, concentrados en los preparativos de su repliegue y regreso, desconcertándoles; el paso marcado de miles de hombres en carros de guerra, hizo retumbar el suelo de Tribada.

—¡Los soldados de Ilión están aquí! —gritó su capitán.

—¿Cómo es posible? —preguntó Frixo.

—Nos han traicionado, señor... Estamos perdidos.

—No podremos hacerles frente. Maldito Ilio, siempre desconfié de ese reyezuelo sin palabra ni honor —aseguró Frixo.

Laomedonte avanzaba hacia ellos seguido por el ejército troyano, guiado por varias lobas supervivientes de Venus. Más de dos mil carros de guerra se desplegaban por todo Occidente, seguido de una imponente caballería de tres mil lanceros. Su vista parecía no tener fin, avanzaban preparados para la batalla. Tras ellos, el sol de poniente les envolvía en un áurea rojiza que destellaba sus lanzas al aire, confundidas entre la gran polvareda que alcanzaba el cielo a su paso.

A lo lejos, las hijas de la luna se mantuvieron firmes, observando la llegada del ejército troyano. En el rostro se marcaba la satisfacción de la victoria.

—¡Laomedonte ha salido de la amurallada Ilión! —exclamó Hipólita.

—Están acabados —susurró Menalipa.

Los aqueos que permanecían a la entrada de la ciudad, salieron huyendo en desbandada. Abandonaron su botín robado en tierras de Arzawa, esclavos, presos y armas cuando vieron aquel formidable ejército penetrar en su campamento, aplastando toda resistencia.

Laomedonte dirigió a sus generales por las calles centrales de la ciudad hasta el ágora, matando, vengando, acelerando la huída inesperada de los aqueos hacia el inhóspito desierto.

—¡Los dioses nos han abandonado! ¡Huyamos! —exclamó el capitán argonauta, saliendo precipitadamente.

—Nosotros, como las lobas, tampoco aceptamos la derrota... —susurró Frixo, asumiendo su culpa, manteniéndose firme en medio del ágora.

—¡Dejadles huir! ¡No irán muy lejos! —exclamó Hipólita, calmando a las suyas, deseosas de vengar a las suyas, de matar a todos los aqueos que se perdían veloces en el desierto.

—El Desolado se encargará de calcinar sus huesos —apuntó Marpesia—. Pero bien sabe Artemisa que me gustaría arrancarles la cabeza a todos.

—Regresemos a Tribada, recibamos a nuestro amigos troyanos —apuntó Penteseila.

Hipólita se adelantó a Gadir, que a su lado permanecía altivo. Reuniéndose con Marpesia y Penteseila. Miró en torno suyo y frunció el rostro, apenada.

—¿Y mi hermana, la reina Esmirna? —preguntó.

El silencio colmó el momento con una triste mueca por parte de todas.

—¡Aquí estoy, hermana! —gritó la reina de Abasa, llegando hasta ellas, acompañadas por el grupo de guerreras heridas.

Laomedonte llegó con su ejército hasta el ágora de Tribada, sobre un carro enorme tirado por seis caballos, donde un trono de madera lacada en oro hacía de centro y cuatro lanceros acompañaban su suerte y quedó horrorizado, el suelo era una gran balsa de sangre cubierta de cadáveres. Miles de hombres y mujeres yacían amputados por la vil ambición, vísceras y armas sin gloria ni dueños. Y en el centro, Frixo esperaba, con su larga lanza templada en guardia.

—¡Apresadle! —ordenó Laomedonte.

Sin reparar más en el general de Argos, avanzó hasta el templo de Artemisa y esperó impaciente la llegada de Hipólita, viendo a las hijas de la luna regresar.

—Dura ha sido la batalla, lamento no haber podido llegar antes —apuntó Laomedonte, quedando boquiabierto al comprobar que no eran más que unos cientos de guerreras las que sobrevivían y parte de la caballería atlante.

—Te agradezco que te decidieras a luchar, creo que nada hubiera podido parar el avance aqueo hasta Temiscira —agradeció Hipólita, amable.

—¿Nada? —sonrió Laomedonte—. Habéis reducido en más de dos tercios el ejército de Clearco y aún no habían salido del Desolado, no hubieran llegado nunca.

La noche lo envolvió todo y las afueras de Tríbada se convirtieron en una gran hoguera donde todo ardía. Los cadáveres eran apilados de veinte en veinte, en grandes fosas y prendidos hasta que desapareció toda la leña y la brea. El resto se enterró en grandes zanjas con abundante cal y arena que los cubriera.

Desde el palacio de Artemisa, Hipólita observaba el ágora, a los lanceros troyanos y sus guerreras trabajar entre cadáveres, y la inmensidad que se abría ante ella. Gadir acariciaba su vientre, abrazándola por detrás y besando su cuello.

—Estoy maldita por la sangre de Ares, este es mi reino: sangre y muerte. Nunca podré gobernar sin que se desate la violencia.

—Yo no quiero una reina, te quiero a ti... En nuestra tierra encontrarás de nuevo la paz, con nuestros hijos, que de menos ya nos echarán. Lejos de ambiciones y reinos que sueñan ser imperios, donde los hombres se olvidan de vivir.

—Mi señora, la cena está servida —apuntó Marco, abriendo la puerta de sus aposentos.

—¿Y Tarss? ¿Está mejor?

—¡A comer! —gritó Tarss, golpeando la puerta, del brazo de Isis y Maat, vendado todo su vientre y con una sonrisa que relucía entre su espesa barba.

Laomedonte preparó un banquete especial para celebrar la derrota de los aqueos, la victoria de las hijas de la luna. Reinas y generales se reunieron alrededor de una gran mesa, riendo y desatando sus inquietudes. Laomedonte permanecía serio, sin dejar de buscar entre las presentes, esperando hallar donde no veía.

—Muchos han huido, no podemos consentir que lleguen hasta sus naves, que regresen a Ática. Si alguna columna aquea consigue atravesar el desierto, sembrará de sangre su regreso, no tendrán piedad de nada, muchas morirán mientras aquí nos jactamos de victoria —apuntó con tristeza Pentésilea.

—Sus naves ardieron todas frente a las murallas que intentaron conquistar —expuso el Laomedonte—. No tienen donde huir, muchos enemigos son los que les esperan fuera de este desierto.

—Mucho mal hicieron, nadie les quiere... Pero aún pueden hacer daño a las aldeas más indefensas —apuntó Pentésilea.

—Será difícil seguir los pasos de todos, andarán por todas direcciones —apuntó Marpesia.

—Huyeron dispersos, pero todos andarán por los pasos de la Carva, hacia Beycesultán —aseguró Hipólita.

—Mañana mismo saldrá una columna de carros tras ellos, despejaremos dudas y protegeremos a nuestra gente —afirmó Laomedonte.

—No, debes dejar en nuestras manos tal empresa —contestó Penthesilea—. No llegarán lejos. Nosotras cabalgaremos rápido y su merecido les daremos, de gloria y muerte les cubriremos. Vuestro ejército es preciso que descanse tras atravesar el Desolado.

—Mi señor, el prisionero —le dijo un capitán al príncipe, interrumpiendo la conversación.

Ante la mesa, la guardia troyana se presentó con el general Frixo, magullado y con numerosos cortes por todo su cuerpo.

—¡Esto es lo que queda del enemigo! —exclamó Laomedonte, con orgullo.

Esmirna clavó su mirada de inmediato en el general de Argos.

—¡Mañana mismo le sacrificaremos a sus dioses! —expuso Marpesia.

—¡No! —gritó Esmirna, ante la sorpresa de todos—. Ese hombre nos liberó a las prisioneras, salvó nuestras vidas de la soldadesca aquea.

Hipólita miró a su hermana y vio una llama prendida en su corazón.

—¿Y qué propones? Enemigo nuestro es —le preguntó.

—Esta guerra traerá consecuencias, grandes heridas dejará que tardarán en cicatrizar. Las fratrias aqueas nos maldecirán por siempre, Lesbos y Abasa quedan cerca de sus aguas, incluso la bien amurallada Ilión estará en continuo peligro. Démosles un motivo de paz, que no todo lo que digieran sea venganza —explicó Esmirna, justificándose.

Frixo levantó una ceja al escucharla, deleitándose en su mirada.

—Dicen que eres hijo de reyes, ¿es así? —preguntó Hipólita.

—Soy Frixo de Argos, hijo del rey Atamant... Pero un bastardo, nada más. ¿Qué más puedo decir? Nuestra empresa era de libertadores y en conquistadores nos convertimos. El León de Micenas e Iris de Lesbos así lo decidieron y a todos hasta aquí nos trajeron en busca de gloria...

—Colmado de gloria te ves —susurró Marpesia, con malicia.

—Laomedonte, tras el agravio que has producido al hundir la flota aquea; quizás puedas ofrecer un presente al rey de Argos —dijo Hipólita, atendiendo el ruego silencioso de su hermana pelirroja.

—Así será, sabias son vuestras palabras; pero he de deciros que de poco valdrá... Nosotros buscamos paz, ellos siempre buscan guerra. Tarde o temprano, volverán... —apuntó el joven rey.

Hipólita miró a Frixo, esperando una respuesta.

—Volveremos... —aseguró Frixo, con sentido pesar.

—Los macabros restos, hechos pellejos y consumidos, de ciento de soldados salpican el camino desde Tribada a las cuevas trogloditas y más allá... De las gallardas columnas de Micenas, Argos, Atenas y

Lacedemonia muy pocos sobrevivirán sin agua ni víveres. La mayoría morirán perdidos sin saber su rumbo, abrazando su fatal destino sin más gloria ni fama que la abrasadora tierra del Desolado. En la huida desesperada de tus hombres, solo algunos han podido ser rescatados con vida. Y de los que consigan atravesar el desierto, ninguno vivirá —es lo que volveréis a encontrar —aseguró Esmirna.

—Nosotros pondremos la semilla de paz, de vosotros depende regarla con espesa sangre o abundante agua; así será y vuestros frutos recogeréis —expuso Hipólita.

—¡Lléváoslo! —ordenó Laomedonte, nervioso.

—Te veo preocupado desde que llegaste, príncipe. ¿Qué es lo que corroe tu espíritu? ¿Imperia? —le preguntó Hipólita, sin alzar la voz—. No has venido por vencer en esta guerra, sino por ella, ¿verdad?

Laomedonte la observó, pensando sus palabras.

—¿Dónde está Imperia? Es posible que por ella me halle aquí, pero fue tu presencia y la resistencia que ofrecisteis ante un enemigo tan superior, la que me hizo entender que si no nos hacíamos respetar ahora, nunca seríamos un pueblo libre. Aquí estoy por Imperia, por ti y por mi pueblo, pues ya no soy príncipe, sino rey —respondió.

Hipólita ladeó la cabeza, con sorpresa. Aquel muchacho valiente que un día conociera en Ilión, hoy era rey. Quizás algo estaba cambiando en verdad en los reinos de hombres, quizás había solución, pensó.

—Imperia marchó antes del combate, nadie sabe dónde... Quizás Esmirna, pues ella, no sé cómo, todo lo sabe —contestó en voz alta, para hacerse oír.

—Imperia y Empusa marcharon juntas, una empresa de suma importancia les esperaba. Solo tengo por cierto que tenían que acabar con Hécate y Némesis, así tendría paz la divina Hipólita —expuso Esmirna—. Deyarina les ordenó partir y me puso al corriente.

Hipólita asintió curiosa y preocupada a la vez. Observó a Gadir y a sus hermanas.

—En Beycesultán las encontré, marchaban hacia Kadesh, eso afirmaron. Juntos estuvimos en una noche, la tal Imperia, un capitán atlante y las arpías... y algunas guerreras más. Alerté a Kivell de quién eran, pues me dijo que tramaban acabar con unos niños inocentes —apuntó Alejandro.

—¡Mis hijos! —exclamó Hipólita, hundida, comprendiendo.

—Pero... ¡Esas brujas son muy poderosas! ¿Debían acabar con ellas? ¿Dónde están? Tenemos que buscarlas y saber, son muy peligrosas, deberías habérselo dicho antes —le recriminó Menalipa.

—Yo no sabía... —se justificó Alejandro, sin entender.

—Esas mujeres son muerte, debemos salir en busca de Imperia y acabar con ellas —expuso Menalipa.

—¡Debemos marchar de inmediato! —exigió Gadir, alzándose de la mesa.

—¡No será preciso! —exclamó Imperia, ante el asombro de todos.

Los lanceros y las guerreras que guardaban la entrada se apartaron, abriendo un camino en la sala que conducía hasta la mesa. La alargada sombra de las dos jóvenes, de caras y cabellos manchados de tinta y sangre, llegó hasta mesa de ceremonias. Empusa e Imperia se acercaron y, ante todos, mostraron en alto las cabezas de Hécate y Némesis; cada una, con una de ellas.

—Tus hijos están a salvo, mi amada reina —aseguró Imperia, dirigiéndose a Hipólita.

UN TIEMPO PARA LA PAZ

Una gran fiesta colmó la séptima luna tras la victoria, donde no faltó el buen vino ni la carne; la música y la danza, ni el amor, ni la lujuria. Fue un noche en la que prosperaron ideas y amistades entre guerreras, donde se abrazaron como hermanas. El príncipe Laomedonte fue aclamado, vitoreado, al igual que Gadir y los hijos de Poseidón. Pero fue la divina Hipólita la que extasió a las guerreras de todas las naciones de las hijas de la luna allí reunidas. Con su valor y determinación, con su sabiduría y artes de guerra, había logrado retrasar el poderoso avance aqueo, vencer al poderoso Clearco y enviar a Atenea al Olimpo. Había unido de nuevo los lazos de sangre de aquellas valientes mujeres, dejando atrás una horrible guerra. Su sola presencia en los balcones del palacio, en el templo de Artemisa, vestida con un ligero chitón de sedas verdes bajo su peto de oro y argénteo, la corona de Armonía y la espada de Ares, acompañada por sus hermanas Antiope y Menalipa, desataba el ánimo y encendía la pasión de todo el ágora.

Esa mañana amaneció con una ligera brisa, una tenue lluvia caía sobre Tribada, algo inaudito en aquel desierto. Las guerreras se asomaban a los ventanales de las casas y salían de sus tiendas, y alzaban incrédulas la mirada al cielo.

—¡Está lloviendo! —exclamó Menalipa, asomándose desde el ventanal del palacio.

—Los dioses lloran a sus hijos muertos en esta guerra infame, desean limpiar la sangre que mancha el ágora, las paredes, cada calle —dijo Alejandro, tomándola por la cintura.

—El agua es vida... —susurró Menalipa, acurrucándose en sus grandes brazos.

Unos golpes en la puerta les distrajo de sus pensamientos.

—Mi señora, en la sala de armas os esperan —dijo Kivell, asomándose tímidamente.

Menalipa recorrió los pasillos del palacio sujeta al brazo de Alejandro, se sentía dichosa y pensaba en el capricho de los dioses que hasta su corazón habían llevado a aquel hombre valiente y noble.

—Marchemos lejos de aquí, donde la lluvia no tenga que borrar la tragedia, donde los hombres no deseen ser dioses, donde la alegría de vivir se imponga a la gloria de la muerte —dijo Menalipa.

En la sala, reinas y capitanas se despedían, entre abrazos y promesas. Clearco, el León de Micenas, había sido derrotado. La guerra había terminado.

—Marcho, con mi ejército de nuevo a Troya, a palacio... ¿Me acompañarás en esta ocasión? —le preguntó Laomedonte a Imperia, sincerando su amor por ella.

—¿Y qué haría tu padre Ilio si yo entrara en palacio? Con su veneno no saldría viva la primera noche, si antes no me vende a los aqueos como esclava —afirmó Imperia, haciéndose querer.

—El rey Ilio ya no se ocupa de tales menesteres, ni yo soy príncipe —aseguró Laomedonte con una esbozada sonrisa—. Le hablé de nuestro amor a mi madre y no supe darle un nombre que no fuera de guerra. Leucide te llamó ella, significa mi hermosa maestra...

—Humm... Leucide, me gusta —gruñó Imperia, con una sonrisa pícaro—. Tendré que visitarte más a menudo.

—Sea pues. Ahora, en tiempos de paz, gozarás de tiempo para ello... y yo por siempre he de esperarte.

Se despidieron con un beso y una caricia de amor, bajo la atenta mirada de Hipólita y sus hermanas. Y recorrieron la sala hasta posarse ante ellas, con una leve reverencia. Laomedonte abrazó a Hipólita y saludó a las demás féminas allí reunidas, estrechó su brazo con Gardir y Alejandro, y marchó.

Imperia observó cómo se alejaba, la pena le embargó el corazón. Y le saludó con la mano en alto cuando él volvió, por última vez, la vista esperando su compañía.

—Mi querida Imperia, ¿vas a dejarle marchar? —dijo Hipólita, acercándose a ella.

—Creo que ya he sufrido bastante el mal de amor, tras la muerte de Íbero decidí olvidarme de los hombres... Por lo menos en un largo tiempo.

—Pero entonces no esperabas encontrarte de nuevo con Laomedonte, ¿verdad?...

Imperia arrugó los labios, negó con la cabeza y sonrió.

—Nosotras partimos con las huestes troyanas, cuidaremos de tu hombre —dijo Pentésilea, esbozando una sonrisa que irritó a Imperia.

Acto seguido, la reina de Tracia abrazó con fuerza a Hipólita y se alejó alcanzando al rey troiano.

—Yo marchó con ellas y los teucros, espero que un día te decidas a visitar mi hogar —apuntó Esmirna. Luego, abrazó a cada una de sus hermanas, las besó y comenzó a alejarse, satisfecha y con un deseo oculto.

—¡Cuida de los prisioneros, en especial del general argonauta! —exclamó Antíope, ante la mirada presuntuosa de las demás hermanas.

—Le cuidaré, no temas —contestó Esmirna, sonriendo con malicia.

—Mi divina reina, sabes dónde hallarme si de mí necesitas —dijo Marpesia y la abrazó, con un beso se despidieron—. Ha sido un honor combatir a tu lado. El precio de la guerra ha sido muy alto, llegué a pensar en la batalla que ninguna viviría. Sin tu presencia, así habría sido.

—Alejandro y yo marchamos a Lezpas, quiero pasar un tiempo en mi isla de paz. Pasear por las calles de Lesbos, sus playas y campos de olivos. Visitar la taberna de mis buenas amigas Ermis y Kivell, regar las plantas floridas del templo de Artemisa... Alejandro me ha hablado de su tierra, quiere presentarme a su amada madre y que conozca a Pitia, divina de Delfos, visionaria del futuro cierto. Quizás me atreva a pisar Micenas. Desde allí, si los dioses nos son propicios, marcharemos a Tirrena, allí dispone de una hacienda, en una pequeña villa, alejadas de ambiciones, donde seremos felices.

—Te hallarás más cerca de nosotras —dijo Hipólita, un tanto preocupada.

—A mí lado, nada ha de pasarle en Micenas —aseguró Alejandro.

En el palacio quedaron Hipólita, Antíope e Imperia, con Gadir. Desde la terraza observaban cómo se alejaban por Oriente las guerreras de Marpesia, hacia Temiscira; por Occidente avanzaban Laomedonte, Pentésilea y Esmirna, hacia Troya, Tracia y Abasa, respectivamente. Y su hermana Menalipa, hacía Lesbos, al lado de aquel hombre salvaje de Micenas.

—¿Sabes dónde está Empusa? —preguntó Hipólita—. Me hubiera gustado hablar con ella, darle las gracias por cuidar de mis hijos.

—Desapareció la misma noche que llegamos, no he vuelto a verla. Kivell me dijo que marchó... Nadie la quiere, sufro por ella —respondió Imperia.

—Debiste avisarme, se trataba de mis hijos —le reprochó Hipólita.

—¿Es posible que existan hombres de verdad entre los aqueos? —preguntó Antíope, observando los andares de Alejandro que acompañaban a su hermana Menalipa.

—No —respondió Imperia.

—Pues a mí no me hubiera importado quedarme con ese... —susurró Antíope.

Hipólita sonrió y anduvo hacia Gadir.

—No te alejes de mí... —le dijo, tomándolo del brazo y mirando a su hermana con cierta picardía, de lado.

La caballería atlante esperaba en formación, con carros de víveres y agua abundante; y en uno de ellos, de ancho suelo y techado de lino, Tarss permanecía tumbado, con el vientre vendado, al cuidado de las dos hermanas egipcias, Maat e Isis, que con cariño le mimaban.

—Marco, mira a ver por qué no bajan, me inquieta estar aquí tumbado esperando sin más —le ordenó a su capitán—. ¡Diles que bajen o subiré a por ellos!

—Marchamos al puerto de Arinna, donde espera nuestra flota. No todos regresamos, en esta tierra dejamos grandes amigos, que con su sangre han honrado a los dioses y muerto por nuestra causa. Pero la pena de los que quedan atrás ha sido consolada por el gran triunfo de la empresa: derrotados los aqueos, regresamos a casa llenos de gloria y con nuestra reina —arengó Gadir sobre la terraza del templo de Artemisa, frente a sus hombres, y un gran estallido de júbilo resonó entre el crujir de escudos y lanzas.

—¡Hipólita! —exclamaron.

La reina divina observó emocionada a la caballería atlante que la vitoreaba, a las numerosas lobas que allí quedaron para seguirla y una lágrima recorrió su rostro mientras abrazaba a Gadir.

—¡Hipólita! —exclamaron de nuevo, repitiéndose continuamente como el eco entre montañas, una y otra vez.

—Descansaremos unos días en Arinna y, provistos de buena carga, partiremos hacia las tierras de los faraones, visitaremos Men-nefer, le hice una promesa a un viejo amigo llamado Imhotep-Ptah y he de cumplir. Además, allí conseguiremos provisiones abundantes para el largo viaje hasta Gadeira —dijo Gádir.

—No sé si será conveniente visitar el imperio de los faraones —apuntó Hipólita, deseando llegar al Gran Tajo y abrazar a sus hijos—. Quizás deberíamos ir directos.

—No creo que llegáramos, nuestras naos no están preparadas para tan largo viaje sin resuello. Y no nos conviene acercarnos a las costas del norte. Pero no temas, tenemos el sello de la Esposa de Dios. Me lo entregó el sabio Imhotep-Ptah, no tendremos problemas en ningún sitio. Además, aquel muchacho al que salvé de las fauces de un enorme cocodrilo, dicen que hoy es faraón —aseguró Gadir con satisfacción, llegando a las escaleras del templo.

—¡Vamos, el ansia corroe mi alma...! ¡Ya sueño con los establos y el vino de Gadeira! ¡Por Poseidón y todos los dioses del Olimpo! —gritó Tarss.

—¡Ya estamos aquí, viejo amigo! ¡En marcha! —exclamó Gadir. Entonces, Gadir vio de pronto una niña corriendo por el ágora, que le sonrió y se perdió entre las casas en ruinas. Era aquella que derumbó a Clearco y, posiblemente, salvó su vida.

—Un momento, Tarss... —dijo y salió tras ella, Hipólita le siguió. Siguieron su rastro y sonrisas por varias callejuelas, hasta llegar a una pequeña plazoleta. Frente a ellos aparecieron rugiendo poderosos una leona y un león.

—Atalanta, Hipómenes... Son nuestros amigos —susurró dulcemente una hermosa mujer, dirigiéndose a los felinos, sentada en el borde de una fuente donde se alzaba la divina Artemisa en piedra blanca.

—¡Cibeles! —exclamó Gadir, ante el silencio de Hipólita.

—Os presento a mi hija Selene. Algún será una hermosa mujer como Hipólita, cazadora como Artemisa y guerrera como Atenea... Como lo fue su hermana Ainia. Pero aún queda mucho para ello.

Cibeles anduvo hasta posarse frente a Hipólita y pasó las manos por sus mejillas, besó sus labios delicadamente y la acarició sus manos.

—La maldición no es eterna, nada dura por siempre. Pero te perseguirá a lo largo del tiempo y la vida, pues inmortal eres, al igual que divina... Debes vivirlo y afrontarlo, la sangre de Ares hierve en tus venas —aseguró Cibeles.

—Yo... —fue a decir Hipólita, pero no supo qué.

Cibeles tomó de la mano a la pequeña Selene y se marchó, seguida por los dos leones, perdiéndose de la vista de Hipólita y Gadir entre las callejuelas derruidas de Tribada.

Hipólita emprendió el regreso, marchando junto a los suyos hacia el sur; atravesaron el Desolado y cruzaron los pasos de Arzawa hacia las tierras de Lukka. Entre caminos de grandes arboledas, acompañados por la suave lluvia, se dirigieron hacia Arinna esperando encontrar a Sarko y los suyos, aquellos que guardaban las naos atlantes de la codicia de navegantes y pobladores.

—Estabas en lo cierto, los machos avanzaron por los desfiladeros de la Carva, querían abastecerse saqueando las aldeas del valle... Se dirigían a Beycesultán —aseguró Antiope.

—Los léleges de Arzawa acabaron con ellos. No eran muchos, pocos sobrevivieron al Desolado. Las tropas aqueas fueron emboscadas, los hombres flechados, muertos... todos —apuntó Imperia.

—Clearco sigue vivo —afirmó Hipólita.

—No han podido encontrar su rastro. Su camino es una incógnita. Pronto lo hallarán, toda Arzawa le busca —contestó Imperia.

Hipólita hizo una mueca de descontento, casi de enfado.

—Hermana, ¿cómo sabías por donde iban a regresar? Podían haber tomado cualquier otro camino —preguntó Antiope, intrigada.

—El zorro me lo dijo.

—No entiendo.

—El zorro avanza devorando a su paso, pero siempre deja una despensa para su regreso al cubil, por si le andara mal la cacería. Por eso los aqueos respetaron Beycesultán en su avance hacia Tríbada. Se aseguraban de encontrar víveres y suministros para los que regresaran.

—La lluvia se vuelve más intensa —apuntó Antiope, llevándose el agua de la cara.

De un salto, Hipólita se introdujo en un carro cubierto por lonas, ató las bridas de Zaino a la madera posterior y asomó la cabeza, sonriendo a Gadir.

—Mi hermana te espera, tiene miedo de que enfermes con esta lluvia —le dijo Antiope.

Gadir se acercó y pasó de su montura al interior del carro, cerró el lino y abrazó con fuerza a Hipólita, que entre lana y suaves telas le esperaba.

La lluvia permaneció por todo el día, arrullando a los amantes y sus dichos de amor. Antiope se ocupó de llevar las riendas del carro, calada hasta los huesos, disfrutando de la alegría de su hermana, de sus gemidos de placer. Imperia, la acompañaba en silencio, ruborizada, entre sonrisas y escuetas palabras; en su mente la nostalgia de los momentos vividos, añorando al joven leñador, soñando con el joven rey troyano y fantaseando con aquel demonio que había conocido.

—¡Hey! ¡Allí hay dos hombres tirados! —exclamó Antiope.

—¡Alerta, parecen aqueos! —apuntó Imperia.

El capitán Marco trotó hasta ellos, seguido de varios lanceros. Aquellos hombres estaban agotados.

—Somos soldados de Micenas, señor... ¡Piedad!

—¿De Micenas?

—Mi general y algunos de nosotros nos perdimos en el desierto, tardemos días en salir y, finalmente hallemos en el bosque una pequeña cabaña donde guarecernos, pero un demonio nos persiguió... A matado a todos.

—¿Tu general está vivo?

—Es horrible, no lo sé... El demonio le atacó.

—Llévanos hasta él —dijo Hipólita, montada sobre Zaino, en vuelta en un chitón y una capucha.

—Señora, no es prudente acercarse por allí. Nadie se ha atrevido a entrar en la estancia del general, por toda la noche horribles gritos se oyeron.

—Yo lo haré. Llévame, te seguimos sin temor alguno —le replicó.

Hipólita cabalgó tras aquel guerrero, acompañada de Gadir, Antíope, Imperia y una patrulla de lanceros. Marco quedó al mando, esperando su regreso y soportando las continuas preguntas y maldiciones de Tarsus. Atravesaron el bosque de cedros alcanzando unas montañas, no muy altas, donde una loma albergaba una pequeña cabaña, que parecía abandonada por el tiempo. Todo parecía en calma a pesar de los cuerpos desmembrados de varios soldados aqueos, solo se oía el zumbido de las moscas.

Trotaron hasta descabalgarse frente a la entrada, izaron la estera que la cubría y un escalofrío recorrió sus cuerpos. Clearco se hallaba sobre un camastro, desnudo, y sus ojos atormentados miraban el techo, su boca reseca estaba mordida, sus labios arrancados. Tenía los tobillos anudados a cada extremo del lecho y los brazos, unidos por una cuerda, atados al pilar de grueso roble que hacía de centro de la tienda. Una daga partía su corazón, sus muñecas estaban abiertas hasta el codo, como su cuello, rebanado de lado a lado. Una cratera, caída en el suelo, guardaba restos de sangre ya coagulada, repletos de moscas, las mismas que revoloteaban sobre el cadáver.

—¡Empusa! —exclamó Imperia.

Salieron de la tienda en silencio, miraron alrededor, hacia todas direcciones, tratando de ver algo que certificara sus sospechas, pero nada hallaron. Imperia se percató de un delicado silbido que salió del claro oscuro del bosque.

—Regresemos a nuestro camino, pues nada podemos hacer ya —ordenó Gadir.

—Yo me quedo. Lo he estado pensando, quizás regrese con Lao-medonte —dijo Imperia.

Hipólita la observó por momentos, trotando en Zaino y se acercó a ella.

—Dile que siempre la estaré agradecida, a las dos; si alguna vez necesitáis de mí, sabes donde hallarme. Pero ten cuidado, esa jovencita es un demonio —le susurró Hipólita, con una sonrisa.

* * *

Llegados a Arinna, Sarko les recibió con alegría, sabiendo que regresaban a casa, a la taberna del Oso Tuerto. Donde sería recibido entre los gritos de alegría y sollozos de sus hijas, donde volvería a contar dichos y decires, que nadie creería, en las tierras de Europa, como las llamaría por siempre.

El cadáver incorrupto de la divina Europa fue entregado al Mar entre Tierras, con un sentido tributo, como ella deseó, en una balsa de ramas, flores y troncos prendidos, ante la mirada de todos, rumbo a Men-nefer. Apenas se había inundado la base de maderas que sujetaba el planchón que le hacía de lecho, cuando la primera ola rozó su cuerpo; el mar se embraveció y una ola gigante, como si fuera una gran mano de cinco dedos enormes, cayó sobre ella, arrastrándola con fuerza al fondo marino, donde Poseidón la colmaría de favores como ninfa divina de sus océanos...

Esta primera edición de
Uma Soona. El oro de los faraones, de Julio García Robles,
terminó de imprimirse el xxxxxxx de xxxxxxx de dos mil doce
en los talleres de xxxxxxxx, S.L.
en xxxxxxxx.